Rdo. P. K. Jouillat

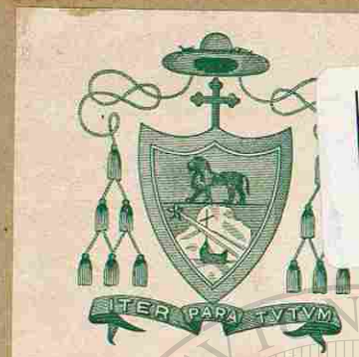
Mes de las Flores

UANL
DAD AUTÓNOMA DE NUEV
CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

BX2161
A9
1904
c.1

45354

008755



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis


1080020996

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MARIA

MINA DE ORO DE LOS PREDICADORES

Ó SEA

MES DE LAS FLORES

CONSAGRADO

A LA SANTISIMA VIRGEN

POR EL RDO. PADRE AVIGNON

Misionero del Sagrado Corazón de Jesús, superior de la Casa de Nazareth

AUMENTADO CON TREINTA PLATICAS

POR EL

RDO. P. H. POUILLAT

Traducción hecha del Francés al Español y dedicada á los Illmos. Señores Arzobispos y Obispos Mexicanos

POR

NARCISO BASSOLS

Segunda edición con las licencias necesarias

José L. Vallejo, S. en C.—San José el Real 3.
MEXICO.—1904.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ
45354

BX2161
A9
1904

ES PROPIEDAD DEL TRADUCTOR

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

A LA INMACULADA VIRGEN MARIA

Madre de Dios y de los hombres

COMO UN RECUERDO DEL CINCUENTENARIO

DE LA

DECLARACION DOGMATICA

De la Concepción Inmaculada

Y

COMO UN HOMENAJE DE AMOR Y RECONOCIMIENTO

POR SU PROTECCION Y AMPARO

Consagran esta obra

Los Editores.

008755

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SECRETARIA
DEL
ARZOBISPADO
DE
MEXICO

El Ilmo. Señor Arzobispo, en vista del dictamen de los Censores Sr. Prebendado D. Francisco Labastida y Sr. Pbro. Dr. D. Maximino Ruiz, se ha servido conceder su superior licencia para que se imprima y publique la obra intitulada "MARIA, MINA DE ORO" presentada por V.

Protesto á V. mi aprecio y consideración.

Dios le gde. ms. as. Méjico, 13 de Septiembre de 1904.

Gerardo M. Herrera,
Secretario.

Sr. D. José Vallejo.

Presente.

INDULGENCIAS CONCEDIDAS A ESTA OBRA

El Illmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Francisco de Paula Verea, Obispo de Puebla, en prueba de la aceptación que ha merecido esta obra intitulada: MARÍA, MINA DE ORO DE LOS PREDICADORES, tuvo á bien conceder á todos los sacerdotes que se sirvan de ella, cuarenta días de indulgencia por cada uno de los párrafos que comprende, haciendo extensivas estas gracias á todos los fieles que concurran al templo donde se prediquen las glorias de María en el mes de Mayo ó en cualquiera de sus festividades, según el método que se sigue en la mencionada obra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AL LECTOR

NO es á nuestra débil pluma á quien corresponde encomiar el MES DE MARÍA, formado por el R. P. Avignon, misionero del Sagrado Corazón y las pláticas que al mismo intento dió á la luz pública el R. P. H. Pouillat. Estas producciones de sacerdotes beneméritos, tan eminentemente virtuosos, tan sabios é ilustrados en la ciencia de Dios, como prácticos en la cátedra del Espíritu Santo, por sí solas se recomiendan, y basta leer alguna de sus páginas, para comprender su alta importancia. Lugares de la Santa Escritura escogidos con oportunidad; sentencias de los Santos Padres y Expositores llenas de unción divina y escritas con espíritu bíblico; trozos de oradores elocuentes y rasgos de las vidas de los santos tomados con maestría, he aquí lo que en conjunto forma en la presente obra un precioso ramillete en honra y gloria de la reina del cielo y de la tierra, del cual pueden tomar olorosas y ex-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quisitas flores los obreros evangélicos para repartirlas al pueblo cristiano en todo tiempo, pero muy particularmente en el hermoso mes de Mayo. Creemos por lo mismo, sin temor de equivocarnos, que la publicación de esta obra, á que hemos dado el título de MARÍA, MINA DE ORO DE LOS PREDICADORES, y que forma parte de nuestra publicación intitulada EL TESORO DEL SACERDOTE, será recibida con aplauso universal, una vez conocido su gran mérito.

EL EDITOR.

MES DE MARIA

PREDESTINACION DE MARIA

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Dominus possedit me in initio viarum suarum, antequam quidquam faceret à principio.

Ab æterno ordinata sum, et ex antiquis, antequam terra fieret.

Nondum erant abyssi, et ego jam concepta eram: necdum fontes aquarum eruperant:

Necdum montes gravi mole constiterant: ante colles ego parturiebar.

Prov., VIII, 22-25.

Ego ex ore Altissimi prodivi primogenita ante omnem creaturam:

Ego feci in cœlis ut oriretur lumen indeficiens, et sicut nebula texi omnem terram:

Ego in Altissimis habitavi, et thronus meus in columna nubis.

Gyrum cœli circuivi sola, et profundum abyssi penetravi, in fluctibus maris ambulavi.

Et in omni terra steti: et in omni populo,

Et in omni gente primatum habui.

Eccli., XXIV, 5-10.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quisitas flores los obreros evangélicos para repartirlas al pueblo cristiano en todo tiempo, pero muy particularmente en el hermoso mes de Mayo. Creemos por lo mismo, sin temor de equivocarnos, que la publicación de esta obra, á que hemos dado el título de MARÍA, MINA DE ORO DE LOS PREDICADORES, y que forma parte de nuestra publicación intitulada EL TESORO DEL SACERDOTE, será recibida con aplauso universal, una vez conocido su gran mérito.

EL EDITOR.

MES DE MARIA

PREDESTINACION DE MARIA

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Dominus possedit me in initio viarum suarum, antequam quidquam faceret à principio.

Ab æterno ordinata sum, et ex antiquis, antequam terra fieret.

Nondum erant abyssi, et ego jam concepta eram: necdum fontes aquarum eruperant:

Necdum montes gravi mole constiterant: ante colles ego parturiebar.

Prov., VIII, 22-25.

Ego ex ore Altissimi prodivi primogenita ante omnem creaturam:

Ego feci in cœlis ut oriretur lumen indeficiens, et sicut nebula texi omnem terram:

Ego in Altissimis habitavi, et thronus meus in columna nubis.

Gyrum cœli circuivi sola, et profundum abyssi penetravi, in fluctibus maris ambulavi.

Et in omni terra steti: et in omni populo,

Et in omni gente primatum habui.

Eccli., XXIV, 5-10.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ab initio, et ante sæcula creata sum, et usque ad futurum sæculum non desinam, et in habitatione sancta coram ipso ministravi.
Et sic in Sion firmata sum, et in civitate sanctificata similiter requievi, et in Jerusalem potestas mea.
Et radicavi in populo honorificato, et in parte Dei mei hereditas illius, et in plenitudine sanctorum detentio mea.

Eccli., XXIV, 14-16.

Tropè est ut veniat tempus ejus, et dies ejus non elongabuntur. Miserebitur enim Dominus Jacob, et eliget adhuc de Israël, et requiescere eos faciet super humum suam: adjungetur advena ad eos, et adhærebit domui Jacob.

Isa., XIV, 1.

Conquievit, et siluit omnis terra, gavisa est, et exultavit:
Abietes quoque lætatæ sunt super te, et cedri Libani: ex quo dormisti, non ascendet qui succidat nos.
Infernus subter conturbatus est in occursum adventûs tui, suscitavit tibi gigantes. Omnes principes terræ surrexerunt de soliis suis, omnes principes nationum.

Ibid., 7-9.

Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum.

Gen., III, 15.

Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam: et obliviscere populum tuum, et domum patris tui.
Et concupiscet rex decorem tuum; quoniam ipse est Dominus Deus tuus, et adorabunt eum.

Psal., XLIV, 11-12.

Omnis gloria ejus filiæ regis ab intus, in fimbris aureis.
Circumamicta varietatibus.
Adducentur regi virgines post eum: proximæ ejus afferentur tibi.

Ibid., 14-15.

Astitit regina à dextris tuis in vestitu deaurato: circumdata varietate

Ibid., 10.

Ecce virgo concipiet, et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel.

Isa., VII, 14.

DÍA PRIMERO

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Dignos son de admiración los rasgos de los antiguos patriarcas, de cuya raza salió la Virgen María, Madre de Dios, como brota una rosa entre las espinas, empero, sin espinas; porque así como se anunció con anterioridad que Jesucristo nacería de una Virgen y moriría en una cruz por la salvación del mundo, (y esto lo anunciaron los patriarcas, los profetas, los sacerdotes, los levitas, los doctores, los escribas, los oráculos, los signos y las figuras) así también entró en los designos de Dios de una manera sabia y conveniente, que la bienaventurada y Santísima Virgen María fuere anunciada y figurada en la antigua alianza por medio de vírgenes, mujeres ilustres, viudas castas, profetisas y heroínas célebres que vivieron sin tacha y esquivaron con su modestia las miradas de los hombres, retirándose á sus moradas para vivir en ellas acompañadas únicamente de algunas mujeres recatadas.—(*Tomás Kempis*).

II. ¡Cuán ilustre es la niña que según se nos prometió ha nacido! Posee toda la nobleza de los patriarcas, toda la santidad de la raza sacerdotal, toda la dignidad de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pontífices de la antigua ley, la inspiración divina de todos los profetas y la gloria de todas las descendencias reales. Tal es la Virgen que nos promete el cielo, cuya cuna están preparando sus piadosos padres.—*(Ibid.)*

III. ¡Oh Virgen, la más pura y hermosa de todas las vírgenes! Desde la eternidad y antes de todos los siglos fuiste predestinada para dar al mundo un Redentor en la plenitud de los tiempos. Tú eres la esperanza de los patriarcas, el deseo de los profetas y el hijo adoptivo de los reyes y de los justos. Tú eres la destinada por la misericordia de Dios para ser el remedio y la salud del linaje humano entero.—*(Ibid.)*

IV. Al principio, dice Moisés, no podía verse la tierra porque estaba en el caos, y las tinieblas cubrían los abismos, hasta que creada á su vez la luz, disipó las espesas sombras. Pues bien, á pesar de tantas generaciones como han pasado y de tantos siglos como han trascurrido, reinó cierta oscuridad que conservó las tinieblas entre los hombres hasta que vos las disipásteis.—*(San Isid. In Nat. B. M. V.)*

V. Los profetas y los justos todos deseaban el día en que tú debías nacer y sus deseos no tenian límites; al suplicar se estremecían de gozo y sus oraciones iban acompañadas de alegría, porque vislumbraban lo que era objeto de sus deseos. Vieron desde muy lejos y grande y muy grande fué su alegría; vieron en espíritu lo que debía suceder. Uno de los extremos del velo que ocultaba la Encarnación del Verbo se levantó para ellos y penetraron los secretos que la palabra no podía revelar, es decir, la reparación de la naturaleza humana; pero una reparación que nunca pudo imaginarse el espíritu del hombre. Os entrevieron á Vos, que sois la reina de los querubines, el palacio del rey de los reyes y el santuario venerable cuyo esplendor no podrá describir jamás el lenguaje de los hombres.—*(Sant. In Nat. B. M. V.)*

ARTICULO III

PLAN Y ASUNTO

Así como fué el Mesías, después de la creación del mundo, el grande objeto de los votos, promesas y profecías del Antiguo Testamento, así también debió ser la bienaventurada Madre el objeto de sus deseos, promesas y predicciones.

María fué anunciada á la tierra por medio de muchas figuras y profecías.

I.—Figuras.

La Iglesia proclama que en la «zarza ardiente que vió Moisés, debemos ver el emblema de la virginidad de María.»

La Vara milagrosa de Aaron, que floreció por sí sola en el tabernáculo, y que se conservó con tanta veneración en el arca de la alianza, es un símbolo admirable de esta virginidad fecunda.

La misma arca de la alianza, construida con una madera incorruptible y cubierta con el oro más puro, es, según San Pedro Damiano, una verdadera figura de María.

El vellocino de Gedeon, cubierto con el rocío del cielo, es según San Ambrosio, una figura admirable de María, cubierta con el rocío de las divinas gracias.

María se halla figurada de una manera más animada y viva en Eva, en Esther y en Judit..... *tu gloria Jerusalem.*

II.—Profecías.

«No hay un sólo intérprete del Espíritu Santo que no haya hablado de vos, oh María, dice San Andrés de Creta. Vos sois el asunto ordinario de sus oráculos y de los retratos alegóricos que nos han dejado. Así como debía prepararse el misterio inefable de la Encarnación del Di-

vino Verbo por medio de las profecías, dicen San Juan Crisóstomo y San Gregorio de Niza, así también debía prepararse el espíritu humano por medio de los oráculos y creer en una madre siempre virgen y en una criatura pura y verdaderamente Madre de Dios.

Ab æterno ordinata sum.

Dominus possedit me in initio viarum suarum.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. Al meditar acerca de las frases que emplea el Evangelio para comenzar á hablar de la Santísima Virgen, no parece sino que su destino era común y no estaba preparado de antemano. "El ángel Gabriel fué enviado por Dios á una Virgen."

Habla de una Virgen. ¿Quién era esa Virgen? ¿Por qué se la escogía entre las demás? ¿Cómo fué el objeto de esa elección insigne? Cierto es que fué el ángel á saludarla, diciéndola: "Llena eres de gracia y bendita entre todas las mujeres;" pero puede decirse que ésta no es sino la condición inmediata de ministerio que debe llenar. Mas no fué ésta la causa primordial de su destino. ¿Puede decirse que su destino nació en ese momento, sin premeditación y sin predilección por parte de Dios y respecto á María? ¿Fué separada de las demás mujeres solamente á causa de su maternidad? En una palabra, ¿fué de repente madre de Dios, ó lo era ya desde un principio?

No se halló á la Virgen casualmente y de una manera imprevista, sino que fué escogida y era conocida desde el principio del tiempo por el Altísimo que la destinó para que fuese un día su Madre: *Virgo non leviter et fortuito inventa, sed à sæculo electa ab Altissimo, præcognita et sibi præparata* (*San Bernardo*).

Tal es la creencia cristiana que se profesa bajo el nombre de Predestinación de la Santísima Virgen

Debemos remontarnos hasta esa fuente para hallar la historia de la Virgen en su punto más elevado y en su verdadero origen.

El Evangelio y la razón están perfectamente de acuerdo con esta doctrina.

El mismo Evangelio, que envuelve á María en cierta oscuridad inmediata, nos abre el horizonte sobre los siglos anteriores y nos hace ver á la Virgen que desde entonces estaba llamada á concebir al Hijo de Dios. "Esto se ha hecho, dijo el ángel á José, para que se cumpliera lo que el Señor

anunció por el Profeta, que dijo: He aquí que la Virgen concebirá y parirá un Hijo, á quien se dará por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros."

Esta profecía no es sino un anillo de la cadena de profecías que une la cuna del Salvador con la cuna del mundo, y que consiguientemente remonta hasta ella la vocación de su madre.

Más alto debe remontarse todavía esta vocación de María: debe preceder á la creación del mundo.

Dios anunció desde el origen del mundo la Encarnación del Verbo en el seno de María, debiendo obrarlo en la plenitud de los tiempos como la obra de sus obras.—(*Nicolás, la Virgen, según el Evangelio.* Cap. III).

II. En aquellos tiempos remotos que tocan á la cuna del mundo, cuando nuestros primeros padres, temblando y fuera de sí oían bajo las majestuosas sombras de los árboles del Edén la voz airada de Jehová que les condenaba al destierro, al trabajo y á la muerte en castigo de su loca desobediencia, una predicción misteriosa que dejaba traslucir la bondad del Criador al través del enojo del Dios irritado, vino á reanimar el abatido espíritu de aquellas dos frágiles criaturas, que habían pecado por orgullo como Lucifer. Una hija de Eva, una mujer de ánimo *varonil* había de quebrantar bajo su pie la cabeza de la serpiente, y regenerar para siempre á una raza culpable: esta mujer era *María*

Desde entonces fué ya una tradición entre las generaciones antidiluvianas, que una doncella pura como el alba, hermosa como la flor entreabierta, vendría á reparar el mal que había hecho la primera mujer, y esta tradición consoladora que reanimó el espíritu de una raza proscrita no se borró de la memoria de los hombres, cuando su grande dispersión en las llanuras de Sennaar: cada uno de ellos llevaba consigo al atravesar los montes y los mares, esta dulce si bien lejana esperanza, con el culto de Noe y con el resto de las ciencias y de las artes salvadas del diluvio.—*Orsini, La Virgen.*

III. Por una especie de predestinación particular, la incomparable madre de Jesucristo estaba más inmediatamente unida á Dios que ninguna otra criatura, y por lo mismo convenía que ya en la ley natural, como en la ley escrita, fuese anunciado su nacimiento por medio de figuras, profecías, oráculos, signos maravillosos, misterios y prodigios. Con efecto, vemos que los reyes y los príncipes, que están destinados para cosas grandes y que deben dar algún día prueba de su poder, de su ingenio ó de su grandeza de alma, nunca obran de una manera inopinada. Antes de ejecutar una cosa, la anuncian y se sabe de antemano cuál será el teatro de sus hazañas; de modo que, los ánimos se preparan esperando grandes cosas. Del mismo modo obró Jesucristo con respecto á la Santísima Virgen por medio de la cual debían cumplirse los misterios más admirables de Jesucristo. El Eterno Padre la eligió para que fuese la esposa de su predilección, la hizo Madre de su Hijo único y santuario del Espíritu Santo. Mas antes de que se cumplieran tan grandes misterios, quiso su gloriosa Trinidad que esta gloriosa criatura fuese anunciada en la tierra por los patriarcas y los profetas, por signos y figuras y por revelaciones misteriosas que preparasen su venida á

la tierra y la misión que en ella debía desempeñar. He aquí por qué desde el origen del mundo se habló de una mujer bendita entre todas las hijas de Eva, de una Virgen incomparable, de una madre que sería con el tiempo la más dichosa de todas las madres. Ella quebrantará tu cabeza, serpiente infernal. Yo colocaré entre tí y ella una enemistad eterna. Ella es, María, la que está figurada en el tabernáculo de Moisés, en el arca del testamento y en el propiciatorio. María es la que está figurada en María, la hermana de Moisés, en la profetisa Jael, en Betsabé y en gran número de personajes que sería largo relatar.—(*B. Dyon. Cartus. de Laud. B. M. V. lib. I*).

IV. Decía Jesús á sus discípulos: En verdad os digo que muchos profetas desearon ver lo que vosotros veis, entre tantas cosas maravillosa que esperaban estos personajes. "También querían veros á vos, oh Virgen bendita, porque esperaban la realización de tantas promesas que se relacionaban con Jesús, vuestro divino Hijo; y sus deseos se alimentaban con su alegría. ¿Quien podrá explicarnos sus goces cuando se reveló á su alma santa el misterio de la Encarnación de vuestro Hijo? Vieron, dice el Evangelio, y se estremecieron de alegría; vieron como realizados hoy los misterios que debían realizarse en los siglos. Se les concedió que contemplaran en espíritu el anonadamiento entre los hombres. Fueron testigos de la Encarnación del Verbo obrada en vuestro seno virginal. Contemplaron extasiados maravillas desconocidas para todos y que no podría expresar el lenguaje humano. Vieron la redención del humano linaje, y entre el hombre y Dios, una reconciliación que no podía concebir el espíritu humano.

Os vieron, oh María, á Vos, que sois el tabernáculo del Espíritu Santo, mucho más precioso que el oro más puro, vaso que guarda cuidadoso el maná de la inmortalidad, el verdadero pan de vida. Os vieron estrechando amorosamente contra vuestro corazón al que reposa eternamente en el seno del Padre. Os vieron asociada con el Padre Eterno y engendrando en el tiempo al que engendró Él en la eternidad. Os vieron llevando en vuestros brazos al que lleva en sus manos el mundo, al que por un sólo acto de su voluntad da el ser y la vida á todo lo que existe.

V. Desde la eternidad fué predestinada María para ser en el tiempo el término preciso de los planes del Señor. Dios veía en su presciencia eterna, la creación del hombre y al mismo tiempo su caída: y así como al crear á Adán entreveía á Jesús que debía rescatarle con su sangre, así también al crear á Eva entreveía á María que debía reparar la falta de la primera mujer.

Tan luego como el Verbo aceptó su obra de redención decidió la Trinidad que se designase una criatura especial para que sirviese de intermediaria en el rescate de la humanidad. Sólo un Dios hecho hombre podía rescatarnos satisfaciendo estrictamente á la justicia divina, porque en su cualidad de hombre podía sufrir y morir, y siendo al mismo tiempo Dios, daba á sus sufrimientos y á su muerte un principio infinito. En el Verbo el hombre debía ser de la raza de Adán, para que la raza culpable pagase su deuda con la muerte de uno de sus hijos, tal como la había contraído por medio de su primer padre. El Verbo necesitaba para encarnarse una madre de la descendencia de Adán, una madre cuya venida prepararía el

mismo cielo con una continuación de oráculos, porque anunciar á la madre era anunciar al Hijo. Era preciso una madre cuya alma adornaría el Verbo con toda la profusión de su amor y todo el sentimiento de su propia dignidad; una madre que siendo conjuntamente la hija privilegiada del Padre y la esposa mística del Espíritu Santo, fuese para Él un trono real durante los nueve meses de su concepción, el objeto de sus respetos y sumisión en los días de su infancia, la compañera de sus dolores y su cooperadora en la inmolación del Calvario; una madre, en fin, que compartiera con Él su gloria en el cielo.

Así es, que aun cuando las almas no son creadas sino en el momento en que se unen con el cuerpo, y por lo mismo antes de la creación del alma de María se habían creado millares de almas, se llama María la hija mayor del Altísimo así como se llama á Jesucristo hijo primogénito entre los muertos. Ni uno ni otro recibieron la vida mortal antes de su concepción, sino que en el orden de las prevenciones divinas, Jesús ocupó el primer lugar entre los hombres y así mismo María el primero entre las mujeres, como que Jesús era su Redentor y María su corredentora.

Tal es el plan divino, del que deducen los doctores que la creación le María fué de toda eternidad el preliminar obligado de la creación del alma y formación del cuerpo de Jesús. Y agregan que la existencia de la Virgen María está de tal manera ligada con la venida del Redentor, que María no hubiera sido creada si no hubiese debido venir al mundo. Sólo ella, pues, podía atraer á la tierra al Verbo de Dios; sólo ella podía, en una palabra, ser el intermediario de nuestro rescate, puesto que sólo ella estaba predestinada para esta obra de adorable misericordia. Por esto es por lo que sólo se concibe á María como Madre de Jesús, y á Jesús como Hijo de Dios y de María.

¡Que hermosa idea nos da esto de la grandeza de la que tanto veneramos! Ved sino á esta criatura mortal en los siglos de los siglos, viviendo antes de toda creación en el pensamiento del Eterno que la distingue de toda la raza humana y le prepara un destino incomparable. ¿No son estas las ilusiones del amor filial que procura adornar con los más bellos florones la corona de una madre? La misma Iglesia es la que nos abre esos horizontes infinitos cuando deslumbrada por la vida interior de María no vacila en aplicarle estas palabras del Espíritu Santo: "He salido de la boca del Altísimo, primogénita ante toda criatura: (*Ecl., XIV-5*).

"El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos.

"Todavía no existían los abismos ó mares y yo estaba ya concebida: aún no habían brotado las fuentes de las aguas, ni estaba asentada la grandiosa mole de los montes, ni aún había collados cuando yo había ya nacido. Aún no se había criado la tierra, ni los ríos, ni los ejes del mundo.

"Cuando extendía Él los cielos estaba yo presente, cuando con ley fija encerraba los mares dentro de su ambito; cuando establecía allá en lo alto las regiones etéreas, y ponía en equilibrio los manantiales de las aguas; cuando circunscribía al mar en sus términos, é imponía ley á las aguas para que no traspasasen sus límites; cuando asentaba los cimientos de la tierra, con Él estaba yo, disponiendo todas las cosas; y eran mis diarios

placeres el holgarme continuamente en su presencia; en holgarme en la creación del universo, siendo todas mis delicias el estar con los hijos de los hombres.»—(Prov., VIII-22-31).

¿Qué significa ésto sino que Dios veía desde la eternidad el gran misterio de la Redención, que María estaba desde la eternidad presente en el Espíritu del Padre, como que debía cooperar en una obra tan admirable? Al crear el mundo, tenía delante de sí el auxiliar que se había escogido para reparar la primera falta y crear una segunda familia, mejor y más elevada que la primera. María es el seno universal en que fueron formados el mundo y la Iglesia. Llevó consigo toda la obra de Dios por su presciencia divina en la creación, y por su propio consentimiento en la Encarnación. Dios al prepararla desde la eternidad para que fuese por Él y con Él un principio de todas las cosas, manifestó que quería hacerla participar de antemano, no de su eternidad, porque ella sería una criatura, sino de su poder, de su sabiduría, de su amor, de su fecundidad y de su goce celestial, como su cooperadora en la ejecución de estos designios misteriosos. ¡Qué elevación y qué miras tan profundas! La fe realza mi culto porque me hace ver que el manantial de donde ella brota se forma en las colinas eternas.—(*Monseñor Pavy*, Obispo de Argel, en su Mes de María).

ARTÍCULO V

PLATICAS PARA EL MES DE MARIA

APERTURA DE LOS EJERCICIOS CONSAGRADOS Á MARÍA EN EL MES DE MAYO

No me es posible comenzar estos ejercicios, hermanos míos, sino manifestándoos mi gratitud por el afán con que venís para ostentar vuestra devoción á la Santísima Virgen, á la que vamos á dedicar todo un mes, para que oiga nuestras súplicas é interceda con su Hijo por nosotros los pecadores. Aquí os hemos esperado á los pies del altar, altar que muchas de vosotras habéis adornado con filial amor, y yo sabía que no lo contemplaría solo, porque sé que amáis tiernamente á vuestra Madre cuya suave mano nunca llama inútilmente á la puerta de vuestro corazón. Gracias, hijas mías; gracias hermanos míos, que os juntáis aquí conmigo para participar de mi amor á María, y saludarla como yo, desde el fondo de vuestro corazón.

Deseosos estábamos ciertamente de contemplar esta vanguardia del ejército de María, apiñándose alrededor nuestro desde que asomó el risueño sol de Mayo, porque en este mes bendito deseamos recoger entre el piadoso auditorio que nos rodea, la fuerza que nos es necesaria para inaugurar de una manera digna de la Santísima Virgen María los ejercicios que vamos á consagrarle durante todo un mes, hablando de aquella á quien amamos, exaltando sus virtudes y entonando cánticos mil de alabanza á la que es nuestra intercesora y abogada nuestra.

No podía desvanecerse mi esperanza. Aquí están mis feligreses, oh Madre nuestra amorosa; aquí están mis ovejas al pie de vuestro altar. No permitáis, Señora, que una sola desfallezca y deshoje el ramillete que venimos á tor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

placeres el holgarme continuamente en su presencia; en holgarme en la creación del universo, siendo todas mis delicias el estar con los hijos de los hombres.»—(Prov., VIII-22-31).

¿Qué significa ésto sino que Dios veía desde la eternidad el gran misterio de la Redención, que María estaba desde la eternidad presente en el Espíritu del Padre, como que debía cooperar en una obra tan admirable? Al crear el mundo, tenía delante de sí el auxiliar que se había escogido para reparar la primera falta y crear una segunda familia, mejor y más elevada que la primera. María es el seno universal en que fueron formados el mundo y la Iglesia. Llevó consigo toda la obra de Dios por su presciencia divina en la creación, y por su propio consentimiento en la Encarnación. Dios al prepararla desde la eternidad para que fuese por Él y con Él un principio de todas las cosas, manifestó que quería hacerla participar de antemano, no de su eternidad, porque ella sería una criatura, sino de su poder, de su sabiduría, de su amor, de su fecundidad y de su goce celestial, como su cooperadora en la ejecución de estos designios misteriosos. ¡Qué elevación y qué miras tan profundas! La fe realza mi culto porque me hace ver que el manantial de donde ella brota se forma en las colinas eternas.—(*Monseñor Pavy*, Obispo de Argel, en su Mes de María).

ARTÍCULO V

PLATICAS PARA EL MES DE MARIA

APERTURA DE LOS EJERCICIOS CONSAGRADOS Á MARÍA EN EL MES DE MAYO

No me es posible comenzar estos ejercicios, hermanos míos, sino manifestándoos mi gratitud por el afán con que venís para ostentar vuestra devoción á la Santísima Virgen, á la que vamos á dedicar todo un mes, para que oiga nuestras súplicas é interceda con su Hijo por nosotros los pecadores. Aquí os hemos esperado á los pies del altar, altar que muchas de vosotras habéis adornado con filial amor, y yo sabía que no lo contemplaría solo, porque sé que amáis tiernamente á vuestra Madre cuya suave mano nunca llama inútilmente á la puerta de vuestro corazón. Gracias, hijas mías; gracias hermanos míos, que os juntáis aquí conmigo para participar de mi amor á María, y saludarla como yo, desde el fondo de vuestro corazón.

Deseosos estábamos ciertamente de contemplar esta vanguardia del ejército de María, apiñándose alrededor nuestro desde que asomó el risueño sol de Mayo, porque en este mes bendito deseamos recoger entre el piadoso auditorio que nos rodea, la fuerza que nos es necesaria para inaugurar de una manera digna de la Santísima Virgen María los ejercicios que vamos á consagrarle durante todo un mes, hablando de aquella á quien amamos, exaltando sus virtudes y entonando cánticos mil de alabanza á la que es nuestra intercesora y abogada nuestra.

No podía desvanecerse mi esperanza. Aquí están mis feligreses, oh Madre nuestra amorosa; aquí están mis ovejas al pie de vuestro altar. No permitáis, Señora, que una sola desfallezca y deshoje el ramillete que venimos á tor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

maros; antes al contrario, haced que los que vemos hoy tímidos ó indiferentes, se presenten mañana entusiastas y resueltos, porque ellos son también los hijos queridos de vuestro corazón.

Comenzaremos nuestros ejercicios, hermanos míos, haciendo un sencillo análisis de la materia que constituirá nuestras pláticas. Bien sabéis todos lo que en estos días acostumbramos hacer, y grato me es considerar que ninguno de vosotros lo ha echado en olvido. Estamos en el mes de María y queremos consagrarlo por completo, porque es nuestra Madre amorosísima. No temáis que seamos monótonos. El campo que debemos recorrer es vasto, infinito y rico en materia. Millares de volúmenes se han llenado ocupándose de este asunto, pero se pierden en los ramos de flores que brotan en este inmenso jardín de María. No nos faltará, pues, material, y lo único que podrá escasear será el talento necesario para desarrollarlo debidamente.

Lo que sobre todo debe procurar un predicador es hacer el bien y fortalecer á los que son débiles, llevándolos por la senda de la virtud; más no le está prohibido buscar los senderos en que brotan las flores más hermosas para que sea más ameno el camino que recorra con su auditorio. Dejad, pues, que los busquemos, que ni por ser nuevos serán peores, ni por vestir un traje nuevo desconocemos al amigo que nos tiende la mano y nos convida con su afecto.

Tal vez diréis que os prometo más de lo que puedo daros. Confieso que el entusiasmo me arrastra al hablar de María; pero éste es su mes y ella nos concederá mil gracias espirituales; la primera que nos procure será vuestra benevolencia. Al meditar acerca del trabajo que hemos emprendido, más de una vez hemos contado los latidos de nuestro corazón; pero á pesar de ser difícil la empresa, procuraremos inspiraros todo el interés que el asunto requiere. Momentos hay también en que nos domina el desaliento, y tememos que nuestras pláticas sean para vuestra inteligencia y vuestro corazón como una especie de ayuno. No por eso serán menos provechosas para vosotros, que al fin todas ellas se reducirán á hablaros de nuestra hermosa Madre la Virgen María, el botón del jardín del Señor, la flor de las flores.

Antes de todo hablaremos de la *legitimidad del culto* que á María profesamos. Vuestro buen sentido y criterio destruirán como por encanto los errores que puede haber sembrado en vuestro corazón la lectura de algunas obras ó las conversaciones que hayáis tenido con esos pretendidos católicos que quieren que nos dirijamos á Dios tú por tú, digámosle así y de una manera muy directa; como si Él mismo no nos hubiese dicho que María es el medio natural de comunicación para que el cielo baje hasta la tierra y se remonte ésta hasta el cielo. Veremos lo que nos dicen la inteligencia humana, la sagrada Escritura, la teología católica y la lengua, en fin, de todos los siglos, acerca de esta devoción harto despreciada por algunos hombres, pero bendecida por Dios y sancionada por infinitos milagros. Atended que he dicho *infinitos milagros* y por cierto que no me desdigo de lo dicho. Voy á probaros que sin atenerme á vuestra sola credulidad nos sobrarán pruebas que os manifiesten la verdad de lo que os digo.

Después de probar de una manera tan clara como la luz las verdades que desconocen muchos, ya porque no las han meditado, ya porque no han sabido ó no han querido comprenderlas, me permitiréis que ponga en relieve todo lo verdadero que encierra el culto de María, todo lo bello y bueno que contiene. Profundizaremos luego el interesante asunto que nos ocupa y satisfaremos cuanto deseo brote de vuestra justa curiosidad. Al exponeros sencillamente la doctrina católica haciendo resaltar el lugar prominente que ocupa María en el plan de la crea-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

ción restaurada; al haceros comprender las relaciones que tiene con las Personas de la Santísima Trinidad, veréis que son muy legítimos los títulos que damos á María y que la popularidad de la devoción que le consagramos todos los católicos, es una de las más gloriosas del catolicismo.

Tal es la exposición dogmática que nos proponemos desarrollar. Cierto estoy, amados oyentes míos, de que me acompañaréis entusiasmados en mi mental visita para recorrer los principales santuarios y los lugares más notables de peregrinación ó romería, que son para nosotros la más viva manifestación del culto de María; y aprenderéis ciertamente á invocar á vuestra Reina bajo los títulos que le ha agradado darse, que ella misma ha elegido y que han pasado de un siglo á otro siglo acompañados siempre y rodeados de los favores y gracias que le plugo concederles. De gran provecho será para nuestras almas esta romería, aunque no nos ocupemos de la vida terrestre de la Santísima Virgen, de la cual os hablaremos en las festividades correspondientes del año.

El asunto principal de nuestros ejercicios puede encerrarse en estas tres palabras: *la legitimidad, el objeto y la manifestación* del culto de María. Creo que ganarán mucho nuestra inteligencia y nuestro corazón en el estudio que vamos á hacer, porque en él aprenderemos á ver con más claridad y á querer con más amor; procuraremos conseguirlo por lo menos, dedicando á ello toda nuestra voluntad y toda la pequeña inteligencia que Dios se ha dignado concedernos. Procurad vosotros por vuestra parte ayudarnos, animándonos con vuestra presencia y con vuestro fervor. ¿Negaréis á vuestro pastor una cosa tan sencilla, y os mostraréis avaros cuando se trata de obsequiar á nuestra madre amorosa? No os detenga el qué dirán, hermanos míos. ¿Seréis menos valerosos que esos infelices que se jactan de adorar á sus falsos ídolos? No

lo quiera Dios. No seamos más tibios en la práctica del bien que ellos en la del mal; seamos más libres y más independientes que ellos. La libertad nos agrada también y en nombre de ella debemos atrojar las cadenas del respeto humano que nos subyuga; comprendamos al fin cuánto debemos á nuestra dignidad humana y al título de cristianos. Seamos fuertes, que no es dado á los tímidos llamarse hermanos de Jesucristo, ni se afilian los cristianos vergonzantes entre los hijos de María.—Así sea.

PLATICA I

EL CULTO DE MARÍA SEGÚN LA RAZÓN

Para hablar de la Santísima Virgen según nuestros sentimientos, deberíamos comenzar entonando un himno de alabanzas en honor suyo, y pronunciar una palabra que, si bien se ha repetido mucho, no se ha dicho aún lo bastante. *Te amamos con todo nuestro amor, oh María.* Tal será el primer material de nuestro discurso. Mas hoy, por desgracia, no basta con hablar el lenguaje del corazón, y explicaré la causa de ello. La impiedad dirige virulentos ataques al culto que tributamos á la Santísima Virgen, y obligados estamos á defenderla. Se disputan los atributos de la que llamamos Madre nuestra y debemos afilar resueltos nuestras espadas para blandirlas en su defensa. Quieren ridiculizar en nombre de la razón la devoción que tenemos á María, y no nos pesa que á la razón apelen; á ella ocurriremos también nosotros y veremos quien á quien vence y sobre quien caerá el ridículo.

A pesar de sus descarríos y de su degradación, el siglo actual ha tenido la altísima gloria de desarrollar en gran manera el culto de la Santísima Virgen. El mes de Mayo se llama en todos partes el mes de María y con este títu-

lo se celebra donde quiera, desde las basílicas hasta las modestas iglesias de los pueblos más humildes. Hace nueve años que este culto se ha extendido de una manera sorprendente. Donde quiera se ven peregrinaciones ó romerías; esas locuras de la edad media, como dicen los aventajados del siglo, han resucitado con más entusiasmo que nunca. Satanás ha temblado en el fondo del abismo; Satanás, que nunca perdonará á la que le hizo doblar la cabeza bajo su talón virginal, no ha podido dominar su cólera, y dirigiéndose á los caudillos de sus mundanas huestes, les ha dicho: «Miserables, ¿cómo permitís que retoñe un pasado que ahogué yo en mares de sangre? Esforzáos, satélites del infierno.» Y se pusieron en movimiento los periodistas, los fabricantes de novelas y los literatos asalariados; y fieles adoradores de todo odio que les procure fama y dinero, se extendieron en guerrillas y sus plumas llenaron millares de resmas de papel de venenosa tinta.

Pero ¿qué es lo que dicen al fin? Unos que el culto que tributamos á María es..... soltaremos la palabra, dicen que es *tonto*, que es propio únicamente de mujeres y niños y que es muy á propósito para embaucar á los pobres de espíritu. Otros, echándola de doctores y casi de apóstoles, dicen que somos unos exagerados, unos fanáticos y que poco nos falta para ser idólatras. Sostienen que elevamos á una simple criatura sobre la misma divinidad, y que lo que practicamos sirve solamente para echar á perder la religión y dar pábulo á los ataques de la impiedad. Antes de que contestemos á semejantes dicterios, les diremos que con todas estas razones no hacen sino probarnos que caminan de acuerdo con los protestantes, cuyas necias blasfemias repiten, y que nunca seguiremos su modo de practicar y seguir la religión de Jesucristo.

Nos complace considerar, hermanos míos, que Dios ha hallado valiosos defensores en los sectarios mismos de

Voltaire, y gracias á ellos no acabará el reinado de Jesucristo; pero hagamos ante todo una breve exposición de la religión católica.

La Iglesia católica tiene, como todos lo saben, tres clases de culto. El de *latría*, el de *dulía* y el de *hiperdulía*, que es el de dulía llevado á un grado eminente. El culto de la tría está reservado á Dios, y á Él solamente, porque no es sino el reconocimiento de la soberanía y dominio absoluto de Dios, causa, principio y fin de todos los seres de la creación.

El culto de *dulía* consiste en la veneración y confianza que depositamos en los ángeles y los santos. No es este el lugar más á propósito para demostrar la legitimidad de este culto. Podríamos dirigir á los que no lo admiten, una sola pregunta: ¿No es verdad que considerado en lo humano y bajo el punto de vista de la más estricta igualdad, hay en el mundo personas que disfrutan de un gran crédito entre los demás? ¿Dejan los mismos libre-pensadores de lisonjear y pedir favor á esas personas? ¿Desdeñan la protección que ellas le dispensan? Concretaremos más nuestra pregunta: ¿Se atreverán á sostener, los que no quieren que honremos á los santos, que ellos jamás han dirigido á ninguna criatura humana estas palabras: *yo te adoro?* Y después agregaremos esta otra pregunta: ¿Creeis sinceramente que era digna de adoración la persona que adorábais? ¿Había merecido un trono en el cielo y gozaba de gran crédito cerca de Dios?

Todo lo que es grande, noble é imponente se atrae los homenajes y el respeto de lo que es pequeño y mezquino: no hacemos sino seguir la ley de la naturaleza, al dirigir nuestras oraciones á la Santísima Virgen, que como lo indica la simple razón, está colocada sobre los ángeles y sobre los santos, y por lo mismo merece un culto especial y distinguido, al que da la Iglesia el nombre de *hiperdulía*. Sin embargo, por más que sea la Virgen María á nuestros

ojos una criatura privilegiada, extraordinaria, y superior á todas, comprendemos que no es sino una criatura, porque á la vez que se halla elevada infinitamente sobre los hombres, es infinitamente inferior á Aquel que es grande por sí mismo. Extenderé más mi pensamiento para deciros que puesto que ninguna de las glorias de la Santísima Virgen es debida á su naturaleza, debemos remontarnos á Dios para encontrar el origen de ellas; y esto manifiesta que los honores que tributamos á María, los tributamos al mismo Dios á quien glorificamos al glorificar la más excelente de todas sus obras. Por lo mismo, lejos de que el culto que consagramos á María menoscabe en lo más mínimo el culto de Dios, más bien lo ensalza y amplía. Preparáos, pues, para contestar debidamente á los impíos que apoyan sus acusaciones en sofismas que quedan destruidos con sólo exponer sencillamente la doctrina católica. Fácil os será conocer, en vista de lo expuesto, cuál es el fin que llevan los que atacan á María suponiéndose los primeros defensores del culto de Dios. ¿Qué les importa á ellos la gloria de entrambos? Al promover cuestiones no piensan sino en satisfacer sus deseos de blasfemar y calumniar.

Dejemos que gocen sin obstáculo del triste papel que están desempeñando, es decir, el de fariseos enredadores, papel que sólo desempeñan los incautos y los ignorantes, por no darles un epíteto más duro. ¿Saben todos ellos quién nos ha iniciado en el culto de María? ¿Nos lo ha inspirado acaso algún niño destituido de razón, ó una mujer movida por la sencillez de su corazón? No por cierto, hermanos míos, sino que lo inspiró un ángel del Altísimo, y no de los de rango inferior, sino uno de los príncipes de la corte del Rey de los reyes: fué el Arcángel Gabriel quien dirigiéndose á la humilde Virgen de Nazareth, pronunció la bellísima y respetuosa salutación que todos conocemos: *Ave María gratia plena. Dios te salve María llena eres de gracia.*

No se presentó el bienaventurado Arcángel á la Santísima Virgen en nombre propio, sino en nombre de la Augusta y Santísima Trinidad: era el enviado de Dios, dice el Evangelio. Desempeñaba una misión tal como nunca la ha desempeñado el más distinguido de los embajadores. Iba á proponer á la Virgen en nombre de Dios que aceptara la honra mayor en el mundo, el más sublime de los privilegios: el de ser la Madre de Dios, se necesitaba el libre consentimiento de esta purísima mujer para que se realizara el Misterio de la Encarnación. Esto era admitirla ya en el consejo de la Trinidad. Una vez que el Misterio de la Encarnación hiciera del Hijo del Altísimo el Hijo de María, ¿no es cierto que por su título de madre se constituía en poderosísima abogada cerca de Jesús?

Decidme en vista de esto, hermanos míos, y decídmelo expontáneamente, es pueril la devoción que tenemos á María y carece de fundamento el culto que la tributamos? ¿Qué mucho que los hombres ensalcen á una criatura cuando Dios se ha dignado descender á ella?

Debemos agregar que no sólo es María la Madre de Dios, sino que también es Madre vuestra. Así lo quiso Jesucristo, que le dió esta nueva investidura y ella la aceptó. Y es la más cariñosa de las madres. ¿Cuál no será su corazón cuando Dios lo encontró digno de Él? Y aun cuando no fuese sino una madre como todas, ¿quién no siente latir su pecho al pronunciar este nombre?

¿Será posible que haya en el mundo quien crea que se venera y bendice demasiado á su madre? Seguid paso á paso lo que por vosotros ha hecho nuestra madre y la veréis meciendoos en la cuna, enjugando vuestras primeras lágrimas y recibiendo vuestras sonrrisas hasta que la muerte os arrebata. Durante todo este tiempo ni un minuto deja de consagraros sus pensamientos y sus cuidados. Si la desgracia hace sentir sobre vosotros su pesada mano, ella os consuela y nunca le faltará una palabra que

calme vuestros males, ni un arbitrio cariñoso para que no caigáis en el abandono y la desesperación.

¡Desdichados los que carecen de amor filial y no veneran á su madre! ¿Podremos admitir como hermanos nuestros á los que obren así?

Madre nuestra es María y si se tiene en consideración el lugar que ocupa junto á Dios, veremos que es nuestra mediadora y protectora nuestra. Jamás suben inútilmente á ella las oraciones que la dirigimos. Nadie ignora esta verdad, y si alguno no la sabe, es porque nunca ha sentido el amor en su corazón ni ha subido la oración á sus labios.

Uno de mis antiguos feligreses tenía la costumbre de quedarse todos los domingos solo en la iglesia después de la misa y se hincaba largo tiempo ante una imagen de la Virgen. No pude prescindir de preguntarle un día por qué permanecía tanto tiempo allí y me contestó con una sencillez verdaderamente conmovedora:—«Señor cura, siempre que queremos obtener el favor de alguno de los ricos del pueblo, nos valemos de las personas que se llevan más con él para que le hablen en favor nuestro. Yo hago lo mismo con Dios, y acudo á la Santísima Virven para que me abone, porque estoy cierto de que mis súplicas serán oídas.»

Esta es la contestación que da la razón natural, es decir, la verdadera razón. No os apuréis tanto, filósofos del siglo; sostened vuestros absurdos en nombre del dinero, del progreso y de los placeres; pagad vuestro tributo á la materia; pero dejad al pueblo su buen sentido y el culto de María, que nos es más grato.—Así sea.

LA INMACULADA CONCEPCION

DÍA DOS

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Multæ filiæ congregaverunt divitias: tu supergressa es universas.

Prov., XXXI, 29.

Manus Domini confortavit te, et ideò eris benedicta in æternum.

Judith, XV, 11.

Noli metuere, non moriéris; non enim pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est.

Esther, XV, 12-13.

Eripuit me de inimicis meis fortissimis, et factus est Dominus protector meus.

Psalm., XVII, 18-19.

Sanctificavit tabernaculum suum Altissimus.

Psalm., XLV, 5.

Fundatur exultatione universæ terræ mons Sion, latera Aquilonis, civitas regis magni.

Psalm., XLVII, 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

calme vuestros males, ni un arbitrio cariñoso para que no caigáis en el abandono y la desesperación.

¡Desdichados los que carecen de amor filial y no veneran á su madre! ¿Podremos admitir como hermanos nuestros á los que obren así?

Madre nuestra es María y si se tiene en consideración el lugar que ocupa junto á Dios, veremos que es nuestra mediadora y protectora nuestra. Jamás suben inútilmente á ella las oraciones que la dirigimos. Nadie ignora esta verdad, y si alguno no la sabe, es porque nunca ha sentido el amor en su corazón ni ha subido la oración á sus labios.

Uno de mis antiguos feligreses tenía la costumbre de quedarse todos los domingos solo en la iglesia después de la misa y se hincaba largo tiempo ante una imagen de la Virgen. No pude prescindir de preguntarle un día por qué permanecía tanto tiempo allí y me contestó con una sencillez verdaderamente conmovedora:—«Señor cura, siempre que queremos obtener el favor de alguno de los ricos del pueblo, nos valemos de las personas que se llevan más con él para que le hablen en favor nuestro. Yo hago lo mismo con Dios, y acudo á la Santísima Virven para que me abone, porque estoy cierto de que mis súplicas serán oídas.»

Esta es la contestación que da la razón natural, es decir, la verdadera razón. No os apuréis tanto, filósofos del siglo; sostened vuestros absurdos en nombre del dinero, del progreso y de los placeres; pagad vuestro tributo á la materia; pero dejad al pueblo su buen sentido y el culto de María, que nos es más grato.—Así sea.

LA INMACULADA CONCEPCION

DÍA DOS

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Multæ filiæ congregaverunt divitias: tu supergressa es universas.

Prov., XXXI, 29.

Manus Domini confortavit te, et ideò eris benedicta in æternum.

Judith, XV, 11.

Noli metuere, non moriéris; non enim pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est.

Esther, XV, 12-13.

Eripuit me de inimicis meis fortissimis, et factus est Dominus protector meus.

Psalm., XVII, 18-19.

Sanctificavit tabernaculum suum Altissimus.

Psalm., XLV, 5.

Fundatur exultatione universæ terræ mons Sion, latera Aquilonis, civitas regis magni.

Psalm., XLVII, 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ave gratia plena; Dominus tecum.

Luc., I, 28.

Venite, audite, et narrabo, omnes qui timetis Deum, quanta fecit animæ meæ.

Psalm., LXV, 16.

A dextris est mihi, ne conmovear, propter hoc lætatum est cor meum.

Ibid., XV, 16.

Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias.

Cant., II, 2.

Dilectus meus mihi, et ego illi, qui pascitur inter lilia.

Ibid., II, 16.

Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.

Ibid., IV, 7.

Benedicta es tu, filia, à Domino Deo excelso præ omnibus mulieribus super terram.

Judith, XIII, 23.

Tu gloria Jerusalem, tu lætitia Israel, tu honorificentia populi nostri.

Ibid., XV, 10.

Dominus possedit me in initio viarum suarum, antequam quidquam faceret à principio; ab æterno ordinata sum, et ex antiquis antequam terra fieret, nondum erant abyssi, et ego jam concepta eram.

Prov., VIII, 22-24.

Porta hæc clausa erit: non aperietur, et vir non transibit per eam: quoniam Dominus Deus Israel ingresus est per eam, eritque clausa Principi. Princeps ipse sedebit in ea.

Ezech., XLIV, 2.

Beatus homo qui audit me, et qui vigilat ad fores meas quotidie, et observat ad postes ostii mei, qui me invenerit inveniet vitam, et hauriet salutem à Domino.

Prov., VIII, 34-35.

Quæ est ista, quæ progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol....., quasi arcus refulgens inter nebulas gloriæ, et quasi flos rosarum in diebus vernis?

Cantic., VI, 9. *Eccl., L,* 8.

Quæ est ista, quæ ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dilectum suum!

Ibid., VIII, 51.

Fecit mihi magna qui potens est: et sanctum nomen ejus.

Luc. I, 49.

Non permisit me Dominus ancillam suam coinquinari.

Judith, XIII, 20.

Quæretur peccatum illius, et non invenietur.

Psal., X, 15.

Opus namque grande est, neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo.

Paral., XXIX, 1.

Ipse creavit illam in Spiritu Sancto, et vidit, et dinumeravit, et mensus est.

Eccli, I, 1.

Primogenita ante omnem creaturam.

Ibid., XXIV, 5.

Speculum sine macula.

Sab., VII, 26.

Non intrabit in eam aliquod coinquinatum.

Apoc., XXI, 27.

Qui creavit me, requievit in tabernaculo meo.

Eccl., XXVI, 12.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTICULO II

LOS PADRES

I. Convenía que la Madre de Dios fuese pura, sin mancha y sin pecado. Por esto es por lo que fué santísima, no sólo cuando era joven, sino también siendo muy niña, y aún en el instante mismo de su concepción. No podía tener la menor mancha la que era el santuario de la divinidad, el tabernáculo de la sabiduría, la morada del Espíritu Santo y el vaso precioso que contenía el verdadero maná caído del cielo. *(S. Tom. arch. Valent. conc. 3. in Nat. B. M. V.)*

II. ¡Oh esposos dichosos Joaquín y Ana! el mundo entero debe rendiros homenaje, porque vosotros ofrecísteis al Criador el don de los dones, es decir, esa Madre bendita, que fué la única que mereció semejante favor del Todopoderoso. ¡Oh bienaventurada Ana, cuán ilustre y bello fué el fruto que produgísteis! *(S. Juan Damasc. Serm. I. in Nativit. B. M. V.)*

III. Como la bienaventurada Virgen María estaba destinada para ser la Madre de Dios y debía dar á luz de una manera inefable al que al hacerse hombre no por eso dejaba de ser Dios en esencia, lo que la hacía contraer una alianza sublime con la divinidad, debemos creer que en el mismo momento en que fué concebida recibió de Dios todos los dones, dones que no puede llegar á concebir el espíritu humano, y menos todavía medir su extensión y grandeza. *(S. Anselmo. Tract. de Concep. B. M. V.)*

IV. ¿Quién podría ser bastante grande para contar las estrellas de que se componía la corona de María? Impotente es el hombre para percibir la hermosura de esta corona y explicaremos de qué materia estaba hecha. Respecto á mí sólo pude distinguir algunos de sus rayos que

me deslumbraron, como su nacimiento, la salutación angélica, la obra del Espíritu Santo en su seno virginal y la inenarrable concepción de su divino Hijo. *(S. Bernard. de 12 Prærogat.*

V. En María deben distinguirse siete privilegios principales; y al decir privilegios me refiero á los favores celestiales reservados únicamente para María. El primero de ellos, del que no ha participado ninguna otra criatura, es el haber nacido exenta de pecado. *(S. Buenav. in Specul. B. M. V.)*

VI. El Señor la sostuvo al principiar el día de su nacimiento, y no sólo al principiar el día, sino en la aurora de su concepción. Por esto permanecerá continuamente en el fondo del corazón de María. Dios abandona nuestro corazón desde el momento en que penetra en él el pecado mortal: el pecado venial no le arroja de él, pero le turba. Ni un sólo momento de inquietud pesará en el corazón de María, porque no habrá en él ni la menor falta venial. ¿Por qué? Porque Dios la sostendrá desde que comenzará la aurora de su nacimiento. (*S. Tom. arch. Valent.*)

VII. No creáis que decís una cosa cualquiera al confesar que María fué inmaculada en su concepción: tan gloriosa es para ella su concepción inmaculada como su título de Madre de Dios, según la carne. ¿Y esto por qué? Grande sería vuestra falta si os atreviéseis á decir que hubo un tiempo en que María era esclava del pecado, hija de la cólera y que estaba sujeta al pecado original. ¿Cómo hubiera podido aplastar la cabeza de la serpiente, si antes hubiese estado sujeta á ella? Nuuca podremos hacer una afrenta semejante á la que constituye nuestra gloria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

I. María no está comprendida en la ley común.

Para dispensar á María de la ley común, fué preciso que interviniera la autoridad soberana, el autor de toda ley, el que tantas veces obró en favor de María.

II. María no participó del contagio universal.

Para separarla de la masa común de los pecadores, fué precisa la intervención del que tantas veces la separó de los demás de una manera tan visible, por los grandes é impenetrables designios que tuvo sobre ella antes del tiempo.

III. María fué exenta por la gracia de la cólera que nos acompaña desde nuestro origen.

Para prevenirla de la cólera imploró el amor eterno de Dios, que hizo de María una obra de misericordia antes de que pudiese ser objeto de odio.

La fiesta de la Inmaculada Concepción puede considerarse bajo dos aspectos distintos.

Con respecto á María.

Con respecto á nosotros.

I. Con respecto á María.

El día de su triunfo fué el día en que se cumplió la profecía pronunciada por el Criador en el Edén, el día primero del mundo: *Ipsa conteret caput tuum*..... Este es el primer milagro al que seguirán otros muchos. En esta Mujer que ha venido á ser Madre de Dios, hallaremos una carne sin fragilidad, una vida sin mancha, un parto sin dolor y una muerte sin angustia.

II. Con respecto á nosotros.

Esta fiesta debe inspirarnos:

1° Un gran zelo por nuestra perfección. Si María debió ser tan perfecta para que mereciera llevar en su seno el Verbo divino, ¿cuánto no deberá hacer el cristiano que en la comunión recibe en su corazón el verdadero Hijo de María?

2° Sentimiento de pureza.

3° Sentimiento de humildad. Desgraciadamente antes de ser hijos de Dios fuimos hijos del demonio. Nuestro cuerpo, al que tratamos quizá con hartos miramientos, fué en un principio la morada de Satanás. Nuestro corazón, cuya sensibilidad ensalzamos, tuvo por dueño al mayor de los tiranos, y sin embargo, todavía nos atrevemos á jactarnos de muchas cosas!.....

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. No hay ningún dogma en la Iglesia católica, ni se observa nada en ella perteneciente á la alta disciplina, que no tenga sus raíces en lo más hondo de la naturaleza humana, y consiguientemente en la opinión universal más ó menos alterada en algunas partes, pero en su principio, común á todos los pueblos y á todos los tiempos. (*J. de Maistre Del Papa*).

Una mujer destinada desde la eternidad á salvar el mundo deificando nuestra naturaleza y á encerrar en su casto seno á AQUEL *cuya morada es el Sol, y que huella con sus plantas las alturas de los cielos;* una mujer esperada desde poco después de la creación revelada por Dios mismo en el paraíso; que era el término de todas las generaciones santas que se han sucedido desde el tiempo de los patriarcas, no puede ser una mujer común y debe gozar de prerrogativas sobrehumanas. De este pensamiento piadoso y justo se deriva la piadosa creencia de la Concepción Inmaculada de María.

Si nos remontamos al tiempo de los apóstoles, veremos que ya se aplicaban á María los títulos de Santísima é *inmaculada*. El Apóstol San Andrés, citado por el babilonio Abdías, se expresa en estos términos: "Así como el primer Adan fué hecho de la tierra antes de que fuese maldecida, así también fué formado el segundo Adan de una tierra virgen, que jamás fué maldecida." Los santos y los mártires que vivieron en el siglo III, San Hipólito, San Gregorio, Obispo de Necesarea, Orígenes y San Dionisio de Alejandría, todos dan á la santa Virgen los títulos de *pura* y de *inmacu-*

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

I. María no está comprendida en la ley común.

Para dispensar á María de la ley común, fué preciso que interviniera la autoridad soberana, el autor de toda ley, el que tantas veces obró en favor de María.

II. María no participó del contagio universal.

Para separarla de la masa común de los pecadores, fué precisa la intervención del que tantas veces la separó de los demás de una manera tan visible, por los grandes é impenetrables designios que tuvo sobre ella antes del tiempo.

III. María fué exenta por la gracia de la cólera que nos acompaña desde nuestro origen.

Para prevenirla de la cólera imploró el amor eterno de Dios, que hizo de María una obra de misericordia antes de que pudiese ser objeto de odio.

La fiesta de la Inmaculada Concepción puede considerarse bajo dos aspectos distintos.

Con respecto á María.

Con respecto á nosotros.

I. Con respecto á María.

El día de su triunfo fué el día en que se cumplió la profecía pronunciada por el Criador en el Edén, el día primero del mundo: *Ipsa conteret caput tuum*..... Este es el primer milagro al que seguirán otros muchos. En esta Mujer que ha venido á ser Madre de Dios, hallaremos una carne sin fragilidad, una vida sin mancha, un parto sin dolor y una muerte sin angustia.

II. Con respecto á nosotros.

Esta fiesta debe inspirarnos:

1° Un gran zelo por nuestra perfección. Si María debió ser tan perfecta para que mereciera llevar en su seno el Verbo divino, ¿cuánto no deberá hacer el cristiano que en la comunión recibe en su corazón el verdadero Hijo de María?

2° Sentimiento de pureza.

3° Sentimiento de humildad. Desgraciadamente antes de ser hijos de Dios fuimos hijos del demonio. Nuestro cuerpo, al que tratamos quizá con hartos miramientos, fué en un principio la morada de Satanás. Nuestro corazón, cuya sensibilidad ensalzamos, tuvo por dueño al mayor de los tiranos, y sin embargo, todavía nos atrevemos á jactarnos de muchas cosas!.....

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. No hay ningún dogma en la Iglesia católica, ni se observa nada en ella perteneciente á la alta disciplina, que no tenga sus raíces en lo más hondo de la naturaleza humana, y consiguientemente en la opinión universal más ó menos alterada en algunas partes, pero en su principio, común á todos los pueblos y á todos los tiempos. (*J. de Maistre Del Papa*).

Una mujer destinada desde la eternidad á salvar el mundo deificando nuestra naturaleza y á encerrar en su casto seno á AQUEL *cuya morada es el Sol, y que huella con sus plantas las alturas de los cielos;* una mujer esperada desde poco después de la creación revelada por Dios mismo en el paraíso; que era el término de todas las generaciones santas que se han sucedido desde el tiempo de los patriarcas, no puede ser una mujer común y debe gozar de prerrogativas sobrehumanas. De este pensamiento piadoso y justo se deriva la piadosa creencia de la Concepción Inmaculada de María.

Si nos remontamos al tiempo de los apóstoles, veremos que ya se aplicaban á María los títulos de Santísima é *inmaculada*. El Apóstol San Andrés, citado por el babilonio Abdías, se expresa en estos términos: "Así como el primer Adan fué hecho de la tierra antes de que fuese maldecida, así también fué formado el segundo Adan de una tierra virgen, que jamás fué maldecida." Los santos y los mártires que vivieron en el siglo III, San Hipólito, San Gregorio, Obispo de Necesarea, Orígenes y San Dionisio de Alejandría, todos dan á la santa Virgen los títulos de *pura* y de *inmacu-*

lada. San Cipriano es algo más preciso y dice claramente que hay una diferencia muy grande entre la Virgen y los demás mortales, pues sólo tiene de común con ellos la naturaleza, más no la culpa.

En el siglo IV. San Basilio y San Epifanio tributan á María el mismo homenaje. San Ambrosio la compara á "un tallo derecho y lozano que no ha tenido nunca ni el nudo del pecado original, ni la corteza del pecado actual." San Gerónimo la compara á un día sin tinieblas. *Orsini, la Virgen.*

II. La virginal maternidad de María implica una concepción inmaculada. La misma razón que hizo nacer á Jesús de una madre *virgen*, debió hacerle nacer de una *inmaculada*. Creemos que este argumento es de mucha fuerza.

¿Por qué quiso Dios nacer de una Madre Virgen sino para que la santidad que debía tener su humanidad viniese de más lejos que su nacimiento inmediato? quería que esa santidad se hallase ya en su madre, como por reflujo, del cual se extendería después por soplo del Espíritu Santo á toda la humanidad. Es evidente que la virginidad de María no fué sino por este motivo la condición de su maternidad. De modo que esta virginidad estaba preparada con anterioridad por Dios, á quien la había consagrado María en los mismos lazos del matrimonio, como que debía ser el habitáculo del Santo de los Santos. María era desde entonces llena de gracias, bendita entre todas las mujeres y con ella estaba el Señor.

Pero si esta virginidad, si esta plenitud de gracia y esta bendición eran la condición *anterior* y preparatoria de la maternidad de María, ¿quién no comprende que esta anterioridad debía remontarse á su concepción, para que naciera de una Virgen sin pecado el que venía á lavar los pecados del mundo, como dice primorosamente San Bernardo? ¿Qué otro motivo bastante poderoso podía haber para querer en María esa santidad virginal antes de la concepción de Jesucristo, que no sea bastante para hacerle remontar á la concepción de la misma María? La santidad del Hijo de Dios, motivo de la santidad anterior de María, no podía satisfacerse á medias, reclamaba á María toda entera y debía ocuparla desde su origen.

Lo que fué María después de haber concebido á Jesucristo debía serlo desde que ella misma fué concebida. Su personalidad está identificada con su santa virginidad y con su pureza inmaculada, de la cual está revestida como del Sol. El prodigio que la hizo conservar esta pureza y virginidad en la concepción y en el parto de su Hijo, nos responde del que así la invistió desde que fué ella misma concebida. (*Nicolás, la Virgen y el Evangelio*).

III. Cuando contemplo á nuestro Salvador Jesús, amor y esperanza nuestra, en brazos de la Santísima Virgen ó mamando su leche virginal, ó durmiendo tranquilamente en su seno, ó guardado en el fondo de sus entrañas; cuando medito en este encarcelamiento del Incomprensible y de este modo veo reducida su inmensidad; cuando pienso en ese voluntario encarcelamiento de mi libertador, me digo algunas veces: "¿Sería posible que Dios hubiese querido poner en poder del diablo, aun que sólo fuese por unos momentos, el templo sagrado que destinaba á su Hijo, el santo tabernáculo en que debía descansar tanto tiempo, el lecho virginal en donde debía celebrar sus bodas espirituales con nuestra naturaleza?" Tal es el raciocinio que me hago y luego dirigiéndome al Salvador, exclamo: "No permitas, oh Dios bendito, que tu madre se vea visitada por el demonio. Si Satanás osara acercarse á ella, cuando viviendo en ella la convertís en paraíso, ¡cómo descargaríais sobre él los rayos de vuestra divina cólera! ¡Con qué afán defenderíais el honor y la inocencia de vuestra madre! ¡Oh Niño bendito, que habéis hecho los siglos y sois desde antes del tiempo! cuando vuestra madre fué concebida, la contemplábais desde lo más alto de los cielos y vos mismo erais quien formaba sus miembros. Vos fuísteis quien inspiró el soplo de vida que animó esa carne de la que debía nacer la vuestra. Ved, oh Sabiduría eterna, que va á quedar manchada por el pecado y que caerá bajo el dominio de Satanás. Apartad de ella un peligro semejante. Honrad desde ahora mismo á vuestra madre, y haced que le valga tener un Hijo que era antes que ella, porque al fin y al cabo, ella es ya vuestra madre y sois ya su Hijo. (*Bossuet, sermón sobre la Concepción de la Santísima Virgen*).

IV. Es cierto que existe una ley de muerte que condena á todos los que nacen; pero se dispensa de las leyes más generales á las personas verdaderamente extraordinarias. Cierto vapor maligno y contagioso ha infestado al género humano; pero algunas veces nos libramos del contagio alejándonos. El pecado hereditario nos hace por naturaleza enemigos de Dios; pero la gracia puede salvar la naturaleza. Para expresar mejor mi pensamiento diré que para evitar el contagio es preciso separar, y contra un mal natural es preciso prevenir. Así es que me propongo haceros ver á María dispensada, preparada y prevenida: dispensada de la ley común, separada del contagio universal, prevenida por la gracia contra la cólera que nos persigue desde nuestro origen. Para dispensarla de la ley, apelo á la autoridad soberana que tantas veces se declaró en favor suyo; para separarla de la masa común de los pecadores, apelo á la sabiduría que la separó de una manera tan visible de los demás, por los grandes é impenetrables designios que tuvo acerca de ella antes del tiempo; y para prevenir la cólera, apelo al amor eterno de Dios que la hizo obra de misericordia antes de que pudiese ser objeto de odio. (*Bossuet, 2º sermón sobre la Concepción de la Santísima Virgen*).

V. Desde el momento en que Dios formó á María en el seno de su madre, vino á ser María, por la singular ventaja de su Concepción la más ilustre, la más perfecta y dichosa de todas las criaturas. La más ilustre, porque era de la casa real de Judá, y como nieta de David contaba entre sus antepasados infinitos monarcas y soberanos. La más perfecta, porque era la obra maestra del Todopoderoso; y ninguna podía compararsele en el orden de la naturaleza respecto á las cualidades eminentes que la distinguían y debían hacer de su persona el milagro de su sexo. La más feliz, porque fué concebida para ser madre de un Dios y dar al mundo un Redentor. Muy cierto es esto, pero, ¡oh profundidad y abismo de los designios de Dios! Todo esto sin la gracia y fuera de la gracia cuyas primicias recibió María en su Concepción, no sólo no hubiera sido de ningún mérito á los ojos de Dios, sino que no hubiera impedido que María, á

pesar de tantas ventajas, hubiese sido personalmente el objeto del odio de Dios. Esto es lo que la fe nos obliga á creer. ¿Qué consecuencias no debemos sacar de esto para comprender lo que es el pecado con relación á nosotros y hasta dónde se extiende la fatal desgracia de nuestro origen? Dios, cuyo discernimiento es infalible, y que, único juez equitativo del mérito de su criatura, sabe estimarla en lo que vale, no consideró á María en su Concepción, ni por las gracias naturales con que comenzaba á dotarla, ni por la nobleza de su nacimiento, ni aun porque debía nacer de ella el Santo de los Santos. Esto podía bastar para hacer que su Concepción fuese gloriosa, pero no bastaba para hacer de esta Virgen una criatura según el corazón de Dios. Por lo mismo Dios no la estimó ni la consideró como hija suya muy amada, sino porque desde entonces la halló revestida de su gracia y exenta de la corrupción del pecado. (*Bourdaloue, sermón sobre la Concepción de la Virgen*).

TRADICION SOBRE LA INMACULADA CONCEPCION

VI. El Apóstol San Andrés decía á los primeros fieles: "que el primer hombre fué formado de una tierra inmaculada; que el árbol de la prevaricación fué el que introdujo la muerte en el mundo; y que era necesario que naciera de una Virgen inmaculada del Cristo, hombre perfecto, verdadero hijo de Dios, autor del primer hombre para que restituyese la vida eterna que todos habían perdido, destruyendo con el árbol de la cruz los efectos producidos por el árbol de la concupiscencia."

¿Será preciso que os hable de San Justino, filósofo y mártir que bebió de tal manera en las aguas puras de la fe, que en la primera mitad del segundo siglo compuso sus obras inmortales y derramó heróicamente su sangre por Jesucristo? ¿Deberé recordaros que si Eva era virgen y sin mancha cuando perdió á la humanidad, debió ser María más pura para cooperar á nuestra restauración?

¿Será necesario que os hable de San Ireneo, que fué como un grande astro llegado del Oriente? Por medio de San Policarpio su maestro estuvo en comunicación con el apóstol San Juan, tutor de la Augusta Virgen durante el último año de destierro que pasó en el mundo. Ninguno ha sido mejor conocedor de sus glorias que el ilustre discípulo y sucesor de Pothnio, y él nos dice que la virginidad de María le permitió ser la abogada de Eva, virgen también en verdad, pero culpable. ¿Hubiera podido acaso ser mediadora en favor suyo si se hubiese hallado envuelta en el pecado de Eva?

El punto de contacto que hay entre Eva y María es el punto culminante entre todos en la doctrina de los primeros tiempos. Así lo vemos en Tertuliano, en Orígenes y en San Epifanio, pues cada uno imprime á ese pensamiento, al desarrollarlo, el carácter de su genio. Todos ellos, si no lo dicen de una manera expresa, dejan comprender cuando menos que María fué tan inmaculada para salvar al mundo como la antigua Eva para perderlo; que para darnos plenamente la vida no debió estar sujeta nunca á la muerte; que no es posible suponer que llamada al sublime destino de quebrantar la cabeza de la serpiente, haciéndola expiar el triunfo que obtuvo sobre la primera mujer prevaricadora, hubiese podido sufrir el yugo de sus encantos y su veneno. Si todo esto nos explica bastante claramente la Inmaculada Concepción de María, ¿cómo no vemos en ello la doctrina de este dogma sagrado?

En los diversos símbolos empleados por la antigüedad cristiana para glorificar á María, sobresale igualmente la Inmaculada Concepción. Esos símbolos son históricos. Ya saluda á María como á un paraíso de delicias, ya la considera como una morada de gloria y de felicidad, plantada por la mano del mismo Dios, en cuya entrada había colocado á los querubines encargados de agitar sus espadas de fuego para alejar á la serpiente que quería penetrar en ella con sus perfidias infernales y sus proyectos homicidas. En el concilio de Efeso se la compara ya con el árbol milagroso que ardía sin consumirse, lo que significa que según ellos estaba colocado en una atmósfera de pecado que todo lo devora mientras ella permanece intacta; ya con una nueva arca de la alianza que construida de madera impermeable y forrada de oro interior y exteriormente, recibiera el tesoro de toda santificación. Muchas comparaciones se encuentran parecidas á ésta, y todas ellas tienen por principal objeto representar á María como habiendo sido siempre sin mancha.

Veamos los símbolos terrestres. Ya es un lirio entre espinas; ya un vástago de la vara de Jessé, pero sin inclinación alguna, sin nudos, sin flores mustias y sin frutos amargos: ora es una fuente sellada cuyas aguas no mueven las tempestades ni turban la límpida transparencia de su cristal.

Veamos los símbolos celestes. Se la representa como una aurora que asoma sin nubes en medio de un cielo sin vapores. Es una luz sin igual, escogida como el sol y más bella que la luna, porque el astro de la noche tiene sus manchas y lunares, mientras que en la luz de María no hay sombras ni manchas.

Tras estas fórmulas, más brillantes que precisas, vemos asomar ya una opinión más terminante. San Ambrosio declara y enseña que el Verbo, encarnado para rescatar al mundo, ha comenzado su obra por medio de su madre, de modo que la que debía traer la salud á la tierra, había de ser la primera que recibiera el gérmen de salvación del que era su gérmen y garantía (II, Luc. 3.) ¿Quién se atreverá á decir que el gran Obispo de Milán no hacía brotar el gran bien de la redención por medio de María sino del segundo instante de su existencia y no del primero?

San Agustín, noble hijo espiritual de San Ambrosio, doctor de los doctores, luz de tantos concilios, oráculo de tantas iglesias y antorcha de tantos siglos, habla sobre esto de una manera más explícita: Exceptúo á la Santa Virgen, sobre la cual no quiero que se hable por honor de su Hijo y Señor Nuestro, en tratándose del pecado. (Libro de Nat. et grat. cap. XXXVI). No se pronunció de una manera positiva el augusto privilegio de la concepción, pero ésta fué su expresión negativa. El ilustre Obispo de Hipona no quiere que, en tratándose del pecado, se hable para

nada de María. Luego, cuando se habla de la culpa original, no quiere que se comprenda en ella á María. Luego supone y cree que la augusta Virgen está exenta de este contagio por una barrera de gracias levantada desde el primer momento de su existencia.

Comienza á brillar, pues, una nueva irradiación en favor de esta gloriosa prerogativa. No se trata ya de testimonios generales que la admiten como conclusión, sino de otros más determinados, de proposiciones menos indefinidas que la presentan sin intermediario, como el rayo de luz que atraviesa la nieve; no la presentan como una aurora, sino como una mañana sin nubes. Vemos aparecer sucesivamente en Oriente y en Occidente á San Fulgencio, San Juan Damasceno, San Fulberto, San Pedro Damiano, San Anselmo y San Bruno; á Ives de Chartres, al abate Ruperto, á Hugo y Ricardo de San Victor, á Pedro de Blois y á otros mil que esparcen una luz cada vez más radiante con respecto á María. Y cuando al través de los tiempos diferentes en que vivieron estos hombres ilustres, nobles depositarios de la tradición, llegamos al siglo doce, desaparecen las sombras y el astro brilla en el zenit. *Quasi lux splendens procedit et crescit usque ad perfectum diem* (Prov. IV, 18).—*Monseñor Plantier, Obispo de Nimes.—Instrucción pastoral para el aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción.*

VII. Cumplióse el tiempo anunciado por los oráculos. De la vara de Jessé brotará el vástago bendito que debe llevar la flor de nuestra salud. Pasemos á Nazareth y saludemos amorosos á Joaquín y Ana. La eminente piedad de esta pareja oscura y modesta, aunque de origen real, la hizo merecedora de que el Todopoderoso la eligiera para preparar una madre á su Hijo divino. Concebida ya desde la eternidad en el pensamiento de Dios, la Mujer, la Eva reparadora, fué concebida, en el tiempo, en el seno de Ana *la graciosa*.

¡Feliz madre! ¡Cuán grande es el tesoro que llevas en tus entrañas! Todos los hijos de los hombres pueden decir con el Profeta: "He sido concebido en la iniquidad, porque no existe un sólo recien nacido que esté exento del pecado original; pero la que tiene su raíz en vos puede decir: He sido concebida en la justicia y en la inocencia. Hija de Eva, no he heredado la mancha de la primera culpa, porque yo he sido concebida en el pensamiento del Altísimo antes que Eva, y vengo para reparar su falta."

La Inmaculada Concepción de María, dogma conmovedor de nuestra fe, brilla en las santas Escrituras como un diamante en una corona de oro. Hay entre María y la serpiente la *enemistad*, anunciada desde hace cuatro mil años, no puede ser de un momento, sino que es perpetua. Vanamente el demonio, semejante al alconero que busca su presa antes de que asome la aurora, intentará hacer penetrar en su alma la mano del pecado, ni arrastrándose *podrá morderle el calcañar:* será impotente contra ella en la parte más insignificante de su cuerpo. La historia del tiempo comienza en esta promesa de Dios. La fe de las generaciones trasmitirá fielmente el oráculo y un día lo pondrá la autoridad de la Iglesia por medio de una declaración solemne, al abrigo de toda duda, y el universo católico manifestará su regocijo con trasportes que el mundo no ha conocido jamás.

¿No podía crear Dios el alma de María sin permitir que se contagiara con el pecado? ¿Quién puede dudar de ésto? ¿No ha creado también á los ángeles y á nuestros primeros padres en estado de santidad? Podía igualmente esparcir la gracia santificante en el alma de la Virgen después de la concepción; pero ¿por qué no podía dársela también en el mismo instante de su concepción? Cierto es que una ley general determina que todos nacemos manchados con el pecado; pero esta ley general está hecha por el soberano Señor, que no se sujeta sino á lo que quiere. Aun en lo humano una ley de muerte no desnuda á su soberano del poder de perdonar.

Innecesario nos parece decir que este es precisamente el caso en que convenía que Dios hiciera uso de ese poder. Con efecto, ¿cómo puede concebirse que María, que fué sacada de la raza humana para que fuese el objeto de la eterna predilección del Criador, cayese por voluntad del Criador en la desdichada suerte común al género humano? ¡Cómo puede concebirse que la Trinidad, que la asoció á la más grande victoria que tuvo sobre el demonio, hubiese permitido que fuera antes esclava del demonio! ¿Qué padre consentirá en entregar á la hija de sus entrañas á su mayor enemigo? ¿Cuál sería la hija que pudiendo crear á su madre, dejara de enriquecerla con todos los dones que en su mano estuviesen? ¡Qué esposo que estuviese en posesión de las mayores riquezas dejaría de ofrecerlas á su esposa como prenda de su amor? Digámoslo muy alto y sin titubear en nuestra fe: por honor de Dios, no pronunciemos nunca el nombre de María cuando se hable del pecado. (*Agust. de Nativ. et grat.*) No sólo se trata de ella, sino de Dios mismo, de quien será el inefable santuario y la generosa cooperadora. Por honor de Dios, la vida de María no será sino una continuación de privilegios enteramente excepcionales. No podía negarle el cielo la joya de una concepción sin mancha. La gracia del antiguo Testamento se obtuvo por los méritos futuros de Jesucristo, así como se obtuvo la del nuevo Testamento por sus méritos pasados. La concepción inmaculada de María se desprende de uno de los rayos de la cruz y de una gota de sangre divina, desde antes anunciada. El qué dirá pronto sin temor de que se le desmienta: "¿Quién de vosotros me acusará de pecado?" (Juan, VIII, 46) quiere que se diga lo mismo de su madre.

¡Cuán gratos son á mis oídos, oh María, los nombres con que te saludan las divinas Escrituras! El mismo Dios es quien te dice por boca de Salomón: "Tú eres mi paloma, mi amada; eres toda hermosa y no hay mancha en tí. ¡Cuánto me regocija una gloria tan brillante! Me envanece reconocer en tí un privilegio eminente que sólo á tí te pertenece entre todas las criaturas nacidas de hombre y de mujer.

Por su Inmaculada Concepción se mantuvo la inteligencia de María pura y recta. En su corazón no penetró jamás la concupiscencia, y su carne

virginal jamás conoció la seducción de los sentidos. ¿Quién ha sido tan prudente, humilde, modesta y reservada como ella?

Gran lección es esta para nosotros que llevamos el tesoro de nuestra virtud en un vaso frágil y manchado con harta frecuencia á causa de nuestra presunción y de nuestras imprudencias voluntarias. ¡Con cuánta resolución deberíamos emprender hoy nuestra enmienda! Busquemos, para conseguirlo, la protección de la Virgen inmaculada.

ARTÍCULO V

PLATICA II

EL CULTO DE MARÍA SEGÚN LA SAGRADA ESCRITURA

Hemos probado ya que á los ojos de a sana razón está perfectamente fundado el culto de la Santísima Virgen, y que lo admiten sin trabajo ni discusión todos los católicos, que le consideramos como un deber y una necesidad. Tal vez nuestra demostración habrá parecido extraña á algunos; si así es, su sorpresa sólo nos probará que la causa principal de su extrañeza consiste en que tocan cuestiones teológicas sin tener conocimiento de ellas, y suya es la culpa. En esta plática aumentará tal vez su sorpresa cuando les demostremos el lugar que ocupaba María, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, siendo así, que según cierta clase de sabios, no puede figurar en él.

En las primeras páginas del Génesis hallamos ya profetizado de un modo misterioso el nacimiento de María. Al perder Eva con su inocencia su privilegio de inmortalidad; al ver convertidas en espinas las flores del Edén; cuando su ojo de madre, cruzando la serie de los años, vislumbró las desdichas que pasarían sobre la humanidad, cruzó en su mente un rayo de esperanza y futuro perdón que templó en cierto modo el dolor de sus fúnebres presentimientos. Comprendió que Dios había pronunciado

contra el que la engañó con seductoras promesas, esta declaración vengadora; «*Immicitias ponam inter te et mulierem et semen tuum et semen illius, ipsa conteret caput tuum.*» Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya; y ella quebrantará tu cabeza.

¿Cuál era la mujer que según el pensamiento de Dios debía aplastar la cabeza de la serpiente, ó en otros términos, destruir el imperio del demonio usurpado en el paraíso terrenal? Ved lo que nos dice Bossuet, que nos da una clara lección acerca de esto: «María es la nueva Eva, dice en sus Elevaciones sobre los misterios. Se da á Eva el nombre de madre de los vivientes (*Gen.*) aun después de su caída, según nos lo hacen notar los santos doctores, siendo así que más bien debería dársele el de madre de los muertos. Pero recibe este nombre en la figura de la Virgen, que es la nueva Eva, como Jesucristo es el nuevo Adán. La perdición del linaje humano comenzó por Eva, y nuestra salvación comenzó por María, que tomó en nuestra regeneración la misma parte que tomó Eva en nuestra caída, así como tuvo Jesucristo en nuestra regeneración una parte igual á la que tomó Adán en nuestra desgracia.» Tal es el comentario hecho sobre la promesa del paraíso terrenal por el pensador profundo, cuyo genio penetró de un modo tan admirable los misterios cristianos. —Otra profecía hay no menos famosa, que demuestra cuáles eran los designios de Dios respecto á la Santísima Virgen. Muy lejos estamos de los primeros días del pecado original. Los siglos pasaron y llegó el tiempo de Isaías. Los reyes de Siria y de Persia pusieron sitio á Jerusalen. Acaz y el pueblo todo estaba consternado y temía la completa destrucción del pueblo judío. Entonces les dijo el profeta, inspirado por Dios: «Nada temáis, porque una Virgen concebirá y parirá un hijo que tendrá por nombre Emanuel:» *Ecce Virgo concipiet et pariet filium et vocabi-*

tur nomen ejus Emmanuel. (*Isaías cap. VII*). Luego no es preciso hacer esfuerzo alguno para comprender quién será la Virgen que ha de ser madre del libertador de Israel. El santo Evangelio nos da una clara explicación de la profecía, porque hallamos en el cap. I, ver. 2 y siguientes de San Mateo que María concibió por obra del Espíritu Santo, que parió un hijo que se llamó Jesús, y que todo esto se hizo para que se cumpliera lo que dijo el Señor por boca de su profeta: «Una virgen concebirá y parirá un hijo á quien pondrán por nombre Emanuel, que traducido significa Dios con nosotros: *Hoc autem totum factum est ut adimpleretur quod dictum est a Domino per prophetam dicentem: ecce virgo in utero habebit et pariet filium et vocabunt nomen ejus Emmanel, quod est interpretatum nobiscum Deus.*»

Santa y maravillosa es la armonía que guardan los dos testamentos; armonía que admira y despierta la fe de todos los que no han cerrado para siempre los ojos á la verdad. No se hace mención anticipada de la Santísima Virgen solamente en uno ó dos capítulos de la Biblia, sino que casi todos los escritores inspirados de Israel hablan de ella en términos más ó menos claros y más ó menos extensos, lo que nos da una prueba evidente del lugar que ocupaba la Virgen libertadora en la mente y deseos de todos. Bossuet dice en sus Comentarios que existen en los libros sagrados y antiguos innumerables textos que se aplican á María, no debido á una interpretación piadosa, sino que deben entenderse al pie de la letra.

Ved en primer lugar lo que dice el santo rey David: «Una reina ha tomado su asiento á la derecha del Señor, vestida con vestiduras de oro. Mas toda la gloria de la hija del rey consiste en sus virtudes:» *Astetit regina a dextris in vestitu deaurata..... omnis gloria filiæ regis ab intus..... adducentur regi virgines post eam.....et concupiscet rex decorem tuum.*

Muchas son las hijas de Sión que han acumulado riquizas, más á todas has tú aventajado con el brillo de tu magnificencia. «*Multæ filiæ congregaverunt divitias, tu supergressa es universas.* (Provs. XXXI, 29). ¿Por qué admirarse? Salomón declara que fué creada desde el principio, antes que los siglos. Todavía no alzaban los montes sus escarpadas crestas hacia los cielos, ni corrían los ríos por entre valles y praderas, ni abriera la tierra sus hondos abismos, cuando María estaba ya concebida en la mente del Altísimo. *Ab initio et ante sæcula creata sum...., nondum era abyssi et ego jam concepta eram.*

¿Quién es ésta, exclama el autor de los Cánticos, que va subiendo cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en batalla? «*Quæ est ista quæ progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna electa, ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?*»—Ven, hermana mía, ven y serás coronada. «*Veni, soror mea, coronaberis.*» Toda tú eres hermosa y no hay defecto en tí. «*Tota pulchra es et macula non est in te.*»

Podríamos multiplicar las citas y presentar á María glorificada en mil lugares de la Escritura en los que se le dan los títulos más gloriosos. Nos fijaremos especialmente en los personajes de la historia judáica que, según el sentimiento tradicional y consagrado por la Iglesia, la anuncian bajo un símbolo figurativo. María es la verdadera Sara, ella nos dió al verdadero Isaac, que fué realmente inmolado en la montaña. Santa María es la bella Rebeca que dió á luz al verdadero Jacob, heredero de las generaciones benditas del Señor. ¿Quién es Raquel la muy amada sino la madre del nuevo José, del justo vendido por sus hermanos, condenado al suplicio por unos malvados, del que luego fué por su humildad la salud del mundo como fué la salvación de su pueblo, el prisionero de Putifar? ¿Quién fué la valerosa Raquel? ¿Quién Ana

la madre dichosa de Samuel? No fueron más que figuras de la que quebrantó la cabeza de la serpiente y dió al mundo al gran sacerdote del Altísimo, al Rey de los reyes.

Me complazco en ver á María en la intrépida Judit que hiere de muerte al tirano Holofernes. La contemplo también en la amable y heróica Esther, cuando habla con el gran rey para evitar las tramas homicidas del enemigo de nuestras almas, y cuando prestándose voluntariamente á los decretos del cielo, hizo revocar la sentencia de muerte pronunciada contra el género humano. ¿No debemos deducir de todas estas figuras y sacar de estos textos de la Escritura que María estaba concebida desde antes que se formara el mundo, que lo mismo que el Mesías era esperada por el pueblo judío, y que mereció desde antes de nacer tal vez un culto real, y sobre todo, un culto de admiración y deseo?

Si así es, ¿por qué rebelarse contra honores tan respetables por su antigüedad y por su origen? ¿No nos presenta el Evangelio, no sólo á los ángeles del cielo, sino al Espíritu Santo, al Hijo de Dios descendiendo hasta esta modesta hija del pueblo? Nos parece innecesario recordar la solemne entrevista del ángel Gabriel con María y el texto de la Escritura que habla de la sumisión de Jesús á su madre. Mucho menos las palabras de Elisabet y la Magnífica.

¿Para qué insistir en citar unos textos tan claros y en poner de manifiesto pruebas tan conocidas de todos? Ante ellas, sólo los ignorantes y los escépticos pueden rechazar la doctrina de la Iglesia: para nosotros los cristianos sobra luz y claridad. Estamos convencidos y declaramos en alta voz y desde el fondo de nuestro corazón que nos enorgullecemos de ser devotos de María y nada de este mundo podrá sonrojarnos del culto que tributamos á María y del amor que tenemos á nuestra madre. —Así sea.

LA NATIVIDAD DE MARIA

DÍA TRES

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Orietur stella ex Jacob, et consurget virga de Israël.

Núm., XXIV, 17.

Egredietur virga de radice Jesse, et flos de radice ejus ascendet.

Isa., IX, 1.

Ipsa est mulier quam præparavit Dominus filio Domini mei.

Genes., XXIV, 14.

Benedicentur in te et in semine tuo.

Ibid., XXVIII, 14

Quæ est ista, quæ progreditur quasi aurora consurgens?

Cant., VI, 9.

Creavit Dominus novum super terram: foemina circumdabit virum.

Jerem., XXXI, 22.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la madre dichosa de Samuel? No fueron más que figuras de la que quebrantó la cabeza de la serpiente y dió al mundo al gran sacerdote del Altísimo, al Rey de los reyes.

Me complazco en ver á María en la intrépida Judit que hiere de muerte al tirano Holofernes. La contemplo también en la amable y heróica Esther, cuando habla con el gran rey para evitar las tramas homicidas del enemigo de nuestras almas, y cuando prestándose voluntariamente á los decretos del cielo, hizo revocar la sentencia de muerte pronunciada contra el género humano. ¿No debemos deducir de todas estas figuras y sacar de estos textos de la Escritura que María estaba concebida desde antes que se formara el mundo, que lo mismo que el Mesías era esperada por el pueblo judío, y que mereció desde antes de nacer tal vez un culto real, y sobre todo, un culto de admiración y deseo?

Si así es, ¿por qué rebelarse contra honores tan respetables por su antigüedad y por su origen? ¿No nos presenta el Evangelio, no sólo á los ángeles del cielo, sino al Espíritu Santo, al Hijo de Dios descendiendo hasta esta modesta hija del pueblo? Nos parece innecesario recordar la solemne entrevista del ángel Gabriel con María y el texto de la Escritura que habla de la sumisión de Jesús á su madre. Mucho menos las palabras de Elisabet y la Magnífica.

¿Para qué insistir en citar unos textos tan claros y en poner de manifiesto pruebas tan conocidas de todos? Ante ellas, sólo los ignorantes y los escépticos pueden rechazar la doctrina de la Iglesia: para nosotros los cristianos sobra luz y claridad. Estamos convencidos y declaramos en alta voz y desde el fondo de nuestro corazón que nos enorgullecemos de ser devotos de María y nada de este mundo podrá sonrojarnos del culto que tributamos á María y del amor que tenemos á nuestra madre. —Así sea.

LA NATIVIDAD DE MARIA

DÍA TRES

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Orietur stella ex Jacob, et consurget virga de Israël.

Núm., XXIV, 17.

Egredietur virga de radice Jesse, et flos de radice ejus ascendet.

Isa., IX, 1.

Ipsa est mulier quam præparavit Dominus filio Domini mei.

Genes., XXIV, 14.

Benedicentur in te et in semine tuo.

Ibid., XXVIII, 14

Quæ est ista, quæ progreditur quasi aurora consurgens?

Cant., VI, 9.

Creavit Dominus novum super terram: foemina circumdabit virum.

Jerem., XXXI, 22.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ecce virgo concipiet, et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel.

Isa., VII, 14.

Ante colles ego parturiebar:

Prov., VIII, 25.

Generationem ejus quis enarrabit?

Isa., LIII, 8.

Fons parvus crevit in fluvium maximum.

Esther, XI, 10.

Quam pulchri sunt gressus tui in calceamentis, filia principis!

Cantic., VII, 1.

Multæ filiæ congregaverunt divitias: tu supergressa es universas.

Prov., XXXI, 29.

Sapientia ædificavit sibi domum.

Prov., IX, 1.

In diebus illis salvabitur Juda, et Israël habitabit confidenter.

Jerem., XXIII, 6.

Ecce dies venient, dicit Dominus: et suscitabo David germen justum: et regnavit rex, et sapiens erit: et faciet judicium et justitiam in terra.

Id., ibit., 5.

Domine Deus, verbum, quod locutus es super servum tuum, et super domum ejus, suscita in sempiternum: et fac sicut locutus es. Ut magnificetur nomen tuus usquè in sempiternum.

Reg., V, 25-26.

Audite reges, auribus percipite principes. Ego sum, ego sum quæ Domino canam, psallam Domino Deo Israël.

Judic., V, 3.

Deus enim ostendet splendorem suum in te, omni qui sub cœlo est. Nominabitur enim tibi nomen tuum a Deo in sempiternum: Pax justitiæ, et honor pietatis.

Baruch., V, 3-4.

Benedicta tu à Deo tuo in omni tabernaculo Jacob, quoniam in omni gente, quæ audierit nomen tuum, magnificabitur super te Deus Israël.

Judith, XIII, 31.

Qui creavit me requievit in tabernaculo meo, et dixit mihi: In Jacob inhabita, et in Israël hæreditare, et in electis meis mitte radices.

Eccl., XXIV, 12-13.

Laudate Dominum Deum nostrum qui non deseruit sperantes in se, et in me: Et in me ancilla sua adimplevit misericordiam suam, quam promisit domui Israël.

Judith, XIII, 17-18.

Elegi te, et non abjeci te, ne timeas quia ego tecum sum.

Isa., XLI, 9-10.

Ecce tabernaculum Dei cum hominibus, et habitabit cum eis. Et ipsi populus ejus erunt: et ipse Deus cum eis erit eorum Deus.

Apoc., XXI, 3.

Ex te mihi egredietur qui sit dominator in Israël, et egressus ejus ab initio, a diebus æternitatis, et erit iste pax.

Mich., V, 2-5.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Venid, oh pueblos del mundo todo, quien quiera que seáis; venid, habitantes todos del vasto universo, sea cual fuese la lengua que pronunciéis, la edad que tengáis y el rango que en el mundo ocupéis; venid á celebrar con trasportes de alegría el nacimiento de María; honremos con nuestros homenajes la cuna de la Madre de Dios. Ella es la que ha trocado en alegría la tristeza ocasionada por nuestra desventurada madre Eva. Con efecto fué dicho á una: «Parirás con dolor:» y á la otra: «Dios te salve, llena eres de gracia.» A la primera: «estarás bajo el dominio del hombre;» á la segunda: «El Señor es contigo.» *(S. Juan Damas. in Nat. B. M. V.)*

II. Nacida es hoy la reina del mundo, la que es la llave del cielo, puerta del paraíso, tabernáculo de Dios, estrella del mar, escala misteriosa de las regiones celestiales por medio de la que descendió hasta nosotros el Rey de los reyes, y que conduce al cielo al hombre que tan bajo había caído. Hoy se ha levantado en el universo la estrella precursora del sol de justicia que debe iluminar el mundo: ella es la que anunciaban los profetas cuando decían: Saldrá una estrella de Jacob, y se levantará un hombre en Israel. Hoy se ha cumplido esta promesa que hacía el profeta Isaías al mundo con tanta fuerza y seguridad para anunciar la venida de la reina del mundo: Una rama saldrá de la vara de Jessé y una flor coronará esta rama. (*S. Pedro Damiano, Hom. in Nat. B. M. V.*)

III. Hoy se hace fecunda la esterilidad y se abre una puerta virginal y divina por la que se dignará pasar el soberano Señor de todas las cosas para entrar como hombre en el universo. En el vástago de Jessé ha brotado una rama que pronto dará la flor de la divinidad. *(S. Juan Damasc. in Nat. B. M. V.)*

IV. El Verbo ha querido hacerse hijo de Abraham. Para esto era preciso que se asemejase á nosotros y tomase un cuerpo como el nuestro. María se presenta para dárselo, para que pueda inmolarle más tarde como cosa propia. Respecto á algunos santos, el Verbo tomó en ellos voz para comunicarles el don de profecía; pero hizo más por María, porque se hizo hombre en sus entrañas. El era el Verbo de Dios por naturaleza y por esencia, pero sin dejar de ser lo que era, quiso hacerse descendiente de David según la carne, y para esto se hizo hombre en el seno de María, como dice el Apóstol. *(S. Atanasio. Epist. ad Epietet.)*

V. Dios se ha hecho hijo de la Virgen María, y la Virgen María ha pasado á ser madre del Hijo único de Dios, de modo que una virgen concibe y engendra en la tierra á Aquel que el Padre engendró en la eternidad. Dios, que destinaba á esta Virgen para que fuese la madre de su Hijo, la colmó de tales favores que se vió á una simple mujer dar el nombre de hijo á Aquel que es el soberano Señor de todas las cosas, y mandar con el derecho que da la maternidad al que reina con su Padre en los cielos y reverencian como Todopoderoso, no solamente todas las criaturas humanas, sino toda naturaleza angélica. *(S. Fulgencio, de Fide ad Petrum.)*

VI. Quiero trazar, según me lo permitan mis fuerzas y aunque sea en embrión, el retrato de la Madre de Dios. Figuráos una virgen adornada con todas las gracias que se pueden conceder á la hermosura, á la gracia y á la belleza. Sobre todo, se distinguía por la sangre real que corría en sus venas. Era bajo este punto de vista tan notable, que ninguna mujer de Judá podía presentar al grado que ella una línea tan grande de ascendientes hijos de reyes, príncipes y jefes de los pueblos y de los patriarcas. *(Hom. S. Tom. arch. Valent. Conc. 3 Nativit. B. M. V.)*

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Al formar Dios al primer hombre, dice Tertuliano, pensaba darnos la imagen de Jesús que debía nacer de su raza: *Quodcumque limus exprimebatur, Christus cogitabatur homo futurus.* Al ver nacer hoy á María que ha de llevarlo en sus entrañas, ¿no tenemos iguales motivos para creer que al crear á esta divina mujer pensó en Jesucristo? No os asombre, pues, ver que la formó con tanto cuidado, ni que la adornara con tantas gracias, porque la formó pensando en el Salvador..... Está en embrión con su Jesucristo, y pronto subirá al horizonte el sol de los siglos; María es la aurora que anuncia su salida. Todo lo grande que vemos en Jesucristo debemos verlo hasta cierto punto en María. Tres cosas muy notables hallamos en nuestro Salvador: la excepción del pecado, la plenitud de la gracia y un caudal inextinguible de caridad por nuestra salud. En María debemos encontrar también estas tres cualidades:

I. Excepción del pecado.

Cuando declaramos á María inmaculada, concebida sin pecado, nacida sin pecado, viviendo sin pecado, guardáos de decir que la asimilamos á Jesús. La inocencia pertenece á Jesús de derecho, y María sólo la tiene por privilegio.

II. Plenitud de la gracia.

Santo Tomás enseña que el principio de las gracias de María, es su unión estrechísima con Jesucristo; además de la estrecha unión que hay entre la madre y el Hijo, debe notarse la unión que existe entre el alma y el corazón. María concibió por la fe, por la obediencia y por su profundo amor.

III. Su inmensa caridad.

El Evangelio nos presenta varios ejemplos: San Juan es santificado en el seno de su madre, por la visita que María hizo á Isabel. El agua es cambiada en vino en las bodas de Caná, á solicitud de María. En el Calvario pasamos á ser todos hijos suyos por el amor que nos profesa: *Ecce Filius tuus.*

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. La solemnidad de este día es el principio, la continuación y el término de todas nuestras solemnidades. Es el principio, porque anuncia los días de gracia y de verdad. Es la continuación, porque une dos extremos: la luz y la sombra. Es el término, porque es la manifestación de la verdad. "El término de la ley, dice San Pablo, es Jesucristo." (*Rom. X, 14.*) En Él está la consumación de todas las cosas.

Preciso era que hubiese una introducción para el gran día que se preparaba para el humano linaje; el sol de justicia y de salud debía tener su aurora. Esta introducción y esta aurora es lo que celebramos en la festividad de este día. La solemnidad de hoy es por lo tanto la más propia para excitar en nosotros trasportes divinos, porque no parece sino que María nos sonrie en su cuna y nos dice: Tened confianza; hoy es el día de la regeneración del género humano. Efectivamente, en el momento en que vino al mundo esta virgen bendita, se preparó y formó una madre augusta para el Dios inmortal de los siglos. (*San Andrés Cretense, sermón sobre la Natividad de la Santísima Virgen*).

II. Cuando quiso el Señor en el principio crear el mundo, tomó entre sus manos un poco de tierra virgen y formó á Adán; así también, cuando quiso obrar su encarnación y hacerse el nuevo Adán, eligió el seno inmaculado de María donde formó su divino cuerpo; de modo que el primer día del tiempo primero y el primer día del tiempo nuevo se parecen en que son dos creaciones hechas una y otra en favor del hombre. (*Ibid.*)

III. La Santísima Virgen poseyó desde el seno de su madre el uso del libre albedrío y la plenitud de la inteligencia. Por esto es por lo que no temen afirmar los doctores que en ese estado estaba entregada á la contemplación de las cosas divinas á un grado que no alcanzaron jamás los santos más favorecidos con el don de la oración. Pero dormía en el seno de su madre como duermen todos los niños antes de nacer; mas esa especie de entorpecimiento que embota nuestras facultades intelectuales, que nos priva del uso de la razón y de nuestro libre albedrío, y nos impide obrar un sólo acto meritorio, no puede ser comparado con el sueño apaci-

ble de María. Por el contrario, estoy persuadido de que su alma santa y llena de luz, tendía con todas sus fuerzas y por arranques expontáneos y meritorios hacia el que la había colmado de tantos favores, y se elevaba á un grado de contemplación más sublime que la de los santos que llegaron á la más avanzada edad y recibieron mayor número de gracias. Podemos poner en sus labios con toda verdad estas palabras de la esposa de los Cantares: "Yo duermo y mi corazón vela, y mi contemplación no se interrumpe jamás por ningún acto." *(San Bernardino de Sena, sermón de Concep. B. M. V.)*

IV. Comenzaré mi discurso con una hermosa meditación de Tertuliano que contiene el libro que escribió sobre la resurrección de la carne. Este profundo y célebre escritor, considerando el modo con que Dios formó al hombre, manifiesta admirarse de la atención que pone en esta idea. Figuráos un puñado de tierra húmeda en manos del divino artífice; ved el cuidado con que la maneja y la prepara, y con qué arte le da forma, entregándose por completo á ella. *Recogito totum illi Deum occupatum et deditum.* Se admira de ver que así se ocupa el espíritu de Dios de una cosa tan despreciable, y considerando que no era posible que emplease tanto trabajo con el único fin de coger tierra y formar barro, saca por consecuencia que Dios tenía miras más elevadas, y pensaba en algo más importante; y para expresar mejor su idea, añade: "Esta obra que tenía entre manos era Jesucristo; y al formar Dios al primer hombre pensaba en trazar á ese Jesús que debía nacer de esa raza." Por esto se entregó cuidadoso á esa obra, porque con el barro que en sus manos tenía, pensaba hacernos á imagen de su Hijo, que debía hacerse hombre. *(Quodcumque timus exprimebatur, Christus cogitabatur homo futurus).*

Voy á manifestaros las reflexiones que en mi mente brotan al meditar acerca de estas hermosas palabras de Tertuliano. Sí, efectivamente, al crear Dios en el principio al primer Adán, pensó en hacerlo á imagen y semejanza del segundo; si teniendo en su mente á nuestro Salvador Jesús formó con tanto esmero al primer padre, porque de él debía salir su Hijo después de millares de generaciones; hoy que veo nacer á la dichosa María que debe llevarlo en su seno, ¿no tengo más motivos para creer que Dios, al formar á su divina criatura, pensaba fijamente en su Jesucristo? *Christus cogitabatur.* No os admire, por lo tanto, el cuidado con que formó al hombre, ni la belleza de que le dotó, porque lo hizo así teniendo en perspectiva al Salvador. Para hacerle digno de su Hijo quiere que sea semejante á su Hijo, y debiendo darnos después el Verbo encarnado, nos presenta hoy ya en la natividad de María un Jesucristo comenzado, si me es dado expresarme así, un Jesucristo en principio, como una manifestación viva y natural de sus perfecciones infinitas. *Christus cogitabatur homo futurus.*

Tres cosas me admiran en nuestro Salvador: la excepción del pecado; la plenitud de la gracia; el que es un caudal inextinguible de caridad por nuestra salud. He aquí los tres rayos del sol que disipa nuestras tinieblas. Era preciso que Jesús fuese inocente para purificarnos de nuestros crímenes; era preciso que fuese lleno de gracia para enriquecer nuestra pobreza; era preciso que ardiera en amor para que se propusiera curar nuestras enfermedades. Estas tres cualidades excelentes son las señales infalibles y los rasgos vivos y naturales que se distinguieron en el Salvador; y Dios, que formó á la Santísima Virgen según este modelo admirable, nos ofrece en ella una emanación de su Hijo. *(Bossuet, sermón sobre la Natividad de la Santísima Virgen).*

V. Al llegar á su ocaso la religión y la grandeza de los hebreos, en el tiempo señalado por los profetas, y cuando el cetro real se hallaba en manos de extranjeros, según la gran predicción de Jacob, había en Nazareth, ciudad de la baja Galilea, á poca distancia del monte Carmelo, un hombre justo llamado Joaquín, de la tribu de Judá y de la raza de David por Nathan. Su mujer, que según la opinión de San Agustín, era de la tribu sacerdotal, se llamaba Ana, nombre que en hebreo significa "graciosa."

Los dos eran justos delante de Jehová y seguían sus mandamientos con corazón recto. Mas parecía que el Señor había apartado de ellos la luz de sus ojos, porque faltaba á su alegría doméstica una dicha, que era como una bendición. No tenían hijos, lo que les entristecía, porque era oprobiosa la esterilidad entre los judíos.

Joaquín, que amaba a su mujer por su admirable dulzura y eminentes virtudes, no quiso agregar á su infortunio el pesar de pedir carta de divorcio, que era muy fácil en aquellos tiempos; siguió viviendo con ella y los piadosos esposos, humildemente sometidos á los decretos divinos, pasaban sus días consagrados al trabajo, á la oración y á la limosna.

Tantas virtudes debían tener en fin una recompensa. Después de veinte años de esterilidad concibió Ana como milagrosamente y dió á luz á la bienaventurada María, que fué más perfecta, santa y agradable á los ojos del Señor que todos los elegidos. Su nacimiento fué modesto, como el de su divino Hijo; sus padres pertenecían al pueblo, aunque descendían de reyes, y vivían oscura y modestamente. *(Orsini, La Virgen).*

VI. Debemos ver en María más bien la madre de Jesús que la hija de Adán. No es noble por sus padres, sino que al contrario ella es quien les ennoblece, y no solamente á sus parientes inmediatos, sino á la casa de David, á la tribu de Judá, al pueblo hebreo, al género humano y á la generación entera. La nobleza que tiene le viene directamente de Jesucristo.

María es predestinada para ser Madre de Dios, y no sólo predestinada, sino creada para este fin por el mismo Dios que quiso nacer de ella; luego se dice verdad al decir, no de una manera general sino muy particular, que es hija de Jesús siendo al mismo tiempo su madre. La hija de Dios y la madre del Hombre es la hija y la Madre del Hombre Dios; de modo que como ha dicho ingeniosamente un Padre, su genealogía comienza en la divinidad y termina en la humanidad de su Hijo.

Desde su nacimiento no podía hablarnos el Evangelio convenientemente de María, sino haciendo á un lado su nacimiento natural y refiriéndose solamente á su maternidad divina, dejándonos ignorar quién era su padre para hacer resaltar únicamente quién era su Hijo: *María de qua natus est qui vocatur Christus,* ó María de Jesús como la llaman los Apóstoles.

Si todo el cristianismo consiste en esta verdad, escrita en el sublime principio del Evangelio de San Juan, que dice que el Verbo dió á todos los que le recibieron el poder de llegar á ser hijos de Dios, porque no nacen ni de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de querer de hombre, sino que nacen de Dios por la gracia, y para eso el Verbo se hizo carne y habitó en medio de nosotros, con más razón ha "nacido de Dios" esta Virgen, que fué la primera y sola que de una manera inefable recibió en persona el mismo Verbo, y de ella es de quien le hemos recibido todos. Ella es en quien y por quien el Verbo se hizo carne y vive entre nosotros.

Os hablaremos hoy de *uno* de los designios más misteriosos de la Providencia. Cuando nace un príncipe de la tierra, se anuncia su nacimiento al mundo entero, que lo celebra con regocijos públicos. Las legaciones que representan á los diferentes gobiernos del mundo, dan al dichoso padre el parabién, los soberanos le envían cartas de felicitación, los poetas escriben odas y la Iglesia dirige al cielo sus oraciones. Todo tiende á festejar al ilustre vástago, mortal como los otros, pero esperanza de los pueblos. ¿No deberá, por lo tanto, manifestar el mundo entero su entusiasmo al venir al mundo nuestra princesa, la deseada, la que es la esperanza del género humano, y alegrarse juntamente el cielo del cual será la reina? Calla, pobre razón y dobla silenciosamente la cabeza ante esta noble cuna.

María pertenece á una raza real. La sangre que circula por las venas de Joaquín es la misma que circulaba en las venas de David y de Abraham, y se remonta por Noé hasta el primer padre; genealogía cuyos nombres se citan todavía hoy. ¿Qué nobleza le ha igualado hasta ahora? Rodean su cuna numerosos oráculos y figuras que trazan una larga línea de fe y de esperanza; como que está destinada á regenerar y salvar el mundo por el hijo que debe dar á luz en Belén y sacrificar en el Calvario. María está llamada á gobernar y consolar á los hombres por medio de su protección todopoderosa.

Jamás ha influido desde el principio de los siglos, ni influirá jamás nacimiento alguno, sobre los destinos del mundo, como el de María, y sin embargo, viene al mundo sin que se celebre públicamente su venida, sin que sus propios padres sospechen siquiera el porvenir que le espera. El universo entero la espera, y nadie se fija no obstante en su venida al mundo. Algunos parientes y amigos felicitan á sus padres y prodigan unos cuantos cariños á la recién nacida. Fuera de esto, que es lo común en la vida, nada notable hubo en su natalicio.

Por la creencia que anteriormente reinaba se dice que el día en que nació la Virgen María se regocijó la tierra; pero la tierra ignoraba la venida de su libertadora. ¿Tembló el infierno porque la grandeza de María le fué enteramente oculta, y se alegró el cielo todo por haber hecho Dios que no ignorasen los ángeles el misterio? Nada de esto está escrito. Lo único que se sabe es que María nació en la humildad y en la pobreza, y que ningún rayo del sol de la profecía iluminó la pobre cuna en que descansaban la esperanza y los destinos del mundo. El nacimiento de Juan Bautista

fué señalado por muchos milagros, y la multitud que fué testigo de ellos, exclamó asombrada: "¿Quién pensáis que será un día este niño?" (*Lúcas*). Ningún prodigio señaló la natividad de la hija de Joaquín y Ana. Nació como nace la hija de un pobre artesano.

¿Quién podrá envanecerse de la clase en que ha nacido ni avergonzarse de su humilde condición, cuando no recibe honor alguno por su nobleza la más gloriosa de las criaturas, ni oprobio ninguno por la pobreza y oscuridad de su familia? Ante Dios sólo se es grande por la virtud. Algunos nacen entre púrpura y son viles á los ojos del Señor y arderán eternamente en los infiernos; otros nacen en el fango y son grandes á los ojos del cielo, donde figurarán entre los eternos esplendores.

No olvidemos el sagrado nombre de María que se dió á la niña, sin duda por inspiración celestial, como se dará más tarde el de Juan. En el hebreo y en todas las lenguas de Oriente, los nombres tienen alguna significación de símbolos ó presagios. Eva, por ejemplo, quiere decir la viva. Abraham, el padre de la muchedumbre. Raquel, la oveja. Rut, la satisfecha. Sephora, la hermosa. Susana, el lirio. ¿Qué significará María? Es ciertamente prodigioso este nombre, que parece el término de las antiguas profecías y la llave del nuevo orden. En hebreo el nombre de María quiere decir á un tiempo mismo mar exaltado y mar de amargura. ¿No fué así su vida toda? ¿No vemos en la historia de María un contraste de grandeza y humildad, de gozo y de alegría? ¿Y quién comprendió entonces la grandiosidad de un oráculo que descansaba en una sola palabra? Nosotros lo sabemos desde el tiempo del Calvario y la gloriosa asunción. Por eso es este nombre tan grato á nuestro corazón, porque es el objeto de la veneración más grande y de la confianza más absoluta. ¡María! ¡María! vuestro nombre es un rayo de luz para nuestros ojos, una melodía para nuestros oídos, miel para nuestros labios, un bálsamo para nuestras llagas, para nuestro corazón un encanto, para nuestra debilidad un escudo, el ala que lleva al cielo nuestras oraciones, el tesoro que pone fin á nuestra indigencia y la llave de oro que nos abre las puertas del cielo. ¡Oh María! ¡sed siempre para nosotros María!—(*Monseñor Pavy, Obispo de Argel. Mes de María*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTÍCULO V

PLATICA III

EL CULTO DE MARÍA SEGÚN LA TEOLOGÍA

Después de haber llevado el culto de María al tribunal de la razón y de haberle defendido contra las vanas objeciones de la impiedad ignorante ó de un catolicismo sin solidez, ningún temor nos contuvo para buscar el apoyo de nuestras convicciones en las palabras del mismo Dios hojeando los dos Testamentos.

Correspondió el oráculo á nuestras esperanzas. Al levantar la tapa que encubre las profecías hemos hallado donde quiera la imagen y el anuncio de María, y el Evangelio, con algunas palabras contra las que nada se puede objetar, ha puesto punto á toda duda y legitimado las creencias y homenajes de nuestra piedad.

Debemos tributar culto á María, madre de Dios, y corredentora del género humano: este es el orden que brota de todas nuestras conclusiones. ¿De qué naturaleza será este culto y hasta dónde se extenderá? Delicado es el asunto, y en él creen hallar los enemigos del culto de María el triunfo de la guerra que le hacen.

Pero les probaremos victoriosamente que se equivocan. ¿No es verdad, hermanos míos, que temiendo con justicia Jesucristo que las pasiones de los hombres y su distinto modo de ver las cosas nos sumieran en la duda, ocultando la clara luz de la verdad, dejó un juez supremo de la verdad y del error, del amor y del bien? ¿No es verdad también que estableció entre nosotros un intérprete infalible de su voluntad?

Si así es, tenemos un modo muy sencillo y fácil de

comprender nuestros derechos y deberes al tratarse de los honores que se deben á María: y consiste en consultar las decisiones y sentimientos de este juez infalible y supremo. ¿Quién es ese juez? Lo sabéis desde que aprendísteis el catecismo, hermanos míos. Lo supísteis por boca del mismo Jesucristo y por la de su grande Apóstol Pablo, el perseguidor convertido: «Él que os oye á mí me oye, dijo Jesucristo á su Iglesia, pues he aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.» A lo que agrega el discípulo: «La Iglesia es la columna y el sostén de la verdad.» (*Ad Tim. I.*) Si alguno no oye la Iglesia, tratadle como á un pagano y publicano, había dicho ya el maestro de la Iglesia.—¿Qué es, pues, lo que cree la Iglesia con respecto á María? ¿Queréis que yo os lo diga? Abrid la teología, es decir, los libros de Dios, esos libros cuyas páginas están llenas de María. En ellas encontraréis que los Concilios dan á la Virgen María los más pomposos títulos: la llaman Madre de Dios. Mediadora de la gracia y Reparadora de los siglos. En ellas hallaréis también las palabras que conmovidos pronunciaron los santos padres, las alabanzas de los doctores y los anatemas que hieren con la excomunión á los detractores de María y del culto que le han tributado todos los siglos. En ellas veréis que no sólo no se encela el Hijo del culto que á su Madre se tributa, sino que rechaza á todos esos corazones fríos, á todos esos cristianos tibios ó tímidos que no quieren consagrar sus oraciones á esta mujer amada á la que le plugo á Él obedecer siendo todo un Dios: *erat subditus*.

Si pasáis de los concilios á las prácticas de la Iglesia, á las oraciones de la liturgia, veréis en ellos tanta expontaneidad y una inspiración tan tierna; unas pompas tan conmovedoras, tan dulces cánticos y tan patéticas invocaciones, autorizadas todas por los pontífices romanos, que os veréis obligados á confesar con los santos, hacien-

do á un lado el culto supremo de la adoración: «que debemos honrar á María honrándola sin límite.»

¡Fuera toda sutileza y todo subterfugio!

Si los nombres gloriosos con que saludamos á María; si los títulos patéticos y consoladores que componen la letanía de la Virgen fuesen injustamente dados, no los permitiría la Iglesia. Si hubiese idolatría en alistarse bajo el estandarte de los hijos de María, si nos fuese prohibido rezar un rosario y usar medallas y escapularios, no permitiría la Iglesia esas prácticas generales y populares, porque tiene el deber de clamar incesantemente contra el error y no tolerar el mal. ¿Qué hace la Iglesia al ver el diario aumento del culto de María? Ya lo sabéis; *nos manda* añadir á los gloriosos títulos que le damos el nombre de Madre de Dios; y si no concedemos este título á la Santísima Virgen y no confesamos que fué concebida sin mancha de pecado original, nos ponemos fuera del gremio de la Iglesia, nos convertimos en apóstatas.

Otras creencias hay, que sin haber recibido aun la sanción dogmática, gozan ya de la aprobación solemne de la Iglesia, y en todas partes se creen y celebran, como la Asunción corpórea de María. ¿Quién se atreverá á oponerse á tales manifestaciones; quién será el osado que dé más crédito á su opinión particular que á la creencia unánime de la Iglesia? El que así obre no pasará de ser un temerario, y si no en la letra, se separará en el espíritu de la Iglesia católica.

Además de ésta hay otras mil prácticas que están enriquecidas con indulgencias fecundas en frutos de salud. Grandes y pequeños, sabios é ignorantes se entregan á ellas con fe sincera y procuran propagarlas entre los que les rodean y lo hacen con la bendición del cielo. Los que se llaman despreocupados se ríen de esto; pero los verdaderos cristianos saben que nunca son indiferentes para una madre las atenciones más insignificantes de sus hijos,

que á su vez no pierden ninguna ocasión para atraerse las miradas protectoras de la que está sobre todas las demás. Estos cristianos usan las medallas milagrosas y escapularios de la Santísima Virgen, persuadidos de que así están al abrigo de ciertos peligros y más seguros de la protección de la Virgen. Imitémosles, hermanos míos, porque se parecen á los hijos de quienes nos habla el Evangelio y á los que pertenece el reino de los cielos. Así deseo que séais todos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL SANTO NOMBRE DE MARÍA

DÍA CUATRO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Nomen virginis Maria.

Luc., I, 27.

Benedicta es tu, filia, à Domino Deo excelso præ omnibus mulieribus super terram.

Benedictus Dominus, qui creavit cœlum et terram, qui te direxit in vulnera capitis principis inimicorum nostrorum:

Quia hodie nomen tuum ita magnificavit, ut non recedat laus tua de ore hominum.

Judith., XIII, 23-25.

Sumpsit ergo Maria prophetissa, soror Aaron, tympanum in manu sua: egressæque sunt omnes mulieres post eam cum tympanis et choris.

Quibus præcinebat dicens: Cantemus Domino, gloriosè enim magnificatus est; equum et ascensorem ejus dejecit in mare.

Exod., XV, 20-21.

Egredere de terra tua, et de cognatione tua, et de domo patris tui, et veni in terram quam monstrabo tibi.

Faciamque te in gentem magnam, et benedicam tibi, et magnificabo nomen tuum, erisque benedictus.

Benedicam benedicentibus tibi, et maledicam maledicentibus tibi, atque IN TE benedicentur universe cognationes terræ.

Genes., XII, 1-3.

Deus enim ostendet splendorem suum in te, omni qui sub cœlo est.

Nominabitur enim tibi nomen tuum à Deo in sempiternum.

Baruch, V, 3-4.

Decora facta es vehementer nimis: et profecisti in regnum.

Et egressum est nomen tuum in gentes propter speciem tuam: quia perfecta eras in decore meo, quem posueram super te, dicit Dominus Deus.

Ezech., XVI, 13-14.

Vocabitur tibi nomen novum, quod os Domini nominabit.

Et eris corona gloriæ in manu Domini, et diadema regni in manu Dei tui.

Isai., LXII, 2-3.

Confitemur tibi et laudamus nomen tuum inclytum.

I. Paralip., XXIX, 13.

Mirati sunt nimis pulchritudinem ejus....., dicentes: Deus Patrum nostrorum det tibi gratiam et glorietur super te, et sit nomen tuum in numero sanctorum et justorum.

Judith., X, 7-8.

Benefecit Deus qui misit te ante populum, et tu magna eris, et nomen tuum nominabitur in universa terra.

Id., XI 20-21.

Benedicta tu à Deo tuo in omni tabernaculo Jacob, quoniam in omni gente, quæ audierit nomen tuum, magnificabitur super te Deus Israel.

Id., XIII, 31.

Et nunc hæc dicit Dominus creans te, et formans te: Noli timere..... quia vocavi te nomine tuo.

Isai., XLIII, 1.

Nomen tuum invocatum est super nos, ne derelinquas nos.

Jerem., XIV, 9.

008755

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Exaltate et invocate nomen ejus.

Judith., XVI, 2.

Nonne mater ejus dicitur Maria?

Matth., XIII, 55.

Favus distillans labia tua, sponsa, mel et lac sub lingua tua: et odor vestimentorum tuorum sicut odor thuris.

Cant., IV, 11.

Ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis: vox enim tua dulcis, et facies tua decora.

Cantic., II, 14.

En dilectus meus loquitur mihi.

Id., II, 10.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. La bienaventurada Ana, al dar á luz á María, vino á ser la madre del cielo y del trono de los querubines; porque en efecto, el nombre de esta niña significa cielo, templo y trono. Quiere decir también señora y esperanza. La esposa de Joaquín dió á luz una reina que es la esperanza del género humano, es decir, á Jesucristo. El nombre de María significa también myrra del mar. Y es efectivamente la myrra que preserva de toda corrupción, porque debe ser la madre de la perla inmortal que está en el seno del mar, es decir, en el centro del mundo. Este mar es el universo entero al que ha dado María calma y serenidad dándonos á Jesucristo, que es puerto seguro de salvación.—(*S. Epiph. episcop. de Laud. B. M. V.*)

II. El nombre de María significa también «iluminada.» Efectivamente, brilla con el rayo de la divinidad que sobre ella refleja Jesucristo; y María á su vez ilumina á

todos los creyentes hasta los confines de la tierra. Esta niña que se llama María es la esposa de la Santísima Trinidad y el tesoro oculto de la libertad de Dios. Gabriel le dijo: «Dios te salve, llena eres de gracia, el Señor es contigo.» Y luego añadió: «Y el Padre ha enviado desde el cielo su santo Espíritu, á quien ha encomendado una obra importante: ha preparado una madre para su Hijo único, una virgen para un esposo celestial. El Padre la ha amado, el Hijo ha habitado en ella y el Espíritu Santo la ha cubierto con su sombra.» (*Ibid.*)

III. El nombre de la Virgen nos demuestra su dignidad, porque María quiere decir señora. (*S. P. Chrysol. serm. 142*).

IV. El nombre de María tiene de particular que quiere decir: Dios de mi raza. (*S. Ambr. I. de Inst. Virg.*)

V. En verdad que ha venido á ser la Señora de todas las criaturas, puesto que ha sido escogida para ser la madre del Criador de todas las cosas. (*S. Juan Damasc. Serm. 4. de Fide*).

VI. Sea el nombre de la madre de Dios el último que pronuncie mi boca para que lo tenga yo en mis labios como un ramo de olivo, y que vuele yo de este mundo para descansar en el cielo. (*S. Germ. Constantinopol. orat. 6. in Am. B. M. V.*)

VII. Más veces nos vemos socorridos invocando el nombre de María, que el de Jesús. (*S. Ansel. lib. de Excellent. Virgin*).

VIII. Dichoso el que ama tu nombre, ¡oh Virgen María! Tu gracia fortalecerá su alma y producirá frutos como un jardín que mantienen siempre fresco los manantiales de agua pura. (*San Bonavent. in Salt. B. M. V.*)

IX. El nombre de María quiere decir estrella del mar y conviene admirablemente á la madre de Dios. (*Bernard. hom. 2. sup. Missus est*).

X. En los peligros, en las angustias y en las dudas,

pensad en María, invocad á María; que su nombre esté siempre en vuestros labios, que repose siempre en vuestro corazón. (*Id. ibid.*)

XI. ¡Cómo podríamos alabar dignamente á la que es tan digna de nuestros homenajes, hasta por su nombre que recibió, no de los hombres, sino de Dios mismo, como una significación de lo que debía ser más tarde! (*Ambros. I. de Virgin*).

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Es un nombre de poder.

Es un nombre de protección.

I. Es un nombre de poder.

María significa en lengua siriaca, señora, ama, soberana. No podía tener la madre de Dios un nombre que más le conviniese que el de María, dice San Bernardo; porque ninguno expresa mejor su excelencia, su grandeza y su dignidad.

Este nombre encierra tanto encanto, que cuando se pronuncia el cielo se regocija; *Ut cœlum rideat*, é inspira en la tierra una veneración tal, que cuando se pronuncia desaparece todo enfado. *Ut terra lætetur.*

Este nombre tiene tan poderoso atractivo, que los ángeles se estremecen de alegría cuando se pronuncia entre sus cánticos. *Angeli congaudeant.*

La Santísima Trinidad fué quien dió á María este nombre. Cuando se pronuncia se doblan todas las rodillas en el cielo, en la tierra y en los infiernos. *Dedit tibi, Maria, tota Trinitas hoc nomen, ut in nomine hoc omne genuflectetur cœlestium, terrestrium et infernorum.*

II. Es un nombre de protección.

El nombre de María significa «estrella del mar.»

Los desgraciados hallan poca protección en la tierra, y si la encuentran, siempre carece de algo para ser eficaz; ó les falta crédito ó no trabajan con confianza.

No sucede lo propio en la protección de María. Es tan poderoso el corazón de María sobre el de su divino Hijo, que puede protegernos. *Omnipotentia suplex.*

María quiere protegernos y socorrernos, porque es nuestra madre y nuestra abogada.

Pobres pasajeros en el mar borrascoso del mundo, levantemos nuestros ojos á esa estrella.

María es la estrella de la esperanza, cuando el desaliento se apodera de nosotros en vista de nuestros numerosos pecados: *Respice stellam voca Mariam.*

Es una estrella tutelar, cuando nuestra alma se halla sumergida por la ola de las tentaciones: *Respice stellam.*

Es una estrella que nos regocija, cuando la tristeza y los pesares se apoderan de nuestro corazón: *Respice stellam, voca Mariam.*

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. En medio del pasmo y admiración en que estaban las inteligencias supremas, en vista de la obra proyectada de la redención, Dios hizo brotar del tesoro de su divinidad el nombre de María y anunció que había decretado que todo se obraría "por ella, en ella y con ella;" porque, así como nada ha sido hecho sin El, nada podía rehabilitarse sin ella. Y mandó un mensaje á Gabriel que contenía la Salutación á la Virgen, la Encarnación del Redentor, la plenitud de la gracia, la grandeza de la gloria y el gozo infinito.—(*San Pedro Damiano, sermón sobre la Anunciación de María*).

II. Hablemos de este nombre maravilloso que significa estrella del mar y que tanto se acomoda á la Virgen María. Con efecto se compara á María con las estrellas del cielo, porque despide sus rayos sin que nada mengüe el foco de su luz, así como da á luz á su divino Hijo sin menoscabo de su virginidad. Con toda verdad se puede decir, por lo tanto, que es la verdadera estrella de Jacob, que iluminaba al mundo entero y cuyo esplendor se reflejaba en los altos cielos y penetraba en los infiernos, alum-

brando apaciblemente la tierra para encender las almas más bien que los cuerpos, fecundizar las virtudes y aniquilar los vicios. María es la estrella espléndida y brillante que está colocada sobre el mar inmenso del mundo, admirándonos con su radiante hermosura é inundándonos con la luz de sus virtudes.

Quien quiera que séais los que me oís, si en las horas borrascosas de la vida sentís arrastrada vuestra alma por la tempestad de las pasiones, volved los ojos á ese astro bienhechor que os ilumina en medio de la noche en que estáis envueltos. Cuando el huracán sople más recio, y las tribulaciones quieran sumergiros, contemplad la estrella é invocad á María.—(*San Bernardo, tom. II, sup. Missus est*).

III. En Israel se daba á los niños, en una reunión de familia, el noveno día de su nacimiento, el nombre que debían llevar en la tierra. La hija de Joaquín recibió de su padre el nombre de *Miriam* (María) que traducido al siriaco significa "señora, ama y soberana" y en hebreo "estrella del mar."

Este nombre divino encierra un encanto poderoso y es tan maravillosamente dulce, que el corazón se enternece sólo con pronunciarle, y al escribirle la pluma se regocija. "El nombre de María, dice San Antonio de Padua, es más dulce á los labios que la miel, más grato al oído que un canto armonioso, más agradable al corazón que la alegría más pura."—(*Orsini, la Virgen*).

IV. Nada notable nos dice el Evangelio respecto á la natividad é infancia de la Santísima Virgen. Nos dice simplemente que se llama María, que era esposa de José y que había dado á luz á Jesús. *Jacob autem genuit Joseph virum Mariæ de qua natus est Jesus qui vocatur Christus.*

Lo más notable del silencio del Evangelio acerca de este asunto, es que las dos genealogías que se dan en él de Jesucristo, proceden, ya en línea ascendente, ya en la descendente, de José, padre putativo de Jesucristo, y evitan el que se haga mención del parentesco propio de la Santísima Virgen. Por el Evangelio, pues, sabemos quiénes eran los antepasados de José, mas no sabemos cuáles eran los de la Virgen; lo que es tanto menos natural, en las genealogías de Jesucristo, cuanto que Jesucristo no recibió la sangre de sus abuelos sino por María.

Por otra parte, cuanto más mantiene el Evangelio en la oscuridad la filiación de María, tanto más hace resaltar su maternidad, pues pasando por encima de lo que se relaciona con su nacimiento y educación, tan pronto como nos habla de ella, nos dice que es madre. Nos habla de la madre al mismo tiempo que del Hijo, y no se oía hablar de María cuando tampoco se hablaba de Jesús: *Maria de qua natus est Jesus.*

Tal es el sentimiento que despierta y despertará siempre el nombre dulce, puro, santo y gracioso de María, el más extendido y menos común de todos, que se presta y no se da jamás á las que lo llevan, porque es propio de la Virgen que lo ha santificado y vuelve siempre á ella puro, como vuelven los rayos á la estrella que los despide.

Tal es la significación del nombre inefable de María; "estrella," estrella del mar, estrella matutina, imagen delicada de la venida de María

al mundo. Esta es la estrella cuya aurora predijo Balaam quince siglos antes, cuando profetizando el dominio universal del Mesías, dijo: "Yo le veré, pero no ahora; le miraré, pero no de cerca. Una estrella saldrá de Jacob y se levantará un cetro en Israel. Herirá á los príncipes de Moab y reinará sobre todos los hijos de Seth." Profecía que los antiguos hebreos aplicaban unánimente al Mesías; que, según cuenta Josefo, preocupaba á todos los de su nación en la época de Jesucristo, y que, según el mismo historiador y el Talmud, favoreció el éxito pasajero del falso Mesías Baskochebas porque este nombre significa "Hijo de la estrella."

La estrella cuyo verdadero Hijo reina desde hace diez y ocho siglos sobre todos los hijos de Seth, María, al levantarse sobre el horizonte de este mundo, ha sido como el alba de la mañana de la verdad, el luminar de la fe esparcido en el mundo por Jesucristo, como lo dice en sus cánticos la Iglesia: *Quæ lumen æternam mundo effudit Jesum Christum.* Ha sido como la aurora del sol de justicia, que ha esclarecido las sombras de la ley, iluminando el cielo con los primeros fuegos de la gracia, y por esto la saluda la Iglesia con estas palabras: *Quæ progreditur quasi aurora consurgens.* Imagen bellísima que se aplica á María con toda verdad y expresa su grandeza y su pureza mejor que las frías imágenes de la poesía, porque así como al brillar la aurora brotan de su seno los primeros rayos del sol, así también no aparece en el Evangelio María sino en inmediata relación con Jesús, *luz del mundo*, que nace de ella: *Maria de qua natus est Jesus.* Semejante es por su virginidad á la aurora que nada pierde de su pureza ni de su belleza por dar á luz al rey de los astros y ser la madre del día. Este simbolismo de la aurora conviene á María como una expresión de la verdad que domina el asunto que nos ocupa.—(*Nicolás, la Virgen, según el Evangelio, cap. VI*).

V. Por un favor especial de Dios, Ana, esposa de Joaquín, se salvó del oprobio de la esterilidad. Concibió y dió á luz á una niña á la cual se dió el nombre de María, según la orden que para dárselo recibieron de un ángel sus padres.—(*San Jer. Sem. de Nat. B. M. V.*)

VI. El nombre de María significa señora, soberana y reina. ¡Cuánto conviene este nombre á la dulce soberana, á la que gustosos llamamos Reina de misericordia! El nombre de reina le conviene mucho más que el de emperatriz, aunque el nombre de María indica por sí mismo la elevación y la superioridad. El nombre de emperatriz inspira cierto sentimiento de temor, pues lleva consigo un fondo de severidad que hace temblar las rodillas de miedo. El nombre de reina es más dulce y suave. Por esto es por lo que en todas las páginas de la santa Escritura no se ve sino alguna vez el nombre de emperador aplicado á Dios; pero si se le da siempre el nombre de rey, porque es un nombre que respira majestad. Más grato no es llamar á María reina de misericordia, que darle el nombre de soberana de las soberanas, ó reina de las reinas, ó diosa de las diosas. Estos nombres suenan agradablemente á los oídos de los grandes que se dejan deslumbrar por todo lo que significa excelencia y superioridad, pero que solamente sirven para intimidar á los pequeños. ¿No es verdad que si por ejemplo se la llamase diosa de las diosas, no nos haríamos debida-

mente cargo de que es la reina de los pobres pecadores? ¿Cómo podríamos figurárnosla también como reina de la paz y del amor, cuando se dan esos nombres pomposos á una parte de los habitantes de su reino?

Creo que le conviene mucho más el título de Reina de misericordia, que el de reina del poder y de la sabiduría, porque ésta supone poder y el poder no supone sabiduría, mientras que la misericordia supone poder y sabiduría, y no recíprocamente, de lo que se deduce que la misericordia encierra una y otro. Añadiré que tampoco debe llamársela reina de la gloria, porque la verdadera gloria está en el cielo y no en la tierra, así como tampoco está en los infiernos ni en el purgatorio, siendo así que la misericordia está en todas partes. El reino de la misericordia es, pues, más extenso que el de la gloria. Por esto se llama justamente á María reina de misericordia.—(*San Bernardo de Sena, sermón de Nativit. B. M. V.*)

ARTÍCULO V

PLATICA IV

EL CULTO DE MARÍA Y LA TRADICIÓN

En nuestras pláticas anteriores hemos hablado de la razón, de la Escritura y de la teología, ó sea de la Iglesia, en sus relaciones con el culto de María. Todo responde contra los impíos y los cristianos tibios según los deseos de nuestra fe, y todo proclama con nosotros la necesidad de este culto. Para que no quede en pie ninguna duda, contestaremos las objeciones que se hacen y demostraremos que no es el culto de María una nueva semilla sembrada en el campo de nuestras creencias, mucho tiempo después de los siglos apostólicos, sino que germinó en la edad media y se ha desarrollado frondoso en nuestros tiempos.

Si otro testimonio no hubiese, tendríamos la autoridad de la Iglesia, y nos bastaría. En ella está ahora el espíritu de Dios como en el principio: «Estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.» No

puede, por lo tanto, equivocarse. Téngase presente además que la Iglesia nunca inventa nuevos dogmas ni impone nuevas creencias. Si el culto de María no se hubiese practicado en todos los siglos, no lo fomentaría hoy, pues ella no hace sino dar brillo á las costumbres que ha heredado de otros tiempos.

«Todas las generaciones me proclamarán bienaventurada; decía María profetizando en el tiempo. Sus palabras infalibles como las de Dios, se realizaron en las dos edades, en la pasada y en la futura. No nos entretendremos en citar las páginas de la antigua Biblia que hablan en honor de María y que muchos de vosotros sabréis. Mas si me permitiréis, y será esto nuevo para vosotros, que os invite á registrar las de la historia profana del mundo pagano, para que os hagáis cargo del lugar que ocupaba María en la mente de aquellas gentes. Tened en cuenta que lo que voy á deciros no será una suposición mía, sino el relato de un sabio que vivió al comenzar una de las grandes épocas del cristianismo y conoció familiarmente las creencias paganas. Llamábase Clemente de Alejandría: «Dios, padre de todos los hombres, dice, nunca dejó de mandarles, aun en medio de la oscuridad en que por su voluntad se sumergieron, rayos de luz capaces de hacerles ver la verdad.» (*Strom. 6.*) En los libros sibilinos colocados por Augusto en unos cofres de oro y guardados en el monte Palatino bajo una estatua de Apolo, se hallan grabados el nombre y las alabanzas de María. No es menos significativa la célebre respuesta del oráculo de Delfos al jefe de los Argonautas. «¿A quién dedicaré mi templo de Aténas? pregunta Jasson.—Y Apolo le contesta:—Hay un sólo Dios que reina allá arriba, cuyo Verbo encarnado concibió en el seno de una Virgen purísima y pasando por el mundo como un arco de fuego, se llevará á los hombres para hacer un presente á su padre; se le dedicará su templo y su madre tendrá por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nombre María. «Los atenienses, malos intérpretes de esta profecía, consagraron su templo á Minerva; pero el emperador Zenón satisfizo el oráculo, arrojando del templo á los ídolos y colocando en su lugar á María, á la madre inmaculada del Salvador del mundo. Si de Roma y Aténas nos trasladamos á Egipto, foco de la civilización antigua, veremos que en tiempo de los últimos Ptolomeos existía ya un cuadro representando á una Virgen que oraba ante un pesebre en el que dormía un niño recién nacido. Según la historia, los sacerdotes egipcios conservaban de esta manera la promesa que les hizo Jeremías cuando estaba fugitivo en Egipto, acerca de la venida de la *virgen madre*.

La vieja Galia, futura tierra clásica de la devoción á María, no fué una de las más tardías en dar señales de esta creencia. La historia menciona el altar levantado por los druidas en el territorio de Chartres, á la Virgen que debía parir. *Virgini pariturœ*. San Potenciano, el enviado de San Pedro, la encontró todavía en pie, y valiéndose de él como en otro tiempo Procopio del oráculo de Delfos que hemos mencionado, lo tomó como texto para un discurso que convirtió á los druidas y permitió al apóstol convertir aquel antro de Chartres en una capilla católica dedicada á María. Podríamos añadir á lo dicho una porción de noticias curiosas debidas á sabios investigadores, y que prueban que María ocupa un lugar en la tradición de los pueblos paganos anteriormente á su nacimiento; pero nos conformamos con lo mencionado, porque queremos hablaros de la tradición cristiana.

Dicen los enemigos del culto de María que en el primer siglo no tuvo culto público. Si sólo se entiende por culto público la erección de santuarios y la formación de confraternidades en honor suyo, así como la reunión de jóvenes de uno y otro sexo que llevan cierta señal que les distingue con el nombre de hijos de María, confesamos

que no existía entonces este culto. Mas tampoco existía la Eucaristía, el adorable misterio de nuestros altares, ni se mostraba en público, ni recibía los honores y la adoración que se le tributa hoy. ¿Y qué tiene esto de particular? Los sacerdotes temían las profanaciones sacrílegas que pudieran hacer contra Jesús y contra su Madre, la tenaz idolatría de los paganos muy recientemente convertidos. Todavía hubieran podido los neófitos adorar á María como á una de sus antiguas diosas y caer en el error todo pagano de los coliridianos, condenado por la Iglesia. Téngase presente que los siglos á que se refieren eran los siglos de los mártires. Los cristianos debían ocultar su culto á la luz del día y sepultarlo en el seno de las catacumbas. Pero ¿no están trazados en aquellas hondas paredes, por mano de San Lucas, los principales rasgos de la vida terrestre de María? ¿No se recitaba en aquellos profundos corredores el símbolo de los apóstoles y no se alababa el nombre y la gloria de la Virgen Madre, cuyo nombre resonaba juntamente con el nombre y la gloria de su Hijo? ¿Desconocían acaso la liturgia de Santiago, establecida en honor de María?

Cuando los primeros doctores de la Iglesia salían de las catacumbas, en tiempo de su lucha contra los primeros herejes, saludaban á nuestra Reina, dándole los títulos más gloriosos. Tertuliano dijo que ella era la reparadora de todo lo que Eva había destruido. San Cipriano la llama sin mancha y madre llena de gracias. Gregorio el taumaturgo invita al cielo y á la tierra á venerarla y tributarla el culto que le es debido. Los padres del siglo cuarto entonan alabanzas en honor suyo; y la prueba mayor que puede darse de la creciente popularidad de María desde los tiempos de que hablamos, la ofrece el concilio de Efeso, donde doscientos obispos se reunen contra Nestorio, que se atreve á negar á María el nombre de Madre de Dios. San Cirilo pronunció en la cátedra del

concilio un panegírico de María con una elocuencia que nadie ha sobrepujado todavía, y fué el intérprete de la indignación pública. Los doscientos obispos y los legados del Papa que se hallaban presentes aplaudieron entusiasmados; y el pueblo, que esperaba impaciente fuera del concilio, al salir los obispos les llevó en triunfo. Por la noche se iluminaron las casas de la ciudad como en los días de victoria, y el sagrado nombre de María corría de boca en boca. Este fué el punto de partida del desarrollo colosal que obtuvo el culto de María, del que somos hoy y seremos cada vez más los orgullosos continuadores.—Así sea.

PRESENTACION DE MARIA EN EL TEMPLO

DÍA CINCO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam, et obliviscere populum tuum, et domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum.

Psal., XLIV, 11.

Quam pulchri sunt gressus tui, filia principis!

Cant., V, 1.

Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.

Psal., CXXI, 1.

Ecce venio, ut faciam, Deus, voluntatem tuam.

Hebr., X, 9.

Holocautomata non tibi placuerunt, tunc dixi: Ecce venio.

Ibid., X, 6-7.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

concilio un panegírico de María con una elocuencia que nadie ha sobrepujado todavía, y fué el intérprete de la indignación pública. Los doscientos obispos y los legados del Papa que se hallaban presentes aplaudieron entusiasmados; y el pueblo, que esperaba impaciente fuera del concilio, al salir los obispos les llevó en triunfo. Por la noche se iluminaron las casas de la ciudad como en los días de victoria, y el sagrado nombre de María corría de boca en boca. Este fué el punto de partida del desarrollo colosal que obtuvo el culto de María, del que somos hoy y seremos cada vez más los orgullosos continuadores.—Así sea.

PRESENTACION DE MARIA EN EL TEMPLO

DÍA CINCO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam, et obliviscere populum tuum, et domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum.

Psal., XLIV, 11.

Quam pulchri sunt gressus tui, filia principis!

Cant., V, 1.

Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus.

Psal., CXXI, 1.

Ecce venio, ut faciam, Deus, voluntatem tuam.

Hebr., X, 9.

Holocautomata non tibi placuerunt, tunc dixi: Ecce venio.

Ibid., X, 6-7.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En dilectus meus loquitur mihi: Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni.

Cant., II, 10.

Veni, columba mea, in foraminibus petræ in caverna maceriæ; ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis; vox enim tua dulcis, et facies decora.

Ibid., 14.

Veni in hortum meum, soror mea, sponsa; messui myrrhum aromatibus meis.

Ibid., V, 1,

Indica mihi quem diligit anima mea, ubi pascas.

Ibid., I, 6.

Quis mihi det te ut inveniam te? apprehendam te et me docebis.

Ibid., VIII, 1.

Trahe me, post te curremus in odorem unguentorum tuorum.

Ibid., I, 3.

Circuibam quærens sapientiam, ut mihi illam assumerem; et adii Dominum.

Sap., VIII, 18.

Ecce sto ad ostium et pulso; si quis aperuerit mihi intrabo ad illum.

Apoc., III, 20.

Donec aspiret dies et inclinetur umbræ, vadam ad montem myrrhæ et ad collem thuris.

Cant., IV, 6.

Quod reliqueris parentes tuos, reddat tibi Dominus pro opere tuo: et plenam mercedem accipias a Domino Deo tuo ad quem venisti et sub cujus confugisti alas.

Ruth., II, 11-12.

Notas mihi fecisti vias vitæ, adimplebis me lætitia cum vultu tuo, delectationes in dextera tua usque ad finem.

Psal., XV, 11.

Quæsivi sapientiam palam in oratione mea; ante templum postulabam pro illa.

Eccle., LI, 18-19.

A juventute mea investigabam eam; inclinavi modice aurem meam, et excepi illam.

Ibid., 20-21.

Custodi pedem tuum ingrediens domum Dei et appropinqua ut audias.

Ibid., IV, 17.

Unam petii a Domino, hanc requiram; ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitæ meæ.

Psal., XXVI, 4.

Dirupisti vincula mea; tibi sacrificabo hostiam laudis.

Ibid., CV, 17.

Circundabo altare tuum, Domine, ut audiam vocem laudis, et enarrem universa mirabilia tua.

Psal., XXV, 6 y 7.

Deus Patrum nostrorum det tibi gratiam, et omne consilium tui cordis sua virtute corroboret; ut glorietur super te Jerusalem, et nomen tuum in numero sanctorum et justorum.

Judith, X, 8.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Hija, oye y ve..... María oyó y vió, creyó y comprendió. Prestó atento oído, pronta á obedecer y dispuesta á ejecutar las órdenes que se le dieran. Olvidó su pueblo y la casa de su padre, porque no trató de aumentar su pueblo por medio de una larga serie de descendientes, ni de dejar herederos en la casa de su padre. (*Bernard. hom. 2. de Laud. Virg. Mar.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II. Oh Virgen prudente ¿quién os ha enseñado á agradar á Dios, al abrazar la virginidad? (*Ibid.*)

III. Ana concibió y dió á luz una niña, y según la recomendación del ángel, sus padres le dieron el nombre de María. A los tres años, cuando estuvo perfectamente criada, sus padres la llevaron al templo, provistos de ricas ofrendas. Como el templo estaba construido sobre un lugar elevado, para ir á él debían subirse quince gradas; esto era inevitable, pues no era posible de otro modo llegar al altar de los holocaustos. (*Jeron. Serm. de Nativit. B. M. V.*)

IV. Al llegar Joaquín y Ana dejaron á su hija en la primera grada. Mientras ellos cambiaban sus ropas para presentarse según era costumbre con el traje más conveniente, la joven virgen subió sola todas las gradas que conducían al altar de los holocaustos, de modo que puede decirse que en estas circunstancias obró como correspondía á una niña de más edad. (*Id. Ibid.*)

V. El Señor obraba ya en esta niña de una manera extraordinaria, y dejaba entrever con este prodigio lo que debía esperarse de esta criatura privilegiada. Hecho el sacrificio según las prescripciones de la ley, y una vez que la niña pronunció su voto, sus padres la introdujeron al interior del templo y regresaron á su casa. (*Id. Ibid.*)

VI. Zacarías se llenó de regocijo al considerar cuánto le honraba el ser tutor de la que estaba destinada para ser madre de Dios. Joaquín se consideró dichoso por haber contribuido con el sacrificio de su ofrenda al cumplimiento de las profecias, y Ana se estremeció de alegría por haber consagrado su hija al Señor. Los profetas y todas las almas que aman á Dios manifestaron su gozo ante el altar del Altísimo. Así se efectuó la presentación de la niña, que permaneció en pie modestamente junto al altar, entre sus padres que elevaban á Dios sus votos por el bien de su hija y el sacerdote que aceptaba en nombre del Altísimo el depósito que se le confiara. (*S. Germ. arch. Constant. orat. 2. in Præsent. B. M. V.*)

VII. Al recibir Zacarías á la niña que se le confiaba, le dirigió estas palabras: «Venid, oh virgen inocente, más elevada que los cielos; venid, vos que en el candor de la infancia dejáis traslucir vuestra futura dignidad de madre de Dios; venid, apresuráos á santificar este templo, pisando los umbrales del tabernáculo; venid á adorar á vuestro Dios junto al altar, oh vos á quien han anunciado innumerables figuras como el altar sin mancha en que descansará el pan de vida. Yo os cedo mi lugar, que sóis más digna de ocupar que yo, porque sóis la reina del universo.» (*Id. Ibid.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

María se ofrece á Dios desde su más tierna infancia.
María se ofrece á Dios por completo.
María se ofrece á Dios con generosidad.

I. María se ofrece á Dios desde su más tierna infancia.

Acababa de oír María la voz del Señor que la llamaba, cuando arrancándose de los brazos de su familia se dirigió á Jerusalen para refugiarse en el templo. Si las razones humanas hubiesen bastado para detenerla en su determinación, no hubieran faltado ciertamente. Su tierna edad, su debilidad, el amor que á sus padres tenía y el pesar que iba á causarles, así como el nuevo género de vida que debía seguir, eran motivos poderosos para que titubeara..... mas nada la contuvo.

II. María se ofrece á Dios por completo.

María ofreció á Dios cuanto era y cuanto tenía. Dejó el mundo y sus goces para entrar en el retiro y no tener

más placeres que los que proporciona el amor de Dios. Dejó á sus padres y amigos, rompiendo los lazos de la sangre, que tan íntimos son, y los de la amistad, que son tan dulces. Hizo renuncia de su libertad y de su voluntad. Nada quiso conservar.

Al entregarnos á Dios creemos haber hecho mucho abandonando nuestros modales mundanos y haciendo á un lado nuestras amistades y nuestras diversiones. ¡Cuán pocos son, sin embargo, los que entregan á Dios todo su corazón, sobre todo en la juventud!

III. María se ofrece sin buscar recompensa alguna.

Ni la inconstancia ni el cambio de ideas acompañarán á María en lo futuro. Sólo tres años tiene, por lo que ahora es lo que será hasta su muerte. Pasarán los años y los acontecimientos se sucederán los unos á los otros; cosas extraordinarias tendrán lugar en el curso de su vida, pero su corazón no variará jamás.

Grande lección debe ser ésta para nosotros, que tan inconstantes somos en el camino del Señor. ¡Pobre corazón humano! voluble siempre, nunca se fija en una cosa. Hoy con Dios y mañana con el demonio. Pongamos término á tanta alternativa y procuremos imitar á María en su constante amor de Dios.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. Los últimos sonidos de las trompetas sacerdotales expiraban bajo la extensión de los pórticos, y el sacrificio ardía aún sobre el altar de bronce, cuando un sacerdote descendió al atrio de las mujeres para terminar la ceremonia. Ana, seguida de Joaquín y llevando á María en sus brazos, se adelantó cubierta la cabeza con el velo hacia el ministro del Altísimo, y si ha de creerse una tradición árabe que el mismo Mahoma ha consignado en el Koran, ella le presentó á la joven sierva del Señor, diciendo con una voz conmovida por el sentimiento religioso y el amor maternal,

estas sencillas palabras: *Yo vengo á ofreceros el presente que Dios me ha hecho.*

El sacerdote aceptó en nombre del Dios que derrama la fecundidad en el seno de las madres, el precioso depósito que el reconocimiento le confiaba; bendijo á Joaquín, lo mismo que á su virtuosa consorte, y extendiendo en seguida las manos sobre la asamblea que se inclinaba bajo su bendición pontifical: "¡Oh Israel! exclamó, que el Señor te envíe su luz divina, que te haga prosperar en todo y te conceda la paz!" Un cántico de acción de gracias, acompañado armoniosamente por las arpas sacerdotales, terminó el acto solemne de la presentación de la santa Virgen.

Tal fué la ceremonia que tuvo lugar hacia los últimos días del mes de Noviembre en el santo templo de Sión. Los hombres que se detienen por lo común en la superficie de las cosas, no vieron allí sino una humilde jovencita, admirablemente hermosa y de un maravilloso fervor, que su madre consagraba al Dios que se la había concedido á sus ayunos y á sus lágrimas; mas los ángeles del cielo, que sostenidos por sus alas se mecían sobre el santuario, descubrieron en esta débil y humilde criatura á la Virgen de Isaías, á la prometida esposa de quien Salomón había cantado el místico himeneo, á la Eva celeste que venía á restituir á una raza proscrita la esperanza de una gloriosa inmortalidad. Penetrados de gozo al ver que al fin lucía la aurora del día del Mesías, "se asociaron, dicen los autores antiguos, á esta solemnidad de la tierra; cubriendo á la joven descendiente del Rey David con sus blancas alas, esparciendo para que sirviesen de alfombra á sus pies, las olorosas flores del Paraíso, y celebrando su entrada en el templo con melodiosos conciertos."

¿Quién podrá decir lo que pasó entonces en el alma de María, en esa alma suavemente abierta, como una cándida flor al soplo del Espíritu Santificador; en esa alma en donde todo era paz, pureza, santo amor é inteligencia? ¿Por qué vínculos sagrados se unió á AQUEL que la había preferido á las vírgenes y á las reinas de tantos pueblos? ¡Este es un secreto entre ella y Dios; pero se puede muy bien pensar que nunca oblación alguna había sido más favorablemente acogida, y San Evodio de Antioquía, San Epifanio de Salamina, San Andrés de Creta, y otros muchos padres latinos, están de acuerdo en que la consagración de la Virgen es el acto de religión más agradable y acepto á los ojos de Dios que el hombre haya ofrecido jamás!

Se ignora el nombre del sacerdote que recibió á la santa Virgen en el número de las hijas del Señor: San Germán, patriarca de Constantinopla, y Jorge de Nicomedia, se inclinan á creer que fué el padre de San Juan Bautista; los lazos de parentesco que unían á Zacarías con la familia de Joaquín, el puesto elevado que ocupaba entonces en el sacerdocio, y la tierna afección que tanto á él como á Santa Isabel les conservó María, dan á esta suposición un alto grado de probabilidad.

De cualquier modo que sea, la bienaventurada hija de Joaquín, fué admitida solemnemente, como hemos referido, en el número de las *almas* ó jóvenes vírgenes que crecían y se educaban á la sombra sagrada del altar. —(*Orsini, La Virgen*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

II. Grande fué la alegría de Zacarías al tener la honra de recibir en el templo del Señor á la augusta Madre de Dios. Grande fué también la de Joaquín, que al poner á su hija en manos del pontífice, confirma los oráculos que le eran tan conocidos. No fué menor la que experimentó la piadosa Ana, que consintió gustosa en que su hija dejara sus brazos maternales para arrojarse amorosa en los brazos de Dios. Los abuelos de la bienaventurada Niña se estremecieron en su tumba al ver que se ponía término á la maldición que sobre ellos pesara; y los profetas exhalaron un grito de alegría al ver realizadas las promesas que ellos mismos anunciaron á la tierra en nombre de Dios. Con este cortejo y rodeada de tanta alegría penetró la bienaventurada Niña en el templo. Radiante, modesta y recogida estaba entre sus padres, que pedían al cielo que derramara sobre ella toda clase de bendiciones, mientras el pontífice se preparaba para bendecirla en el nombre de Dios.

Zacarías, después de haber recibido á la piadosa niña de los brazos de sus padres, le habló de esta manera: Venid á mí, tierna niña, más alevada que los cielos; venid á mí, vos que tan humilde y aparentemente tan pequeña, ocultáis los más profundos misterios de la tierra y del cielo. Acercáos, y al franquear el umbral de este templo, santificad con vuestra presencia esta morada del Altísimo. Al parecer venís aquí para santificaros, pero ¿qué bendición podréis pedirnos, vos que sóis el templo predestinado de Aquel en quien serán benditas todas las generaciones, todos los siglos y todos los pueblos? Venid á prosternaros al pie de este altar y asistid al sacrificio, vos que sóis el altar inmaculado y la fuente del sacrificio que debe salvar al mundo. A mí venís como sacrificador y como pontífice, y queréis que sean mis manos las que os presenten á Dios como un holocausto de agradable olor. Venid y ocupad mi lugar, puesto que vos sóis un sacrificador y pontífice más elevado que yo.

Largo sería relatar todas las palabras que inspiraba el Espíritu de Dios al santo anciano en presencia de la admirable niña. Cuando cesó de hablar, los padres de la Virgen se retiraron y ella permaneció en el templo consagrada á Dios, y los ángeles la visitaban y humildemente le servían. Así terminó la ceremonia de la Presentación y se cumplió el designio de Dios; y la niña crecía y se formaba y no estaba lejano el día en que debía cesar para siempre la maldición que pesaba sobre todo el género humano. —(*San Germán, arzobispo de Constantinopla, sermón 2 sobre la presentación de la bienaventurada Virgen María*).

III. Desde el momento en que María cumplió tres años y podía pasarse ya de los solícitos cuidados de su madre, sus padres la llevaron al templo del Señor con muchas ofrendas. Para llegar al templo, que estaba sobre una eminencia, era preciso subir quince gradas. El altar del holocausto estaba en el interior del templo. Antes de subir Joaquín y Ana dejaron á su hija en la primera grada, y cambiaron sus ropas para presentarse en el templo de una manera conveniente. Mientras tanto la santa niña, sin que ninguno la ayudase ni la sostuviera, subió sola las gradas y se dirigió al templo con la misma facilidad que si hubiese sido de edad más avanzada. Es evidente que el Señor comenzaba ya á obrar de una manera extraordinaria en una joven tan tierna y manifestaba lo que más tarde debía esperarse de una niña á la que colmaba de favores desde una edad tan temprana. Habiendo terminado el sacrificio según era costumbre y cumplido el voto, Joaquín y Ana dejaron á la piadosa María en el templo para que se educara con las demás vírgenes, y se volvieron á su casa. —(*S. Jeron., sermón sobre la Natividad de María*).

IV. Ana condujo á su hija al templo y allí la dejó. La niña, que apenas acababa de destetarse, no se quejó ni un momento siquiera, sin embargo de lo que cuesta á los niños de esa edad separarse de la mejor de las madres. María supo resignarse á separarse de la suya, y se conformó con levantar los ojos al Señor, que la destinaba también para ser madre. Tampoco derramó Ana ni una sola lágrima al separarse de su hija, porque era más fuerte en ella la gracia que la ternura maternal, y conocía también que su corazón se quedaba con el corazón de su hija. Así como la vid extiende las ramas que chupan la savia y la vida de la raiz, esta mujer admirable, al permanecer en la ciudad parecía extender una de sus ramas hasta el templo para ostentar en él un racimo procioso y maduro. No flaqueó un momento ni vaciló un instante para dejar á su hija en el templo, y sin embargo, era muy grande y profundo el amor que con su hija la unía.

Penetró en el templo y dejó á su hija como un cordero en medio del rebaño; colocó esa rosa sin espinas en el jardín de la Soledad, rosa que jamás debía ajarse y florecía siempre, rosa que todos los días abría su cáliz hacia el cielo para perfumar con su aroma á las almas de la tierra. Algunos años pasaron ya desde que se encerró la rosa en el jardín del templo; los aromas que esparce son todos los días más fuertes, y ni los siglos los aniquilan ni el tiempo pudo ajar su tersa corola. Tal es la naturaleza de las cosas espirituales.

Esta rosa debía crecer en el templo en belleza y perfumes, porque Ana la trasplantó allí como un agricultor experto. El que se propone ver el desarrollo de un árbol, comienza por abonar la tierra y preparar la semilla; y cuando advierte que germinó la planta y comienza á crecer, la trasplanta, la coloca en un terreno más bien preparado y allí se desarrolla con extraordinario vigor. Lo mismo hizo santa Ana. Tomó á la niña predestinada que por algún tiempo depositó el Señor en sus entrañas y dejó al cuidado de sus manos maternales y la trasportó luego al templo donde circulan sin interrupción las aguas frescas de la gracia y donde se derrama el rocío del cielo, de modo que á María se aplican estas palabras proféticas de David: "Será rica de frescura y hermosura como una planta que crece en la corriente de las aguas y que dará sus frutos llegado el tiempo.—(*San Juan Crisóstomo. De fide Annæ matris Samuel, sermón 3*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTÍCULO V

PLATICA V

EL CULTO DE MARÍA FUNDADO EN LOS MILAGROS

Gracias os doy desde el fondo de mi corazón, hermanos míos, por la atención con que habéis oído nuestras anteriores instrucciones, y por el interés que habéis manifestado en todo cuanto acerca de la Santísima Vírgen os he expuesto. Interés y atención que me han infundido aliento para continuar mi tarea y hablar sencillamente, con el fin de que todos podáis entenderme sin esfuerzo.

Las grandes pruebas que os hemos presentado en favor del culto de María destruyen ciertamente las objeciones pueriles y maliciosas que hacen los que carecen de ciencia y buena fe. Mas no podemos prescindir de daros otras muchas, y sobre todo la *más fácil* de comprender y la más *concluyente* de todas, porque así lo requiere el grande interés de nuestro asunto. He dicho que os daré la prueba *más fácil* de comprender y la más *concluyente* de todas. Cuando Dios repartió entre los hombres la inteligencia, no repartió sus donativos de un modo igual. Algunos de los fieles que han seguido uno por uno todos los discursos que durante el año hemos pronunciado desde esta cátedra sagrada, nos han comprendido; pero otros no, tal vez porque nuestras demostraciones eran harto profundas. Muchos no han leído ni la Biblia, ni las cuestiones teológicas, ni siquiera algo de historia sagrada, y les hemos hablado con sobrada ciencia. Como vivimos en tiempos de desconfianza, tal vez no se han dejado persuadir por nuestras palabras, por lo mismo que no han podido hacer consultas que de sus dudas les sacaran. No

creo que suceda esto con lo que digamos ahora, porque todo ello estará al alcance de las inteligencias más limitadas, y no hay quien pueda destruir su fuerza. Me refiero á los milagros. Ya sabéis lo que son los milagros, y tal vez habéis sido testigos de más de uno. Es necesario no confundirlos con los efectos de la fantasmagoría. Los milagros son ciertos actos del poder de Dios, que al sujetar al universo á ciertas leyes físicas, se reservó la facultad de modificarlas cuando fuera su voluntad para demostrar que Él gobierna el mundo, y que si algunas veces se deja insultar impunemente, es porque así le place. La historia nos ofrece de ello muchas pruebas. Llega un momento en que los hombres todos le abandonan y entonces descarga sobre ellos todas las cataratas del cielo y todos perecen excepto Noé, gracias á uno de esos milagros que multiplicó siempre el Señor en favor del pueblo judío y continúa entre los cristianos desde la resurrección triunfante de Jesucristo hasta nuestros días. Nunca se obran los milagros sin motivo. Si los hacen los hombres, es porque Dios quiere que sean nuestros oráculos; de este modo nos garantiza las palabras que nos anuncia por conducto de ellos. Al presentarse Moisés ante el trono del Faraon de Egipto, le dijo: Dios te ordena que me dejes llevar al pueblo cautivo. No quiso creer el Faraon la misión de que estaba encargado Moisés; obró éste unos milagros, y el incrédulo rey se vió obligado á reconocer al servidor del Señor á quien de tal manera había delegado sus facultades. También hicieron milagros los apóstoles. Así debía ser, pues de otro modo no les hubieran creído los paganos. Supongamos, hermanos míos, que las palabras de los apóstoles no fuesen las palabras del mismo Dios; y supongamos también que la religión que predican no es la verdadera. ¿Sería posible que hicieran milagros si no se apoyaran más que en su doctrina? No, hermanos míos, sería absurdo creerlo así; sería creer que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios se hace cómplice de la mentira y de la superchería. Si vemos por lo tanto que se hacen milagros en favor de una causa, bien podemos decir que semejante causa, no sólo merece la aprobación de Dios, sino que Dios la proteje. Después de esto, permitidme que os pregunte si habéis visto algún dogma, alguna práctica de la religión cristiana que, como el culto de María, cuente en favor suyo con tantos milagros. Si vuestras ocupaciones os permitieran visitar las librerías públicas, os diría: Id y ojead los anales del pasado, ved lo que dicen los cronistas de otros tiempos, los historiadores de las parroquias y de los monasterios, y en todas partes se os hablará de los milagros obtenidos por intercesión de María. Prefiero sin embargo apelar á vuestros propios recuerdos y al testimonio de vuestros propios ojos. ¿Hay alguno entre vosotros que no haya visitado alguna vez un templo dedicado á la Santísima Virgen, y oído relatar la historia de su construcción? En todos se halla ó la aprobación de María ó el descubrimiento de una imagen milagrosa que fué causa de la construcción del templo. Alrededor del altar habréis visto cuadros más ó menos artísticos, con inscripciones que manifiestan la gratitud de una madre cuyo hijo sanó la Virgen, de una esposa á quien sanó el esposo, de un hijo á quien devolvió su desahuciada madre. En las paredes están colgadas muletas, que no tienen ya objeto, y distintas señales que indican la clase de favores obtenidos por la intercesión de la Virgen. Más de una vez he visto condecoraciones militares pendientes de las paredes de Nuestra Señora de Lourdes. Todo esto habla más alto que las palabras y nos dice que aquel es el lugar santo de los milagros. Sin ir tan lejos, os bastará con meditar sobre vuestra pasada vida y juzgar con vuestra propia experiencia. Decidme sino si en las horas de angustia y pesar, no os dirigís con precipitado paso al altar en que está la Virgen y le decís con el corazón compungido:

¡Oh Madre mía, acuérdate de mí! ¿Sabéis por qué obráis de esta manera? Porque más de una vez habéis recibido ya uno de esos favores que parecen milagros y esperáis que se repita. ¿No es verdad, hermanos míos, que más de una vez habéis regresado á vuestro hogar llenos de alegría y consuelo, parecidos á la mujer de la Biblia que acababa de obtener la curación de su hija? Oh, sí, María es la madre de los milagros y la que se complace en manifestar de un modo tan glorioso su poderosa intercesión, y no obraría de este modo si vuestra piedad filial no fuera de todo su agrado. Corramos sin temor en busca de María, que nos abre el camino que nos lleva á Jesús.—ASÍ SEA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIDA DE MARIA EN EL TEMPLO

DÍA SEIS

ARTICULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Filiæ Jerusalem, nuntiate dilecto meo quia amore langueo.

Cantic, V, 8.

Totus desiderabilis dilectus meus, et ipse est amicus meus.

Ibid., V, 16.

Sub umbra illius quem desideraveram sedi; et fructus ejus dulcis gutturi meo.

Ibid., II, 8.

Fulcite me floribus, stipate me malis quia amore langueo.

Ibid., 5.

Læva ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me.

Ibid., 6.

Dilectus meus mihi et ego illi qui pascitur inter lilia.

Ibid , II, 16.

Inveni quem diligit anima mea, tenui eum nec dimittam.

Ibid., III, 3.

Ego dormio et cor meum vigilat.

Ibid., V, 2.

Vox dilecti mei pulsantis: aperi mihi soror mea, amica mea columba mea, immaculata mea.

Ibid., 3.

Præcepit mihi qui creavit me; et in habitatione sancta coram ipso ministravi:

Eccli., XXIV, 12 y 14.

Quasi cypressus exaltata sum in monte Sion. et quasi terebinthus extendi ramos meos, et rami mei honoris et gratiæ.

Ibid., 22.

Ego sicut oliva fructifera in domo Dei; speravi in misericordia Dei.

Psal., LI, 10.

Immortalitas est in cognatione sapientiæ et præclaritas in communicatione sermonum ipsius.

Sap., VIII, 17.

Dominus abscondit me in tabernaculo, suo protexit me in abscondito tabernaculi sui.

Psal., XXIV, 5.

Dabitur illi fide donum electum, et sors in templo Dei acceptissima; bonorum enim laborum gloriosus est fructus et quæ non conci lat radix sapientiæ.

Sap , III, 14.

Propter innocentiam suscepisti me, Deus, et confirmasti me in conspectu tuo in æternum:

Psal., XL, 13.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cura disciplinæ dilectio est, et dilectio custodia legum illius est; custoditio autem legum consummatio incorruptionis est, incorruptio autem facit esse proximum Deo.

Sap., VI, 19.

Cognosce justitias et judicia Dei, et sta in sorte propositionis et orationis altissimi Dei, in partes vade in seculi sancti, cum vivis et dantibus confessionem Deo.

Eccli., XVIII, 24-25.

Exaudi, Domino, vocem deprecationes meæ, dum oro ad te; dum extollo manus meas ad templum sanctum tuum.

Psal., XXVII, 2.

In toto corde meo exquisivi legem tuam.

Psal., CXVIII.

Ducam eam in solitudinem et loquar ad cor ejus.

Os., II, 14.

Justorum semita ut lux splendens procedit et crescit usques ad perfectum diem.

Prov., LV, 18.

Prævenerunt oculi mei diluculo, ut meditarer eloquia tua.

Psal., CXVIII.

Digne Deo per omnia placentes, in omni opere bono fructificantes.

Coloss., I, 10.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Para contemplar mejor á Dios, necesita nuestro espíritu de la soledad; el ruido de la muchedumbre nos distrae, y la contemplación requiere el recogimiento. (*Aug. Tract. 17. in Joann).*

II. Quisiera no ocuparme sino del cuidado de entregarme enteramente á Aquel á quien pertenece cuanto hay en mí. (*Ibid. de Quant. anim.*)

III. No moraba la virgen en la parte más santa del templo, sino que su alma se elevaba á lo más alto de los cielos. En el santo asilo en que vivía superaba á todas sus compañeras en amor y pureza. (*Gorgius Nicomed. in. orat. de Præs. B. M. V.*)

IV. He aquí cómo empleaba la Virgen el día en el templo. Desde que amanecía hasta la hora de tercia estaba en oración; de la hora de tercia á la hora de nona se ocupaba en trabajos de manos; pasado este tiempo oraba de nuevo hasta que llegaba á su habitación el ángel que le llevaba el alimento. Su frugal comida no servía sino para hacerla trabajar con más ardor en consagrarse al culto de Dios. Era la primera que cumplia con lo prescrito por la ley, á cuyo estudio se dedicaba afanosa, y la que con más instrucción y sabiduría se dedicaba á entonar los cánticos de David. La primera en ejercer la caridad, era entre todas sus compañeras la que practicaba más perfectamente todas las virtudes. (*Hier. Apud. S. Bonavent. in Medit. vit. Christi).*

V. Su carácter era siempre igual y nunca se manifestó en su semblante la menor señal de desagrado. Eran sus palabras tan dulces, que al oírla hablar se conocía que Dios le inspiraba cuanto decía. Se complacía en orar y estudiar la ley. Cuando estaba con sus compañeras, cuidaba atentamente de que no se pronunciase ni una sola palabra que no fuese conveniente; hablaba suavemente y jamás pronunciaba una palabra ni hacía la más ligera indicación que pudiera herir la susceptibilidad de las demás. (*Id. Ibid*)

VI. Estaba en continua conversación con Dios, y para no distraerse de esta ocupación, cuando alguno le hablaba ó la saludaba contestaba siempre: «Demos gracias

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á Dios.» No tomaba otro alimento sino el que le proporcionaba un ángel, y repartía entre los pobres el que le mandaban los sacerdotes del templo. Se la oía hablar todos los días con el ángel que la servía, con la sencillez con que se habla con una madre ó con una hermana. *(Id. Ibid.)*

VII. Después que hubo nacido esta niña de una madre estéril, como brota un fruto inmortal de un tronco seco, sus padres tomaron esta tierna y única flor para ofrecerla á Dios en el templo. Penetremos en este *Sanctus Sanctorum.* No hace la niña más que nacer, cuando dejando sus pañales y el seno de su madre, Dios se la atrae para educarla desde su infancia como si hubiese formado ya con ella una alianza íntima. *(S. Andr. Cret. orat. 1 de Nat. B. M. V.)*

VIII. ¡Oh prodigio inaudito! Una simple criatura goza en la tierra del privilegio de habitar el *Sanctus Sanctorum;* los ángeles la sirven y recibe del cielo el alimento. No sólo debía habitar en el lugar más sagrado del *Sanctus Sanctorum,* sino en el mismo cielo. Digna era, no sólo de que la sirvieran los ángeles, sino millares de espíritus bienaventurados, porque llevó en su seno á Aquel ante quien se cubren con sus alas esos espíritus. *(Hom. Georg. Nicomed. in Præsent. B. M. V.)*

ARTÍCULO II

PLAN Y ASUNTO

Cum essem parvula placui Altissimo. (Brev. rom.)

¿Cuál es la joven que ha hablado de esta manera? ¿Cuál es la que, sin herir las santas leyes de la humildad, ha podido manifestar al mundo que desde su primera edad consagró su corazón al Señor y desde entonces halló gracia ante Dios? Ni es Judith, ni tampoco Esther.....Es María; sólo ella ha podido llenar todo el sentido de estas palabras. No le basta con haber sido concebida sin pecado. Este privilegio la hizo agradable á Dios. María lo sabe, pero quiere agradarle por medio de un sacrificio cuya voluntad la convierta á la vez en sacrificador y en víctima. Quiere sacrificar voluntariamente su infancia al Señor y hace desde esa edad el voto de no vivir sino por Él.

Debemos inmolarnos á ejemplo suyo.

I. Esta inmolación es gloriosa á Jesús:

1° Porque exige mucha resolución, y más ánimo que para volver á Dios como el pródigo después de su descarrío. Los placeres mundanos acaban por saciarnos, nos convencen de que son impotentes para procurarnos el bienestar y nos ocasionan remordimientos que nos hacen volver á Dios.

2° Porque es la prueba de un grande amor. Amor puro. Dios ordenó en la antigua ley que se le sacrificara un cordero joven y sin mancha: *Agnum anniculum, inmaculatum.* ¿Qué gloria podía sacar de una ofrenda manchada, manchada por el crimen y hecha en su altar después de haber sido presentada ante el altar de Baál? Amor desinteresado. Nada lleva el pecador hacia Dios. El hijo tiene para ello un motivo poderoso: amar hoy lo que es infinitamente amable; amar al otro día y amar siempre lo que es sin cesar amable.

II. Esta inmolación es agradable á María, porque ve en ella el deseo de agradarla procurando imitarla.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. En el templo, María era siempre la primera que se presentaba al altar llegada la hora de tributar homenajes al Altísimo. Era la que más conocimiento tenía de la ley, la que entonaba con más fervor los cánticos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de David, la más pura entre cuantas vírgenes la rodeaban y la más perfecta en toda clase de virtudes. Todas sus palabras respiraban pureza y suavidad. Dedicada á la oración y al estudio, brillaba en su frente la más perfecta tranquilidad y una calma inalterable. Un ángel le llevaba el alimento y ella repartía entre los pobres el que le ofrecían los ministros del templo.—(*Ex verbis S. Hier. apud S. Bonav. in Medit. vit. Christ.*)

II. La educación que María recibió en el templo fué tan cuidadosa y esmerada, como lo permitían los conocimientos de la época y las costumbres de los hebreos: ella se versó principalmente sobre las labores domésticas, de las que no se dispensaban ni las esposas ni la hija de César Augusto en su palacio imperial y en medio de las delicias de Roma. Nutrida en la estricta observancia de las leyes de Moisés, y conformándose con las costumbres de su pueblo, María se levantaba al canto de los pájaros, *la hora en que los ángeles malos cesan su lucha y en que las oraciones son acogidas más favorablemente.* Vestíase con extremada decencia por respecto á la gloria de Dios, que todo lo penetra y ve las acciones del hombre aun en medio de la noche más sombría; y después daba gracias al Señor por haber añadido un día más á su existencia y haberla preservado durante el sueño de las asechanzas del espíritu del mal. Su atavío no era minucioso ni estudiado: ella no llevaba ni brazaletes de perlas, ni cadenas de de oro *marcadas de plata*, ni túnicas de púrpura como las hijas de los príncipes de raza. Un vestido color de jacinto con vivos suaves y aterciopelados como los de esta flor campestre; una túnica blanca ajustada con un ceñidor de puntas flotantes; un largo velo cuyos pliegues arreglados sin arte, pero con gracia, se disponían de modo que podían cubrir pronta y completamente el semblante; en fin, un calzado sencillo y conforme al vestido, componían el traje oriental de María.

Después de las abluciones de costumbre, la Virgen, sus compañeras y las piadosas matronas que eran responsables á Dios y á los sacerdotes de aquel depósito sagrado, se dirigían hacia la tribuna rodeada de balcones, á donde las almas ocupaban el asiento de honor. El sol empezaba á dorar con sus rayos nacientes las montañas lejanas de la Arabia; el águila giraba en torno de la nube: el sacrificio ardía sobre el altar de bronce al toque de las trompetas matinales, y María, con la cabeza inclinada bajo de su velo, después de haber repetido las diez y ocho oraciones de Esdras, pedía á Dios con todo Israel, aquel Mesías tan prometido y que tardaba tanto en venir.

"¡Oh Dios! que vuestro nombre sea glorificado y santificado en este mundo, que habéis creado según vuestra soberana voluntad: *haced reinar vuestro reino;* que la redención florezca y que el Mesías venga prontamente!»

Y el pueblo respondía en coro: "¡Amén! ¡Amén!»

Se cantaban en seguida los últimos versículos de aquel bellísimo salmo que se atribuye á Ageo y Zacarías:

"El Señor liberta á los que están entre cadenas; el Señor ilumina á los que están ciegos,»

"El Señor ensalza á los que se humillan: el Señor ama á los que son justos.»

"El Señor resguarda á los extranjeros: Él tomará bajo su protección á la viuda y al huérfano, y destruirá la senda de los pecadores.»

"El Señor reinará en todos los siglos: tu Dios ¡oh Sión! reinará en todas las razas.»

La lectura del *Schema* y la bendición del sacerdote ponían término á esta oración pública, que se hacía por la mañana y por la tarde.

Después de haber llenado con indecible fervor este primer deber religioso, María y sus jóvenes compañeras volvían á sus acostumbradas ocupaciones. Las unas hacían girar rápidamente entre sus ágiles dedos los huesos de cedro ó *ithel*, las otras matizaban la púrpura el jacinto y el oro sobre el velo del templo, ó en los ricos cinturones de los sacerdotes; en tanto que algunas, inclinadas sobre un telar sidonio, se dedicaban á ejecutar las variadas labores de esos magníficos tapices que le valieron los elogios de todo Israel á la mujer fuerte, y que celebra el mismo cantor de Ilion. La virgen aventajaba á todas las jóvenes de su nación en esas hermosas obras tan apreciadas de los antiguos. San Epifanio nos dice que Ella sobresalía en el bordado, y especialmente en el arte de trabajar sobre lana, viso y oro.—(*Orsini, La Virgen*).

III. La Providencia que había elevado á David, de la condición de pastor, hijo de Jessé, al trono de Israel, y que tanto había enaltecido la gloria de su hijo Salomón, debía dejar caer nuevamente á su remota posteridad en esa oscuridad de su condición primera en que tornamos á encontrarla en María, no sólo á causa de la *elección* que debía el hijo de Dios hacer de la pobreza y la humildad, las cuales venía á consolar y enseñar en la tierra, sino para hacer brillar vivamente la omnipotencia que de tal oscuridad y bajeza, debía producir al glorioso *Retoño que han venido á adorar todas las naciones, y á quien ofrecen hoy sus plegarias.*

En condición tan abyecta, María abrigaba una alma más que regia, un alma angélica, divina. Nunca princesa, ni joven nacida en los palacios de los más potentes monarcas recibió educación tan superior ni reportó de ella frutos más dignos. En efecto, María, según lo hemos mostrado, tenía por maestro á LA GRACIA y por preceptor al VERBO; al Verbo que educaba El mismo á su Madre y la formaba para este divino destino. La gracia es una educación infusa que no destruye á la naturaleza, sino que la *eleva* y enriquece. ¿Quién no ha visto alguno de estos discípulos de la GRACIA, que, en las condiciones mas vulgares de la sociedad, ofrecen toda la flor de sentimiento, toda la nobleza de carácter, todo la distinción de conducta y aun de modales que se encuentran apenas en las clases más elevadas? Pues ¿qué no debía ser María, LLENA DE GRACIA desde su concepción, formada por el feliz maridaje de todas las virtudes mucho mejor de lo que lo hubiera sido por las Musas; enriquecida con todos los dones del Espíritu Santo para ser su templo; dotada de todas las inspiraciones de la eterna sabiduría para ser su morada; alumbrada, en fin, con todos los resplandores de lo alto por el Padre de las luces para ser su Hija y la Madre de su Hijo?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Así la joven María, dice el ángel de la escuela, crecía más en gracia que en cuerpo, y cuantos momentos se añadían á su vida, otras tantas gracias se aumentaban." *Crescebat enim puella gratia magis quam substantia. Totidem momenta, totidem erant gratiarum crementa.*—(*Nicolás, La Virgen y el Evangelio, cap. VII*).

IV. Tened sin cesar ante vuestros ojos á la bienaventuda Virgen, para que véais en ella, como en un espejo, la imagen de la castidad y un modelo de virtud. Esto podrá serviros para normar vuestra conducta en esos maravillosos ejemplos que son como otras tantas lecciones prácticas de virtud. Esos ejemplos os demostrarán lo que debéis hacer. Según es la virtud y el saber del maestro, así son los esfuerzos del discípulo para imitarle. ¿Puede haber algo más noble que la Madre de Dios? ¿Puede haber algo más ilustre que la que fué escogida por el esplendor soberano? ¿Puede haber algo más casto que la virgen que engendró el cuerpo sagrado de Jesucristo? Ninguna mancha la oscurecía y todo en ella era perfecto.

No solamente era virgen de cuerpo, sino de espíritu, y ninguna causa alteraba sus sentimientos. Humilde de corazón, grave en sus palabras, sabia y prudente en sus consejos irreprensible en su conducta, hablaba poco y se dedicaba sin cesar á la lectura, confiando, no en las riquezas inseguras perecederas sino en la oración del pobre. Trabajaba sin cesar, conversaba modestamente y ponía por juez y árbitro de sus acciones no á la criatura, sino á Dios. A nadie ofendía, deseaba bien á todos, respetaba en gran manera á los que tenían más edad que ella; nunca fué envidiosa de las demás, ni vanidosa. La razón era su guía y la virtud su modelo.

Jamás permanecía donde pudiera turbarse la dulce paz y la armonía. Sus miradas eran suaves, dulces sus palabras y todos sus movimientos respiraban dignidad. Noble en su porte, sencilla en su postura, su exterior era una imagen fiel de la virtud de su alma. Era sobria en sus alimentos y rica en cualidades. Cuando estaba sola obraba como si se hallara en presencia de todos. (*S. Ambrosio, de Virgo, lib. II, cap. II*).

V. El recinto del templo de Jerusalen, llamado con razón "la casa de Dios," no sólo contenía los lugares consagrados y la habitación de los sacerdotes y levitas que por turno desempeñaban el servicio de los altares, sino que había en ella además una habitación piadosa en la que se educaban en la observancia de la ley las niñas que consagraban á Dios la flor de sus más tiernos años. Se dedicaban al estudio de la ley santa y al adorno del templo.

Ochenta días después de su nacimiento fué llevada María por primera vez al templo por Joaquín y Ana, que no se conformaron con hacer la oblación ordinaria, sino que consagraron su hija al Señor, prometiendo llevarla de nuevo al templo desde que llegase á la edad en que pudiese ser admitida entre las "Almas." Terminada la ceremonia regresaron á Nazareth con su hija. María fué durante tres años la delicia de sus padres. Pasado este tiempo regresaron á Jerusalen con ella para cumplir el compromiso que con el Señor habían contraído; y el sacerdote Zacarías, padre de Juan, según algunos aseguran, fué el que recibió á María de los brazos de Ana y de Joaquín y el que la llevó entre las demás jóvenes que estaban

en el santuario. Es de creer que fué admitida gratuitamente, como un especial favor concedido á su grandeza deprimida.

Sólo vos, Dios mío, sabéis lo que pasó entonces en el corazón de esa hija privilegiada de la gracia. Me complazco en suponer que, en virtud de su inmaculada concepción, estuvo exenta María de las enfermedades intelectuales y morales propias de la infancia, y que comprendió por lo tanto toda la dignidad de su sacrificio; comprendió todo el mérito de una vida que se consagra por completo al Señor; y dotada su alma desde un principio de una viva luz, se unió con los lazos más dulces é inocentes con el que desde la eternidad la prefirió á todas las criaturas; así como también antes de comprender el alto destino que le estaba reservado se mostró digna de él, porque crecía en amor ante Dios, y en edad y sabiduría ante los hombres.

San Ambrosio, el más devoto siervo de María, es quien nos ha trazado en unas cuantas líneas el retrato que vimos en el número anterior.

Añaden los padres á lo anteriormente dicho que sobresalía en las faenas propias de su sexo y especialmente en los trabajos de lana, lino y bordados de oro, plata y seda. En recuerdo de esto se estableció antiguamente la costumbre de que le ofreciesen las desposadas una rueca adornada con cintas de púrpura y lino. Por el mismo motivo se dió el nombre de hilo de la Virgen á esas telarañas blancas y finísimas que casi aéreas cruzan los valles en las vaporosas mañanas del otoño.

¿No es verdad que nos admira la pecocidad de esa niña que debe empuñar un día el cetro del Universo? ¡Oh ingénua sencillez! ¡oh infancia sin puerilidad! ¡Oh vida envidiable por los mismos ángeles! Nunca recibió el cielo oraciones tan puras como las que debían procurar á la tierra un Salvador. Así crecía en los designios de Dios en edad y sabiduría la madre del Verbo y la reina de los cielos.—(*Mgr. Pavy, obispo de Argel, Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLATICA VI

EL CULTO DE MARÍA ES FUENTE DE VERDAD

Una semana hemos empleado procurando presentaros en un sólo manojo todas las pruebas exteriores que hablan en favor del culto de María. Tiempo es ya de que penetremos en el santuario que sólo hemos recorrido exteriormente, para que nos convenzamos de que es digno

de admirarnos y de atraerse nuestro respeto. Véamos qué cosa es ese culto que tanto desagrada á los malos y tan grato es para los cristianos. Si es falso, vicioso y merece que se le rechace, con razón repugna hasta á los impíos; y ni siquiera las almas rectas podrán admitirle. Pero si por el contrario, semejante á la mujer que ensalza, lleva en su seno la luz de la verdad, corona su frente una aureola de hermosura y la cubre la virtud con su manto, ¿quién se atreverá á condenarle y arrancarle de entre nosotros? Oíd y juzgad, hermanos míos. La historia nos demuestra que durante una larga serie de siglos el hombre consideró á la mujer muy inferior á él, y la envileció hasta el grado de no concederle un puesto de honor en el hogar doméstico. Vista simplemente como objeto de placer ó de necesidad pasajera, desde que perdía sus naturales encantos ó no servía ya para dar de mamar á sus hijos, se la desdeñaba y arrinconaba. Los paganos traficaban con ella como si fuera una bestia, y hasta los mismos judíos, el pueblo de Dios, permitían que un hombre tuviese muchas mujeres. Ricas algunas, hermosas y emprendedoras, lograban algunas veces convertir al hombre en esclavo suyo; mas al hallarse en el ocaso de su hermosura se veían arrinconadas y desdeñadas hasta por los mismos esclavos que las habían servido. Unas veces la colocaban las pasiones de sus adoradores en el pedestal de la dicha y de los honores, y otras las envilecía el desdén hasto cubrirlas de oprobio. No parecía sino que había nacido para degradar al hombre ó ser por él degrada. No era la compañera amante y cariñosa del hombre, la que toma parte en sus cuitas y parte con él sus alegrías; no era, no, el ángel del hogar. ¿Por qué no ocupaba pues, en el seno de la familia y de la sociedad, el lugar que le correspondía? Porque los pueblos al perder la luz de la revelación primitiva, no olvidaron que pesaba directamente sobre la mujer la maldición de Dios. Por esto la despreciaban y no recordaban que la que había sido el instrumento de nuestra ruina debía ser la causa de nuestra reparación.

Era preciso, para que la mujer ocupara su lugar, que apareciera María la Eva reparadora y sin mancha, María, manantial del que debía brotar una nueva raza de vivos. De María recibieron los hombres á Jesucristo que les redimió, y entonces conocieron lo que debían á esta mujer, á la que dieron el lugar preferente y que ocupa hoy en la sociedad cristiana.

Respecto al autor de esta resurrección de la Verdad sobre la mujer, ¿es acaso de admirar el que haya venido á ser objeto de un culto tan merecido? Este culto garantiza siempre al que le tributa, y no podemos menos que aplaudiros al venir con tanto entusiasmo á honrar á María. No hacéis sino pagarle una deuda de gratitud, porque nos recordáis que á *Una* de vosotras debemos una vida, que, sin ella, nada sería en la tierra.

Bajo este punto de vista [que es por cierto inferior y material] podemos decir que el culto de María sostiene la verdad en el mundo, y no podíamos dejarlo pasar desapercibido. Pero remontémonos como los poetas un poco más alto.

La verdad, vista bajo el punto más elevado y práctico en la tierra, es lo que conocemos con el nombre de fe, que es la luz sobrenatural de la inteligencia, cuya pérdida ha hecho derramar abundantes lágrimas á algunos de los grandes hombres del siglo. Un sacerdote de mucho talento recogió algunas de ellas en las hojas de un libro al que dió el título de: *Las víctimas de la duda.* Las hemos leído y nos han parecido muy tiernas, pero carecen de fe, precisamente porque no se habla en ellas de María.

A fines del año de 1841 existía entre la gente del gran mundo un joven rico que estaba próximo á contraer un ventajoso enlace. Ese joven era judío y profesaba un

gran odio á la religión católica. Se llamaba el conde de Ratisbona. Un amigo suyo que tenía gran empeño en convertirlo á la fe cristiana, le rogó empeñosamente que usara una medalla de la Santísima Virgen. El señor de Ratisbona aceptó riendo el talismán, en el que tenía poca ó ninguna fe, y sin embargo, pocas horas después se había convertido. ¿Cómo se efectuó su conversión? Dejemos que nos lo cuente él mismo. «La curiosidad, dice, me hizo entrar en Roma en una Iglesia, y de repente me sentí conmovido de un modo inexplicable. Levanté los ojos y nada veía; el templo mismo había desaparecido. Sólo una capilla se atraía mis atónitas miradas, y en medio de ella, espléndida la luz, brillaba en medio del altar la imagen de la Virgen María, tal como estaba impresa en la medalla que mi amigo me diera. Yo no sé qué fuerza misteriosa me empujaba hacia la sagrada imagen que parecía decirme: «Muy bien; hijo mío.» *La imagen no me habló, pero comprendí lo que quería decirme.*» Desde ese momento habló el señor de Ratisbona de la presencia real como quien cree en ella desde el fondo de su alma, ó por mejor decir, como el que la siente. Por María penetró en él la verdad católica.

Uno de sus correligionarios, llamado Hermann, músico y poeta á un mismo tiempo, que murió poco después vistiendo el hábito religioso en Prusia, pasó del judaísmo á la fe católica, debida su conversión á una causa análoga. Tocaba un día en una orquesta en una función del mes de María, y sintió que una fuerza irresistible le obligaba á doblar la rodilla ante la hostia de Jesús. Cuando se puso en pie, no era ya judío ni libre pensador; era un cristiano deseoso de comulgar.

Al presentarse á nuestra memoria estos dos ejemplos, no hemos podido prescindir de relatarlos, porque no son aislados, y no son sino unos de tantos que nos presenta la historia para enseñanza de la sociedad. Dirigid la vista alrededor vuestro y decidme si hay alguno que conserve la fe desde que ha dejado de tributar culto á María. Los cismáticos y los herejes luchan con la duda y la indecisión porque han perdido la estrella de la verdad, que es María, nuestra Madre, á la que nunca amaremos bastante.—Así sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VOTO DE VIRGINIDAD QUE HIZO MARIA.

DIA SIETE

ARTICULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Hortus conclusus, soror mea, sponsa, hortus conclusus, fons signatus.

Cant., IV, 12.

Hoc dicit Dominus: Qui elegerint quæ ego volui, et tenuerint fœdus meum, dabo eis in domo mea et in muris meis locum; nomen sempiternum dabo eis quod non peribit.

Isa., LVI, 4.

Omnis gloria ejus filiæ regis ab intus, offerentur regi virginis post eam in lætitia et exultatione: adducentur in templum regis.

Psalm., XLIV, 14.

Unus de angelis locutus est mecum dicens: Veni, et ostendam tibi sponsam.

Apoc., XXI, 9.

Quasi vitis fructificavi suavitatem odoris; et flores mei fructus honoris et honestatis.

Eccli., XXIV, 23.

Gaudens gaudebo in Domino, et exhultabit anima mea in Deo meo, quia induit me vestimentis salutis, quasi sponsam ornatam monilibus suis.

Isa., LXI, 10.

Magnificat anima mea Dominum, et exultavit spiritus meus, in Deo salutari meo.

Luc., I, 46.

Myrrha et gutta et casia a vestimentis tuis, ex quibus delectaverum te filiæ regum.

Psal., XLIV, 9.

Defecit caro mea et cor meum; Deus cordis mei et pars mea Deus in æternum.

Ibid., LXXII, 26.

Conserva me Domine, quoniam speravit in te. Dixi Domino: Deus meus es tu.

Ibid., XV, 1-2.

Dominus pars hæreditatis meæ et calicis mei, tu es qui restitues hæreditatem meam mihi. Funes ceciderunt mihi præclaris, etenim hæreditas mea præclara est mihi.

Ibid., 5-6.

Immola Deo sacrificium laudis, et redde Altisimo vota tua.

Ibid., XLIX, 14.

Pars mea Dominus, dixit anima mea: bonus est animæ quærenti illum.

Thren., III, 24.

In voce laudis immolabo tibi: quæcumque vobi reddam Domino.

Joann., II, 10.

Fecisti viriliter, et confortatum est cor tuum, eo quod castitatem amaveris.

Judit., XV, 11.

Manus Domini confortavit te, et ideo eris benedicta in æternum.

Ibid.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bonum est viro cum portaverit jugum ab adolescentia sua.

Thren., III, 27.

De virginibus præceptum Domini non habeo, consilium autem do, tamquam misericordiam consecutus a Domino, ut sim fidelis.

1. Cor., VII, 25.

Non omnes capiunt verbum istud, sed quibus datum est.

Matth., XIX, 11.

O quam pulchra est casta generatio! immortalis est enim memoria illius, quoniam et apud Deum nota est, et apud homines.

Sap., IV, 1.

Casta generatio in perpetuum coronata triumphat, in coinquinatorum certaminum præmium vincens.

Ibib., IV, 2.

Omnis ponderatio non est digna continentis animæ.

Eccli. XXVI, 20.

Vota mea Domino reddam.....

Psal., XLV, 18.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. María escogió la mejor parte porque fué la primera de las mujeres que hizo voto á Dios de virginidad. (*S. Ildef. serm. 4 de Asump. B. M. V.*)

II. María vino á ser el santuario de todas las virtudes desde el momento en que puso su alma al abrigo de toda seducción mundana y de la concupiscencia carnal. Era para ella el medio de conservar sin mancha su cuerpo y

su alma, como convenía á la que debía concebir en su seno el Verbo de Dios. (*Juan Damas. 1 4. De fid. orthodoxa*).

III. Fué la primera que levantó el estandarte de la virginidad, de la que dió el ejemplo. (*Amb. lib. de Inst. virg.*)

IV. María es la gloria y corona de las vírgenes. (*S. Efrece. Orat. de B. M. V.*)

V. Es la reina de la virginidad. (*S. Epiph. hæres. 78*).

VI. Es el tesoro de la virginidad. (*Juan Damas. brat. 1 de Nativ. B. M. V.*)

VII. Es la madre de la virginidad. (*S. Anselmo 1 de Excell. B. M. V.*)

VIII. ¡Oh virgen prudente y llena de abnegación! ¿Quién te dijo que la virginidad era agradable á Dios? ¿Qué ley, qué precepto, qué página del Antiguo Testamento señala el deber é impone á la carne un consejo que no tiene nada de común con la carne y obliga á vivir en la tierra de una manera angelical? ¿Dónde habíais leído que las vírgenes entonan un nuevo cántico que no pueden entonar los demás y que siguen al cordero donde quiera que vaya? (*S. Bernard. hom. 3 sup. Missus. est*).

IX. Respecto de las vírgenes, dice el Apóstol, ningún mandato me ha ordenado el Señor; pero me atrevo á aconsejarlas. Pero vos, María, no habíais oído sobre esto ningún precepto ni recibido consejo alguno. El espísitu de Dios os iluminaba acerca de todas las cosas, y su palabra viva y eficaz, es decir, el Verbo divino, fué vuestro maestro antes de ser vuestro Hijo é iluminó vuestro espíritu antes de tomar vuestra carne. Al daros á Jesucristo como virgen, ignorábais que os dábais á Él como madre. Elegíais un estado que os hacía despreciable en Israel, y lo hacíais con el fin de agradar al que habíais prometido amar y servir. Admitíais todas las maldiciones que pesaban sobre la esterilidad, y esas maldiciones se convirtie-

ron para todos en bendición, y vuestra esterilidad vino á ser fecunda. Abrid vuestro seno, oh virgen, preparad vuestro cuerpo y vuestro corazón, porque el Todopoderoso va á obrar grandes cosas y prodigios tales, que en vez de las maldiciones á que os expusísteis espontáneamente, seréis proclamada bienaventurada por todas las generaciones futuras. (*Id. Ibid.*)

X. Dios podía imponer á María la virginidad como un deber, puesto que en su seno debía tomar la forma de un esclavo por un prodigio inaudito, el Hijo de David. Mas no debía dejarse creer á las piadosas vírgenes que más tarde seguirían sus huellas, que sólo María debía permanecer virgen para merecer la honra de concebir sin conocer varón. María consagró á Dios su virginidad cuando iguoraba completamente que debía concebir un hijo, para comenzar espontáneamente una vida celeste en su cuerpo mortal, por amor, y no por deber, ni cediendo á la menor necesidad. (*Aug. I de Sant. Virg.*)

XI. ¿Cómo puede ser esto si no conozco varón? respondió María. No hubiera podido pronunciar estas palabras, si no hubiese consagrado ya desde antes su virginidad á Dios. (*Id. Ibid.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Los Padres y los Doctores dicen que María fué plenamente santificada desde el primer instante de su concepción y gozó del pleno uso de la razón; y esto, dice Suárez, para que pudiese cooperar á su santificación por su propio mérito. Conoció por lo tanto desde luego el valor de la virginidad y cuán agradable era á Dios esta virtud, de modo que no titubeó en unírsele por medio de un voto

formal. No ignoraba que entre los judíos se consideraba el matrimonio como una cosa muy honrosa y la esterilidad como un oprobio. A pesar de todo esto quiso permanecer virgen. Dos cosas verdaderamente admirables debemos ver en el voto de virginidad de la Virgen, y son su separación del mundo, y su santa unión con Dios.

I. Separación del mundo.

Renunció María á todos los bienes de la tierra.

1º Su renuncia fué precoz y sin ejemplo. Cuando el nacimiento del Mesías era el punto de mira entre los judíos de todos los matrimonios que se encontraban y muy especialmente en la raza de David, María renunció para siempre con admirable generosidad á todas las ventajas á que podía aspirar.

2º Renunció á todos los goces de la infancia y de la juventud, porque la virginidad exige soledad, silencio, retiro, renuncia de cuanto pudiera agradar, por legítimo que sea en el mundo y en la familia.

II. Unión inefable.

El mejor templo que se ofrece á Dios es el que le consagra la virginidad. En el templo que levantó Moisés, á quien Dios señaló la forma que debía tener, había tres naves ó recintos particulares. En el uno se colocaba el pueblo; en el otro inmolaban los sacrificadores las víctimas; y en el tercero, que era el lugar más sagrado, estaba el santuario ó el *Sanctus Sanctorum*. Allí era donde daba Dios sus oráculos. El corazón de María era el santuario más hermoso. Oíd las frases que se escapan de sus labios virginales: *Osculetur me osculo oris sui..... Tenui eum nec dimittam: invenit quem diligit ancina mea. Dilectus meus mihi et ego illi: fiat cor meum inmaculatum.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTÍCULO V

Extractos y pensamientos diversos

I. Sobrepujando todos los límites conocidos del heroísmo, la Virgen inmaculada renunció por un voto sagrado al honor de ser madre; consagró su carne inocente á la virtud de los ángeles y tomó á Dios por único esposo; plantó al pie del tabernáculo figurativo el lirio sin mancha de la virginidad, y levantó á la sombra del santuario el estandarte alrededor del que se juntarán todas las almas dotadas de tendencias é instintos religiosos.

Cuando Adán adoró á Dios por primera vez; cuando los ángeles fieles ofrecieron su primer amor al Autor de su ser, ¡cuán lejos estaban de asemejarse en pureza, sumisión y caridad á la que un decreto celeste destinaba para llevar el cetro de todos los mundos!—(*Combalot, Grandezas de la Virgen*).

II. María entró en el templo de Jerusalen, como una de esas víctimas sin mancha que el espíritu del Señor había hecho ver á Malaquías. Bella, joven y de noble origen, y pudiendo por lo mismo optar todos los partidos en un pueblo que colocaba frecuentemente la belleza sobre el trono, ella se consagró al altar por un voto perpetuo de virginidad. Por este voto desconocido hasta entonces, María *traspasó el valladar* que separaba la antigua ley de la ley nueva, y se sumergió de tal modo en el *mar de las virtudes evangélicas*, que puede decirse que ella había ya sondeado todas sus profundidades, cuando su divino Hijo vino á revelarlas á los ojos de los hombres.

Dios no cambia violentamente sus caminos: anuncia y prepara mucho tiempo antes los grandes acontecimientos que deben cambiar la faz del mundo: un precursor era preciso al Mesías y le halló en la persona de San Juan Bautista: era necesario un preliminar á la nueva ley, y las virtudes de María fueron al Evangelio lo que una aurora fresca y risueña es á un hermoso día.—(*Orsini, La Virgen*)

III. Quiero deciros en pocas palabras cuán bella es la santa virginidad, y cuáles son las fuentes de donde emana. Con respecto al Antiguo Testamento, vemos figurar en primera línea á Elías, Jeremías y Daniel, que son los más hermosos modelos de castidad y continencia que nos presentan las Sagradas Escrituras. El primero y el modelo más brillante que nos ofrece entre los hombres el Nuevo Testamento es Jesucristo, así como es María el más perfecto entre las mujeres. Ved aquí la piedra fundamental del edificio virginal; es la madre de nuestro jefe, es el Hijo de una Virgen y el esposo de todas las almas castas.—*San Isid. Hispal Hom de Eccles. offic.*)

IV. ¡Cuán pesada es la carga de las hijas de Eva y cuán punzadora la corona de angustias que circunda su cabeza! Si siguen la ley común y se

ven condenadas á dar á luz á sus hijos, están sujetas á infinitos dolores. Si huyen la cruz de la maternidad es en cambio de cierto oprobio que sobre su estado pesa. En el matrimonio padecen y fuera de él sufren. ¿Qué camino seguiréis vos, oh Virgen adorada? No ignoráis que el camino del matrimonio está sembrado de abrojos y espinas; si permanecéis estéril, quedaréis expuesta á mil vejámenes. ¿Cuál será vuestra elección, oh prudente Virgen? Por todas partes veo las aflicciones, contesta; mas prefiero el oprobio guardando mi virginidad, á concebir por la concupiscencia lo que más tarde no podría dar á luz sino con dolor. Si me espera en este camino la verguenza, es en cambio sin pecado, mientras que en el otro hallo perjuicio y dolor.

¿Qué mal puede darme ese oprobio? No pasa de un desprecio nacido de la opinión de los hombres. La maldición que pesa sobre las mujeres estériles se debe á que se la considera siendo estéril como un ser incompleto é inútil en la sociedad; pero esto sólo sucede entre los israelitas. ¿Qué me importa que desaprueben los hombres mi resolución si conservo en cambio mi virginidad que será agradable á Dios? ¡Oh virgen prudente y de corazón magnánimo, ¿quién os ha dicho que la virginidad es agradable á Dios? ¡Oh virgen prudente y de corazón magnánimo! ¡quién os ha dicho que la virginidad es agradable á Dios? ¿En qué ley, en qué página del Antiguo Testamento aprendisteis cosas tan bellas? ¿Está puesto en los santos libros algún mandamiento sobre esto del que nazca vuestra idea de vivir con un cuerpo de carne como si no tuviese carne, ó por mejor decir como viven los ángeles en el cielo? Todavía no se había dicho que las vírgenes entonan en el cielo un cántico nuevo, y que siguen al cordero por donde quiera que vaya.—(*San Bernard. hom 3 sup. Missus est*).

V. Más adelante dice el Apóstol: Ningún precepto puedo imponer, ni ordenar la virginidad de parte del Señor: pero aconsejo que se guarde. Respecto á vos, oh virgen, nadie os ha impuesto orden alguna sobre esto. No sólo no se os ha impuesto ningún mandato, sino que ni un consejo habéis recibido siquiera. No habéis tenido otro guía sino vuestro propio corazón. Dios, con su palabra íntima, viva y eficaz, fué vuestro Maestro antes de ser vuestro Hijo Escogísteis libremente un estado que os hacía en Israel despreciable, y sin otra mira más que ser agradable á Dios á quien os consagrásteis. Seréis estéril, lo sabéis, y aceptáis el oprobio que pesará sobre vos. Pero en vez de la maldición que esperáis, recibiréis las bendiciones del cielo y de la tierra, y vuestra esterilidad se convertirá en una fecundidad inefable. Abrid vuestro corazón, oh virgen, y también vuestra alma. Preparaos, porque el Todopoderoso va á obrar grandes cosas en vos. En vez de las maldiciones de Israel recibiréis la bendición de todas las generaciones.—*Id. Ibid.*

VI. En el Antiguo Testamento había una ley que designaba enérgicamente á la mujer el camino que debía seguir. Moisés imponía el matrimonio y marcaba con una nota de infamia á la mujer estéril, que era despreciada y maldita por los hijos de Israel. Nada había dicho el Señor sobre la virginidad, y el Apóstol que debía aconsejarlo más tarde, no aparecía aún. Pero ella había recibido de Dios por inspiración del Espíritu San-

to este mandato tan agradable á su corazón y se ligó por medio de un voto á conservar puros su cuerpo y su alma hasta el fin de sus días.

Pero no sabía, ni por inspiración divina, lo que más tarde debía suceder. El Espíritu Santo preparaba de una manera gradual y embellecía el tabernáculo en que debía residir en breve la divinidad. A impulso de mil combinaciones hechas desde lo alto, buscaba esta virgen bendita la soledad, para que de noche y de día conversara desde el fondo de su corazón con Dios, cuyas inspiraciones eran cada día más sensibles.—(*B. Arnold. Abbat. Hom. de Laud*).

ARTÍCULO V

PLATICA VII

EL CULTO DE MARÍA CONSIDERADO COMO FUENTE DEL BIEN Y DE LA HERMOSURA.

Fácil nos hubiera sido ayer dar á nuestras pláticas más extensión y cumplir mejor la promesa que hicimos de manifestar que *todo es verdad* en María, puesto que en sus hechos se realizan sus promesas, su humildad no se desmiente jamás, ni el culto que se le tributa se puede confundir con la idolatría, porque todos sus devotos estamos persuadidos de su poderosa intercesión; pero todo esto lo hemos dicho ya ó lo iremos diciendo á medida que adelantemos en nuestras pláticas. No queremos pecar de lógicos ni de filósofos; nos es más grato acomodarnos á la sencillez de nuestro auditorio y demostrar estas verdades á medida que se nos vengan á los labios. Por hoy nos referiremos á lo bueno y á lo bello en su relación con María.

La verdad aislada no siempre agrada, y Lafontaine nos presenta en una de sus fábulas á la verdad rechazada por todas partes, porque no se presenta como la mentira vestida con arte. La verdad necesita de una compañera,

que es la hermosura; y si las dos hermanas se juntan con la virtud, forman entre las tres el más lindo grupo que verse pueda, es decir, las tres gracias que son el tipo de la perfección.

El culto de María nos representa la primera parte de este grupo, como acabamos de verlo, así como también cada una de las otras dos. Si nos preguntamos qué cosa es la belleza, acabaremos por contestarnos que es la verdad en toda su perfección, y que no es sino la verdad. Pues bien amados oyentes míos, ¿qué cosa es María? María es la representación de la humanidad rehabilitada victoriosa del demonio que la dominaba y de las pasiones que se habían enseñoreado de ella; es la humanidad saliendo de los brazos de la muerte, más brillante que en su cuna, porque se rehabilita en los brazos de Dios mismo. ¿Qué representa el culto de María sino el culto de la humanidad rehabilitada y brillando con un esplendor cada vez más reluciente? El culto de María es una imagen de la inocencia del niño, de la pureza de una virgen, de la castidad de la mujer, de la ternura de una esposa, del amor de una madre y de la abnegación y la fuerza de todos los hombres y del mundo entero: es, en una palabra, el culto de la moral del género humano dirigida por la mano de la gracia divina.

Ella es la que ha inspirado las más bellas páginas de la poesía, levantado los más suntuosos templos, y dado á la pintura formas y á la música melodía. ¿Puede verse algo más tierno y conmovedor que un templo consagrado á María? ¿Quién ha dejado de sentirse conmovido al oir las alabanzas que en honor suyo se elevan ante el altar y qué corazón deja de arrepentirse al oir las patéticas estrofas del *Stabat mater dolorosa?*

He aquí lo que por las artes ha hecho el culto de María.

Si de las artes pasamos al campo de la moral, decidme

¿puede darse un espectáculo más hermoso que esas largas hileras de niñas que en el día de su primera comunión, vestidas de blanco y cubiertas con el velo de su inocencia vienen á depositar á los pies de la virgen María sus lindas coronas de flores, que entregan risueñas como un modesto donativo que hacen á su madre que está en el cielo, conducidas por la madre que les ha dado Dios en la tierra? ¿Quién puede ver sin grande emoción la alegría que rebosa en los semblantes de los padres y madres que acompañan á sus hijas?

¡Y esto es lo que quieren proscribir los hombres de la época! ¡Y estas son las páginas que quieren borrar del libro de nuestra vida! ¡Y estos son los dulces placeres que quieren desterrar de nuestro corazón! No es posible que hayan sentido ni una vez siquiera estas emociones los que tales cosas pretenden. Hay tipos de belleza que repugnan á nuestras miradas y á nuestra conciencia, porque son peligrosos y sus recuerdos retoñan siempre en nuestro corazón. Esos son los que debemos desterrar lejos de nosotros. Mas ¡ay! esos son también los que quieren presentarnos á cada paso los que se burlan de nosotros y no quieren que depositemos nuestro óbolo en el altar de María. Quieren darlo todo para los teatros y nada para el culto. Curioso sería el paralelo que pudiera hacerse entre la moral de uno y otro si no injuriásemos así el decoro de nuestra santa religión. Pero no lo haremos y nos contentaremos con sacar las perlas de la basura. Fijemos más bien nuestras miradas en esas niñas. Ved cómo se acercan á su madre celestial, ved cómo la aman y aspiran á parecerse al objeto de su amor. No temáis, cristianos tímidos y desconfiados; puro es el ídolo que adoran y pura queda la niña que le implora; amoroso es el ídolo y la niña que se le acerca se apartará de él más obediente que antes. ¿Cuál es, pues, el mal que resulta de esta devoción, y quién será el insensato que no

aspire á que su hija se parezca á la mujer en quien ha puesto Dios toda su complacencia?

"Si al proponernos á María como modelo dieran pábulo á nuestras malas inclinaciones, dice un grande obispo; si se limitasen á hacerme amar su persona y honrar su grandeza, instándome para que solicitara sus favores sin inculcarme á que imite sus virtudes: si hiciera de mi devoción un escudo contra la justicia divina ó un pretexto para vivir en paz con el pecado, entonces comprendería bien la desconfianza que este culto inspirara; mas cuando nada veo en él que no sea perfecto: cuando veo además que la devoción á María, para que sea sincera y por lo tanto útil, aun en estado de pecado, exije, en nosotros la penitencia y que imitemos sus virtudes, conozco que todo es altamente moral en esta parte del culto cristiano y rechazo con desprecio á los que se atreven á burlarse de su práctica."

Digamos, pues, con él para terminar: "Si viera que se ofrecía el sacrificio en el altar para celebrar la gloria de María como reina independiente del cielo y de la tierra, mi fe retrocedería temeroso; pero cuando sé que el sacrificio Eucarístico sólo puede ofrecerse á Dios, y que sería un sacrilegio ofrecerlo á María; cuando sé que los templos erigidos en honor suyo tienen como principal objeto la gloria del Altísimo; cuando sé, en fin, que las prácticas de la devoción que tenemos á María, están exentas con la aprobación de la Iglesia de toda sombra de superstición, y son en tan alto grado religiosas que las adoptaron los hombres más grandes y más santos, y tan puras que hasta los hombres más incrédulos las permiten á sus esposas y á sus hijas, sujeto voluntariamente á ellas mi inteligencia; y con diez y ocho siglos cristianos repito mil veces y en alta voz: *Dios te salve, María.*—ASÍ SEA.

MATRIMONIO DE LA VIRGEN

DÍA OCHO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Videmus puellam et quæramus ipsius voluntatem; cumque vocata venisset, sciscitati sunt: Vis ire cum homine isto? quæ ait: Vadam.

Gen., XXIV, 5.

Domine qui habes omnium scientiam, tu scis quod nunquam lætata sit ancilla tua, nisi in te, Domine.

Esther, XIV, 18.

Ad te, Domine, oculos meos dirigo, tu scis quia mundam servavi animam meam ab omni concupiscentia.

Tob, III, 14, 16.

Nunquam cum ludentibus miscui me, neque cum his qui in levitate ambulant participem me præbui.

Ibid.

Adjuva me ancillam tuam, nullum aliud auxilium habentem, nisi te, Domine, qui nosti quia odium gloriam iniquorum.

Esther., XIV, 14.

Domine, Pater, omne desiderium averte a me, et animæ irreverenti et infrunitæ ne tradas me.

Eccli., XXIII, 6.

Virum, Domine, cum timore tuo, non cum libidine consensi suscipere: sit nomen tuum Deus Israël benedictum in sæcula.

Tob, III, 18, 23.

Custodiet Dominus rectorum salutem, et proteget gradientes simpliciter, servans semitas justitiæ et vias sanctorum custodiens.

Prov., II, 7-8.

Initium sapientiæ timor Domini, et cum electis fœminis graditur.

Eccli., I. 16

Sapiens mulier ædificat domum; mulier gratiosa inveniet gloriam.

Prov, XIV., 1.

Pars bona mulier bona. In parte timentium Deum dabitur.

Eccle., XXVI, 3.

Gratia super gratiam mulier sancta et pudorata, fundamenta æterna supra petram solidam, mandata Dei in corde mulieris sanctæ.

Eccl XXVI, 19.

Multæ filiæ congregaverunt divitias, tu supergressa es universas. Fallax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum ipsa laudabitur.

Prov. XXXI, 29.

Mulieris bonæ beatus vir: numerus enim annorum illius duplex, mulier fortis oblectat virum suum, et annos vitæ illius in pace implevit.

Eccl, XXVI, 12.

Gratia mulieris sedulæ delectabit virum suum, et ossa illius impinguabit. Disciplina illius datum Dei est, Mulier sensata et tacita, non est immutatio eruditæ animæ. Sicut sol oriens mundo in altissimis Dei, sic mulieris bonæ species in ornamentum domus ejus, lucerna splendens super

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cantorum non sanctum; et species faciei super ætatem stabilem. Columnæ aureæ super bases argenteas, et pedes firmi super plantas stabilis mulieris.

Ibid., 16-23.

Christi generatio sic erat: Cum esset desponsata mater Jesu Maria Joseph, antequam convenirent, inventa est in utero habens de Spiritu Sancto.

Matth., I, 18.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Entraba en los designios del Señor ocultar por algún tiempo al demonio el secreto de la Encarnación. No porque debiese temer que sus obras sufriesen algún impedimento en su realización; sino porque quiere que el cumplimiento de su voluntad se vea tanta sabiduría como poder, como nos lo demuestran todas las obras en que le vemos emplear ciertas circunstancias favorables para conservar en toda su belleza y orden, la obra maestra de su amor, es decir, el misterio de la Encarnación. No sólo ha querido mostrarnos su poder, sino su infinita sabiduría; y creyó necesario disponer con suavidad cuanto hay en el cielo y en la tierra, alejando el espíritu de desorden para asegurar la paz de sus hijos. Antes de destruir los celos infernales, quiso darnos un grandioso ejemplo de humildad y moderación, de modo que por la admirable mansedumbre de su sabiduría se presentó á sus hijos con su infinita bondad, mientras se muestra fuerte y terrible con los que se declaran abiertamente enemigos suyos. (*Bernard. hom. 2 sup., Missus est*).

II. ¿Qué ventaja hubiéramos sacado de la victoria de Dios sobre el demonio, si hubiésemos seguido viviendo en el orgullo? No por otra razón se unió María en matrimonio con José, y se ocultó este santo secreto á los perros,

la presencia del esposo pone fuera de duda la virginidad, se pone á salvo el pudor de la virgen y quedan garantizados su honor y su reputación. ¿Puede haber más sabiduría ni verse algo más digno de la providencia de Dios? Por medio de esta admirable disposición se constituyó un testimonio para que en caso de necesidad se afirmasen las secretas maravillas que debían admirar al mundo; y se lanzaba así á un enemigo, dejando libre de toda sospecha la reputación de la virgen. (*Id. Ibid.*)

III. El Evangelio llama á José padre del Salvador, no porque en realidad lo fuese, sino porque Dios permitía que pasase por tal para poner á salvo el honor y la reputación de María. Cuando el autor inspirado le dió este título, no se olvidó de que María concibió por el Espíritu Santo y que dió á luz al Salvador sin perder su virginidad; sino que para conformarse con una ley de la historia, se refiere á la opinión general y dá á José el nombre de padre de Jesús. Aunque este nombre no le pertenece en virtud de su matrimonio con María, puesto que esta unión fué puramente virginal, no es sin embargo menos cierto que su cualidad de esposo le aproxima mucho más de este título que una simple adopción. Porque en este último caso no hubiera tenido el derecho de llevar el nombre de padre de Jesucristo, puesto que no lo había engendrado, pero hubiera sido en cierto modo el padre de aquel que sin ser el hijo de su esposa, hubiera sido sin embargo su hijo adoptivo. (*Hom. V. Bedæ in Luc. c. I.*)

IV. María lleva el nombre de esposa y de virgen, y es verdaderamente uno y otro. Es esposa y madre sin dejar de ser virgen, puesto que no conoció unión con hombre, ni tuvo contacto alguno carnal con su esposo. Justo es por lo mismo que se la llame sin titubear y con toda verdad: la santa Virgen, la bienaventurada Virgen, la gloriosa Virgen. (*S. Ildephon. I. de Virgin., c. I.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ALERE FLAMMAM VERITATIS DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Causas del matrimonio de la Virgen.

Consideraciones prácticas acerca de la conducta que debemos observar.

I. Causas del casamiento de la Virgen.

Dios, dice San Gerónimo, quiso que María, que debía ser la madre de su Hijo, fuese casada:

1° Para que se pudiese saber que María era de la tribu de Judá y de la raza de David, porque entre los judíos no se conocía la genealogía de las mujeres sino por la de sus maridos: *Ut per generationem Joseph origo Mariæ monstraretur.*

2° Para que no se la acriminase por su embarazo, y para que no fuese apedreada por los judíos que ignoraban la milagrosa operación del Espíritu Santo.

3° Porque estando obligada por los decretos divinos á llevar al niño Jesús á Egigto, huyendo de la crueldad de Heródes que quería hacerle morir, era preciso que contase con el auxilio de su esposo durante el viaje y su permanencia en aquella tierra extranjera.

4° San Ignacio mártir añade una cuarta razón, dice San Gerónimo, y es la de que debía ocultar al demonio la concepción milagrosa del Mesías, quien según los oráculos, debía nacer de una virgen; lo que se le ocultaba naciendo de una mujer casada.

II Consideraciones prácticas acerca de nuestra conducta.

Esta consideración sobre el matrimonio de María nos demuestra claramente:

1° Que podemos santificarnos en el estado en que nos

ha colocado la Providencia, por lo que debemos darle gracias especiales.

2° Que debemos trabajar sériamente en santificarnos en este estado sea cual fuese, y no pensar en una perfección quimérica é imaginaria.

Llamo perfección imaginaria á la que soñamos transportándonos á una situación que no alcanzaremos jamás, y cuya idea sólo sirve para hacernos vivir disgustados de nuestra situación presente.

Llamo perfección quimérica á la que nos inclina á hacer un bien que no estamos obligados á hacer. Personas hay que se entregan á la práctica de ciertas devociones muy singulares, y que se desentienden de las más comunes. Las hay que entran en muchas cofradías sin cumplir con los preceptos del Evangelio; y las hay, en fin, que se muestran muy celosas por la perfección de los demás y no procuran corregir sus propios defectos.

ARTÍCULO V

Extractos y pensamientos diversos

I. Cuando la Virgen llegó á los quince años, pensaron darle un esposo digno de ella. Este proyecto de himeneo puso á María en una turbación extrema: esta alma tan elevada, tan pura, tan contemplativa, había adivinado el Evangelio, y la virginidad parecía el más perfecto, el más santo y el más apetecible de todos los estados. Un autor antiguo citado por San Gregorio de Niza, refiere que María resistió por mucho tiempo con demasiada modestia á acceder á la determinación que se le anunciaba, y que suplicó humildemente á su familia que consintiese en que llevase en el templo una vida inocente, exenta y libre de todos los lazos, excepto de los lazos del Señor. Su petición causó una grande sorpresa á los que disponían de su suerte. Lo que ella imploraba como una gracia, era la esterilidad, es decir, el oprobio, estado solemnemente maldecido por la ley de Moisés, era el selibato de una heredera única, es decir, la extinción total del nombre de su padre, pensamiento casi impío entre los judíos, que miraban como una desgracia insigne que su nombre no se perpetuase en Israel. Por lo que mira al voto de virginidad con que había querido enca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

denar su vida, no se había atrevido á considerarlo como un título, puesto que podía ser anulado por una decisión del consejo de familia. Se sabe que la mujer era *en todas partes y siempre*, tratada como menos, antes de la promulgación del código inmortal que la ha libertado gloriosamente de la *maldición de la esclavitud*.

Las súplicas de la Virgen encontraron poca simpatía aun entre los sacerdotes de Jehová: no estaban al alcance de semejantes virtudes, y para esos hombres de penetración y de ciencia, el alma angélica y toda santa de María, era un libro herméticamente cerrado. Su pensamiento, que aventajaba á un siglo y contradecía las preocupaciones antiguas de su nación, permaneció incomprensible, y todo lo que pudo alegar, para defenderse de abrazar un estado que contrariaba sus votos más queridos, de nada le sirvió Pero ¿cómo habría podido convencerlos, puesto que aun el mismo Dios estaba en su contra? Su matrimonio con un hombre justo, que debía dar testimonio de la pureza de su vida, sustraerla de las importunidades de los jóvenes hebreos, que habrían ido á buscar su mano hasta en el templo mismo, como lo nota San Agustín, y protejerla, ella y su Divino Hijo á la hora del peligro, entraba en las miras secretas de la Providencia. Este era el único medio de ocultar el misterio de la Encarnación á las malévolas investigaciones de un mundo perverso, que habría tomado como texto dicho prodigio para desatarse en abominables conjeturas, y que habría llevado tal vez su falso celo hasta apedrear á la Madre del Salvador, como lo hizo más tarde con la mujer pecadora del Evangelio: porque los hebreos nunca contaron á la misericordia en el número de sus virtudes de predilección, y Dios les reprocha por boca de sus apóstoles *haber tenido el corazón tan duro como el diamante*. - *Orsini, La Virgen*.

II. Ahora, ¿cuáles fueron las razones de semejante matrimonio?

Son muchas. Si María hubiera llegado á ser madre de Dios fuera del matrimonio, en la condición de soltera, entonces hubiera quedado expuesto á la profanación el más augusto de los misterios cristianos, el misterio de la pureza por excelencia. La reputación de la Virgen de las vírgenes y del Santo de los santos hubiera sido la mofa de los impíos y el escándalo de los débiles El sentimiento que había ya hecho concebir á José el designio *de dejar secretamente á María por no difamarla*, hubiera sido un sentimiento público, sin esta delicada discreción. Y la santidad del fondo no hubiera podido, en sí misma, justificar las apariencias, por cuanto las apariencias hubieran sido malas, y Dios nada hace malo. La ignominia de estas apariencias no hubiera podido contarse entre aquellas de que al Hijo de Dios le plugo cubrirse como víctima de los pecados del linaje humano, porque no hubiera provenido de los falsos juicios de los hombres, como los de la pobreza, la persecución, la condenación y el suplicio, sino de un justo sentimiento de honestidad y virtud que se hubiera levantado contra las doctrinas del Salvador. Por eso, tanto como abrazó Jesús los falsos oprobios, tan celoso y solícito anduvo en alejar de sí los verdaderos, en conservar su reputación de santidad, hasta lanzar al mundo este divino desafío que el mundo no recojerá jamás: *¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?*

A estas razones principales del matrimonio de la Virgen Santísima llégnense otras secundarias, pero no menos verdaderas, como las de dar un protector, un ayuda, un amigo á María; y un tutor, un padre, un contemplador á Jesús, en la persona de San José, cuya venerable y bella figura estudiaremos más adelante; colocar al Hijo de Dios, como él quiso y debió estarlo, en toda situación de *Hijo del hombre*, con un padre y una madre, con quienes viviese mucho tiempo, participando de sus trabajos y sometido á su obediencia, ofreciendo, finalmente, en esta humilde vida doméstica, el modelo y la santificación de la familia, del esposo y de la esposa, del padre y de la madre, del niño que es su lazo: «*La Santa Familia...*»

A la manera que un rey, dice felicísimamente Dargentan, envía á su embajador á otro reino para que case con una princesa en nombre suyo: casa efectivamente con ella, y la princesa que se había prometido al rey se da á su embajador que representa su persona. Pero si contrae un verdadero matrimonio con el, es sin embargo de modo que no será ella poseída sino por el mismo rey. Este esposo de ceremonia y comisión recibe con gran respeto á aquella con quien se casa, y la conserva con fidelidad inviolable, como bien propio de su señor, sin aspirar á otra cosa que al honor de entregarla con la misma integridad que la recibió, en manos del rey su esposo. Otro tanto con leve diferencia sucede con el matrimonio de San José. Cuando la Virgen Santísima contrae con él, le pone en posesión de su castísimo cuerpo que había ella consagrado á Dios por el voto de virginidad, pero ella sabe muy bien que no es para él, y si con él casa es sólo como con el embajador del soberano monarca, á quien se había prometido desde su infancia. Cierto es que San José es quien se une con ella en matrimonio, y quien será exteriormente su marido; pero en hecho de verdad, nunca será poseída sino por el Espíritu Santo que será eternamente su divino Esposo. De Él sólo concebirá á su Hijo único; por Él se hará Madre del Hijo de Dios; por su virtud nos producirá al Salvador del mundo.—(*Nicolás. La Virgen, según el Evangelio*).

III. Una virgen concebirá y parirá. (*Isaías, 7.*) Pero era preciso velar la operación misteriosa del Espíritu Santo. Era preciso que el Judío grosero y carnal no se apercibiese de la fecundidad de María que contrariaba sus miras miserablemente terrestres. Era preciso ocultar á los ojos de los hijos de los hombres el honor de la Virgen sin mancha, ocultar al demonio el misterio realizado de la Encarnación, hasta el día fijado por la sabiduría divina en que el Hijo de María, vencedor de la muerte y del infierno, tomase posesión de su mortal imperio.

San José realizó sólo todas las condiciones del divino problema y la Providencia le llamó á tomar parte en la obra inmensa de la redención y de la salud de la humanidad.

Ignorando todavía los grandes designios que Dios tenía sobre ella, la celeste María, ligada desde su infancia por el voto de una virginidad perpetua, no consintió en pasar á ser la esposa de José sino después de haber depositado en el corazón de su casto desposado el secreto que la encadenaba á conservar la virtud de los ángeles, y de haber encontrado en el corazón de este hombre justo el designio sublime de conservar él también

una pureza sin mancha á la sombra de una unión virginal.—(*Combalot, Grandezas de la Virgen*).

IV. Debemos fijar nuestra atención en un espectáculo que admira á la naturaleza toda. Hablo del matrimonio celeste destinado por la Providencia para ser el protector de la virginidad y dar por este medio Jesucristo al mundo. ¿Quién podrá guiarme en tan difícil empresa sino el incomparable San Agustín, que trata este misterio de una manera tan divina? Ved lo que nos dice este sabio obispo y no lo dejéis pasar desapercibido: En primer lugar, dice, hay en el matrimonio tres lazos. El contrato sagrado por medio del que se unen los esposos, dándose el uno al otro; en segundo lugar, el amor conyugal por medio del que se entregan mutuamente un corazón que no puede ya dividirse, ni arder en otra llama; y hay, en tercer lugar, los hijos que forman un tercer lazo, porque concentrándose, digámoslo así, el amor de los padres en el fruto de su matrimonio, el amor se liga con un nudo más fuerte.

Las tres cosas halla San Agustín en el matrimonio de San José, y nos demuestra que todo contribuye en él á conservar la virginidad. En primer lugar el contrato sagrado por medio del que se dieron el uno al otro, y en esto es en lo que más debe admirarse el triunfo de la pureza en la verdad de este matrimonio; porque María pertenecía á José y José á la divina María, de modo que su matrimonio era un verdadero matrimonio porque se dieron el uno al otro ¡Mas de qué modo se dieron? Con pureza, y en esto está su triunfo. Se dieron recíprocamente su virginidad, y se cedieron mutuamente un derecho sobre ella. ¿Qué derecho fué ese? El de conservarla el uno al otro. Sí, María tiene el derecho de guardar la virginidad de José, y José el de conservar la virginidad de María. Ni uno ni otro pueden disponer de ella, y la fidelidad de su matrimonio consiste en guardar su virginidad. Tales son las promesas que les unen; tal es el contrato que les liga Son dos virginidades que se unen para conservarse eternamente la una á la otra por medio de su mutua correspondencia de púdicos deseos. Paréceme contemplar dos astros que no entran juntamente en conjunción sino porque sus luces se enlazan.—(*Bossuet, Paneg. de San José*).

V. ¡Quién me diera alas para volar como paloma, y volaré y descansaré! exclama el rey David El Antiguo Testamento sentó la cuestión, y sólo el Nuevo puede responderle por boca de María Efectivamente, la virginidad es la que da alas al alma y la arranca de la tierra, la hace tomar el vuelo hacia el cielo, la sostiene en las alturas de la perfección, y por dulces comunicaciones la hace penetrar hasta el seno del mismo Dios, donde descansa con toda la confianza del amor satisfecho.

En el Antiguo Testamento, la virginidad voluntaria y perpetua, no sólo era rara, sino que era considerada como un oprobio, como lo atestigua el *llanto* que vertió la hija de Jefté, no por su juventud cortada en su flor, sino por su virginidad, porque no dejaría tras de sí más que un nombre estéril y lleno de oprobio Esta opinión común entre los judíos no puede explicarse sino por el deseo que tenían de ver la posteridad que debía ver el reinado del Mesías, que podía tener parentesco con cualquiera de ellos.

Mas he aquí que Dios destruyó todos estos cálculos de la sabiduría humana, valiéndose de María para que diese á luz el Mesías; y á penas, entre la inmensa posteridad del pueblo de Dios, entrarán en su reino algunos millares de almas, siendo así que el mundo entero formará la nación santa. Pero para que esto suceda, deberá sobreponerse una joven á todas las preocupaciones de su país; María será esa joven generosa.

Once años hacía que vivía en el templo, libre y dueña de sí misma por la muerte de sus padres. El consejo de sacerdotes la llamó para que contrajese una unión, y pasó á ser la esposa de un artesano de Nazareth llamado José, José de quien ha hecho el Evangelio el mejor de los elogios al llamarle justo. José era carpintero.

La unión de José con María era muy grande á los ojos de Dios, pero muy pequeña á los ojos de los hombres. La dote de María lo formaban simplemente sus virtudes.

Misteriosa y de un género desconocido fué la unión de esos dos corazones vírgenes, unidos por el juramento de esposos y permaneciendo vírgenes uno y otro. Así nos lo manifestará en breve María, en la respuesta que dará al ángel de la Anunciación. Ante los altares había hecho el voto de su perpetua virginidad, y el justo José, antes de unir su destino con el de la Virgen, había hecho la misma promesa, ó la hizo al obtener el consentimiento de María, ó una vez obtenido. Así lo indica el santo Evangelio. (*Math., I, 19*). Este matrimonio fué, pues, la alianza de dos virginidades que se unieron en el Señor.

Los profanos preguntan por qué contrajo entonces una unión secular. No comprenden los insensatos, los designios de la Providencia, que inspiró ese matrimonio que estaba decretado en el cielo desde la eternidad. Bajo el punto de vista de la naturaleza, debería enseñarse á los esposos que la unión conyugal consiste antes de todo en la unión de los corazones, y que puede conservarse en la virginidad, como existía antes del pecado original en el Paraíso entre Adán y Eva.

Jesús, virgen y sin esposa, parece ser una condenación del matrimonio; pero habiendo nacido de una virgen, que era á un tiempo mismo esposa y madre, nos manifiesta: Que el matrimonio es honroso, pero que lo es más todavía la virginidad. Bajo el punto de vista de la historia y de la profecía, creemos que entre un pueblo en el que solo se conocía la genealogía de los hombres, era preciso demostrar que Jesús, miembro de la tribu de Judá, descendía directamente de David y de Abraham, como estaba predicho del Mesías. Bajo el punto de vista que se relaciona con el porvenir de María, era altamente conveniente que se viese protegida contra el rigor de la ley en su virginal maternidad por la ignorancia de todos y el testimonio del mismo José. Debía tener en sus penalidades un guía y un sostén, y en su indigencia un marido que la consolara participando de ella. Bajo el punto de vista que se relaciona con Jesucristo, el matrimonio preparaba un guardián á su débil infancia y como un padre adoptivo que ganaba el pan cotidiano de la familia, debía llevarle á Egipto y volver á traerle para enseñarle un oficio. Bajo el punto de vista de la redención entraba en el pensamiento de Dios ocultar al demonio el secreto

de la Encarnación del Verbo, que, según el oráculo de Isaías, debía nacer de una virgen. Nada más á propósito para conseguir este fin que ocultar bajo el velo de un matrimonio ordinario el nacimiento virginal de Jesús. Bajo el punto de vista de la regeneración humana, convenía que en María fuese realzada y santificada la condición de esposa, así como había sido rebajada y manchada en Eva. Ultimamente, bajo el punto de vista de la Iglesia, grande objeto de las esperanzas divinas, viniendo á ser fecunda la virginidad de María hasta el punto de dar á luz un Dios, presagiaba la fecundidad de los vírgenes de uno y otro sexo que harán renacer á Jesús en tantos millares de corazones.

¿No nos basta todo esto para conocer la sabiduría divina? María fué la primera que levantó el estandarte de la virginidad. Virgen antes, durante y después del parto de su divino Hijo, su primer nacido, y su único, vino á ser la inspiradora y el modelo de todas esas almas generosas que renunciaron á los justos goces de este mundo para caminar libremente por las vías de la perfección, avasallando los sentidos y viviendo como los ángeles en una carne mortal. María, siendo esposa y viviendo virgen, enseña á los esposos á vivir temiendo al Señor y conservando la más estrecha unión; María, madre á un mismo tiempo que esposa y virgen, es modelo de madres y protege con su amor, que la gracia hizo sobrenatural y todopoderoso por la gloria, la inocencia de las vírgenes, la castidad de las esposas y la ternura de las madres.

Esto, que es un misterio social, nos da á un tiempo mismo una lección de virtud.

Dios crió á la mujer para dar al hombre una compañera semejante á él: la crió virgen y la hizo esposa. Pero en vez de ayudar á Adán, Eva le tendió un lazo funesto y le arrastró á rebelarse contra Dios. Fué madre y sólo dió á luz hijos culpables de un crimen hereditario; al darnos la vida nos dió juntamente la muerte. Vos ¡oh María! fuísteis la escogida para rehabilitar su sexo. Por esto sois la patrona de las vírgenes, de las esposas y de las madres. Por esto es por lo que, por secreto instinto y por un impulso universal de la gracia, las vírgenes, las esposas y las madres son las que más os aman. Oh María, dos veces inmaculada, sostenedlas por bien de todos á la altura de la regeneración cristiana. El hombre, que es el jefe de la familia y el que gobierna á los pueblos, es el que debe procurar el triunfo de la religión. Desgraciadamente arrastrado por su ambición y su deseo de gozar se olvida con harta frecuencia de un deber tan sagrado. Si no hubiese en la tierra más virtud que la de los hombres, pronto se rompería el equilibrio que existe entre la justicia y la misericordia. Por fortuna la paternal sabiduría de Dios ha previsto esto. Mientras existan en las naciones personas que conserven su virginidad; mientras se vea á las esposas cumplir fielmente con los deberes religiosos que su estado les impone, y á las madres desempeñar debidamente la dulce misión que la maternidad exije de ellas, jamás caerá la sociedad hasta el último grado de su abyección. Hasta las revueltas políticas son de corta duración cuando tienen por objeto destruir el orden social y especialmente la religión. La historia nos lo demuestra todos los días.

Dios ha permitido que obre la mujer sobre el hombre en la regeneración del mundo, porque tiene más pureza de corazón, y su pureza es el aroma que nos salva de la corrupción del mundo; inmensa es la acción que ejerce en el cristianismo. Virgen, edifica, instruye á los niños, consuela á los desgraciados, alimenta á los pobres y corrige los vicios; esposa, hace que su compañero practique la religión, y si la descuida lo vuelve á ella; madre, forma generaciones cristianas. Oh Dios mío, infinita es la sabiduría que brilla en vuestras obras todas y María no es sino un reflejo de ella.—(*Monseñor Pavy, Obispo de Argel*).

ARTÍCULO V

PLATICA VIII

EL CULTO DE MARÍA Y NUESTRA NECESIDAD DE AMAR.

Hoy veremos el culto de María bajo un nuevo aspecto; bajo el punto de vista de la práctica. Después de haber examinado las bellezas de este manantial de gracia, veremos cómo se derrama sobre los hombres para satisfacer su sed y llenar el vacío de su corazón.

Tres son las necesidades más grandes del hombre en la tierra: Amar, Esperar y Poder conseguir el objeto de su amor y de su esperanza. Nos ocuparemos ahora del amor en su relación con el culto de María.

¿Debo comenzar por deciros lo que es el amor? Sí, porque esta palabra, como todas las que están en todos los labios y en todos los libros, significa tantas cosas, que casi podremos decir que ha dejado de tener una significación propia. No es el amor, hermanos míos, esa pasión vulgar é impetuosa que más bien trata de gozar que de sacrificarse, que mejor quiere degradar que elevar el objeto de sus deseos; ese tirano egoísta y caprichoso que está siempre dispuesto á imponer su dominio y nunca á sufrir el martirio. Ese amor, hermanos míos, no es sino un

de la Encarnación del Verbo, que, según el oráculo de Isaías, debía nacer de una virgen. Nada más á propósito para conseguir este fin que ocultar bajo el velo de un matrimonio ordinario el nacimiento virginal de Jesús. Bajo el punto de vista de la regeneración humana, convenía que en María fuese realzada y santificada la condición de esposa, así como había sido rebajada y manchada en Eva. Ultimamente, bajo el punto de vista de la Iglesia, grande objeto de las esperanzas divinas, viniendo á ser fecunda la virginidad de María hasta el punto de dar á luz un Dios, presagiaba la fecundidad de los vírgenes de uno y otro sexo que harán renacer á Jesús en tantos millares de corazones.

¿No nos basta todo esto para conocer la sabiduría divina? María fué la primera que levantó el estandarte de la virginidad. Virgen antes, durante y después del parto de su divino Hijo, su primer nacido, y su único, vino á ser la inspiradora y el modelo de todas esas almas generosas que renunciaron á los justos goces de este mundo para caminar libremente por las vías de la perfección, avasallando los sentidos y viviendo como los ángeles en una carne mortal. María, siendo esposa y viviendo virgen, enseña á los esposos á vivir temiendo al Señor y conservando la más estrecha unión; María, madre á un mismo tiempo que esposa y virgen, es modelo de madres y protege con su amor, que la gracia hizo sobrenatural y todopoderoso por la gloria, la inocencia de las vírgenes, la castidad de las esposas y la ternura de las madres.

Esto, que es un misterio social, nos da á un tiempo mismo una lección de virtud.

Dios crió á la mujer para dar al hombre una compañera semejante á él: la crió virgen y la hizo esposa. Pero en vez de ayudar á Adán, Eva le tendió un lazo funesto y le arrastró á rebelarse contra Dios. Fué madre y sólo dió á luz hijos culpables de un crimen hereditario; al darnos la vida nos dió juntamente la muerte. Vos ¡oh María! fuísteis la escogida para rehabilitar su sexo. Por esto sois la patrona de las vírgenes, de las esposas y de las madres. Por esto es por lo que, por secreto instinto y por un impulso universal de la gracia, las vírgenes, las esposas y las madres son las que más os aman. Oh María, dos veces inmaculada, sostenedlas por bien de todos á la altura de la regeneración cristiana. El hombre, que es el jefe de la familia y el que gobierna á los pueblos, es el que debe procurar el triunfo de la religión. Desgraciadamente arrastrado por su ambición y su deseo de gozar se olvida con harta frecuencia de un deber tan sagrado. Si no hubiese en la tierra más virtud que la de los hombres, pronto se rompería el equilibrio que existe entre la justicia y la misericordia. Por fortuna la paternal sabiduría de Dios ha previsto esto. Mientras existan en las naciones personas que conserven su virginidad; mientras se vea á las esposas cumplir fielmente con los deberes religiosos que su estado les impone, y á las madres desempeñar debidamente la dulce misión que la maternidad exije de ellas, jamás caerá la sociedad hasta el último grado de su abyección. Hasta las revueltas políticas son de corta duración cuando tienen por objeto destruir el orden social y especialmente la religión. La historia nos lo demuestra todos los días.

Dios ha permitido que obre la mujer sobre el hombre en la regeneración del mundo, porque tiene más pureza de corazón, y su pureza es el aroma que nos salva de la corrupción del mundo; inmensa es la acción que ejerce en el cristianismo. Virgen, edifica, instruye á los niños, consuela á los desgraciados, alimenta á los pobres y corrige los vicios; esposa, hace que su compañero practique la religión, y si la descuida lo vuelve á ella; madre, forma generaciones cristianas. Oh Dios mío, infinita es la sabiduría que brilla en vuestras obras todas y María no es sino un reflejo de ella.—(*Monseñor Pavy, Obispo de Argel*).

ARTÍCULO V

PLATICA VIII

EL CULTO DE MARÍA Y NUESTRA NECESIDAD DE AMAR.

Hoy veremos el culto de María bajo un nuevo aspecto; bajo el punto de vista de la práctica. Después de haber examinado las bellezas de este manantial de gracia, veremos cómo se derrama sobre los hombres para satisfacer su sed y llenar el vacío de su corazón.

Tres son las necesidades más grandes del hombre en la tierra: Amar, Esperar y Poder conseguir el objeto de su amor y de su esperanza. Nos ocuparemos ahora del amor en su relación con el culto de María.

¿Debo comenzar por deciros lo que es el amor? Sí, porque esta palabra, como todas las que están en todos los labios y en todos los libros, significa tantas cosas, que casi podremos decir que ha dejado de tener una significación propia. No es el amor, hermanos míos, esa pasión vulgar é impetuosa que más bien trata de gozar que de sacrificarse, que mejor quiere degradar que elevar el objeto de sus deseos; ese tirano egoísta y caprichoso que está siempre dispuesto á imponer su dominio y nunca á sufrir el martirio. Ese amor, hermanos míos, no es sino un

lobo rapaz que se cubre con la piel del cordero para devorar su presa. No es ese, no, el verdadero amor, sino el que viene del cielo y nació de María, como ella misma lo confiesa: *Ego mater pulcræ dilectionis*. El primero es hijo de la naturaleza; el segundo de la gracia. Sólo María puede dar este último, al que se da tan justamente el título de *amor hermoso*. Ella lo posee entero, porque es á un tiempo la hija, la madre y la esposa de Dios, es decir, la hija, la madre y la esposa del amor. La hija del amor, sí, porque Dios es todo caridad: *Deus charitas*. ¿Puede dar á su hija otra cosa que no sea su substancia, su caridad y su amor? Así como Dios es en el cielo el padre del amor, así también María es en la tierra la madre del amor. ¿Puede admirarnos esto, hermanos míos? ¿Pueden dejar de ser entrañas de amor aquellas en que reposó durante nueve meses la caridad de Dios? ¿No debió comenzar por arder en amor á su madre el que quería inflamar de amor á la tierra toda? *Ignem veni mittere*, etc., María es á un tiempo hija y madre del amor, y por esto está más llena de caridad que otra criatura alguna; grande fué la comunicación del fuego divino que recibió en su unión con el amor substancial de la Trinidad con el Espíritu Santo su esposo!

Dios quiso dar á Adán una compañera semejante á él: «*Adjutorium simile sibi*. ¿Cambió de designio cuando se trató de su propio Espíritu? No podemos menos de creerlo y la conclusión es terminante: María es todo amor. El amor es un fuego, y semejante á su Hijo, María no desea sino derramar ese fuego que necesita el corazón, ó por mejor decir, Dios es quien derrama el fuego en el mundo y se hace amar por conducto de María: «Algunas veces dicen algunos: que quieren amar á Dios, pero que Dios no es sensible, que no podemos ni representarnos su imagen mientras que nuestro corazón necesita lo *sensible* y nuestro amor un alimento *palpable*.» Este deseo de la naturaleza tiene algo de verdadero. Dios lo comprendió así y por esto nos dió el culto de María. ¿No veis cuán áridas y frías son esas pretendidas religiones en las que no se cuenta con María? En todas ellas hay raciocinio, pero carecen en lo absoluto de ternura; no hay en ellas corazón y su vida se extingue. Y lo notable que hay en esto es que ninguno de nuestros enemigos lo conoce. Echan en cara á la religión católica que sofoca el corazón y no le deja desarrollar sus sentimientos, lo que equivale á decir que el jardinero mata el árbol cuando le corta las ramas que le perjudican é impiden que se haga frondoso. No es verdad lo que dicen nuestros enemigos, hermanos míos; no es cierto que la Iglesia católica oprime los corazones; lo que hace es salvarlos de los goces egoístas á que se inclina, los eleva y derrama en ellos una savia purificada por la gracia en las innumerables vías de la caridad. *¡Sursum corda!* nos dice: remontad vuestros corazones. Pero ¿hasta dónde los elevaremos? ¿Hasta Dios? Nos parece muy elevado y lejos de nosotros, sobre todo si somos pecadores. ¿Los fijaremos en Jesucristo? Instintivamente recordamos que es el Dios de la penitencia, de la agonía y del Calvario, y que ha dicho: «El que quiera venir á mí, tome su cruz y sígame.» Por desgracia, hermanos míos, no hemos sabido cargar con la cruz, y no sólo no la hemos cargado sino que la rechazamos lejos de nosotros. Bien necesitamos por cierto de una madre que medie entre nosotros y este padre que está irritado. El instinto es más fuerte que el raciocinio. Recordad sino cuando érais niños; la época en que brotó de vuestra alma el primer gérmen de piedad para recibir con toda su fuerza el sol de la fe. ¿No es verdad que vuestras miradas se dirigieron á María, cuyo nombre fué el primero que pronunciaron vuestros labios? ¡Oh, sí! aprendísteis á balbutir al mismo tiempo que el nombre del niño Jesús el de la Virgen María. Llegados más tarde á la adolescencia, época en que

se comienza á sufrir, sin sentir os dirigísteis al altar á depositar en él las primicias de vuestros deseos y pedir á Dios que los satisfaciera. Lo mismo hace hoy el mundo. Las amenazas presentes y los tiempos futuros hacen que nos dirijamos al santuario de María pidiéndole que nos socorra, y nos atrevemos á dirigirnos á Dios, cuyo enojo hemos provocado. Grandes y pequeños, pobres y ricos todos necesitamos en el cielo de una madre que oiga nuestras súplicas. No hacemos hoy sino lo que antes hicieron otros, y nada tiene esto de particular, porque la naturaleza ha sido siempre lo mismo. Para citar algunos ejemplos nos remontaremos hasta los primeros siglos. Ni hablaremos de San Ildefonso de Toledo, que habla de María como un enamorado de su novia, ni de Santa Gertrudis, que habla de ella con pasión, ni de San Bernardo que se deshacía en llanto cada vez que pensaba en María, ni de San Francisco de Asís, que era como el caballero de la soberana del cielo.

Oigamos sólo á San Francisco de Sales, pintando el amor de María:

«Yo te saludo, dulcísima Virgen María, Madre de Dios y madre y señora mía. Y te suplico que me admitas como hijo y siervo tuyo, porque no quiero más que á tí por madre y señora mía. Ruégote, pues, oh dulce madre mía, que me defiendas y dirijas en mis acciones y en mi camino, porque soy un pobre mendigo y necesito de tu protección. Cuida, pues, mi alma, oh Santísima Virgen, Madre mía, de los males y peligros que la amenazan, y haz, que como tú, sea humilde, pura y llena de caridad.

«No me digas, oh Virgen pura, que no puedes oir mis súplicas, porque tu hijo amado te ha dado todo poder, así en el cielo como en la tierra. No me digas que no debes oírme, porque eres la madre común de todos los pecadores, y eres muy especialmente mi madre. Si no puedes oir mis súplicas, yo te excusaré diciendo: Es verdad

que es mi madre y me ama como su hijo, pero la pobre nada tiene y nada puede. Si no fueras mi madre, entónces diría yo con impaciencia: Es cierto que es rica y puede auxiliarme, pero como no es mi madre, no me quiere. Mas ya que eres mi madre, y eres poderosa, oh Virgen Santísima, ¿cómo podré excusarte si no me consuelas y me das tus divinos auxilios? Ya ves por lo tanto, Madre mía, que estás obligada á oir mis quejas y consolar mis angustias. Bendita seas en el cielo y en la tierra, oh santísima Madre mía; y por honor tuyo y el de tu Hijo, admíteme como hijo tuyo sin tener en cuenta mi flaqueza y mis pecados. Libra mi alma y mi cuerpo de todo mal, y concédeme todas tus virtudes y muy especialmente tu humildad. Enriquéceme con todos los dones, bienes y gracias que sean agradables á la Santísima Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.»

Tales son los sentimientos que inspira á las grandes almas el culto de María. Desde que así lo han conocido no encuentran otro placer que consideren digno de ellas, porque aspiran á merecer sentarse al lado de la Reina que han escogido y nada les arredra, ni los instintos que deben vencer, ni la lucha exterior que han de sostener. Si necesario es, dispuestos están á sufrir la muerte con tal de agradar al objeto de su amor. Ojalá nos parezcamos á ellos, hijos míos, para que podamos reinar con ellos en el cielo junto á la reina de nuestro amor.—ASÍ SEA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ANUNCIACION DE LA SANTA VIRGEN

DÍA NUEVE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Audite, domus David: ecce virgo concipiet, et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel.

Isa., VII, 13.

Habitabit cum hominibus, et ipsi populus ejus erunt, et ipse Deus cum eis erit eorum Deus.

Apoc, XXI, 3.

Obsecro, Domine, mitte quem missurus es.

Exod., IV, 13.

Gaude et lætare, filia Sion; quia ecce ego venio, et habitabo in medio tui, ait Dominus.

Zach, II, 10.

Ecce dies veniunt, dicit Dominus, et suscitabo David germen justum, et regnabit rex.

Jerem, XXIII, 14.

Missus est angelus Gabriel a Deo in civitatem Galileæ cui nomen Nazareth, ad virginem desponsatam viro cui nomen erat Joseph de domo David: et nomen virginis Maria.

Luc., I, 26-27.

Et ingressus angelus ad eam dixit: Ave gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus.

Luc., I, 28.

Quæ cum audisset, turbata est in sermone ejus, et cogitabat qualis esset ista salutatio: et ait angelus ei: Ne timeas, Maria, invenisti enim gratiam apud Deum; ecce concipies in utero, et paries filium, et vocabitur nomen ejus Jesum. Hic erit magnus, et filius Altissimi vocabitur, et dabit illi Dominus Deus sedem David patris ejus, et regnabit in domo Jacob in æternum, et regni ejus non erit finis.

Ibid., 29, 33.

Dixit autem Maria ad angelum: Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco? et respondens angelus dixit ei: Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi, ideoque, et quod nascetur ex te sanctum, vocabitur filius Dei.

Ibid., 34-35.

Dixit autem Maria: Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum: et discessit ab ea angelus.

Ibid., 38.

Hoc totum factum est ut adimpleretur quod dictum est per prophetam: Ecce virgo in utero habebit, et pariet filium.

Matth., I, 22.

Quæ ad patres nostros repromissio facta est, hanc Deus implevit filiis nostris.

Act., XIII, 32.

Ubi venit plenitudo temporis, misit Deus filium suum factum ex muliere.

Galat., IV, 4.

Nusquam Angelos apprehendit, sed semen Abrahæ, unde debuit per omnia patribus similari.

Hebr., II, 16.

Verbum caro factum est, et habitavit in nobis et vidimus gloriam ejus.

Joan., I, 14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus esse se æqualem Deo: sed semetipsum exinanivit formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo.

Philipp., II, 6.

Creavit Dominus novum super terram: fœmina circumdabit virum.

Jerem., XXXI, 22.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Más glorioso fué para María concebir en su espíritu que en su carne y más grato le fué llevar á su hijo en su corazón que tenerlo en sus entrañas. (*Aug. I de Virginit.*)

II. El cuerpo de Jesús es el cuerpo de María. (*Id. in Assumpt. B. M. V.*)

III. ¿Qué puedo decir de vos en mi ignorancia, oh Virgen bienaventurada, si sé que cuanto pudiera decir en alabanza vuestra sería inferior á vuestros méritos. (*Id. serm. de Sanct.*)

IV. ¡Oh santa virginidad! ¡Oh humildad digna de nuestras alabanzas! El ángel llama á María madre de Dios, y María toma inmediatamente el nombre de sierva de Jesucristo. (*Id. serm. 3 de Nativ. Christ.*)

V. Admirad su humildad y abnegación. Se declara la sierva del Señor en el momento mismo en que Dios la declara madre suya, y ni este nuevo título es bastante para que se crea ensalzada. (*Ambr. I de Virg.*)

VI. El mensaje divino que el arcángel Gabriel acaba de desempeñar cerca de María, es una maravilla que la naturaleza desconoce, que la tierra no ha penetrado jamás, que nunca lo penetrará el humano entendimiento, que admira al cielo y asombra al mundo, y se sobrepone

á la ciencia de las inteligencias más ilustres. (*Jeron. serm. de Asump.*)

VII. ¡Oh virgen tres veces santa! Si los genios más elevados emplearan toda su ciencia en ensalzar vuestra gloria, nunca dirían lo que deben hablando de ella! (*S. Basil, Telenc. Orat. Deip. Virg.*)

VIII. Oh seno de María, sóis más grande que el cielo, porque en Vos, nada ha perdido Dios de su inmensidad. (*S. Epiph. de Laud. B. M. V.*)

IX. Calle toda criatura y admírese sin atreverse á contemplar la inmensidad de esta gloria. (*Petr. Damian. serm. de Nativit. Mariæ*).

X. ¡Cuán sublime y verdadera es la humildad que no se deja seducir por el brillo de los hombres ni deslumbrar por la gloria! María se declara la sierva de Aquel de quien acaba de ser proclamada madre. (*Ber. sup. Missus*).

XI. La gloria de María consiste en que tuvo la prerrogativa de no participar con nadie el ser la Madre de un hijo de quien Dios es el Padre. (*Id. Ibid.*)

XII. Si en vuestro amor por la virginidad de María os limitáis á admirarla, esforzáos por imitar su humildad y esto os bastará. (*Id. Ibid.*)

XIII. Agradó á Dios por su virginidad y le concibió por su humildad. (*Id. Ibid.*)

XIV. ¿Quién es esta virgen venerada á quien saluda un ángel, y tan humilde que es la esposa de un carpintero? (*Id. Ibid.*)

XV. Decir de María que es madre de Dios es proclamar una gloria tan alta que después de Dios, no puede imaginarse nada que sea tan grande. (*S. Anselm. I de Excellent virgin*).

XVI. ¿Podremos dudar del amor que nos profesa María si recordamos que Aquel que es todo amor descansó nueve meses en su seno? (*Bern. S. I. de Asump.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVII. Nada te iguala ni puede compararse contigo. Todo lo que desde tu trono contemplas es inferior á tí ó superior á tí, porque sobre tí sólo está Dios, y debajo de tí todo lo que no es Dios. (*S. Anselm. de Concep. B. M. V.*)

XVIII. Nada conozco en la tierra que sea más digno de veneración que el seno de María en el que se hizo hombre el Hijo mismo de Dios; y nada en el cielo más elevado que el trono en que el Hijo de Dios ha colocado á María. (*S. Jeron. serm. de Asumpt.*)

XIX. Hallásteis gracia delante de Dios, hallásteis la reconciliación entre los hombres y Dios, destruísteis el misterio de la muerte y salvásteis la verdadera vida; ninguno antes que vos pudo encontrar estas cosas. (*Bernard. Hom. 3. sup. Missus. est*).

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Ecce Ancilla Domini.

Este misterio es maravilloso. El arcángel Gabriel pasa á saludar á la Virgen de Judá y María pasa á ser madre de Dios. ¡Qué gloria para esta sencilla criatura! Una de las que más me admira entre estas cosas tan grandes es la conformidad de María con la voluntad de Dios:

I. En la gracia.

María manifiesta su conformidad siempre que la desgracia pesa sobre ella, y todos sabéis cuántas amarguras la acompañaron en su vida. Siempre brotaban de sus labios estas palabras admirables: *Ecce Ancilla Domini.*

II. En la prosperidad.

Si grande fué la conformidad de María con la voluntad de Dios, fué mucho mayor, si me es dado expresarme así, en sus días de prosperidad.

Dios que tomó carne humana en las entrañas de María, no tomó nuestra naturaleza sino para repararla, y para esto se requerían tres cosas:

1° Confundir nuestro orgullo.

2° Elevar nuestra bajeza.

3° Enriquecer nuestra pobreza.

Pensamiento es este de San Agustín. *Attende ancilla illam..... ibi accepit formam servi, ibi se pauperavit, ibi nos ditavit.*

Ego sum via, veritas et vita.

Agradó á Dios hacerse amar por los hombres, y Jesús se nos presentó para llevarnos á ese amor pasando á ser:

1° Un camino seguro para llegar á Él: *Ego sum via.*

2° Un perfecto modelo lleno de gracia y de verdad: *Veritas.*

3° Un atractivo poderoso que gana los corazones, los sostiene y fortalece: *Vita.*

1° En su encarnación Dios honra á María en tanto que es en quien se anonada y se somete á su Padre.

2° En su encarnación Dios honra á María en tanto que es por ella por quien se comunica y entra en relación con los hombres.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. ¡De qué foco de luz saliste, oh Gabriel, para acercarte á la Virgen? ¿Del seno de qué beatitud y de qué eternidad te has dirigido al tiempo? ¿Desde qué gloria te acercaste á la humanidad? Bien lo sé yo. Al venir del cielo y llegar á la tierra, al venir de Dios y llegar á la Virgen, al saludarla y anunciarle una nueva generación, no hacías sino obedecer al Verbo. Y convenía ciertamente que un ángel fuese el encargado de una embajada tan augusta, de tan maravillosos oráculos y de tan sublime misterio. No eras, por lo tanto, más que un embajador del rey tu amo y solamente re-

petías lo que Él te había ordenado. Al anunciar á la Virgen la Encarnación del Verbo, eras el eco de lo que en el cielo habías sabido acerca del Verbo.—(*San Ildefonso, Tratado de la perpetua virginidad de María*).

II. Admirad la modestia y el silencio de María. ¡Cuán bello es el silencio en una mujer! ¿Puede verse algo más hermoso que una virgen modesta? María oyó sin interrumpirle al ángel que le hablaba, no quiso precipitar su contestación; primeramente oyó con paciencia y contestó luego con sabiduría. Dejó que el ángel le hablara durante algún tiempo y le dió una contestación breve. Y habló sólo porque comprendió que se trataba de su virginidad. ¡Con cuánto esmero cuidaba de su pureza! El ángel la llamó Madre de Dios, y sólo se manifestó inquieta por su virginidad. Se le anunció un hijo que debía ser á un tiempo mismo Dios y hombre, y no se alarmó sino por salvar su virginidad. ¡Qué hermoso modelo de pureza tenéis en María, oh vírgenes de la tierra? Virgen de cuerpo y de espíritu, virgen en su corazón y en sus miradas, en su conversación y en sus pensamientos, es toda virgen y toda bella, toda pura é inmaculada toda.—(*Santo Tomás de Villanueva, sermón*).

III. Noto en el Evangelio de este día que en la conversación que con el ángel tuvo la Santísima Virgen, sólo dos veces le habló. ¡Oh divinas palabras! Dios quiso que en esas dos contestaciones viésemos brillar dos virtudes distintas con admirable esplendor, dignas de agradar á Dios mismo: la pureza virginal de María y su profunda humildad.

El ángel Gabriel anuncia á María que concebirá al hijo del Altísimo, al rey y libertador de Israel. ¿Quién pudiera creer que una nueva semejante pudiese alarmarla? ¿Podía dársele acaso una noticia más gloriosa ni hacerla una promesa más grata, puesto que el ángel le hablaba en nombre de Dios? Sin embargo, se alarmó María; temió y dudó, y poco faltó para que contestara que no era posible. "¿Cómo es posible esto, dijo, si he resuelto permanecer virgen?" *¿Quomodo?* Manifiesta está aquí la alarma de su pureza virginal. Si concibo al Hijo del Altísimo, será glorioso para mí; pero ¿qué será de mi virginidad? No puedo renunciarte, oh admirable pureza, que no sólo estás á salvo de todas las promesas de los hombres, sino guardada por las promesas de Dios. ¿Qué esperáis, oh Verbo divino, amante casto de las almas púdicas? ¿Qué os hará venir á la tierra si no os atrae la pureza de María? Esperad, esperad. Todavía no llega su hora y no se ha dado aún á su templo la última preparación.

En efecto, el ángel responde á María: El Espíritu Santo descenderá en tí. Descenderá, dice, pero no dice ha descendido.

Hemos dicho ya cuáles fueron las primeras palabras pronunciadas por la Virgen pura; y luego dijo: "He aquí la esclava del Señor; que se haga en mí según tu palabra." Así habla la obediencia. No se ensoberbece María á causa de su dignidad de Madre de Dios. Sin dejarse dominar por una alegría que hubiera sido justa, manifestó sencillamente su sumisión, y desde ese mismo instante abrieron sobre ella los cielos sus torrentes de gracias y el Espíritu Santo penetró en ella: el Verbo se incorporó con su sangre purísima y la virtud del Altísimo la cubrió con su sombra. "*Virtus Altisimi obumbrabit tibi.*" Y este Hijo que engendra siempre en su seno

porque es tan grande é infinito, que sólo puede contenerlo la infinidad del seno paternal, lo engendró en el seno de la Virgen. ¿Cómo puede efectuarse un milagro semejante? Se efectuó porque la humildad de María la hizo digna de contener á la misma inmensidad. Dios quiso que vos sola poseyeráis durante nueve meses la esperanza de la tierra, la gloria de los siglos y el bien común del universo: *Spem terrarum, decus sæculorum, commune omnium gaudium, peculiari munere possides.* (*Eusebio*).—(*Bossuet, sermón sobre la Anunciación de la Santísima Virgen*).

IV. El Espíritu Santo cubrió á la Virgen con su sombra. ¿Cómo nació de la Virgen conservando ésta su virginidad inmaculada? Porque así como en otro tiempo engañó Satanás á Eva, virgen todavía, así también llevó ahora Gabriel un mensaje á María, virgen también. Pero Eva, una vez engañada, concibió una palabra que dió la muerte al mundo, mientras que al recibir María el mensaje concibe en su carne al Verbo que nos da la vida eterna. La palabra de Eva indica la vara con que fué arrojado Adán del paraíso; el Verbo, nacido de la Virgen, significa la cruz por medio de la que introdujo al ladrón que ocupa en el paraíso el lugar de Adán. Los judíos, así como los gentiles y los herejes, se niegan á creer que Dios engendra sin derramar su substancia y permaneciendo inmutable; por esto al salir hoy de un cuerpo sujeto á cambio, ha conservado en toda su pureza este cuerpo sujeto á cambio, á fin de hacernos comprender, que así como nació de una Virgen sin detrimento de su virginidad, así también Dios, sin derramar ni cambiar su substancia santa, engendró como Dios, un Dios tal como convenía á Dios.—(*San Juan Crisóstomo, Hom. in. nativit. Dom.*)

V. Si me interrogan los gentiles y los judíos para saber si el Cristo, siendo Dios por naturaleza, se hizo hombre fuera de las leyes de la naturaleza, les contestaré que así fué, y les daré, como prueba de ello, las señales de una virginidad nunca violada. Sólo un Dios puede vencer las leyes de la naturaleza; sólo el que ha formado el seno de la mujer y le ha dado la virginidad, pudo preparar para sí mismo el modo inmaculado de su nacimiento, y construirse según su deseo, un templo construido de un modo inefable.—(*Id. Ibid.*)

VI. ¿Qué podrá pensar y qué puede decir un corazón religioso y fiel y ardiendo en amor? Herido por el inestimable bien que recibe de la infinita bondad de Dios, se entregará á los trasportes de la más viva alegría; pero admirando al mismo tiempo la elevación de María, la dirá con el ángel: "Bendita eres entre todas las mujeres." En este día se realizan los ardientes deseos de los profetas y de los patriarcas..... En este día es cuando ha sido concebido en el seno de María el Redentor del mundo, verdadero Dios y verdadero hombre. En este día es cuando María ha recibido el más bello y glorioso de todos los nombres, el de Madre de Dios. Hoy es, en fin, el día en que se realiza el más grande de los milagros. Oíd los prodigios de amor y misericordia que esta festividad pone á nuestros ojos. La persona del Hijo de Dios se une con nuestra naturaleza del modo más íntimo; es decir, que el inmortal se sujeta á la muerte, y no se desdeña el Eterno de nacer entre pañales; la criatura concibe á su

Criador, y una mujer pasa á ser Madre de Dios sin menoscabo de su virginidad.—(*Jeron., sermón 116*).

VII. Las revelaciones particulares atribuidas á la Santísima Virgen manifiestan que el ángel, después de haber cumplido su misión y obtenido el consentimiento de María, permaneció junto á ella unas cuantas horas para admirarla, venerarla, felicitarla y adorar el Verbo Divino Encarnado en sus castas entrañas. Con vivo sentimiento y sólo para ir á dar cuenta de su embajada, dejó el humilde oratorio, que era para él un nuevo cielo. —(*Cornelio A. Lapide, Comment. in Luc.*)

VIII. San Francisco de Asís exclamaba con frecuencia: "Cuando digo *Ave María*, los cielos sonríen, los ángeles se regocijan, el mundo se llena de júbilo, el infierno tiembla y los demonios huyen.—(*Lohner, Biblioth. man. prædicat.*)

IX. La dignidad de Dios y su alta sabiduría exigen que obre con respecto á sus criaturas por el ministerio de criaturas.

Habiéndose realizado la plenitud de los tiempos, se envió desde el cielo un arcángel para que negociara la Anunciación del Verbo. ¿Dónde terminará el vuelo del enviado celestial? ¿Parará á los pies de un trono? ¿Será en el umbral de un opulento del mundo? ¿Irá en busca de una mujer célebre por su genio ó por su brillo? No será así, sino que el embajador del Altísimo llamará á la puerta de una humilde morada de la ciudad de Nazareth; allí, sola con Dios y entregada á la oración, hallará á una joven virgen, esposa de un artesano llamado José. Al ver al arcángel se turba María como una niña tímida. Es preciso que en nombre de Dios se tranquilice su alarmado pudor.

Entonces media entre ella y el arcángel un diálogo sublime: "Dios te salve, María, llena de gracia. El Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres." (Luc., I, 28 y siguientes). Este lenguaje, tal como jamás la lisonja de los hombres lo ha dirigido á ninguna mujer, en vez de enorgullecer á María, no hizo sino poner en alarma su humildad. Necesario fué que calmara el ángel su inquietud. "No temas, María, porque has hallado gracia delante del Señor." Y expone en conjunto los designios del Altísimo. "Concebirás en tu seno y darás á luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. Será grande y se llamará el Hijo del Altísimo. Dios le dará el trono de David su padre, y reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin." La simple promesa de llegar á ser semejante á Dios, hecha por una serpiente, causó inmediatamente la caída de Eva; la anunciación hecha á María por un arcángel de que ella será la madre de Dios, lejos de deslumbrar á la esposa no hace sino alarmar á la virgen. Tanto ama su integridad, que no sólo está al abrigo de la lisonja de los hombres, sino que también es insensible á los elogios del arcángel, y las indicaciones de Dios mismo la turban. No puede consentir en ser madre del Hijo del Eterno si debe serlo en cambio de su virginidad. Y por lo mismo que teme que éste sea el sacrificio que se imponga á su maternidad suprema, es por lo que le dice al arcángel: "¿Cómo puede ser esto cuando soy virgen y he resuelto permanecer siempre virgen?"

¡Oh admirable dignidad de la virginidad, preferible á la cualidad de

madre de Dios! ¡Oh conversación sublime, que suspende los decretos del Todopoderoso por respeto á la libertad humana, y que espera el consentimiento de una criatura humana para encarnarse el Criador! Oh María, ¿por qué titubeas? A tus pies están los siglos esperando que los salves. No hagas caso de los honores inmensos que te preparan; pero ten presente la genealogía de tus padres, el porvenir del mundo y nuestra salud, y sin titubear por más tiempo, di: "Consiento en lo que solicitáis." ¿Nos dirás que no, oh virgen purísima? Ten presente, Señora, el oráculo de Isaías que en tu infancia aprendistes: "Una virgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emmanuel, ó Dios con nosotros. (Isaías, VII, 24). Vos sóis la escogida del Señor para que se cumpla este misterio incomparable. "El Espíritu Santo descenderá sobre tí y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, respondió el arcángel, y el fruto santo que ha de nacer de tí será llamado el Hijo de Dios." (I. Luc., I, 55). Y como lo que de tí nazca será formado de tu propia sustancia, este retoño divino será á un tiempo mismo su Hijo y tu hijo. Y al ser madre permanecerás virgen, porque esta es una nueva dignidad creada por Dios sólo para tí."

Para comprender el misterio inefable de la Encarnación se necesita un corazón puro y sencillo. Nada responde María á las palabras del arcángel, porque lucha entre su fe que cree, y su humildad que se cree indigna de semejante elección. "¿Podréis dudar del poder del Señor? pregunta el arcángel. Tu prima Isabel ha concebido un hijo en su ancianidad, y este es el sexto mes de embarazo de la que se reputaba estéril, porque *para Dios no hay imposibles*. (I. Luc., I, 38). Por un milagro realizado á tus ojos se garantiza la posibilidad del milagro que se ha de obrar en tí. ¿Qué más quieres, oh María? No abrigues temor alguno de perder el tesoro de tu virginidad, porque en nada te parecerás á esos árboles que pierden su flor al dar el fruto que de ella brota. Todo es en este misterio obra de Dios. ¿Por qué vacilas? Por fin cede María. Ved su contestación: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. (II. Luc., I, 38). ¡Oh palabras bienaventuradas, llenas de humildad y de fe! ¡Oh santa resignación á los deseos del Altísimo! Ahora que la tierra está preparada, brote de ella el Salvador. Derramad, oh cielos, desde arriba vuestro rocío, y lluevan las nubes al justo. (III. Isai., XLV, 9.)

La misión del arcángel obtuvo un éxito completo, y volvió al cielo para llevar á él la nueva, y el cielo descendió á la tierra. Notemos que la fe fué la que hizo concebir á María el Verbo: y lo concibió por el espíritu, así como fué ella concebida por Dios en los decretos eternos; la fe será la que le haga cumplir con el resto de sus destinos. No le reveló el ángel todas las cosas, sino que las circunstancias le enseñarán lo que debe saber. La Providencia hace todas las cosas á su tiempo, y María no hará más que seguir la luz á medida que la vaya iluminando. Así lo acaba de hacer. Desde el instante en que el padre le manda su Verbo, el Espíritu Santo la cubre con su sombra fecunda y el Verbo penetra en su seno para tomar en él realmente un cuerpo y un alma semejantes á los nuestros. Así es

como pasa María á ser madre de Dios. ¡Oh dignidad sin igual! No se puede hacer mayor elogio de tí que guardando el silencio de la admiración.

Así fué rescatada la falta de Eva. Ésta dió oídos á la serpiente que la engañó y María creyó al ángel que le dijo la verdad. Eva no buscó sino la santificación de su ambicioso orgullo; María sólo procuró anonadarse en su humildad; Eva se abandona á la santificación de un goce sensual; María renuncia á todos los placeres; Eva, queriendo ser igual á Dios, desobedece á Dios; María se proclama la sierva de Dios en el instante mismo en que comienza á ser madre de Dios. Por esto sólo concibe Eva el pecado y la muerte, mientras que María concibe la santidad y la vida. Eva hubiera trasmitido á la posteridad los dones que recibió sólo con hacerlos fructificar; pero se olvidó de que tenía la misión de conservarlos y perdió á su posteridad. María vino al mundo para borrar la falta de Eva, y fiel á su misión reparadora rescata al género humano.

¡Oh madre de Dios, bendita seas por los siglos y especialmente por el actual.—(*Monseñor Pavy, Obispo de Argel. Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLATICA IX

EL CULTO DE MARÍA ES LA ESPERANZA DE LOS JUSTOS.

Después de la necesidad de amar, otra existe en nosotros muy imperiosa en medio del vacío, de las fatigas y desengaños de la vida; me refiero á la de creer y esperar en una vida mejor. No podemos dudar nosotros de este porvenir, porque tenemos fe. Mas ¿quién nos asegura que alcanzaremos un porvenir dichoso? El apóstol San Pablo dice en su carta á Timotheo que la esperemos por Jesucristo. No se engaña el apóstol. El que ha venido directamente al mundo para salvarnos, que nos ha abierto con su sangre las puertas del arrepentimiento y el cielo con su testamento, es indudablemente el fondo de nuestra esperanza. Pero ¿por qué la Iglesia, la infalible Iglesia coloca en los cánticos de la Virgen estas palabras con que tan á menudo la saludamos: Dulzura y esperanza

nuestra? La Iglesia recuerda sin duda, dice un santo Padre, que si hemos tenido un Redentor, María fué quien nos lo trajo y por ella descendió á la tierra. Si contamos con un sacerdote que ofrece al cielo el sacrificio propiciatorio, el cuerpo de la Virgen es donde se reviste de las ropas pontificales para agradar dignamente á Dios. Si contamos con una víctima de reconciliación capaz de aplacar la cólera de nuestro Criador ultrajado, ¿quién es ella sino la dulce oveja madre del divino Cordero? Si el llanto de dolor y tristeza de nuestros primeros padres se convirtió en cánticos de alegría, y á la ley de temor y venganza siguió la ley de gracia y misericordia; si la vida sucedió á la muerte, ¿á quién se lo debemos sino á la que es la alegría del mundo y el árbol de la vida plantado en medio de la Iglesia? Si se disiparon las tinieblas del antiguo error al brillo de la civilización cristiana, es porque la obra de María, fuente de la luz celestial, ilumina á todo el que viene al mundo. María fué quien nos abrió la puerta del cielo cerrada desde la caída; por ella se nos ha llamado de nuestro destierro y se envainó la espada de fuego que nos impedía la entrada en el Paraíso. Por ella se realizaron las esperanzas de los profetas y se cumplieron sus predicciones; por ella, en fin, conseguiremos el goce de unos bienes sin fin. En el concilio de Efeso afirmó San Cirilo esta doctrina con unánime aplauso de todos los obispos.

«Dios te salve, oh virgen santa, exclamó; por vos se glorifica y adora en toda la tierra á la Santísima Trinidad, por vos están los cielos llenos de alegría y colmados de regocijo los espíritus bienaventurados. Por vos fué arrojado Satanás á los infiernos y entró el hombre en una condición mejor de la que tenía antes de la caída. La idolatría ha sido desterrada, los hombres llegaron al conocimiento del verdadero Dios, el bautismo se confirió á los hijos de salud. Por vos se han levantado en todas partes

como pasa María á ser madre de Dios. ¡Oh dignidad sin igual! No se puede hacer mayor elogio de tí que guardando el silencio de la admiración.

Así fué rescatada la falta de Eva. Ésta dió oídos á la serpiente que la engañó y María creyó al ángel que le dijo la verdad. Eva no buscó sino la santificación de su ambicioso orgullo; María sólo procuró anonadarse en su humildad; Eva se abandona á la santificación de un goce sensual; María renuncia á todos los placeres; Eva, queriendo ser igual á Dios, desobedece á Dios; María se proclama la sierva de Dios en el instante mismo en que comienza á ser madre de Dios. Por esto sólo concibe Eva el pecado y la muerte, mientras que María concibe la santidad y la vida. Eva hubiera trasmitido á la posteridad los dones que recibió sólo con hacerlos fructificar; pero se olvidó de que tenía la misión de conservarlos y perdió á su posteridad. María vino al mundo para borrar la falta de Eva, y fiel á su misión reparadora rescata al género humano.

¡Oh madre de Dios, bendita seas por los siglos y especialmente por el actual.—(*Monseñor Pavy, Obispo de Argel. Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLATICA IX

EL CULTO DE MARÍA ES LA ESPERANZA DE LOS JUSTOS.

Después de la necesidad de amar, otra existe en nosotros muy imperiosa en medio del vacío, de las fatigas y desengaños de la vida; me refiero á la de creer y esperar en una vida mejor. No podemos dudar nosotros de este porvenir, porque tenemos fe. Mas ¿quién nos asegura que alcanzaremos un porvenir dichoso? El apóstol San Pablo dice en su carta á Timotheo que la esperemos por Jesucristo. No se engaña el apóstol. El que ha venido directamente al mundo para salvarnos, que nos ha abierto con su sangre las puertas del arrepentimiento y el cielo con su testamento, es indudablemente el fondo de nuestra esperanza. Pero ¿por qué la Iglesia, la infalible Iglesia coloca en los cánticos de la Virgen estas palabras con que tan á menudo la saludamos: Dulzura y esperanza

nuestra? La Iglesia recuerda sin duda, dice un santo Padre, que si hemos tenido un Redentor, María fué quien nos lo trajo y por ella descendió á la tierra. Si contamos con un sacerdote que ofrece al cielo el sacrificio propiciatorio, el cuerpo de la Virgen es donde se reviste de las ropas pontificales para agradar dignamente á Dios. Si contamos con una víctima de reconciliación capaz de aplacar la cólera de nuestro Criador ultrajado, ¿quién es ella sino la dulce oveja madre del divino Cordero? Si el llanto de dolor y tristeza de nuestros primeros padres se convirtió en cánticos de alegría, y á la ley de temor y venganza siguió la ley de gracia y misericordia; si la vida sucedió á la muerte, ¿á quién se lo debemos sino á la que es la alegría del mundo y el árbol de la vida plantado en medio de la Iglesia? Si se disiparon las tinieblas del antiguo error al brillo de la civilización cristiana, es porque la obra de María, fuente de la luz celestial, ilumina á todo el que viene al mundo. María fué quien nos abrió la puerta del cielo cerrada desde la caída; por ella se nos ha llamado de nuestro destierro y se envainó la espada de fuego que nos impedía la entrada en el Paraíso. Por ella se realizaron las esperanzas de los profetas y se cumplieron sus predicciones; por ella, en fin, conseguiremos el goce de unos bienes sin fin. En el concilio de Efeso afirmó San Cirilo esta doctrina con unánime aplauso de todos los obispos.

«Dios te salve, oh virgen santa, exclamó; por vos se glorifica y adora en toda la tierra á la Santísima Trinidad, por vos están los cielos llenos de alegría y colmados de regocijo los espíritus bienaventurados. Por vos fué arrojado Satanás á los infiernos y entró el hombre en una condición mejor de la que tenía antes de la caída. La idolatría ha sido desterrada, los hombres llegaron al conocimiento del verdadero Dios, el bautismo se confirió á los hijos de salud. Por vos se han levantado en todas partes

templos, y todas las naciones del universo, son llamadas á la penitencia.»

Atrevidas son estas frases y más de un fariseo de la nueva ley se escandalizará de ellas. Pero su asombro llegará á mayor altura cuando oiga lo que hablando de María dice San Bernardo; que la llama *causa de nuestra esperanza*, y prueba su dicho, y en una de sus pruebas dice: «Si María ruega por nosotros, el Hijo no podrá desoir á su Madre, ni el Padre podrá desoir á su Hijo.»

Ved aquí por qué es María nuestra esperanza. El mismo lenguaje han adoptado los hombres entre sí. Más de una vez hemos oído decir á un cliente, hablando del abogado que defiende su causa, que es su esperanza. ¿Y podremos comparar la influencia que puede ejercer un abogado con un juez, con la que ejerce María con su Hijo? Tan poderosa es, que parece habérsele dado el gobierno de todo el mundo. Recorred los vastos mares y los altos montes del antiguo y del nuevo mundo, y en los grandes centros de población, así como en los solitarios desiertos, hallaréis vestigios del amor con que vela la Madre del Redentor por los hombres. Ella es quien les ha salvado en una parte contra las inundaciones, en otras contra el incendio. Ora les ha hecho salir de la nieve que les cubría de entre las olas del mar bravío que les sepultaba, ora les ha librado de las enfermedades que les tenía sumergidos en el lecho del dolor. En una palabra, no hay situación ninguna en la que no haya intervenido la mano poderosa de la reina del cielo.»

Hemos hecho referencia á los milagros obrados en la naturaleza. Para penetrar en el orden más elevado de la gracia y llegar de lleno á nuestro asunto, permitidme que os lea una de las páginas escritas por uno de los más sólidos panegiristas de María:

Nadie puede, dice Monseñor Pavy, creerse con derecho á salvarse; nadie puede apoyarse en sus pasadas virtudes para asegurar su virtud futura ó presente. Pero cuando *el justo* os ha servido, oh Madre de la gracia, ¿podríais abandonarlo cuando desea serviros siempre, y en vez de envanecerse por los honores que ha tributado se humilla delante de Dios y de vos misma manifestando la desconfianza que en sí mismo tiene, y cuando confía, no en la presunción de su virtud, sino en vos para no perderse en la eternidad? ¿Hubiera repetido inútilmente tantas veces: ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte, para verse abandonado en esta hora suprema sobre aquella en que se apoya su porvenir inmortal? Los ministros del Dios de las misericordias hemos visto y asistido, y seguimos asistiendo en los momentos en que la vida les abandona, á los siervos y siervas de María, y os decimos en alta voz «que su esperanza se manifiesta llena de inmortalidad.» La calma y tranquilidad con que mueren es como la calma de un día de primavera. No parece sino que para ellos escribió la Iglesia estas palabras: «María, madre clementísima, protéjeme contra el enemigo y recíbeme á la hora de la muerte.»

Voy á relataros una piadosa leyenda de la Edad Media, y sin que os dejéis preocupar por la realidad del hecho á que se refiere, no olvidéis su sentido moral; y vosotros, padres y madres de familia, contad la historieta á vuestros pequeñuelos, no como una verdad, sino como una alegoría de esperanza:

«Cerca de las orillas del Rhin vivía en una miserable cabaña una penitente. Su celda no tenía más que una ventanilla que daba á un sendero y que era donde le colocaban todos los días su comida, y una puerta que daba á un cementerio. Una noche en que dormía tranquila, la despertó una luz brillantísima que inundó repentinamente su miserable estancia. Levantóse precipitadamente temiendo un incendio y se asomó á la ventana para pedir socorro. Pero comprendió su error, y dirigién-

dose á la puerta del cementerio, vió junto á una tumba recientemente cerrada una mujer vestida de blanco con una corona con doce estrellas que brillaban con un brillo deslumbrador.—¿Quién sois, señora? preguntó temblando la pobre penitente.—Y la mujer vestida de blanco le contestó:—Soy *María*.—¡Oh madre mía, María llena de gracia. Dios te salve! exclamó la piadosa penitente. ¿Podrá preguntaros vuestra humilde sierva cómo os halláis á tales horas entre los muertos?—Sí, hija mía; esta tumba que ayer se abrió, contiene los obsequios que depositaron en ella con sus lágrimas, las compañeras suyas que vinieron á enterrarla. Se llamaba María, como yo, y me amaba con todo su corazón, y cuando la llamó la muerte me ha invocado hasta el último momento. Su piedad y su inocencia me movieron hasta el grado de pedir á mi Hijo que me permitiese venir á recoger su alma, y me lo ha concedido.» Al acabar de pronunciar estas palabras la mujer vestida de blanco y coronada de estrellas, se inclinó sobre la tumba, separó con la mano derecha un polvo de tierra y apareció una paloma blanca como la nieve, que posándose suavemente sobre el blanco ropaje de la Virgen, voló con ella al cielo. Arrodillada la penitente y llena de un santo respeto contempló á su divina Madre, diciéndola con amoroso transporte: Oh Madre mía, venid también á la hora de mi muerte por mi alma. Quiera Dios, hermanos míos concederos la misma gracia como yo se lo pido.—Así sea.

VISITACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

DÍA DIEZ

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Quæ est ista quæ ascendit per desertum, sicut virgula fumi ex aromatibus myrrhæ et thuris, et universi pulveris pigmentarii?

Cant., III, 6.

Quam pulchri sunt gressus tui, filia principis!

Cant., VII, 1.

Quam pulchri super montes pedes annuntiantis bonum.

Isa., LII, 7.

Arca fœderis Domini veniat in medium nostri ut salvet nos!

I. Reg , III, 3.

Ecce dilectus meus venit, saliens in montibus, transiliens colles: en iste stat post parietem nostrum.

Cant., II, 8.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dose á la puerta del cementerio, vió junto á una tumba recientemente cerrada una mujer vestida de blanco con una corona con doce estrellas que brillaban con un brillo deslumbrador.—¿Quién sois, señora? preguntó temblando la pobre penitente.—Y la mujer vestida de blanco le contestó:—Soy *María*.—¡Oh madre mía, María llena de gracia. Dios te salve! exclamó la piadosa penitente. ¿Podrá preguntaros vuestra humilde sierva cómo os halláis á tales horas entre los muertos?—Sí, hija mía; esta tumba que ayer se abrió, contiene los obsequios que depositaron en ella con sus lágrimas, las compañeras suyas que vinieron á enterrarla. Se llamaba María, como yo, y me amaba con todo su corazón, y cuando la llamó la muerte me ha invocado hasta el último momento. Su piedad y su inocencia me movieron hasta el grado de pedir á mi Hijo que me permitiese venir á recoger su alma, y me lo ha concedido.» Al acabar de pronunciar estas palabras la mujer vestida de blanco y coronada de estrellas, se inclinó sobre la tumba, separó con la mano derecha un polvo de tierra y apareció una paloma blanca como la nieve, que posándose suavemente sobre el blanco ropaje de la Virgen, voló con ella al cielo. Arrodillada la penitente y llena de un santo respeto contempló á su divina Madre, diciéndola con amoroso transporte: Oh Madre mía, venid también á la hora de mi muerte por mi alma. Quiera Dios, hermanos míos concederos la misma gracia como yo se lo pido.—Así sea.

VISITACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

DÍA DIEZ

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Quæ est ista quæ ascendit per desertum, sicut virgula fumi ex aromatibus myrrhæ et thuris, et universi pulveris pigmentarii?

Cant., III, 6.

Quam pulchri sunt gressus tui, filia principis!

Cant., VII, 1.

Quam pulchri super montes pedes annuntiantis bonum.

Isa., LII, 7.

Arca fœderis Domini veniat in medium nostri ut salvet nos!

I. Reg , III, 3.

Ecce dilectus meus venit, saliens in montibus, transiliens colles: en iste stat post parietem nostrum.

Cant., II, 8.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ponam visitationem tuam, pacem, dicit Dominus; et occupabit salus muros tuos.

Isa., LX, 17-18.

Effundam Spiritum meum super semen tuum, et benedictionem meam super stirpem tuam.

Isa , XLIV, 3.

Hodie salus Domini huic domui facta est; venit enim filius hominis quærere et salvum facere quod perierat.

Luc., XIX, 6.

En dilectus loquitur mihi: Surge, propera, amica mea.

Cant., II, 10.

Benedixit Dominus domui huic et omnibus quæ habebat.

I. Paralip , XIII, 14.

Venit mihi gaudium a Santo, super misericordia quæ veniet ab æterno salutari nostro.

Baruch , IV, 22.

Ecce Deus salvator meus, et factus est mihi in salutem.

Isa., XII, 2.

Quid est homo, Domine, quod memor est ejus, aut filius hominis, quoniam visitas eum?

Psal., VIII, 5.

Venite, audite, et narrabo, omnes qui timetis Deum, quanta fecit animæ meæ.

Psal., LXV, 16.

Habitavit arca Domini in domo Obededom tribus mensibus, et benedixit Dominus omnem domum ejus propter illam.

II. Reg., VI, 11.

Laudabo nomen Dei cum cantico, et magnificabo eum in Laude.

Psal., LXVIII, 31.

Viderunt eam, et beatissimam prædicaverunt, et laudaverunt eam.

Cant., VI, 8.

Aperite portas quoniam nobiscum est Deus, qui fecit virtutem in Israël, et in me ancilla sua adimplevit misericordiam suam quam promisit domui Israël, et interfecit in manu mea hostem populi sui.

Judith, XIII, 13-18.

Exsurgens autem Maria in diebus illis abiit in montana cum festinatione in civitatem Juda, et intravit in domum Zachariæ, et salutavit Elisabeth et factum est, ut audivit salutationem Mariæ Elisabeth, exultavit infans in utero ejus, et repleta est Spiritu Sancto Elisabeth, et exclamavit voce magna, et dixit: Benedicta tu in mulieres et benedictus fructus ventris tui; et unde hoc mihi, ut veniat mater Domini mei ad me? Ecce enim ut facta est vox salutationis tuæ in auribus meis, exultavit in gaudio infans in utero meo et beata quæ credidisti, quoniam perficienter ea qua dicta sunt tibi a Domino: et ait Maria Magnificat anima mea Dominum.

Luc., I, 39-46.

Mansit autem Maria cum illa cuasi mensibus tribus, et reversa est in domum suam.

Ibid., 56.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. María, después de haber oído todas estas cosas, se apresuró á dirigirse á las montañas de la Judea. No porque no diese entera fe al oráculo divino, ni porque dudase del mensaje del ángel, ni mucho menos porque titubease en creer lo que le había dicho de su parienta: sino que satisfecha de haber cumplido los votos que por su prima había hecho, y llevada por el amor que le tenía se apresuró á ir á su encuentro para manifestarla el gozo que inundaba su alma. La que estaba próxima á ser madre de Dios no podía dejar de seguir este camino, que es el que inspira la gracia divina. (*San Ambros. in Luc. I. II*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II. Acabáis de ser testigos, ¡oh virgenes! del pudor de María; contemplad ahora su humildad. La que está más lejos es la que se pone en camino; la más joven va en busca de la de edad más avanzada, y no sólo es la que emprende el viaje, sino que es la primera que saluda. La humildad de una virgen debe caminar en proporción con su castidad; no ha de ser la una menor que la otra; este conjunto es una prueba de grande amor, pero es á un mismo tiempo una grande enseñanza, pues nos da el ejemplo de una persona superior que va en busca de otra que le es inferior, para prestarle un gran servicio. María va en busca de Isabel, así como Jesucristo va en busca de San Juan. (*Id. Ibid.*)

III. Tan pronto como se dejó oir vuestra voz para saludarme, el hijo que llevo en mis entrañas se estremeció de gozo; y ensalza la fe de la que creyó y dice: «Dichosa vos que no habéis dudado, porque todo lo que se os ha dicho de parte del Señor se cumplirá.» Halagadoras son estas alabanzas, pero la humildad sincera, que nada conserva para sí, hace recaer estas felicitaciones sobre aquel que es el verdadero principio de los bienes que acaban de ensalzarse. Vos exaltáis á la Madre de Dios, dice María, pero mi alma glorifica al Señor. Me decís que al oir mi voz se ha estremecido de gozo el hijo que lleváis en vuestro seno, y mi espíritu se ha regocijado en Dios mi Salvador, como el amigo del esposo es feliz escuchando la voz del esposo. Llamáis dichosa á la que ha creido, y la causa de mi fe y de mi dicha se halla en la bondad divina que ha permitido que desde hoy me llamen bienaventurada todas las generaciones, porque el Señor se ha dignado echar una mirada de bondad sobre su sierva. (*S. Bernard. I. 12. de Prærogat. B. M. V.*)

IV. Bendita eres entre todas las mujeres; sí, verdaderamente bendita, porque el Señor te ha consagrado como el santuario en que debía habitar. Vos sois la que por el

privilegio admirable de la maternidad divina, lleváis en vuestras entrañas de un modo maravilloso al que es á un tiempo hombre perfecto y Dios perfecto. (*S. Andrés de Creta, orat in salut. angelic.*)

V. Al llegar María se estremeció el hijo de Isabel, porque oyó hablar al Verbo de Dios por boca de María y en el seno mismo de su madre hacía esfuerzos por ir al encuentro de su Dios. (*Hieron. Epist. ad Letan.*)

VI. No sin motivo se ha dicho que Juan se estremeció en el seno de su madre, porque le fué concedido que conociese la causa de su nacimiento antes de abrir los ojos á la luz, y sintiese antes de nacer. (*S. P. Chrysolog. serm. 97*).

VII. Juan sintió antes de nacer un estremecimiento profético, como si quisiese preludiar desde el seno de su madre el grito que saldrá más tarde de su boca. «He aquí al Cordero de Dios.» (*S. Leo. Serm. 4. in Epiphan.*)

VIII. No ha nacido todavía y habla ya por medio de estremecimientos; todavía no se han abierto sus ojos á la luz, y quiere comenzar ya su misión de precursor. (*S. P. Chrysolog. serm. 27*).

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

En este misterio, Isabel se anonada y humilla. «¿De dónde me viene esta dicha, exclama? Pero este hecho es más extraordinario. Juan no ha nacido aún y sin embargo se estremece al acercarse al Salvador. María poseída por el Espíritu del Señor, entona su divino cántico: «Glorifica mi alma al Señor.»

En medio de tantas maravillas y de tantos milagros, sólo Jesús deja de obrar; sólo Él permanece en silencio, y sin embargo Él es el alma de este misterio. En esto es

en lo que se realiza esta palabra del profeta: *Vere tu es Deus absconditus.* ¡Cuánto dice el maravilloso reposo de Jesús! El gran misterio del cristianismo consiste en comprender la secreta operación de Dios en las almas. Dios descendió del cielo á la tierra para comunicarse con los hombres, ya haciéndoles participar de sus misterios, ya dándose á ellos por medio de la comunión..... pero en la soledad es donde más siente el alma que está cerca de Él. ¿Qué debe hacer un alma á quien se aproxima Dios por la gracia y por frecuentes visitas que le hace? Llevar en sus visitas estas tres disposiciones:

1ª Disposición de humildad y anonadamiento, y decir desde el fondo del corazón estas admirables palabras de Isabel: «¿De dónde me viene esta dicha. *Unde hoc nihi?*»

2ª Disposición de trasporte divino y de estremecimiento como Juan: *Exultavit.*

3ª Disposición de paz, de calma, de reconocimiento como María: *Magnificat anima mea Dominum.*

Para arrancar á María de su dulce soledad y hacerla encaminar sus pasos á las montañas de Judea, debía existir un motivo muy poderoso; este motivo era la caridad.

I. María se llamó sierva del Señor, pero quiso hacer todavía algo más, pues quiso convertirse en sierva de una pobre criatura.

II. No se contentó con servir á la madre, pues sabe que lleva en su seno al que debe santificar al mundo entero. La visita para que su hijo sea santificado también antes de nacer.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. Cuando la Virgen bendita hubo comprendido por las palabras que pronunció Isabel, que el misterio que encerraba en su seno había sido revelado, trasportada de alegría, llena del Espíritu de Dios y abrasada de amor, entonó el más suave y delicioso cántico al Señor; se sintió impulsada á cantar, ella que raras veces interrumpía el silencio, porque la inspiraba el Espíritu de Dios. ¡Dichosos los oidos que oyeron el alegre canto que salió de su voca virginal! No han oído otro igual los humanos oídos desde el principio del mundo; no sin razón se le designa con el nombre de cántico por excelencia, de cántico de los cánticos, porque es superior á todos por la majestad de su autor, por la dignidad de su objeto y por su magnífico estilo. La Escritura menciona los cánticos de algunas mujeres célebres: Débora cantó su victoria sobre Sisara; Judith su triunfo sobre Holofernes; la hermana de Moisés la muerte de Faraón, sepultado con su ejército en el Mar Rojo. Tambien cantó Ana sus alabanzas á Dios por el nacimiento de su hijo Samuel. Pero ¿qué valen esas inspiraciones al lado del entusiasmo divino de nuestra gran profetisa? No canta la victoria de grandes conquistadores; otros motivos más elevados inspiran sus acentos. Celebra grandes misterios y revela grandes bienes. Canta al Criador que reposa en su seno, al Verbo que se ha hecho carne, las entrañas misericordiosas de la bondad divina; canta á los grandes humillados y ensalzados á los humildes; canta el poder del amor, la salvación del mundo, la derrota del demonio y la destrucción del pecado.

Su admirable estilo corresponde á la altura del misterio; es suave, breve, delicado, límpido, abundante, armonioso, gracioso y amable, y está lleno de unción y piedad. Nunca habló de esta manera mujer alguna; jamás entonó virgen alguna tan melodioso canto. Callad, oh Musas de todos los siglos; y callad vosotras también, Musas del paganismo. El harpa real hace oir sus melodiosos acordes; la Madre de Dios es quien canta: "Glorifica mi alma al Señor."—(*Santo Tomás de Villanueva, sermones*).

II. Imitad vosotras, ¡oh vírgenes cristianas! á la gloriosa virgen, y trepad como ella á las colinas y montañas de la virtud. Id á la cuna de la perfección, y frauquead los escarpados caminos de la institución evangélica. Ese es el término de vuestra vocación cristiana. Penoso y elevado es el camino de la virtud; difícil es cruzar los breñales que nos llevan á la vida de la perfección, y conozco todos los rigores de la penitencia. Valor se necesita, sí, para subir á la cumbre de la perfección; ninguna alma cobarde llegará á ella, y todo corazón voluptuoso resbalará al comenzar el camino.—(*Id. ibid.*)

III. La gracia de la vocación está figurada en la iluminación repentina que recibió el Santo Precursor en las entrañas de su madre. Si meditáis sobre este milagro, descubriréis en él la imagen de los pecadores á quien llama Dios á la gracia. Oculto está Juan en la oscuridad de las entrañas maternales. ¿Dónde estáis vosotros, oh pecadores? Juan no puede ver ni oir. ¡Qué sordera y qué ceguedad igualan á la vuestra, cuando inútilmente clama el cielo contra vosotros con tan terribles amenazas, y cuando no os ilumina la verdad que brilla de una manera tan manifiesta en el Evangelio? Jesús va en busca de Juan sin que éste se lo figure; le previene, habla á su corazón, le despierta y se atrae ese corazón antes dormido é insensible. ¿Pensábais vosotros en Dios cuando os movió por un toque secreto de su espíritu? ¿Qué luz fué la que os alumbró repentinamente en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL

medio de las tinieblas en que estábais sepultados? ¿Qué secreto instinto movió vuestros corazones? Vosotros no le buscábais, más Él os llamaba á la penitencia. Él es quien os inspira vuestra secreta displicencia, esa oculta tristeza que os hace desear la tranquilidad y os conduce á la penitencia. Huíais vosotros, más Él supo buscaros. Si os muestra en el estremecimiento de San Juan la imagen de los pecadores prevenidos, nos enseña también que María toma parte con Él en esta grande obra. Si Juan Bautista de este modo prevenido se esfuerza por salir de la prisión que le encierra, es porque le excita la voz de María: Apenas ha sonado tu voz en mi oido, he sentido que mi hijo se ha estremecido de gozo en mi seno. —"María, dice San Ambrosio, es la que ha elevado á Juan Bautista sobre la naturaleza. Conmovido este niño por su voz, sintió el espíritu de la piedad antes de respirar el aire." Y según el mismo San Ambrosio: "La gracia de que estaba llena, era tan grande, que no solo conservaba en ella el don de la virginidad, sino que ella confería á las que visitaba esta señal de inocencia. Su voz fué la que hizo estremecer al hijo en las entrañas de su madre, y le hizo obedecer antes de ser engendrado. No es, pues, de admirar que conservase pura su integridad, puesto que la madre del Salvador le ungió durante tres meses con el óleo de su presencia y el perfume de su pureza.—(*Bossuet, sermón sobre la devoción á la Santísima Virgen*).

IV. "¡De dónde me viene la honra de ser visitada por la madre de mi Dios?" ¿No hablan bastante estas palabras por sí solas? ¿No demuestran con bastante claridad el profundo respeto que tenía Isabel á María, el honor que le tributa y el culto que le consagra? Es como si le dijera: "Yo soy miserable y tú eres bienaventurada; yo soy pobre y llena eres tú de gracia; por mi larga esterilidad me veo despreciada de mi patria; y tú vas á ser glorificada por todos los pueblos y por todas las generaciones. Mi Señor y dueño de todos los hombres ha fijado en tí su morada y te ha escogido para madre suya. Yo tengo sobre tí las prerrogativas que dan los años; pero la elección divina, la gracia del Espíritu Santo y tus méritos infinitos te elevan sobre mí de tal manera, que no soy digna siquiera de besar las huellas de tus plantas.—(*B. Canisius, De Virg. María I. IV. cap. III*).

V. Con la anuencia de José, cuya alma sencilla y elevada estaba en armonía con la suya, y que no tenía para ella más que un corazón y una voluntad, María partió de Nazareth en la estación de las rosas y se dirigió á las montañas de la Judea, donde vivía Zacarías. La Escritura, que olvida los detalles y refiere los acontecimientos para presentar los hechos, no dice si la Virgen fué acompañada durante este viaje; de esto han inferido algunos autores que lo hizo sola, lo que es contra toda verosimilitud. En efecto, la distancia de Nazareth á la ciudad de Ain, es de cinco días de camino; siendo preciso atravesar una parte de la Galilea, la hostil Samaria, y casi todas las tierras de Judá. Además, el país está erizado de montañas, cortado por torrentes é intermediado de desiertos. Los caminos que después repararon los romanos, hundidos entonces por las fuertes pisadas de los camellos, y cubiertos de piedras resbaladizas, amenazaban á cada paso al viajero con una caída terrible. Cuando la noche se acercaba era indispensable dormir en algún parador de caravanas, en que no se encontraba sino un pequeño recinto desprovisto de víveres y amueblado con una simple esterilla de juncos, porque la hostilidad primitiva había marcado con sucesivos decrecimientos las diferentes fases de la civilización, entonces adelantada entre los hebreos. En semejantes circunstancias ¿es presumible que un hombre de bastante edad y experiencia como José hubiese expuesto por gusto únicamente á una joven bella, delicada, educada lejos del mundo y sencilla como la inocencia misma, á los peligros de todo género y á las incomodidades de toda clase que ofrecía este viaje solitario? Semejante pretensión está en contradicción con la historia del pueblo de Dios y con las costumbres del Asia; pues nunca una mujer judía se hubiera atrevido, sin una custodia respetable, á alejarse de su casa á semejante distancia.—(*Orsini, La Virgen*).

VI. ¡Qué admirable espectáculo el de esas dos mujeres, y, en esas dos mujeres, el de esos dos infantes en esa visita por otra parte tan sencilla, tan ignorada, tan oculta de María á Isabel! Dios quiso que fuese un niño quien manifestase al mundo á Dios niño, y una mujer la primera que conociese también y manifestase al mundo la madre de Dios. ¡Un niño y una mujer! Lo que hay de más débil y humilde, pero también más conforme al estado que él mismo quiso aparecer, para hacer brillar mejor á un mismo tiempo su descendencia y su grandeza. Y ¡qué maravilla nos descubre el encuentro de estos niños en el seno de estas madres! El uno en el vientre de una madre anciana y estéril; imagen de la ley antigua que no producía la gracia, sino que la prometía y esperaba: el otro, en el seno de una madre joven y virgen, pero fecunda; imagen de la Ley nueva fecunda en santidad, y llena de toda la abundancia de las gracias. Las dos madres de estos dos niños se juntan de cerca en este misterio, y la más joven viene á ver á la más anciana, porque la verdad sobreviene á la figura, el don viene á realizar la promesa, y las riquezas del segundo Adán se derraman sobre todas las miserias del primero. Y ¡cómo su conducta es ajustada á la grandeza de su situación! ¡qué afectos! ¡qué lenguaje! ¡qué humildad! ¡qué majestad!—(*Nicolás, la Virgen según el Evangelio, cap. X, p. 3*).

VII. ¡Qué cuadro tan sencillo á la par que sublime! En las montañas de Judea caminan dos pobres mujeres desconocidas de todo el mundo, una de las cuales ha ido con muchos trabajos á visitar á la otra, que es su parienta, y que por estar próxima á su alumbramiento necesita de cuidados más inmediatos. ¿Hay algo más sencillo que una visita hecha con tal motivo? ¿Vale esto la pena de que el Evangelio que según el Apóstol San Juan ha omitido tantas acciones y discursos de Jesús, se detenga en ello?

Pero téngase en cuenta que estas dos mujeres, felices con la prenda de maternidad que llevan en su seno, cuando una de ellas había sido estéril y la otra era virgen, sabían por la revelación de un ángel que darían á luz, la una al precursor del Mesías, y la otra al mismo Mesías; y además del motivo de caridad ordinaria que llevaba á María á la casa de su pri-

ma Isabel, la llevaba la santificación de su hijo. Esta es la razón que dió el concilio al instituir la fiesta de la visitación. Como quiera que sea, brotan de este asunto tres consideraciones importantes.

Tan luego como hubo franqueado María el dintel de la casa de Isabel, ésta sintió que se estremecía el hijo que llevaba en sus entrañas, y ella misma, presa de una alegría que sólo puede explicar una inspiración del cielo, exclamó abrazando á María: "¿De dónde me viene la dicha de que la madre de mi Salvador venga hacia mí?" Apenas ha sonado tu voz en mi oído, he sentido que mi hijo se ha estremecido de gozo en mi seno. Eres bienaventurada por haber creído, porque se cumplirá lo que te ha sido dicho de parte del Señor.—(*San Lúcas, 1, 43, 45*).

¿Hay algo más admirable que el principio de esta entrevista? Nada tiene de vulgar ni de humano. Ninguna rivalidad hay entre estas dos mujeres privilegiadas: y aunque Isabel está en una posición más elevada por su edad y por su matrimonio, y aunque se ha obrado en ella un milagro, se baja y humilla ante su jovén parienta, cuya visita recibe como un favor celeste. Isabel se glorifica en su fe y es la primera que proclama la maternidad divina. Oyelo tú, impío Nestorio. "¿De dónde me viene la dicha de que me visite la Madre de mi Salvador?" Conoce Isabel toda la distancia que separa á la madre de Dios, de la madre del profeta. ¡Cuánto aumenta nuestra fe el testimonio anticipado de la parienta de la Virgen y cuán elocuente y conmovedora es la lección de humildad que nos da!

Otra maravilla obra la gracia que penetra hasta el hijo de Isabel, abre su inteligencia y hace estremecer de gozo su corazón. No parece sino que tan pronto como siente la presencia de Jesús, hace un esfuerzo por romper los lazos que le aprisionan en el seno de Isabel, para ir á Jesús como un amoroso servidor y lanzarse al mundo como un celoso precursor. Esta impaciencia de Juan inculpa la cobardía y lentitud con que respondemos al llamamiento de la gracia. Esta es la segunda maravilla que se obró en esta entrevista.

Véamos cuál fué la tercera.

María va á contestar á su prima. ¿Será su respuesta una manifestación del orgullo satisfecho ó un cambio trivial de frases y felicitaciones? Callen todos y oigan todos. Hablad, María, y reveladnos los secretos de vuestro corazón. ¡Oh cántico sublime! Nada han producido ni la fe ni la poesía que pueda compararse con la *Magnífica*. "Glorifica mi alma al Señor, y mi espíritu se llena de gozo en Dios mi Salvador.

Porque ha puesto la mira en la humilde sierva suya; y ved aquí el motivo porque me tendrán por dichosa y feliz todas las generaciones. Pues ha hecho en mí cosas grandes y maravillosas el que es Todo-Poderoso, y su nombre infinitamente Santo. Su misericordia se extiende de generación en generación sobre todos cuantos le temen."

El primer motivo del éxtasis de María es la gloria que comunica á los humildes, y la confusión que produce en los soberbios. La luz profética le deja entrever como ya realizados los grandes acontecimientos que siguen á la venida del Redentor. "Extendió el brazo de su poder y disipó el orgullo de los soberbios trastornando sus designios. Desposeyó á los poderosos y elevó á los humildes. A los necesitados llenó de bienes y á los ricos los dejó sin cosa alguna."

¿No oís el ruido de los imperios mundanos que se desgajan? ¿No véis cómo se coloca la silla de San Pedro en el lugar mismo del trono de los Césares? La sabiduría profana que tenía cautivos los tesoros de la verdadera ciencia, se ha desvanecido ya. Hambrientos desde hacía muchos años y nunca nutridos con las verdades y los consuelos religiosos, recibían los pueblos con profusión el pan de la doctrina y bebían libremente en la copa de la salud, mientras que los pretendidos sabios se movían en el vacío y se secaban sus almas que desdeñaban el alimento divino. Pero la palabra de María se extiende más allá y abarca hasta el fin de los siglos.

Querrá el mundo levantar nuevamente los tronos del orgullo: procurará una vana filosofía seducir las inteligencias y armarlas contra Dios. Los reyes mismos, olvidándose de que son hijos de la Iglesia, procurarán dominarla y aherrojarla. Sus esfuerzos serán tan inútiles como culpables. Los pueblos resistirán y la Iglesia vencerá un día, y será el último de los días; todos esos que han subido á las alturas de la presunción bajarán á los infiernos, y la virtud modesta subirá á los cielos. ¿No os admira la sublime audacia de esta profecía, hecha á tales horas por labios tan modestos y en una simple entrevista? Jamás ha sido oráculo alguno tan admirable ni tan preciso. ¿Quién hubiera podido creer que una mujer del pueblo llevaba en sus entrañas la causa de revoluciones tan considerables como las que anunciaba en términos tan magníficos? Dios se complace en confundir nuestros pensamientos vanos. Si un sacerdote lleno del espíritu de las Santas Escrituras, hubiese hecho oir estas palabras y las hubiese pronunciado con la certidumbre que da la inspiración, el mundo las hubiera admirado; pero plúgole al Señor humillar el orgullo de los sabios con la sabiduría de los humildes, y una sencilla proletaria de diez y seis años fué la que predijo los admirables sucesos que no tardaron en realizarse.

Esta es la segunda causa del gozo de María. Ha llegado el momento en que la predicción se cumplirá, y ella lleva en su seno la prenda que nos lo asegura. Ya no debemos desear más ni esperar más. Dejad ya de dirigir vuestros ojos al cielo, los que deseáis la venida del Mesías y esperáis que descienda como un rocío celeste. Inclinaos ante María, que es la que lleva consigo las esperanzas del mundo. Ella es la que ofrece á la tierra el Redentor que encierra en sus entrañas. Le trae no sólo para llenar durante la vida de un hombre el destino de un hombre, sino para cubrir con su inmensidad la inmensidad de las edades: "porque Dios recibió á Israel su siervo acordándose de su misericordia." (*Luc. I. 54*). ¡Cuánta gratitud debemos á Dios! ¡Cuán grandes son la justicia y la bondad divinas! Ha subido nunca tan alto la palabra del hombre? (*Monseñor Pavy, Obispo de Argel, Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLATICA X

EL CULTO DE MARÍA ES LA ESPERANZA DE LOS PECADORES

Nadie tiene el derecho de salvarse y los pecadores menos que la generalidad de los mortales. No lo olvidéis, hermanos míos, y no déis una falsa interpretación á los pensamientos que nos proponemos desarrollar ahora. Cuando dijimos ayer que los justos, generalmente fieles á la ley religiosa y al culto de María, no deben confiar en que serán oídos á pesar de haber invocado sin cesar su auxilio, me pareció que estábais convencidos. Mucho deseo que os convenza igualmente lo que aun me falta deciros. Monseñor Pavy, que ha tratado este asunto con mano maestra, y un hecho que acaba de tener lugar, nos servirán de apoyo. Creo que no habréis echado en olvido el aviso que da el Evangelio á los que confían presumidamente en las oraciones que rezan sin cuidarse de enmendarse y practicar buenas obras: «No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre.» (*Math., II-21*).

Tampoco será el que exclame: Madre mía, tened piedad de mí, el que se salve más que los otros, si no se corrije. Fundamos nuestra opinión en el simple buen sentido que nos dice que la primera señal de nuestro amor que debemos dar á María, ha de ser el imitar sus virtudes. Imitar á otro es darle una gran prueba de amor. La Iglesia, empero, coloca en nuestros labios esta oración admirable: María, refugio de pecadores, ruega por nosotros. A los sacerdotes les encarga que no se dejen llevar de la cólera contra los endurecidos, y que no les abandonen

hasta el último momento, para que procuren arrancar de su pecho un grito en favor de María, prometiéndoles, en caso de necesidad, su salvación. ¿Será esto una simple fórmula consoladora y exagerada, y un remedio que aplica sin creer en su eficacia? No quiera Dios que así lleguemos á creerlo.

«La devoción á María, dice Monseñor Pavy, no es perfecta sino cuando es un vivo reflejo de su fe, de su humildad, de su pureza angelical, de su unión con Dios, de su caridad, de su dulzura y de su resignación; y no por ser imperfecta, dejará de ser esta devoción verdadera y sincera. Es un germen de bendición que cultivado produce tarde ó temprano frutos de penitencia. El mundo, tan inconsecuente como injusto, acusa á los devotos de María de hipócritas, cuando ve que tienen pasiones como los demás. Para ellos la debilidad es hipocresía, como si no se pudiese ser débil orando al mismo tiempo con fe y rogando con amor á la reina de los fuertes!

No hay duda que debemos atacar la presunción de los que creen que están facultados para pecar con tal que se cobijen bajo la sombra de María, y salvar así su alma de la pena eterna. Pero de esto á tratar de criminales á los que rezan á la *Esperanza de los desesperados*, reprobar su conducta y aconsejarles que se abstengan de dirigir sus oraciones á la que deshonran con sus acciones, hay una diferencia muy grande. Hablar así es torcer la verdad y cerrar las puertas á la gracia que puede acudir en auxilio de una alma que la ha perdido. Esto equivale á desesperar al débil, siendo así que la intención de la Iglesia es apoyar el arrepentimiento en la misericordia. ¡Cuántos pródigos que han pasado largos años en el descarrío; cuántos pecadores que han admirado con su arrepentimiento tardío, pero sincero, han debido este favor extremo á la costumbre que tenían de rezar á María aun en medio del desarreglo de su vida! Tened, pues, confianza

los que desesperáis. Mientras continuéis honrando á María, no se ha perdido todo. Aun próximos á exhalar el último suspiro, podréis con una sola mirada á la reina de los cielos, con una exclamación de arrepentimiento, con llevar á vuestros labios un escapulario, salvaros para siempre. Voy á citaros el ejemplo de uno de esos favores extremos:

«En una población que no es necesario citar, vivía un hombre cuya inmoralidad le hacía digno de ser designado con el nombre de lepra de la parroquia, porque era la piedra de escándalo de todos los vecinos, la desolación de los pastores y el terror de las familias. Su fama era proverbial. Sus excesos le postraron al fin en la cama y el médico declaró que su enfermedad era mortal. El señor cura procuró acercársele, pero fueron inútiles sus esfuerzos, porque el enfermo rechazaba sus visitas. Tomó más incremento la enfermedad y el cura insistió de nuevo, pero el enfermo acabó por suplicarle que no siguiera importunándole. «Salí de la casa desconsolado, nos escribe el señor cura, y me dirigí tristemente á mi parroquia. Poco me faltaba para llegar á mi casa, preocupado con la escena que acababa de pasar, cuando se apoderó de mi imaginación la idea de que la Santísima Virgen era el refugio de los pecadores y debía dirigirme á ella en tan triste lance. A ella me dirigí fervorosamente pidiendo su auxilio, y entre otras súplicas que le hice, le hice la siguiente: «Si es verdad, oh María, como lo dice la Iglesia en sus letanías, que eres el refugio de los pecadores, demuéstramelo en este momento, salvando á ese desdichado que está próximo á caer en los antros del infierno. Cuanto más indigno es él de tus favores, mayor debe ser para con él tu misericordia. Socórrele, ¡oh virgen Santísima!» Acabada esta oración me sentí impulsado á retroceder, cuando ví venir hacia mí á paso violento á un hombre á caballo cuyo traje me manifestó ser de las cer-

canías. Preguntéle con interés dónde iba, y me contestó que al pueblo en busca del señor cura. ¿Para qué? le pregunté, y me contestó que para confesar á Don N.***— Pues yo soy el que buscáis, le dije: ¿Se habrá resuelto ya á confesarse? Sí, me contestó, y él es quien me manda.— Dirígime á su casa á toda prisa, y al verme entrar me tendió los brazos.—Señor cura, me dijo, quiero confesarme, os suplico me ayudéis á hacerlo; soy un gran pecador y necesito de la misericordia divina.—Su esposa, mujer muy piadosa, estaba loca de contento y le hacía mil cariños por su resolución. Le confesé, le administré el Sacramento de la Extrema Unción, le apliqué indulgencias para la hora de la muerte, y murió poco tiempo después. Todos los presentes lloraban de gusto al ver como moría de tal manera auxiliado.« Esto es lo que ha pasado, dice el señor cura, escribiendo al director de la archicofradía de Nuestra Señora. Podéis pesarlo en la balanza de vuestra sabiduría y apreciarlo debidamente; pero yo lo atribuyo todo á nuestra Madre de la misericordia.—Tenía razón, hermanos míos, y María no hizo sino dar un motivo más para aumentar nuestra devoción y manifestar á los pecadores que la invocan que no en vano ponen en ella su esperanza.—ASÍ SEA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EMBARAZO VIRGINAL DE MARIA

DÍA ONCE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Quæ est expectatio mea, nonne Dominus?

Psal. XXXVIII, 8.

Levate capita vestra, quoniam appropinquat redemptio vestra.

Luc., XXI, 28.

Antiqua ne intueamini; ecce ego facio nova, et nunc orientur.

Isa., XLIII, 19.

Domine exercituum, usquequo non misereberis Jerusalem, et urbium Juda, quibus iratus es!

Zach., I. 12.

Exaudi Domine, placare Domine; attende, et fac; ne moreris propter temetipsum Deus meus.

Dan., IX, 19.

Da testimonium his, qui ab initio creaturæ tuæ sunt, et suscita prædicationes, quas locuti sunt in nomine tuo.

Eccli., XXXVI, 17.

Dabis, Deus, veritatem Jacob, misericordiam Abraham, quæ jurasti patribus nostris a diebus antiquis.

Mich., VII, 20.

Rorate cœli de super et nubes pluant justum, aperiatur terra et germinet Salvatorem.

Isa., XLV, 8.

Quare in perpetuum obliviscéris nostri, derelinques nos in longitudinem dierum?

Thren., V, 20.

Recordare, Domine, opprobium nostrum, servi dominati sunt nostri, non fuit qui redimeret de manu eorum.

Ibid., 1.

Tu Domine Pater noster redemptor noster, convertere propter servos tuos.

Isa., LXIII, 16

Domine Pater noster es tu; ecce respice, populus tuus omnes nos.

Id., LXIV, 9.

Utinam dirumperes cœlos et descenderes; a facie tua montes defluerent ut notum fieret nomen tuum inimicis tuis; a facie tua gentes turbarentur.

Ibid., 1.

Descendisti, et a facie tua montes defluxerunt, a sæculo non audierunt, neque auribus perceperunt, oculos non vidit, Deus, absque te, quæ præparasti expectantibus te.

Id., 4.

Numquid ego, qui alios parere facio, ipse non parturiam. Si ego qui generationem cæteris tribuo, sterilis ero, ait Dominus Deus tuus? Lætamini cum Jerusalem, et exultate in ea omnes qui diligitis eam, gaudete cum ea gaudio universi qui lugetis super eam; ut sugatis et repleamini ab ubere consolationis ejus et deliciis affluatis.

Id., LXVI, 9-11

Hæc dicit Dominus: Ecce ego declinabo super eam quasi fluvium pacis, et quasi torrentem inundantem gloriam gentium: ad ubera portabimini,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

et super genua blandientur vobis, quomodo si cui mater blandiatur, ita ego consolabor vos, et in Jerusalem consolabimini: videbitis, et gaudebit cor vestrum, veniet omnis caro ut adoret coram facie mea.

Id., Ibid.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Hermana y Señora mía de la cual soy yo el criado, madre de mi Dios y sierva de vuestro Hijo, Madre del Salvador del mundo; os ruego y suplico que derraméis en mí el espíritu de vuestro Hijo, el espíritu de mi Redentor, para que en lo que respecta á vuestro servicio comprenda yo y saboree, diga y practique lo que es más conforme con la verdad y más propio para procurar vuestra gloria. (*Ildephon. I. de Virginit. Mar.*)

II. Eres elegida de Dios, acepta á Dios, llamada por Dios, acercada á Dios, colocada junto á Dios y unida con Dios. Fuistes visitada por un ángel, bendita por un ángel y glorificada por un ángel. Sus palabras te turbaron y confundieron, te sorprendió su salutación, te admiró lo que te anunciaba, y supiste que habías hallado gracia ante el Señor y te tranquilizaste en tus justos temores. Nació de nuevo la confianza en tí, supiste los prodigios obrados en tu prima y fuiste llamada á gozar de una gloria inaudita. (*Id. Ibid.*)

III. Los secretos divinos permanecieron ocultos para nosotros, y según las palabras de los profetas, nadie puede sondear los designios de Dios. Sin embargo, los actos subsecuentes y los preceptos de Nuestro Señor Jesucristo nos dejan comprender que entraba en los designios del corazón de Dios escoger para madre de su Hijo á una virgen que estuviese unida en matrimonio con un hombre. (*Ambros. in Luc. I. 2*).

IV. ¿Por qué fué conocido el secreto de su maternidad cuando no era todavía más que una simple desposada? Probablemente para que no se dijera que su hijo era hijo del adulterio. Dos cosas hace notar el Evangelio acerca de esto: que era desposada y virgen; virgen, para que contase que no había conocido varón; desposada, para que su virginidad estuviese al abrigo de toda sospecha injuriosa. (*Id. Ibid.*)

V. Prefirió el Señor más bien que dudaran algunos acerca de su nacimiento, que acerca de la virginidad de su madre; porque sabía cuán delicada es esta virtud en una joven y su reputación sobre esto, y no quiso que se estableciera la fe de su nacimiento con peligro de la honra de su madre. No sufrió, pues, menoscabo alguno la reputación de María, ni tampoco su virginidad, que permaneció inviolable y exenta de sospecha. Los santos deben aparecer irreprochables hasta á los ojos de los mal intencionados. (*Id. Ibid.*)

VI. ¿Por qué no es una virgen, sino una mujer casada la que concibió al Salvador? En primer lugar, para que conozcamos la genealogía de María por la de José; en segundo lugar, para que no fuese apedreada por los judíos como adúltera; en tercer lugar, para que en su huída á Egipto le sirviese su esposo de protector. San Ignacio mártir indica otra razón para justificar esta concepción, realizada preferentemente en el seno de una mujer casada; y es, dice, la de que ignorase el demonio, el nacimiento del Salvador, que viéndole salir del seno de semejante mujer, debía creer naturalmente que era el fruto, no de una virgen, sino de una mujer común. (*Hieron. I. S. in Math.*)

VII. Cuando leemos: antes de que hubiesen convenido, no quiere decir esto que hayan convenido más tarde, pues la Escritura nos dice simplemente que no tuvo lugar. (*Id. Ibid.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Tres virtudes concurrieron á hacer admirablemente de María la madre de Dios: su virginidad, su humildad y su fe.

I. Su virginidad.

Se necesitaba una virtud muy superior á la de los ángeles para unirse con el Padre Eterno y producir un Hijo como Él. Debía estar preparada por la pureza misma para recibir la virtud desde lo alto y la visita del Espíritu Santo. María, con su precoz é irrevocable resolución de renunciar para siempre á los goces de los sentidos, asignó á la virginidad su verdadero carácter, y de este modo preparó en la tierra una madre al Hijo de Dios.

II. Su humildad.

La virginidad es ciertamente digna de todas nuestras alabanzas; pero debemos confesar que nada sería sin la humildad. Los ángeles malos, eran castos; pero como eran soberbios, á pesar de su castidad Dios les maldijo y les precipitó á los infiernos. Era preciso que fuése María tan humilde como orgullosos fueron los espíritus rebeldes. Por esto brotan de los labios de la Virgen estas palabras que expresan la pureza de su alma: *Ecce ancilla Domini.* Necesitaba Dios oir estas palabras para penetrar en ese seno virginal; prueba esto admirablemente un santo doctor de la Iglesia: *Virginitate complacuit, humilitate concepit.*

III. Su fe.

María debió concebir al Hijo de Dios en su espíritu antes de concebirle en sus entrañas, y esta concepción del espíritu no podía efectuarse sino por la fe; por esto agregó: *Fiat mihi secundum verbum tuum.* Por estas palabras

penetró el Verbo en el seno de la Santa Virgen como una semilla celeste; y recibirle no era otra cosa sino concebir al Verbo en el espíritu.

Tengamos, pues, una fe firme, y el Verbo se incorporará en nosotros, y por medio de esta encarnación participaremos de la dignidad de la madre de Dios.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

Es mi ánimo haceros admirar la virtud de la santa Virgen haciéndoos comprender que aun sabiendo la opinión que se tendría de ella, no se ocupó en revelar á nadie el secreto de su maravilloso embarazo. Yo veo en su silencio una reserva extraordinaria y una modestia incomparable. Ya sabéis que las personas de su sexo que cuidan de conservar su virginidad, tienen el prurito de manifestar que la conservan sin mancha; y tal vez es el único punto sobre el que confiesan sin reserva que desean hacerse notables.

No podemos negar que esto es admirable, y sobre todo, en la Santísima Virgen que tenía de su lado, si hubiese querido hacer ostentación de esto, en primer lugar, la verdad que es tan poderosa, luego la inocencia de sus costumbres que no merecían tacha, y después su sinceridad, de la que no hubiera dudado ninguna persona honrada: y últimamente, un testimonio irrecusable en San José, que con su bondad y sencillez natural hubiera dicho que era cierto que su esposa era castísima, y que Dios se lo había anunciado. Pero en ninguna parte vemos que haya hablado María de esto, y las santas Escrituras no dicen una sola palabra. Sólo una vez manifestó su gozo, cuando impelida por las profecías de su prima Isabel, que la proclamó bienaventurada, le abrió su corazón, y sintiéndose obligada á dar gracias en alta voz á la bondad divina, cantó en la efusión de su alma: que el Todopoderoso hizo en ella cosas grandes y maravillosas. En todo lo demás, oye, medita, observa y estudia en su corazón; pero nunca habla..... sólo con Dios disfruta de su gozo semejante, sin partirlo sino con los que son del agrado del Espíritu Santo; espera que Dios descubra esta maravilla cuando convenga á la gloria de su servidor. Dios sabe que ella es virgen y esto le basta. ¡Oh silencio, oh reserva! ¡Oh alma que está satisfecha sólo con agradar á Dios y cumplir con su conciencia! ¡No habla siquiera de aquello en que se interesa su virginidad que tan cara le es! ¡Deja que el mundo creá todo lo que quiera y lo que Dios permita que crea y oculta una gloria que tanto la ensalza y calla un gozo que debería manifestar envanecida! ¡Oh Salvador Jesús, oh Dios oculto que no hacéis brillar á nues-

tros ojos más que nuestras debilidades é inspirásteis tan profunda humildad á la bienaventurada María nuestra madre; hacednos gustar vuestras dulzuras en la sencillez de corazón; sólo voz contentáis nuestros deseos y llenáis nuestras almas!—(*Bossuet*).

II. ¿Por qué no advirtió el ángel desde luego á José como advirtió á la Virgen antes de que concibiera por el Espíritu Santo? Esto hace temer alguna dificultad; porque si nada anuncia el ángel á José, ¿cómo no lo hace notar la Virgen al ángel que todo se lo había comunicado? ¿Cómo al ver á su esposo tan intranquilo no le procuró la luz que hubiera disipado sus tinieblas?

Para explicar estos dos puntos, digo que no se presentó antes el ángel á José por temor de que no le creyese y desconfiara como Zacarías. Fácilmente creemos aquello que ven nuestros ojos; pero lo que no se ve no se cree con la misma facilidad. Por esto no dijo el ángel nada á José y por lo mismo guardó silencio la Virgen, que creía que José dudaría de sus palabras si ella misma le anunciara una cosa tan extraordinaria y temía disgustarle y que tomase su revelación como una excusa para encubrir una falta. Si la Virgen misma que iba á ser colmada de gracias, sintió el efecto de la debilidad humana y dijo al ángel: "Cómo será esto porque no conozco varón?" (Luc. 1, 34) San José debía dudar con más razón de este misterio, al saberlo por la boca de su esposa en la época en que debía aparecerle sospechosa Por esto guardó silencio la Virgen y esperó el ángel para hablar que llegara el tiempo favorable.—(*San Chrysost., hom. 4, in Math.*)

III. ¿Por qué no obró Dios con José como con la Virgen y no le anunció el misterio sino después de la concepción? Porque quiso evitarle una grave inquietud y desconfianza. Si el misterio de la concepción divina se hubiese obrado en ella sin que ella estuviese prevenida, fácil es comprender la pesadumbre que hubiera sufrido para ocultar su infancia, porque era una Virgen admirable, y San Lucas nos explica cuál era su virtud cuando nos dice que al recibir la salutación del ángel, ni se entregó á un exceso de alegría, ni creyó ligeramente lo que se le decía, "sino que cuando lo oyó se turbó con las palabras del ángel y pensaba qué salutación fuese ésta." (Luc. I. 29).

Una Virgen tan pura y santa hubiera podido morir de tristeza, sólo al considerar el oprobio que la amenazaba. ¿A quién hubiera podido hacer creer que su embarazo no provenía del adulterio? Para evitar, pues, este desorden, la visitó el ángel antes de que concibiera á Jesucristo. Convenía que el casto seno en que debía encarnarse el Salvador del mundo no sufriese turbación alguna, y que el alma de la que había sido elegida para tomar tanta parte en tan gran misterio, conservase una tranquilidad perfecta. Tales son los motivos porque el ángel habló á María antes de la concepción, y á José cuando se conoció ya *su preñez*.—(*Id. Ibid.*)

IV. El Eterno desde lo alto de su refulgente trono se complacía en ver al hombre justo á quien había sometido á tan dura prueba antes de elevarle al supremo honor de ser su representante sobre la tierra; y los ángeles, fijos los ojos en la santa casa de Nazareth, esperaban con ansia el

resultado de esa lucha íntima y secreta en que combatían la humanidad, el deber, y los más nobles sentimientos del alma. Al fin se decidió el Patriarca por una idea tan generosa como heróica, y que casi le coloca al nivel de la Reina de los ángeles: resolvió sacrificar su honor, la estimación que le había valido una vida sin mancha, los medios de su subsistencia que le proporcionaban el sustento del día, y en fin, el aire de su país natal, que tan grato es respirar cuando uno se acerca a la tumba, y todo por salvar la reputación de una esposa que no procuraba justificarse, y á quien las apariencias acusaban tan cruelmente. No había más que un medio de abandonar á María sin perderla, pues su familia habría provocado explicaciones que se hubieran terminado de un modo fatal: ese medio era el de expatriarse, ir á morir lejos en el suelo del destierro, y atraer sobre sí propio toda la odiosidad de semejante abandono. Hay resignaciones tan gloriosas como los triunfos y dolores sufridos pacientemente, que el cielo premia con tanta munificencia como el martirio: el sacrificio desconocido del esposo de la Virgen, fué de este número. Para conciliar su deber y su humanidad, aceptó de antemano las tristes calificaciones de esposo sin corazón, de padre sin entrañas, de hombre sin conciencia ni fe, aceptó de antemano el menosprecio de sus parientes, el odio mortal de los de María, y resolvió arrancarse con su propia mano la corona de su honor, para arrojarla á los pies de esa joven, cuyo estado misterioso é inexplicable llenaba su corazón de tristeza, y de amargura su existencia.

San Juan Crisóstomo no cesa de admirar la bella y noble conducta de San José. "Era preciso, dice este gran santo, que al acercarse la gracia del Salvador, apareciesen ya muchas señales de una perfección más heróica, que todo lo que hasta esa época se había creído de más perfecto sobre la tierra. Como cuando el Sol va á aparecer, el Oriente se colora de vivos resplandores, antes que los primeros rayos del día hayan tocado al horizonte, del mismo modo Jesucristo, antes de salir del seno de la Virgen, iluminaba ya el mundo antes de nacer. Esta es la razón porque aun antes de su divino nacimiento, los profetas se estremecieron de gozo en el seno de sus madres, las mujeres profetizaron, y José resplandeció con una virtud sobrehumana."—(*Orsini, La Virgen*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTÍCULO V

PLATICA XI

EL CULTO DE MARÍA NOS FORTALECE

Tres enemigos combaten incesantemente contra nosotros, y no pocas veces menoscaban nuestra virtud. No aflojan un minuto en la lucha, y cuando al parecer están dormidos, no hacen sino acechar el momento de nuestro descuido para asaltarnos con más fuerza. Donde quiera que vamos, allá van con nosotros. Uno de ellos forma parte de nuestro propio cuerpo, habita en el fondo de nuestro ser y se mezcla con nuestra sangre tomando parte ya en nuestras caídas, ya en nuestras victorias. Este enemigo se llama concupiscencia, pero unas veces toma el nombre de orgullo ó espíritu de independencia, y otras sensualidad ó amor al placer. Con él se junta el ángel malo, íntimo enemigo nuestro que impulsa su voluntaria inclinación al mal, que le es familiar, empleando para ello todos los misteriosos recursos de su genio, que es el que produjo las tentaciones que se refieren de San Antonio. Sabido es que este segundo enemigo es el demonio.

El otro enemigo nuestro, el que completa ese trío fatal, nos rodea, nos movemos en su seno, formamos parte de su vida, respiramos su aliento y nos hace participar de sus malas inclinaciones. También le conocéis, sabéis cómo se llama y aun os inspira gratos recuerdos. Se llama el mundo. Grato suena á nuestros oídos, y creemos fácil en ciertos momentos desprendernos de él. Así sería tal vez si no hubiésemos tomado nunca parte en sus placeres. Raros son los que logran apartarle de sí, y para conseguirlo deben esconderse, como San Jerónimo, en el fondo

de una gruta. Difícil y casi milagroso es escapar á los dos primeros.

Preciso es, por lo tanto, hermanos míos, que nos resolvamos á vivir en una lucha perpetua; pero luchemos sin desalentarnos. Algunos vemos que luchan sin cejar, y no parece sino que son de acero. La historia nos habla de muchos hombres que han luchado contra toda clase de peligros, contra los mismos elementos desencadenados, y han subido al cadalso sin temblar; y á estos se les da el nombre de héroes. Mas si nos fuera dado seguir paso á paso las acciones ordinarias de la vida de esos hombres; si viésemos la lucha que han debido sostener contra los enemigos de que acabo de hablaros, veríais que en ese terreno no fueron tan héroes como en el otro, no vencedores tan espléndidos, sino que más de una vez fueron ellos los vencidos. ¿Por qué así, hermanos míos? Porque esas alternativas son anexas á nuestra naturaleza, que vence unas veces y sucumbe otras. Cuando se le presentan obstáculos, se irrita, y ocasiones hay en que se sobrepone á ellos: cuando se han vencido, cae en la inacción y hasta en la debilidad. El ejército humano vence en las grandes batallas y vencido es en las escaramuzas. La naturaleza necesita de una compañera de lucha que le repita sin cesar estas palabras de la Escritura: *Confortare*. Ten valor. Todavía le hace falta otra cosa; una mano que la levante cuando cae, para seguir luchando. Esta compañera es nuestra devoción á María, el culto de la Madre de la gracia. Tomemos como ejemplo á un joven devoto de María, que esté en la edad en que el mundo, el demonio y la carne ejercen en él su poderosa influencia, y á otro que desdeñe esa devoción, y seguid los pasos de entrambos en el campo de batalla en que van á ser actores. Veréis al primero flaquear á veces y recobrar luego el aliento para resistir los golpes que contra él se dirigen; pero veréis también vencido al segundo

desde el principio de la pelea, é incapaz de guerrear. ¿Por qué tan distinta suerte? Porque el uno ha puesto su esperanza en María que le proteje, y el otro sólo ha confiado en sí mismo y ha sucumbido al peso de su propia debilidad.

Sabed, hermanos míos, que viejos como somos, somos siempre niños, y no podemos caminar por el mundo sin que nos lleve de la mano una madre cariñosa. Los santos, esos seres tan inteligentes y penetrantes, porque están en contacto continuo con la verdad divina, nos avisan esto sin cesar y nos aseguran que María es nuestra cariñosa madre.

El día de nuestro bautismo, dicen, nos concibe en su seno. Así lo quiere Dios para que nos forme á manera de Jesucristo. Durante ese tiempo nos nutre con su propia sustancia, porque, dice San Agustín, es preciso que nutra al hijo que lleva en su seno, puesto que no puede funcionar aún por sí mismo. Luego nos da á luz para que contemplemos el sol que nos viene de lo alto, nos amamanta, nos carga en sus brazos y nos enseña la fe y la virtud. Nos prodiga sus cariños, es decir, nos inspira la dulzura interior que nos inclina al bien, y nos enseña á caminar sin herirnos entre las espinas que están regadas en el camino de la virtud. Llegado el momento de las pruebas y las tentaciones, nos prepara un alimento más sano y confortable é infunde en nuestra alma sentimientos elevados. Dios nos manda por conducto de María toda la fuerza que necesitamos. No parece sino que de ella habla San Cipriano cuando dice que la Iglesia es la única madre de un gran número de hijos engendrados sucesivamente por una fecundidad celeste á la que debemos una eterna gratitud, porque nos nutrió con su leche y animó con su espíritu. Para terminar os recitaré una página de oro de San Anselmo, que reasume cuanto podamos decir y desear:

«¿Qué haré, señora y soberana mía? Sumido estoy en las tinieblas y no distingo la luz del cielo. ¿Dónde iré y dónde podré ocultarme? Donde quiera me veré en presencia de vuestro Hijo que vendrá á juzgarme. En el Oriente y en el Poniente, en el Norte y en el Sur, por todas partes estará presente Jesús, y si ha de juzgar mis acciones según su justicia, más me valiera no haber nacido, ó haber muerto al acabar de nacer. Y ni esto me hubiera valido siquiera, porque fuí concebido en el pecado, y si hubiese muerto sin bautismo, hubiera perecido irremisiblemente. Mas ¡ay de mí! que después de haber sido bautizado y salvado caí en pecado, y no como antes, sino en un pecado más deforme y más horrible, porque soy cual no hay otro en el mundo. Por esto es por lo que busco una ayuda de las que no puede dar el mundo, y que sea la más poderosa después de vuestro Hijo. Yo invocaré con fervor á los Apóstoles, á los Patriarcas, á los Profetas, á los Mártires, á los Confesores y á las Vírgenes; pero vos sois la mejor ¡oh reina de los cielos! porque sois más poderosa que todos estos protectores, porque sois su reina y la reina de todos los santos y de todos los espíritus angélicos, así como la reina de todos los reyes y poderosos de la tierra, de los ricos y de los pobres, de los amos y de los criados, de los grandes y de los pequeños. Tú puedes sola más que todos ellos reunidos. Y ¿por qué eres tan poderosa? Porque eres la madre de nuestro Salvador, la esposa del Espíritu Santo y la reina del cielo y de la tierra. Por eso vengo á tí, y busco tu abrigo y te suplico que me auxilies. Si tú no abogas por mí ninguno de los bienaventurados me auxiliará; si tú me amparas, todos me ayudarán. Millares de pecadores levantan ha-

cia tí las manos, oh Reina Clementísima, y tú los salvas. Yo también vengo para que me auxilies contra el demonio con tu brazo poderoso.»

Tal es, hermanos míos, la oración de este santo admirable; sea también la nuestra en la hora de la prueba y del peligro.—Así sea.

VIAJE A BELÉN

DÍA DOCE

ARTÍCULO V

LA SAGRADA ESCRITURA

Cumque propa esset ut ingrederetur, dixit uxori suæ: Novi quod pulchra sis mulier, et quod cum viderint te dicturi sunt: uxor illius est, et interficient me et te reservabunt. Dic ergo, obsecro te, quod soror mea sis, ut bene sit mihi propter te, et vivat anima mea ob gratiam tui.

Genes., XII, 11.

Præparare in occursum Dei tui, Israël; quia ecce formans montes et creans ventum et annuntians homini eloquium suum.

Amos., IV, 12.

Egredère de terra tua, et de cognatione tua, et de domo patris tui, et veni in terram quam monstravero tibi. Faciamque te in gentem magnam, et benedicam tibi, et magnificabo nomen tuum. Benedicam benedicentibus tibi, et maledicam maledicentibus tibi, atque in te benedicentur universæ cognationes terræ.

Genes., XII, 1-3.

Et tu Bethleem Ephrata parvulus es in millibus Juda, ex te mihi egredietur qui sit dominator in Israël, et egressus ejus ab initio, a diebus æternitatis.

Mich., V, 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia tí las manos, oh Reina Clementísima, y tú los salvas. Yo también vengo para que me auxilies contra el demonio con tu brazo poderoso.»

Tal es, hermanos míos, la oración de este santo admirable; sea también la nuestra en la hora de la prueba y del peligro.—Así sea.

VIAJE A BELÉN

DÍA DOCE

ARTÍCULO V

LA SAGRADA ESCRITURA

Cumque propa esset ut ingrederetur, dixit uxori suæ: Novi quod pulchra sis mulier, et quod cum viderint te dicturi sunt: uxor illius est, et interficient me et te reservabunt. Dic ergo, obsecro te, quod soror mea sis, ut bene sit mihi propter te, et vivat anima mea ob gratiam tui.

Genes., XII, 11.

Præparare in occursum Dei tui, Israël; quia ecce formans montes et creans ventum et annuntians homini eloquium suum.

Amos., IV, 12.

Egredère de terra tua, et de cognatione tua, et de domo patris tui, et veni in terram quam monstravero tibi. Faciamque te in gentem magnam, et benedicam tibi, et magnificabo nomen tuum. Benedicam benedicentibus tibi, et maledicam maledicentibus tibi, atque in te benedicentur universæ cognationes terræ.

Genes., XII, 1-3.

Et tu Bethleem Ephrata parvulus es in millibus Juda, ex te mihi egredietur qui sit dominator in Israël, et egressus ejus ab initio, a diebus æternitatis.

Mich., V, 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Propter hoc dabit eos usque ad tempus, in quo parturiens pariet: et reliquiæ fratrum ejus convertentur, ad filios Israël et stabit et pascet in fortitudine Domini Dei sui, et convertentur, quia nunc magnificabitur usque ad terminos terræ et erit iste pax.

Id. Ibid., 3-5.

Tollens se angelus Domini qui præcedebat, abiit, et cum eo pariter columna nobis illuminans noctem.

Exod., XIV, 19.

Factum est autem in diebus illis exiit edictum a Cæsare Augusto, ut describeretur universus orbis. Hæc descriptio prima facta est a præside Syriæ Cyrino, et ibant omnes ut profiterentur singuli in suam civitatem. Ascendit autem et Joseph a Galilæa de civitate Nazareth in Judæam in civitatem David quæ vocatur Bethleem, eo quod esset de domo et familia David; ut profiteretur cum Maria desponsata sibi uxore prægnante.

Luc., II, 1-5.

Non erat eis locus in diversorio.

Id., Ibid., 7.

Non accedet ad te malum; quoniam angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis.

Psal., XC, 10-11.

In manibus portabunt te, ne forte offendas ad lapidem pedem tuum..... Cum ipso sum in tribulatione: eripiam eum, et glorificabo eum.

Id. Ibid., 12 y 15.

In propia venit, et sui eum non receperunt.

Joan., I, 11.

Hospitalitatem nolite oblivisci, per hanc enim placuerunt quidem, angelis hospitio receptis.

Hebr., XIII, 2.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. En el noveno mes se predicó un edicto del Emperador, ordenando un empadronamiento general, es decir, que todos los súbditos debían inscribirse en su pueblo natal. Quiso, pues, José, ir á la ciudad donde había nacido, es decir, á Belén y como no ignoraba que estaba cercano el día del parto de la Virgen, la llevó consigo. Emprendió, pues, María ese lejano viaje, porque Belén no dista de Jerusalén más que cinco ó seis millas, y se pusieron en camino como unos simples mercaderes. (*San Bonavent. Med. vit. Christ. c. 2*).

II. Cuando hubieron llegado á Belén, como eran pobres y eran muchos los pasajeros que allí se encontraban por la misma causa que José, les fué imposible encontrar albergue ni posada. Digna de lástima es nuestra buena madre, que siendo tan joven y delicada, puesto que apenas acababa de cumplir los quince años, y en su estado de cansancio y avergonzada de encontrarse en medio de una multitud tan numerosa, pedía un asilo donde descansar y no lo encontraba. Ella y su esposo se veían despedidos sin piedad y se vieron obligados á refugiarse en una gruta donde se refugiaban los viajeros cuando les sorprendía la tempestad. (*Id. Ibid.*)

III. Se publicó un edicto de César Augusto mandando que se hiciera un empadronamiento general en todo el imperio. ¡Cuántos misterios en tan pocas palabras! Apenas concebido Jesús en el seno de una virgen, fué cuando Augusto ordenó el primer empadronamiento del imperio. José se halla junto á María, ya como su sostén, ya como testigo de cuanto debe acontecer; no porque necesitase la Virgen de algún auxilio ni que reclamase su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

asistencia el niño que estaba próximo á nacer, sino porque era necesaria su presencia para ocultar el misterio de esta unión virginal, para que pasase la Virgen como una mujer común y se ocultase al demonio el secreto del nacimiento de Jesús. (*S. Athanas. in descript. Deipar. apud Surium*).

IV. Ordenó Augusto un empadronamiento, y cuando María y José llegan á Belén con el fin de empadronarse, nació el Cristo y se cumplieron los oráculos. ¿Por qué no era la Virgen de Belén y habitaba en esa ciudad? Siquiera, delicada como era y próxima á su alumbramiento, se hubiera evitado las penalidades de un viaje tan largo. Dios ocultaba bajo un impenetrable misterio sus designios de favorecer á los suyos y apartar de sí á los que no le amaban. No véais con indiferencia las amarguras que pasó María en estas circunstancias. Considerad que se hallaba en la víspera de su alumbramiento y que tuvo que emprender un viaje largo para ir entre gentes extrañas, y tened presente que además de ser de una constitución muy delicada, estaba acostumbrada á la vida interior y no se hallaba entre la multitud, á pesar de ser la más prudente y dulce de todas las mujeres. (*Santo Thomas arch. Valent. conc. in Christ. Nativit.*)

V. Como José, su esposo, era un hombre justo y no quería divulgar este secreto, resolvió hacerla salir sin aparatos. Estaba unido con una extranjera y no formaba con ella sino un mismo cuerpo; y el edicto se decía que no sólo se castigaría al delincuente, sino que también al cómplice. ¿Cómo, pues, se llama á José justo, cuando callaba lo que él creía una falta? María es quien nos explica que convencido José de su castidad y sin poder comprender lo que pasaba, tomó el partido de callar y esperar, porque ignoraba el misterio que se cumplía en María.

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Este viaje nos presenta tres consideraciones admirables relativas á María.

Nos ofrece también tres consideraciones relativas á nuestra conducta.

I. Consideraciones relativas á María.

1° La obediencia con que se preparó para el viaje. El emperador Augusto, para satisfacer su ambición y amor propio, dispuso un empadronamiento en todo su imperio, y quiso que cada individuo se inscribiera con los miembros de su tribu. David nació en Belén y sus descendientes miraban esa ciudad como su población natal y la cuna de su casa. Allí fué donde María y José, descendientes los dos de la familia de David, debieron inscribirse. Grandes y poderosas eran las razones que podían alegar para dejar de obedecer una orden que era para María tan intempestiva. Eran pobres, el invierno hacía sentir ya sus fuertes rigores, el viaje era largo y la situación de la Virgen muy delicada para ponerse en camino entre montañas.

2° La resignación con que sufrió el viaje, que duró cinco días, sin exhalar una sola queja.

3° Las privaciones y humillaciones porque pasó al llegar. Las posadas estaban llenas de viajeros y no se abrió para ella ni una puerta hospitalaria, porque el aspecto de pobreza de la pareja manifestaba que no podía pagar sino una pequeña retribución; rechazada por todas partes, se vió obligada á refugiarse en un establo.

II. Consideraciones prácticas relativas á nuestra conducta.

Dios dispensa sabiamente los bienes y los males de

esta vida. Los que están elevados tienen sus contrariedades; los de la clase íntima sus humillaciones y desprecios; el mundo es caprichoso é inconstante; el retiro penoso y enojoso.

1º Todo lo que pasa aquí abajo, está dispuesto por Dios.

2º Su voluntad lo arregla todo con sabiduría, y blasfemar contra la adorable providencia de Dios es creer que los acontecimientos humanos, por pequeños que sean, son hijos de la casualidad ó del capricho.

3º Esta voluntad todopoderosa y sabia, es además benéfica para nosotros y sólo tiende á nuestro bien.

ARTÍCULO V

Extractos y pensamientos diversos

I. El tiempo, cuya marcha no puede detenerse, había por fin llegado; los oráculos del Mesías iban á cumplirse; el poder de Roma estaba en su apogeo, como lo había predicho Balaam, y según la gran profecía de Jacob, el cetro se había escapado de las manos de Judá, porque el fantasma de dignidad real que dominaba aun á la ciudad santa, no era siquiera un simulacro nacional. Entonces fué cuando se publicó en la Judea un edicto de César Augusto, mandando practicar un empadronamiento de todos los pueblos sujetos á su dominio. Dicho padrón era mucho más exacto y completo que el que se había hecho en el sexto consulado del sobrino de Julio César, pues comprendía no solamente á las personas, sino los bienes y las diversas calidades de las tierras; tal era la base sobre la cual se quería fijar el tributo de la servidumbre.

Cada uno de los gobernadores romanos en su departamento, quedaron encargados de la ejecución del edicto imperial. Sexto Saturnino, gobernador de Siria, comenzó desde luego por la Fenicia y la alta Siria, comarcas ricas y populosas que exigieron un largo y minucioso trabajo. Puede dar una idea de este padrón el que Guillermo el conquistador mandó hacer en nuestra Europa mil años después, con el fin de formar el famoso registro tan conocido de los ingleses con el nombre de *Doomsday-book*. Después de haber ejecutado las órdenes de César en el imperio romano, y en los reinos y tetrarquías que dependían de él, tres años después del decreto, llegó á Belén precisamente en la época del memorable nacimiento del Salvador, César y sus agentes, al practicar la averiguación acerca de la

población y de los recursos del imperio, sólo creyeron hacer una operación administrativa, pero Dios tenía otros designios que ellos ejecutaban sin saberlo. Su hijo debía nacer en Belén, la humilde patria del rey David, porque así lo había revelado por medio de su profeta más de setecientos años antes, y he aquí la razón de que todo el universo se conmovía para que se realizara esta profecía.

Parece que los judíos, siguiendo una costumbre antigua, se inscribían por familias y por tribus. Habiendo nacido David en Belén, sus descendientes miraban aquella pequeña ciudad como su país natal y el origen de su casa; por lo mismo se reunieron allí, para manifestar el estado de sus bienes y decir sus nombres, conforme lo prevenía el edicto de César.

El otoño estaba próximo á concluir, los torrentes se desbordaban con gran ruido al fondo de los valles, el viento del norte soplaba en los elevados terebintos, y el cielo, cargado de cenicientas nubes, anunciaba la estación de las nieves. En una mañana triste y sombría del año 748 de Roma, se vió á un nazareno muy afanado en los preparativos de un viaje, que sin duda no podía diferir, pues que la ocasión sería inoportuna; y la joven que le acompañaba y á quien hacia sentar con precaución sobre la suave cabalgadura que usan todavía las hijas del Oriente, estaba muy adelantada en su embarazo. De la silla del hermoso animal sobre que iba sentada la joven galilea, pendía una cesta de ojas de palma que contenía las provisiones para el viaje, la cual se componía de dátiles, higos y racimos secos, algunos panes de cebada y una jarra de barro de Ramla, para sacar agua de la fuente ó de la cisterna; y otra construida en Egipto estaba suspendida del lado opuesto. El viajero se echó á la espalda un saco que contenía algunos vestidos, ciñóse con una faja la cintura y envolvióse en un manto de piel de cabra, empuñando en una mano su palo curvo y tomando con la otra la brida del jumento que conducía á su joven esposa. Así abandonaron su pobre casa que por sí sola quedaba segura, y atravesaron las estrechas calles de Nazareth en medio de sus parientes y de los vecinos que les gritaban de todas partes: *Id en paz*. Esos viajeros que emprendían su marcha en una nebulosa mañana de invierno, eran los humildes descendientes de los grandes reyes de Judá, José y María, que obedientes á la orden de un pagano extranjero, iban á inscribir sus oscuros nombres al lado de los más ilustres del reino.

Ese viaje, verificado en una estación rigorosa, y atravesando un país como la Palestina, debió ser sumamente penoso para la Santa Virgen en la situación en que se hallaba; y sin embargo, no se oyó salir de sus labios una sola queja. Esta joven tierna y delicada, tenía un espíritu fuerte y animoso, una alma elevada; que no se enorgullecía con las grandezas, que sabía moderarse en la alegría y aceptaba en silencio el infortunio. José, que caminaba pensativo á su lado dirigiéndose hacia Belén, donde lo conducía la voluntad suprema de un romano, meditada sobre los antiguos oráculos que prometían hacía cuatro mil años un salvador á su pueblo; y pensaba en las palabras de Micheas: "Y tú, Belén, llamada Efrata, eres "pequeña entre las ciudades de Judá; pero de tí saldrá el que debe reinar "en Israel." Dirigiendo después una ojeada sobre su pobre equipaje y

modesta compañera, cuyo sencillo traje correspondía á su humilde condición, recordaba en su espíritu los grandes oráculos de Isaías: "Él se "elevará á la vista del Señor como un vástago que sale de una tierra seca; "no tendrá hermosura ni esplendor..... nos ha parecido un objeto de des- "precio, el último de los hombres." Y el patriarca empezaba á comprender los designios de Dios sobre su CRISTO.

Después de cinco días de una marcha penosa, los viajeros divisaron á lo lejos Belén, la ciudad de los Reyes, situada sobre una elevada eminencia en medio de risueñas colinas plantadas de viñedos, de olivos y de bosquecillos de encinas. Camellos que conducían á mujeres envueltas en mantos de púrpura y con la cabeza cubierta de velos blancos; hacaneas árabes, aguijoneadas por jóvenes caballeros espléndidamente vestidos y grupos de ancianos montados sobre blancas pollinas, conversando gravemente como los antiguos jueces de Israel, subían á la ciudad de David que ocupaban ya multitud de hebreos llegados los días anteriores. Fuera de la ciudad, aunque poco distante de ella, elevábase un edificio de forma cuadrada, cuyas blancas paredes se destacaban del verde claro de los olivos que cubrían la colina, se le hubiera tomado por un gran parador de la Persia, pues en su espacioso patio se veía discurrir en todas direcciones una multitud de esclavos y criados; era en efecto una posada. José, haciendo apresurar el paso á la cabalgadura de la Virgen, se dirigió á ese lado esperando llegar á tiempo de conseguir uno de aquellos aposentos, que de derecho pertenecían al que llegase primero, y que á nadie se rehusaban; pero la posada estaba llena de mercaderes y de viajeros, no quedando siquiera un lugar disponible; tal vez á precio de oro no hubiera sido difícil hallarlo, pues el mesonero era *judío* y judío de Belén; y José era pobre.

El patriarca volvió melancólico al lado de María, quien le recibió con una sonrisa de resignación, y tomando de nuevo las riendas del pobre animal rendido por la fatiga, comenzó á recorrer, aunque en vano, las plazas y las calles de la pequeña ciudad, con la esperanza de que algún paisano caritativo le ofreciese asilo por amor de Dios. Nadie lo hizo. El viento de la noche era frío y penetrante; la tierna Virgen lo sufría sin proferir ni una sola queja; pero á cada paso se iba poniendo más y más pálida: apenas podía sostenerse José, muy afligido, continuaba sus infructuosas tentativas; y ¡ay! más de una vez vió abrirse ante un extranjero rico la puerta que bruscamente le acababan de cerrar á él. Era necesario que el interés, esa pasión dominante de los judíos, hubiese petrificado todas las almas, para que la situación de María no inspirase compasión alguna á sus codiciosos compatriotas. Se acercaba la noche; viéndose rechazados los dos esposos de todas partes y desesperando de encontrar un asilo en la ciudad de sus mayores, salieron de Belén sin saber á dón le dirigir sus pasos, y se encaminaron á la campiña alumbrada por los pálidos resplandores del crepúsculo, donde resonaban los agudos gritos de los chacales que buscaban su presa.

Al Mediodía, y á corta distancia de la ciudad inhospitalaria, se descubría una caverna oscura abierta en la cavidad de una roca: esta caverna, cuya entrada miraba al Norte y que se estrechaba en el fondo, servía de

establo común á los de Belén, y á veces de asilo á los pastores durante las noches tempestuosas del verano. Los dos esposos bendijeron al cielo por haberles conducido á aquel albergue salvaje: y María, apoyándose en el brazo de José fué á sentarse sobre una roca aislada que formaba una especie de asiento estrecho é incómodo en lo más profundo de la cueva.—(*Orsini, la Virgen*).

II. Vuestro seno, oh reina amable, es un templo sagrado ante el que se prosterna el universo entero para adorar al Dios vivo que en él reside. En este santuario inefable es donde ha comenzado la redención del mundo; en él ha tomado nuestra naturaleza el Hijo de Dios, y es donde el esposo divino, descendiendo de los collados eternos, ha encontrado á su casta esposa la Iglesia, y le ha dado el beso tanto tiempo deseado. Allí es en fin, donde se ha erigido el altar en que se han celebrado las nupcias virginales y puras, entre el cielo y la tierra, predichas desde hace tantos siglos. En vuestro seno, ¡oh María! quedó destruida la palabra separación que dividía el cielo y la tierra desde el pecado de nuestros primeros padres; en él se firmó el tratado de paz entre un Dios ofendido y el hombre culpable, en el momento en que vimos aliarse en una misma persona la humanidad y la divinidad. En él ha contraído el gran Eliseo su cuerpo y se ha hecho pequeño para obrar una resurrección maravillosa; en él es donde ha revestido el viejo de los tiempos á su Hijo preferido con un ropaje de distintos colores. Vuestro seno, oh María, es un jardín de delicias, porque de él brotan las mil flores de gozo que perfuman nuestra alma cada vez que meditamos sobre este misterio inefable.—(*San Bernard., in Deprecat ad Virg.*)

III. La virtud del Altísimo bajó del cielo y la cubrió con su sombra, y la Virgen concibió en su seno al Hijo de Dios. Y fué dicho que el niño se llamaría Jesús, que significa Salvador. ¿Queréis saber ahora en qué lugar nacerá? Oíd, pues, al profeta Miqueas: "Y tú, Bethleem, tierra de Judea, ya no serás la más pequeña ciudad de Judá, porque de tu seno saldrá un jefe que gobernará á mi pueblo." Luego Judá no era sino una aldea de la tierra de Judá, distante treinta y cinco millas de Jerusalén, y allí fué donde nació el Cristo. Esto puede comprobarse con los tributos que fueron impuestos en tiempo del primer Quirino, el pretor de la Judea.—(*San Justino, mártir, Apolog. ad imp Anton*).

IV. Así cuando consideramos á María en el instante de su maternidad, en que llevando al Verbo en sus entrañas, está con Dios en esa unión prodigiosa que llega hasta palpitar con un mismo corazón y respirar con un mismo aliento, no debemos creer que esta unión se aflojara cuando le dió á luz, cuando este Dios vivió de su vida propia, humana, evangélica gloriosa. No, esta unión continuó siendo para siempre en la tierra y en el cielo, tan estrecha como lo había sido en el seno de María, hasta el día de su Asunción, que la consumó y coronó por toda la eternidad.

Puede compararse el estado de María en cuanto Madre de Dios, al del Salvador en cuanto hombre Dios. Así como Jesús, fuente y plenitud de la gracia, y la gracia misma increada, estuvo tan lleno de ella, según su humanidad, que obró siempre en este orden sin salir nunca de Él; así Ma-

ría estuvo tan poseída de la gracia de Madre de Dios, que obró siempre en este orden sin salir de Él jamás; y como todas las obras y afecciones humanas de Jesús fueron divinas, siendo de un valor igual al Dios que en Él las hacía, así todas las de la Virgen fueron proporcionadas á la gracia de Madre de Dios, de donde traían su origen y que llenaban su alma.

Debemos ver por tanto en María, Madre de Dios, un objeto sagrado, que todos los siglos contemplan y reverencian como centro de bendición de la Ley antigua y de la nueva; como aquella á quien tendían los antiguos Patriarcas por una fecundidad fundada en el consejo de Dios; y como aquella de quien descienden y á quien pertenecen todos los cristianos por el privilegio que gozan de ser hijos de Dios.—(*Nicolás, la Virgen, según el Evangelio*).

V. Dios ha hablado á los antiguos Patriarcas, ha hablado á Adán, á Noé, á Abraham, á Moisés y á los profetas de Israel; ha hablado á David y á los abuelos de la Virgen María. "*Sicut locutus est ad patres nostros.*"

Ha hablado á Abraham y á su posteridad, para decirles que en el día fijado por sus eternos decretos bajaría de las alturas de su gloria para revestirse de nuestra humana naturaleza. Les dijo que en pago de su fe y amor nacería el hijo de Abraham, hijo de David, hijo de la inmaculada Virgen y ciudadano de las tribus de Israel. He aquí lo que dijo, tal es la afirmación repetida de siglo en siglo, por el espacio de cuarenta siglos, que resume la augusta María al fin de su cántico celestial: "Conforme lo dijo á nuestros padres, á Abraham y á su posteridad durante los siglos."

Que, durante cuatro mil años, haya Dios prometido solemnemente que daría á su Hijo al mundo para salvarlo; que haya dicho á Abraham, Isaac y Jacob que todas las tribus de la tierra serían bendecidas en aquel que nacería de ellos; que esta solemne afirmación se halla reiterado á Moisés y al pueblo de Dios; que la hayan consignado los profetas de Israel en el libro de las antiguas revelaciones; que haya vivido cuatro mil años la casta de Abraham á la sombra de esta divina afirmación, ¿quién se atreviera á negarlo? ¿quién hallaría un sofisma y una blasfemia contra una afirmación grande como el mundo y retumbante como la voz de la humanidad? —(*Combalot, conf. sobre las Grand. de la S. V., conf. 28*).

ARTÍCULO V

PLATICA XII

MARÍA ES EL LAZO DE UNIÓN ENTRE LA TIERRA Y EL CIELO

Hasta ahora hemos basado nuestro culto á María en la autoridad del buen sentido, de las Escrituras, de los hombres cristianos, en el ejemplo de los siglos pasados y en el testimonio de los milagros. Y como si no bastara ese formidable conjunto de pruebas, hemos penetrado en la razón de ser de este culto buscando cuáles son las razones que en el hombre lo reclaman. Hemos visto que estas son tres: la necesidad de amar, la necesidad de esperar y la necesidad de poder. Todo lo dicho no es, sin embargo, más que un principio de cuanto se puede decir. Si penetramos en la teología católica podremos remontarnos muy alto y seguir á María en sus relaciones, primeramente con la Trinidad entera y luego con cada una de las tres personas que la componen. No temáis subir tan alto, porque esas regiones son más claras de lo que ordinariamente se cree; además, los aguiluchos, y en religión lo somos nosotros, deben también como las águilas invadir las regiones del sol.

Nuestra alma, aunque carezca de cultura, lleva consig el amor á lo grande, y se complace en remontarse algunas veces á la cúspide de la verdad. Empecemos, pues, por establecer el hecho de la *separación* entre el cielo y la tierra, que nunca se conocerá bastante.

Dios, dice la Escritura, después de haber creado el universo, reasumió todas sus partes en un ser racional, al que dió además su semejanza, de modo que en el hombre se reflejaron como en un espejo y á un tiempo mismo, los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cielos y la tierra. El alma del hombre fué el lecho nupcial en que descansaron conjuntamente lo finito y lo infinito, en espera de una unión más estrecha aun, que era la Encarnación. Mas entre estas dos épocas, la debilidad de la mujer y la condescendencia del hombre ocasionaron un rompimiento en la bella armonía que reinaba entre el Criador y su criatura. La tierra y el cielo se separaron para no volver á juntarse, si Dios, cuyas miradas atraviesan el porvenir, no hubiese apercibido á la Virgen de Israel, á la futura Madre del Mesías. Y quiso, en obsequio de esta virgen privilegiada, reanudar sus antiguas relaciones amistosas con la humanidad. Pero ¿qué digo? No quiso Dios renovar el pasado, sino que hizo una alianza mucho más fuerte, mucho más íntima que la primera, y para que el hombre no volviera á alejarse de Él, se hizo hombre Él mismo, tomando un cuerpo y una alma en el seno de María. Así fué como se cumplió para confusión suya la irónica promesa hecha por el demonio á la primera mujer: «Seréis como dioses,» les dijo, creyendo burlarse de su credulidad. El hijo de la mujer será más que si fuese como un Dios, porque será Dios mismo. ¿Cómo se realizará este acontecimiento el más notable de la historia? Por la mediación de María. Todo lo había hecho Dios, todo lo hace de nuevo María, dice San Pedro Damiano. En ella y por ella se celebraron las segundas nupcias de la humanidad con la divinidad, y esta vez de una manera indisoluble y sacramental. Sin duda Jesucristo era bastante poderoso para realizar solo la salvación de los hombres, dice San Bernardo, pero no convenía que lo realizara por sí solo. Los dos sexos tuvieron parte en la perdición y los dos debían contribuir á la reparación. Esto en nada disminuye la autoridad de la palabra soberana cuando dice de sí misma: «Yo soy el único Dios, justo y salvador, y no hay otro sino yo: he tendido mis miradas por todas partes, y nadie he visto

que pudiera tenderme la mano. No he recibido auxilios y ayuda más que de mi zelo y de mi brazo.» Dios es ciertamente la causa primera de salud; Jesucristo es la causa segunda y meritoria, la víctima necesaria. Pero para ser víctima necesitaba de una carne, y para ser víctima meritoria necesitaba de una carne inocente y humana. Sólo pudo hallarla en María, la única inmaculada. Bajo este punto de vista es, pues, la fuente de la redención, la madre de la restauración y el lazo de unión entre la tierra y el cielo.

Esta segunda figura de la historia humana camina paralela con la primera. En la primera, ó sea la de nuestra *caída*, no pecamos en Eva, porque no era la cabeza de la humanidad; pecamos en Adán: «*in unum hominem.*» El fué el principio de la caída original: Eva sólo presentó la ocasión. En la segunda, la de la rehabilitación, un hombre, Jesucristo, fué el manantial del perdón. María no fué sino la ocasión de ella, como lo fué Eva en la caída. Pero así como Adán y Eva caminan siempre juntos en la historia y en las maldiciones de la posteridad, así también Jesucristo y María van siempre acompañados en nuestras oraciones y acciones de gracias; el hijo nos hace pensar en la madre, y la madre nunca va sin acompañar á su hijo.

Grato es ver cómo se esfuerzan los Padres de la Iglesia en ensalzar á cual mejor el título de mediadora que dan á María. La llaman unos la *farmacia* divina, en la que se elaboró el remedio de nuestros males; élixir de salud, paraíso cerrado del que brotó la fuente de agua viva, y en el que la tierra quemada retoñó nuevo verdor; tabernáculo místico á cuya sombra quiso el gran sacerdote Jesús revestirse con el hábito de nuestra humanidad antes de ofrecer á Dios, su padre, el sacrificio de la expiación; *cancillería* en la que se sellaron las cartas de nuestra redención con el sello divino del Cordero. Todos

los sermones de estos santos sobre la Natividad son himnos de entusiasmo en que el amor y la gratitud brotan en cada renglón. Oíd lo que dice San Epifanio: «Acabáis de abrir en María un puerto seguro para los que navegan en el mar tempestuoso del mundo, sin saber dónde podrán anclar. Nazareth ha venido á ser el paraíso terrenal en donde el Dios Todopoderoso ha perfeccionado la creación y puesto la última mano en su obra.» No se concreta á esto el papel que desempeña María; hubiera sido harto pasivo, y Dios se complace en que se le asegunde con libertad. Por esto la vemos tomar una parte activa en todas las escenas de la obra de la Redención. Desde un principio consiente en la venida del Salvador, le abre su seno y le presta su sangre. En el último acto del drama la encontramos en pie junto á la cruz del Calvario, consintiendo en este sacrificio que le valió el título de reina de los mártires, porque nada puede ser tan doloroso para una madre como dar la sangre de su hijo. Otras consideraciones pudiéramos hacer resaltar en favor de nuestra tesis, pero nos extenderíamos demasiado, y deseo ya llegar á la conclusión práctica de nuestra plática. Os relataré, pues, una historia que os agradará sin duda. El autor que me la contó á mí, me aseguró que es auténtica.

Lo que voy á contar acaeció en la diócesis de Langres: Existía en esa ciudad una señora que admiraba á todos por su vida mortificada y llena de profunda piedad. Parece santa, decían el sacerdote y los fieles al verla pasar. Mas no decían lo mismo de ella los ángeles de Dios, que la consideraban como un diablo. Con efecto, bajo un exterior religioso ocultaba una conciencia verdaderamente negrá. Cierta falta que había cometido hacía muchos años y que nunca se atrevía á decir á su confesor, torturaba su alma y aglomeraba sobre su conciencia sacrilegio sobre sacrilegio. Con frecuencia pedía á la Santísima Virgen

la fuerza necesaria para hablar á su confesor de esa falta, y se acercaba al confesionario para llevar á cabo su resolución..... mas siempre la detenía un falso temor de perder su reputación, y se levantaba del confesonario cada vez más desesperada y cada vez más culpable. Cayó enferma, recibió los últimos sacramentos y murió sin haber confesado su falta. Pocos instantes después se hallaba en la presencia de Dios, y los demonios se aprestaban para apoderarse de su presa, cuando se presentó repentinamente María: «Hijo mío, le dijo á Jesucristo, me ha amado tanto esta alma, que os suplico la perdonéis.»—«¿Ignoráis acaso, Madre mía, todos los sacrilegios que ha cometido? Mas como nada puedo negaros, la permito regresar á su cuerpo y confesar su falta.» Con grande admiración de su hija y de sus criados, resucitó la muerta, hizo llamar á un sacerdote y se confesó. Se esparció la noticia y se agolpó á la casa una numerosa multitud de vecinos. La muerta en pie, en el lecho mortuorio, confesó su crimen y el gran favor que debía á María; luego se cerraron sus ojos, se dejó caer en el lecho y quedó tendida. Esta vez murió para subir al cielo, gracias á la reconciliación del cielo con la tierra.

¡Ojalá que nuestro fin sea como el suyo!—Así sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALUMBRAMIENTO DE LA VIRGEN

DIA TRECE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Consurge, filia Sion, lauda in nocte, in principio vigiliarum.

Thren, II, 19.

Dominus dixit ad me: Filius meus es tu: ego hodie genui te.

Psal., II, 7.

Tanquam sponsus Dominus procedens de thalamo suo.

Psal., VIII, 6.

Speciosus forma præ filiis hominum, diffusa est gratia in labiis tuis.

Psal., XLIV, 3.

Per viscera misericordiæ Dei nostri visitavit nos oriens ex alto; illuminare his qui in tenebris et in umbra mortis sedent.

Luc., I, 78.

Populus qui ambulabant in tenebris vidit lucem magnam; habitantibus n regione umbræ mortis, lux orta est eis.

Isa., IX, 2.

Consolamini, consolamini, populo meus, dicit Deus vester. Loquimini ad cor Jerusalem; et advocate eam..... quoniam dimissa est iniquitas illius. Vox clamantis in deserto: Parate viam domini, rectas facite in solitudine se mitas Dei nostri. Omnis vallis exaltabitur, et omnis, mons et collis humiliabitur; et erunt prava in directa, et aspera in vias planas.

Isa., XL, 1-4.

Sciet populus meus nomen meum in die illa; quia ego ipse qui loquebar, ecce adsum.

Isa., LII, 6.

Egressus est in salutem populi tui, Domine, in salutem cum Christo tuo.

Habac., III, 13.

Deus in terris visus est et cum hominibus conservatus est.

Baruch., III, 38.

Dixit Dominus: Populus meus est; et factus est Salvator. In dilectione sua, ipse redemit eos.

Isa., LXIII, 8-9.

Lætentur cœli et exultet terra, a facie Domini, quoniam venit.

Psal., XCVI.

Deus rex noster ante sæcula, operatis est salutem in medio terræ.

Psal., LXXIII, 12.

Et peperit filium suum primogenitum, et pannis eum involvit, et reclinavit eum in præsepio, quia non erat eis locus in diversorio.

Luc., II, 7.

Et pastores erant in regione eadem vigilantes et custodientes vigilias super gregem suum. Et ecce angelus Domini stetit juxta illos, et claritas Dei circumfulsit illos, et timuerunt timore magno. Et dixit illis angelus: Nolite timere, ecce enim evangelizo vobis gaudium magnum quod erit omni populo quia natus est vobis hodie Salvator qui est Christus Dominus in civitate David et hoc vobis signum: invenietis infantem pannis involutum, et positum in præsepio.

Ibid., 8-12.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Et subito facta est cum angelo multitudo militiæ cœlestis laudantium Deum et dicentium: gloria in altissimis Deo, et in terra, pax hominibus bonæ voluntatis..... Et venerunt festinantes et invenerunt Mariam et Joseph et infantem positum in præsepio.

Ibid., 13 y 16.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

Llegó el momento sagrado, el momento precioso, el momento solemne y bendito sobre todos los instantes; llegó la hora señalada por la eternidad en el decreto divino. La noche había recorrido la mitad de su carrera, cuando se cambió repentinamente el rostro de la Virgen. Brillaron sus ojos, y su semblante blanco siempre se puso nacarado como el carmín del cielo. Ofrecía el color que resulta de una mezcla de lirios y de rosas. Vióse que el espíritu de Dios se apoderaba de ella y sentía su alma desconocidos trasportes. Inundóse su corazón de delicias, y su cuerpo débil parecía próximo á sucumbir bajo la fuerza y el peso de los trasportes de alegría que embargaban su alma. (*S. Th. Valentín*).

II. ¡Oh Virgen bendita! ¿Son esos los dolores de vuestro alumbramiento? ¿Son esas las intolerables angustias de esos momentos? ¿Son esas las convulsiones que pasan las mujeres que se hallan en esa situación? Comprendió nuestra amorosa Madre por ciertas señales que se acercaba el momento solemne, y llena del Espíritu de Dios y encendida en amor, levantando al cielo los ojos y las manos, y puesta de rodillas, se consagró á Dios y esperó que su voluntad se cumpliera. (*Id. Ibid.*)

III. San José estaba allí, admirado de lo que veía y entregado al espíritu de oración. Esperaba el término de un acontecimiento que le parecía extraordinario, cuando vió repentinamente acostado en el desnudo suelo á un

niño que se quejaba tiernamente. Este niño era el Todopoderoso, niño admirable en quien residen los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios. Pequeñuelo es, y lleva consigo, sin embargo, la inmensidad de Dios. (*Id. Ibid.*)

IV. Así como la aurora cuando brota de su seno el dorado sol; así como el rayo de luz que penetra el límpido cristal sin mancharlo; así como una estrella que nos manda su vívida luz y esparce una rosa sus suaves perfumes en un día de primavera, así dió á luz María al Salvador. Hecha madre, adora al que acaba de parir y al que llama su Hijo, y le tributa homenaje como á su Dios, antes de prodigarle como madre sus primeros cuidados. (*Id. Ibid.*)

V. ¿Quién nos dirá lo que pasó en tu alma, oh Virgen purísima? ¿Quién podrá explicarnos los goces de tu corazón cuando Virgen y Madre á un tiempo mismo, fijaste por primera vez tus ojos en tu Criador y tu Dios, concentrado en tí misma cuánta dicha puede dar la maternidad sin menoscabar el brillo de la virginidad? ¡Oh prodigioso alumbramiento digno de un Dios!

VI. Cuando se nos dice que el Verbo se hizo carne, es como si se nos dijera que tomó un cuerpo como el nuestro y que revistiéndose de nuestra carne, salió del seno de María sin perder por su nacimiento su divinidad; porque al tomar nuestra naturaleza permaneció lo que era antes. Este es un punto de fe de la Iglesia universal, es la doctrina de los santos padres, que por esto no se avergüenzan de darle el nombre de Madre de Dios. Sería, pues, un error creer que la naturaleza del Verbo y su divinidad tuvieron el principio de su existencia en el seno de María. Lo que comenzó á existir en este seno virginal, fué el sagrado cuerpo de Jesús dotado de un alma inteligente, al cual se unió de una manera hipostática el Verbo de Dios. En este sentido decimos que el Hijo de Dios es el Hijo María según la carne. (*Cyrill. Alexandrin. Concil. Ephes. c. IX*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTICULO III

PLAN Y ASUNTO

María fué declarada en el pesebre;
Reina de los ángeles.
Madre de los pobres.

I. Reina de los ángeles.

Los primeros adoradores de Jesús fueron los ángeles. Instruídos por el Padre del anonadamiento de su Hijo, dejaron los cielos para ir al establo de Belén. ¿Cómo no pudo ver Lucifer este espectáculo? ¿Hubiera pensado jamás en hacerse semejante al Altísimo si hubiese podido hacerse semejante al hombre y débil como él?

Pero mientras los ángeles rendían á su Dios los homenajes que le eran debidos, una mirada del Niño Jesús les indicó que debían llenar otro deber. Había en el establo una madre, y enseñándola el Niño á sus adoradores, les invitaba á saludarla también y pagarla el tributo de su veneración. Por lo mismo el primer predicador de los gloriosos privilegios concedidos á María fué su divino Hijo.

Los ángeles se prosternaron, pues, á los pies de María, la reunieron con Jesús en su corazón y le dirigieron estas palabras proféticas que se habían pronunciado mucho tiempo antes: *Dominare nostri tu et Filius tuus.*

II. Madre de los pobres.

Los pastores fueron los primeros llamados, antes que los reyes, á adorar al Dios recién nacido, y doblando la rodilla delante del Niño Dios, ofrecieron el más bello espectáculo de este misterio. María les recibió y ella fué la que les presentó á Jesús. Entonces comenzó su hermosa misión de mediadora que debió proseguir durante toda su vida y hasta el último día del mundo. Vuelve

también á nosotros tus ojos llenos de misericordia, oh María, y después de este destierro, muéstranos á Jesús, fruto bendito de tu vientre.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. Oye y abre bien tus oídos, Joviniano, y entra en tí mismo, insensato. Confiesa tus sentimientos y locura, é instrúyete en la verdad pura, tú que estás dominado por la mentira. No quiero que digas que la pureza de María fué manchada por su alumbramiento. No quiero que digas que su virginidad fué menoscabada por su alumbramiento; no quiero que pretendas que al nacer el Niño Dios desapareció la virginidad de María. No permitiré que prives á la Santísima Virgen de su título de madre, ni que despojes á la madre de su título de virgen. Si confundes una de estas cosas, las confundes entrambas. Si niegas la concordancia de estos dos privilegios, te despojas del conocimiento de la verdad. Si hallas que no están en armonía es porque no estás en armonía contigo mismo. Si desnudas á la Virgen de su integridad ó de su maternidad, te llenas de vergüenza y haces á Dios el mayor ultraje que haya recibido jamás, porque niegas que Dios haya podido conservar sin mancha á aquella en quien ha podido nacer sin detrimentro de su virginidad. Desde el momento en que niegues que Dios ha podido dejar sin mancha á la que halló virgen en el momento de su concepción, negarás á Dios la facultad de hacer lo que quiera. Ciérrese la boca que se atreva á pronunciar semejantes palabras. Deje de latir el corazón que se proponga meditar injurias semejantes. Péguese al paladar la lengua que se proponga pronunciarlas, y niéguese á pronunciarlas la boca en que se mueve. Porque es cierto que la divina Madre era virgen de hombre, virgen según el oráculo del ángel, virgen según el juicio del esposo, virgen antes del matrimonio, virgen durante su unión con el justo José, virgen libre de toda sospecha antes de la concepción de su divino Hijo, virgen al nacer Jesús y virgen después de su nacimiento. Fecundada por el Verbo, llena del Verbo y hecha digna de concebir por el Verbo, el nacimiento fué sin mancha, sin alteración ni corrupción; pura, casta y verdaderamente inmaculada. ¿De qué manera se efectuó? Por operación divina, por donación divina y por intervención divina.—(*San Ildefonso, Tratado de la perpetua virginidad de la Madre de Dios, cap. 1*).

II. El que ha nacido hoy de una manera inefable ha nacido de una virgen, por amor mío y de una manera inexplicable y maravillosa. Nació del Padre antes de los siglos, conforme á las leyes de la naturaleza, y el que le ha engendrado lo sabe. Hoy ha nacido fuera de las leyes de la natura-

leza, y la gracia del Espíritu Santo ha sido testigo de ello. Su generación celeste es legítima, y no lo es menos su generación terrestre. Es verdaderamente el Dios engendrado por Dios, y es verdadero hombre nacido de una virgen. En el cielo es el Hijo único de uno solo; en la tierra es el único Hijo de una virgen sola.

¿Qué diré y cómo me expresaré? Veo á una madre que da á luz, y veo un hijo recién nacido, pero ignoro cómo se efectúa esta generación. Cuando quiere Dios, la naturaleza queda vencida. Nació de una virgen que ignora lo relativo á la generación, que no ha tenido participio en lo que se ha realizado ni ha contribuido en lo hecho, y es un simple instrumento del poder inefable; sólo sabe lo que le ha sido dicho por Gabriel, á quien preguntó: "¿Cómo podrá ser esto si no he conocido varón?" A lo que el ángel contestó: ¿Quieres saberlo? El Espíritu Santo descenderá hasta tí y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. ¿Cómo estubo el Señor con ella y nació poco después de ella? Así como un artesano que al hallar una materia hermosa y perfectamente dispuesta, fabrica un vaso precioso, así también el Cristo, hallando el cuerpo santo y el alma de la Virgen, se construyó un templo animado, formó en su seno al hombre tal como lo resolvió, le revistió de la naturaleza humana, y se nos manifiesta hoy sin sonrojarse de la deformidad de nuestra naturaleza.

¿Qué diré y cómo me expresaré? "Este misterio me llena de admiración." "He aquí que una Virgen concebirá." (Isaí, VII., 14). Ya no se trata de una cosa que ha de suceder, sino que admiramos lo que se ha realizado ya. Hoy nace de una virgen que triunfa de la naturaleza y lleva la victoria sobre el matrimonio. Convenía al dispensador de la santidad nacer de un embarazo puro y santo. El es aquel que en otro tiempo formó á Adán de una tierra virgen, y sacó después á la mujer de Adan sin necesitar de una madre. Así como sin haber tenido madre dió nacimiento á la mujer, del mismo modo da á luz la Virgen á un hombre sin concurso del hombre. Y así como antes el sexo de la mujer era deudor al hombre, porque Adán dió nacimiento á la mujer sin participio de mujer, así paga hoy la Virgen al hombre la deuda contraída por Eva, puesto que concibe sin concurso de varón. Para que no se enorgullezca Adán de haber producido á la mujer sin concurso de mujer, la Virgen engendró un hombre sin concurso de hombre, de lo que resulta la igualdad en las maravillas obradas.—*San Juan Crisóstomo, Tom., in Nat. Dom.)*

III. El que no pueden contener los cielos estaba encerrado en el seno de una mujer. Esta mujer gobernaba á nuestro rey y daba de mamar al autor de la vida, al que vino para ser el pan de nuestras almas. Anonadamiento prodigioso en el que se ocultó la divinidad. La madre á quien se sometió la infancia de Jesucristo se veía dirigida por el poder de un hijo que nutría con la verdad á la misma que le nutría con la leche de su seno. Dígnese acabar de derramar sobre nosotros sus bienes el que no se ha desdeñado de cargar con las miserias de nuestra naturaleza; y el que por amor nuestro se ha dignado hacerse Hijo del hombre, dígnese ahora hacernos verdaderos hijos de Dios.—(*San Agustín, sermón I., in Nat. Dom.)*

IV. Celebremos con gozo el día en que María concibió al Salvador, en que la esposa dió á luz al autor del matrimonio, en que la Virgen vino á ser la madre del príncipe de las vírgenes, ella que, aunque unida con un hombre, permaneció virgen antes del matrimonio, virgen en el matrimonio, en el parto y después del parto. Porque el Hijo Todopoderoso no alteró en nada la virginidad de la madre que escogió antes de venir al mundo.—(*Id. Serm. V. in Nat. Dom.*)

V. Allí fué *en la caverna construida en la dura piedra*, como lo había predicho Isaías, y en el momento en que la aparición de la misteriosa constelación de la Virgen marcaba la media noche, cuando el *halma* de la gran profecía del Mesías, en medio del silencio solemne de la naturaleza cubierta por una nube luminosa, dió á luz á *Aquel* que Dios mismo había criado *antes que las colinas, y cuya generación venía de la eternidad*. Apareció de repente como rayo del sol que se desprende del seno de la noche á los ojos de su pura y joven madre, viniendo á tomar posesión del trono de su pobreza, mientras que todos los ángeles de Dios, arrodillados ante Él, le adoraban bajo su forma humana. Este alumbramiento virginal fué exento de dolores y ningún gemido vino á turbar el sagrado silencio de aquella noche llena de prodigios y misterios. Jesús, concebido milagrosamente, nació todavía más milagrosamente.

Dios preparaba al mundo un espectáculo nuevo y grande cuando hizo nacer un rey pobre. El palacio que le destinó fué un establo abandonado y desierto, asilo propio para el que en el curso de su vida debía decir: "Las raposas tienen su guardia, los pájaros sus nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene donde descansar su cabeza." Moisés, proscripto al nacer, tenía al menos una cuna de juncos cuando su hermana, la joven María, le abandonó entre las cañaverales y los lotos sagrados que sumergen sus hojas en el Nilo, al caer la tarde; pero Jesús, que vino al mundo para sufrir y morir, no tuvo siquiera esta magnificencia: fué acostado en un pesebre sobre un montón de paja húmeda, olvidada providencialmente por algún conductor de camellos del Egipto ó de la Siria, que se vió obligado á partir antes del alba. Dios proveyó la cuna de su único hijo, como provee á los nidos de las aves del cielo.

Era necesario cubrir á este nuevo Adán, cuyos tiernos miembros hubiera devorado el viento helado de la noche, y á quien el pudor debía vestir tanto como la indigencia. María hizo de su velo el lienzo con que ella misma le envolvió con sus castas manos; después el Dios recién nacido fué adorado por los dos santos esposos como en otro tiempo lo había sido por sus padres el antiguo José, el más bello tipo de Jesucristo.

San Basilio, iniciándose en los misterios de fervor y arrobamiento que tenían lugar en el alma de la Virgen, nos la presenta entre el amor de madre y la adoración de la santa. "¿Cómo os deberé llamar? decía, dirigiéndose á su Hijo-Dios, ¿cómo debo nombraros?.....¿Un mortal?.....pero yo os he concebido por obra divina .....¿Un Dios?.....pero tenéis forma humana. ¿Debo acercarme á vos con incienso para ofreceros la leche de mis pechos? ¿Debo prodigaros los cuidados de una madre tierna, ó serviros como vuestra esclava, con la frente humillada

en el polvo? ¡Oh contraste maravilloso! ¡el cielo es vuestra morada, y os tengo sobre mis rodillas! ¡Estáis en la tierra, y no estáis separado de las regiones celestiales; los cielos están con vos!"—(*Orsini, La Virgen*).

VI. ¿Dónde encontraré palabras para expresar el más profundo, el más sublime, el más conmovedor é inconcebible de los misterios, el que es la clave del cristianismo, el nudo del destino de los hombres y la salud descendida visiblemente á la tierra! ¿Qué corazón podrá elevarse, no digo hasta Jesús recién nacido, sino hasta María inclinada sobre el pesebre de nuestro Emanuel? Procuremos, sin embargo, seguir las huellas de los evangelistas; estudiemos lo que ellos han dicho para aprovecharlo y admiremos lo que han callado, porque su silencio no es menos elocuente é instructivo que sus palabras.

Cuando el Espíritu Santo se propone hacer un grande elogio de María, se concreta á llamarla "María, de la cual nació Jesús." En efecto, esto encierra toda su gloria; es el manantial de todas sus prerrogativas, y la causa de todos nuestros homenajes. Examinemos más de cerca el nacimiento de Jesús y la maternidad de María, pero con la sumisión de la fe.

En Belén fué donde tuvo lugar esta escena misteriosa. María y José fueron llamados por el edicto de empadronamiento que publicó César Augusto. Como eran pobres, no hallaron lugar en las posadas de la ciudad donde reinaron sus antepasados. Nadie se compadeció de una mujer delicada y joven que estaba próxima á dar á luz al príncipe de la paz, al deseado de los collados eternos y al esperado de las naciones. En su desventura buscan algún lugar deshabitado para pasar en él la noche. Sólo encontraron un establo solitario en medio de los campos. Allí será donde se digne venir al mundo el soberano de los cielos y de la tierra. ¡Oh noche afortunada! ¡Oh noche fecunda en prodigios, cuánta grandeza encubres bajo tu sombra! A media noche cuando todo yacía en silencio en la ciudad ingrata y en la naturaleza, semejante á un rayo de luz que sin romperlo atraviesa un puro cristal, el Verbo del Altísimo traspasa las barreras que le ponía la naturaleza y deja el seno de María para nacer en el humilde pesebre enclavado en la pared del establo. Sin dolor, porque permaneció virgen, la bienaventurada madre no puede contemplar sin tristeza el estado de pobreza en que se encuentra el Rey de los mundos. Le da de mamar y le adora, le envuelve entre unos miserables pañales, único tesoro de su indigencia y le calienta con sus brazos maternales. ¡Cuán grande fué la prueba á que se puso su fe al contemplar la miseria sin ejemplo de un Dios naciente! ¡Cuántos sufrimientos desgarraron su corazón al verle temblar de frío y derramar entre tiernas quejas sus primeras lágrimas!

Mas, ¡cuál no será la alegría de la madre del Salvador! Después de haber sido por espacio de nueve meses el receptáculo frágil y ligero de la divinidad eterna, acaba de darle una vida mortal. Vedla cómo cuida á su hijo, vedla cómo observa todos sus movimientos con el amor de madre y el pudor de virgen. Se extasía viéndole dormir. Ved con qué amorosa solicitud le entrega su pecho virginal y recibe en cambio sus tiernas caricias. Jamás ha visto el hambre, ni oído, ni comprendido una escena comparable con esta, de la que se hubiera encelado el cielo si no hubiese descendido entero al humilde pesebre, donde se reasume un pasado de cuarenta siglos con todas sus promesas, todos sus oráculos, todas sus figuras y todas sus esperanzas, y el nuevo porvenir que se inaugura ahora, porque el niño Jesús desempeña ya el oficio de víctima, y Dios ha elegido su corazón como un tabernáculo para la reconciliación del mundo. El pesebre de Belén presagia ya la cruz del Calvario.

No es fácil imaginarse la sobre abundancia de pensamientos y sentimientos que en diversos sentidos hacían palpitar el corazón de María. Se me figura que la oigo decir al niño Jesús: ¿Qué nombre os daré? ¿Será el de Hijo mío? Pero sois el Hijo del Altísimo, el Verbo eterno, esplendor é imagen substancial del Padre, Criador y Redentor mío. ¿Será el de Dios? Pero sois mi hijo, yo os he concebido en mi seno, os he dado la sangre que corre en mis venas, acabo de daros á luz y os nutro con la leche de mi seno. ¿Debo consideraros como á una simple criatura? Todos los oráculos anuncian que sois Dios, y no recibió el ángel mi consentimiento sino después de habérmelo predicho. ¿Debo regocijarme de vuestro nacimiento cuando os veo llorar de frío y de dolor? Nacisteis como jamás alguno nació, rechazado por todos, albergado en un establo y acostado en el mismo pesebre en que comen los animales. ¿Debo entristecerme? Pero el mundo se alegra y el cielo no se abrirá sino por vos. Los profetas han deseado este día, y yo misma, que lo he ansiado con todo mi corazón, he sentido ya sus dulces frutos. ¡Oh Jesús, oh Hijo mío, hombre y Dios á un tiempo mismo, yo acepto todos los gozos y todos los dolores de la maternidad; me asocio á todos vuestros designios y á todas vuestras obras; disponed de mí que soy vuestra sierva y feliz mil veces! Hágase en mí según tu voluntad.

Diciendo estas y otras palabras parecidas en el fondo de su corazón, daba de mamar á su hijo, le cubría de castos besos y le inundaba con sus lágrimas. Y allí estaba José, participando de todas las emociones de su esposa celeste. ¡Oh Belén, oh establo, oh pesebre, oh Jesús, oh maravilla de las maravillas, quién pudiera comprenderos! Noche grata para tí, oh María, aquella en que diste á luz á tu Dios. Confundido queda mi espíritu: hable siquiera mi corazón.—(*Monseñor Pavy, Obispo de Argel, Mes de María*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTÍCULO V

PLATICA XIII

MARÍA ES HIJA DE ELECCIÓN DEL PADRE.

Ayer hablamos algo sobre el modo glorioso con que fué reanudado por María el lazo que unía al cielo con la tierra, roto antes por Eva. Esto os instruye acerca de la misión de esta criatura incomparable que vino á ser por este hecho la hija y esposa de Dios Padre, y santuario del Espíritu Santo. Esta noche vamos á hablaros considerándola bajo el primero de estos dos títulos; veremos cómo fué María *elegida* por Dios, y qué fué lo que le valió este privilegio; esto nos instruirá acerca de lo que debemos hacer para merecer la preferencia del Señor.

Desde su primer día se regenera el género humano y perpetúa por la transmisión de una misma sangre, y esto es lo que constituye la cadena de generaciones, cuyos anillos vienen á ser los individuos. Cada uno de nosotros forma parte de ella por esta misma ley necesaria y podríamos decir fatal. La sangre debe trasmitirse de padres á hijos, concebidos para recibirla. A esta obligación deben su nacimiento. María es la única excepción de esta ley. Solo ella no debía existir según el primer orden de la creación. No os admire mi aserción, que es muy fácil de probar. Sin la desobediencia de Adán y de su compañera no hubiéramos perdido nuestro derecho al cielo, la redención hubiera sido inútil y la madre del Redentor no hubiera tenido razón de ser; su vida dependía por completo de la Encarnación del Verbo. Algunos pretenden, como es sabido, que la Encarnación hubiera tenido lugar aun sin el pecado. Para éstos, María debía existir independientemente de toda idea de redención. ¿Para qué hemos de contradecirles? No por eso dejaría de ser María la *escogida* de Dios, su hija predilecta, así como el Hombre Dios en ese caso es el objeto de sus acciones, la obra maestra de sus obras. En la hipótesis de la caída, María debía ser sacada del común de los mortales, tomada fuera de los dominios del pecado, y llevar en sus venas una sangre distinta y libre de toda mancha. En la hipótesis contraria el Hijo de Dios debía ser un tipo de perfección y hasta cierto punto la deificación de la humanidad. María tiene su misión especial, la de dar al Verbo la carne con que ha de revestirse. Luego tiene un lugar aparte en la mente de Dios, habita desde la eternidad con el mismo Verbo al que debe dar la vestidura sensible que le permitirá tomar un lugar en el seno de la humanidad. La Iglesia confirma esta doctrina cuando pone en boca de nuestra reina las palabras mismas de la sabiduría eterna: «*Ab initio et ante sécula creata sum.* «Desde la eternidad fuí ordenada y desde antiguo antes que la tierra fuese hecha. Aun no eran los abismos y yo ya era concebida: aun no habían brotado las fuentes de las aguas: aun no se habían sentado los montes sobre su pesada masa: antes que los collados era yo dada á luz.» Los profetas que se ocuparon de ella, hicieron de antemano su retrato cuyos rasgos y perfiles sacaron de las comparaciones más populares y poéticas: «Sois toda hermosa, amiga mía, y nada altera vuestras facciones.» Salomón la vió levantarse semejante á la aurora, bella como la luna y brillante como el sol. La Iglesia compara su blancura con los lirios del valle, su talle elegante con la palma de Cades y el brillo de su semblante con la roca de Jericó. Los artistas cristianos han agotado los recursos de sus pinceles y la riqueza de su cincel para representarnos sus gracias divinas y la dulzura encantadora de su candor virginal. Todos los profetas, todos los doctores y todos los artistas han creído que la *es-*

cogida del Altísimo, su hija predilecta, debía ser la más hermosa de todas las criaturas.

Sin embargo, tantas gracias y prodigios exteriores no son sino pálidos reflejos de su alma, porque la bondad de la Virgen real es íntima. En nosotros, la gracia cae gota á gota; pero en el jardín del Señor entra en arroyos, le riega con sus aguas fecundas, le hace producir abundantes cosechas. En nosotros, jamás es ese manantial tan fecundo que no pueda ser aumentado; mientras que en María es la plenitud de su virtud y la corona de todas sus aureolas. Virgen, esposa y madre, es reina siempre y en todas partes y nadie puede disputarle su cetro y su grandeza. Tal es la hija del Padre, embellecida como una niña y favocerida con todos los dones de su poder. ¡Cómo podía dejar de bajar el cielo sobre tan preciosa criatura! «Descenderemos en el justo y estableceremos en él nuestra morada.» ¿Y quién fué más justo y perfecto que María? La sabiduría nos dice que nadie: «Muchas hijas de Israel reunieron tesoros; tú las aventajas á todas.» ¿Por qué así? Esto es lo que nos va á explicar el comentador.

La gloria de las heroínas de Israel, dice, no es sino el reflejo de otra luz; no es sino una sombra de la obra maestra que se ha de ver; sombra y no más de la verdad. Débora supo vencer al enemigo de un pueblo y cantar ella misma su victoria; pero María triunfó de los enemigos de todos los pueblos, y todas las generaciones repiten entusiasmadas sus cantos de victoria.

Judith mató al terrible Holofernes y salvó á Betulia; pero María quebrantó al demonio y salvó al humano linaje.

Esther halló gracia á los ojos de un príncipe asiático; pero María fué saludada y llena de gracia por uno de los príncipes de la corte celestial.

¿De dónde le vinieron semejantes privilegios? Creemos que ya es tiempo de que nos lo preguntemos para

que saquemos algún provecho de nuestra propia contestación. Pero es muy fácil darla, tan fácil como hacer la pregunta. Supongo que no habéis echado en olvido el modo de obrar del Criador. Su acción obra siempre sobre la nada, y de la *nada* se sirve para obrar las cosas más grandiosas. Si se propone destruir un enemigo, le basta con hacer resonar el eco de un metal ó soltar algunas nubes de mosquitos. Si quiere conquistar el universo, le basta con escoger doce ó trece desconocidos destituidos de fuerza, talento y riqueza, y muere dejándoles á ellos el éxito de esta empresa, en la que triunfan. La debilidad tienta la fuerza de Dios; y esta misma debilidad, cuando se confiesa, acaba por ser la gran virtud de la humanidad. Dios deja de resistir; acude donde la ve y obra con ella prodigios sin número. Cuanto más profunda es, más le atrae. ¿Ha habido acaso alguno más humilde que María? ¿No recordáis las palabras que dirigió al ángel mensajero de la Encarnación? «Sierva soy del Señor; hágase en mí según tu palabra.» ¿No es este el heroísmo de la humildad? Se le dice que ella es la de quien han hablado todos los profetas, que va á recibir el derecho de ser la madre del Mesías, que será su servidor y mucho más todavía, puesto que será su hijo, y no se hincha su corazón de orgullo, y ni siquiera se manifiesta admirada. ¡Cuán profunda era su humildad! Tanto lo era que jamás criatura alguna la igualó; si no hubiese sido así hubiera habido más de una madre de Dios. No os diremos, pues, que seais tan humilde como ella; pero sí os recomiendo que procuréis siquiera imitarla. Cuantos más esfuerzos hagáis por humillaros, más se os acercará Jesús. ¿Qué es, pues, esa humildad? Esta humildad, hermanos míos, no es otra cosa más que el justo conocimiento que tengáis de lo que valéis. ¿Qué valéis según vuestros propios méritos? Si sois hermosas ¿á quién debéis esta hermosura? Si tenéis talento ¿quién os lo dió? ¿Si sois sabios, de dónde sacas-

teis vuestra sabiduría? Si sois ricos ¿quién permite que lo seais? Si os hacéis estas preguntas, deberéis doblar la cabeza, porque aun cuando valieseis cada uno mucho más que los otros, no tendríais el derecho de enorgulleceros, sino que deberíais recordar que la Providencia puede despojaros de todo. ¿Qué somos los mortales al lado de María? Y sin embargo, ella se complace en llamarse y manifestarse sierva del Señor y sierva de sus prójimos. Así fué como mereció atraernos á Dios sobre la tierra y ser llevada á los cielos. No pueden ser los hijos más privilegiados que los padres, y para reinar con ella en el cielo, deben ser como ella humildes en la tierra.—Así sea.

CIRCUNCISION DEL NIÑO JESUS

DÍA CATORCE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Ecce venio, Deus: in capiti libri scriptum est de me ut facerem voluntatem tuam; Deus meus volui, et legem tuam in medio cordis meis.

Psal., XXXIX, 8, 9.

Per inobedientiam unius hominis peccatores, constituti sunt multi, et per unius obeditionem justi constituentur multi; sicut regnavit peccatum in mortem, ita, et gratia regnet per justitiam in vitam æternam.

Rom., V, 13.

Apparuit Abrahæ Dominus, et dixit ad eum: Ambula coram me, et esto perfectus: ponam fœdus meum inter me et te, et multiplicabo te vehementer nimis. Cecidit Abraham pronus in faciem, dixitque ei Deus: ego sum, et pactum meum tecum, erisque pater multarum gentium.

Genes., XVII, 1-4.

Dixit iterum Deus Abraham: Et tu ergo custodies pactum meum, et semen tuum post te in generationibus tuis. Hoc est pactum meum quod observabitis inter me et vos, et semem tuum post te: circumcidetur ex vobis omne masculinum: et circumcidetis carnem præputii vestri, ut sit in signum fœderis inter me et vos.

Ibid., 9-11.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

teis vuestra sabiduría? Si sois ricos ¿quién permite que lo seais? Si os hacéis estas preguntas, deberéis doblar la cabeza, porque aun cuando valieseis cada uno mucho más que los otros, no tendríais el derecho de enorgulleceros, sino que deberíais recordar que la Providencia puede despojaros de todo. ¿Qué somos los mortales al lado de María? Y sin embargo, ella se complace en llamarse y manifestarse sierva del Señor y sierva de sus prójimos. Así fué como mereció atraernos á Dios sobre la tierra y ser llevada á los cielos. No pueden ser los hijos más privilegiados que los padres, y para reinar con ella en el cielo, deben ser como ella humildes en la tierra.—Así sea.

CIRCUNCISION DEL NIÑO JESUS

DÍA CATORCE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Ecce venio, Deus: in capiti libri scriptum est de me ut facerem voluntatem tuam; Deus meus volui, et legem tuam in medio cordis meis.

Psal., XXXIX, 8, 9.

Per inobedientiam unius hominis peccatores, constituti sunt multi, et per unius obeditionem justi constituentur multi; sicut regnavit peccatum in mortem, ita, et gratia regnet per justitiam in vitam æternam.

Rom., V, 13.

Apparuit Abrahæ Dominus, et dixit ad eum: Ambula coram me, et esto perfectus: ponam fœdus meum inter me et te, et multiplicabo te vehementer nimis. Cecidit Abraham pronus in faciem, dixitque ei Deus: ego sum, et pactum meum tecum, erisque pater multarum gentium.

Genes., XVII, 1-4.

Dixit iterum Deus Abraham: Et tu ergo custodies pactum meum, et semen tuum post te in generationibus tuis. Hoc est pactum meum quod observabitis inter me et vos, et semem tuum post te: circumcidetur ex vobis omne masculinum: et circumcidetis carnem præputii vestri, ut sit in signum fœderis inter me et vos.

Ibid., 9-11.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Infans octo dierum circumcidetur, omne masculinum in generationibus vestris; tam vernaculus quam empitius circumcidatur et quicumque non fuerit de stirpe vestra: eritque pactum meum in carne vestra, in fœdus æternum. Masculus cujus præputii caro circumcisa non fuerit, delebitur anima illa de populo tuo, pactum meum irritum fecit.

Genes. XVII., 12-14.

Et postquam consummati sunt dies octo ut circumcideretur puer, vocatum est nomen ejus Jesus quod vocatum est ab angelo priusquam in utero concipereture.

Luc., II, 21.

Omnes prophetæ testimonium perhibent, remissionem peccatorum accipere per nomen ejus omnes qui credunt in eum.

Act., X, 43.

Salvator noster Jesus-Christus dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate et mundaret sibi populum acceptabilem sectatorem bonorum operum.

Tit., II, 14.

Omnia pene in sanguine secundum legem mundantur, et sine sanguinis effusione non fit remissio.

Hebr., II, 9.

Dicite filiæ Sion: Ecce Salvator tuus venit, ecce merces ejus cum eo, et opus ejus coram illo: et vocabunt eos, populos sanctus, redempti a Domino.

Isa., LXII, 11.

Cum mortui essetis in dilectis, et præputio carnis vestræ, convivificavit vos cum Christo, donans vobis omnia dilecta.

Coloss., II, 13.

Gratificavit nos Deus in dilecto Filio suo in quo habemus redemptionem per sanguinem ejus, remissionem peccatorum secundum gratiæ divitias ejus, quæ superabundavit in nobis.

Eph., VI, 1.

Ipse est pax nostra, legem mandatorum decretis evacuans, ut duos condat in semetipso in unum novum hominem.

Eph., II, 14.

Nemo potest dicere: Dominus Jesus nisi in Spiritu Sancto.

I. Cor., XII, 3.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Ved si no es verdad que haya venido á ejercer el oficio de mediador entre Dios y los hombres, el que acabado apenas de nacer, trabaja para reconciliar al cielo con la tierra, para unir lo más bajo con lo más alto. Nace de una mujer, pero de una manera tan maravillosa, que al comunicarle la fecundidad, no altera su virginidad. Envuelto está en pañales, pero los espíritus bienaventurados los celebran en sus cantos; oculto está en un establo, pero marcada está su presencia por una estrella que brilla en el cielo. Su circuncisión da así testimonio de la humanidad que ha tomado por nosotros, y su gloria divina brilla en el nombre que le da el cielo y que está sobre todos los nombres. (*Bernard. serm. in Circum.*)

II. Vimos poco ha á un niño, al verdadero Emmanuel, acostado en un pesebre, y como todos los demás niños, envuelto en pañales; pero sobre su cuna revoloteaba un grupo de ángeles haciendo resonar cánticos sonoros. Estos ángeles anunciaban á los pastores de las inmediaciones el nacimiento del niño Dios. Mas ahora le vemos ya sujetarse á las leyes de Moisés; digo mal, porque se somete á sus propias leyes sancionándolas con su ejemplo divino. Por esto nos dice el apóstol san Pablo: «Cuando éramos niños estábamos bajo la esclavitud de las cosas de este mundo; pero llegada ya la plenitud de los tiempos, Dios nos ha enviado á su Hijo, nacido de una mujer y sometido á la ley, para rescatar á los que sufren el yugo de la ley. (*Cyrill. Alexandrin*).

III. Hoy es cuando ha derramado el niño las primeras gotas de su sangre. Se le ha hecho la incisión con una piedra afilada. ¿No debemos compadecer su dolor? Com-

padezcamos también el dolor de la madre. El niño Jesús ha llorado á causa del dolor que sintió en su carne, porque tiene sensibilidad en su cuerpo como los demás hombres. Mas al llorar el niño, ¿creeis que podrá su madre dejar de llorar con Él? (*S. Bonavent. in Medit. vit. Christ., cap. VIII*).

IV. La Virgen lloraba, y al verla su hijo derramar lágrimas le ponía sus manecitas en el rostro y en la boca como para indicarle que no llorase tanto. La amaba tiernamente y natural era que procurase calmar su aflicción. Y la madre que á su vez se sentía herida hasta el fondo de sus entrañas viendo llorar á su Hijo, procuraba consolarle con sus cariños y palabras afectuosas. (*Id. Ibid.*)

V. Su corazón de madre la hacía comprender la voluntad de su Hijo que no articulaba aun palabra alguna y decía: Hijo mío, si queréis que mis lágrimas cesen de correr, no lloréis más, porque vuestras lágrimas hacen brotar las mías. Y compadecido de su madre, dejaba el Hijo de llorar. Entonces la madre enjugaba su llanto y el llanto de su Hijo, le daba de mamar y procuraba con sus amorosos cuidados hacerle olvidar el dolor que acababa de sentir. (*Id. Ibid.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

I. Todo en la vida de María es extraordinario y divino; y sin embargo, ella se esfuerza en hacer que todo parezca ordinario y común.

No debemos ver una virtud particular al seguir á María en el viaje que hizo de Belén á Jerusalén llevando en sus brazos á su Hijo que sólo tenía ocho días de nacido, para someterle á la ceremonia de la circuncisión. Lo que debemos ver es un conjunto de virtudes que concurren á aumentar el amor y devoción que tenemos á María.

¡Cuán conmovodoras escenas se presentan á nuestra imaginación! Acaba Jesús de nacer y María es madre de Dios. Los pastores se presentan para adorarla y los reyes de Oriente han llegado para ofrecer á sus pies sus ricos presentes y el homenaje de su corazón; los ángeles han entonado sus cánticos armoniosos al rededor de la gruta y las montañas de la Judea se han visto iluminadas por un desconocido resplandor. María permanecía tranquila en medio de estos acontecimientos que conmovían el cielo y la tierra; recogida y silenciosa no olvidaba ni un instante la ley de Moisés, que obligaba á todas las madres á sujetar á sus hijos á las ceremonias de la circuncisión.

No sin una grande emoción introdujo por primera vez á su Hijo en el templo. María sabía que Dios la había hecho Madre de un Dios oculto, y se oculta y confunde con las otras madres, como se confundirá también con ellas el día de la purificación.

Dióse al niño el nombre de Jesús. María sabía que Dios le había dado también este nombre y no dió señal alguna de saberlo. Aparentaba ignorarlo todo y fué y cumplió escrupulosamente con cuanto prescribía la ley. Regresó á su casa con la misma humildad y sencillez, observando el mismo silencio que tenía de costumbre, procurando no levantar una sola punta del velo que ocultaba al mundo tantos misterios.

II. Todo es en nosotros ordinario y común; y sin embargo, nos obstinamos en aparentar y aparecer mucho mejores de lo que somos.

El orgullo nos empuja siempre hacia arriba; el amor propio y la vanidad quieren siempre que aparentemos lo que no somos.

El retiro, la vida oculta y la soledad son á nuestros ojos como un sepulcro. ¡Cuán lejos estamos de seguir el ejemplo de María!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. ¿Quién podrá expresar lo que pasó en el corazón de María cuando vió á su hijo sujeto á una ceremonia tan dolorosa como humillante? Admirada de ver á un niño Dios que por su exceso de bondad, derramaba por los hombres las primicias de su sangre, se entregaba á los más vivos trasportes de gratitud, y practicaba fervorosos actos de amor y adoración. Al sacrificio que Jesucristo hacía de sí mismo con su Padre, unía María el de su propia persona que ofrecía con su Hijo y por su Hijo. Entremos en las disposiciones de esta santa madre; prosternémonos á los pies del trono de Dios para pagarle el tributo de nuestros homenajes y consagrarnos á su servicio con Jesucristo y por Jesucristo.—(*Godescar, Vida de los Padres*).

II. Imposible es enumerar los dolores que sufrió María. Cada mirada de Jesús era como un puñal que penetraba en su alma. Cada vez que lanzaba un grito aumentaba el amor que le tenía María, cuyos dolores eran cada vez mayores. Cada movimiento de Jesús la sumergía en una mezcla de penas y alegrías acerca del pasado y el porvenir, que le causaba una impresión profunda. Cada acto sobrenatural que sentía en su corazón, y sentía muchos, era para ella un nuevo dolor. Efectivamente, ora descubriese alguna nueva maravilla de su divino Hijo, ya que tuviese algún nuevo testimonio de su amor, ya que estrechando su unión con Jesús é iluminando más y más su espíritu la arrebatase en éxtasis de maternal delicia; en fin, cuando quiera que su piedad se encendiese con nuevas llamas en todos esos movimientos interiores, no cabe duda en que, mientras más caro y precioso fuese para ella nuestro Salvador, había de sentir más y más lacrado su corazón por los indescriptibles tormentos de aquella pasión tan cruel y tan afrentosa.—(*Faber, al pie la Cruz, cap. I, § 1*).

III. A los ocho días de su nacimiento, el Hijo de Dios fué circuncidado y llamado Jesús, según la orden de su Padre celestial. Debió tener sus padrinos como todos los israelitas; pero se ignora completamente en quién recayó este honor. En cuanto á la ceremonia de la circuncisión, que siempre se hacía bajo los auspicios de Elías, cuya asistencia visible, decían los hebreos, no faltaba nunca, tuvo lugar, según San Epifanio, en la cueva misma en que nació Jesús; y San Bernardo presume, con bastante verosimilitud, que San José mismo fué su ministro.—(*Orsine, La Virgen*).

IV. Considerados ya los caracteres propios de los dolores de la Santísima Virgen, debemos tratar ahora de otra nota no menos singular que los distingue y que es necesario tener presente siempre, á saber: cómo iba junta con aquellos dolores la mayor alegría. Así se lo reveló á Santa Brígida la misma Santísima Virgen, diciéndole que á sus penas había estado asociado constantemente un copiosísimo raudal de celestial regocijo. Y cierto que no podía ser de otro modo. ¡Cómo, en efecto, concebir que una criatura racional, exenta de pecado, pudiese existir de otra manera que

anegada en un torrente de júbilo! La bienaventuranza es la vida de Dios, y de esa vida manan todos los torrentes de delicias que inundan á la creación entera. No hay otra causa de dolor sino el pecado, y bien que el inocente pueda padecer por culpas ajenas, su padecimiento no puede jamás privarle de aquel regocijo permanente y profundo que la unión con Dios ha de producir necesariamente. Además, no hay merecimiento sin amor, y los padecimientos mismos de la Santísima Virgen no fueron meritorios sino en cuanto del amor nacían y el amor los animaba; el amor era la causa real de sus dolores, y del exceso de su padecer. Pues bien: sabido es que el amor no puede existir sin delectación; por cuanto él es de suyo y esencialmente un regocijo de donde se sigue que la magnitud del celestial regocijo de nuestra Madre Santísima debió de ser proporcionado á la grandeza de su amor.—(*Faber, María al pie de la Cruz, cap. I, § 5*).

V. Afligirse y regocijarse todo á un tiempo, cosa es posible, aun para nosotros mismos, cuya vida interior fué tan alterada, perturbada y desquiciada por la culpa; todos nosotros lo hemos experimentado así, por más que nuestra naturaleza sensitiva sea un campo de batalla donde los combates duran poco, quedando muy luego dueña del campo una ú otra de las opuestas pasiones. Pero en Jesús y María fueron perfectas la simultaneidad y coexistencia del más eminente regocijo y el más vivo dolor; y aun diremos que constituyeron el estado normal de su vida terrestre. Añadiremos que es también uno de los fenómenos más singulares de la Encarnación, fenómeno que parece haber sido en la naturaleza humana de Nuestro Señor, uno como reflejo ó imagen de la unión de sus dos naturalezas en una sola persona, y que de todos modos constituye uno de los caracteres singulares cuya participación otorgó Jesús pródigamente á su Madre. Nuestro Señor en su pasión, restringió, digámoslo así, la luz y la gloria de su divinidad para que no penetraran sensiblemente su naturaleza humana; y aun osaremos añadir que quiso velar la visión beatífica de aquella su sagrada humanidad que brillaba sin nubes en su espíritu desde el primer instante de su Encarnación, para evitar así que su naturaleza sensible quedase contenida en una órbita de felicidad que habría amortiguado sus padecimientos y apagado el fuego de su prolongada agonía. Pues del propio modo, y según la medida con que había sido otorgada, la Santísima Virgen, á causa de su íntima unión con Dios, poseía en lo profundo de su alma un regocijo pleno, bien que contenido en una esfera propia que no le dejase manifestarse con todo su esplendor, ó tal, al menos, que hubiese hecho imposible todo acceso de dolor en su corazón purísimo. Lejos de impedir este acceso, el regocijo de la Santísima Virgen, como ya lo hemos dicho antes, no sólo era alivio á sus padecimientos, sino que los acrecentaba. Recordemos también con este motivo el cotejo que hemos trazado entre los padecimientos de María y los de los otros mártires: éstos cantaban en medio de las hogueras y se regocijaban á la vista de las fieras que iban á devorarlos, porque sus almas estaban indemnes y henchidas de júbilo mientras les desgarraban la carne y les quebrantaban los huesos; pero en María el alma era cabalmente quien padecía más, por la idea misma que dentro de ella entraban la alegría y

el dolor. En todo esto había algo que se asemejaba, cuanto es posible, á los misterios divinos, porque era una verdadera participación de los caracteres especiales de Jesús, un fraccionamiento del alma que la dividía en dos partes sin destruir por eso su unidad, una excisión sin guerra, una llaga que renovaba la vida, un combate en que todo era paz y concordia. —(*Faber, la Virgen al pie de la Cruz, cap. I, § 5*).

VI. Otra fuente de gozo para María era el participar del gozo de Jesús, cuyo corazón en medio de su angustia abrigaba todo un océano de alegría; alegría que ninguna otra criatura en la tierra podía compartir sino su Madre, porque ninguna otra podía comprenderla. Distribuida entre la innumerable muchedumbre de escogidos la parte que la Santísima Virgen alcanzaba de esa alegría, tocaríanos á todos porción mucho mayor que podríamos resistir. Inundábala también de gozo singular el ver á Jesús pagando entonces de maravillosa manera las gloriosas prerrogativas que Él la había otorgado: cuando aquella preciosísima sangre roció y tiñó las azucenas de sus manos virginales, conoció que era, y como tal la adoró, el precio de su Concepción Inmaculada. ¡Cómo, penetrando este misterio, pudiera María no amar á Jesús diez mil veces más de lo que le había amado hasta entonces? Pues bien, al arrebato de amor no puede menos de seguirse júbilo arrebatado.—(*Faber, la Virgen al pie de la Cruz, cap. I, § 5*).

VII. Es también Jesús, niño adorado en los brazos de María; pero esta representación del mismo misterio por un evangelista diferente del que nos ha trazado la narración de los pastores, es una prueba sensible de la importancia que Dios ha querido la demos. No parece sino que Jesucristo gusta tanto de aparecer niño en el regazo de su Madre, que nada de cuanto á ello conduce le parece sobrado. En ese estado quiere mostrar toda su flaqueza, sobre ese trono quiere hacer adorar toda su majestad. En ningún tiempo de su vida apareció tan hombre, ni fué reconocido tan Dios. Y como de María quiere sacar el testimonio más sensible de su debilidad humana, sobre María refleja el resplandor más vivo de su divinidad. Por eso no bastaba la adoración de los pastores, sino que era también necesaria la de los reyes; no bastaba la adoración de los judíos, necesitábase la de los gentiles: no bastaba la naturaleza angélica, sino que era aun necesaria la naturaleza física, para proclamar esta grande enseñanza.

¡Y cuántas otras enseñanzas particulares se hallan en estas contenidas! No descuidemos indicarlas, porque, si bien en el estudio de este misterio nos proporcionamos especialmente la gloria de María, todo lo que concurre á dárnosla á conocer aprovecha á la parte que en él toma.

Así como Jesús Niño no puede pasar sin su Madre, así nosotros no podemos pasar sin adorarlo en sus brazos, y por consiguiente, sin honrar á esta Madre con el mayor honor que pueda tributársele después del de la adoración, puesto que debe aproximársele en la proporción de la unión, de la consanguinidad y afinidad que une al hijo con la madre, y al Niño Dios con su Madre Virgen.

Y esto, por un grande y tierno designio; para atestiguar el misterio de los misterios, el misterio de la Encarnación, el misterio de Dios hecho hombre é Hijo del hombre. Aquí está todo el cristianismo que es propiamente el culto del HIJO DEL HOMBRE y de la MADRE DE DIOS. Dos cultos que se llaman, se abrazan, están entre sí tan estrechamente unidos como el *Hijo y la Madre*.—(*Nicolás, la Virgen según el Evangelio, cap. II, § 3*).

VIII. Las grandezas de María se niegan á toda comparación; sólo pueden medirse unas por otras, y por eso no las vemos. Así, María profesa la virginidad hasta el punto de sacrificarla, el honor de llegar á ser madre de Dios, y practica la humildad hasta el punto de hacerla el sacrificio del honor de esta misma virginidad: son alturas sobre alturas, cuya cima sobrepuja todas las virtudes de la tierra y de los cielos, excede todo conocimiento, aun el de la Virgen, y todo tiene por espectador, la vista de Dios que contempla la humildad de su sierva en medio de las grandezas de que la ha colmado. Al despojarse de estas grandezas mediante esa humildad, las justifica, las merece, las consuma. Así que, no puede ponerse en duda, que de la Purificación, que no necesitaba, salió María más pura Virgen, más digna madre de Dios, habiendo salido más humilde. Esto es lo que contiene el misterio de la *Purificación*, bajo de una sencillez, que no deja aparecer nada, y que borra hasta sus vestigios.

Pero merced á un maravilloso encadenamiento de méritos y gracias, de abatimiento y grandezas en María, he aquí, en que en el mismo instante en que sacrifica á los ojos de los hombres la dignidad de Virgen Madre de Dios, es revestida de una nueva grandeza: de la que vemos en el misterio de la *Presentación*, y que debemos ahora considerar.—(*Nicolás, la Virgen según el Evangelio, cap. XIII, § 1*).

ARTÍCULO V

PLATICA XIV

MARÍA ESPOSA DEL ESPÍRITU SANTO

A medida que vamos adelantando en nuestro asunto notamos más y más las riquezas que contiene. La niña escogida por el Padre Eterno pasó á ser la joven llena de gracia á la cual viene á convidar un ángel del cielo para que admita el incomparable honor de ser la madre de Dios. Permitidme que os describa en unas cuantas palabras esta escena sin segundo en los anales de la humanidad, en la que dos ministros plenipotenciarios de dos potencias enemigas desde hace muchos siglos hacen una alianza indisoluble para siempre. La entrevista tuvo lugar sin testigos en Nazareth, pequeña ciudad de la Judea,

entre el ángel del Altísimo y la Santísima Virgen. Esta se siente turbada durante unos instantes por la aparición del ángel y especialmente por las halagadores frases que que la dirije. «Nada temas María, le dice el enviado, porque has hallado gracia delante del Señor. Concebirás un hijo que tendrá por nombre Jesús. Será grande y se llamará el Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le entregará el trono de David su Padre. Reinará eternamente en la casa de Jacob y su reino no tendrá fin.» Y María le dice al ángel: ¿cómo podrá ser esto si no he conocido varón? Y el ángel el responde: *El Espíritu Santo descenderá en tí* y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.

No comentaremos este pasaje, del que brotan torrentes de doctrina y de piedad. Esto nos distraería de nuestro principal objeto, que es hoy el estudiar las relaciones que existen entre María y la tercera de las personas de la Santísima Trinidad. Estas relaciones ensalzan sobre manera á nuestra querida Virgen, puesto que la hacen contraer una alianza á ella, que no es más que una simple criatura, no solamente con uno de los reyes de la tierra, ni con uno de los príncipes del cielo, sino con el *amor* del Criador, con el Espíritu Santo encargado desde los primeros días del mundo de caminar sobre el caos y comunicarle movimiento y vida. María va á contraer un matrimonio como no se ha visto nunca y como jamás se verá. El Espíritu Santo la toma por esposa. ¡Qué esposo, hermanos míos! No me preguntéis si es grande. Medid, si podéis, la altura de los cielos, y al mismo Dios; abarcad todo el poder que sin esfuerzo ha creado el universo, y comprenderéis la grandeza del esposo de María. ¿Queréis saber si posee grandes virtudes y riquezas? Él es el que ha puesto en las entrañas de la tierra los preciosos metales que encierran; Él ha llenado los mares de arena; Él ha tapizado los cielos de estrellas y arrojado á los vientos las semillas de la vejetación. Es el conjunto de las

virtudes divinas, que han hecho concebir el Verbo en el seno de María. Fiel á sí mismo se complace Dios en formar en los hombres eso que se llama círculos viciosos, y que son en Dios soberanamente fecundos, porque no tienen más fin que su principio, ni otro principio más que su fin. La carne del Verbo es un ejemplo de ello. Esta carne que en la Eucaristía sirve de alimento, que es la fuente de todas las virtudes de nuestras almas, debía engendrar en el seno de María el conjunto de todas las virtudes. Y puesto que á mi mente se presenta esta idea, dejad que la desarrolle.

De la unión misteriosa de la divinidad con la humanidad nació el Hombre Dios, que ha venido á ser nuestro alimento cotidiano, el pan de nuestras almas por la Eucaristía. El que come la carne de este Hombre Dios, el que bebe su sangre, es el único que tiene vida cristiana; y si no come y bebe con frecuencia, se extingue la vida como se extingue la vida corporal sin alimento físico. ¿Qué otra cosa son las virtudes, sino la manifestación de esta vida cristiana? A medida que esta vida languidece, disminuyen en proporción las virtudes; una vez extinguida, se extingue también la vida. ¿Creeis que haya hombres virtuosos sin que comulguen? Sería tanto como decir que el hombre puede vivir sin comer.

Si queréis ser virtuosos, recibid con frecuencia la Eucaristía. Si por el contrario queréis perder vuestras virtudes naturales, dejad de comulgar. Las virtudes del mundo no tienen más que una levadura y es la carne del Verbo, formado con el puro trigo de la virginidad de María, bajo la acción fecunda del Espíritu Santo su divino esposo. Esta carne, que es la única exenta de mancha, es también la única que hace germinar la virginidad. Unión es esta verdaderamente extraordinaria de dos misterios gemelos brotados de un mismo manantial: En la Encarnación, el Verbo es concebido en el seno de María, por

la acción del Espíritu Santo; en la Eucaristía, el Espíritu Santo es concebido en el alma de los cristianos por la acción de la carna del Verbo. María es la fuente de estos dos prodigios. ¿Podremos expresar la gloria que esto le produce? Cuando un esposo que merece verdaderamente este nombre encuentra á la esposa que ha soñado para madre de sus hijos, se complace en adornarla con todas las gracias. En su compañera deposita toda su gloria. No renuncia el Espíritu Santo á estas prerrogativas humanas, y por lo tanto son incontables los encantos de que ha adornado á su esposa. Por esto forma una jerarquía á parte, mucho más elevada que la de los santos y que está en contacto con la Trinidad. No creáis, hermanos míos, que este Espíritu haya aguardado la hora de la Encarnación para preparar su obra maestra. Santa Brígida nos enseña en sus revelaciones que el Espíritu Santo estaba en el templo al rededor de María como abeja vigilante que desde el amanecer da vueltas al rededor de la rosa que no abre aun su cáliz y espera que entreabra su corola al calor del sol matutino. Veló su adolescencia, y después que hubo puesto el sello de la perfección en esta creación de su amor, más satisfecho de sí mismo de lo que pudo estarlo el Criador después de su obra en la que empleó seis días, no pudo contener ya los trasportes de su alegría, y dejó que se derramaran en un epitalamio que conservan nuestras Escrituras. Dios tuvo por vez primera una criatura digna de su amor y resonó por primera vez en la tierra una voz autorizada para defender su causa en favor de la justicia ultrajada.—Venid, almas tristes y desalentadas; venid, desheredados de la tierra; la esposa del Espíritu Santo, la que tiene en sus manos los consuelos y el amor substancial de Dios, está preparada para derramarlo en vuestras almas.....

El contento es lo que mejor nos prepara para ser espléndidos. Los reyes lo son, porque generalmente son felices. Lo mismo pasa con la reina de los cielos, que es más dadivosa todos los días, porque, esposa de un esposo cuyo amor no envejece, procurra derramar el sobrante de su felicidad. De ahí nace el continuo donativo de sus gracias y misericordias inesperadas que arrancan al infierno sus víctimas cuando más seguras las creía. Cuenta San Ligorio que un pecador endurecido en el crimen y que no quería enmendarse, tuvo una noche un sueño horrible primero y halagüeño después. Parecíale que se hallaba en el tribunal de Jesucristo, y que el demonio le acusaba con sobrados motivos. María desempeñaba como siempre el papel de abogada de los pecadores, pero no tenía en qué apoyar su mediación por ser tantas y tan grandes las faltas del pecador. El fiel de la balanza se inclinaba del lado de la condenación, cuando la Santísima Vírgen puso resueltamente su dedo en la balanza, que se inclinó en favor del criminal. Ya veis que la esposa del autor de las gracias puede hacer en un momento que se nos perdonen nuestros pecados.

Nadie debe desesperar si sabe atraerse la protección de la reina de los cielos, que es tan liberal. Para que se declare en favor nuestro basta una exclamación sincera, un simple *miserere* inspirado por el arrepentimiento. Pronunciémosle, pues, sinceramente y digámosle: ¡Oh María, desposada con la gracia para salvar á los pecadores, tú que ves mi arrepentimiento, ve también la confianza que pongo en tí y recibe en tus maternales brazos al hijo culpable que á ellos se arroja, diciendo: Oh madre mía, apiádate de mí!—Así sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADORACION DE LOS REYES MAGOS

DIA QUINCE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

In illa die radix Jesse qui stat in signum populorum, ipsum gentes deprecabuntur.

Isa., XI, 10.

Viri eublimes ad te Sion transibunt, et tui erunt: te adorabunt teque deprecabuntur, tantum in te est Deus, et non est absque te Deus.

Id., XLV, 14.

Venient populi multi et gentes robustæ ad quærendum Dominum exercituum in Jerusalém, et deprecandam faciem Domini.

Zachar., VIII, 22.

Dabitur ei de auro Arabiæ, et adorabunt de ipso semper.

Psal., LXXI, 15.

Circumspice, Jerusalem, ad Orientem, et vide jucunditatem a Deo tibi venientem.

Baruch., IV, 36.

Orietur stella ex Jacob, et consurget virga de Israël: de Jacob erit qui dominetur.

Num., XXIV, 17.

Ambulabunt gentes in lumine tuo, Jerusalem, et reges in splendore ortus tui.

Isa., LX, 3.

Surge, illuminare, Jerusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est. Quia ecce tenebræ operint terram, et caligo populos, super te autem orietur Dominus, et gloria ejus in te videbitur.

Isa, LX, 1-2.

Corde toto offerebant Domino.

I Paralip., XXIX, 9.

Benedictus es, Domine Deus Israël Patris nostri, ab æterno in æternum. Tua est Domine, magnificentia, et potentia, et gloria, et tibi laus: cuncta enim quæ in cœlo sunt et in terra, tua sunt: tuum, Domine regnum, et tu es super omnes principes.

Ibid., 10-11.

Tuæ devitiæ, et tua est gloria; tu dominaris omnium, in manu tua magnitudo et imperium omnium. Nunc igitur, Deus noster, confitemur tibi et laudamus nomen tuum inclytum. Tua sunt omnia; et quæ de manu tua accepimus, dedimus tibi. Peregrini enim sumus coram te, advenæ sicut omnes patres nostri.

Ibid. 12-15.

Obtulerunt aurum de Ophir, et ligna thyina et gemmas pretiosas.

II Paralip., IX, 10.

Quæ postquam vidit non erat præ stupore in eo Spiritus.

Ibid, 3-4.

Scio, Deus meus, quod probas corda et simplicitatem diligas, unde et ego in simplicitate cordis mei obtuli universa, et populum vidi cum in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

genti gaudio tibi offerre donaria. Domine, custodi in æternum hanc voluntatem cordis eorum, et semper in venerationem tui mens ista permaneat.

I Paralip., XXIX, 17-18.

Benedicta tu a Deo tuo in omni tabernaculo Jacob quoniam in omni gente quæ audierit nomen tuum, magnificabitur super te Deus Israel.

Judith., XIII, 31.

ARTICULO II

LOS PADRES

I. La santa madre de Dios reposaba todas estas cosas en su corazón, y así como está escrito y mientras que en vista de tantas maravillas se inundaba su alma de un gozo inefable, no podemos explicar hasta qué grado de gloria la eleva su título de madre de este Dios que contempla con sus propios ojos y cuyo pensamiento la sigue por todas partes. Como no podía cansarse de contemplar á su hijo con sentimientos en los que respiraba tanto respeto como amor, me complazco en figurármela sola enteramente con Jesús, dirigiéndole poco más ó menos estas palabras: (*S. Bas. Seleuc. hom. in Deip. c. II*).

II. ¿Qué nombre debo daros, Hijo mío? ¿El de hombre? ¿Cómo puedo hacerlo si vuestra concepción es divina? ¿Os daré el de Dios? ¿Cómo así si vuestro cuerpo es terrestre? ¿Qué debo hacer? ¿Nutriros con mi leche ó consideraros sólo como un ser divino? ¿Os prodigaré los mismos cuidados que prodigan todas las madres, ó me prosternaré á vuestras plantas para adoraros como vuestra sierva? ¿Cuál es, pues, ese prodigio inenarrable? El cielo es vuestra morada y reposáis, sin embargo, en mis brazos. Estáis prometido á todos los habitantes de la tierra y sois la incesante dicha de los ángeles que os contemplan en el

cielo. Vuestra venida del cielo á la tierra fué una venida que no dejó hueco ninguno en el cielo, pues sólo fué un acto de condescendencia divina. Hablo de vuestro amor por los hombres, mas no trato de profundizar el misterio de vuestra Encarnación. (*Id. Ibid.*)

III. Los magos vienen desde Oriente á Jerusalén con un séquito numeroso y distinguido y se detienen en el umbral de la gruta en donde ha nacido el niño Jesús. La divina madre oye el ruido de los numerosos viajeros que llegan, y coge al niño entre sus brazos. Penetran los viajeros en aquella pobre morada, doblan las rodillas, adoran á Jesús, le rinden homenaje como á su rey y le adoran como á su Dios. Admiremos su fe. ¿Qué veían allí que pudiese hacerles creer que ese niño era verdaderamente rey y verdaderamente Dios? Apenas llevaba unos días de haber nacido, estaba envuelto en toscos pañales, y le veían recostado en brazos de una madre que era pobre, en un miserable recinto, solo y sin servidumbre, con todas las señales de ser un niño común. (*S. Bonavent. in Medit. vit. Christ. c. IX*).

IV. Admirad á estos hombres que están prosternados delante de Él. Conversan con la divina madre, ya directamente, ya por medio de intérpretes, porque eran sabios y no les era tal vez desconocido el idioma de los hebreos. Le preguntaban todas las circunstancias del nacimiento del Niño, que la Virgen les explicaba, y daban fe á todas sus palabras. Ved cómo esos reyes hablan respetuosamente y con todas las señales de distinción; ved la atención con que oyen á María, que á su vez les habla con dulzura y los ojos bajos con la mayor modestia. Ni desea prolongar la visita de los reyes, ni se complace en verse objeto de la admiración de los nobles viajeros.

V. Una estrella saldrá de Jacob; el sol saldrá de la estrella, y la presencia del sol se demostrará con la aparición de la estrella. La Virgen María, estrella del mar, ha

ofrecido en su persona á su Hijo, en la cuna, los mismos presentes que los magos. Le ha presentado el oro de la dignidad real, porque es hija de reyes; y le ha ofrecido también el incienso y la mirra, porque bajo el nombre de esposa de los cánticos la vemos que posee todas estas cosas. No nos admiremos, pues, de hallarlo todo en nuestra estrella, porque la Virgen María posee en grado eminente los dones inseparables de la pureza del cuerpo y la santidad del alma. (*Petr. Damian. hom. in Epiph. Domin.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Silencio de María,
Debemos imitarle.

I. Silencio de María.

María ha llevado en su seno al Hijo del Altísimo; y le ha visto salir de él como sale un rayo del sol entre nubes. ¡Qué cosas tan maravillosas pudiera contarnos! María se deja alabar por todo el mundo, por los pastores que regresaron á sus hogares alabando á Dios, y por los magos que se alejaron admirados. Tan humilde como discreta, se deja considerar como una madre vulgar, y consiente en que su Hijo sea considerado como fruto de un matrimonio vulgar. El mismo silencio guardó José, y no sacaron ningún provecho material de tantas maravillas.

II. Debemos imitar el ejemplo de María.

Las grandes cosas que obra Dios en el interior de las criaturas nos llevan al silencio y admiración y van acompañadas de algo divino que no puede explicarse. ¿Quién podrá decir lo que sentía María en el fondo de su alma? Por esto se ocultan los secretos de Dios, á menos que Él

mismo abra los labios á ciertas criaturas para que publiquen sus maravillas.

Nada son las cosas humanas si no se conocen ni puede apreciarlas el mundo. Lo que Dios hace tiene en sí mismo un valor inestimable que sólo se aprecia juntamente con Dios.

Todos los bienes de que hacemos ostentación son falsos, y sólo les da valor la opinión de los demás. Sólo son verdaderos bienes los que se disfrutan á solas con Dios. Probadlo y veréis cuán dulce es el Señor. Gustad el silencio y el retiro; huíd las conversaciones tumultuosas del mundo; poned una mordaza á vuestros labios para que vuestras murmuraciones no os impidan oír á Dios ni os distraigan de tan dulce atención. *Vacate et videte.*

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. Los adoradores del Sol, los gentiles á quienes la cruz venía á salvar lo mismo que á los hijos del pueblo predilecto, penetraron en la humilde morada de CRISTO con tanta veneración, como en sus templos edificados sobre fuegos subterráneos y á donde giran esferas estrelladas. Según el uso de su nación, inclinaron sus frentes hasta tocar en el polvo de aquel albergue miserable, y después de haberse quitado sus ricas sandalias, adoraron al recién nacido como todo hijo de Oriente adoraba entonces á sus dioses y señores. Abriendo en seguida los cofrecitos de maderas olorosas en que estaban los presentes destinados al Mesías, sacaron el oro purísimo recogido en los contornos de Nínive la Grande, y los perfumes cambiados por frutos y perlas con los árabes del Yemen. Estos dones misteriosos no tenían nada de carnal ni de repugnante como las ofrendas de los judíos. La cuna de AQUEL que venía á abolir los sacrificios de la sinagoga, no debía regarse con sangre: así es que los magos no le inmolaron corderos sin mancha ni blancas terneras; sino que le presentaron el oro como á príncipe de la tierra, y el incienso y la mirra como obligación debida á Dios. Después de esto, inclinando la frente ante María, á quien encontraron *bella como la luna y humilde como la flor de Nénufar* invocaron sobre ella las bendiciones de Dios, manifestándole el deseo de *que nunca la mano de la desgracia pudiese alcanzarla.* ¡Ah! este voto no podía variar lo que estaba escrito en los decretos eternos.

Esta fué la última escena de esplendor y grandeza en que figuró la santa Virgen. El primer período de su vida se había deslizado como un dulce sueño del Ginnistan, bajo los artesones de cedro y oro, en medio de los perfumes sagrados, de los cánticos melodiosos y de las místicas armonías de las arpas y de las liras; el segundo lleno de maravillas y de misterios, la había puesto en comunicación con los espíritus celestes y con los príncipes del Asia; el tercero iba á abrirse bajo muy diferentes auspicios; llegábales su vez á las persecuciones, á las angustias infinitas, á los inexplicables dolores.—(*Orsini, La Virgen*).

II. Después de una larga fatiga y de vencer muchos obstáculos que se les presentaron en el camino, los magos salidos de Oriente llegaron á Jerusalén seguidos de una escolta numerosa y acompañados de algunos personajes distinguidos. Vedlos llegar frente al establo en que le plugo al Niño Jesús nacer. La numerosa concurrencia causó cierto tumulto. María, que no sabía lo que pasaba, se manifestó algo temerosa, y como es natural en todas las madres, cogió á su Hijo en brazos para protejerlo. Entraron los magos en la cueva, hincaron las rodillas y adoraron con gran respeto al Niño, cuyo trono era unas pocas pajas. Le tributaron honores como á un rey y le adoraron como á un Dios. ¡Cuanto es de admirarse la vivacidad de su fe! Y sin embargo, no vieron más que á un niño envuelto en miserables pañales descansando en el regazo de su madre, que tenía un establo por palacio y carecía de comitiva. A pesar de esto, creyeron y adoraron al Niño como á un verdadero Dios.

No se resolvían á ponerse en pie, porque consideraban que debían permanecer hincados ante el rey de los reyes. Dirigieron, por fin, la palabra á la bienaventurada madre sin servirse de intérpretes, porque esos hombres que ceñían corona, hablaban la lengua de los judíos. Preguntaban mil y mil pormenores sobre el Niño Dios á su bienaventurada madre, que les relató lo que había acontecido; y como eran hombres sencillos y de corazón recto, recogían con amoroso respeto todas sus palabras.

Digno es de admiración el respeto con que oían las explicaciones que les daba la Santísima Virgen, que repetían entusiasmados

No lo es menos la bondad de la divina María, así como la modestia que observó todo el tiempo que conversó con los magos, pues tenía bajos los ojos y en su semblante rebosaba el pudor más natural. En todos sus modales se conocía que ni se complacía hablando ni deseaba que la admirasen. Pero el Señor la dotó en esos momentos de una grande energía para que pudiese desempeñar debidamente la misión que le estaba confiada; porque los hombres que estaban delante de ella, eran la representación de la Iglesia universal que debía establecerse en todas las naciones extranjeras.

Lo que sobre todo es digno de admiración es el Niño Jesús. Ni una palabra pronuncia, pero todo en Él respira calma y majestad. No parece sino que oye y entiende cuanto se dice. Fija bondadosamente la mirada en los magos, que no pueden á su vez apartar los ojos de Él. No parece sino que su alma penetra algo sobrenatural y que su espíritu iluminado misteriosamente, entrevé secretos cubiertos por velos diáfanos. Estáticos contemplan la sorprendente hermosura del recién nacido, que era en verdad el más hermoso de los hijos de los hombres.—(*San Buenaventura, in Medit. vit Christ. cap. IX*).

III Alégrense los gentiles y estremézcanse de gozo los judíos. Un sol ha salido de una estrella, y el Criador de una Virgen ha venido á ser la criatura de esta misma Virgen. Porque el que se ha hecho hombre en su seno, es el mismo que le ha dado la existencia y tiene por nombre el Altísimo. Un sol ha salido, pues, de una estrella; la salud ha salido de la enfermedad, y la muerte ha engendrado la vida. La luz brotó del seno de las tinieblas; la amargura ha producido la dulzura. Las espinas han dado una rosa; una hija ha engendrado al Padre, una sierva á su rey. Un manantial ha producido un rio cuyas aguas brotan allá en la vida eterna.—(*Pedr. Damian. in Epiph. Dom.*)

IV. La muchedumbre que llenaba las posadas, desapareció apresuradamente de Belén.

María salió del establo y tomó una modesta habitación en uno de los mesones. Allí, y no en el establo, fué donde recibió María la visita de los magos.

¿Quiénes eran los magos? La antigua tradicción dice que eran unos reyes. Cuando menos eran jefes de tribus, personajes notables y ricos. Así lo atestiguan los presentes que hicieron el largo viaje que emprendieron y también sabios astrónomos. Ninguno de vosotros ignora esta tierna historia, que tanto nos conmueve; y lo que ella nos cuenta debió impresionar profundamente á María.

Un día llegaron á Jerusalén unos extranjeros venidos de Oriente, (Mat., II, 1 y 15) y sin fijarse en el peligro que podían correr por parte de un soberano meticuloso, preguntaron: "¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque vimos su estrella en Oriente, y venimos á adorarle. La estrella caminaba delante de nosotros y guiaba nuestros pasos; pero al llegar aquí se ha desaparecido." Herodes se turba, convoca la Sinagoga, sabe por ella que el Mesías debe nacer en Belén, llama secretamente á los magos, y esperando engañar la sencillez de estos hombres, les hace preguntas acerca de su viaje y de la fecha en que se les apareció por primera vez la estrella, para hacerles instrumento de su cruel política. Después de esto les dice con fingida calma: Id, é informaos bien acerca del Niño, y cuando le hubiereis hallado, hacédmelo saber, para que yo también vaya á adorarle. (Mat. cap. II, 8).

¿Para qué debían darte parte, Herodes? ¿Qué designios son los tuyos? ¿Quiéres tributarle también tus homenajes? Usurpador del cetro de Judá, ¿deberemos creer que quieres honrar tú al que, apoyándose en los derechos de su nacimiento y en profecía, podría arrojarte un día del trono? Lo que tú quieres, miserable, es satisfacer tu ambición y darle muerte. Vislúmbrase ya la punta del puñal que quieres clavar en sus entrañas,

pero hipócritamente finges que quieres adorarle para realizar mejor tu infame proyecto. ¡Oh María! ¿presentías ya la desgracia que te amenazaba? Partieron los magos, y al salir de Jerusalén, vieron de nuevo la estrella milagrosa. Dirigiéronse á Belén, y allí se detuvo el astro conductor, y tal vez llegó á posarse sobre el techo que abrigaba al recién nacido.

Entonces tuvo lugar un acontecimiento conmovedor para la fe: "Entrando en la cueva, hallaron al Niño con María, su madre." No se habla aquí de José, que sin duda estaba en su trabajo ó había salido en busca de provisiones, ó á pedir limosna para su familia. María estaba turbada, porque jamás había estado en sociedad con los grandes de la tierra y desconocía el lenguaje que debía usarse con ellos. Otra madre cualquiera se hubiera avergonzado en extremo al recibirles en su humilde choza, y estando ausente su esposo. La pobre madre tenía á su Hijo sobre sus rodillas ó en sus brazos. ¿Cuál no sería su gozo al ver que los magos se arrodillaban á los pies de Jesús y le adoraban con ardiente fe y colocaban incienso á sus pies, y oro y mirra? Le ofrecían incienso como á su Dios, oro como á su rey, y mirra como á uno de sus hermanos mortales.

¿Qué señales les hicieron reconocer tan prontamente á un Dios y á un rey, para ofrecerle incienso y oro? ¿Si es Dios, por qué es Niño? ¿Y por qué no tiene guardias si es rey? ¿Qué son de su cetro y su corona? Su palacio es un establo y su madre es una pobre mujer indigente. La fe de los magos es superior á las apariencias y adoran al Niño Dios sin titubear. Su fe regocija á María, realza á sus ojos la adoración de los pastores y la consuela del abondono de los judíos. Mas no se envanece.

El momento solemne de la adoración de los magos no ha sido señalado por ningún discurso notable, y María no pronunció una sola palabra que manifestara su emoción. Si nos atenemos al texto sagrado, este acto grandioso, que presagia la conversión de los gentiles, fué una especie de escena muda. No debemos dudar de que la Virgen María se acordó en esos momentos de las palabras del profeta David: Los reyes de Arabia y de Sabá le llevarán presentes, todos los reyes de la tierra le adorarán y todas las naciones le servirán. (Salmo VII. 1 y 10). Brillante porvenir se le presentaba á su Hijo, puesto que era rey. Día llegará en que gobernará el universo entero, ¿pero de qué manera ocupará el trono de todas las naciones del mundo?

¿No tratará la política de Herodes de sofocar en la misma cuna de Jesús el gérmen de cosas tan admirables? Tanto gozo y tanta admiración, tantos temores y tantas esperanzas quedaron envueltas en el más profundo silencio. ¿Qué día sabremos conservar así en nuestro corazón nuestras penas y nuestras alegrías para meditarlas solamente con Dios?—(*Monseñor Pavy, obispo de Argel, Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLATICA XV

MARÍA, MADRE DE JESUCRISTO.

En las dos pláticas anteriores hemos considerado á María como Hija muy amada del Padre y como Esposa gloriosa del Espíritu Santo. Tócame hora cumplir con la promesa hecha y ver la última relación que la hace entrar en la familia divina como Madre de Jesucristo. Desde luego comprendemos que la maternidad divina de María es la fuente principal de su gloria y la causa de todas sus prerrogativas, así como de su incomparable poder, tanto en el cielo como en la tierra. Las complacencias de que la rodeó Dios Padre, las gracias con que la embelleció Dios Espíritu Santo, su celestial esposo, tenían por objeto hacerla digna de la incomprensible prerrogativa de ser Madre de Dios.

María es verdaderamente la Madre de Jesucristo. Esta verdad es de fe; la hallamos escrita en todos los caracteres en el símbolo de los cristianos, consignada en los santos Evangelios, enseñada por todos los doctores de la Iglesia y proclamada por los concilios de los primeros siglos cristianos; *Et incarnatus est de Espiritu Sancto ex Maria Virgine, et homo factus est.*

Se encarnó tomando un cuerpo en el seno de la Virgen María por obra del Espíritu Santo y se hizo hombre, leemos en el símbolo de Nicea. Los Santos Evangelios hablan con la misma claridad, y sin proponerme multiplicar citas, no puedo dejar de repetir estas palabras del evangelista San Mateo: *Jacob engendró á José, esposo de María, de la cual nació Jesús, que es llamado el*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cristo (*I, 16*). Y hablando de los magos, dice: (*I, 11.*) *y entrando en la casa hallaron al Niño con María*, y *postrándose le adoraron*. Y San Marcos, dice en el cap. VI, ver. 3: *¿No es este el artesano hijo de María?* Todos los testimonios de los santos Padres se puede reasumir en este pasaje del venerable Beda, interpretando al apóstol San Pablo: *Dicit autem apostolus quia misit Deus filium suum factum ex muliere qui conceptus ex utero virginali, carnem non de nihilo, non aliunde, sed materna traxit ex carne..... etc.* El apóstol nos afirma: dice que Dios envió al mundo á su Hijo, engendrado en una mujer; porque después de haber sido concebido en el seno virginal de María, no fué de la nada, sino de ella, de quien recibió la carne y la vida. ¿De dónde nace sino el que la llamemos madre, la verdadera madre de Dios? *Deipara.*

En el siglo quinto un hereje orgulloso llamado Nestorio se atrevió á negar á María el título glorioso de Madre de Dios. La Iglesia se alzó indignada, y en el concilio de Efeso lanzó sus anatemas contra tan odiosa impiedad. Desde entonces quedó establecida la doctrina del Evangelio. María fué reconocida en el cielo y en la tierra, y lo será hasta la consumación de los siglos, no solamente como la madre del Cristro, sino como la verdadera Madre de Dios, la Madre de Jesucristo. «Nestorio, que se atrevió á proferir una blasfemia tan execrable, enfermó, y desde antes de morir los gusanos comieron su lengua, que fué el lugar donde particularmente le atacó la enfermedad que padeció.»

Dios tenía un Hijo: escribía pocos años hace un gran sabio, y no quiso guardarlo para sí solo; hizo partícipe de él á María, que es su Madre en la tierra, como Dios es su Padre en el cielo. Ella fué madre del Hijo más bien que madre de otra persona de la Trinidad, para la cual no hubo dos hijos, uno en el cielo y otro en la tierra, sino uno solo, el de Dios, que vino á ser el del hombre, como lo declaró el concilio de Efeso contra Nestorio. ¿Qué consecuencia se deduce de esto? Que vino á la tierra para ser Hijo de María y serlo siempre, sin que las relaciones ordinarias le desprendiesen nunca de su Madre. Todos los antiguos hebreos hacían de la palabra *hijo* el nombre propio del Mesías, como el más bello y verdadero; así es que sólo se le disputa la verdad de este título. ¿Eres el *hijo* de Dios? Tú lo has dicho, responde Jesús, y luego añade: Veréis al *hijo del hombre*, etc. No confiesa sino lo primero, pero calla respecto de lo segundo. De ahí se deduce claramente que Jesús se hizo hombre para ser el hijo del hombre, como es también el hijo de Dios. Esta cualidad cuadra con la de Madre y responde á ella.

Había en la fisonomía de Jesús tanta semejanza con la de María, que al verla decían las gentes: ¿No es su madre la que llaman María? *Nonne mater ejus dicitur Maria?* (Matth., XII, 15.) ¡Cuánto se parecen! Tiene la misma hermosura y la misma gracia divina. Así también los que sólo conocían á Jesús, decían al encontrar á María, su augusta madre: ¿No es ésta la madre de Jesús? Es el reflejo de la divinidad de ese Hombre Dios. ¿Qué debemos deducir de este dogma sagrado, hermanos míos? ¿nó comprendéis que todo el poder y toda la gloria de María brotan de esta fuente de la maternidad divina? Si María es verdaderameute la madre de Jesucristo, y si el Salvador de los hombres es verdaderamente su hijo, las relaciones de Jesús con María, son las de un hijo con su madre, las de una madre con su hijo. ¿No ha proclamado Dios una ley concebida en estos términos: *Honra á tu padre y á tu madre? (Matth., XIX, 19).* ¿Honráis á vuestros padres? Pues Jesús sólo vino á la tierra para cumplir con la ley: *et legem adimplere.*

Luego Dios cumplió en la tierra con esta ley: luego honró á su madre, es decir, la rodeó de todas las conside-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

raciones de respeto, amor y obediencia. ¿Comprendéis la incomparable gloria y todo el poder que tiene María? Manda á Jesús como manda una madre á su hijo. La vida de Jesús en Nazareth, en las bodas de Caná y en el mismo Calvario, se reasume en estas palabras admirables: *Erat subditus.* María no hará generalmente más que expresar un sólo deseo á su hijo y decir á los hombres: "Haced cuanto Él os diga." No solamente será María la Madre de Jesús, sino que será la Reina del corazón de su Hijo. ¿No es la madre la que está llamada á ejercer el más suave dominio en el pequeño imperio llamado familia? ¿Y no brilla en esa misión que desempeña la madre una aureola real? Así reinaba María en la tierra.

¿Podríamos suponer ni un instante siquiera que el cielo, que unió eternamente á Jesús con María, hubiese podido romper los lazos fuertes y dulces, y las relaciones esenciales que unían á la madre con el hijo y al hijo con la madre? Los sentimientos de nuestro propio corazón están en armonía con los de nuestra fe cristiana, y ellos nos aseguran que siempre será verdad que Jesucristo es hijo de María y que María es la madre de Dios. María será siempre la Reina poderosa del corazón de su hijo, que no puede ni podrá rehusar nunca nada á su madre, El, que es el más amoroso y obediente de los hijos. ¿Podría dejar de honrarla y amarla, y, lo diré de una vez, de obedecerla, estudiar sus deseos y concederle lo que le pida? Pedidle, dice, pedidle sin cesar, para que pueda recompensar todas las penas y amarguras que he causado á su corazón maternal. Sí, yo también digo con un gran santo y vosotros todos lo diréis conmigo: María es poderosísima con sus oraciones: *Omnipotens supplex.* Si se hace todo lo que Dios quiere, se realiza todo lo que María desea. Si Dios manda, María pide. Si Dios mandó á la nada y la nada le obedeció, María puede mandar á la muerte, y la muerte la obedecerá por orden del Todopoderoso. María puede soplar sobre las osamentas áridas, *ossa arida*, que son las almas muertas en la vida de la gracia, y volverán á la vida. Si Jesús es la fuente de la vida, ¿no es María el admirable conducto que la hace llegar hasta nosotros?

Hemos dicho que María es la Reina del corazón de su Hijo. Luego tiene en él el crédito, la influencia y la autoridad que tiene una madre sobre su hijo. Luego tiene por Jesucristo el reino del cielo, el imperio real y soberano y el poder supremo. Lo que dijo el rey Faraón á José al nombrarle su primer ministro y confiarle el gobierno de todas las provincias de su reino, lo ha dicho Jesús á su madre al confiarle el cetro de los cielos. Nadie podrá en lo futuro dar un paso ni nada hacer sin su permiso, es decir, que nadie podrá bajar del cielo ni subir á él sin su voluntad. Todas las gracias de luces, todas las palabras de misericordia, todas las llamas de amor, todo pasa por sus manos, todo brota de su corazón inmaculado.

Terminemos, pues, hermanos míos, considerando que la confianza que pongamos en María ha de ser tan grande como el poder que tiene ella en el cielo. Jamás agotaremos el crédito que tiene. No olvidemos que es la madre de nuestro juez, la madre de nuestro Dios, el primer ministro de sus misericordias. «*O peccator, ne diffidas.*» ¡Oh pecadores, tened confianza! Por muchas que sean vuestras faltas, por grandes que sean vuestros crímenes y por monstruosos que os parezcan á vosotros mismos, tened presente que María puede obteneros el perdón de todos ellos. No olvidéis el poder de su intercesión. No será Dios Padre quien desoiga las súplicas de su hija; no será tampoco el Hijo quien se haga el sordo á los deseos de su madre. Tampoco será el Espíritu Santo quien aflija á su fiel esposa, negándose á satisfacer los deseos de su corazón.—Así sea.

PURIFICACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

DIA DIEZ Y SEIS

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Suscepimus, Deus, misericordiam tuam in medio templi tui.

Psal , XLVII, 10.

Sacrificium et oblationem noluisti, holocaustum et pro peccato non postulasti; tunc dixi: Ecce venio.

Psal., XXXIX, 7 8.

In capite libri scriptum est de me ut facerem voluntatem tuam: Deus meus volui, et legem tuam in medio cordis mei.

Ibid., 9.

Conserva, fili, legem patris tui; et ne dimittas legem matris tuæ

Prov., VI, 20.

Mulier, si suscepto semine, pepererit masculum, immunda erit septem diebus. Omne sanctum non tanget, nec ingredietur sanctuarium, donec impleantur dies purificacionis suæ.

Levit., XII, 2-4.

Cum expleti fuerint dies Purificationis suæ, deferet agnum anniculum

in holocaustum, et pullum columbæ, sive turturem, pre peccato, et tradet sacerdoti qui offeret illa coram Domino, et orabit pro ea.

Ibid., 6-7.

Quod si non potuerit offerre agnum, sumet duos turtures, vel duos pullos columbarum, unum in holocaustum, et alterum pro peccato orabitque pro ea sacerdos, et sic mundabitur.

Ibid., 8.

Transite, transite per portas, præparate viam populo, planum facite iter, et eligite lapides, et elevate signum ad populos. Ecce Dominus auditum fecit in extremis terræ: Dicite filiæ Sion, ecce salvator tuus venit: ecce merces ejus cum eo.

Isa., LXII, 10-11.

Ego sum illa mulier quæ stetit coram te, hic orans Dominum. Idcirco et ego commodavi eum Domino: et adoraverunt ibi Dominum.

I Reg., I, 26-28.

Et postquam impleti sunt dies purificationis ejus, secundum legem Moysi, tulerunt illum in Jerusalem ut sisterent eum Domino sicut scriptum est in lege Domini, quia omni masculinam adaperiens vulvam, Sanctum Domino vocabitur. Et ut darent hostiam secundum quod dictum est in lege Domini, par turturum aut duos pullos columbarum.

Luc., II, 22-24.

Quidquid habueris masculini sexus, consecrabis Domino.

Exod., XIII, 2.

Sanctifica mihi omne primogenitum; mea sunt omnia.

Ibid , 1.

Ex quo percussi primogenitos in terra Ægipti, sanctificavi mihi quia quid primum nascitur in Israel.

Num., III, 13.

Non veni solvere legem, sed adimplere.

Math , V, 17.

Iota unum aut unus apex non præteribit a lege, donec omnia fiant.

Ibid , V, 8.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vilior fiam plusquam factus sum, et ero humilis in oculis meis.

II Reg., VI, 22.

Una oblatione sanctificavit in sempiternum sanctificatos.

Hebr., X, 14.

Nonne Deo subjecta erit anima mea?

Psal., LXI, 1.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. ¿Dónde están las manchas de María que estuvo exenta de pasión cuando concibió y de dolor cuando dió á luz? ¿Dónde están, pues, las manchas en ese santuario del que no se ha aproximado mortal alguno y que sólo ha habitado Aquel que lo ha hecho? (*Aug. Cont. 2, Haeres*).

II. La gracia dispensaba á María de la ley, pero la humildad la sometió á ella. (*Ibid in Joan*).

III. La misma razón que nos explica la circuncisión del Hijo, nos hace comprender la purificación de la Madre. (*Bernard. serm. 3. de Purific.*)

IV. Nada hay impuro, ilícito ni manchado en esta concepción ni en este alumbramiento, y nada debe por lo tanto purificarse, porque este Niño es la fuente de toda pureza, y ha venido para purificar al género humano de las manchas del pecado. (*Id. Ibid.*)

V. En verdad, oh bienaventurada Virgen, que no necesitábais purificaros; y ¿acaso necesitaba circuncidarse vuestro Hijo? (*Id. Ibid.*)

VI. Sed entre las mujeres como una de ellas, ya que vuestro Hijo ha querido nacer como todos. Más ha hecho todavía. ¿No ha de inmolarse más tarde? (*Id. Ibid.*)

VII. ¿Por qué no entraré en el templo, yo que sin haber conocido varón he venido á ser el templo del Espíritu Santo? ¿Por qué no entraré en el templo yo que soy la Madre de Aquel que en el templo se adora? (*Id. Ibid.*)

VIII. Ofreced á vuestro Hijo, oh Virgen Santísima, presentad el fruto bendito de vuestro seno al Todopoderoso; ofreced por nuestra reconciliación esta víctima santa y agradable á Dios. (*Id. Ibid.*)

IX. Llegará el día en que se ofrecerá, no en el templo, sino en los brazos de Simeón, pero fuera de la ciudad, en los brazos de la cruz. (*Id. Ibid.*)

X. Aquel será el sacrificio de la tarde; este es el sacrificio de la mañana; pero á uno y á otro se les puede aplicar este oráculo del Profeta: se ha ofrecido porque ha querido. (*Id. Ibid.*)

XI. Por nosotros se circuncidó Jesús, y por nosotros también se sometió María á la ley de la purificación. (*Hieron. Comm. in Evang.*)

XII. Cuando se dice que llegará el día en que María se purifique, no debe entenderse que la divina Madre necesitaba purificarse de la menor mancha, puesto que concibió al Salvador Jesús por obra del Espíritu Santo; pero como estaba bajo la ley, y como su divino Hijo hecho hombre bajo la ley había nacido de mujer, se observaron todas las ceremonias de la ley hasta que la antigua ley cese para dar lugar á la ley de gracia. (*S. Hildephons. in libro Cont. eos qui disp.*)

XIII. Una era la purificación de las mujeres á que debía sujetarse el alma manchada, y otra fué la purificación de María, en la que solamente se conservó de una manera maravillosa una costumbre judáica. Ciertamente que era sin mancha la que había llevado en su seno al que debe lavar con su sangre las manchas del humano linaje. El día señalado en el Evangelio para la purificación de María, sólo está indicado como un recuerdo de las observancias legales de los judíos. Con respecto á la

ceremonia de la purificación y á la separación que la precede, podrían indicarse muchos motivos. Lo que podemos decir en dos palabras, es que era útil al cuerpo y al alma. (*Id. Ibid.*)

XIV. Hagamos por nuestro lado cuanto esté de nuestra parte; démosle cuanto tenemos y lo que somos. (*Bernard. serm. S. de Purific.*)

XV. Cumpliendo con la ley demostraréis hasta qué punto amáis á Dios. (*Aug. in Joan*).

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

En la solemnidad de la Purificación, los tres personajes que se presentan en el Evangelio están representados en él por el Espíritu Santo en estado de inmolación.

1° Simeón, desprendido de la tierra, inmola el amor á la vida.

2° Ana, penitente y mortificada, destruye ante Dios el reposo de los sentidos.

3° María, sometida y obediente, sacrifica la libertad del Espíritu.

I. ¿En qué tiempo debemos ofrecernos á Dios?

Penetro en el templo de Jerusalén y veo en él á un niño, á una mujer y á un anciano, y esta misteriosa reunión me enseña que la vida del hombre pertenece toda entera al Señor; su juventud, su edad madura y su vejez.

II. ¿Qué es lo que particularmente debemos ofrecer á Dios?

1° Jesús ofreció su cuerpo al dolor; y dijo á su Padre que se sometía á su voluntad, y que ardía en deseos de inmolarse por los hombres.

2° María ofreció su alma á toda clase de angustias y aflicciones.

3° Simeón ofreció su vida como último holocausto y se resigna á la muerte.

III. ¿En qué disposición debemos hacer nuestros ofrecimientos?

1° Jesús se ofrece á su Padre con plena y entera libertad: *oblatuse st quia voluit.*

2° María se ofrece á Dios con toda humildad. Se somete á una ley que no se hizo para ella, y esta sumisión ha sido á los ojos del mundo la más admirable de sus prerrogativas.

3° Simeón se ofrece con gozo y gratitud. Con gozo, porque contemplaron sus ojos la salud de Israel; con gratitud, porque quiso Dios reservarle esta última dicha para sus postreros años.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. La ley de la purificación se refería á las que daban á luz según las leyes comunes de la naturaleza. Siendo la razón de la ley lo que acabamos de explicar, no comprendía, según los santos padres á la bienaventurada María, pues no tenía por qué sonrojarse de lo que en ella había pasado. Sabido es que su Hijo bajó á sus castas entrañas como un rocío suave, y salió de ellas como sale una flor de su tallo, sin dejar á su paso vestigio alguno. De esto se deduce que si estaba obligada á la ley de la purificación, era solamente por la costumbre y el orden que un caso particular no debe interrumpir.—(*Bossuet, sermón sobre la Purific.*)

II. Cuarenta días después del nacimiento del Salvador, la Virgen se creyó en el deber de ir á Jerusalén para cumplir con el precepto del Levítico que prescribía la purificación de las madres y el rescate de los primogénitos. Esta ley no obligaba á María indudablemente; porque si había sido madre para dar vida al Redentor, había permanecido virgen para sí misma, y ninguna necesidad tenía de purificarse la que era la pureza misma, puesto que á su concepción sin pecado había seguido un alumbramiento sin mancha; "pero ella se sometió voluntariamente para dar ejemplo al mundo, como dice Bossuet, á una ley penal á la cual no estaba sometida, sino porque no fuese conocido el secreto de su alumbramiento virginal."—(*Orsini, La Virgen*).

III. En el momento en que José y María penetraron en el sagrado recinto del templo, con los cielos de plata del rescate y las palomas del sa-

crificio, un santo anciano llamado Simeón, á quien una revelación divina le había hecho saber que no moriría antes de haber visto al Cristo del Señor, entró en el atrio impulsado del espíritu de Dios. A la vista de la santa familia brillaron los ojos del hombre justo, con la luz de la inspiración; adivinando al rey Mesías bajo los pobres lienzos del niño del pueblo, le tomó de los brazos de su Madre, le levantó á la altura de su rostro, y se puso á contemplarlo con arrobamiento, en tanto que gruesas lágrimas de alegría rodaban por sus mejillas venerables. "Ahora sí, Señor, exclamó el piadoso anciano levantando sus ojos humedecidos al cielo, ahora sí dejaréis morir en paz á vuestro siervo, según vuestra promesa, pues que mis ojos han visto al Salvador que nos envías, y que habéis destinado para ser expuesto á la vista de todos los pueblos, como la luz de las naciones y la gloria de Israel." Acabando de decir estas palabras, Simeón bendijo solemnemente á los esposos, y dirigiéndose en seguida á María, después de un silencio grave y triste, añadió que aquel niño nacido para la ruina y para la salvación de muchos de Israel, sería un objeto de contradicción entre los hombres, y que el dolor penetraría como la punta acerada de un cuchillo en el alma de su Madre.

A esa luz inesperada que arrojaba una lúgubre caridad sobre el gran destino del Cristo, revelároнse de repente á la santa Virgen, las ignominias, los sufrimientos de la Cruz, las fatídicas palabras de Simeón, cual el viento de la tempestad, hicieron encorvar su cabeza y sintió comprimírsele el corazón dolorosamente.

Pero María sabía aceptar sin quejarse ni murmurar cuanto le venía de Dios; sus labios pálidos se acercaron á ese cáliz de hiel y de absintio que agotó hasta las heces; y en seguida, devorando sus lágrimas, dijo con el acento de una dulce y santa resignación: *¡Señor, hágase vuestra voluntad!* En este momento de grandeza sublime, la hija de Abraham se elevó más allá del jefe y del padre de su pueblo: como él, sacrificaba también á su hijo en el altar del Señor; pero con la triste certidumbre de que el sacrificio sería aceptado, *y ella era Madre*.....

Todavía se ofrecían á su espíritu estos altos pensamientos, cuando llegó una profetisa llamada Ana, hija de Panuel, de la tribu de Aser, que era de edad muy avanzada: esta santa viuda estaba continuamente en el templo sirviendo á Dios noche y día, y entregada al ayuno y á la oración. A la vista del Divino Niño, se puso á alabar al Señor en alta voz, y á hablar de Él á todos los que esperaban la redención de Israel.

"No solamente, dice á propósito de esto San Ambrosio, los ángeles, los profetas y los pastores publican el nacimiento del Salvador, sino que también los justos y los ancianos de Israel, hacen brillar esta verdad. Los jóvenes y viejos de uno y otro sexo, autorizan esta creencia confirmada con tantos milagros. Una Virgen concibe; una mujer estéril pare; un mudo habla; Elizabet profetisa; el mago adora; un niño hace sentir su gozo en el seno de su madre; una viuda confiesa este suceso maravilloso, y el justo le aguarda.—(*Orsini, La Virgen*).

IV. Dios quería que se le consagrase el primogénito de cada familia, para que le respondiese de los demás y viniese á ser como una garantía de

la dependencia de todos. Pero cada uno de estos primogénitos no era jefe más que de su casa, y la ley á que me refiero, sólo comprendía á los hijos de Israel, lo que no procuraba á Dios más que un bien muy limitado. ¿Qué hizo Dios entonces? Escogió en la plenitud de los tiempos á un hombre, jefe de todos los hombres, cuya oblación era para Él como un tributo de todas las naciones y de todos los pueblos. Un hombre que nos representa á todos los hombres, y que desempeñando en favor de todos, el papel de amigo, responde á Dios por él y por nosotros, á menos que tengamos la desgracia de desmentirlo y que ceguemos hasta el punto de separarnos de El: un hombre, dice el grande Apóstol, por quien todos los seres reunidos rinden á Dios homenaje de sumisión, y que con su obediencia pone bajo el imperio de Dios todo lo que de Él había sustraído el pecado. Esto es lo que ha querido expresarnos el Espíritu Santo en estas palabras admirables de la Epístola á los efesios: *Instaurare omnia in Christo;* y sobre esto está fundado el derecho de primogenitura que debía poseer Jesucristo sobre toda otra criatura: *Primogenitus omnis creaturæ.*

Digo más: todas las criaturas tomadas en conjunto, que no tienen ninguna proporción con el Sér de Dios, y como dice Isaías, no siendo todas las naciones ante Dios más que una gota de agua, un átomo, la nada, por grandes esfuerzos que hicieren para mostrar á Dios su dependencia, no podían honrar bastantemente á Dios, y en el culto que de ellas recibía, quedaba siempre un vacío infinito que no podían llenar todos los sacrificios del mundo. El Hijo de Dios con su única oblación dió para siempre á los que deben ser santificados, una idea perfecta del verdadero culto que se debe al Dios vivo.—(*Bossuet, dos serm. sobre la Purif. de la Virg.*)

V. Desde aquella hora y punto, cada acto de María fué para ella un padecimiento, cada gozo una fuente de amargura; no había en su alma un sólo repliegue donde la amargura no penetrase. Cada una de sus miradas á Jesús, cada movimiento, cada palabra del Dios Niño, suscitaban, exacerbaban su amarga pena: el nuevo trascurso del tiempo acrecentaba su dolor, por cuanto apresuraba las tristes horas de Gethsemaní y las tremendas del Calvario.—(*Faber, al pie de la Cruz, cap. II*).

VI. Comprendo, oh María la visita que hicisteis á Isabel; la caridad guió vuestros pasos. Sea cual fuese la altura de la posición que nos separa de los nuestros, siempre se halla en un buen corazón ayudado de la gracia, un encanto verdadero al acercarse á ellos y prevenirles con actos de condescendencia. ¿Pero cómo me explicaré vuestra visita al templo de Jerusalén, con el objeto de purificaros de la mancha legal de la maternidad, vos, madre virgen, y que fuérais á ofrecer al Señor vuestro primogénito, cuando Él mismo era el Señor? ¡Oh abismo de sabia obediencia á una ley que no os comprendía! ¡Oh prudencia que confunde la vanidad humana y os hizo ocultar, bajo el velo de la observancia mosáica, las grandezas del que vino al mundo para poner término á ellas, y la dignidad de la que es la aurora de la nueva ley! Y más que todo, ¡oh amor del sacrificio que va, según la profecía, al encuentro de los dolores que puede sentir el corazón de una madre! Esto es lo más admirable en la purificación de María.

Que el viejo Simeón consintiera en morir, después de haber visto al Sal.

vador y de haberle estrechado en sus brazos, se comprende bien. Había visto ya el objeto de sus ardientes deseos, y sabía que el tierno beso que había dado á un niño, que hecho hombre sería el Redentor de los hombres, se convertiría para él en delicias eternas. Ya me parece ver que en la embriaguez de su alegría se olvida el buen Simeón del respeto que se debe á una madre y de los cuidados que deben tenerse con un recién nacido. Tal era la vehemencia de su amor.

Franco hasta la rudeza, no parece sino que sólo él puede gozar de esa vista encantadora, que sólo él podía disfrutar del privilegio de contemplar al hermoso, Niño tan dulce y tan amable, cuyas miradas reflejan en el cielo y cuya sonrisa enternecía la tierra. Generalmente nos sucede que cuando acariciamos á un niño, lisonjeamos á sus madres acerca del porvenir que le espera, y nunca se pronuncia una palabra que le quite sus agradables ilusiones. ¿Será esto lo que haga Simeón? No por cierto. Cierto es que dirá en voz alta á María que Jesús es la salud y la luz de las naciones, la gloria de Israel y la causa de la resurrección espiritual de muchas gentes, lo que ensancha el corazón maternal de la Virgen; pero en cambio, habla luego de su doloroso fin y lacera el corazón de la Madre, anunciándole que una espada de aflicción ha de traspasar, no sólo su cuerpo, sino su alma.

No es este el momento de entonar la *Magnífica:* los grandes dolores se callan; por lo que María inclina la cabeza al oír la palabra del oráculo y guarda un silencio profundo. ¿Cuál era la situación interior de María en esos momentos? Se equivocan los que creen, que sabía desde el primer día de la anunciación, el porvenir de Jesús y el suyo propio. Todas las cosas se le revelaban por grados con el fin de mantener su espíritu y su corazón en una constante inquietud y pendiente del cielo. Sabía, sí, que se le esperaba una larga carrera de sacrificios; que la herirían, y vislumbraba ya la espada dolorosa que debía traspasar su alma. Mas no nos dice Simeón cuáles fueron los dolores que sufrió, los momentos en que los sufrió, ni el tiempo que duraron.

La duda es el peor de los tormentos, porque la incertidumbre da lugar á que se sufran toda clase de dolores, porque todo se teme. Más vale morir á causa de un sólo tormento que vivir temiéndolos todos. ¡Por qué permitiste, Dios mío, que se tratara con tanta crueldad á una Virgen inocente, á una madre á la cual un ángel llamó inmaculada y llena de gracia, á una criatura que en el éxtasis de su alegría anunciaba que todas las generaciones la llamarían bienaventurada?

Es porque era preciso, para que participara de las grandezas de su Hijo, que partiera con Él sus sufrimientos. Con una sola lágrima, con un sólo suspiro, pudo Jesús rescatar el mundo y satisfacer rigurosamente la justicia de su Padre. Pero quiso manifestarnos toda la fuerza de su amor y se condenó al dolor para toda la vida; justo es por lo tanto que participe María de esta condición del Redentor. Desde el seno de su madre se ofreció en holocausto por nuestro rescate; y María supo desde su purificación que debía tomar parte en el sacrificio. El Niño comienza á preparar ya con sus manos endebles la cruz en que, enclavado y moribundo, apurará

todos los oprobios. La espada del dolor comenzaba también á penetrar con su aguzada punta en el corazón de María, que irá desgarrando cada vez más, destilando gota á gota la sangre de su alma, hasta que acabe de traspasarle en el Calvario.

Dejad el templo ya, oh madre de los dolores, puesto que conocéis ya vuestro destino. Llevaos vuestra espada, como lleva consigo un herido la flecha mortal que le ha traspasado hasta que sucumbe; porque moriréis vos también con Él y por Él.

¿Oiremos á María deshacerse en lágrimas al conocer lo que los oráculos predicen? ¿Preguntará por qué sucederán todas estas cosas y de qué modo han de suceder? No murmura ni una queja ni derrama una sola lágrima; nada quiere saber. Y ¿quién en tales circunstancias no es curioso? En medio de su sospecha, no su voz sino su corazón, se conforma con decir á Dios lo que había dicho antes al ángel. "He aquí la sierva del Señor; cúmplase en mí según tu palabra." Si preguntó al ángel cuando le anunció grandezas incomparables, fué porque temió no recibirlas sino al precio de su virginidad. Cuando sólo de sufrir se trató, nada le preguntó á Simeón. ¡Oh constancia admirable! ¡Oh resignación sin igual! Sólo el silencio de María en el Calvario es superior en dignidad al silencio de María en el templo. ¡Nos ha ofrecido jamás la naturaleza humana una calma tan resignada en medio de tan desecha tempestad?—*Monseñor Pavy, obispo de Argel, Mes de María*).

ARTICULO V

PLATICA XVI

MARÍA, REINA DEL CIELO

Tres días hemos consagrado á penetrar en el hogar de las grandezas de María, Virgen hija del Padre, Virgen esposa del Espíritu Santo y Virgen Madre del Hijo. Hemos procurado en estos tres días descubrir esas luces misteriosas que brillan tan resplandecientes en el cielo que encantan á los mismos ángeles y se postran admirados ante su deslumbrante resplandor. Por desgracia mis pensamientos, sepultados en las tinieblas, y mis pobres expresiones, no han satisfecho vuestros deseos ni sabido presentar á vuestros ojos una imagen más digna de sa-

tisfacerlos. Fracasarían mis esfuerzos sin duda, pero nos sostiene vuestra benevolencia y la promesa que nos hicisteis de seguirnos hasta el fin de nuestra tarea. Continuaremos, pues, con la ayuda de la gracia, y dejando el centro para recorrer la circunferencia, penetraremos en los ricos dominios que sus relaciones íntimas con la Trinidad han puesto bajo el imperio de María.

Decimos bajo su imperio, porque María es sin duda una reina. Las personas divinas que la han colocado como soberana en su corazón, no han podido negarle el cetro del universo, cuyo gobierno han puesto en sus manos después de prodigarle toda perfección. Con respecto á su gobierno, la conducta observada por la Iglesia y las lecciones que nos da no nos permiten dudar de ello. Con respecto á su perfección, no tenemos más que ver la ingeniosa hipótesis formulada por uno de los escritores de nuestros días, inspirado por su genio. Citaré solamente el sentido de ella ya que no sus palabras. Si pudiese un hijo inteligente, sensible y poderoso, recibir del cielo la facultad inaudita de formar según su ideal la mujer querida á quien debiese dar el grato nombre de madre, ¿no creeis que sería bajo el punto de vista de la hermosura y de la gracia, la más atractiva de todas las mujeres? No cabe duda que si esta creación fuese posible, veriamos á una mujer sin igual. Y ya que estamos divagando en el campo de los imposibles, ¿por qué no iremos todavía más allá? Si la mujer que suponemos añadiese á este privilegio el de ser la hija única de un padre amorosísimo, rey de todos los reyes y señor de todos los tesoros del universo; ¿creeis que dejaría ella de ser la dispensadora de esos bienes? Ya veis, pues, que la mujer que acabo de suponer lo tendría todo, pues todos los padres son iguales y se complacen en entregar á sus hijos lo que poseen. Sin embargo, algo le faltaría á la que acabamos de presentar á vuestra imaginación. Ni un hijo ni un padre

podrían conocer lo que le falta para ser perfecta. Para formar un cuadro completo, debería dársele un esposo que la igualara en poder y ternura, y el conjunto vendría á ser una Trinidad parecida á la de Dios.

¿Ha existido alguna vez una mujer como la que os hemos presentado en hipótesis? ¿En qué lugar ha habitado? Si existe en alguna parte, la concederemos desde luego el título de reina del universo.

Pues bien, hermanos míos, ha existido y existe todavía. Nació hace veinte siglos en uno de los puntos más insignificantes de Asia, y lo más extraordinario es que el mundo esperaba su venida. Los pueblos apenas conservaban de ella una memoria vaga, pero las sibilas paganas y los profetas del verdadero Dios precisaron su venida. No hace mucho rato que hemos pronunciado el nombre de esta mujer, cuya imagen está en este altar, y es la Virgen María, madre de un Hijo que existió antes que ella, hija de un Padre delante del cual se prosterna el mundo entero y le adora, esposa de un Dios á quien debe el mundo entero los torrentes de sangre que corren por sus arterias.

Esta es la reina por excelencia cuyo imperio no tiene más límites que el infinito, y toca el cielo, la tierra y los infiernos, y está donde quiera que haya un átomo de vida. En el cielo llena de admiración á los ángeles; en el purgatorio alimenta de justa esperanza á los justos; en la tierra nos manda el amor, y según opinión de algunos santos, dulcifica en el infierno la desesperación de los condenados. Su suave influencia penetra toda la creación.

Grande gozo sentiriamos si nos fuese dado visitar con vosotros, ayudados de las luces de la ciencia y de la teología, los diversos países sometidos al cetro de María; pero nuestra plática se extendería demasiado, y sería además superior á nuestras fuerzas. Echaremos una simple

ojeada sobre ellos como un viajero que pasa corriendo, pero esto nos bastará para satisfacer nuestra curiosidad. Comenzaremos nuestra excursión por el cielo, que según los teólogos se divide en cielo visible y cielo invisible. Los astrónomos han hecho una descripción del primero muy entusiasta, inspirados por el espíritu de contemplación que despertó en ellos el libro que, grabado con diamantes y caracteres de fuego, relata noche y día las glorias de su Criador. Al colocar los ojos sobre el punto de mira de sus gigantescos telescopios, vieron en los campos etéreos, nacer y multiplicarse los soles y las estrellas en número tan grande como los átomos que se mueven en el rayo de sol que penetra en una cámara oscura. Primeramente en confusión, y luego en grupos de dos según un descubrimiento reciente, estos astros, aparentemente mezclados se dividen armónicamente en familias, guiadas todas por un sol central al través de millares de curvas, y dirigiéndose hacia una luz desconocida, separándose unas veces y juntándose otras hasta formar ese camino sembrado de diamantes al que daban los antiguos el nombre de vía láctea, y los peregrinos de la Edad Media el de camino de Santiago. ¿Dónde van todos estos astros, qué fuerza los impele hacia un mismo punto y les hace mover cada uno á su vez como en un inmenso movimiento de adoración? ¿Quién sabe si van á adorar en un lugar por nosotros desconocido al *Gran sol* de Justicia y á la reina que se sienta á su lado coronada de estrellas? Pensad lo que queráis de esta suposición; según nosotros, la luz y la vida se tocan muy de cerca para que el Rey y la Reina de la vida no sean también el Rey y la Reina de la misma luz material, imagen creada de la luz increada.

En el *cielo invisible*, es sobre todo donde se ejerce y domina el reinado de María. Hablando de él no usaremos ya las palabras *tal vez* y las hipótesis más ó menos sutiles. La tradición, la teología y la Iglesia católica saludan á María con el título de reina de los ángeles, á quienes es infinitamente superior en gloria y mérito. No os sorprenderá esta aserción, hermanos míos, cuando sepáis que las criaturas engrandecen á medida que se acercan á Dios. ¿Qué ángel se ha penetrado jamás de la divindad como María? Sin embargo, los ángeles son los mensajeros de Dios, los ministros de su poder en el seno de la naturaleza. Poblado está el aire de ellos; más numerosamente lo habitan que los peces en el mar; hay algunos escritores que pretenden que son el secreto resorte del movimiento atmosférico y de la creación material. San Juan los veía en Patmos, encima de las ciudades, sobre el altar de las iglesias. Nuestro dogma católico les coloca en grupo en el hogar de la familia, y señala uno de ellos para que acompañe á cada individuo desde la cuna al sepulcro. ¿Comprendéis todo el poder de la que puede mandar á todas esas legiones de ángeles? ¿Comprendéis cuánta es la dicha y cuánto puede esperar aquél á quien ella les recomienda? Permita Dios que obtengamos semejante privilegio. Lo obtendremos, hermanos míos, si somos amantes de María.—Así SEA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PROFECIA DE SIMEON

DIA DIEZ Y SIETE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Fasciculus myrrhæ dilectus meus: inter ubera mea commorabitur.

Cant., I, 12.

Et ecce homo erat in Jerusalem cui nomen Simeon, et homa iste justus et timoratus, expectans consolationem Israël, et Spiritus Sanctus erat in eo, et responsum acceperat a Spiritu Sancto non visurum se mortem, nisi prius videret Christum Domini; et venit in Spiritu in templum. Et cum inducerent puerum Jesum parentes ejus, ut facerent secundum consuetudinem legis pro eo, et ipse accepit eum in ulnas suas et benedixit Deum et dixit: Nunc dimittis servum tuum.

Luc., II, 25.

Et erat pater ejus et mater mirantes super his quæ dicebantur de illo, et benedixit illis Simeon et dixit ad Mariam matrem ejus: Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israël, et in signum cui contradicetur, et tuam ipsius animam pertransibit gladius, ut revelentur ex multis cordibus cogitationes.

Id., 33-35.

Tolle filium tuum unigenitum quem diligis, et vade in terram vissionis, atque ibi offeres eum in holocaustum.

Genes., XXII, 2.

Pergebant ergo pariter, et venerunt ad locum quem ostenderat ei Deus, in quo ædificavit altare et arripuit gladium ut immolaret filium suum.

Genes., XXII, 8-10.

Quia fecisti hanc rem, et non pepercisti filio tuo unigenito propter me benedicam tibi, et multiplicabo semen tuum sicut stellas cœli et benedicentur in semine tuo omnes gentes terræ, quia obedisti voci meæ.

Id., 16.

Et posuerunt omnes qui audierant in corde suo dicentes: Quis putas puer iste erit?

Luc., I, 66.

Obsecro vos, fratres, per misericordiam Dei, ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem..... ut probetis quæ sit voluntas Dei bona, et placens, et perfecta.

Rom., XII, 1.

Ex omne parte me angustiæ premunt: et levans oculos suos vidit angelum Domini stantem inter cœlum et terram, et evaginatum gladium in manu ejus.

I Paralip., XXI, 13.-16.

Vidit Dominus, et misertus est super magnitudinem mali, et imperavit angelo: Sufficit, jan cesset manus tua.

Ibid., 15.

Quibus urbem ingressis, velox apud cunctos fama percrebuit: dicebantque muliers: Hæc est illa Nœmi? Quibus ait: Ne vocetis me Nœmi, id est pulchram; sed vocate me Mara, id est amaram, quia amaritudine valde replevit me Omnipotens.

Ruth., I, 19.

Non pepercisti animæ tuæ propter angustias et tribulationem generis tui, sed subvenisti ruinæ ante conspectum Dei nostri.

Judith., XIII, 25.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tu scis necessitatem meam, quod nunquam lætata sit ancilla tua, nisi in te, Domine Deus Abraham. Deus fortis super omnes, exaudi vocem eorum qui nullam aliam spem habent et erue me a timore meo.

Esther., XIV, 16.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. La madre le presentó admirada á Simeón, que, tomándole en sus brazos con respetuosa solicitud, se levantó bendiciendo á Dios y exclamó: Dejad, Señor, que muera en paz vuestro siervo. Profetizó la pasión del Salvador, y siguió después la profetisa Ana, que también adoró al Niño y pronunció algunas palabras inspiradas. Admirada María de todo lo que veía y oía lo depositaba todo en el fondo de su corazón. (*S. Buenav. Medit. vit. Christ. II*).

II. Grato era ver caminar alegremente á los dos ancianos José y Simeón, unidas las manos, manifestando sus extremos de alegría con sus movimientos y cantos piadosos. Seguíales la madre llevando en sus brazos al rey Jesús. Ana la acompañaba y caminaba á su lado sonriendo modestamente y alabando al Señor desde el fondo de su corazón que rebozaba dicha. Llegados al pie del altar, la madre, llena de conmoción, ofreció á su Hijo. (*Id. Ibid.*)

III. La madre inmaculada fué testigo de lo que pasaba en el alma de aquellos á quien visitaba el espíritu de profecía, advertida con anterioridad de la pasión de su divino Hijo y confirmada en la verdad de la fe por el testimonio de algunos santos personajes. Lo que Dios le había revelado, lo que ella misma había aprendido con la lectura de las santas Escrituras, veía que se cumplía en los transportes del anciano; Dios lo permitía así para que

en medio de tantos misterios no vacilase nunca su fe. (*S. Lorenzo Just. in Purificat.*)

IV. Decidme lo que pensáis de las palabras de Simeón para que me conforme yo con vuestro parecer. Si las tomo en su sentido literal, quedo en una profunda oscuridad. En el pasaje en que el santo anciano alude á los tormentos que debe sufrir, habla de una espada que atravesará su cuerpo; pero en ninguna parte encuentro que María hubiese muerto de una manera violenta. Jamás he sabido que María tuviese atravesado el cuerpo por una espada. No cabe duda que cuando el Profeta habla de un instrumento de acero, alude á la espada de la palabra divina, porque en el versículo siguiente dice: La palabra de Dios la invirtió en fuego. Efectivamente, la palabra de Dios es un fuego y una espada, y tenemos una prueba de ello en estas palabras salidas de los labios mismos del Salvador: «He venido á poner el fuego sobre la tierra, y cuál es mi deseo sino el que arda?» Y en otro lugar dice: «No he traído la paz, sino la espada».

V. ¿Qué dices, santo anciano? ¿Por qué mezclas así el gozo con la alegría? Hasta ahora no has hablado sino de gloria y de luz, pero ya no hablas más que palabras de ruina, y sólo anuncias los desastres que causará la espada. —Así sucederán las cosas, dice el anciano, y cada cosa llegará á su hora; la ruina para los malos y luego la resurrección para los buenos.—El Salvador será objeto de contradicción, para que, testigos de los crímenes y de las virtudes que brotarán á nuestros ojos, sepamos distinguir en la tierra el bien del mal. Ni aun el alma de María estará exenta de tribulación, que le vendrá con las alarmas que la agitarán sin cesar y que no siempre podrá resistir. (*S. Amphilochii. epist, Ilomiens. Orat. in S. Deipar*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

I. La profecía de Simeón abrió en el corazón de María cuatro heridas profundas.

1° María comprendió que ofreciendo á Jesús en el templo le ofrecía á la muerte. No podrá ya por lo tanto poseerle tranquilamente. Junto á su cuna se levanta el calvario, y ve el patíbulo en que morirá su hijo. Al reciente recuerdo de la adoración de los pastores y de los magos, junta las blasfemias de la muchedumbre, el grito de muerte de los malvados y los insultos de los verdugos.

2° María comprende que la aparición de Jesús será la señal del sin número de contradicciones que contra Él se levantarán. Jesús es la verdad, el amor y la dulzura. Nada importa todo esto que el mundo no comprenderá, y cada una de estas contradicciones será como una espada que atravesará el corazón de María.

3° Jesús ha venido para ruina de muchos y María consiente por los pecadores en inmolar á su hijo. Madre será ella de los hombres, y los habrá entre ellos que no amarán ni al Hijo ni á la Madre, y se condenarán.

4° A causa de Jesús serán maldecidos la comarca que le vió nacer y el pueblo entre el que vivió. Esta maldición provocada por la tierra natal de María, por haber rechazado á Jesús, era un recuerdo amargo y constante. Todas las glorias de la historia antigua de la Judea, desde el Exodo á los Macabeos, se presentaban al espíritu de María.

II. María recibió estas heridas con una conformidad admirable.

1° Con una resignación y una obediencia sin límites á la voluntad de Dios. María reconocía de una manera práctica la soberanía de Dios.

2° María entró perfectamente en los designios de Dios, con respecto á Jesús, á sí misma y á nosotros.

3° María aceptó en estas circunstancias el dolor sin cálculo y sin repugnancia, de una manera expontánea y con una generosidad sin medida.

¡Cuántas lecciones deberíamos sacar de todo esto! Cuántas quejas exhalamos á la hora en que los sufrimientos nos persiguen! Nuestras quejas no sirven sino para hacernos perder los méritos que podríamos adquirir recibiéndolas con paciencia.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. "Este niño, dice Simeón á la Virgen, éste es puesto para ruina y resurrección de muchos, y para señal de contradicción, y una espada traspasará tu alma." Palabras son estas espantosas para una madre, y os llamo la atención sobre ellas. Cierto es que nada particular le explica acerca de los trabajos de su Hijo; pero no creais que lo hizo con el fin de evitarla un dolor. Precisamente lo que se los hace sufrir todos es Él que no se le especifica ninguno. Efectivamente, ¿hay algo más rudo y espantoso que la amenaza que se nos hace de un mal, cuando no se nos manifiesta cuál será? Esto es lo que nos tiene confundidos, admirados y oprimidos por todas partes, porque no vemos sino espadas que nos amenazan sin cesar. El temor, por demás ingenioso para atormentarnos, no pudiendo saber cuál es el mal que le amenaza, todos los ve en su imaginación. Esta incertidumbre es tan cruel que el conocimiento del mal que debe sufrirse, vendría á ser el descanso. Con razón, dice San Agustín, "que es menos duro sufrir una muerte que temerlas todas." *Longe satuis est unam perpeti moriendo, quam omnes timere vivendo.* Tal era la situación en que vivía la Virgen. —(*Bossuet, sermón sobre la Purific. de la Sma. Virgen*).

II. .....Ella puso á Jesús en brazos de Simeón como [después lo ha hecho por visión con tantos otros santos, y en el alma del anciano sacerdote fulguró una luz extraordinaria. ¡Oh bienaventurado anciano! tus trémulos brazos rodean á tu Dios; tu cuerpo, agobiado por el peso de los años, lleva el peso de tu Criador, y, sin embargo, no se dobla: en el rostro de ese Niño estás viendo nada menos que la gloria celestial: el Espíritu Santo te ha cumplido su promesa; en tus manos tienes al "Cristo del Señor,"

al que tan largos años te ha mantenido esperando "la salud de Israel," conservándote en un mundo ya para tí peregrino, como después de tí lo fué para San Juan Evangelista.... ¡Oh! seguramente el Dios que te crió, el Dios que en breve ha de recibirte, el Dios á quien tan tiernamente estrechas ahora en tu seno, ha fortalecido tu corazón con su omnipotencia, pues de otro modo no hubieras podido flotar en el diluvio de gozos que en este momento inunda tu alma. Mírale, que no te hartarás de mirarle: mira esos labios de rosicler que muy pronto pronunciarán tu sentencia de vida eterna: inflama tu corazón con el fuego de esos ojitos infantiles. Es el Cristo, el Cristo que esperaba. ¡Cuánta profecía se cumple en este momento! Ahora es cuando se consuma la historia del mundo; ahora cuando se corona la creación. Porque, en resumen, ¿qué otra cosa sino el hermoso rostro de ese Niño han deseado ver, durante tan largas edades, tantos patriarcas, reyes y profetas? Pues tú lo has visto, y esto lo dice todo: tú has visto el cielo y nada tiene ya la tierra que ver contigo: ¿por qué no te falta de pronto y te deja libre para volar al seno del Dios infinito, Padre tuyo, y Padre de ese único Hijo, cuya hermosura pudiera arrebatarle con la más dulce y hermosa de la muerte?—(*Faber, María al pie de la Cruz, cap. II*).

III. Cuando hubo terminado su profecía el santo Simeón, obróse en el espíritu de María un nuevo é indecible misterio de la gracia: quizás supo entonces algo que hasta allí no había sabido; quizás, y esto es más probable, supo de un nuevo modo lo que ya de antes sabía. De una ó de otra manera, en su alma, repetimos, surgió un nuevo estado, una nueva operación de la gracia, una nueva santificación, un estupendo milagro; pues desde aquel momento vió súbitamente grabarse en su espíritu todos y cada uno de sus dolores, especialmente la Pasión toda entera, con todos sus pormenores, y su corazón inmaculado quedó como sumido en un piélago de aflicciones sobrenaturales por su índole y por su intensidad: parecióle como si aquella visión la llegase del rostro mismo de Jesús, que con su penetrante mirada grabase en su mente aquel espantoso cuadro. Vió entonces sin verlo el corazón mismo de Jesús, con todo cuanto le llenaba. Reproducíase en ella, pudiéramos decir, el misterio de la Encarnación, aunque por diverso modo, elevándola á nueva cima de santidad y aumentando con nueva riqueza la dote que había recibido como Madre de Dios: sin dejar de ser ella misma, era diferente de la que poco antes había entrado en el templo. Pero en aquella su trasformación maravillosa nada hubo que la sorprendiese, ni la desconcertase, ni la amedrentase, ni de modo alguno turbara su ánimo; antes al contrario, el mismo piélago de amargura que había inundado su alma, acrecentó su inalterable serenidad. Desde los brazos, y al par del cántico de Simeón, había descendido sobre ella la excelsa luz del mundo, seguida de tinieblas más profundas, espesas y palpables que las de Egipto: del claro sol de Betlen había pasado súbitamente á las oscuras sombras del Calvario; pero esto, repito, sin menoscabo alguno de su celeste calma, sin que la causara extrañeza ni asombro, antes bien, dejándola llena de la suavidad de un amor indecible, fortalecida con la unión más divina, no obstante aquella espada que atravesaba

su corazón, y que clavada después en Él durante cuarenta y ocho años, había de hacerla morir de amor cuando Jesús se la arrancase de la herida. —(*Id. Ibid.*)

IV. María y Jesús, en el misterio de la purificación y de la presentación, buscan la oscuridad y la humillación, y encuentran el esplendor y la gloria. Sus propias humillaciones los levantan. María, Virgen, sacrifica su Hijo, y he ahí que, por un encuentro providencial, ese Hijo, levantado en brazos de Simeón, es proclamado Salvador del mundo, y María también, restablecida y conservada en la gloria de su divina maternidad, que había querido ocultar con el velo de la condición más humillante, es además, declarada solemnemente Coadjutora de nuestra Redención.

Esto resulta de la profecía de Simeón.—(*Nicolás, La Virgen, según el Evangelio, cap. XIII, § 3*).

V. Como la plenitud de la gracia había pasado de Jesucristo al alma de su divina madre, era necesario que María se conformase con los designios de humildad de su Hijo. Dios da su gracia á los humildes, como dice el Apóstol Santiago; y así como Jesucristo, aunque dispensado de la ley, quiso, sin embargo, recibir la circuncisión y sujetarse á todas las observancias mosáicas para dar un grande ejemplo de humildad y obediencia y más fuerza á la ley, y para no dar al mismo tiempo pretextos á los judíos para que le calumniasen, de la misma manera quiso que su divina Madre observase religiosamente aquellas partes de la ley que la comprendían, aunque estuviese legítimamente dispensada de ellas.—(*S. Thom., 3. p. 9. 37. art. 4. in Corp.*)

VI. Cuarenta días después del nacimiento de Jesús, María vino con su hijo al templo del Señor. Allí en la parte reservada á las mujeres, se colocaban en un lugar separado las que eran nobles y ricas, en otro las vírgenes, y en otro las que eran pobres y pertenecían á la clase humilde del pueblo. Todavía rigen hoy con todo rigor estas costumbres entre los judíos en el lugar donde se reunen para orar. Al penetrar en el templo se detuvo María un momento para elegir el grupo donde se dirigía. Aunque era de una raza ilustre y verdaderamente noble, puesto que era de la familia real de David, era, sin embargo, pobre y estaba vestida con mucha sencillez, porque había dado á los pobres por amor de Dios su patrimonio y todo lo que los reyes de Oriente habían puesto á los pies de su Hijo en Belén. Su único deseo era vivir del trabajo de sus manos. Si se hubiese colocado entre las mujeres ricas, no hubieran dejado de decirle: "No es éste el lugar que os corresponde. ¡Cómo pretende la esposa de un simple carpintero mezclarse entre nosotros!" Si se hubiese colocado entre las vírgenes, ella, la más pura de todas, se hubieran alarmado con su presencia y le hubieran dicho: "Tenéis esposo y en brazos llevais el fruto de vuestras entrañas, ¿cómo, pues, os atrevéis á colocaros entre nosotros?" Después de haber hecho todas estas reflexiones se dirigió al grupo de mujeres pobres del pueblo, y entonces se cumplió esta profecía que pronunció el Espíritu Santo por boca de Salomón: "Como brilla un lirio entre las espinas, así brilla mi amiga entre las mujeres." *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias.*—(*S. Vicente Ferrer, serm. in Purif. B. V .M.*)

ARTÍCULO V

PLATICA XVII

MARÍA, REINA DEL PURGATORIO

Después de haber recorrido con harta rapidez el reino más delicioso de María, bajaremos hoy á una mansión bien distinta por cierto, pero no menos interesante. Allí, como en el infierno, resuenan los ayes y los gemidos, pero ayes y gemidos dulcificados por la esperanza. Este reino, que desdeña la ciencia porque no pasa por el campo de sus telescopios; desconocido por la razón orgullosa, que no se atreve á detenerse en él, es uno de los menos iluminados por la revelación. Se llama el purgatorio. Al bajar á él directamente desde el cielo, imitamos á la Iglesia, que en las fiestas de su liturgia, pasa sin transición de la mansión de la gloria al vestíbulo donde la esperan más ó menos tiempo casi todas las almas que salen de nuestro mundo. Digo casi todas las almas, porque ¿dónde están las que encargándose en la tierra del cuidado de la justicia de Dios contra sí mismas, tienen la perseverante energía de imponerse hasta el fin la penitencia que exigen sus pecados? ¿Y las más raras todavía que mueren pasadas ya su juventud, sin haber desfallecido ni su inteligencia ni su corazón?

El purgatorio es el lugar común de la mayor parte de nosotros.

No me propongo probaros la existencia del purgatorio, porque sería perder el tiempo inútilmente. Este dogma es, como la Eucaristía, la base de nuestras prácticas religiosas y de toda nuestra liturgia. El que quiere ser cristiano no puede negarla, ni la negará tampoco el que

quiera probar que no carece de razón. Los Campos Elíseos ó el paraíso de los antiguos se parecía al purgatorio, lo que prueba cuanto pesa este dogma sobre la inteligencia humana; los mismos libre-pensadores se ven obligados á establecer un sistema religioso cualquiera, y colocan en cualquiera parte, aunque sea en los astros, á las almas que no pudieron purificarse durante su vida terrestre. Uno de los más famosos entre ellos las hace viajar de uno á otro planeta, hasta que, dejando en cada uno de ellos una parte de su sombra, tienen el privilegio de convertirse en luminosos rayos del sol. Tales son los absurdos en que caen estos hombres que se llaman pensadores cuando huyen del dogma católico. Creo que nuestros padres pensaban con más tino que ellos.

Un instante de arrepentimiento basta para obtener el perdón de una vida pecadora; pero no basta para expiarla si no es por misericordia divina. El hombre que muere creyendo en la gracia y el perdón, se salvará, pero no entrará desde luego en la gloria del cielo. Damos el nombre de purgatorio al lugar de la expiación debida á la justicia divina. Donde esté este lugar nada nos importa, y sólo Dios podría explicárnoslo, pero no ha querido hacerlo, y no divagaremos en las mismas hipótesis caprichosas de que acabamos de burlarnos. Lo único que sabemos de este lugar de sufrimientos es que es sombrío y desolado. Las almas que gimen allí y padecen, gimen y padecen sin que puedan evitarlo por sí mismas. Necesitan de amigos que apaguen la sed ardiente que las devora.

Esa sed horrible está producida por doble causa: el amor y el fuego, ó sea dos llamas de igual potencia. Dicen que en la tierra nada quema tanto como el amor. Cuando este ardiente combustible se pega á ciertos organismos los aniquila, los atormenta y corroe hasta la desesperación y la muerte. ¿Qué es, sin embargo, el amor de la tierra comparado con el de las almas del purgatorio? La

beldad que adoran está junto á ellas, las fascina y las atrae. Quieren volar á su seno, mas el objeto de su amor se desvanece y no hallan más que el vacío y un aumento de dolor. Y las pobres almas lloran nuevamente, si es que el fuego en que se abrasan les deja algún llanto que derramar. Mas no, porque ni este consuelo les queda. Por muy grande que sea su dolor no pueden verterlo en llanto, sino que noche y día han de llevar consigo todo su peso. Ni duermen ni se distraen un momento: su sufrimiento es incesante. ¿No conocéis esas pobres almas? Es vuestro esposo, el que hace algunos años amabais más que á vosotras mismas; son vuestras hermanas, las que os sonreían ayer participando de vuestros juegos y distracciones; son vuestros padres, los que al morir se despedían con los ojos llenos de lágrimas, dandoos el nombre de hijos; son vuestras madres, las que al morir os estrechaban sobre su corazón; son vuestros hijos, los que al morir cubríais de besos y los que se llevaban en su cadáver pedazos de vuestro corazón. Son, en una palabra, todos los que han vivido junto á nosotros. Oíd su fúnebre canto: *Miseremini mei, saltem vos amici mei.* Tened piedad de mí, ¡oh amigos míos! Oh sí, pobres almas, hemos oído vuestros clamores y tendremos piedad de vosotros. ¿De qué modo, hermanos míos? No nos faltan los medios; lo que nos falta es el tino para la elección. La penitencia, las mortificaciones voluntarias, las buenas obras y la oración son otras tantas gotas de agua que podemos dar para apagar la sed de las almas. Algunos santos y santas han llegado á ofrecer ante el trono de Dios en favor de las almas todos los méritos de su vida de mortificación. Para el común de los cristianos esta práctica sería indiscreta, porque la Iglesia da á este desinterés el nombre de *heróico*, y no todos estamos obligados al heroísmo. Pero todos debemos interesarnos por la salvación de las almas, poniendo como intercesora á la que llamamos *Reina del Purgatorio.*

Fiel á los planes de Dios, aunque sea María la fuente de todas las gracias y se proponga sacar de esos sombríos lugares en que están sepultadas las almas de nuestros hermanos que sufren, prefiere hacerlo por mediación nuestra. Su corazón de madre se regocija más al ver que vamos unos en auxilio de otros en comunión de los santos. Mas no nos niega su auxilio. Así nos lo ha dejado ver al establecer ella misma dos devociones conocidas hoy en toda la Iglesia. Una de ellas es el *Rosario*, que semejante á las máquinas más poderosas de guerra, no puede dejar de conmover el corazón de Dios con sus súplicas. La otra es el *Escapulario*, talismán precioso bajado del cielo, aprobado por las bulas de seis papas, predicado por los más grandes doctores, enriquecido con indulgencias personales y aplicables á los difuntos, que produciría un gran vacío en el purgatorio si todos los días no llegaran nuevas víctimas. Empleemos, pues, estos preciosos recursos, hermanos míos, y los deudos y amigos á quienes libremos serán para nosotros otros tantos protectores que rogarán por nosotros en el cielo.—ASÍ SEA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DESTIERRO A EGIPTO

DIA DIEZ Y OCHO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Tollens se angelus Domini qui præcedebat, abiit, et cum eo pariter columna nubis illuminans noctem.

Exod., XIII, 21.

Audient Ægyptii et habitatores terræ hujus quod tu, Domine, in populo isto sis, et facie videaris ad faciem, et nubes tua protegat illos, et in columna nubis præcedas eos per diem, et in columna ignis per noctem.

Num., XIV, 13-14.

Eripiet vos de manu inimicorum; reducet autem vos cum gaudium et jucunditate in sempiternum.

Baruch, IV, 22-23.

Scapulis suis obumbrabit tibi, et sub pennis ejus sperabis. Scuto circumdabit te veritas ejus: non timebis a timore nocturno; a sagitta volante in die, a negotio perambulante in tenebris, ab incurso et dæmonio meridiano.

Psal., XC, 4-5.

Non accedet ad te malum; quoniam angelis suis mandavit de te ut custodiant te in omnibus viis tuis. In manibus portabunt te, ne forte offendas ad lapidem pedem tuum.

Ibid., 10-11.

Hospitalitatem nolite oblivisci, per hanc enim placuerunt quidam, angelis hospitio receptis.

Hebr., XIII, 2.

Via hæc polluta est, sed et ipsa hodie sanctificabitur.

I Reg, XXI, 5.

Dixit angelus: Sanum ducam, et sanum reducam filium. Bene ambuletis et sit Deus in itinere vestro, et angelus ejus comitetur vobiscum.

Tob, V, 20.

Lætabitur deserta et invia; et exultabit solitudo, et florebit quasi lilium. Germinans germinabit, et exultabit lætabunda et laudans: ipsi videbunt gloriam Domini et decorem Dei nostri.

Isa, XXXV, 1.

Expectatio Israël, salvator ejus in tempore tribulationis; quare quasi colonus futurus es in terra, et quasi viator declinans ad manendum? quare futurus es velut vir vagus, ut fortis qui non potest salvare?

Jerem., XIV, 8.

Angelus Domini apparuit in somnis Joseph dicens: Surge et accipe puerum et matrem ejus et fuge in Ægyptum; et esto ibi usque dum dicam tibi. Futurum est enim ut Hærodes quærat puerum, ad perdendum eum.

Math., II, 13.

Qui consurgens accepit puerum et matrem ejus nocte, et secessit in Ægyptum.

Ibid., 14.

Descende in Ægyptum; ego descendam tecum illuc, et inde adducam te revertentem.

Genes., XLVI, 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pertransierunt ad populum alterum, non reliquit Deus hominem nocere eis.

Psal., CIV, 14.

Non vestro consilio, sed Dei voluntate huc missus sum.

Genes., XLV, 8.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Sombría era la noche cuando tomaron precipitadamente el camino de Egipto. Contemplad atentamente la precipitación con que sacan de su cuna al Niño que estaba dormido. ¿No habrá quien se apiade de estos esposos? Deteneos en el umbral de esta casa y ved los preparativos de marcha que se están haciendo; esto os ofrecerá mil motivos para que meditéis. ¡Cuántas angustias oprimen el corazón de María y el de José, al ver que se amenaza la vida de su Hijo amado! ¿Podían temer un peligro mayor que éste? Su dolor no tenía límites. (*S. Bonav. Medit. vit. Christ. 12*).

II. No era pequeña su aflicción al tener que dirigirse á un país lejano que no conocían, caminando por lugares que no podían atravesar sino con grandes dificultades. María, á causa de su juventud, y José, á causa de su vejez, sin contar con que debían cargar al Niño que no tenía más que dos meses, y que debían ir á un país extranjero y careciendo de recursos. Ya se ve, pues, que abundaban en amarguras. (*Id. Ibid.*)

III. El ángel pudo haberles hablado con algún miramiento para que su viaje no fuese una huída. El cambio de lugar hubiera sido entonces espontáneo y no obligatorio, hubiera sido efecto de la reflexión y no la presión del temor, un acto de sabiduría humana ya que no un acto de previsión divina. Pero la orden que recibieron fué de huída, y la orden les vino del cielo, y fué transmitida por un ángel, de modo que se ve uno tentado de decir que el cielo se alarmó antes que la tierra. Tomad el Hijo y la Madre, y huíd á Egipto. Id, sí, id á Egipto, lejos de vuestra casa y entre extranjeros; dejad la nación santa para ir á un pueblo que os detesta porque son paganos; dejad vuestro templo para ir al templo del demonio; dejad el país de los santos para ir á la tierra clásica de los ídolos. (*S. Petr. Chrisol., de Fuga in Ægypt. serm, 151*).

IV. No es bastante extensa la Judea para ocultarle, y falta tiempo para perderlo en preparativos. La sombra del santuario no les ofrece un asilo bastante seguro, ni son bastante fuertes para defenderle los sacerdotes todos reunidos. No pueden protejerles sus parientes, que están diseminados, y es preciso ir al pagano Egipto para salvar al Dios á quien quieren dar la muerte. Tan apremiante es el caso, que no hay lugar para tomar las precauciones que requiere la edad de la Virgen, las fatigas de la madre, la debilidad de su sexo, los peligros que puede correr José, lo largo del viaje y el destierro de la familia toda. Y lo peor de todo era considerar que unos judíos debían emprender un viaje entre gentiles, los cuales en materia de religión nada tienen con ellos de común, y por mejor decir, no tienen sentimiento alguno religioso.

V. ¡Cuán duro es el destierro, aun en la misma nación y entre amigos! Sólo se comprenden las dulzuras del hogar cuando se ha vivido largo tiempo en casa extraña. ¿No está escrito, oh Señor, que vos sois nuestro refugio? Si el que es refugio de los demás se ve obligado á huir, si la fuerza entra en temor, si el auxilio se va, que será de la esperanza, de la seguridad y de la protección? Una pobre viuda bastó para salvar á Elías de las emboscadas que le tendía un rey independiente, y no es bastante toda la Judea para poner á Jesucristo al abrigo de las amenazas de Herodes. Elías hizo quemar con el fuego del

cielo á los enviados que le insultaban, y Jesucristo sólo huyendo puede salvarse del furor de los que le persiguen. —*(Id. Ibid.)*

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTOS

Obediencia sin límites.
Resignación admirable.

I. Obediencia sin límites.

Levántate, dice el ángel á José, toma al Niño y á la Madre y huye á Egipto. Pesad estas palabras y veréis que todas inspiran horror. *Levántate*, no pierdas un instante, urge. No le dice, vete, sino *huye*. El ángel mismo está como temeroso del peligro que corre el Niño, y según San Pedro Crisólogo, parecía que el cielo estaba aterrorizado antes que la tiera.

La obediencia de María y de José sufrieron una prueba muy grande.

Huíd apresuradamente á Egipto. Pero ¿por qué no esperan siquiera que amanezca? No tienen víveres ni recursos para viajar, y el país donde han de dirigirse está muy lejos. Además, es un país de idólatras donde se levantan muchos altares á los falsos dioses. Largo es el viaje, carecen de guía y pueden extraviarse en el desierto. Huyen, es verdad, de un peligro, pero no es sino para correr en pos de otros muchos.

¿Sabéis lo que contesta á todo esto el Evangelio, hermanos míos? José tomó al Niño y á la Madre y se retiró á Egipto.

II. Resignación admirable.

¡A cuántas pruebas se ven sometidos María y José! Esta es la espada profetizada por Simeón. El Evangelio dice que María y José no habían comprendido estas palabras del santo anciano, *Non intellexerunt*. Desde este momento comienzan á comprender que donde entra Jesús entra con su cruz y todas las contradicciones que deben acompañarla. Antes de que naciera, ambos vivían pobremente, es cierto, pero con tranquilidad, ganando su vida con el trabajo de sus manos. Pero tan pronto como nació Jesús perdieron el reposo. Mas no se quejan ni murmuran porque se someten á las órdenes del cielo y se conforman por completo con la voluntad de Dios. Se conforman con salvar como á un niño común á Aquél que nació de una manera tan maravillosa y que vino al mundo para salvar á los hombres. Se salva á Jesús de la espada de Herodes, pero no puede salvarse María de la espada predicha por Simeón.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. ¿Qué dirás tú, oh judío, tú que siendo el primero, pasas á ser el eterno? Los egipcios y los asirios son antes que tú, y luego sigue Israel el primer nacido. "En aquel día será Israel el tercero para el egipcio y para el asirio: la bendición será en medio de la tierra, á la cual bendijo el Señor de los ejércitos, diciendo: Bendito mi pueblo de Egipto, y al asirio, obra eres de mis manos: mas mi heredad es Israel." (Isa., XIX, 24, 25). Primero vendrán los asirios, porque fueron los primeros que adoraron en la persona de los magos. Los egipcios después de los asirios, porque le recibieron al huir de la persecución de Herodes. Israel se contará el último, porque después de la salida del Jordán le reconocieron en las personas de los apóstoles. Entró en Egipto derrumbando los ídolos hechos por mano de los hombres después de haber hecho morir á los primogénitos de los Egipcios. Por esto se presenta hoy como primogénito para que desaparezca el antiguo duelo.

Que será llamado el primogénito, lo atestigua San Lucas evangelista, diciendo: "Y parió á su Hijo Primogénito y lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón." (Lúcas, II, 7). Entró en Egipto para poner término al antiguo luto, llevando consigo el gozo y no meras plagas, y la luz y la salud en vez de la noche y las tinieblas. Los egipcios, sobre quienes pesaban en otro tiempo diversas plagas, se abandonaron al furor y desconocieron á Dios. Mas El entró en Egipto y llenó del conocimiento de Dios las almas religiosas que había allí, de modo que la tierra regada por el Nilo debía contar en breve con

mayor número de mártires que de espigas de trigo.—(*S. Joan Chrisost., Hom. in. Nat. Dom.*)

II. No bien José y María se hallaron de vuelta en la baja Galilea, cuando se vieron compelidos á emprender otro viaje más largo y peligroso, y cuyo término era la tierra del destierro. Una noche el ángel del Señor se apareció en sueños á José, y le dijo: "Levántate, toma al Niño y á su Madre, vé á Egipto, y permanece allí, hasta tanto que yo te avise que es tiempo de volver, porque Herodes busca al Niño para matarlo." A estas palabras levantóse José espantado, adoró al Señor y corrió á despertar á María, que dormía el sueño dulce y ligero de los ángeles, cerca de la cuna de su hijo. La joven Madre comprendió desde luego la necesidad de apresurar esta pronta y oculta marcha. Arroja sobre su hijo una mirada llena de angustia, reune á toda prisa algunas provisiones, algunos lienzos y vestidos de que tenían necesidad en su fuga, después de lo cual, precedida de José y llevando á Jesús en sus brazos, se alejan los santos viajeros de su ciudad natal, en donde todo reposa á la tenue claridad de los astros nocturnos.

Las profecías de Simeón empezaban á verificarse demasiado pronto. Apenas había nacido Jesús, la persecución de un tirano venía á buscarlo en su cuna; y su Madre, tan pura, tan joven y tan santa, se veía obligada á huir durante la noche cual un criminal, acompañada de un hombre de cabellos blancos, que no podía oponer sino la resignación y la súplica á la lanza del árabe emboscado en los desfiladeros de las montañas, ó á la persecución homicida de los soldados de Herodes: habían dicho que Dios mismo abandonaba á su suerte á esta Santa Familia, porque al intimar su enviado á José la orden de partir, no le había prometido como en otro tiempo el ángel Rafael al joven viajero de Ragés, el resguardarlos de todo daño y peligro durante el viaje. El esposo de la Virgen comprendió que no habiendo llegado el momento solemne de la manifestación del CRISTO, Dios quería salvarle de las asechanzas de Herodes por los medios comunes que adopta la prudencia humana. A José, pues, se remitía todo el cuidado y todo el honor de esta difícil empresa; á el proletario pobre y oscuro, el trastornar los planes, deshacer las tramas y engañar la suspicaz vigilancia de un tirano receloso, hábil y servido por sus emisarios como un déspota de Oriente. ¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar si tenían algún fatal encuentro en el camino de Jerusalén? La pronta partida de los magos había despertado las sospechas de Herodes, y estas sospechas se habían robustecido con las palabras de Ana y de Simeón: investigaciones ocultas, las sordas pesquisas empezaban ya, y nadie podía decir hasta dónde llegaría el príncipe sanguinario que prodigaba el oro con profusión en las manos enrojecidas del asesino. Cuanto más José profundizaba este pensamiento, tanto más presentía una medida horrible, cuyo vago terror le enfriaba la sangre en las venas. María, por su parte, pálida y muda como la muerte, paseaba sus tímidas miradas por las profundidades de los valles, por entre la espesura de los bosques, ó á lo largo de las sinuosidades solitarias del sendero pedregoso y difícil que José había escogido como el más seguro y el más apartado de las habitaciones de los hombres. La luna alumbraba con la luz pálida y melancólica aquella marcha silenciosa, que una hermosa noche oriental ocultaba bajo sus velos azulados.—(*Orsini, La Virgen*).

III. Reinaba aún la mala estación, y al atravesar la Palestina, se vió obligada la Santa Familia á escoger los caminos más solitarios y escabrosos. ¿Dónde se refugiará en las noches? ¿Qué lugares escojerán durante el día para ponerse al abrigo del sol y descansar de sus fatigas? ¿En qué parte encontrará los alimentos que le son necesarios para reparar sus decaídas fuerzas?—(*S. Bonav. de Vita Christi*).

IV. Fecundo asunto ha sido éste siempre en la Iglesia para la poesía y el arte, no menos que abundante manantial de contemplación y de lágrimas para las almas piadosas, pues no sólo es de suyo misterio singularmente bello, sino que los gentiles se han complacido en tenerle, después de la Epifanía, por el comienzo de la conversión obrada en ellos por Nuestro Señor. En efecto, vemos aquí á Jesús huir de su pueblo para refugiarse en una comarca pagana, y santificar allí con su presencia la tierra misma que desde antiguo había sido principal enemiga de su raza, y era entonces modelo típico de todas las formas de la idolatría.....

La sombra nocturna velaba silenciosa la aldea de Nazareth cuando la Sacra Familia partía de ella. Jamás, ni por el santo más heróico ni por el ángel más obediente, se había cumplido el mandato de Dios con la prontitud que éste lo fué por María. En oyendo las palabras de José, respondióle con muda sonrisa; y sin turbación ni apresuramiento, bien que llena de maternal solicitud, levantó á su tesoro del lecho en que dormía, y sin otro preparativo, porque su pobreza no le necesitaba, salió con José guiada por la pálida luz de las estrellas. Hela allí dejando otra vez su humilde morada y pensando con la serena tristeza de un corazón dolorido en todas las dificultades, trabajos y peligros, primero de aquel viaje, y luego de su residencia en tierra de paganos.—(*Faber, María al pie de la Cruz, cap. III*).

V. Pero en tan gran eclipse de la divinidad, ¿no habrá algún rayo de gloria, algún prodigio, algún testimonio que venga á realzar esta debilidad de Jesús y salvar el honor de su adorable nombre, como lo hemos visto en su nacimiento y presentación? Nada menos. Al contrario, como para retirarle la gloria de estos precedentes testimonios, dice el Evangelio con una verdad que desespera: *Y levantándose José, tomó al Niño y su Madre por la noche y se retiró á Egipto.* ¡Veis ese pobre niño á quien una mujer trémula, conducida por un anciano, se lleva, por la noche, lejos de sus hogares, con toda la precipitación del miedo y toda la desnudez del destierro? Es Aquél de quien dijo el ángel á María: *Será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y su reino no tendrá fin.* Aquél de quien la misma María ha dicho: *Mostró la valentía de su brazo; dispersó á los soberbios; derribó á los poderosos,* y de quien Simeón acaba de decir: Este ha venido para la ruina y la resurrección de muchos y para ser en presencia de todos la luz que alumbra á todas las naciones. ¡Oh desmentida de tan altas predicciones! ¡Oh aborto de tan gran destino!—(*Nicolás, La Virgen, según el Evangelio, cap. XIV, § 2*).

VI. Al ver así comprometida la causa celestial, el espíritu humano se confunde, se pierde el aliento, la inteligencia se resiente, la fe decae, la esperanza vacila, y se duda al ver á Dios huyendo del hombre, al cielo temblar ante las amenazas de la tierra y manifestado el miedo del Padre en la huída del Hijo.

Cuando un guerrero valeroso huye el combate, ó teme ó pone en práctica una estratagema. Cuando Dios huye al hombre, nos hace ver, no su miedo, sino un sacramento. Cuando se retira ante un enemigo, no es porque teme que le venza, sino porque quiere hacerle salir, quiere vencerle abiertamente y obtener sobre él un público triunfo. Por esto es por lo que huye Jesucristo. Más bien que huir de Herodes lo que procura es que llegue su tiempo —(*S. Pedro Chrysólogo, serm. 170*).

VII. Advertido José por el ángel va al encuentro de María que oraba según estas palabras de David: "Me levantaba en medio de la noche." Tocó José á la puerta que se abrió desde luego, y grande fué la admiración de la Virgen al ver á su casto esposo anegado en llanto. —"¿Por qué lloráis así, le pregunta, cuando tantos motivos tenemos para regocijarnos, puesto que está con nosotros el Hijo de Dios cuyo guardián sois vos? —Alejémonos aprisa, exclama San José, porque Herodes quiere matar á vuestro Hijo." ¿Quién no se hará cargo de la tribulación de María al oir estas palabras? Amenazan de muerte á su Hijo, y debe huir á Egipto.—(*S. Vicente Ferrer, serm. 2 de Nat. V. M.*)

VIII. ¿Oís esos gritos desgarradores que cruzan las nubes y que lanzan las madres á quienes degüellan sus hijos entre sus propios brazos? Belén está en consternación, porque la sangre de los inocentes corre á torrentes en las casas, en las calles y en las plazas. Jesús vino al mundo como un rey pacífico. ¿por qué, pues, se llenan de duelo los primeros días de su nacimiento? El mundo ha sido testigo de que algunas veces la ambición ha hecho perecer á una familia entera, y se ha sonrojado de vergüenza y de dolor; pero jamás se viera que para matar á un solo niño se hiciera morir en una ciudad y sus alrededores á todos los niños de dos años para abajo, sólo para satisfacer la ambición de Herodes. Viendo que los magos no querian darle cuenta de su viaje, se dejó arrastrar por sus burlados celos, y para destruir á su temido rival mandó esa horrible degollación. ¡Y á ese monstruo es á quien ha dado la historia el nombre de Grande! Pero el mismo Dios que veló en la cuna de Moisés veló en la cuna de Jesús; y así como se salvó Moisés de las aguas del Nilo, gracias á la hija del rey Faraón, así también, gracias á la hija del Rey del cielo, se salvará Jesús de los torrentes de sangre que inundan las calles de Belén, y el Egipto les ha salvado á entrambos.

Un ángel se aparece á José y le dice: "Levántate y toma al Niño y á su madre y huye á Egipto." (*Math., II, 13*).

¡Qué prueba para María! Siempre va con ella el contraste del pesar y la alegria. Por una parte es feliz porque salva á su recién nacido de una muerte segura, y en esto reconoce las promesas que le fueron hechas; pero por otra, ¡cuántas angustias! Oye los gritos desgarradores de las madres cuyos hijos, víctimas inocentes, son degollados á causa del suyo, y huye

en medio de las tinieblas, llevándole en sus brazos. La acosa el temor de verse sorprendida por la vigilancia de los verdugos; se aleja del país de sus padres, único donde se adora al verdadero Dios y se dirije á una tierra idólatra donde se verá obligada á ocultar los misterios que llenan su alma, donde verá ultrajada su fe, desconocido á su Hijo, y donde por fin, no estará segura de ganar el pan cotidiano. Judíos, pobres, sin parientes ni amigos ¿cómo podrán emprender semejante viaje en el rigor del invierno? Una vez llegados á Egipto, ¿de qué vivirán? Pero nada de esto detiene á María que cree lo que le dice José, como ha creído José lo que le dijo el ángel.

Debemos notar que si se hizo á María la primera revelación del ángel, fué por la maternidad divina, que era la causa de ella, sólo á María se refería, mas como quiera que José tenía derecho de esposo, se le apareció el ángel para tranquilizarle acerca del embarazo prodigioso de María. Una vez que fué madre, José vino á ser el padre putativo de Jesús y el jefe de la familia. Para mantener la regla de la autoridad á él se le apareció el ángel, ordenándole que pasase á Egipto: también le hablará á él para ordenarle que regrese á su tierra cuando sea tiempo. No se siente herida, por esto María, que viene á ocupar el segundo lugar en la familia, sino que al contrario honra en José, al jefe de la familia y guardián de su Hijo. Le llama siempre padre de su Hijo y le respeta como esposo, hasta el momento en que le anuncia una revelación del cielo, exigiéndole el sacrificio del destierro. No le hace la natural observación de que podían ocultarse en Nazaret ó en algún lugar oscuro de Judea, ni le manifiesta las dificultades que se les han de presentar en el viaje y durante su permanencia en tierra extranjera. Recibe la orden y se pone inmediatamente en camino.

Parte, esposa y madre, porque al salvar á tu Hijo te salvas á tí misma, y salvas también á Egipto, teatro antiguo y fecundo de idólatras abominaciones. Un dia brotará la Tebaida, con sus milagros de austeridad y retraimiento, de los sudores que habrán caído de tu frente y de la frente de José y de las lágrimas fecundas del divino recién nacido. No temas, parte, porque hasta en su sueño vela por tí tu Hijo más de lo que velas tú por Él.

Pero ¿cómo vivió en Egipto la Sacra Familia? No lo dice la Escritura. Oculta en la oscuridad, esquivó las pesquisas de la policía romana, ó por lo menos fué considerada como una familia emigrada que, no teniendo medios para subsistir en su país, buscó en Egipto los recursos de que carecía. Su indigencia les sirvió de pasaporte, de techo y de escudo. Maravilloso proceder de la Providencia que nunca falta á los que en ella confían.

¡Dónde están los que nunca se ven abandonados por ella? Vengan acá todos y gritenlo en alta voz. ¡Cuántos hay, sin embargo, que desconfían á la menor contrariedad! ¿Qué será de mí, se dicen? ¿qué haré en lo futuro? Unos temen perder la posición que se han formado con penas y trabajos, otros se atribuyen sólo á sí mismos el buen éxito de sus empresas. ¡Y son cristianos los que así se expresan! ¡Oh! no parece sino que en la tierra son

los hombres otros tantos dioses, puesto que para nada cuentan con el Dios que está en el cielo. ¿Acaso no es la providencia la que todo lo dirije según su voluntad y sin la que no se mueven las hojas de los árboles? ¿Por qué, pues, desesperar los que están en la miseria y desconfiar los que están en la abundancia? ¿Por qué no le dan gracias los que han sido afortunados y han visto secundados sus esfuerzos? No nos dejemos abatir jamás por los contratiempos ni enorgullecer por nuestros adelantos. Trabajemos, porque el trabajo se nos ha impuesto como una ley; pero contemos menos con nuestro trabajo qué con la Providencia. Busquemos el apoyo de nuestros esfuerzos en nuestra fe, desconfiemos de la inconstancia de las cosas humanas; y así como el Niño Jesús caminaba en medio de los peligros, durmiendo en el seno de su Madre ó sonriendo en sus brazos, arrojémonos también confiados para seguir nuestro camino en brazos de la Providencia.—(*Monseñor Pavy, Obispo de Argel, Mes de María, psal. IV, v. 9*).

ARTÍCULO V

PLATICA XVIII

MARÍA, REINA DE LOS HOMBRES

Hemos recorrido ya la parte del reino de María en que el ángel de la esperanza revolotea al rededor de los dolores que no hemos hecho sino entrever, y podríamos descender á los abismos de la desesperación eterna, cuya puerta, una vez cerrada para las almas malditas, no se abrirá jamás. Veríamos ejercer allí también el imperio de María, porque según uno de los santos Padres: Su nombre, lo mismo que el de Jesús, hace doblar las rodillas, así en el cielo como en la tierra y en los infiernos. Mas ¿para qué hemos de detenernos en ese lugar que no puede refrescar ni fecundizar el rocío del cielo? Dirijamos los pasos hacia un terreno más privilegiado, que es el nuestro, y estudiemos en él con todos sus pormenores el soberano imperio de nuestra Reina.

Tres reinos se dividen esta tierra entre sí. Uno de ellos

encerrado en el seno de ella, contiene todas las riquezas mineralógicas; el segundo, contenido en la superficie, tiene distintos matices; el tercero, está sobre los otros dos con toda la superioridad con que está la vida sobre la muerte y el movimiento sobre la inmobilidad, y comprende desde el inerte zoofito hasta el torpe paquidermo cuyos pasos resuenan en el centro de las selvas hasta que llega el momento en que se apodera de él el hombre, *ser á parte* y rey de toda creación, pero rey vasallo de María, que es la verdadera reina de todo. Fácil me sería probaros esto con más amplitud, apelando para ello al ingenioso talento de algunos escritores santos y sutiles, como Hugo de San Víctor, que descubre la imagen de esta reina en todas las piedras preciosas de la mineralogía, en las plantas más delicadas, en las más arrogantes, en las más perfumadas, pues no hay según él ni un contorno, ni una belleza, ni un perfume, que no esté en María. En todos los animales, desde el águila de orgulloso vuelo hasta el exquisito armiño, halla un bosquejo de María. Hasta la misma naturaleza, en las distintas operaciones que efectúa desde el primer día de la creación, ya obedeciendo sus leyes ordinarias, ya sujetándose á extraordinarios movimientos, figura en cierto modo á María. Ni un sólo átomo del universo se ha movido, ni un siglo ha pasado, ni pueblo alguno ha vivido sin tributarle un culto inconsciente á veces y velado de errores, pero real, profundo, tierno y persistente.

Ya veis cuántas cosas admirables encontraíamos al paso si nos detuviéramos en estos puntos. No lo haremos así, porque no podemos hablar de todo y por lo mismo consideramos el reinado de María sobre los hombres, que es para nosotros lo más importante.

El hombre puede considerarse solo, en familia y en sociedad. Bajo estos tres aspectos es María su reina y su vida. Me concretaré á hablar del hombre considerado ais-

ladamente, y lograré el objeto que me propongo si sé probar que la inteligencia, el corazón y la voluntad han recibido de María la nueva vida que les anima desde la Encarnación del Verbo de Dios. ¿Por qué las inteligencias de otra época y las de hoy, que quieren sustraerse á la influencia del cristianismo, fracasaban antes y fracasan todavía hoy? Porque no encontrando, ó haciendo á un lado las fuentes principales de la vida, pierden la energía que sostiene la existencia. Los principios de la vida nos vienen de lo alto, *a patre luminum*. De abajo recibimos el soplo de Satanás, ó la muerte. ¿Por quién recibió la humanidad la vida intelectual á que me refiero, ó lo que es lo mismo, la verdad, ó sea el Verbo de Dios? En primer lugar por la revelación, pero de una manera efímera, luego por la ley escrita, pero de una manera limitada. María fué la que dándole en su seno un cuerpo que se renueva de una manera mística de siglo en siglo en todos los puntos del mundo, la fijó para siempre entre los hombres. Así fué como se iluminó la inteligencia, que una vez bañada con esta luz, aunque se separe de ella, conserva siempre cierta fuerza que la mantiene en pie, como se mantienen en pie en el centro de las selvas las robustas encinas, aun después de haber perdido la savia que las nutría.

Los tres puntos que permanecieron en la antigüedad como enigma de su esfinge, y que esclareció esta luz, son la *caída*, la *redención* y la *inmortalidad*.

El hombre, creado inmortal, cayó, y de ahí vino la necesidad de una redención hecha efectiva por la sangre de Dios en el Calvario, pero á la que debe cooperar el hombre de una manera eficaz con la inmolación de su propio ser, con el sacrificio voluntario de sus pasiones. Esto es lo que nos conduce á hablaros de la virtud, fruto de este trabajo personal y también de la restauración del corazón de María.

Fácil me es probar mi aserción: ¿Dónde está la virtud

del corazón en las sectas que, conservando el culto del hijo, niegan á la madre el incienso de su amor? No insisto en esto porque ya sabéis cuál es la respuesta.

Además de la inteligencia que ve la verdad y del corazón que la ama, hay en nosotros una tercera facultad, facultad libre por esencia que se une con el bien ó le rechaza según momentáneamente elige. Esta facultad, principio de todos nuestros méritos, se llama la voluntad. Si estuviese en su perfección nativa, fuerte y poderosa, no hay duda que elegiría el bien y rechazaría el mal; pero después de la caída se deja engañar por el corazón y seducir por los sentidos ó vencer por las pasiones; de modo que para que dé como fruto la virtud, que es su hija, necesita de un auxilio, que es la gracia de Dios. María es la que se la proporciona, ya presentándola como una antorcha que reduce la inteligencia, ya como un atractivo que fija el corazón sin violentar la voluntad. La rodea, la solicita, la empuja, por decirlo así, de mil modos, hasta que repitiendo la misma operación de la naturaleza con la gracia, pronuncia por fin el *fiat* que produce, no el Verbo de Dios, sino su hija más querida, que es la virtud.

Termino, hermanos míos. Puesto que Dios ha dado á María una soberanía tan grande sobre nosotros, postrémonos á los pies de nuestra reina y digámosle antes de separarnos de ella la bella antífona que le dirige la Iglesia al saludarla: Dios te salve, Reina y madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra. Dios te salve, á tí llamamos los desterrados hijos de Eva, á tí suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea, pues, abogada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos, y después de este destierro, muéstranos á Jesús, fruto bendito de tu vientre, oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

PERMANENCIA EN EGIPTO

DIA DIEZ Y NUEVE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Invenerunt qui non quærebant me; dixi: Ecce ego, ecce ego ad gentem quæ non invocabat nomen meum.

Isa., LXV, 1.

Populus quem ignoro serviet mihi.

Ibid.

Attenuabit Dominus omnes deos terræ, et adorabunt viri de loco suo.

Sophon., II, 11.

Confortate manus dissolutas, et genua debilia roborate. Dicite pusillanimis: Confortamini et nolite timere. Tunc aperientur oculi cœcorum, et aures surdorum patebunt; tunc saliet sicut cervus claudus, et aperta erit lingua mutorum; quia scissæ sunt in deserto aquæ, et torrentes in solitudine; et quæ erat arida, erit in stagnum, et sitiens in fontes aquarum.

Isa., XXXV, 3-5.

Vocabo non plebem meam plebem meam; et non dilectam, dilectam, et non misericordiam consecutum, misericordiam consecutum.

Rom., IX, 25.

Dedi te in fœdus populi ut suscitares terram, et possideres hæreditates dissipatas; ut diceres his qui in tenebris: Revelamini.

Isa., XLIX, 8.

In Christo Jesu, vos qui eratis longe, facti estis prope; ipse est enim pax nostra qui fecit utraque unum.

Ephes., II, 13.

Relinquent idola sua et venient; et gaudebunt adorantes.

Tob., XIV, 8.

Habitantibus in regione umbræ mortis, lux orta est eis.

Isa., IX, 2.

Elongavi fugiens et mansi in solitudine.

Psal., LIV, 8.

Secessit in Ægyptum, et erat ibi usque ad obitum Hærodes, ut adimpleretur quod dictum est a Domino per prophetam dicentem: Ex Ægypto vocavi filium meum.

Matth., II, 14-15.

Si scires donum Dei!

Joan., IV, 10.

Medius vestrum stetit quem vos nescitis.

Joan., I, 26.

Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est! habitantibus Cedar; multum incola fuit anima mea.

Psal., CXIX, 5-6.

Dimitte me ut revertar in patriam meam.

Genes., XXX, 25.

Particeps ego sum omnium timentium te, et custodientium mandata tua.

Psal., CXVIII, 63.

Loquebatur in corde suo, tantumque labia ejus movebantur, et vox penitus non audiebatur.

I Reg., I, 13.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ne adverseris mihi ut relinquam te et abeam: quocumque perrexeris pergam, et ubi morata fueris et ego pariter morabor. Deus tuus, Deus meus. *Ruth, I, 16.*

Dicebant mulieres: Hæc est illa Noemi? Quibus ait. Ne vocetis me Noemi, id est pulchram, sed vocate me Mara, id est amaram, qui amaritudine valde replevit me Omnipotens. *Ruth, I, 19-20.*

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me. *Matth, XVI, 24.*

Surge et accipe puerum, et matrem ejus, et fuge in Ægyptum, et esto ibi usque dum dicam tibi. *Matth, II, 13.*

ARTÍCULO I.

LOS PADRES

I. Oh santo de los santos, á tí venimos desde el fondo de nuestro destierro, pobres hijos de Eva, para que con tu auxilio, tu dirección y tu protección podamos hallar el santuario de la verdad. Sabemos que nada saca el hombre de sus fatigas en la tierra, pero ligados aquí por los vínculos de la costumbre no podemos entrar voluntariamente en el dominio de la verdadera libertad de corazón. (*Bernard. serm. 2. sup. salve*).

II. Hasta la venida de la reina de los cielos, el género humano halló delicias en este lugar de destierro, de modo que no echaba de menos ni deseaba ir á la perdida patria de la verdad. María fué la primera que abrió el camino que conduce á la verdadera patria, y al dar al mundo en su Hijo la verdad, que es la patria de las almas, ha facilitado la entrada en ella á todas las almas. (*Id. Ibid.*)

III. También nosotros, desgraciados hijos de Eva, hijos de la desobediencia, hijos de una madre culpable, venimos á tí, oh madre de la misericordia; venimos á verte para que te apiades de nuestras desdichas, reconociendo en nosotros tu propia naturaleza; ven y derrama en nosotros la caridad que destinas á los adoradores de tu Hijo: ven, Señora, para que conozcan nuestros enemigos el poder que te ha dado el Señor para que protejas á tus hijos. (*Id. Ibid.*)

IV. Al salir para su destierro, toma el camino del desierto, llevando consigo á su Hijo. Vivió durante siete años en tierra extranjera, sin parientes y sin recursos. Nadie la auxilió. Sola con su Hijo y con José, permaneció aislada entre el pueblo idólatra. ¡Cuántos trabajos y sufrimientos! (*Sto. Tomás Valent. assumpt. Bell. V.*,

V. Cuando los santos esposos entraron en Egipto, fueron derribados y convertidos en polvo todos los ídolos de este país. Así lo había predicho el profeta Isaías. Se refugiaron en una villa conocida con el nombre de Heliópolis, donde vivieron siete años en una pobre casa que adquirieron con grandes trabajos; no se comunicaban sino con muy pocas familias y vivían del fruto de su trabajo. (*S. Bonav. Medit. vit. Christ. 12*).

VI. Meditad acerca de lo que voy á deciros. ¿Con qué medios contaba la Sacra Familia para vivir siete años en un país extranjero? ¿Mendigaba acaso el pan cotidiano?..... Lo que se sabe es que nuestra bienaventurada Reina se procuraba con el trabajo de sus manos lo suficiente para mantenerse y mantener á su Hijo. Cosía é hilaba siendo la reina del universo, porque siempre amó la pobreza, que practicó con José durante su vida, lo que no la impidió prodigar á su Hijo toda clase de cuidados, atender al arreglo de su casa y entregarse á la oración una parte del día y de la noche. (*Id. Ibid.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Nada dice el Evangelio acerca de la permanencia de María en Egipto; solamente dice que advertido José por un ángel, volvió de su destierro y se fijó con su familia en Nazareth; pero fácil es conocer que debió sufrir mucho durante su destierro. El destierro es siempre causa de tristeza porque se está lejos de la patria; pero María vivió siempre tranquila y resignada, porque el destierro, que es tan penoso para los mundanos, deja de serlo para los que saben encontrar á Dios, y María tenía consigo á su Jesús, á su Dios.

También podemos nosotros hacer que nos acompañe Jesús en nuestro destierro, porque Él es el Señor de toda la tierra.

I. «Dios nos ve:» este es un motivo poderoso para que procuremos evitar el pecado.

Tal fué el grito de Susana en el momento crítico en que se veía amenazada su virtud.

Tal fué también el grito de José en presencia de la fuerte seducción á que se vió expuesto.

Tal fué el grito de una pecadora que volvió al desierto para hacer penitencia por los crímenes que había cometido.

II. «Dios me ve:» este es un motivo poderoso para que velemos con cuidado sobre todas nuestras acciones.

Si recordamos esto á menudo, rezaremos con devoción, respetaremos los lugares santos, seremos reservados, circunspectos y caritativos en nuestras conversaciones, resignados en nuestros sufrimientos, y en un sólo día adquiriremos grandes méritos para el cielo.

III. «Dios me ve:» este es un motivo poderoso de consuelo para nuestras almas.

Sufro y lloro porque soy víctima de la injusticia de los hombres; pero Dios es testigo de cada uno de mis sufrimientos y lleva cuenta de mis suspiros y de mis lágrimas: *Cum ipso sum in tribulatione.*

IV. «Dios me ve:» poderoso motivo para mi perfección.

Ambula coram me et esto perfectus, decía Dios á Abraham.

Sin el ejercicio habitual de la presencia de Dios, nunca se progresará en la piedad. Sin esta práctica no es posible la vida interior.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. Después de un viaje de ciento cuarenta leguas, los fugitivos llegaron á Heliópolis, en donde su pueblo había fundado una colonia. En esta ciudad se elevaba el templo de Jehová, que Onías había hecho construir por el mismo plan de la Casa Santa. Los adornos de ese templo egipcio igualaban casi al otro; únicamente en muestra de infelicidad, una lámpara de oro macizo suspendida de la bóveda, reemplazaba al famoso candelero de los siete brazos de Jerusalén. A las puertas de esta ciudad, cuya población se componía en gran parte de egipcios y de árabes idólatras, había un árbol majestuoso del género de los *mimosa* ó acacia, al cual los árabes del Yemen establecidos en las orillas del Nilo tributaban una especie de culto. Al acercarse la Santa Familia al árbol-ídolo, inclinó lentamente sus ramas frondosas, como para ofrecer el *salem* al joven Señor de la naturaleza que María llevaba en sus brazos; y si ha de creerse al historiador Paladio, en el momento en que los divinos viajeros pasaban bajo los arcos de granito de la puerta que dá entrada á la ciudad de Heliópolis, todos los ídolos de un templo cercano cayeron de sus pedestales, hundiendo la faz en el polvo.

José y María no hicieron más que atravesar la ciudad del Sol, y se dirigieron á Matarich, linda aldea sombreada de sicómoros, en donde se encuentra la única fuente de agua dulce que hay en todo el Egipto. Allí, en una habitación semejante á una colmena de abejas, en la que las palomas hacían su nido, la familia refugiada descansó tranquilamente lejos de Herodes.

Según una multitud de autores respetables que tienen en su favor la tradición, apoyada en la verosimilitud, la Santa Familia permanió siete años en Egipto, á donde se encuentran todavía algunos vestigios de su residencia. La fuente en que iba María á lavar los lienzos en que envolvía

á su Hijo; el otero cubierto de zarzales en que los extendía para sacarlos al sol; el sicómoro á cuya sombra se complacía en ir á sentarse con el Niño á sus rodillas, allí están todavía después de diez y ocho siglos. Los peregrinos de Europa y de Asia conocen el camino, y los descendientes de los Faraones les tributan honores. A cada sitio está adherida como el musgo á las paredes humeadas de una ruina religiosa, alguna leyenda sencilla de aquel tiempo pasado.

En Nazareth había llevado María una vida humilde y laboriosa; pero en Heliópolis conoció la miseria bajo todos sus horribles aspectos. Era necesario crearse recursos, cosa tan difícil estando lejos de la patria y en un pueblo dividido en corporaciones nacionales y hereditarias, que no tenía ningún afecto ni consideración hacia los extranjeros.

"Como eran tan pobres, observa San Basilio, es evidente que tuvieron que entregarse á los trabajos más penosos para procurarse lo necesario...." Pero ¡ah! ¿este necesario lo tendrían siempre.....? "Con frecuencia, dice Landolfo de Sajonia, el Niño Jesús, acosado por el hambre, pedía pan á su Madre que no podía darle más que sus lágrimas....." —(*Orsini, La Virgen*).

II. Durante aquellos años fué verdaderamente Heliópolis corazón del mundo: ni por su hermosura, ni por su riqueza era nada el jardín del Edén comparado á la ciudad egipcia; los ángeles bajaban á porfía para admirar y adorar el tesoro que en ella se encerraba. Allí, sin que los hombres lo sospecharan siquiera, llegaban las plegarias, los suspiros y las recónditas esperanzas del mundo entero: allí los acentos de pena y dolor de la ciudad misma, de la misma calle, de la casa misma quizás en donde habitaba el verdadero Dios, resonaban en sus oídos de Hombre. Día y noche emanaban del alma humana de Jesús, con más abundancia que la más alta inundación del Nilo, actos sobrenaturales de consumada santidad y de precio infinito, merecedores de gracia bastantes á fertilizar todo el desierto de un mundo degradado. ¿Y cómo encarecer la hermosura del corazón de María durante aquellos años? Su santidad crecía incesantemente; su unión con Dios, íntima ya como no cabe explicarlo en teología alguna, estrechábase más y más cada vez de tal modo, que ya la Madre parecía casi identificada con el Hijo, cuanto lo consiente la distancia infinita que media entre el Criador y la criatura. También se acrecentaban al par los dolores de María; en su corazón vivía íntegra y perpetuamente duradera la aflicción causada por el primero, acrecentada por las nuevas aflicciones de este dolor segundo.—*Faber, María al pie de la Cruz, cap. III*).

III. Esto es lo poco que nos ha ocurrido sobre lo inacabable, que decirse puede acerca de la huída á Egipto, segundo de los misterios dolorosos de María. ¿Quién no le ha venerado como devoción predilecta de su infancia? ¡quién no ha comenzado por Él su aprendizaje de piadosas meditaciones? Tipo de vida ha sido para nosotros: poema bañado en oración, y oración fecundada por su misma celestial poesía. ¡Oh! Él nos recuerda años ya pasados y lágrimas también pasadas; y con su recuerdo evocamos la imagen de los amados que ya no son: memorias infantiles, florescencia primera de nuestras almas cultivadas por Dios, y que nos dió frutos de

gracia, infundiéndonos amor divino, marchito alguna vez, corrompido nunca, y con su mismo aroma señalándonos la vía para conocer á Jesús. Todas estas imágenes, iluminadas con el suave resplandor de nuestra inocente niñez, invaden serenamente nuetras almas al meditar este hermoso misterio de Jesús y de María, y renuevan en nuestro espíritu la edad remota en que parece como si hubiéramos sido uno con Jesús, en que su Madre y la nuestra se confunden indistintas en una sola forma y nos hablan con un sólo é idéntico acento. Y con esto, el tramontar del sol allende los secos arenales, y el ingente disco lanzando sus últimas llamaradas en el desierto horizonte y reflejando sus rayos en las cansadas pupilas del anciano José; y á Jesús durmiendo en el regazo de su Madre, y la luna derramando su tibia luz sobre el grupo celestial, y la cisterna donde el agua centellea, y la palmera que besa el aura suspirando, y la nocturna brisa que abate su tardo vuelo sobre la candente arena. Mas ¡ay! los muertos no vuelven: en otro tiempo completaban ese cuadro, figuras que ya borró la muerte. Y los años nos devoran al pasar. Y uno tras otro, van desapareciendo hombres y cosas..... ¡Oh locura humana! Dios no falta nunca.—(*Faber, María al pie de la Cruz, cap. III*).

IV. Cuando la Sacra Familia entró en Egipto, los ídolos que se adoraban en los templos de esa comarca cayeron por sí mismos de los altares, y entonces fué cuando se realizó la profecía de Isaías que había anunciado la caída de las falsas divinidades. María y José con el Niño se dirigieron á una ciudad llamada Heliópolis, cerca de la cual se establecieron en una casa humilde, y allí permanecieron siete años, pobres, extranjeros y careciendo algunas veces de alimentos.

Fijad vuestra atención en que ignoramos cómo se procuraban los recursos necesarios para vivir, y si se vieron obligados á mendigar. La tradición nos dice solamente que la Santísima Virgen se procuraba con el trabajo de sus manos las cosas necesarias para sí y para su Hijo, que manejaba el huso y la aguja y vivía en la pobreza. Sí, el Hijo y la madre amaron la pobreza en que vivieron hasta el fin de sus días.

¡Cuánto nos complacemos contemplando a la reina soberana, ganando su pan con el sudor de su frente, manejando el huso y la aguja, entregada á trabajos de manos y haciéndolo todo sin repugnancia, con alegría, humildad y constancia!

No le impedía este trabajo velar solícitamente por su Hijo, cuidar de su casa y pasar algunas horas en santa oración. Seguid este santo modelo, mujeres todas, y convenceos de que no en vano mereció nuestra reina soberana el trono que ocupa.—(*S., Bonav, in Medit. vit Christ., cap. XII*).

V. Para realzar la gloria de esta fuga se ha recurrido á tradiciones dudosas y aun á invenciones pueriles, según las cuales el Niño Dios manifestó su divinidad por medio de milagros, en esta circunstancia de su vida. Uno de estos milagos consistiría en que, durante su huída á Egipto, se conmovieron algunos ídolos y cayeron por sí mismos á su paso. Otro nos lo representa entretenido en modelar con tierra, pajaritos que toman vida en sus divinas manos y vuelan al cielo. El Evangelio ha desdeñado estos adornos para atenerse á lo verdadero, que es mucho más sublime. Dos

prodigios análogos, pero mucho más dignos del Hijo de Dios, revelaron su divinidad en esta huída. El primero, que, siendo niño tiernecito, pusiera ya en conmoción, no á dioses de piedra ó de metal sobre sus bases, sino á dioses de carne, á potestades en sus tronos, y las trastornara el juicio hasta enloquecerlos. Esto es lo que vemos en esa *turbación* de Herodes de que habla el Evangelio, y en esa horrible estravagancia de la degollación de Belén: esto es lo que nos aparece más aún en aquel *terror* del coloso romano que para precaverse contra este niño aún no nacido, decreta la inmolación de todos los mismos varones que nazcan dentro de un año: vanos furores que comienzan la serie de memorables persecuciones que el paganismo opondrá á Jesucristo y que no impedirán el cumplimiento de esta expresión de María, de que son ya preludio y presentimiento: *Deposuit potentes de sede.*—(*Nicolás, La Virgen, según el Evangelio, cap. XIV*).

ARTICULO V

PLATICA XIX

MARÍA, REINA DE LA FAMILIA

No han nacido el hombre y la mujer para vivir aislados en la tierra, á menos que les haya predestinado la Providencia para las sublimes grandezas de la virginidad. Llega en la vida una hora en que se encuentran, la religión les junta las manos, desciende sobre ellos la gracia de Dios y el sacerdote les bendice. Y forman entonces una alianza tan estrecha, que los dos cuerpos no son más que uno solo. *Una caro.* Tal es el principio y la cuna de la familia. ¡Cuánto abarca la palabra familia! ¡Qué horizonte tan vasto se abre delante de ella! Como el hombre, como Dios, como la sociedad y como todo lo que descansa en las grandes y sólidas unidades de lo pasado, la familia tiene, hoy más que nunca, enemigos que se empeñan con afán por destruirla. Esta cosa santa y grande estorba á las gentes pequeñas y degradadas de nuestra época, que quisieran ponerla á su nivel. Para conseguir su objeto

ponen en juego mil medios reprobados. Lo que primeramente han hecho, ha sido establecer el matrimonio civil, muy respetable mientras se concreta á ser un contrato de registro y seguridad pública; pero absurdo y peligroso desde el momento en que se arroga los derechos que Dios no ha delegado sino á su Iglesia, y quiere convertirlo en sacramento-contrato.

Al casar el Estado como lo hace la Iglesia, ó por decirlo así, según lo que Dios ordena, dá el primer hachazo contra la familia. ¿Qué es en nuestros días el Estado sino el pueblo soberano, y qué es por lo mismo el pueblo soberano sino la pasión soberana? Tened presente que la pasión no se guía por ningún principio y que no tiene más móvil que su soberano capricho. Hoy destruye lo que hizo ayer; mañana destruirá lo que hoy haya hecho. Por esto vemos como una legítima consecuencia del matrimonio civil que en todas las tribunas se aboga en favor del divorcio. Y ¿qué cosa es el divorcio más que la destrucción de la familia en su basa, separando al hombre de la mujer á consecuencia de un capricho de la misma ley? Una vez separados el padre y la madre, ¿qué será de los hijos, pobres huérfanos abandonados, que renegarán ó del padre ó de la madre ó de entrambos á la vez? Tal vez el Estado, dizque encargándose de su porvenir, les procurará una madrastra y procurará calentarle con el calor artificial que pagará al efecto; quiere decir que el Estado se convierte en nodriza. ¡Vaya una misión sublime!

Pero tened en cuenta, y téngala el pueblo todo que no pudiendo resistir á la invasión que va haciendo la impiedad oficial, acabaréis por no poder disponer de vuestros hijos, pues si los mandáis á las escuelas oficiales, se pondrá en su enseñanza un sello que destruirá todos los esfuerzos hechos en el hogar.

Una vez admitido el divorcio y separado el padre de la madre, ¿qué será de la suerte de los hijos? Por fortuna

María está siempre con nosotros y la Iglesia católica no nos abandona, y juntos podremos resistir á la impiedad. El pasado nos garantiza lo futuro. En otros tiempos existía la poligamía, y los polígamos han acabado por aceptar la santa unidad del matrimonio. Los reyes mismos han visto caer sobre sí la excomunión de la Iglesia y han puesto el hasta aquí á sus uniones ilegítimas. El pasado nos representa la Alemania y la Inglaterra sucumbiendo á sus pasiones, y la Iglesia perdiendo en sus intereses antes de permitir que sufrieran las leyes inviolables del matrimonio.

Ved el imperio que ejerce la Virgen María en el matrimonio, y por lo tanto en la familia. Al desertar Lutero y Calvino del seno de la Iglesia, pretendieron llevar consigo á Jesucristo, ó lo que es lo mismo, obrar según la ley de Jesucristo; pero rechazaron á la Madre del Redentor, su culto y sus altares, y la santidad del matrimonio naufragó en el seno del protestantismo, como si sólo María hubiese recibido el privilegio de mantenerle entre los cristianos. ¿Y habrá alguno de nosotros que dude de que disfrute María de este privilegio? En la naturaleza todo obedece á sus leyes, que están enlazadas unas con otras según un plan mismo. La misma regla rige en el orden de la gracia. Todo nos viene por María y todo se mantiene en él por María. ¿No es ella la que ha ensalzado la castidad de la mujer, manantial del imperio que ejerce en el hombre y de la gloria que en el hogar doméstico la rodea? ¿No es ella también la que ha dado al nombre de madre un lugar casi sacerdotal entre los hombres desde que Jesucristo pasó á ser su Hijo? ¿No se debe á su unión con San José el que sepan los hombres cuál es el papel que desempeñan en el hogar doméstico como hombres y como esposos? María desempeñará su misión entre nosotros mientras la levantemos altares, lo que afortunadamente no cesará jamás. Los padres y las madres verán

siempre á la casta Virgen, su modelo, en pie al lado de José, ofreciendo al Niño Jesús á quien educaron con esmero. Y al pie de este divino grupo se verá siempre á un sacerdote diciendo á la madre de familias: «En nombre de la Virgen, oh madres y esposas, guardad con recato el honor del lecho nupcial, no dejéis que lo asalten las pasiones. Dad de mamar á vuestros hijos para que no se mezcle á vuestra sangre una sangre extraña. Velad su infancia. Enseñadle á respetar á su padre terrestre de quien ha recibido la vida del cuerpo, pero enseñadle también á levantar las manos y los ojos hacia el padre celestial que le ha dado el alma hermosa que refleja brillante en su cándido rostro.» Y también dirá á los padres y á los esposos mostrándoles á San José: «Oh, vosotros que empuñáis el cetro de la familia, ved en este que fué escogido por Dios para llenar una misión semejante á la vuestra, lo que debéis á vuestra compañera y esposa, á la madre de vuestros hijos. Débil es, pero vosotros la sostendréis; es amorosa y vosotros la formaréis con vuestro amor el cuadro de su dicha; tímida es, mas vosotros le infundirés valor; trabajosa es su carga, pero la partiréis vosotros con ella; vive en el seno del hogar, pero vosotros seréis los compañeros de su soledad. Vuestros hijos, pues tal vez llegaréis á tenerlos para que sean el báculo de vuestra vejez, os rodearán con sus tiernos cuidados y no les confiaréis á manos mercenarias, especialmente al llegar á la edad en que el alma se forma á semejanza de aquellos con quien tienen mucho contacto.—Vosotros, que tanto os envanecéis de ver en el cabello de vuestros hijos el color que vuestros cabellos tuvieron, y tanto os complacéis al ver brillar en sus ojos el fuego de vuestras miradas, ¿podréis ver con gusto que tienen inclinaciones distintas de las vuestras y gustos que en nada se parecen á vuestros gustos? Quisierais que vuestros hijos entregaran á otros que no fuérais vosotros sus buenas cualidades y

virtudes? No por cierto, porque queréis que se os parezcan por entero. Pues bien, puesto que es así, semejantes al león que no abandona sus cachorros, defendedlos contra la impiedad, y defended á un mismo tiempo vuestros derechos de padres de familia; no los entreguéis á otros. Sólo los padres y las madres reciben del cielo la misión de educar á sus hijos hasta cierta edad. El que quiera despojarles de ese derecho que el cielo les ha dado es un usurpador y un tirano. No dejéis que os asalten en vuestro hogar, pues llámese como se llamare, divorcio ó enseñanza oficial, no será más que el destructor de la familia. Si para sostener vuestros derechos debéis luchar, recordad que tenéis una Reina poderosa, venid á ella confiados, postraos á sus pies y ella os dará fuerza para que triunféis sobre vuestros enemigos.

PERDIDA DE JESUS

DIA VEINTE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Ostende mihi faciem tuam; sonet vox tua in auribus meis; vox enim tua dulcis et facies tua decora.

Cant., II, 14.

Donec aspiret dies et inclinentur umbræ, revertere, similis esto, dilecte mi, capreæ hinnuloque cervorum super montes.

Ibid., 17.

Per noctes quæsivi quem diligit anima mea: quæsivi illum et non inveni. Surgam et circuibo civitatem, per vicos et plateas, quæram quem diligit anima mea; quæsivi illum et non inveni.

Id , III, 1.

Invenerunt me vigiles qui custodiunt civitatem: num quem diligit anima mea vidistis?

Ibid., 3.

Cœpit mater ejus flere et dicere: Baculum senectutis nostræ tulisti, et transmisisti a nobis, sufficiebat enim nobis quod videbamus filium nostrum.

Tob., V, 23, 25.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

virtudes? No por cierto, porque queréis que se os parezcan por entero. Pues bien, puesto que es así, semejantes al león que no abandona sus cachorros, defendedlos contra la impiedad, y defended á un mismo tiempo vuestros derechos de padres de familia; no los entreguéis á otros. Sólo los padres y las madres reciben del cielo la misión de educar á sus hijos hasta cierta edad. El que quiera despojarles de ese derecho que el cielo les ha dado es un usurpador y un tirano. No dejéis que os asalten en vuestro hogar, pues llámese como se llamare, divorcio ó enseñanza oficial, no será más que el destructor de la familia. Si para sostener vuestros derechos debéis luchar, recordad que tenéis una Reina poderosa, venid á ella confiados, postraos á sus pies y ella os dará fuerza para que triunféis sobre vuestros enemigos.

PERDIDA DE JESUS

DIA VEINTE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Ostende mihi faciem tuam; sonet vox tua in auribus meis; vox enim tua dulcis et facies tua decora.

Cant., II, 14.

Donec aspiret dies et inclinentur umbræ, revertere, similis esto, dilecte mi, capreæ hinnuloque cervorum super montes.

Ibid., 17.

Per noctes quæsivi quem diligit anima mea: quæsivi illum et non inveni. Surgam et circuibo civitatem, per vicos et plateas, quæram quem diligit anima mea; quæsivi illum et non inveni.

Id , III, 1.

Invenerunt me vigiles qui custodiunt civitatem: num quem diligit anima mea vidistis?

Ibid., 3.

Cœpit mater ejus flere et dicere: Baculum senectutis nostræ tulisti, et transmisisti a nobis, sufficiebat enim nobis quod videbamus filium nostrum.

Tob., V, 23, 25.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dixitque ei: Noli flere, salvus perveniet filius noster, et salvus revertetur ad nos; et oculi tui videbunt illum. Credo enim quod angelus Dei bonus comitetur ei, et bene disponat omnia quæ circa eum geruntur, ita ut cum gaudio revertatur ad nos. Ad hanc vocem, cessavit mater ejus flere, et tacuit.

Ibid., 26–28.

Quæsivi et non inveni illum: vocavi, et non respondit mihi. Invenerunt me custodes qui circumeunt civitatem, custodes murorum.

Cant., V, 6-7.

Adjuro vos, filiæ Jerusalem, si inveneritis dilectum meum, ut nuntietis ei quia amore langueo. Qualis est dilectus tuus ex dilecto, o pulcherrima mulierum? qualis est dilectus tuus ex dilecto, quia sic adjurasti nos?

Ibid., 8–9.

Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus; caput ejus aurum primum; comæ ejus sicut elatæ palmarum, nigræ quasi corvus; oculi ejus sicut columbæ; labia ejus sicut lilia distillantia myrrham primam; guttur illius suavissimum et totus desiderabilis: talis est dilectus meus.

Ibid., 10-13, 16.

Quo abiit dilectus tuus, o pulcherrima mulierum, quo declinavit dilectus tuus, et quæremus eum tecum?

Ibid., 17.

Sollicitus erat pater ejus, dicens: Putas, quare moratur filius? Cœpit autem contristari nimis ipse et uxor ejus cum eo: cœperunt ambo simul flere, eo quod minime reverteretur filius ad eos.

Tob., X, 1–3.

Flebat igitur mater ejus irremediabilibus lacrymis atque dicebat: Heu, heu, fili mi, lumen oculorum nostrorum, baculum senectutis nostræ solatium vitæ nostræ; omnia simul in te uno habentes, te non debuimus dimittere a nobis. Illa nullo modo consolari poterat, sed quotidie exiliens, circumspiciebat, et circumsbiciebat et circuibat omnes vias per quas spes remeundi videbatur, ut procul videret eum si fieri posset, venientem.

Ibid., 4-7.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Pasados los días de fiesta y cuando los padres de Jesús se volvían, Él permaneció en Jerusalén. Como María y José al salir del templo no seguían el mismo camino y sólo se vieron por la noche, no notaron su ausencia sino al hacer alto en el mesón donde se proponían pasar la noche. María, al ver llegar á José sin el niño, que creía que estaba con él, le preguntó por su Hijo, y el santo esposo le contestó: No sé dónde está, porque no se ha venido conmigo y creía que con vos se había venido. *(Bonav. Medit. vit. Christ. 14).*

II. Conmovida y desconsolada exclamó sollozando: «No estaba conmigo y no he cuidado bastante á mi hijo.» Y fué á todos los mesones, sin traspasar las leyes del decoro, y en esto empleó una parte de la noche, informándose con todos y preguntándoles: ¿No sabéis qué es de mi hijo? San José la seguía desconsolado y lloroso. Como no le encontraron, su dolor no tenía límites. No es de extrañar esto, mucho menos si se tiene en cuenta que María era la más cariñosa de las madres. Todos sus parientes procuraban consolarla, pero toda reflexión era inútil. ¿Quién podrá comprender todo lo que significa perder á Jesús? No veáis con indiferencia su dolor, porque sufre la mayor de las angustias, y nunca sufrió una tan grande. *(Id. Ibid.)*

III. Creeréis tal vez que sus padres le buscaban como si temiesen que hubiese caído en poder de malhechores, ó como si se hubiese extraviado en el camino, como les sucede fácilmente á los padres. Pero no fué así. No podía abrigar María tantos temores, porque ya le había revelado el cielo los misterios relativos á su divinidad. Lo mismo debemos decir de José. Así es que uno y otro le bus-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

caban como se busca en la Escritura la solución de una dificultad ó el sentido oculto de una palabra. No cabe duda que en esos casos se busca con ansiedad; no como si el error estuviese en la Escritura, sino como cuando se busca una dificultad cuyo sentido no nos ha sido dado penetrar. Así es como buscaban á Nuestro Señor Jesucristo. Se preguntaban si no les habría dejado á propósito, y si habría ya llegado el momento en que debía separarse de ellos para siempre. (*S. Tito Bostror. episc. in Exposit., c. 2. Luc.*)

IV. El perder á Jesús es una gran desgracia. La Virgen estaba desolada porque había perdido el tesoro celestial de la majestad y la divinidad. ¡Cuántos cristianos pierden hoy al Salvador sin experimentar el menor arrepentimiento! (*Thom., Valent. in Domin. inf. oct. Epiph.*)

V. Así lo predijo el santo anciano cuando exclamó: «En cuanto á vos, una espada atravesará vuestra alma.» ¡Oh divino Jesús! ¿Cuál era vuestro designio al permitir que una espada cruel atravesara el corazón de vuestra madre? *S. Amadeo de Laud. B. M. V. hom. 2*).

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Como se pierde á Jesús.

I. Se le pierde por el pecado, y es un castigo.

En los tiempos antiguos, cuando el templo del Dios de Israel debió ser profanado por enemigos sacrílegos, los ángeles protectores del lugar santo se retiraron para no ser testigos de semejante desolación. Y se oyó entonces una voz misteriosa que dijo: «Salgamos de aquí.» Después que hubieron salido fué profanado el santuario y sobre las ruinas del altar fué colocado un ídolo impuro.

Perder á Dios, que es en el cielo la alegría de los ángeles y la dicha de los elegidos, y encontrar en su lugar al ángel de las tinieblas, al tirano de los infiernos y al verdugo de los réprobos; perder á Jesús, su amistad, y su gracia, sus dulces conversaciones, sus santas bendiciones y el consuelo de su amor; he aquí lo que consigue el pecador, he aquí la suerte que nos labramos. ¡Cuán dignos somos de lástima al perder á Jesús!

II. Las desolaciones interiores nos hacen perder á Jesús, y son pruebas para nosotros.

Las almas fieles pierden algunas veces á su Dios sin haber olvidado sus promesas ni roto sus compromisos. En ciertos momentos se encuentran en el camino de la vida solas consigo mismas. Se figuran que caminan con Jesús sin advertir que se han separado de Él. Esperan un auxilio, una luz, un consejo, una gracia..... mas se alejaron de Jesús y le perdieron.

Consoláos, almas afligidas, porque vuestros dolores no serán duraderos. Esta es una prueba que el cielo os tiene preparada. Jesús recibe con gusto las lágrimas que secretamente derramáis, pues son para Él una prueba de vuestro sincero amor.

Buscad como María al Dios que se oculta á vuestros ojos; buscadle con afán en medio del desierto árido y sin agua en que os ha abandonado; buscadle en medio de las tinieblas que os rodean. No tardará en brillar el día y el sol divino que esperáis os iluminará pronto con sus rayos.

No caigáis en desaliento, porque María no se deja abatir por su dolor.

Sobre todo, no murmuréis y acatad los designios de Dios. ¿Quién os dice que el abandono momentáneo que recibáis no será más útil para vuestra alma que las consolaciones sensibles?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. "Cuando había cumplido doce años, habiendo sus padres subido á Jerusalén, según acostumbraban en tiempo de la fiesta, y acabado los días, cuando volvían, se quedó en Jerusalén el niño Jesús sin que sus padres lo advirtiesen."

Las ideas y los sentimientos se agolpan, se cruzan y confunden al exponer este misterio, uno de los más grandes é instructivos que nos ofrece el Evangelio: dilucidémoslo, pues, poco á poco, y comprendamos ya que hay motivo de hacerlo, que sólo la ligereza más imperdonable é indigna de abrir el Evangelio puede pararse en la letra de esta página, y no sentir respirar y palpitar en ella el espíritu.

Vemos ahí desde luego la piadosa *costumbre* de la Santa Familia de ir todos los años, como los demás judíos, en tiempo de la festividad pascual, á celebrar esta fiesta en Jerusalén, y eclipsar bajo la sencilla y común observancia de la ley los altos y divinos misterios que se habían ya cumplido y debían cumplirse en ella. María y José llevaban allí al Niño Dios, y lo sujetaban á esta observancia como un niño ordinario, sabiendo que era el hijo del Altísimo, la Ley viviente, la gloria de Israel, la luz del mundo. Pero tan grande era su sencillez, su humildad, su sumisión á la Providencia, que llevaban el peso de tan sublimes destinos sin impaciencia de verlos cumplidos, y procedían en todo como si no existiesen. Tal era esta sencillez que vemos á María y José, depositarios de un niño tan querido, interesados en sus menores ademanes, caminar todo un día sin verle, pensando que estaba *con los de su comitiva, entre sus deudos y conocidos á donde vuelven á buscarle*. ¡Qué interesante y sublime oscurecimiento de Jesucristo! ¡Qué admirable y sencilla familiaridad la que de tal modo le mezcla con sus parientes y conocidos que puede desparecer en su compañía por espacio de todo un día sin que se repare en ello! Basta indicar estas reflexiones al entendimiento y al corazón.—(*Nicolás, La Virgen, según el Evangelio, capítulo XVI*).

II. Al cabo de cuatro días de marcha, los peregrinos llegaron á la ciudad santa, adonde afluía un inmenso concurso de nacionales y extranjeros. La familia de José y de María, se reunió para comer el cordero pascual, que los sacerdotes tenían cuidado de inmolar entre las dos vísperas en el patio del templo, y al que se añadieron panes ázimos, lechugas amargas y todo lo que constituía esta ceremonia antigua.

Pasados los días de la fiesta, los parientes de CRISTO se reunieron para tomar de nuevo el camino de su provincia; y como volvían en el mismo orden en que habían venido, los dos esposos no echaron de ver que Jesús no venía con ellos. María le creyó con José ó con los dos Santiagos; José creyó por su parte que venía con sus jóvenes parientes ó con María. A la caída de la noche los diversos grupos se reunieron, y la Santa Virgen

buscó, pero en vano, á Jesús en la multitud de viajeros que llegaban sucesivamente á la posada; ¡nadie sabía lo que al Salvador había sucedido! El dolor de los dos Santos Esposos fué inexplicable. "¡El depósito del cielo! ¡el Hijo de Dios!" exclamaba tristemente José. "¡Mi Hijo!" decía la pobre Madre, embargando las lágrimas su voz. Buscáronle durante la noche, y siguiéronle buscando durante el día; preguntaban por Él en los caminos dando sus señas á los viajeros; llamábanle por los bosques; sondeaban con sus miradas los precipicios, temiendo ya por su vida ó bien por su libertad, y no sabiendo qué hacerse si se había perdido.—(*Orsini, La Virgen*).

III. Se veían de repente solos como en un desierto, solos como jamás lo habían estado dos corazones desde aquel día en que el sol poniente iluminó con tristes rayos ante Adán y Eva las montañas del Paraíso, como puertas de oro que se les cerraban para siempre..... ¡Cómo! ¡Jesús los había dejado! ¡Jesús se apartaba de ellos! Para María era esto mucho más difícil de creer que lo había sido el misterio de la Encarnación, la hubiera asombrado menos ver pararse el globo, y las trompetas del juicio final habrían estremecido menos su corazón. Preguntan por el Niño á todos sus parientes y allegados, pues muchos le tenían afición, cuya índole no entendían ellos mismos: en vano; y harto sabía María que lo era, pues conocía bien á Jesús, y no dudaba que si Él hubiera estado por allí, habría ido ya en busca de su madre; ni en su corazón cabía que pudiera ser otra cosa, y que por motivo tan común y vulgar hubiera de perder á su Jesús. ¡Oh! no; la causa de su desventura era más honda; ante sus plantas se abría un abismo cuyas glaciales emanaciones helaban los más recónditos pliegues de su alma. Siguen preguntando: todos los compadecen, pero nadie les dice el paradero del Niño. Ya nada preguntan; la triste noche pasa, amanece el nuevo día; pero ni la nocturna sombra calma, ni el nuevo sol puede alumbrar aquellos dos corazones. Muchos dolores entristecieron aquella noche á la tierra, pero ninguno como el de María; muchas otras noches vió desde entonces el mundo sembrado de estrellas, y muchos pesares para los cuales no había ninguna que difundiera un sólo rayo de consuelo; pero no hubo tribulación comparable á la de María; los astros se hubieran apagado á tener corazón, y las tinieblas habrían manado lágrimas de sangre para compadecer la angustia y horrenda soledad de aquella noche memorable. Cuando poblaron los ámbitos del Egipto aquellos gemidos espantosos que le arrancó la súbita muerte de sus primogenitos, y el Nilo conturbado parecía huir precipitadamente de aquel concierto doloroso, y los innumerables quejidos del pueblo resonaban como el estrépito ingente de una sola voz, cual si la tierra misma sollozase desde las cataratas del río hasta el Delta; todo aquel tumulto de dolor era nada comparado al que aquella noche heriría en el corazón de la angustiada Madre.—(*Faber, María al pie de la Cruz, cap. IV*).

IV. Vamos á contemplar una fase verdaderamente nueva de los dolores de María, es á saber: la Madre sin el hijo. Bethleen había tenido para ella tribulaciones; Nazareth se las había dado más grandes, y en el Calvario llegaron á su colmo. Pero en todos esos lugares María estaba con su

Hijo, y así gozaba de luz aun en medio de tinieblas: aquí vamos á verla cercada de absoluta oscuridad. Cuando queremos contemplar á la Santísima Virgen por el mero aspecto de las gracias personales con que fué singularmente dotada, como, por ejemplo, en su Inmaculada Concepción, nos la presentamos sin su Hijo y mirando al cielo, como para mostrar que es criatura inundada por torrentes de gracia emanada del Criador. Cuando queremos verla tal como es con relación á nosotros, es decir, como Madre de cuyas manos el Hijo se agrada en hacer canal de las gracias que nos envía, nos la representamos también sin Jesús, con los ojos clavados en el suelo y las manos extendidas como derramando luz y flores sobre la tierra. Pero con ninguna de estas dos imágenes tienen relación los dos cuadros en que la Sagrada Escritura nos muestra sin Jesús á la Santísima Virgen, es á saber: uno, el que vamos á contemplar ahora, donde la vemos correr desolada por todo Jerusalén buscando á su Hijo; y otro, el correspondiente al séptimo dolor, donde la vemos al caer del día regresando del Santo Sepulcro á la gran ciudad, después de dejar al objeto de su amor encerrado en el hueco de una peña. La historia de la Pasión, que así vemos irse concertando con la de la Santa Infancia, adúnase muy especialmente en este tercer dolor, que tanto por lo respectivo á Jesús como á María, constituye uno de los principales misterios de los treinta y tres años de la vida de Nuestro Señor. Dicho se está que nosotros no vamos á considerarle sino por el aspecto relativo á María.—(*Faber, María al pie de la Cruz, cap. IV*).

V. Jesús se nos esconde de mil modos. Unas veces retira su gracia hasta el fondo de sí mismo, lo que no hace sino cuando quiere castigar en nosotros algún pecado grave; otras retira no toda su gracia, sino alguna particular, ó amortigua en nosotros el sentimiento religioso para aumentar después sus favores por el cuidado con que le buscaremos más tarde.

La pérdida de Jesús, no es para su santa madre y para San José un castigo, sino como una prueba. No se les acusa de que le perdieran por descuido ó por haber cometido alguna falta; su pérdida, pues, no fué más que como una humillación y una prueba.

Jesús se oculta cuando quiere: su espíritu va y viene, mas no se sabe de dónde viene ni á dónde va. (Joa., III. 8). "Pasa cuando quiere por medio de los que le buscan." (Luc., IV. 30). No necesitaba hacer uso de este poder para perderse para María y para José. Sea como fuere, el santo Niño desapareció, y ellos entraron en inquietud al principio, y después se entregaron al dolor, porque no le hallaron entre sus parientes y amigos, entre quienes le creían. ¡Cuántas veces se echa en cara el santo anciano el poco cuidado con que vió el depósito celestial! ¿Quién podrá dejar de afligirse con él y con la más tierna de las madres y la mejor de las esposas?

Maravillosos eran los encantos de que estaba revestido el santo Niño. Es de creer que todos deseaban tenerle consigo. Ni María ni José dudaban de que se hallase entre algún grupo de viajeros, porque las gentes del país que iban á Jerusalén en los días de fiesta, se reunían para ir acompañadas. Por esto se perdió Jesús fácilmente, y sus padres caminaron un "día entero" sin notar su pérdida.

Volved á Jerusalén. No debe hallarse á Jesucristo ni entre sus parientes ni entre los hombres, sino en la ciudad santa, en el templo, ocupado en los negocios de su Padre. Con efecto, después de tres días de inútiles pesquisas, después de haberle llorado mucho, se halló el santo Niño en el templo.—(*Bossuet, Elev. sobre los mist.*)

ARTÍCULO V

PLATICA XX

MARÍA, REINA DE LA SOCIEDAD

Los pueblos que estaban civilizados antes del cristianismo, los griegos y los romanos, para hablar de los más conocidos, persuadidos de que el cielo era el tipo modelo de la tierra, lo llenaron de mujeres divinas llamadas según su lenguaje, diosas. Eran estas las compañeras de los dioses y la personificación de las cualidades físicas y morales de la humanidad. Todas tenían altares y sacerdotes ó sacerdotisas que sacrificaban en nombre de la sociedad. Una de ellas entre todas, Vesta, la diosa de la *Castidad*, cualidad tanto más admirada entre los romanos cuanto era menos propia de sus costumbres, recibía en sus casas particulares honores. En su altar ardía un fuego perpetuo, cuidaban noche y día de que no se apagara tres sacerdotisas, que debían ser vírgenes. Se las rodeaba de una gloria extraordinaria y se las castigaba de una manera terrible. En las fiestas públicas, en las ceremonias de la religión, en el teatro y en los festines, en todas partes, en fin, ocupaban el primer lugar, y las armas de los lictores se humillaban para formarlas valla, así como las saludaban con respeto los generales vencedores y los mismos reyes. Pero si quebrantaban sus votos y sucumbían á la debilidad de la carne, los romanos, por corrompidos que fuesen,

las enterraban vivas en el fondo de un sepulcro donde esperaban una muerte horrible.

Este culto divino rendido á la mujer, y sobre todo á la *mujer Virgen*, era el fruto de una obediencia intuitiva al dogma del reinado futuro de María, dogma que permaneció como otros tantos girones de la revelación primitiva, profanada por las creencias populares, alteradas y modificadas por las pasiones y el tiempo. Así lo creo yo. Sí, desde antes del cristianismo reinaba ya nuestra bienaventurada madre sin saberlo entre las naciones más civilizadas de la tierra.

No quiero insistir sobre este hecho, cuya prueba se ha dado con motivo de la historia del culto de María, y pasaré por lo tanto al punto esencial de nuestra plática, que es el reinado de María en la sociedad, cuyos elementos esenciales ha formado ó rehabilitado.

Al multiplicarse las familias, dice poco más ó menos el príncipe de los escritores políticos de este siglo, acabaron por serse molestas las unas á las otras, y estalló entre ellas la guerra, provocada por las necesidades de todos y la desigualdad de sus fuerzas. En el seno mismo del pueblo escogido, del pueblo hebreo, vemos las querellas de los pastores de Abraham y de Loth, las disensiones de Jacob y de Isaías, preludio de guerras más extensas y sangrientas que estallaron más tarde entre un pueblo y otro pueblo, entre una nación y otra nación. Una fuente ó un prado solían ser la causa ó el pretexto de mil riñas entre los miembros de una misma familia. Pero estos pretextos fueron tomando proporciones iguales á la ambición de algunos y no cesaron. Para evitar que las familias perecieran y con ellas la sociedad que constituían, preciso fué nombrar un poder que arreglase las diferencias sin derramamiento de sangre y mantuviese el equilibrio de los intereses y deberes necesarios para la vida de las sociedades.

¿Cómo nació este poder? ¿Cómo fué que familias desde un principio independientes, y hombres que eran iguales, se resignaron á admitir un dueño? Esto es lo que todos se preguntan, y entre los filósofos que toman parte en el debate, los unos ven en eso el principio de la fuerza y los otros el resultado de un pacto mutuo. Ni unos ni otros dan la solución verdadera. El poder nació simplemente de la necesidad. Para vivir y desarrollarse, las familias se vieron obligadas á hacer una incesante guerra contra la naturaleza; no bastaban las fuerzas aisladas y fué necesario apelar á la formación de grupos. ¿Quién se encargó de esto? Uno de esos hombres que Dios pone en todas partes siempre que la Providencia los necesita. Él fué el primero que reunió las fuerzas diseminadas, las tomó bajo su dirección, las mandó y le obedecieron. Este fué el *poder*. Los más fuertes, los más inteligentes se le unieron, recibieron sus órdenes y las comunicaron á los demás. Así se formaron los ministros del poder. La muchedumbre, guiada por su interés y su debilidad, se doblegó á este interés común, y así fué como se formaron los súbditos. Tal es, hermanos míos, el origen, la formación y establecimiento de la sociedad. El que no quiera creer la historia, no tiene que hacer más que observar lo que pasa todos los días.

Desde el momento en que un accidente imprevisto, como por ejemplo, un incendio, se declara en una ciudad, la muchedumbre ocurre al lugar del siniestro para auxiliar á los que pueden perecer; pero se mueven al rededor de las llamas y nada disponen. Entonces uno sale del grupo, dá la voz de mando y dispone lo que debe hacerse; otros trasmiten sus disposiciones y los demás las ejecutan. En unos cuantos instantes quedan constituidos el *poder*, los *ministros* y los *súbditos*.

Mas no basta con organizar una fuerza, sino que además es preciso procurarle alma y vida. El alma es la ley,

basa de todos los deberes mutuos del poder de los ministros y de los súbditos. Desde el principio de la sociedad descansan la ley y su aplicación en el padre de familia, que es á un tiempo el juez y el legislador. «El trono era el lecho en que reposaban los cansados miembros del anciano; el cetro era el bastón en que apoyaba sus débiles pies, y la diadema era la cinta que cubría su calva frente.» ¿Pero obraba ese anciano á su antojo al dar sus juicios sin apelación? No, la religión, que desde el principio se mezcló en todos los actos de la sociedad, ejerció siempre una grande influencia en las acciones humanas. El anciano oye la voz de Dios y la graba en su conciencia; recuerda la tradición de sus padres y no pronunciará ninguna sentencia sin tener en cuenta estos principios. Cuando los pueblos hubieron crecido en número y territorio, la legislación y la religión domésticas cedieron el lugar á la legislación y á la religión sociales; el paganismo, que es verdaderamente la idolatría entre los pueblos organizados, hizo, no de la religión, sino del culto, una institución separada del manejo de las cosas políticas, y estableció colegios y sacerdotes, porque comprendió, según Montesquieu, que un pueblo *sin sacerdotes* es un *pueblo bárbaro*.

Esta religión, alma y vida de la sociedad civil cuando hubo una verdadera, se acomodó al carácter de los conquistadores y á las exigencias inestimables de la política, y acabó por llevar la división á la familia á causa de la multiplicidad de las mujeres, al Estado con la multiplicidad de los poderes, y á su propio seno, por la multiplicidad de sus dioses.

Cuando crecieron las sociedades necesitaron de una nueva alma, que era la religión verdadera. Vino ésta, y para comunicar su misión se denominó *católica*, es decir, universal, según expresión de la palabra griega, porque debía dominar en todos los pueblos y todos los siglos.

Por esto necesitaba de un poder *universal*, ministro que, así como la mujer y el hombre niño en la familia, debe participar de la naturaleza del poder y de la del súbdito.

Aquí el poder de Dios, y el súbdito es el hombre; necesario era, pues, que el ministro fuere un Hombre Dios. Así debía ser y así fué. Todos los días adoramos á este Hombre Dios, que se llama Jesucristo. La sociedad que fundó dá la vida al mundo de una manera tan evidente, que desde el momento en que el mundo la persigue y la rechaza, oscila en sus cimientos.

Y la experiencia que tiene de lo que acabo de decir no le impide ser enemigo del Cristo y de sus enviados á quienes quiere sobreponerse. ¡Vanos esfuerzos! Si en algunas partes se ha vencido aparentemente al Cristo, si la sociedad toda se ha estremecido, es porque allí se ha desterrado el culto de la Madre del Cristo, de María, cuya misión parece ser la de conservar á Jesucristo en el seno de los pueblos, y con Jesucristo el camino, la verdad y la vida.

¿Qué debemos hacer los cristianos en estos tiempos en que la persecución de la espada, de la calumnia y de la burla han llegado al exceso? ¡Oh! bien lo sabéis todos. Lo que debemos hacer es agruparnos al rededor de María, asediarla con nuestras súplicas hasta que ilumine las inteligencias y disipe las pasiones del corazón para que reine entre nosotros la armonía cristiana, la ley vivificadora de su hijo y se haya establecido en todo este país su trono, que se ha gloriado de componerse de hijos suyos.—Así sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ENCUENTRO DE JESUS

DIA VEINTIUNO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Invenerunt me vigiles qui custodiunt civitatem; num quem diligit anima mea vidistis? Paululum cum pertransissem eos, inveni quem diligit anima mea: tenui eum nec dimittam donec introducam illum in domum.

Cant., III, 3-4

Ego dilecto meo, et ad me conversio ejus.

Id., VII, 10.

Nova et vetera, dilecte mi, servavi tibi.

Ibid., 13.

Ibant parentes ejus per omnes annos in Jerusalem, in die solemni paschæ: et cum factus esset annorum duodecim, ascendentibus illis Jerosolymam, secundum consuetudinem legis diei festi, consummatisque diebus cum redirent, remansit puer Jesus in Jerusalem, et non cognoverunt parentes ejus. Existimantes autem eum esse in comitatu, venerunt iter diei et requirebant eum inter cognatos et notos. Et non invenientes regressi sunt in Jerusalem, requirentes eum, et factum est post triduum, invenerunt eum in templo, sedentem in medio doctorum, audientem illos, et interrogantem eos.

Luc., II, 41-46.

Stupebant autem omnes qui eum audiebant, super prudentia et responsis ejus, et videntes admirati sunt. Et dixit mater ejus ad illum: Fili, quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus et ego dolentes quærebamus te. Et ait ad illos: Quid est quod me quærebatis? Nesciebatis quia in his, quæ Patris mei sunt, oportet me esse? Et ipsi non intellexerunt verbum quod locutus est ad eos.

Luc., II, 47-50

Intrans in domum meam conquiescam cum illa, non enim habet amaritudinem conversatio illius, nec tædium convictus illius, sed lætitiam et gaudium.

Sap., XIII, 16.

Quæ est ista quæ ascendit de deserto, deliciis afluens, innixa super dilectum suum.

Cant., VII, 5.

Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum.

Ibid., 6.

Facta sum coram eo quasi pacem reperiens.

Ibid., 10.

Quam cum vidisset Dominus, misericordia motus super eam, dixit Noli flere.... et dedit illum matri suæ.

Luc., VII, 13, 15.

O mulier! magna est fides tua; fiat tibi sicut vis.

Math., XV, 28.

Quæ mulier habens drachmas, si perdiderit drachmam unam, nonne accendit lucernam et everrit domum, et quærit diligenter donec inveniat. Et cum invenerit, convocat amicas et vicinas dicentes: Congratulamini mihi, quia inveni drachmam quam perdideram.

Luc., XV, 8-9.

Non delectaris in perditionibus nostris, quia post tempestatem tranquillum facis, Domine, et post lacrymationem et fletum, exultationem infundis. Sit nomen tuum, Deus Israël, benedictum in sæcula. Exauditæ sunt preces amborum.

Tob., III, 22-24.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. A la edad de doce años, dice el Evangelio, comenzó el Señor á mostrarnos cuál era su misión en la tierra. Esta edad de doce años nos indica de antemano cuál debía ser el número de apóstoles que esparciese la fe en el universo. No sin un particular designio se perdió para sus padres según la carne, para que después de tres días de ausencia le encontrasen en el templo, á Él que estaba lleno de la sabiduría y de la gracia del Señor. Quiso anunciarnos con esto que tres días después de su pasión resucitaría triunfante y se presentaría resucitado para fortalecer nuestra fe, Él, que consentiría en sufrir una muerte verdadera. (*Ambr. lib. 2. in Luc. p. 63*).

II. ¿Por qué me buscáis así? ¿No sabéis que debo ocuparme en la misión que me ha confiado mi Padre? En Jesucristo hay una doble generación: una de ellas está al lado de su Padre; la otra al lado de su Madre. La que está al lado de su Padre es esencialmente divina; y tomó la que está al lado de su Madre para unificarse con nuestra debilidad y nuestra pobreza. Por esto es por lo que debemos acordarnos de la primera y no olvidar que es Dios cada vez que obra un acto que es superior á las fuerzas de la naturaleza y á su edad, y que presenta algo de extraordinario. Más tarde veremos á su Madre pedirle un milagro, y recibir un desaire aparente, porque parece pedírselo en virtud de su generación humana. Cuando nos dice el Evangelio que tenía doce años, quiere decirnos que tendría doce discípulos. María pidió un milagro á su Hijo, siendo así que no había tenido esta idea cuando su Hijo no era sino un niño. (*Id. Ibid.*)

III. ¿Díme, oh amable soberana y dulce madre de

Nuestro Señor, díme todo el gozo que experimentó tu alma y la agradable sorpresa que sentiste cuando hallaste á tu amado Jesús, no entre los niños de su edad, sino entre doctores que no se cansaban de contemplarle y prestaban atento oído á lo que decía, y todos, sabios é ignorantes, aplaudían la sabiduría de sus respuestas? (*Bernard. homil. infr. oct. Epiph.*)

IV. He encontrado al amado de mi corazón, y le sujetaré y no dejaré que se vaya. Sujetadle bien, oh dulce madre mía, y que vuestro corazón reciba la recompensa de lo que sufrió en los tres días en que consideró perdido á su Hijo. ¿Por qué obrasteis así con nosotros, Hijo mío? Es de presumir que no temisteis el hambre, la sed ni las privaciones de ningún género que pudo sufrir, sino que lo que echasteis de menos fué la inefable dulzura de su presencia. Es el Señor tan dulce para los que le han probado, es tan hermoso á los ojos de los que le contemplan, procura tan inefables delicias á los que le estrechan contra su corazón, que su ausencia causa gran tristeza, aun cuando sólo dure unos momentos. (*Id. Ibid.*)

V. La expresión más llena de amor es muda comparada con estas palabras: ¡Hijo mío! Es lo más expresivo de cuanto pronuncian los hombres. Ninguna expresión conoce el amor que sea tan breve; ninguna manifiesta tanto como ella que brota del fondo del corazón. Cuando una madre dice Mi hijo, siente que todas sus entrañas se estremecen. No pudo contener por más tiempo la Virgen los impulsos de su corazón, y lo único que se escapó de sus labios fueron estas palabras: ¡Hijo mío! ¡Con razón las pronunció, si era su madre!

ARTICULO III

PLAN Y ASUNTO

Modo de encontrar á Jesús.

I. Se le halla en el templo por medio del arrepentimiento.

Si la pérdida de Jesús es el precio del pecado, hay en su casa una piscina saludable en el fondo de la que nos espera para curarnos. Id á la fuente de Siloé, oh pobre ciego que carecéis de guía, allí encontraréis á Jesús; Él abrirá vuestros ojos y le veréis todavía mejor. Id al templo y allí le encontraréis con seguridad. Pero no daréis con Él en la sociedad mundana donde vais á ocultar bajo un fingido gozo el tedio que os oprime ni los remordimientos que laceran vuestro corazón. Tampoco le encontraréis en el santuario de la ciencia, en que no brilla para vuestros indecisos pasos la antorcha de la fe. En su templo está y allí es donde debéis buscarle. En el sagrado tribunal os dirán lo que debéis hacer para encontrarle y acercaros á Él; pero Él mismo se os acercará, os hablará por boca de sus ministros, penetrará en vuestro corazón, al que llevará el perdón de vuestras faltas y seréis dichosos cuando le poseais nuevamente.

II. Se le encuentra en el templo por medio de la oración y la comunión.

Si la pérdida de Jesús no es más que una prueba, el alma desolada debe acudir al templo para encontrarle. Debe buscarle al pie del altar por medio de la comunión, ó por medio de la oración. Tal es el camino que debéis seguir penosamente, como en otro tiempo el Profeta, fatigado bajo el peso de la vida, para que como á él os presente el ángel del Señor el pan de la soledad. Sed obedientes á su voz, y no os dejéis dominar por vanos temores que os alejarían más y más de Él. Comed, comed con el sudor de vuestra frente si es preciso el pan misterioso que tanto amáis aun que le temáis á un tiempo mismo, y si tenéis fe, dice San Agustín, veréis que la ausencia del Señor no es una verdadera ausencia, sino que está oculto para vosotros bajo el velo eucarístico. *Absentia Domino non est absentia; habeto fidem, et tecum est quem non vides.*

ARTÍCULO V

Extractos y pensamientos diversos

I. "Sus padres se admiraron de hallarle entre los doctores á quienes admiraba, lo que prueba que nada veían en Él que fuera extraordinario, por que todo estaba como oculto bajo el velo de la infancia; y María, que sentía la primera la pérdida de un hijo tan querido, fué también la primera que se quejó de su ausencia.„ Hijo, le dijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Mira como tu padre y yo angustiados te buscábamos. Luc., III, 48). Notad que dice "tu padre y yo„ es decir, que le dá el nombre de padre porque lo era en cierta manera. Era su padre, no sólo porque había adoptado al Santo Niño, sino porque lo era por sentimientos, por el cuidado que por Él había tenido y por el dolor que sintió por Él; por lo mismo dice María, tu padre y yo angustiados te buscábamos, como diciendo: aun que no tomó parte en tu nacimiento, no por eso deja de participar del gozo de poseerte y del dolor de perderte. Pero nótese que como mujer obediente y respetuosa nombra primeramente á José: "Tu padre y yo„ dice, honrándole como si fuese un padre como todos los demás. ¡Oh Jesús, cuán perfecto es el orden que reina en todo lo de tu familia! Cada uno de ellos, sin fijarse en su dignidad, hace lo que exigen la edificación y el buen ejemplo. ¡Oh bendita familia, en tí gobierna la sabiduría eterna!—(*Bossuet, elevaciones sobre los misterios*).

II. Para qué me buscabais? ¿Cómo así, oh Dios mío, no querías acaso que te buscaran? ¿Por qué te alejas si no es para que te busquen? ¿Tal vez te buscaban por lo menos José, con afán harto mundano? No juzgamos, pero concebimos que Jesús habló para edificación nuestra. Efectivamente, quiere alejar lo que hay harto mundano en nuestras pesquisas. ¡Quién ignora que cuando dejó á sus apóstoles le tenían éstos un amor que no era tan espiritual como Él deseaba? Almas santas y espirituales, cuando Él se retrae, moderad vuestros sentimientos y esperad, porque á veces quiere volver por sí solo; y si se le busca debe ser de una manera sosegada.

"¿No sabíais que yo debía estar ocupado en las cosas de mi Padre?„ dijo

á María. ¿Quiso significar con esto que desaprobaba que María hubiese llamado á José su Padre? Sin duda que no, sino que quiso hacer patente el dulce recuerdo de su verdadero Padre, que es Dios.

"Mas ellos no entendieron las palabras que les habló." No interpretemos mal el texto del Evangelio. No solamente se dice que José, sino también que María no entendió las palabras de Jesús. María comprendió sin duda lo que decía de Dios, su Padre, puesto que el ángel le había revelado el misterio. Lo que no comprendió tan fácilmente fueron los negocios de su Padre de que Él estaba ocupado. Sepamos que la perfección consiste, no en la ciencia, sino en la sumisión. Para que no dudemos de esto, vemos á María ignorando el misterio de que le hablaba su querido Hijo. Y no se manifestó curiosa, antes bien sumisa, lo que vale más que la ciencia. Dejemos que Jesucristo obre con Dios, para que haga y diga cosas elevadas é impenetrables. Veámoslas como María, con santa admiración, conservémoslas en nuestro corazón para meditarlas y vivir con ellas para que las comprendamos cuando Dios quiera y como quiera.—(*Id. Ibid.*)

III. La respuesta que dió Jesucristo á la Virgen parece dura: y es porque hablaba en ella á todos los padres y á todas las madres que hicieren por otras causas lo que la Virgen hizo con un motivo laudable. A ellos se dirigen las palabras a que nos referimos. Jesucristo trata á su madre como á una mujer común, porque quiso que participara de su anonadamiento; y así como quiso llevar sin pecado la figura del pecado, así quiso también que la Virgen sin pecado fuese la figura de las madres comunes que obran por humanos impulsos, y para que le dijese lo que estas hubieran podido decirle. La santa Virgen comprendía, sin embargo, el sentido y el lenguaje de su Hijo; y si no lo hubiese comprendido, no por esto hubiera dejado de creer en la verdad y en la justicia de sus palabras, y las hubiera "conservado en su corazón respetuosamente hasta que hubiese querido Dios hacérselas comprender." Por esto no se ve que en ninguna otra ocasión la tratara con tan aparente severidad, ni que ella le replicara jamás. Esto demuestra que aun en aquello de la familia en que ella mandaba á Jesucristo, lo hacía solamente para obedecerle y cumplir con su voluntad, de modo que aunque Jesucristo le estaba exteriormente sumiso, porque así lo exigía la situación exterior en que se hallaba, existía en la Sacra Familia un orden interior en el que Jesucristo, como sabiduría, mandaba á María y á José, y esta era la regla de todas sus acciones y de todas sus palabras. —(*Nicole, ensayos de moral, t. IX*).

IV. Tal es la gran importancia de la respuesta de Jesús á su santa Madre. Los que quieren reducirla á las estrechas proporciones de una reprensión personal dirigida á María y á José, comprenden bien poco el Evangelio. El Verbo Eterno nunca habla en particular, y señaladamente cuando dice que está ocupado en las cosas de su Padre, no puede suponérsele menor ocupación. Cierto es que hay allí una apariencia de reconvención; pero eso no es más que la letra del Evangelio, el vestido de la palabra del Salvador, el vaso que contiene su espíritu, el texto de su enseñanza. No es á María á quien habla en María, sino á la familia humana, al mundo cristiano; y María, así en esta circunstancia como en otras, tiene toda la

gracia y el mérito de la humillación, sin el motivo.—(*Nicolás, La Virgen, según el Evangelio, cap. XVI*).

V. "Y ellos no comprendieron lo que les decía."

Esta observación del Evangelio parece muy humillante para la santa Virgen, comprendida con José con esta inteligencia de la palabra de su divino Hijo. Este es otro de esos *abatimientos* que importa saber considerar, y que á los ojos de quien religiosamente los contempla, se transfiguran en gloriosos testimonios.

Verdad es, que la expresión del Evangelio: *Y no comprendieron lo que les decía*, no guarda miramiento, es humillante para María; pero esta misma humillación la eleva á nuestros ojos, cuando notamos con Grocio, que la misma María es la autora de esta narración por la pluma de San Lucas. María, único testigo que sobrevivía de estas cosas que había ella *conservado en su corazón*, según dice este Evangelista, es la única que pudo dictársela señaladamente, en lo relativo á este pasaje que le es absolutamente personal. María es por tanto la que con la perfecta sencillez y humildad de su alma, viene á decir al mundo que ella y José, de quien no se separa, no comprendieron la respuesta de Jesús. ¡Humildad profunda que la ensalza tanto como ella se humilla, y que la recomienda á nuestra admiración mucho más que la inteligencia más penetrante del misterio que adora ella sin comprenderlo.—(*Nicolás, La Virgen, según el Evangelio, cap. XVI*).

VI. "¿Por qué lo has hecho así con nosotros, Hijo?" Estas palabras no significan una reprensión, sino una voz de congoja, una frase de amor, de sorpresa y admiración; he aquí porque no debemos tomar las palabras del Evangelio por su significado literal, sino según su sentido místico. Cuando el esposo celestial se aleja de nuestras almas, la inteligencia admira en este ejercicio en que el alma está sumisa, el orden de la suprema sabiduría; pero no puede comprender las causas ni los motivos de estas alternaciones de presencia y ausencia, de consuelo y desolación, de delicias y privaciones. Conoce que todas estas cosas son obra del amor. Jesús, la sabiduría misma de Dios quiso obrar así con respecto á su santa Madre y someterla á este ejercicio en el camino del amor, para aumentar su mérito y acrecer su santidad.

Cuando dice María: "tu padre y yo angustiados te buscábamos," honra llena de humildad á su casto esposo nombrándole á él primero, porque en la conducta común de la vida y sobre todo entre las gentes virtuosas, es costumbre que las mujeres sean deferentes con sus maridos en toda circunstancia.—(*San Bernardino de Sena, serm. de Sept. verb. B. M. V.*).

VII. *Dolentes quærebamus te.* En su sentido místico significan estas palabras que cuando el amado de nuestro corazón se nos pierde y huye, deja en nuestro corazón una profunda amargura y permanecemos agitados, inquietos y conmovidos porque nuestra tranquilidad dependía de la pose-

sión de nuestro tesoro. Nuestra agitación é inquietud provienen de la pérdida de nuestro bien, que nace tal vez de una falta nuestra. De ahí viene el que se busque por todas partes y con afán el bien perdido. La bienaventurada Virgen nos indica perfectamente todo lo que siente esta alma puesta así á prueba, cuando dice: "Tu padre y yo angustiados te buscábamos."—(*Id. Ibid.*)

ARTICULO V

PLATICA XXI

NUESTRA SEÑORA DE LA PROPAGANDA

Hasta ahora hemos considerado el culto de María en lo que tiene de general y legítimo. Estudiémosle ahora en sus manifestaciones más visibles, ó sea recorriendo los principales santuarios consagrados á Nuestra Señora. Nuestra peregrinación abarcará todo el mundo y ocasión tendremos para admirar en todas partes los bienes derramados por nuestra buena Madre, lo que nos hará meditar un poco acerca del amor que en todo el mundo se consagra á María.

En varias partes del orbe católico se han levantado templos para dirigir á María continuas súplicas y ofrecer al mismo tiempo al mundo una protesta perenne contra el espíritu de impiedad que invade de algunos años á esta parte todos los rincones de la tierra. Hay entre los católicos una asociación intitulada de Nuestra Señora de la Propaganda, asociación que tiene por principal objeto esta divisa: «Orar para que reine en todas partes la fe católica.»

Estas palabras manifiestan el pensámiento que ha presidido á la construcción de los templos consagrados á tan santo objeto, uno de los más importantes del catolicismo.

Por poco que examinemos este asunto nos convenceremos de que toda la economía del cristianismo descansa en esta sola base: la fe. El hijo de Dios vino á la tierra para disipar las tinieblas que el demonio y la concupiscencia acumularon en la inteligencia humana, por ser su luz maravillosa, como nos dice San Juan, que debe esclarecer á todo hombre que viene á este mundo—*Erat lux viva quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum*—Él mismo confirmó estas palabras de su discípulo cuando dijo al pueblo:—*Ego sum veritas.*—Fuera de Él no hay más que utopias, errores, sistemas mentirosos, concepciones vanas y engañosas y enseñanzas falsas. Así lo demuestra el Apóstol San Pablo en estas palabras:—*Mas aun cuando un ángel del cielo os evangelizara fuera de lo que nosotros os hemos evangelizado sea anatema. (Ad Gal. I. 8).*

¡Ay de los que buscan el contento y el reposo de su espíritu fuera de la fe! Ay de los que apagan esta antorcha divina y esperan hallar la verdad lejos de ella, porque la fé es el pan intelectual y moral del hombre justo y recto. —*Justus ex fide vivit.*—Escrito está además que nuestra primera ocupación en el mundo debe ser el estudio del único Dios verdadero, y del que Él nos ha enviado, Jesucristo: éste es para nosotros el precio de la eternidad. *Hæc est vita æterna ut cognoscant te solum Deum verum et quem misisti Jesu Christum.* Sin la fe nos es imposible agradar á Dios, *Sine fide impossibile est placere a Deo*, y por lo tanto subir al cielo.

He aquí porque las santas Escrituras están llenas de exhortaciones para que nos instruyamos en las verdades que forman el conjunto de la fe. Sin hablar de los libros del Antiguo Testamento hallamos en las epístolas de San Pablo los pasajes siguientes: «Creed en la ciencia de Dios.—Aplicáos en la verdadera doctrina.—*Attende doctrina.*—San Pedro aconseja á sus fieles que avancen en el conocimiento de Nuestro Señor.—*Crescite in cognitio-*

ne Domine nostri, San Juan recomienda que se escudriñen las Escrituras.» (*Scruptamini Scripturas*).

Por lo demás, al emplear los apóstoles este lenguaje con sus discípulos, no hacían más que traducir el precepto que habían recibido ellos mismos de su Maestro. ¿Cuál fué, en efecto, el primer mandamiento, el mandamiento más marcado, el primer mandamiento supremo de Jesucristo? «Id, instruid á todas las naciones y enseñadles lo que os he enseñado.» (*Matth. 28*).

Esta misión, confiada á los apóstoles en términos tan claros y trasmitida por ellos á sus sucesores, ha sido afortunadamente reconocida en estos últimos tiempos, por un personaje encumbrado, que ha dicho en un documento importante: «Jesucristo ha prescrito á sus discípulos que enseñen á las naciones.» (Barthelemy Saint Hilaire, senador, en su Informe sobre la organización del consejo superior).

Pero este extraño pensador sienta después esta cuestión: «Pero ¿qué es lo que deben enseñar en la tierra?»— Y se contesta: «El Evangelio, la buena nueva y nada más.» ¡Nada más! ¿Está seguro el filósofo teólogo de lo que asienta?

Según eso, como la historia, las ciencias y las letras no constituyen según ese sofista una *buena nueva*, será preciso suprimirlas de la enseñanza de la Iglesia é impedir á los doctores católicos que las aprendan. Y nuestro filósofo, hijo probablemente de una raza diferente de la nuestra, podrá, fingiendo enseñar la historia y la filosofía, dogmatizar á su antojo y falsificar todos los principios de la Iglesia. Atrevida es por cierto la consecuencia. Pero ¿de qué nos sirve declamar contra un proceder tan miserable? Todos sabemos cuál es el objeto que se proponen los hombres del día, aunque no se atreven á manifestarlo de una manera franca: quieren despojar á los católicos de sus derechos para que la anemia mate el catolicismo.

Son tan numerosos los hechos que no prueban esto que es inútil oponer una tesis en forma. No tienen otro significado sino el de una hostilidad declarada y pronta á cometer toda clase de excesos, la prohibición de las procesiones, el destierro odioso de los religiosos y religiosas y las leyes arbitrarias y medidas vejatorias puestas en vigor contra personas que no tienen más crimen que ser cristianas. ¿Qué objeto llevan al querer educar laicamente á la infancia sino el evitar que sea religiosa? Inútil es cuanto se diga sobre esto, pues visto está que se trata á la fe como si fuese enemiga y se la persigue de mil modos.

Deber es por lo tanto de todos los hombres de valor y de principios católicos, defenderlos, defender nuestra fe.

¿Cómo lo conseguiremos? Combatiendo á nuestros enemigos con un brío igual al suyo por medio de la palabra, por medio de la acción; tengamos presente que quieren asaltar la ciudadela de nuestras conciencias, y fuerza es que nos hallen en las murallas, siempre alerta y con el arma al brazo. Es preciso que cada piedra que se derrumbe al empuje de sus cañones sea repuesta con otra más dura todavía; si abren una brecha, no sea sin encontrarnos detrás, hasta que rendidos de cansancio é impotentes se vean obligados á confesar nuestra victoria y á proclamar una vez que nuestra fe es inmortal.

Tal es nuestro deber. Los socios de Nuestra Señora de la Propaganda deben servirnos de ejemplo. Pongámonos como ellos bajo la salvaguardia de María y de este modo aseguraremos nuestro triunfo.

Nadie como María conoce el valor de la fe. Este fué su alimento durante los treinta y tres años de la vida de Jesús, porque tomó parte en su misión, en sus sufrimientos y en sus dolores.

La pasión de Jesús, la causa determinante de su Encarnación fué dar la verdad que salva. Jesús amó tanto la verdad que le sacrificó su vida. También hubiera sa-

crificado María la suya mil veces por la misma. Como no pudo morir con su Hijo, continuó su obra, y permaneció con los apóstoles para guiarles, sostenerles y hacerles triunfar.

La Iglesia naciente dió sus primeros pasos bajo la mirada protectora de María, y después, al través de los siglos, no ha cesado esta esposa de Jesucristo de buscar el mismo apoyo. No dudemos, hermanos míos, de que si la barca que lleva su esperanza tan á menudo combatida, ha sobrevivido á todas las tempestades desencadenadas contra ella, es porque al lado de Jesús está otro piloto que la ha guiado al través de los escollos: este piloto es María.

El amor de la Santísima Virgen por la fe, y el apoyo que la presta en los momentos de grandes crisis, no es de admirar; es porque continúa la obra que comenzó quebrantando con el calcañal de su pie virginal la cabeza del príncipe de la mentira. Su objeto primordial es vencer el error, y hoy que el error, ya bajo el nombre de ateísmo, ya bajo el de racionalismo, se presenta tan erguido que se envanece de estar en vísperas de ocupar el lugar de la verdad, es preciso que reciba un nuevo desengaño para que vea el mundo como en otro tiempo, que sus locas pretensiones caen en el fango.

Oh María, patrona de la fe, toma nuestro estandarte, y quieran ó no, todavía dirá la fe en toda la República: Señora, ruega por nosotros.—Así sea.

VIDA INTERIOR Y CONTEMPLATIVA DE MARIA EN NAZARETH

DIA VEINTIDOS

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Dilectus meus mihi et ego illi. *Cant., II, 16.*

Læva ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me. *Ibid., 6.*

Ego dormio et cor meum vigilat. *Id., V, 2.*

Apprehendam te et ducam in domum, ibi me docebis. *Id., VIII, 2.*

Sicut malus inter ligna sylvarum, sic dilectus meus inter filios, sub umbra illius quem desideraveram sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo. *Id. II, 3.*

Introduxit me in cellam vinariam, ordinavit in me charitatem; fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo. *Ibid., 4-5*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

crificado María la suya mil veces por la misma. Como no pudo morir con su Hijo, continuó su obra, y permaneció con los apóstoles para guiarles, sostenerles y hacerles triunfar.

La Iglesia naciente dió sus primeros pasos bajo la mirada protectora de María, y después, al través de los siglos, no ha cesado esta esposa de Jesucristo de buscar el mismo apoyo. No dudemos, hermanos míos, de que si la barca que lleva su esperanza tan á menudo combatida, ha sobrevivido á todas las tempestades desencadenadas contra ella, es porque al lado de Jesús está otro piloto que la ha guiado al través de los escollos: este piloto es María.

El amor de la Santísima Virgen por la fe, y el apoyo que la presta en los momentos de grandes crisis, no es de admirar; es porque continúa la obra que comenzó quebrantando con el calcañal de su pie virginal la cabeza del príncipe de la mentira. Su objeto primordial es vencer el error, y hoy que el error, ya bajo el nombre de ateísmo, ya bajo el de racionalismo, se presenta tan erguido que se envanece de estar en vísperas de ocupar el lugar de la verdad, es preciso que reciba un nuevo desengaño para que vea el mundo como en otro tiempo, que sus locas pretensiones caen en el fango.

Oh María, patrona de la fe, toma nuestro estandarte, y quieran ó no, todavía dirá la fe en toda la República: Señora, ruega por nosotros.—Así sea.

VIDA INTERIOR Y CONTEMPLATIVA DE MARIA EN NAZARETH

DIA VEINTIDOS

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Dilectus meus mihi et ego illi. *Cant., II, 16.*

Læva ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me. *Ibid., 6.*

Ego dormio et cor meum vigilat. *Id., V, 2.*

Apprehendam te et ducam in domum, ibi me docebis. *Id., VIII, 2.*

Sicut malus inter ligna sylvarum, sic dilectus meus inter filios, sub umbra illius quem desideraveram sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo. *Id. II, 3.*

Introduxit me in cellam vinariam, ordinavit in me charitatem; fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo. *Ibid., 4-5*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Domine qui habes omnium scientiam, tu scis quia nunquam lætata sit ancilla tua nisi in te, Domine Deus.

Esther, XIV, 15.

Ad te, Domine, oculos meos dirigo, tu scis quia mundam servavi animam meam ab omni concupiscentia.

Tob., III, 16.

Exultavit cor meum in Domino, et dilatatum est os meum, quia lætata sum in salutari tuo!

I. Reg., II, 1.

Indue te decore sempiternæ gloriæ. Deus enim ostendet splendorem suum in te.

Baruch, V, 1.

Quid enim mihi est in cœlo, et a te quid volui super terram? Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum.

Psal., LXXII, 24.

Mihi autem adhærere Deo bonum est, ponere in Domino Deo spem meam.

Ibid., 27.

Mulierem forten quis inveniet? Procul et de ultimis finibus pretium ejus. Confidit in ea cor viri sui: reddet ei bonum et non malum omnibus diebus vitæ suæ.

Prov., XXXI, 10,

Gratia super gratiam mulier sancta et pudorata: fundamenta æterna supra petram solidam, mandata Dei in corde mulieris sanctæ.

Eccli., XXVI, 19, 24.

Omnia quæ locuta es, vera sunt, et non est in sermonibus tuis ulla reprehensio: nunc ergo ora pro nobis, quoniam mulier sancta es, et timens Deum.

Judith, VIII, 28.

In ancilla sua adimplevit Dominus misericordiam suam.

Id., XIII, 18.

Erat hæc in omnibus famosissima, quoniam timebat Dominum valde, nec erat qui loqueretur de illa verbum malum.

Id., VIII, 8.

Considerabit semitas domus suæ, et panem otiosa non comedit.

Prov, XXXI, 2.

Hospites recepit, sanctorum pedes lavit, tribulationem patientibus subministravit, omne opus bonum consecuta est.

I. Timoth, V, 10.

Habitavit arca Domini in domo Obededom Gethei: et benedixit Dominus Obededom et omnem domum ejus propter arcam Dei.

II. Reg., VI, 11.

Gaudebit super te Dominus in lætitia, silebit in dilectione sua: exultabit super te in laude.

Soph., III, 17.

Et descendit cum eis et venit Nazareth: et erat subditus illis, et mater ejus conservabat omnia verba hæc in corde suo, et Jesus proficiebat sapientia et ætate et gratia apud Deum et homines.

Luc., II, 51.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Y vino á Nazareth y estaba sujeto á ellos. ¿Podía hacer algo mejor el dueño de todas las virtudes que cumplir con los deberes de un buen hijo con respecto á sus padres? No debe causarnos admiración verle obedecer á su Padre, puesto que depende de su madre. No significa esta sumisión debilidad, sino que es hija del amor filial. En vano sale la pérfida serpiente de sus sombrías cavernas; en vano enseña su dardo y nos amenaza con hincar en nosotros sus venenosos dientes. Como el Hijo se llama el enviado, el hereje enemigo declara que el Padre es más grande que el Hijo para disminuir de este modo la perfección del Hijo, porque si así fuese, tendría sobre sí uno que fuese más que Él y de este modo se creería el demonio con derecho para decir que el poder del enviado es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

incompleto. ¿Debemos deducir al verle sujeto á la madre que necesitaba del auxilio humano? (*Ambros., 1. 2. in c. 2. Luc.*)

II. ¡Cuán grandes fueron las delicias que derramó el Señor en el alma de la bienaventurada Virgen cuando el Espíritu Santo penetró en ella, la cubrió con su sombra la virtud del Altísimo y concibió por obra del Espíritu Santo! ¡Cómo debía dilatarse su alma hacia el cielo cuando la visitó la sabiduría de Dios para tomar cuerpo en su seno virginal! (*Anselm. hon. 9. in Luc.*)

III. Tenía presentes en su memoria las palabras de los ángeles, de los pastores y de los magos, y sobre todo, las de su Hijo y las meditaba en su corazón. Nadie sintió como ella que el Señor estaba en ella, porque estaba embriagada de los bienes cuyo manantial está en la casa de Dios, y se halla harta del torrente de los deleites divinos. No podía ser de otro modo, puesto que tenía en su seno la fuente de vida de la que nos vienen todos los bienes de la tierra y del cielo. (*Id. Ibid.*)

IV. Tened siempre presente la virginidad y la vida toda de la Santísima Virgen, en la que brilla como un espejo la castidad con todas sus riquezas y la virtud adornada con todos sus encantos. Este es el mejor modelo para vivir santamente, modelo que os enseñará lo que debéis moderar en vosotras, así como lo que debéis evitar y corregir. (*Ambr. de Virgin. 1, 2*).

V. Era virgen no solamente del cuerpo, sino del corazón, que estaba libre de todo mal pensamiento que pudiese alterar la pureza de su alma. Era de corazón humilde, modesta en sus discursos, casta en sus pensamientos, reservada en sus palabras y se aplicaba incesantemente al estudio de los Libros santos, no le gustaban las riquezas que perecen y se complacía dando limosnas á los pobres. Trabaja con empeño en las faenas domésticas y huyendo inútiles conversaciones, buscaba siempre, no las miradas

de los hombres, sino la compañía de Dios. Jamás murmuró de nadie, á todos quería y con todos era amable y muy especialmente con las personas mayores que ella; nunca se demostró celosa de sus compañeras, se dejaba guiar por la razón y la virtud era su norma. (*Id. Ibid.*)

VI. Ninguna de sus acciones desagradó jamás á sus padres, ni tuvo diferencias con ninguno de los que hablaron con ella; amorosa con los pobres y atenta con los débiles, buscaba la compañía de los que sufrían. Nunca visitó á los hombres, excepto cuando un deber de caridad se lo exigía á los deberes sociales. Todo era en ella modestia y recogimiento y en todos sus movimientos reflejaba su alma. (*Id. Ibid.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Soledad, trabajo, oración.

I. Soledad.

Aunque una gracia sobreabundante preservaba á la Santísima Virgen de toda falta, vivía en el retiro y sólo en caso de necesidad se dejaba ver, es decir, cuando así lo exigía la gloria de Dios y el bien espiritual del prójimo. Fuera de esto huia del mundo y vivía en absoluto retiro.

¡Cuán diferentemente obramos nosotros, que huimos de la soledad como de la muerte! La soledad es, efectivamente, una especie de muerte suave para las almas que aman á Dios, pero insoportable para los mundanos. ¿Sabéis por qué es tan insoportable? Porque es incompatible con el deseo de agradar, de ostentar nuestro talento ó nuestra hermosura, de alimentar nuestro orgullo, y además, porque la soledad nos pone cara á cara con nosotros mismos, y como nuestra alma nos echa continuamente en

cara nuestros defectos, procuramos huir de nosotros mismos y divagarnos con el mundo.

II. El trabajo.

Aunque descendiente de la familia real de David, María era pobre y se veía obligada á ganar el pan con el sudor de su rostro. Jesús y San José trabajaban también con sus propias manos. ¡Qué espectáculo tan hermoso presenta la Sacra Familia en Nazareth! Huyamos la ociosidad y no nos quejemos jamás de la necesidad que tenemos de trabajar para alimentarnos.

III. La oración.

Debemos orar con fervor y orar siempre. María sabía que estaba siempre á su lado su Salvador y su Dios. Con su maternal solicitud suplía los deberes de gratitud y religión que debían tributar los hombres á Dios: pero los hombres no lo conocían.

Oración llena de admiración. La admiración es una ignorancia sumisa que, contenta con que se le muestren las grandezas de Dios, no quiere saber más, y engolfada en la incomprensibilidad de los misterios, los medita con arrobamiento interior, y se dispone y prepara, para ver ó no ver. Esta admiración es un amor.

ARTÍCULO V

Extractos y pensamientos diversos

I. ¿Qué fué la vida entera de la Virgen sino una contemplación incesante y continuada, un fervor sin interrupción y un incendio espiritual sin límite? No veo que hayáis obrado grandes milagros ni numerosos prodigios, oh Virgen santísima. Tampoco dice el Evangelio que hayáis emprendido grandes peregrinaciones, ni hecho grandes limosnas, porque poco era lo que podíais dar. Tampoco nos dice que hayáis curado á muchos enfermos ni rescatado á cautivos; ni que hayáis edificado grandiosos templos ni fundado obras piadosos. Conservaba en su corazón todas las palabras de su Hijo, dice el Evangelio.—(*Santo Tomás de Villanueva, serm. cuarto sobre la Asunción de la Santísima Virgen*).

II. Debemos meditar en la alianza particular que contrajo María con Jesucristo. De ella deduce el elocuente San Eugenio en la segunda homilía lo que compuso sobre la Natividad de Nuestro Señor. Regocijándose con María de que hubiera concebido al Salvador en sus entrañas, le dirije estas palabras: "¡Cuán feliz sois, oh Madre incomparable, puesto que sois la primera en recibir al que ha sido prometido á todos los hombres, y poseeis vos sola todo el gozo común de la tierra!" ¿Qué quiere significar con esto el santo obispo? Si Jesucristo es un bien común, si sus misterios pertenecen á todo el mundo, ¿cómo podrá la Virgen ser la única que lo posea? Su muerte es el sacrificio público, su sangre es el precio de todos los pecados, su predicación instruye á todos los pueblos, y lo que demuestra claramente que es el bien común del universo, es que apenas acaba de nacer el divino Niño cuando los ángeles llaman á los judíos y los astros á los gentiles. Todo el mundo tiene el derecho de poseer al Hijo de Dios, porque su bondad nos le da á todos. Sin embargo, en esta libertad general, María goza del derecho particular de poseerle sola, porque le posee como Hijo. Ninguna otra criatura puede participar de este título. Solamente Dios y María pueden tener por Hijo al Salvador, y por esta alianza se da Jesucristo de tal modo á María, que bien puede decirse que el tesoro común de todos, viene á ser su tesoro particular.—*Sola possides.*—(*Bossuet. serm. sobre la Concep. de la Sma. Virgen*).

III. Esta época perdida para el mundo, fué sin duda aquella en que pasó la santa Virgen sus más serenos días; porque la vida no es más feliz cuando corre con estruendo cual un torrente de invierno, sino cuando semeja á una corriente silenciosa que se desliza en plateados hilos por entre la yerba de las praderas. María, privada de todos los goces del lujo y de todas las dulzuras del bienestar, pero viviendo al lado de su Hijo, trabajando para El, estudiando sus inclinaciones, mirándolo á todas horas, ofreciéndose á El como primicias de su santa cosecha, haciéndose la primera, la más humilde, la más dócil de sus discípulas, y sometiendo su razón perfeccionada ante la razón superior y la divinidad de su Hijo, María debió ser entonces la más feliz de las madres. Si alguna vez, mientras que Jesús le revelaba el sentido más profundo de las profecías, encontraba algún pasaje en que se hablase de tormentos venideros, una sombría nube se extendía sobre la casta frente de la Virgen; mas muy pronto volvía á serenarse su dulce y agraciado semblante. La tempestad estaba todavía lejana, y su barquilla estaba amarrada en una bahía tranquila. ¡Su hijo estaba allí! y ella pendiente de sus miradas, de sus palabras, de sus menores gestos. ¡Cuanto se afanaba en servir á su Hijo! ¡Con qué placer velaba noches enteras hilando, tejiendo sus túnicas de trabajo y sus vestidos de fiesta, ese ropaje sin costuras, obra maestra de habilidad y de paciencia, que más tarde!.....¡Ah! mas entonces *el Señor no había consagrado aun á su Cristo sino con aceite de alegría.* Compañera del Esposo, la prudente Virgen del Evangelio *dejaba que el día siguiente se proveyese á sí mismo,* "y la paz de Dios, que es superior á toda otra idea, animaba su corazón y su espíritu."

Jesús era la perfección misma, el omniscio, el tres veces santo, el Po-

deroso, el sabio por excelencia: como Dios, no podía deber nada á sus criaturas; pero como hombre, le debía algo á María. Ella fué quien le inició desde su más tierna infancia, en las humildes virtudes inherentes á la humanidad, y en sus gustos poéticos y sencillos. En esa dulzura paciente é inalterable que supo Él adunar á la energía del legislador y del profeta: en esa compasión misericordiosa que calmaba la indignación del Dios irritado, y hacía de EL, el hombre-modelo, el Justo entre los justos, el sostén del pecador miserable: en esa ternura tan buena, tan cándida para con los niños, á los que le complacía tanto acariciar y bendecir durante su misión divina; en esos mil imperceptibles celajes; en esos mil reflejos semiabsorbidos por los rayos de viva luz que alumbran la vida mortal de Jesucristo, se observa la influencia maternal de María. Así es como el cielo se perfuma gozoso con el aroma de las flores, aunque las flores sean hijas de la tierra.

Es indudable que Jesús devolvió á la Virgen terneza por terneza, y cuidados por cuidados: una mujer de tan noble sangre y de tan elevado corazón, debía ser acatada por todos, y especialmente por un Hijo, por cuyo amor se había impuesto, en la primavera de su vida, tantas privaciones, tantos trabajos y sacrificios. AQUÉL que lleva cuenta en el cielo hasta de un simple vaso de agua fría dado en su nombre, debió guardar con el mayor cariño, el recuerdo de las obligaciones que le ligaban á María; y si observamos en el Evangelio que le hablaba menos veces á su divina Madre como hijo que como Señor, es porque se aislaba entonces de toda afección terrestre para glorificar mejor á su Padre; cuyo interés colocaba siempre en primer lugar. La Virgen conocía demasiado la sagrada misión de su Hijo para extrañar que sus palabras fuesen alguna vez severas: aguardaba siempre á que ocupase el lugar del legislador el joven de Galilea que había amamantado á sus pechos, y nunca tardaba en ver lograda aquella transformación: la naturaleza humana concedida desde luego lo que había rehusado la naturaleza divina.—(*Orsini, La Virgen*).

IV. Comparado con las delicias de la Santa Casa durante los diez y ocho años de la vida oculta de Jesús, apenas sombras son de ellas las de aquel paraíso terrenal plantado por las manos del mismo Dios, y adonde bajaba, al levantarse el aura vespertina, para conversar con sus criaturas aun no degeneradas. Imposible, formarnos idea de los misterios consumados en aquella morada celestial: con ser pocas las palabras habladas allí durante aquellos diez y ocho años, fueron lo que la lengua humana llamaría innumerables, y aun el silencio era allí puente de gracia: una hora sola de aquella vida, pesaba más que todo el tiempo en la balanza de los siglos, porque sólo le era adecuada la eternidad. En aquella aldeíta, la más escondida quizás de la obscura Galilea, estaba concentrada toda la creación espiritual y material. ¿Por qué así? En los centros de Dios no puede penetrar la vista humana.

Mirada por cierto aspecto, María era como el punto central de aquella órbita abreviada de toda la creación; porque si Jesús, era centro para José, para María y para las innumerables cortes de ángeles que, maravillados le adoraban, María, ¡oh prodigio admirable! era también centro para

Jesús. Nuestro Señor había bajado á la tierra para redimir al mundo, y sólo treinta y tres años de plazo para esta obra incomensurable. De esos años, doce habían sido dados á María, y durante ellos habíanse prosternado ante Jesús unos cuantos pastores, habíanle besado los pies tres reyes del Oriente, Simeón le había tenido en sus brazos, Ana le había bendecido, habíanle visto con asombro paganos egipcios, y con indiferencia los moradores de Nazareth; esto es cuanto de Jesús sabía el mundo, para el cual no era sino uno de tantos niños de Galilea. Habíase dado á María durante aquellos doce años que transcurrieron y se acabaron con el, más extraño misterio de dolor, cual si fuese para Nuestra Señora una especie de ingreso en alguna región altísima de santidad inefable. A contar desde aquel misterio, comienza un período de diez y ocho años, durante los cuales Nuestro Señor parece consagrarse exclusivamente á María y á José.—(*Faber, María al pie de la Cruz, cap. V*).

V. Obedeciendo á la voz de un hombre, dice Santo Tomás, paróse un día el sol en su carrera: obedeciendo a la voz de María, se paró el Cristo treinta años. *Obediente Deo voci hominis sol stetit: Obediens Cristus voci Mariæ per triginta annos stetit.* A los treinta años, dirá este sol de Justicia que no es llegada su hora de brillar con milagros en las bóvedas de Caná, *Nondum vent hora;* y María le hará adelantar la hora de sus prodigios, como le hizo retardar la de sus enseñanzas.—(*Nicolás, la Virgen, según el Evangelio, cap. XVI*).

VI. Ven, orgullo, para que te avergüences, Jesús fué hijo de un carpintero y carpintero Él también, y no se dijo de Él que desempeñara ningún otro oficio. En su naciente Iglesia se recordaban los arados que construyó y nos hablan de ello los autores más antiguos. Consuélense los que viven de un oficio. Jesucristo es su representante. Aprendan cuando trabajen á alabar á Dios, y canten salmos é himnos de alabanza, para imitar así á su divino Maestro. ¿Y tú orgullo, de qué te quejas? ¿De no figurar en el mundo? ¿Cómo figuró en él Jesús? ¿De qué manera vivió María, que era la maravilla del mundo y el espectáculo de Dios y de los ángeles? ¿Acaso pensaron Jesús y María en encumbrarse? Contempla á este divino carpintero con la sierra y el cepillo en la mano, encalleciendo sus tiernas manos con el manejo de instrumentos toscos y rudos. Gana su vida trabajando y bendice en su humillación la voluntad de Dios.—(*Bossuet, elevación sobre los misterios*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTÍCULO V

PLATICA XXII

NUESTRA SEÑORA DE LAS VICTORIAS

Decía ayer que en vista de los grandes peligros que amenazan nuestra fe, debemos dirigir á María las oraciones más fervientes sin temor de que sean estériles. Las causas aparentemente más perdidas y aun las más atacadas, cuando se ponen bajo su amparo, son las que más se salvan. Esta valiente guerrera no ha sido derrotada jamás, y su lucha ha sido incesante. Reina es siempre y en todas partes. Siempre responde á la confianza de sus hijos con la victoria. Por esto los pueblos reconocidos le han levantado templos bajo la advocación de Nuestra Señora de las Victorias. Los más notables que se conocen son el de Nuestra Señora de las Victorias, de París, y el de Nuestra Señora de las Victorias, de Roma. Ninguna denominación explica tanto como ésta la misión de María. Incontables son las victorias que ha obtenido en el terreno de la fe. Ved si no lo que ha pasado en esta tremenda lucha en que el cristianismo ha plantado la cruz triunfante en todo el mundo, á pesar del paganismo y de la barbarie. Hasta estos últimos tiempos podían poner algunos en duda la parte que ha tomado María en nuestros combates, porque no se apoyaban sino en semejanzas é hipótesis de mucho valor para la piedad, pero impotentes para llevar la convicción á los incrédulos. Ya hoy las probabilidades han cedido el lugar á la certidumbre. El tiempo, que en los altos designios de Dios, ha procurado todas las revelaciones necesarias, nos ha proporcionado últimamente documentos decisivos. En las pesquisas hechas

últimamente en las catacumbas de Roma, se han sacado del polvo de diez y ocho siglos una estatua bellísima de la Santísima Virgen, muy bien conservada y con una inscripción que se lee con mucha facilidad. Este es un monumento augusto y solemne que se tributaba á María en la primera edad del cristianismo; es un testimonio irresistible de la estrecha unión que mediaba entre la Santísima Virgen y los primeros fieles de la Iglesia. Este descubrimiento prueba que los millones de mártires que combatieron por la fe murieron implorando á María. María presidió la destrucción del paganismo y al plantarse la cruz sobre el palacio de Constantino se levantaron templos en honor de María. Algunos escritores asientan que si la Iglesia pudo domeñar á los pueblos bárbaros venidos del Norte y someterlos al yugo de la moral cristiana, lo debió menos al zelo de los apóstoles que á la virtud de los méritos de Jesucristo y á la *poderosa intercesión* de María. Cuentan que á medida que nuestros misioneros avanzaban al centro de un país, dejaban en los bosques y en las chozas, como un recuerdo de su paso y un testimonio de su triunfo, una cruz y una imagen de María. Luego María contribuyó poderosamente á la conversión de los pueblos, ó por mejor decir, á la destrucción del imperio de Satanás en el mundo. Mientras la Iglesia extendía así por todas partes los límites de su imperio, brotó de su seno una herejía, y cosa rara, atacó á la Santísima Virgen. Un gran personaje, el patriarca de Constantinopla, hombre orgulloso y lleno de ambición, se atrevió á proclamar que María no era la Madre de Dios, sino puramente la Madre de un hombre. Esto era negar el gran privilegio de la Santísima Virgen, el fundamento de todas sus grandezas, su alianza con la divinidad. El mundo entero se conmueve al oir semejante doctrina, tan contraria á la verdad y á la creencia de los pueblos. Los hombres más grandes de esos tiempos, y al frente de ellos San Cirilo, se apresuraron á

combatir semejante error, pero Nestorio, pues tal era el nombre del heresiarca, se negó á retractarse. La emoción fué general y se convocó un concilio ecuménico, que se reunió en la ciudad de Efeso. Todos los obispos del mundo consideraron un deber asistir á él y el mismo emperador mandó un delegado que le representase. Pero Nestorio era hábil y poderoso; sedujo al delegado imperial, se lo atrajo y orgulloso con este apoyo, oyó con desdén las decisiones del concilio.

Los obispos siguieron deliberando. El pueblo en masa permaneció reunido y ansioso al rededor de la sala conciliar donde se trataba de la gloria de María. ¿Sería enzalsada ó glorificada? La sentencia lo dirá.

Llegó la noche y se pronunció el decreto, declarando á Nestorio indigno de ocupar su puesto y todos los padres de la Asamblea firmaron la declaración solemne de que María es verdaderamente la Madre de Dios.

Tan luego como supo el pueblo el juicio doctrinal, lo recibió con gritos de aplauso. Gloria á Dios, gloria á María, Madre de Dios, exclamaban. Rodeó la muchedumbre á los obispos y los escoltaron hasta sus casas con hachas encendidas, quemando á su paso incienso y perfumes. María acababa de obtener una nueva victoria sobre su enemigo.

A fines del siglo doce se organizó en el Mediodía de la Francia una secta que era aun mismo tiempo anti-social y anti-religiosa. La moral adoptada por ella era sumamente cómoda para los sectarios y muy á propósito para lisonjear sus pasiones, pues sostenía que ante todo debía procurar el hombre satisfacer sus gustos, porque siendo el objeto de la vida gozar, es malo todo lo que á ello se opone.

Semejantes doctrinas son más que suficientes para levantar á la multitud, y la secta revolucionaria tomó un incremento que aterrorizó á la Francia. Mandáronse tropas contra la provincia en que tenía su asiento la herejía

y corrió á mares la sangre sin que soltaran las armas los herejes. El Papa tembló por el peligro que corría la religión, cuyos sacerdotes eran degollados, y mandó á un legado que al llegar al campo de los herejes cayó bajo su sangrienta cuchilla. Formóse entonces una especie de cruzada; misioneros y sacerdotes se dirigían allí de todas partes para hacer oir á los rebeldes la palabra de Dios. Todo era inútil; el desastre llegaba á su colmo y se perdían las esperanzas de hacer entrar en razón á los herejes.

El mismo Santo Domingo que se había dirigido desde España al terreno de las discordias para apagar el incendio, viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos, tuvo una piadosa idea, y al considerar que eran inútiles todos los esfuerzos humanos, ocurrió á los divinos y pidió á María la conversión de aquellos hombres extraviados. No sólo lo pidió personalmente, sino que hizo que los demás dirigieran al cielo la misma petición.

No tardaron las cosas en cambiar de aspecto, se calmaron los ánimos y la verdad triunfó. Los albigenses se arrepintieron y se sometieron, y la paz se restableció de nuevo. ¿Quién obtuvo este resultado sino la Virgen María?

Conocido es de todos el maravilloso combate naval de Lepanto, que acaeció en el año de 1571. Envalentonados los turcos con sus victorias continuadas, avanzaban sus compactas huestes al centro de Europa, semejantes á las mugientes olas de un río desbordado que invade las llanuras. La Europa entera tembló al saber la aproximación de aquellos bárbaros de nueva especie. ¿Debía ser presa toda ella de las falanges de Mahomet? Era de temer que así sucediera, pues faltaba tiempo para ponerse en estado de defensa; cortas eran las fuerzas que podían oponerse á tan incontables enemigos.

El Papa no podía dejar de tomar parte en la lucha que era más que todo religioso y ponía en grave riesgo el ca-

tolicismo. A la voz del Papa todos los fieles se pusieron en oración. Las iglesias se llenaron de ellos y todos invocaban á María. En Nuestra Señora de Loreto se dispuso una gran función el primer Domingo de Octubre y ¡oh suceso maravilloso! Ese mismo día se puso un dique á la arrogancia del musulmán y sus numerosos ejércitos fueron destrozados por un puñado de guerreros. Sucumbió el ejército musulmán y se salvó la cristiandad. Para perpetuar el recuerdo de este milagro, el Papa Pío V, mandó erigir en Roma una basílica, á la que dió el nombre de Nuestra Señora de la Victoria.

Luego es verdad que María es más terrible que un ejército formado en batalla. «*Terribilis ut castrorum acies ordinata,*» y todos los hechos que anteceden, demuestran cuán cierta fué la inspiración de San Cirilo de Alejandría, cuando en un arranque de gratitud, exclamó después de la primera sesión del concilio de Efeso. «Salve, virgen Madre de Dios, tesoro del universo y tesoro de la ortodoxia.» Sí, María es el tesoro del universo, el soldado nunca vencido por la herejía, el guardián de la verdad. Y haciendo punto omiso de los prodigios de que ha sido testigo el mundo entero, ¿quién podrá contar jamás las victorias aisladas, secretas é individuales que obtienes todos los días?

¿Cuál es el hombre que no se ve terriblemente combatido en la vida y no vuelve un día los ojos hacia María? Todos nosotros, y ay de aquel á quien esto no suceda, todos nosotros, digo, somos un campo de batalla en el que se libran los más encarnizados combates, porque se pelea en él un grande interés, la salud de nuestra alma. Quizá más de una vez han conseguido ya sobre nosotros victorias mil el mundo y el demonio. El demonio nos ha tendido sus redes y el mundo nos ha tentado con su brillo engañador; y las pasiones se han rebullido en lo más hondo de nuestro ser. Hemos debido resistir á todas estas

fuerzas coaligadas, y si no nos ha sucedido aún, nos sucederá más tarde. ¿Quién nos sostiene ó podrá sostenernos en esas luchas que han arrancado á San Pablo, á San Gerónimo y á tantos otros santos las quejas que hasta nosotros han llegado? ¿Quién inspirará á los ricos el desprecio cristiano de la codicia y de la riqueza? ¿Quién infundirá al pobre amor y resignación en vez de odio y deseo del bien ajeno?

¡Desdichado del que intente resolver por sí solo el problema de la vida! ¡Ay del presuntuoso que se jacte de vencer por sí mismo los contratiempos y vencer sólo á sus enemigos! La vida será para él una fuente de amargos desengaños.

Recordemos, hermanos míos, que si el cielo es una recompensa que no es fácil obtener ni aun luchando, nuestro bien exige que roguemos á María que combata con nosotros. Lo hará si se lo pedimos, y no tardará en coronar nuestras frentes con la victoria, colocando en ellas la corona de la inmortalidad, que si ella nos ayuda, podremos poner luego á sus plantas como una prenda de nuestra gratitud.—Así sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MARIA EN LAS BODAS DE CANA

DIA VEINTITRES

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Nuptiæ factæ sunt in Cana Galileæ, et erat mater Jesu ibi. Vocatus est autem et Jesus et discipuli ejus ad nuptias. Et deficiente vino, dicit mater Jesu ad eum: Vinum non habent. Et dicit ei Jesus: Quid mihi et tibi est mulier? nondum venit hora mea.

Joan., II, 1-4.

Dicit mater ejus ad ministris. Quodcumque dixerit vobis, facite. Dixit eis Jesus: Implete hydrias aqua. Et impleverunt eas usque ad summum. Ut autem gustavit architiclinus aquam vinum factam, vocat sponsum, et dicit ei: Omnis homo primum bonum vinum ponit, et cum inebriati fuerint, tunc id quod deterius est. Tu autem servasti bonum vinum usque adhuc. Hoc fecit initium signorum Jesus in Cana Galieæ; et manifestavit gloriam suam, et crediderunt in eum discipuli ejus.

Ibid, 5, 7, 9-11.

Placuerunt verba hæc, et mirabantur sapientiam ejus, et dicebant alter ad alterum: Non est talis mulier super terram, in aspectu, in pulchritudine, et in sensu verborum. Et dixit ad illam: Benefecit Deus qui misit te, quoniam bona est promissio tua. Si mihi feceri hoc Deus tuus, erit et Deus meus, et nomen tuum nominabitur in universa terra.

Judith., XI, 18-21.

Jussit eam introire, et constituit quid daretur illi de convivio suo.

Judith., XXI, 1.

Non potero manducare his quæ mihi præcipis tribu. Vivit anima tua, Domine meus, quoniam non expendet omnia hæc ancilla tua, donec faciat Deus in manu mea hæc quæ cogitavi

Id, XII, 2 4.

Non vereatur introire ad Dominum meum, ut manducet cum eo, et bibat vinum in jucunditate. Cui respondit: Quæ ego sum ut contradicam Domino meo? Omne quod erit ante oculus ejus bonum et optimum faciam. Et ingressa stetit ante faciem ejus. Et accepit, et manducavit et bibit ea quæ paraverat illi ancilla ejus.

Ibid., 12-15, 19.

Introduxit me in cellam vinariam; ordinavit in me charitatem.

Cant, II, 4.

Sicut vitta coccinea labia tua: et eloquium tuum dulce

Id, IV, 3.

Comedite, amici, et bibite et inebriamini, carissimi.

Id., V, 1.

Petitionem unam parvulam ego deprecor a te: ne confundas faciem meam. Et dixit ei: Pete, mater, neque enim fas est ut avertam faciem meam.

III. Reg., II, 20.

Ad te, Domine, levavi animan meam: Deus meus, in te confido, non erubescam.

Psal., XXIV, 1.

Non erubescam quoniam speravi in te. Innocentes et recti adhærcerunt mihi quia sustinui te. Libera, Deus, Israël ex omnibus tribulationibus suis.

Ibid., 24.

Non sedi cum consilio vanitatis, et cum iniqua gerentibus non introibo..... Cum impiis non sebedo.

Id., XXV, 4.

Credo videre bona Domini in terra viventium.

Id, XXVI, 9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Excepto este milagro, todo respira en este festín el misterio y el sacramento. ¿Qué hay de particular en ver en esta fiesta nupcial al que ha venido al mundo para ser Él mismo el objeto de una ceremonia semejante? El Verbo es el esposo, y la naturaleza humana es la esposa, y uno y otra son conjuntamente el Hijo de Dios y el Hijo del hombre. El seno de María es el punto de su unión. A favor del misterio que cubre esta unión se ve al esposo decir á la madre que le ha engendrado y á la que trata aparentemente como una extraña, que nada hay de común entre ella y Él. La madre pedía un milagro, pero Jesús, que quería practicar un acto divino como que no quiso dejar comprender que cedía á instancias humanas y responde á su madre: El que obra en mí los milagros no os atañe. Lo que tengo de vos no es sino una pobre naturaleza, y reconoceré los derechos que tenéis sobre mí cuando la naturaleza humana estará enclavada en la cruz. Esto es lo que significan estas palabras: «No es llegada mi hora.» (*Aug. tract. 8. in Joan. c. I, 3*).

II. Tales son las palabras admirablemente tiernas y llenas de misericordia que dirigió nuestra dulce madre y abogada nuestra á su divino Hijo en favor de las pobres criaturas débiles y desengañadas. No habló así para echarnos en cara nuestra indigencia y humillarnos, sino al contrario, con el fin de mover la compasión de Jesucristo hacia nosotros, y solicitar de Él que nos concediera el vino misterioso de las delicias divinas y de la santa embriaguez, manantial inagotable de todas las virtudes que necesitamos para subir al cielo. (*S. Bernard. Sen. serm. de 7. verb. B. M. V. art. 3*).

III. Cuando ella dijo: No tienen vino, no era su intención hablar de una necesidad cualquiera al que sabe todas las cosas, sino que la amorosa Virgen sentía una secreta unción de interceder en favor de las pobres criaturas y convertirse en abogada de los pobres necesitados, y habló por ellos tan luego como comprendió su necesidad; y sin espesar á que le rogáramos para atender á nuestras necesidades, conociendo de antemano nuestra miseria, deseaba consolarnos y pidió á su divino Hijo unos bienes que todavía no habíamos solicitado nosotros, y dijo: No tienen vino. (*Id. Ibid*).

IV. La Santísima Virgen, á quien no abandonó jamás el espíritu de Dios, previó el milagro que debía obrar su Hijo, y resolvió á hablar á Jesús del prodigio que esperaba. Y Jesús le respondió: ¿Qué hay de común entre los dos? Sólo hay de común la carne mortal, la humanidad que de vos he recibido y que es capaz de sufrir el hambre, la sed y hasta la muerte, pero que es incapaz de hacer milagros. Lo que cambia el agua en vino no es mi humanidad, sino mi divinidad. (*S. Euseb. hom. int. Epiph.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

En las bodas de Caná pronunció María dos palabras notables que expresan perfectamente el carácter de intercesión de María y del culto que le tributamos, carácter de mediadora cerca del Mediador: *Ad mediatorem mediatrix*. La primera fué: «No tienen vino» y con ella manifiesta nuestras necesidades con un interés verdaderamente maternal y con un grande apoyo, pues era á un tiempo mismo nuestra madre y la madre de Jesús. La segunda fué: «Haced cuanto Él os dijere» lo que explica

que nos somete á Jesús y la satisfacción que de Él obtiene. No manda sino para enseñarnos á obedecerle, y ella nos da la primera el ejemplo.

I. Como Mediadora se dirige á Jesús: «No tienen vino.»

Se ha observado que María sólo habló cuatro veces en el curso de su vida, siendo así que había engendrado la palabra. Por esta misma razón no habla. No habla exteriormente, porque no cesaba de hablar interiormente con la Palabra, el Verbo, el Hijo que había engendrado y que, después de haber salido de su seno había permanecido en su alma. En ese íntimo santuario estaba en continuo coloquio con Él. Cuando aparentemente parecía olvidarla y desatenderla en el exterior como «Salvador,» la contemplaba y festejaba interiormante como «Dios.» Exteriormente le decía: «Mujer, ¿qué nos va á tí y á mí? aun no es llegada mi hora,» pero interiormente le decía: «Madre, pide y cuanto pidieres te será concedido.»

II. Como Mediadora se dirige á nosotros.

Evidentemente á esta palabra de Jesús sigue esta de María: «Haced cuanto Él os dijere.» Sin esta interpretación no podrían explicarse las palabras de Jesús, que siendo una *prueba* para la fe de María, de anonadamiento y humillación para su corazón, la humildad con que las recibió la hizo inmediatamente digna de las palabras interiores, digna del milagro.

«Haced» es palabra de mandato y confianza; «cuanto Él os dijere» son palabras de sumisión y humildad.

ARTÍCULO V

Extractos y pensamientos diversos

I. En las bodas de Caná, la justificación está representada en los apóstoles. Ved lo que dice el Evangelio: "Jesús cambió el agua en vino." Este fué el primer milagro que hizo Jesús en Caná de Galilea; donde manifestó su gloria y creyeron en Él sus discípulos. La justificación se atribuye á la fe, no porque ella baste por sí misma, sino porque es el primer principio, y, como dice el concilio de Trento: "la raíz de toda gracia." No podía explicarnos el texto sagrado en términos más claros la gracia justificante, ni tampoco con más claridad la parte que tomó la Virgen divina en esta obra maravillosa. ¿Quién ignora que el milagro sobre el que se fundó la fe de los apóstoles fué efecto de la caridad y de las oraciones de María? Al parecer, fué desairada cuando solicitó esta gracia. "Mujer, le dijo el Salvador, ¿qué nos va á tí y á mí? Aun no es llegada mi hora." Si bien estas palabras parecen rudas y tienen un carácter seco, no por esto se cree María rechazada; conoce la fuente misericordiosa, el desdén aparente y las excusas misteriosas del esposo sagrado. Conoce todos los resortes secretos de que se vale su amor ingenioso para poner las almas á prueba. Sabe que algunas veces nos desdeña para que aprendamos á sufrir con humildad y seamos perseverantes, si es que no nos oye la primera vez que acudimos á Él. No fué desechada María. ¿Qué será lo que no obtenga una madre semejante, á la cual todo se lo concede su Hijo, aun en los momentos mismos en que aparenta desairarla? ¿Qué será lo que le niegue llegada la hora de glorificarla y con Él toda la tierra, puesto que, como dice san Juan Crisóstomo, hace adelantar la hora que Él había fijado? Jesús, que aparentemente la desdeñó, hizo precisamente lo que ella deseaba.

¡Quién podrá admirarse de que Jesús no hiciera su primer milagro, sino á instancias de María! Este milagro se diferencia de los otros, en que se efectuó para una cosa que no era necesaria ¿Acaso hacía falta el vino en ese banquete? Lo deseó María y fué bastante. ¿Quién no se admirará de ver que sólo intervino en éste, que presentó tan inmediatamente una imagen de la justificación de los pecados? ¿Fué esto casual? No, sino que más bien tuvo el Espíritu Santo, el designio de hacernos comprender lo que nos dice San Agustín al interpretar este misterio. "Siendo la Virgen incomparable, madre de nuestro jefe, según la carne, debió ser según el espíritu madre de todos sus miembros, cooperando con su santidad al nacimiento espiritual de los hijos de Dios." Ya veis que entendemos este misterio como lo entendieron desde los primeros siglos los que estudiaron antes que nosotros las Escrituras sagradas.—(*Bossuet, serm. sobre la dev. á la Sma. Vir.*)

II. ¡Oh bodas afortunadas que os habéis distinguido por tan grandes y numerosos privilegios, y que brillan por las cosas que se vieron! Yo veo en la bienaventurada María, la imagen de la castidad y de la fecundidad; en la presencia de Jesús veo figurada la humildad y la pobreza; en la de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

apóstoles la obediencia y la paciencia. En esto está la honra y gloria de los matrimonios, su privilegio y dignidad. En el vino que multiplica Jesús, veo los gozos constantes de un matrimonio feliz, y en las vasijas que hace llenar, veo el triste fin del hombre.

María dice á su Hijo: "No tienen vino." Según el Evangelio de San Lucas y el de San Juan, María no habló más que seis veces: La primera palabra que dijo, es ésta: "¿Cómo será ésto porque no conozco varón? La segunda: He aquí la esclava del Señor. La tercera: Mi alma glorifica al Señor. La cuarta: Hijo mío, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? La quinta: No tienen vino. La sexta: Haced cuanto Él os dijere."

Estas son como las seis gradas del trono de Salomón, las seis hojas del Líbano, los seis brazos del candelero.—(*S. Antonio de Padua, serm. Dom. 2. Ephi.*)

III. La relación evangélica de las bodas de Caná, como ya se sabe, es el fundamento de que se valen para atacar el culto de la madre de Dios; es, por decirlo así, el escándalo de los débiles y lo que pone á prueba á los fuertes. Por lo que á nosotros toca, después de haberla estudiado, no vacilamos en pensar con los más sabios doctores, así como creemos con la Iglesia, que éste es uno de los fundamentos más edificantes del culto de la Virgen Santísima. —(*Nicolás, la Virgen, según el Evangelio, cap. XVII*).

IV. NO TIENE VINO.—¿Podrá creerse que ha habido inteligencias de tal temple á quienes ha parecido que esta expresión de María era nacida puramente de un vano sentimiento de ambición maternal, el de presentar en espectáculo la Divinidad de su Hijo y reflejarla en sí?

Esta expresión brilla por el contrario con todo lo que excluye la vanidad, el ruido, el brillo, la preocupación personal que se le supone; respira, en su brevedad sublime, la caridad, la discreción, la confianza, la fe, el abandono, la dignidad modesta y sufrida, toda el alma de María. Esta no manda, no pide siquiera; limítase á exponer, ó aun á informar á la bondad divina, que falta el vino, porque á los que propenden naturalmente á la beneficencia, no es necesario instarles, basta presentarles ocasión de ejercerla

Y como la beneficencia de Jesús no puede mostrarse aquí sino por un milagro, y un milagro, que no ha tenido precedente, la expresión de María arguye una fe admirable en el poder divino de su Hijo: dícele: *No tienen vino* como quien habla al principio creador de todas las cosas, á quien le basta seguir su inclinación así de poder como de bondad para derramarlas. Hay al mismo tiempo en esta expresión una maravillosa confianza de María en su valimiento para con Jesús; pero una confianza toda de sumisión; porque su ascendiente consiste, sobre todo, en el sentimiento de su dependencia. Finalmente, se siente en ella una especie de inteligencia íntima entre María y Jesús, que la dispensa de largos discursos, y que ella emplea en provecho de su humildad, que le hace amar el silencio.

He ahí algunos de los grandes afectos que respiran en esa sencilla expresión de María. Sólo tiene tres palabras; pero esta misma brevedad forma su extensión ...En estas palabras: *¿Qué tengo yo que ver contigo?* hemos seguido las traducciones ordinarias. Serianos de todo punto indiferente

atenernos á ellas; pero la verdad nos obliga á decir que no son estos los mismos términos del Evangelio, y que su sentido está notablemente modificado. Los términos textuales son estos, á decir de los intérpretes menos sospechosos, señaladamente de Calvino, Grocio y M. de Lamennais después de su caída: *¿Qué importa eso á mí y á tí?*—(*Nicolás, la Virgen, según el Evangelio, cap. XVII.*)

V ¿Podía dejar la madre de Jesús de sentirse conmovida y de manifestar su simpatía y compasión? ¿Qué podía brotar del manantial de misericordia sino misericordia? ¿Acaso la mano que durante todo un día ha guardado un embalsamado fruto no conserva durante largos instantes el aroma que despide? Así también la misericordia impregnó con su virtud las entrañas de María en las que descansó durante nueve meses. Su alma se llenó de misericordia antes que su seno, y no por haber salido de su seno, se retiró de su alma.—(*San Bernardo, Dom. 1. port. Oct. Epiph. Serm. 1*)

VI. Entonces fué cuando se celebraron unas bodas en Caná de Galilea. Los esposos, que eran parientes de la Santa Virgen, convidaron á María, á Jesús y á sus discípulos. Aceptaron todos aquella cordial invitación: y la Virgen, siempre buena y obsequiosa, se anticipó á los demás para ayudar á preparar el festín en que las costumbres del país exigían cierto grado de esplendor. Sin embargo, la reunión era numerosa y la familia pobre; el esposo había calculado mal, y el vino casi se había agotado, cuando Nuestro Señor, que quería elevar el matrimonio al rango de las cosas santas, purificándole con su presencia, entró en la sala del banquete, seguido de Pedro, de Andrés, de Felipe y de Nathanael, cuatro jóvenes pescadores, á quienes había inspirado la confianza de su misión y de su genio.

A la mitad de la comida faltó completamente el vino, y habiéndole observado al instante María por una seña de los esposos, volvióse hacia Jesús que se hallaba á su lado, y le dijo con santa intención: "¡Ya no tiene vino!" Mas Jesús la respondió en voz baja y acentuada: "Mujer, ¿qué hay de común entre vos y yo? ¡Mi hora no ha llegado aún!"

La Virgen, que quería evitar á sus parientes una humillación que los habría sonrojado mucho, no desistió de su deseo á pesar de la respuesta severa y enigmática de CRISTO. Juzgó, pues, que si no había llegado aún la hora de la manifestación, Jesús la adelantaría en consideración á ella; y con una fe que haría mudar de sitio á las montañas, dijo con la mayor dulzura á los criados: "Haced todo lo que os diga." Había allí dos grandes ánforas de piedra que servían para las purificaciones; pues bien, por orden de Jesús las llenaron hasta el borde, del agua pura de una fuente vecina, y esta agua se convirtió al punto en un vino delicioso.

De este modo fué como la santa Virgen obtuvo las primicias de los milagros de su divino Hijo, doblegándose, por su intercesión caritativa, la voluntad misma de DIOS —(*Orsini, La Virgen*).

VII. En una pequeña ciudad de Galilea se celebraba un matrimonio. Jesús fué convidado con sus discípulos á las bodas. (Juan, II, 1).

Fué Jesús al convite para cumplir con un deber de conveniencia y de caridad. Fué virgen con la Santísima Virgen para dar con su presencia santidad al matrimonio y señalar con un hecho memorable su entrada á la vi-

da pública. Puras son las bodas honradas por el Rey sin mancha y la inmaculada Reina. Agradable es el festín en que uno y otro toman parte. Reinan en él la animación y el gozo.

Repentinamente se alteraron los semblantes de los dos esposos. Sabiendo que faltaba vino por haberse agotado la provisión hecha para los convidados, llena de compasión hacia esas pobres gentes, cuya turbación era grande, y sin dudar ni un sólo instante ni del poder ni de la voluntad de su Hijo, María, volviéndose á Jesús, le dijo: "No tienen vino." No pide á Jesús ni un milagro, ni una limosna, ni una acción que se atraiga la admiración de los presentes; solamente le dice: "No tienen vino."

Admirable es en este caso la intervención de una madre que había pasado por todas las privaciones de la indigencia, en medio de la que nunca pidiera nada para sí ni para los suyos.

¿Qué responde Jesús? "Mujer, ¿qué nos va á tí y á mí? aun no es llegada mi hora."

¡Rudas encontraréis estas palabras, oh almas sensibles! Pero tranquilizaos, porque nada contienen que pueda alarmaros. Las oís desnudas de comentarios, y no podéis contemplar la mirada significativa que las acompañaba, para comprender su verdadera significación.

Los hechos son los que deben dárosla. Todos hablan en favor de María. ¿Qué significa la palabra mujer, que es la que al parecer nos choca? No tiene la culpa de esto Jesús, sino el idioma. En la lengua hebraíca y en los idiomas orientales, por ejemplo, en árabe, la palabra mujer nada encierra que sea despreciable, ni aun en boca de un hijo. Es una palabra genérica, y de ningún modo manifiesta desdén hacia el individuo ni hacia el sexo. Antes del pecado, éste era el nombre de Eva, y Jesús lo usará para darlo á Magdalena en el momento de su resurrección, sin que de ningún modo signifique desprecio. En estos momentos conviene que comprendamos el sentido elevado de esta palabra.

Jesús, que obedecía á María en la vida privada, no depende en su vida pública mas que de su Padre. Todo puede concederlo por gracia, pero en su nuevo ministerio nada debe á la naturaleza. Su misión desciende de lo alto, y debe ejercerla de una manera independiente de la familia. El Evangelio nos hace comprender esta idea elevada por medio de la oposición combinada de los nombres de mujer y madre. La madre fué la que habló de Caná: Jesús respondió á la mujer, para que no se tomara como un acto de obediencia lo que no era sino un efecto de bondad. Tal es el primer sentido de esta palabra que nos sumerje en la duda.

La segunda es más sublime todavía. La palabra genérica mujer, aplicada á la Santísima Virgen, sólo puede admirar á los que no han registrado las divinas Escrituras. En los libros santos se anuncia bajo este nombre á la madre del Redentor, y este nombre significa, no una mujer común, sino la mujer por excelencia, la mujer modelo, la mujer reparadora, la verdadera mujer tal como Dios la había predestinado, la mujer que de tal modo representará á la humanidad entera, que su Hijo se llamará el Hijo del hombre, aunque haya nacido de ella sola y no de un hombre. Por esto se lee en el Génesis: Enemistades pondré entre tí y la mujer. (Gen., III, 13). Así Isabel: Bendita eres entre todas las mujeres. (Luc., I, 42). También dice el discípulo amado, su hijo adoptivo: "La mujer se me apareció vestida de sol, teniendo á sus pies la luna, y en la cabeza una corona con doce estrellas. (Apoc., I, 1).

Dios oía alabar, Isabel glorificar y Juan exaltar á María. Luego el nombre de mujer, es un título de nobleza y no una frase desdeñosa. Oh mujer, le dice Jesús: oh mujer privilegiada, oh mujer bienaventurada, oh mujer predestinada para reparar la falta de la primera mujer y reemplazar, en la obra de la regeneración, al mismo Creador. Porque Dios fué el que hizo á Adán, é hijo vuestro será el Hijo del hombre, por obra del Espíritu Santo.

Prosigamos. "¿Qué nos va á tí y á mí?" Nada hay más justo y verdadero que esta palabra. Ni á Jesús ni á María que eran simplemente unos convidados, correspondía arreglar el orden del festín y atender á sus necesidades; á Jesús y á María mucho menos que á los demás, porque estaban acostumbrados á la sobriedad y á la indigencia, y no les hacía falta alguna el vino.

Otras han traducido estas frases así: "¿Qué hay de común entre los dos?" La letra del texto sagrado no exige esta interpretación rigurosa. En el fondo debe dársele la que le hemos dado antes. En todo caso, sólo puede señalar la línea divisoria entre la vida privada de Jesús, en la que obedecía como hijo, y su vida pública, en que mandaba como Señor. Tal vez, si nos atenemos al uso moderno, hubiéramos empleado nosotros otra fórmula y hubiéramos dicho: El Verbo de Dios sabe mejor que nosotros como debe usar de la palabra. Nosotros adoptamos la usada, que consideramos sublime, y no podemos hacer sino callar y adorar.

Como quiera que sea, de ningún modo trata Jesús de desoir el deseo oculto que se trasluce en las palabras de María. Debemos entenderlo en sentido contrario y esta es una de las pruebas más firmes del poder que ejercía María en el corazón de Jesús.

Efectivamente, creció sucesivamente la fe de María en luz é inteligencia. Ella, que no comprendió estas palabras: "¿Para qué me buscabais, no sabíais que en las cosas que son de mi Padre me conviene estar?" (Luc., II, 49). Comprendió después otras palabras mucho más difíciles: "¡Mujer, qué nos va á tí y á mí?" Si hubiese considerado desairado su deseo, modesta y sumisa hubiera conservado un silencio profundo. Pero el evangelista nos dice: Su madre dijo á los criados. "Haced cuanto Él os dijere." (Joan., II, 5). Estas palabras indican que esperaba algo que estuviese en relación con su caritativo deseo. Efectivamente, Jesús obró en el acto un doble milagro para manifestar su gloria. Espera el momento escogido por Él y cambia en un vino delicioso el agua de que acababa de hacer llenar las ánforas.

Consuelo siente el corazón con esta explicación natural y verdadera. ¡Cuán bueno se muestra Jesús al escoger, para hacer su primer milagro, un teatro tan modesto como una pequeña habitación de Caná, y sobre todo, cuando lo hizo por satisfacer un deseo de su madre y auxiliar á aquellas pobres gentes! ¡Cuán admirable se presenta María en su ministerio de caridad, y cuánto ensalza su modestia la confianza que en su Hijo tenía!

Aprendan á contener sus deseos los que, tratándose de Dios, esperan siempre cosas sobrenaturales. Sepamos que la vida común y las acciones más ordinarias de la vida, pueden ser santificadas lo mismo que los actos de devoción más meritorios. Recurramos sin temor á la divina Providencia en nuestras necesidades y en las de nuestros prójimos. Sobre todo, busquemos sin cesar la compañía de Jesús y de María con el corazón alegre, y jamás se agotará para nosotros el vino generoso que engendra las vírgenes al mismo tiempo que á los esposos cristianos.—(*Monseñor Pavy, Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLATICA XXIII

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES

Hemos probado ya que la Santísima Virgen ha dado al mundo grandísimas pruebas de la protección que le dispensa. Si nos enseña el evangelio que Nuestro Señor está con su Iglesia todo el tiempo y no la abandonará nunca hasta el fin de los siglos, con igual verdad puede decirse lo mismo de la Santísima Virgen. No ha abdicado Nuestro Señor su título de padre ni las obligaciones de su paternidad: *non relinquam vos orphanos*. Tampoco ha olvidado María que fué investida en el Gólgota de una nueva maternidad sobre nosotros, los hijos del siglo diez y nueve, que tenemos el derecho de llamarnos sus favorecidos, puesto que derrama sobre nosotros sus dones infinitos.

Hace algunos años que acaeció al pie de los Pirineos un hecho extraordinario. Una pobre muchacha, hija del pueblo, al reunir la leña que se necesitaba en su casa para el gasto doméstico, apercibió en la sinuosidad de una roca una visión celeste que le pareció encantadora, pero no le dijo cómo se llamaba. Quince veces se produjo para ella la misma visión, que saliendo al fin del misterio que la envolvía, declaró ser la *Inmaculada Concepción*.

Poco pensaba el mundo en esos momentos en el prodi-

gio de que acababa de ser testigo el pueblo de Lourdes. La prosperidad nacional y el triunfo político del gobierno tenían preocupados los ánimos sobre asuntos enteramente diversos de la aparición. Entregada la Francia al torbellino de sus pasiones y de sus placeres, y arrastrada por las malas ideas de la época actual, veía con indiferencia que las ideas católicas caían más y más en el olvido. Esta debilidad en las creencias se debía á la guerra que hacían á la religión el jefe de la nación y los fieles todos.

La *sabiduría* que presidía el gobierno de los pueblos seguía como siempre el camino de la justicia. Existía en Roma un poder supremo y sagrado por su origen, por sus servicios, por su antigüedad y por su debilidad física, ó sea el papado, bueno y débil como una madre, según ha dicho un célebre orador moderno.

A pesar de todos estos títulos de impotencia, los soberamos políticos del mundo resolvieron la pérdida de este poder, y para conseguirla, le envilecieron. Y desataron contra él toda clase de calumnias y toda suerte de escritos pagados al efecto.

Lo que se quería era debilitar su autoridad por todos los medios posibles. ¿Cómo podía perdonarle el crimen de haber promulgado el dogma de la Inmaculada Concepción y publicado el índice que contiene todos los errores condenados? Estos eran abusos escandalosos del poder; preciso era ponerles coto y castigar la audacia del que los promoviera.

Para acabar más pronto, el ataque fué general; se abrieron de par en par las puertas de todas las oficinas de la impiedad. El mundo vió caer sobre sí, si nos es dado expresarnos de este modo, una avalancha de negaciones, injurias y blasfemias. Dios, el alma, la eternidad, los principios y las personas, todo, por decirlo así, fué objeto del sarcasmo de los descendientes de los libertinos del siglo

Aprendan á contener sus deseos los que, tratándose de Dios, esperan siempre cosas sobrenaturales. Sepamos que la vida común y las acciones más ordinarias de la vida, pueden ser santificadas lo mismo que los actos de devoción más meritorios. Recurramos sin temor á la divina Providencia en nuestras necesidades y en las de nuestros prójimos. Sobre todo, busquemos sin cesar la compañía de Jesús y de María con el corazón alegre, y jamás se agotará para nosotros el vino generoso que engendra las vírgenes al mismo tiempo que á los esposos cristianos.—(*Monseñor Pavy, Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLATICA XXIII

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES

Hemos probado ya que la Santísima Virgen ha dado al mundo grandísimas pruebas de la protección que le dispensa. Si nos enseña el evangelio que Nuestro Señor está con su Iglesia todo el tiempo y no la abandonará nunca hasta el fin de los siglos, con igual verdad puede decirse lo mismo de la Santísima Virgen. No ha abdicado Nuestro Señor su título de padre ni las obligaciones de su paternidad: *non relinquam vos orphanos*. Tampoco ha olvidado María que fué investida en el Gólgota de una nueva maternidad sobre nosotros, los hijos del siglo diez y nueve, que tenemos el derecho de llamarnos sus favorecidos, puesto que derrama sobre nosotros sus dones infinitos.

Hace algunos años que acaeció al pie de los Pirineos un hecho extraordinario. Una pobre muchacha, hija del pueblo, al reunir la leña que se necesitaba en su casa para el gasto doméstico, apercibió en la sinuosidad de una roca una visión celeste que le pareció encantadora, pero no le dijo cómo se llamaba. Quince veces se produjo para ella la misma visión, que saliendo al fin del misterio que la envolvía, declaró ser la *Inmaculada Concepción*.

Poco pensaba el mundo en esos momentos en el prodi-

gio de que acababa de ser testigo el pueblo de Lourdes. La prosperidad nacional y el triunfo político del gobierno tenían preocupados los ánimos sobre asuntos enteramente diversos de la aparición. Entregada la Francia al torbellino de sus pasiones y de sus placeres, y arrastrada por las malas ideas de la época actual, veía con indiferencia que las ideas católicas caían más y más en el olvido. Esta debilidad en las creencias se debía á la guerra que hacían á la religión el jefe de la nación y los fieles todos.

La *sabiduría* que presidía el gobierno de los pueblos seguía como siempre el camino de la justicia. Existía en Roma un poder supremo y sagrado por su origen, por sus servicios, por su antigüedad y por su debilidad física, ó sea el papado, bueno y débil como una madre, según ha dicho un célebre orador moderno.

A pesar de todos estos títulos de impotencia, los soberamos políticos del mundo resolvieron la pérdida de este poder, y para conseguirla, le envilecieron. Y desataron contra él toda clase de calumnias y toda suerte de escritos pagados al efecto.

Lo que se quería era debilitar su autoridad por todos los medios posibles. ¿Cómo podía perdonarle el crimen de haber promulgado el dogma de la Inmaculada Concepción y publicado el índice que contiene todos los errores condenados? Estos eran abusos escandalosos del poder; preciso era ponerles coto y castigar la audacia del que los promoviera.

Para acabar más pronto, el ataque fué general; se abrieron de par en par las puertas de todas las oficinas de la impiedad. El mundo vió caer sobre sí, si nos es dado expresarnos de este modo, una avalancha de negaciones, injurias y blasfemias. Dios, el alma, la eternidad, los principios y las personas, todo, por decirlo así, fué objeto del sarcasmo de los descendientes de los libertinos del siglo

diez y ocho, que repitieron los monstruosos errores de sus antepasados.

Repúgname, por cierto, hablar de esto; pero es necesario darlo á conocer, hoy que se engalana con el apoyo oficial. Todo se ataca hoy de frente, tratando de poner en ridículo nuestras creencias para desprestigiarlas. Tanta impiedad y excesos, tantos reclamaban una contestación decisiva, y María se encargó de darla.

El ilustre pontífice Pío IX decretó, aunque si no por sí solo, al menos sin el apoyo de un concilio, el dogma de la Inmaculada Concepción. Este acto era de una grande importancia, no sólo á causa de la gran verdad que brotaba de él, sino por las consecuencias que le seguían y por los principios que consolidaba.

Obtenido este primer resultado bajo condiciones, por decirlo así, tan particulares, vino á afirmarse la infalibilidad del Papa en materia doctrinal. Luego del dogma que pasó á ser materia doctrinal de fe, se deduce el pecado original, la necesidad de la redención, la vida futura, y en una palabra, la economía del orden sobrenatural. Pues bien, plugo á la Santísima Virgen coronar el acto aminoso del gran Pontífice, y para esto bajó del cielo para decir á los mortales: *Es verdad, yo soy la Inmaculada Concepción. Y á los que pretenden que no hay lo sobrenatural, les contesto: Aquí estoy.*

Difícil es comprender si ha habido alguna vez un prodigio más oportuno; mas lo que sí podemos afirmar es que ninguno ha sido más benéfico. No se contentó María con presentarse varias veces á un joven, sino que quiso permanecer continuamente en el territorio de Lourdes. Allí está en la suave atmósfera de la gruta, en el agua milagrosa que brota de la roca y en las maravillas que obra sin cesar.

Preciso era, para confundir la incredulidad y abatir el orgullo, poner á una y otro cara á cara con hechos multiplicados que no se pueden negar sin cubrirse de ridículo. Parece que el ridículo no les asusta y que siguen en sus necias burlas y negativas. Para que creamos, dicen, necesitamos ver un milagro. Pues bien, María les ha hecho, no un milagro, sino millares de ellos. A su vista está uno permanente.....y sin embargo, todavía no creen. Tiempo hace que así lo anunció Nuestro Señor. Los que rechazan las palabras y los hechos del Evangelio, no creerán ni viendo los milagros.

Dejemos que disfruten estos ciegos obstinados de la triste satisfacción de no ver. No por negar la claridad de la luz deja de brillar la que trajo á Lourdes la Santísima Virgen, que refleja sobre todo el mundo á pesar de los esfuerzos de Satanás y sus auxiliares por apagar su brillo. Por todas partes se conocen los hechos milagrosos de Lourdes, y millares de católicos se encaminan á la gruta para estampar sus labios en esa piedra santificada por la planta virginal de María. Jamás podrán contarse las lágrimas de gozo y arrepentimiento que se derraman en ese santo lugar; jamás se verán los sentimientos de amor que han removido en él los corazones ni se oirán los cantos de entusiasmo y gratitud que han resonado al pie de esa montaña.

Los que tenemos la dicha de pertenecer á los humildes y pequeños, oímos con gusto y saboreamos el eco de la fe que nos enamora. Ante esa aparición milagrosa y en vista de este hecho soberanamente extraordinario que pasará á ser el gran acontecimiento del siglo XIX, lástima nos dan esos impíos que se pierden, y reconcentrando nuestras ideas damos gracias desde el fondo de nuestras almas á la Santísima Virgen que nos permite gozar de este bendito acontecimiento. Algunas veces nos abandonan las saludables ideas de la fe y pensamientos contrarios á ella asaltan nuestra imaginación; sin embargo, son el tesoro mayor que poseemos, y los que no creen en lo sobre-

natural son verdaderamente unos desgraciados. Gracias á Nuestra Madre Santísima todos los que aquí estamos, creemos, y siempre hemos creído y creeremos siempre en la aparición de Nuestra Señora de Lourdes y le damos las gracias por ella desde el fondo de nuestro corazón.—ASÍ SEA.

COMPASION DE LA SANTA VIRGEN

Sus dolores en los días de la pasión de su divino Hijo

DIA VEINTICUATRO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.

Thren., I, 12

Vadam ad montem myrræ et ad collem turris.

Cant., IV, 6.

Cor meum conturbatum est in me, defecit in dolore vita mea.

Psal., XXXVII, 10.

Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici mei.

Job, XIX, 21.

Genitus matris tuæ ne obliviscaris, ut perficiatur tibi gratia et benedictio.

Eccli, VII, 29.

Super contritione Filiæ populi mei contritus sum et conturbatus, stupor obtinuit me.

Jerem., VII, 21.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

natural son verdaderamente unos desgraciados. Gracias á Nuestra Madre Santísima todos los que aquí estamos, creemos, y siempre hemos creído y creeremos siempre en la aparición de Nuestra Señora de Lourdes y le damos las gracias por ella desde el fondo de nuestro corazón.—ASÍ SEA.

COMPASION DE LA SANTA VIRGEN

Sus dolores en los días de la pasión de su divino Hijo

DIA VEINTICUATRO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.

Thren., I, 12

Vadam ad montem myrræ et ad collem turris.

Cant., IV, 6.

Cor meum conturbatum est in me, defecit in dolore vita mea.

Psal., XXXVII, 10.

Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici mei.

Job, XIX, 21.

Genitus matris tuæ ne obliviscaris, ut perficiatur tibi gratia et benedictio.

Eccli, VII, 29.

Super contritione Filiæ populi mei contritus sum et conturbatus, stupor obtinuit me.

Jerem., VII, 21.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lacrymæ ejus in maxilis ejus: non est qui consoletur eam ex omnibus caris ejus.

Thren, *I*, 21.

Torcular calcavit Dominus Virgini filiæ Juda, quoniam invaluit inimicus.

Thren., *I*, 16.

Ipsa gemens conversa est retrorsum, non habens consolatorem.

Ibid.

Ne vocetis me Noemi, id est pulchram; sed vocate me Mara, id est amaram quia amaritudine valde replevit me Omnipoteus.

Ruth, *I*, 20.

Cui comparabo te, filia Jerusalem? Cui exæquabo te, Virgo filia Sion Magna est enim velut mare contritio tua. Quis medebitur tui.

Thren., *II*, 13.

Doleo super te, decora nimis et amabilis. Sicut unicum filium, ita ego te diligebam.

II. Reg., 1.

Fili mi, fili mi! quis mihi dabit, ut ego moriar pro te?

Id., *XVIII*, 33.

Præcipi, Domine, recipe spiritum meum, expedit enim mihi mori magis quam vivere.

Tob., *III*, 6.

Nemo gaudeat super me desolatam; ego enim derelicta sum sola, et clamabo ad Altissimum, in diebus meis.

Baruch., *IV*, 12.

Attenuati sunt oculi mei suscipientes in excelsum: Domine, vim patior.

Is., *XXXVIII*, 14.

Numquid oblivisci potest mulier infantem suam, ut non misereatur filio uteri sui.

Is., *LXIX*, 15.

Angustia possedit me sicut angustia parturientis: tenebræ stupefecerunt me.

Is, *XXI*, 3.

Vide, Domine, quoniam tribulor, conturbatus est venter meus, subversum est cor meum in memetipsa, quoniam amaritudine plena sum.

Thren., *I*, 20.

Consurge, filia Sion: effunde sicut aquam cor tuum ante conspectum Domini, leva ad eum manus tuas.

Id., *II*, 19.

Sustinui qui simul contristaretur, et non fuit, et qui consolaretur, et non inveni

Psal., *LXVIII*, 25.

Fortis est ut mors dilectio. Aquæ multæ non potuerut extinguere charitatem, nec flumina obruent illam.

Cant., *VIII*, 6.

Dum turbabitur terra, Deus in medio ejus: non commovebitur.

Psal., *XLV*, 2.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Todos los tormentos sufridos por los mártires fueron poca cosa ó nada comparados con lo que sufristeis vos, ¡oh Santísima Virgen! (*S. Anselm. in Assumpt. B. M. V.*)

II. Esta buena madre contemplaba con ojos de ternura las llagas del Hijo que debía rescatar al género humano con su sangre. En pie contemplaba todas estas cosas la pobre Madre que se sentía con bastante valor para sufrir, si necesario hubiese sido, todo el furor de los verdugos. (*Ambros. de instit. Virg. cap. VIII*).

III. Mientras el Hijo estaba en la cruz, se presentaba la Madre á los verdugos; y meditaba en su corazón si podría aumentar con su muerte el precio de la ofrecida vic-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

toria. Pero la pasión de Jesucristo era por sí misma suficiente. (*Id. Ibid.*)

IV. Uno de los puntos más notables de la pasión de Jesucristo fué el corazón de la Santísima Virgen. Pendientes de la cruz estaban dos víctimas: el cuerpo del Hijo y el alma de la Madre. (*S. Lorenzo Justiniano serm. de Agone. 2*).

V. El dolor de María fué tan grande que si pudiera repartirse entre las personas dotadas de más sensibilidad, no resistirían su fuerza y morirían desde luego. (*Bernard. Senens. S. 6*).

VI. Con razón llamamos reina de los mártires á la que tanto sufrió en su alma como todos los mártires en su cuerpo. (*Bernard. serm. 5. de Verb. apost.*)

VII. Después que hubo exhalado Jesús el último suspiro, un nuevo dolor penetró en el corazón de nuestra Madre. La lanza cruel que atravesó el corazón del Hijo, entró profundamente en el alma de su Santísima Madre. (*Id. serm. 5*).

VIII. La violencia del amor de los mártires dulcificó sus sufrimientos; pero el exceso del amor de María fué un exceso de tormentos, y su martirio fué tan grande como su corazón. (*Id. Ibid.*)

IX. La violencia de su dolor igualó la extensión de su amor, y la muerte hizo más estragos en su alma, de los que hacen los partos en el cuerpo de las madres comunes. (*Id. Ibid*).

X. Tembló la tierra, las rocas se abrieron en grietas y el sol se obscureció. Después de esto comprended cuál debió ser el dolor de María, puesto que los seres destituidos de sensibilidad sufrieron tan extraordinario choque.

XI. Callad, oh enemigos de la Cruz; oíd, almas piadosas, lo que dice Jesucristo. Jesús hace su testamento desde lo alto de la cruz, y retarda por algunos instantes la salud del mundo, por no aparecer que se olvida de María. Por sus últimas disposiciones, Juan es el que sustituye al Cristo. Confía á su Madre el corazón virginal de un amigo, probando así cuanto aprecia la virginidad. Confía á su discípulo el cuidado de su Madre y descansa en la bondad de su amigo. No desaparece Jesucristo ni tampoco pierde María su apoyo. Sólo había un cambio en la persona que debía pasar los días á su lado. ¿Qué otro podía ser preferido á Juan para cumplir con el delicado encargo de reemplazar á su Hijo? ¿Qué hombre podía ser más digno que él de ser el guardián del tesoro de la virginidad? La Madre estaba en pie junto á la cruz; y allí estaba cuando todos los hombres le abandonaban. (*Ambr. I. de Instit. Virg. c. VII*).

XII. Vuestro Hijo sufrió la pasión del cuerpo; pero vos, oh Santísima Virgen, sufristeis la del corazón. Cada una de las heridas que rasgaban su cuerpo laceraban vuestro corazón.

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

El título de reina de los mártires es glorioso para María, pero bien caro le costó, puesto que lo compró, no con el precio de su sangre, sino con el de sus lágrimas, y sabido es que las lágrimas de una madre tienen más precio que la sangre. Jesucristo dió á María este título desde lo alto de la cruz, y en los momentos de su agonía desprendió de su cabeza unas cuantas espinas para formar con ellas una corona á su madre. El primer palacio de esta gran reina fué el monte de los suplicios.

Las causas que le merecieron este título fueron las siguientes:

Fué una madre que perdió á su Hijo.

Fué una madre que vió morir á su Hijo.

Fué una madre que vió morir á su Hijo sin recibir consuelo alguno.

I. Fué una madre que perdió á su Hijo.

Fué necesario que se separase de su Hijo, tierno y respetuoso; preciso era que se separase de El y renunciase á sus agradables conversaciones, á los consuelos que le proporcionaba su presencia, á la dicha de atender á sus necesidades. Preciso era verle caer en manos de sus enemigos para que le hicieran sufrir una muerte cruel..... Comprenda el que pueda estos dolores de María; las madres serán las que los comprendan mejor.

II. Fué una madre que vió morir á su Hijo.

Preciso era que subiera María al Calvario, que siguiera la vía dolorosa, que se resbalase tal vez su pie con la sangre de Jesús, que llegase á la cima del monte, que oyese el ruido de los clavos y del martillo, y que viese á su Hijo moribundo y agonizante exhalando el último suspiro. Oh reina Virgen, vos sois, sin disputa, la reina de los mártires.

III. Fué una madre que vió morir á su Hijo sin recibir consuelo alguno.

María vió morir á Jesús sin poder sostener su inclinada cabeza, sin poder enjugar el sudor de sangre que brotaba de sus miembros; oyendo el grito desgarrador de *Tengo sed*, sin poder acercar á sus labios una bebida menos amarga que la que le ofrecían. Oirá exhalar su último suspiro sin poder imprimir en la frente de su Hijo un beso de su amor. Ultimamente verá morir á su Hijo sin morir ella prestándole sus auxilios. Cuando la madre de los Macabeos asistió al suplicio de sus hijos, tuvo siquiera un consuelo, y fué la esperanza de morir con ellos. Pero María no puede morir: *Gemitus matris tuæ ne obliviscaris.*

ARTICULO V

Extractos y pensamientos diversos

I. Los que son verdaderos hijos de María, no son esos cristianos delicados que no pueden soportar las aflicciones y tiemblan sólo con pensar en la penitencia. No, María, no son esos tus hijos, porque tú los quieres más firmes y más generosos, y éstos te acompañan al pie de la cruz. Apoyemos en la divina Escritura esta verdad importante, y sentemos como principio que los fieles pertenecen á María en cuanto que Jesucristo se los ha entregado; porque habiendo sido rescatados al precio de su sangre, sólo El puede entregarnos. Buscando en el Evangelio el pasaje que explica que Jesús nos entregó á María, halló que esto fué estando en la cruz. ¿Donde fué, sino, el lugar en que pronunció estas palabras dirigidas á su amado discípulo: "He aquí á tu madre" y estas otras dirigidas á María. "¡Mujer, he aquí á tu hijo?" ¿No dijo esto desde lo alto de la cruz? Allí fué, pues, donde nos entregó á todos á María en la persona de su discípulo; allí fué donde pasamos todos á ser sus hijos.

¿Por qué esperó Jesús esa hora para entregarnos á María como hijos? Porque quiso darle por nosotros entrañas y corazón de madre. Me preguntaréis cómo fué, y en esto debemos admirar el secreto de Dios. María estaba al pie de la cruz y veía á su Hijo cubierto de llagas y tendiendo los brazos á un pueblo incrédulo y despiadado. Sus costados cruelmente desgarrados destilaban sangre. ¿Quién será capaz de explicarse todo lo que sentía aquel corazón maternal? Nunca sintió como entonces que era madre. Viendo desde lo alto de la cruz toda la ternura que encerraba, y como si hubiese esperado aquel momento, señalando á San Juan, le dijo: "Mujer, he aquí á tu Hijo....." Tales son las palabras que pronunció y su sentido es este: Oh mujer afligida, á quien un amor infortunado hace sentir hasta qué grado puede llegar la ternura y la compasión de una madre; ese amor maternal que siente tu alma por mi, ténlo por Juan mi muy amado discípulo; ténlo por todos los fieles que te recomiendo en su persona, porque todos son mis amados discípulos. Estas palabras imprimieron en el corazón de María su amor de madre por todos los fieles como verdaderos hijos suyos, porque nada es tan eficaz para la Santísima Virgen como las palabras de su Hijo moribundo.—(*Bossuet, sermón sobre la Nat. de la Santísima Virgen*).

II. Notemos primeramente cuánto realce da á la presencia de María al pie de la cruz y al carácter de esta presencia, el silencio del Evangelio acerca de esta Madre en todas las escenas de la pasión que han precedido, y en todas las de la sepultura y de la Resurrección que van á seguir. Puede permitirse á una imaginación piadosa complacerse en hacerla figurar en estas diversas escenas: pero el evangelio no lo hace así, y todo es digno de notarse en el evangelio. Sólo hace mención de María junto á la cruz, y en pie, como para un oficio. Si el evangelio hubiese querido hacernos ver en

ella una pura simpatía natural, hubiera debido mostrárnosla más presto, en el pretorio, en la flagelación, en el acto de llevar Jesús la cruz á cuestas, en la crucifixión; pero no, no lo hace: lo que es tanto más notable, cuanto que nos representa á las mujeres de Jerusalén siguiendo á Jesús camino de su suplicio, *llorando y lamentándose.* ¿Se hallaba acaso María entre estas mujeres, lamentándose como ellas? "Nada de eso, dice Suárez; " estas mujeres en efecto, como observa el Papa León, sólo se conmovían " por una simpatía humana que Cristo no reprime en su principio, porque " aunque no fuera sobrenatural, era no obstante piadosa, pero cuya apre- " ciación corrige; porque se dirigía á Él como á un ser débil que no hubie- " ra podido defenderse, sin comprender la verdadera causa de Jesucristo: " *No lloréis por mí, sino por vuestros hijos.* La imputación de semejante " error no puede pues caer en la bienaventurada Virgen. Y aunque su do- " lor fuera interiormente inmenso, no lo revelaba en el exterior, acto ni " desorden alguno, y debemos creer que llevó el peso de este dolor con dig- " nidad y constancia."

Esto es lo que significa el *Stabat* del Evangelio: rasgo sencillo, que concuerda con la ausencia de la Virgen en todas las otras escenas de la Pasión, y que recibe por ella un valor sublime. En ninguna otra parte debió ella flaquear; puesto que allí mismo estaba en pie. Y hallábase allí firme como en una cita de sacrificio cuya intención sobrenatural resalta también por su ausencia de todas las demás circunstancias de la Pasión, á que debía llamarla la naturaleza.

La presencia de María al pie de la cruz brilla especialmente en fidelidad y heroísmo, considerándola en oposición con su ausencia de todas las escenas de gloria y de amor en que su divino Hijo se había revelado y dado á sus discípulos. Estos habían adquirido en ellas un entusiasmo de adhesión que se desvaneció muy pronto ante el peligro y la desgracia.—(*Nicolás. la Virgen, según el Evangelio, cap. XIX. § 1*).

III ¡Estaba María entre las demás mujeres lamentándose con ellas? No lo creais así. Esas mujeres, como lo hace notar San León Papa, sólo manifestaban por Jesucristo una simpatía humana que no reprueba en el fondo Jesucristo, porque aunque no era sobrenatural, no por eso dejaba de ser piadosa; pero que Él corrige, porque aunque se refería á Él, era considerándole como un ser débil é indefenso, y no comprendían la verdadera causa de su muerte, que era el pecado de los hombres. Por esto les dijo Jesucristo: "No lloréis por mí, sino por vuestros hijos." Una equivocación semejante no pudo sufrirla la bienaventurada Virgen, y aunque su dolor interior era inmenso, no estalló exteriormente, ni fué estrepitoso, y es porque soportó todo el peso de su dolor con constancia y dignidad.—(*Suárez, Quæst 46. disp 36. sect. 2*).

IV. La Santísima Virgen estaba en pie y no desmayada como la representan algunos pintores. Se acordaba de las palabras del ángel y conocía la dignidad de su Hijo, y ni en el capítulo siguiente ni en ningún evangelista, figura entre las santas mujeres que fueron al sepulcro. María estaba segura de que Jesús no estaba allí.—(*J. Racine, Reflex. piad. sobre la S. Escrit.*)

V. Este fué el mayor espectáculo que se viera jamás, que llenó de admiración á los ángeles y admirará á todos los santos por toda la eternidad. Este fué el misterio inefable por el que fueron vencidos los demonios y se reconciliaron los hombres con Dios. Este es el admirable prodigio de un Dios que se sacrificó por sus esclavos y sus enemigos y que no tuvo más testigos que la Santísima Virgen. Los judíos y los paganos no vieron en Él sino á un hombre á quien aborrecían ó despreciaban y que estaba pendiente de la cruz; las mujeres de Galilea sólo vieron á un justo á quien se hizo sufrir cruelmente Sólo María, que representaba la Iglesia, vió en Él á un Dios muriendo por los hombres.—*Nicole, ensayos de Moral, XIII, 375*).

VI. ¡Cuántos sufrimientos soportasteis, oh Virgen sagrada, al ver á vuestro Hijo tendido sobre ese madero y al oir los martillazos que á Él le enclavaban! ¡Hondamente penetró en vuestro corazón la espada del dolor, según predicción del anciano Simeón, al ver que atravesaban las manos y los pies de vuestro Hijo Jesús! Entonces exclamasteis: "¡Oh manos santas, inocentes y poderosas que fabricasteis el universo y disteis al mundo el orden que en él admiramos y veo ahora tan inhumanamente desgarradas! ¿Es esta la recompensa que os dan por haber sanado á tantos enfermos sobre quienes habéis descansado? ¿Este es el premio que recibís por haber hecho al hombre á imagen y semejanza vuestra? ¡Oh manos sagradas de mi queridísimo Hijo, manos que tantas veces he besado piadosamente, que tantas veces me habéis acariciado y que habéis sido formadas con las gotas más puras de mi sangre virginal por obra del Espíritu Santo! ¿Será posible que os vea ahora enclavadas en la cruz? Oh pies santos, que tantas veces habéis recorrido la Judea para reunir á las ovejas descarriadas y anunciar la salud y habéis caminado sobre las aguas ¿será posible que os vea ahora enclavados? ¡Cuán lejos están vuestros verdugos de tentaros con el respeto que os tenía hace unos cuantos días la Magdalena, que los regó con las lágrimas y enjugó con sus cabellos!»—(*Santa Catalina de Sena. Medit. para el Jueves*)

VII. ¿Cuál será el corazón bastante duro y cuáles las entrañas de bronce que dejarán de conmoverse al ver á la madre del Salvador en pie junto á la cruz y con los ojos fijos en su Hijo? ¿Qué alma sentirá como es debido y qué lengua podrá expresar los sufrimientos de la Santísima Virgen al ver á Jesús tan maltrado y sin poder socorrele, viéndole tratado como á un malhechor y sin poder justificarle y viendo su adorable rostro lleno de sangre y de saliva, sin poder limpiarle: al ver extendidos sus brazos sin poder arrojarse á ellos; al ver que la contempla con ojos tristes, abatidos y ensangrentados, sin que sea dado á su maternal amor aliviarle, y al ver lltimamente que brotaba sangre por todo su cuerpo y que la muerte cruel le arrebataba su único tesoro? —*Id. Ibid.*)

VIII ¿Quién pudiera comprender, ya que expresarla no es posible, la grandeza de esta escena dolorosa de luto para el corazón de una madre y de una madre que ya había perdido antes á su esposo?

¿Por qué subís al Calvario vos que no habéis subido todavía al Thabor?, ¿Por qué tres años de tan duras fatigas tienen por término esta triste reu-

nión? ¿Acaso los jueces, queriendo castigar al Hijo por la madre y á la madre por el Hijo os obligan á ser testigos de su muerte? ¿Acaso Jesús es quien á esta ahora suprema os ha exigido que estuvieseis aquí? ¿O es más bien vuestro corazón el que os obliga á seguir las huellas sangrientas de la víctima y á colocaros á sus pies para recoger vos sola hasta la última gota de su sangre? Oh María, en medio de tan horrible espectáculo y entre las emociones de vuestra alma, descubro yo un pensamiento más elevado y una virtud mas sublime de lo que parece. Dejad, oh Virgen santa, que eche por unos momentos un velo sobre vuestros dolores para que pueda estudiar la misión augusta que desempeñais, ó más bien para que reconozca vuestra misión en el carácter singular de vuestros dolores.

Ante todo, la cruz es un altar en el que Jesús, víctima y sacerdote á un mismo tiempo, se inmola voluntariamente por la salud de las almas. Y vos os asociais á este acto heróico y divino con vuestra presencia y vuestro sacrificio. El Padre celestial consintió desde la eternidad en este sacrificio que debía reconciliar la tierra con el cielo. No parece sino que algo hubiera faltado para la completa inmolación de la víctima, si no hubieseis asistido al sacrificio como para autorizarlo. Jesús recibió la vida de su Padre, único criador de las almas; pero la sangre que en sus venas circulaba, era la sangre de su madre, y esta tenía derechos sagrados sobre la carne formada en su seno por obra del Espíritu Santo, sobre ese cuerpo que había nutrido con su leche y rodeado de cuidados maternales, y sobre ese corazón que había formado como si fuera el de un niño común. Que no siguiera á Jesús en los días de su apostolado, es cosa que se comprende; pero debia presentarse ante el mundo entero al pie de la cruz para consentir en la muerte de su Hijo, como consintió también en su nacimiento.

Jesucristo representaba á Adán penitente, y María á Eva arrepentida. Nuestros primeros padres pecaron bajo el arbol de vida y muerte. El nuevo Adán y la nueva Eva expiaban la falta primera, enclavado el primero en una cruz y en pie la otra junto á ese arbol que engendraba la vida dando la muerte. Realmente, Adán fué el que cometió el pecado de origen, y por esto murió Jesús; pero Eva contribuyó al pecado de Adán, y por esto María, por la comunidad de sus dolores, participa de la muerte de Jesús.

En otro tiempo, bajo el reinado del símbolo y de la figura, Dios pidió, como una prueba de fe, el sacrificio de un hijo en una montaña; pero Dios exigió el sacrificio de un padre y no de una madre, y permitió que tanto Abraham como Isaac preparasen su corazón, pero Sara no supo cuán cerca estuvo de perder á su hijo sino cuando su generoso padre lo llevó á sus brazos. No pasó lo mismo en el Calvario; allí el sacrificio del Hijo fué completo, lo pidió el Padre desde lo alto del cielo y quiso que la madre consintiera en Él, que participase de todos los dolores y saboreara todas sus amarguras. ¿Por qué se impuso tan dura condición al corazón más tierno que ha existido jamás? Nunca comprenderemos esto bastante.

Jesucristo, precisamente por ser Dios, pudo rescatar el mundo con un sólo suspiro ó con una sola lágrima; pero lo que bastaba á la justicia de Dios, no bastaba al amor de Dios por los hombres. Con el fin de inspirarnos un horror profundo por el pecado, penitente general y responsable, general de todos los pecadores, ofreció á su Padre asumir todos los dolores. El más cruel de todos, era ciertamente el tener por testigo y asociada á su divina madre. Esto explica la presencia de María en esta escena de sangre y oprobio. Así como el Padre sacrificaba á su Hijo y el Hijo se sacrificaba voluntariamente por nosotros, era preciso que María, uniendo su amor á este doble amor, sacrificase igualmente á Jesús. Así era como podía el divino huérfano del Gólgota decir con verdad con el Profeta. "Mi Padre y mi Madre me dejaron." (Psalm., XXVI, 10.)

Ni una palabra de consuelo dirije María al moribundo Jesús; no procura siquiera hablarle. No se dice en ninguna parte que derramara lágrimas ni echara un sólo suspiro. Más diremos, quejarse contra los verdugos, hubiera sido una debilidad indigna de la grandeza de su alma y de la sublimidad de su misión.

¿Fué acaso porque su profunda aflicción tan natural en las madres todas, embargó sus sentidos? ¿Se sentía de tal modo abatida que no podía dar ni una pequeña muestra de su desesperación? Oh, no fué así. Un gran milagro de fuerza divina sostenía su fortaleza, y apoyándose en ella entregaba expontáneamente su pecho á la espada predicha por el anciano Simeón. Así fué que todos los dolores del Hijo, pasaron á ser por aceptación voluntaria, los dolores de la Madre. Si la cabeza de Jesús estaba coronada de espinas, todas sus puntas penetraban en el corazón de María. Si el martillo enclavaba los pies y las manos de Jesús, en el alma de María resonaban todos los golpes; si dan á beber á Jesús hiel y vinagre, María es la que lo bebe; si llenan á Jesús de ultrajes y sarcasmos, todo su veneno penetra en María; si los sufrimientos desgarran sus ensangrentados miembros, María siente desgarrado todo su ser. Así como Jesús no quiere descender de la cruz cuando le convidan irónicamente á ello, así tampoco quiere María dejar el pie de la cruz cuando los impulsos de la naturaleza la obligan á ello. Si Jesús permanece en ella en pie, en pie permanece voluntariamente junto á ella María; si en ella muere Jesús, María le sobrevive como el sacrificador sobrevive á la víctima. En una palabra, María bebe gota á gota, lágrimas por lágrimas la espantosa agonía de Jesús sin sucumbir, porque cumple con una misión de amor. Ofrece á Dios por la salvación de los hombres á un Hijo por el cual hubiera sacrificado mil vidas si Dios lo hubiese permitido. Así es como viene á ser nuestra co-redentora, porque consiente en ver derramar su sangre que obra nuestra redención. Y no contenta con hacer todo esto, hace más todavía, puesto que se ofrece con todos sus sufrimientos para reparar nuestras faltas.

Oh madre admirable y generosa sobre toda comparación y sobre toda criatura, recibe la única frase que puede exhalar nuestra admiración.—*Ave María.*

¿Qué precio tendrán á nuestros ojos los dolores de María, dolores voluntarios, aceptados y escogidos como condición de nuestra salud? ¿Y no unirá nuesta eterna gratitud y para siempre al Hijo con la Madre? ¿Y nosotros que tantas veces hemos renovado sus dolores con nuestros pecados, no debemos derramar torrentes de lágrimas sobre sus angustias crueles? Pues bien, á pesar de esto, así como Jesucristo dijo á las hijas de Jerusa-

len: «No lloréis por mí, que camino voluntariamente al altar del holocausto, sino llorad por vosotras,» así también María nos dice: «No lloréis por mí que consiento voluntariamente en el sacrificio de mi Hijo: llorad por vosotros que no tenéis en cuenta ni sus padecimientos ni los míos.»—(*Monseñor Pavy, obispo de Argel, Mes de María*).

ARTICULO V

PLATICA XXIV

NUESTRA SEÑORA DEL BUEN SOCORRO.

Ayer nos ocupamos de Nuestra Señora de Lourdes. Lourdes tiene alguna semejanza con el Thabor, del que decían los apóstoles: Bueno será que nos quedemos aquí: «*bonum est nos hic esse.*» Prendida queda el alma al pie de esta gruta bendita, de la que no es fácil alejarse. En ella se siente un bienestar que no se halla en otras partes. Es tan suave y agradable el aire que en ella se respira, que no parece sino que es el punto en que el cielo se junta con la tierra; bien puede decirse cuando menos que desde algunos años á esta parte allí se respiran sus delicias.

Pero los goces de esta tierra son efímeros como todo, y quizá más que todo. Semejante á la brisa embalsamada de la primavera, que acaricia al pasar las plantas nacientes, cruza en nuestra alma la dicha que se abre á las ilusiones como el botón de la rosa al contacto de los rayos del sol; y huye fugaz para que entremos de nuevo á pesar nuestro en el camino ordinario de la vida, que se compone de penas, fatigas dolores y lágrimas.

Despidámonos, pues, de Nuestra Señora de Lourdes, para que dirigiendo nuestra peregrinación á otro rumbo, visitemos á Nuestra Señora del Buen Socorro para que también ella enjugue nuestro llanto.

Entre otras muchas capillas que hay en Baviera, hay una, sobre todo en Munich en la que se implora á la Santísima Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora del Buen Socorro.

El número infinito de santuarios que por todas partes se han levantado, expresa perfectamente las muchas necesidades que pesan sobre el hombre en la tierra.

Efectivamente, las nuevas generaciones que se suceden en el mundo no hacen más que repetir las tristes lamentaciones del infortunado Job, patrono del dolor, que en inevitable de nuestra vida terrestre.

Corta es la vida del hombre, y el poco tiempo que vive, lo pasa lleno de infinidad de miserias. *Homo brevi vivens tempore repletur multus miseriis. (Jab. cap XIV.)*

¡Cuán cierto es esto! Si dado nos fuera juntar las lágrimas que han brotado de los ojos humanos, podríamos formar un nuevo Océano.

¡Nacer y morir, he aquí lo que es la vida; y cuántas pruebas, y cuántos sufrimientos encierran estos dos extremos! En vano damos vueltas mil para huir de los pesares, que nos persiguen donde quiera, nos asaltan y se apoderan de nosotros en todas las edades de la vida y en todas las condiciones saciales. Pasa un dolor, dice el autor de la Imitación de Cristo, pero no es sino para que brote uno nuevo allí donde el pasado termina.

Por un lado vemos á un mortal acosado por sus remordimientos y sucumbiendo al peso del tormento que le agobia; quiere sofocarlo, pero no puede. Fuerte fué para el pecado, débil para borrar las hondas huellas que grabó en su corazón. Tremenda es la lucha en que vive llamado por Dios y atraido por el mundo. Por otro lado vemos á un mortal recto y sincero que vivió con la dulce esperanza de vivir con su amor terreno, y no halló en

len: «No lloréis por mí, que camino voluntariamente al altar del holocausto, sino llorad por vosotras,» así también María nos dice: «No lloréis por mí que consiento voluntariamente en el sacrificio de mi Hijo: llorad por vosotros que no tenéis en cuenta ni sus padecimientos ni los míos.»—(*Monseñor Pavy, obispo de Argel, Mes de María*).

ARTICULO V

PLATICA XXIV

NUESTRA SEÑORA DEL BUEN SOCORRO.

Ayer nos ocupamos de Nuestra Señora de Lourdes. Lourdes tiene alguna semejanza con el Thabor, del que decían los apóstoles: Bueno será que nos quedemos aquí: «*bonum est nos hic esse.*» Prendida queda el alma al pie de esta gruta bendita, de la que no es fácil alejarse. En ella se siente un bienestar que no se halla en otras partes. Es tan suave y agradable el aire que en ella se respira, que no parece sino que es el punto en que el cielo se junta con la tierra; bien puede decirse cuando menos que desde algunos años á esta parte allí se respiran sus delicias.

Pero los goces de esta tierra son efímeros como todo, y quizá más que todo. Semejante á la brisa embalsamada de la primavera, que acaricia al pasar las plantas nacientes, cruza en nuestra alma la dicha que se abre á las ilusiones como el botón de la rosa al contacto de los rayos del sol; y huye fugaz para que entremos de nuevo á pesar nuestro en el camino ordinario de la vida, que se compone de penas, fatigas dolores y lágrimas.

Despidámonos, pues, de Nuestra Señora de Lourdes, para que dirigiendo nuestra peregrinación á otro rumbo, visitemos á Nuestra Señora del Buen Socorro para que también ella enjugue nuestro llanto.

Entre otras muchas capillas que hay en Baviera, hay una, sobre todo en Munich en la que se implora á la Santísima Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora del Buen Socorro.

El número infinito de santuarios que por todas partes se han levantado, expresa perfectamente las muchas necesidades que pesan sobre el hombre en la tierra.

Efectivamente, las nuevas generaciones que se suceden en el mundo no hacen más que repetir las tristes lamentaciones del infortunado Job, patrono del dolor, que en inevitable de nuestra vida terrestre.

Corta es la vida del hombre, y el poco tiempo que vive, lo pasa lleno de infinidad de miserias. *Homo brevi vivens tempore repletur multus miseriis. (Jab. cap XIV.)*

¡Cuán cierto es esto! Si dado nos fuera juntar las lágrimas que han brotado de los ojos humanos, podríamos formar un nuevo Océano.

¡Nacer y morir, he aquí lo que es la vida; y cuántas pruebas, y cuántos sufrimientos encierran estos dos extremos! En vano damos vueltas mil para huir de los pesares, que nos persiguen donde quiera, nos asaltan y se apoderan de nosotros en todas las edades de la vida y en todas las condiciones saciales. Pasa un dolor, dice el autor de la Imitación de Cristo, pero no es sino para que brote uno nuevo allí donde el pasado termina.

Por un lado vemos á un mortal acosado por sus remordimientos y sucumbiendo al peso del tormento que le agobia; quiere sofocarlo, pero no puede. Fuerte fué para el pecado, débil para borrar las hondas huellas que grabó en su corazón. Tremenda es la lucha en que vive llamado por Dios y atraido por el mundo. Por otro lado vemos á un mortal recto y sincero que vivió con la dulce esperanza de vivir con su amor terreno, y no halló en

el fondo de ese ideal más que veneno y la nada. Juro ser fiel y su juramento pesa sobre su conciencia como una roca. Creyó que le amarían siempre, porque así se lo prometieron, y llegaron los años y con ellos la certidumbre de que le mintieron.

Unas veces vemos pesar la miseria en una choza donde reinan las enfermedades, abundan los males, escasean las medicinas y no hay ni siquiera una mano amiga que alivie tantos sufrimientos, ni una boca generosa que enseñe á sufrirlos; otras á un ciego mendigar en medio del camino el pan que no puede ganar, y tal vez el que á mendigarlo le acompaña toma para sí la mejor parte de lo que una mezquina caridad le destinó.

Si pasamos á las grandes ciudades hallaremos en miserables habitaciones á pobres enfermos abandonados que no tienen á quien dirigirse para poner remedio á sus males. Otros hay á quien la calumnia, la infame calumnia ha manchado con su asquerosa baba y les ha despojado de sus comodidades, de su reputación y hasta del aprecio de sus semejantes. Muchos se ven que después de haber disfrutado de considerables bienes de fortuna, vieron llegar la hora fatal en que perdieron todos sus bienes y viven menospreciados, olvidados de sus antiguos amigos que les niegan el saludo. Así son las cosas de este mundo.

¿Por qué, si así son, no dirigiremos desde este valle de lágrimas nuestras súplicas á María nuestra Madre celestial, que es la consoladora de los afligidos? Sí hermanos míos, todos sufrimos, todos debemos, por lo tanto, dirigirnos á ella.

También sufrió ella, también fué pobre y vivió triste Madre de los dolores, y reina fué de los mártires. ¿Qué fué su vida sino un continuo sacrificio y una fuente de amargura? Acompañábanla sin cesar los temores y las privaciones, y por esto es la protectora de los pobres y de los afligidos.

Ella nos consolará para que suframos con resignación miserias y contradicciones, calumnias y pérdidas, y hará que penetren en nuestro corazón los consuelos de la fe.

A los pobres les recordará lo que ella fué y lo que fué su hijo. ¿Qué poseía cuando fué á Belén, en su huida á Egipto y en su permanencia en Nazareth? Su hijo fué Dios y fué el más pobre de los hombres, puesto que no tenía dónde poder descansar su cabeza. Bienaventurados los pobres que pueden contemplar tan bellos modelos, dichosos ellos, porque de ellos es el reino de los cielos.

A los afligidos les dirá María que los sufrimientos de esta vida no duran más que un momento y que nada son comparados con la recompensa eterna que les espera. Sólo se llega á la gloria por el camino del sufrimiento. Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.

La Madre del Buen Socorro no permanece sorda á ninguna oración. Su corazón está siempre abierto para los desgraciados que recurren á él. Si así lo exige la gloria de Dios ó su salvación lo reclama, consigue el término de sus males; y si su divino Hijo no le cree necesario, entonces nuestra Madre nos procura los auxilios de la gracia para que sepamos sufrir nuestras penas y nuestros infortunios, porque nos da fuerza y conformidad consoladora, nos convierte en héroes, dulcifica nuestros pesares, disipa nuessra tristeza, amortigua nuestro dolor y llena nuestro corazón de esperanza y de amor.

Cuánto se aligera el peso de la vida cuando pedimos á María que nos ayude á llevarle! La experiencia de todos los siglos nos lo tiene demostrado. El mundo entero dobla la rodilla para conseguir el alivio de sus males ante Nuestra Señora del Buen Socorro, y todos, pobres y ricos, jóvenes y viejos, le decimos: Acordaos, oh piadosa Virgen María, de que no sabemos que hayáis desechado jamás á los que os han invocado. Por esto vuestros altares se ven continuamente rodeados por todos los que su-

fren. Terminaré mi plática citando un ejemplo de piedad.

Había en un pueblo una madre muy pobre que tenía dos hijas muy tiernas y vivían en la mayor indigencia. Grande era el peligro que corrían de perecer cuando inspirada un día la pobre madre llevó á sus hijas á la parroquia y presentándolas á la Santísima Virgen, le dijo: «Oh Madre compasiva, aquí te presento á mis dos hijas y á tu ternura confío su alma. Ten compasión de ellas y de mí.» Al regresar á su casa hallaron en ella á un desconocido que les entregó una fuerte cantidad de dinero y desapareció. Ya veis, pues, que María socorre á los desgraciados. Oh Madre nuestra del Buen Socorro, digámosle nosotros, en tí ponemos toda nuestra confianza; auxílianos en nuestras necesidades, sostennos en nuestras debilidades. Da valor y fuerza á nuestra alma para arrepentirnos, y á nuestro corazón para que vivamos resignados. Derrama sobre nuestros males el bálsamo consolador de tu compasión. Tú eres el refugio de los justos así como de los pecadores. Sé nuestro consuelo, y si para conformarnos con la voluntad de tu divino Hijo debemos vivir en la pobreza durante nuestra peregrinación en la tierra, haz que nuestros sufrimientos sean fecundos en la eternidad, y condúcenos por el camino del Calvario al delicioso descanso del Thabor.—Así sea.

MARIA EN EL SEPULCRO DE JESUS

DIA VEINTIUNO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Defecerunt præ lacrymis oculi mei, conturbata sunt viscera mea.

Thren., II, 11.

Angustia possedit me sicut angustia parturientis, corrui cum audirem, cum viderem; tenebræ stupefecerunt me.

Isa., XXI, 3.

Interiora mea efferbuerunt absque ulla requie; prævenerunt me dies afflictionis, mœrens incedebam.

Job, XXX, 27.

Tribulationem et dolorem inveni: circumdederunt me dolores mortis.

Psal., CXIV. 3.

Inundaverunt aquæ super caput meum; dixi: Perii. Invocavi nomen tuum, Domine, de lacu novissimo.

Thren., III, 54.

Vocem quasi parturientis audivi, angustias ut puerperæ. Vox filiæ Sion intermorientis, expandentisqué manus suas: Væ mihi quia defecit anima mea.

Jerem., IV, 31.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fren. Terminaré mi plática citando un ejemplo de piedad.

Había en un pueblo una madre muy pobre que tenía dos hijas muy tiernas y vivían en la mayor indigencia. Grande era el peligro que corrían de perecer cuando inspirada un día la pobre madre llevó á sus hijas á la parroquia y presentándolas á la Santísima Virgen, le dijo: «Oh Madre compasiva, aquí te presento á mis dos hijas y á tu ternura confío su alma. Ten compasión de ellas y de mí.» Al regresar á su casa hallaron en ella á un desconocido que les entregó una fuerte cantidad de dinero y desapareció. Ya veis, pues, que María socorre á los desgraciados. Oh Madre nuestra del Buen Socorro, digámosle nosotros, en tí ponemos toda nuestra confianza; auxílianos en nuestras necesidades, sostennos en nuestras debilidades. Da valor y fuerza á nuestra alma para arrepentirnos, y á nuestro corazón para que vivamos resignados. Derrama sobre nuestros males el bálsamo consolador de tu compasión. Tú eres el refugio de los justos así como de los pecadores. Sé nuestro consuelo, y si para conformarnos con la voluntad de tu divino Hijo debemos vivir en la pobreza durante nuestra peregrinación en la tierra, haz que nuestros sufrimientos sean fecundos en la eternidad, y condúcenos por el camino del Calvario al delicioso descanso del Thabor.—Así sea.

MARIA EN EL SEPULCRO DE JESUS

DIA VEINTIUNO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Defecerunt præ lacrymis oculi mei, conturbata sunt viscera mea.

Thren., II, 11.

Angustia possedit me sicut angustia parturientis, corrui cum audirem, cum viderem; tenebræ stupefecerunt me.

Isa., XXI, 3.

Interiora mea efferbuerunt absque ulla requie; prævenerunt me dies afflictionis, mœrens incedebam.

Job, XXX, 27.

Tribulationem et dolorem inveni: circumdederunt me dolores mortis.

Psal., CXIV. 3.

Inundaverunt aquæ super caput meum; dixi: Perii. Invocavi nomen tuum, Domine, de lacu novissimo.

Thren., III, 54.

Vocem quasi parturientis audivi, angustias ut puerperæ. Vox filiæ Sion intermorientis, expandentisqué manus suas: Væ mihi quia defecit anima mea.

Jerem., IV, 31.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cor meum conturbatum est, derelequit me virtus mea. Lumen oculorum meorum et ipsum non est mecum.

Psal., XXXVII, 10.

Tribulationem meam ante ipsum pronuntio, in deficiendo ex me spiritum meum.

Psal., CXLI, 2.

Recordare, Domine, quid acciderit nobis: intuere et respice opprobrium nostrum. Hæreditas nostra versa est ad alienos, domus nostra ad extraneos. Pupilli facti sumus absque patre, matres nostræ quasi viduæ aquam nostram pecunia bibimus.....Lassis non dabatur quies.

Thren., V, 1.

Defecit gaudium cordis nostri: versus est in luctum chorus noster, ideo contenebrati sunt oculi nostri.

Ibid., 14.

Dominus pars hæreditatis meæ et calisis mei, tu es qui restitues hæreditatem meam mihi. Quoniam non derelinques animam meam in inferno, nec dabis sanctum tuum videre corruptionem.

Psal., XV, 6.

Benedicti vos a Domino qui fecistis misericordiam hanc cum Domino vestro, et sepelistis eum: et nunc retribuet vobis quidem Dominus misericordiam et veritatem: sed ego reddam gratiam eo quod fecistis verbum illud. Confortentur manus vestræ, et estote filii fortitudinis.

II. Reg., II, 5.

Post tempestatem tranquilum facis, Domine, et post lacrymationem et fletum exultationem infundis: sit nomen tuum, Deus Israel, benedictum in sæcula.

Tob., III, 22.

Ad vesperum demorabitur fletus et ad matutinum lætitia.

Psal., XXIX, 6.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. La madre desconsolada sostenía la cabeza de su Hijo y regaba con sus lágrimas aquel divino rostro helado por la muerte. En medio de los sollozos que le arrancaba su profundo dolor se le oia exclamar: «Oh Hijo mío amoroso, ¿qué habéis hecho para que os diera los judíos una muerte tan cruel? ¿Qué crimen cometisteis para que os crucificaran? Inocente sois, oh Hijo mío, pero así es como habéis querido rescatar á vuestros hijos para que las generaciones venideras comprendan con esto todo el amor que teníais por los hombres.» (*Bernard. in Lament. B. M. V.*)

II. En mis rodillas descansais ya cadáver. ¿Qué haré yo que soy vuestra madre? ¡Cuán grande es mi dolor, Hijo mío, al veros así, cuando erais mi consuelo, mis delicias y mi vida! ¿Qué es de aquella inexplicable alegaía que llenaba mi alma el día en que nacisteis? ¡Qué cambio, Hijo mío! ¡Cuán amarga es la tristeza que ha reemplazado esa dicha! Decidme, amado mío, único amor mío y único bien del mundo, ¿por qué me habéis sumergido en un pesar tan grande, por qué hay ahora una distancia tan grande, entre los dos? (*Id Ibid.*)

III. Tened piedad de mí, oh, vosotros que sois mis amigos; no le arranquéis tan pronto de mis brazos. Dejad que contemple su helado rostro para que una vez más sienta este último consuelo. No le ocultéis tan pronto á mis ojos para enterrarle en el sepulcro. Depositad lo más bien en brazos de su pobre madre, para que ni la muerte pueda separarnos. Si tanta prisa tenéis en enterrarle, sepultadle conmigo siquiera, porque ¿qué será de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mí sin Él? ¿Por qué viviré yo si mi hijo no existe ya? (*Id Ibid.*)

IV. Mientras José y Nicodemus depositaban al Salvador en el sepulcro, su desconsolada madre quería sepultarse con Él. Después de haberse cumplido aquel triste deber, María se abrazó de la piedra del sepulcro y llamó á su Hijo dando lastimosas quejas. Apoyó su cabeza contra la lápida del sepulcro, y extendiendo sobre ella los brazos besó con amor ese santuario cerrado que contenía su tesoro y se abandonó á los sollozos. Su nuevo hijo Juan se acercó á ella y la levantó, y la desventurada madre entró en Jerusalén sostenida por algunas santas mujeres que lloraban con ella. (*Id Ibid.*)

V. La Santísima Virgen vivía en la casa de Juan. Lloraba sin consuelo noche y día entre sus amigos y sus hermanas, y ni aún el discípulo querido podía aliviar su dolor. Entregándose á él, recordaba las diversas circunstancias de la pasión de su hijo, á quien habían escupido y llenado de oprobio y sarcasmo, y hablaba incesantemente de la corona de espinas, de la cruz, de los azotes y de los ultrajes de que fué víctima. (*Id Ibid.*)

ARTICULO III

PLAN Y ASUNTO

I. Desconsolada estaba María sosteniendo en sus rodillas el cuerpo inanimado de Jesús.

Pero su desconsuelo era tranquilo; no era pasivo, inerte y embrutecido como suele serlo el de las personas que han sido víctimas de la crueldad. Rota tenía la paz del alma, pero permanecía sosegada, recogida y llena de majestad, y obraba con esa silenciosa vivacidad que indica

siempre la presencia de Dios en el alma. Nunca se vió un corazón tan desgarrado como el de María.

El pasado reflejaba en el semblante de todos los que rodeaban á María. Juan ocupaba el lugar de Jesús, Magdalena le recordaba las horas tranquilas que habían pasado en Bethania, y José de Arimathea ofrecía la imagen del primer José, que era tan puro y candoroso. Nicodemus, renovó con la mirra y el aloé la ofrenda de los reyes magos, no de una manera profética, sino en realidad, porque los aromas servían para embalsamar su cuerpo; y mientras esparcía perfumes en el cuerpo de Jesús, se acordaba de que Magdalena le había ungido de antemano *para la sepultura. Ad sepeliendum me fecit.*

II. María se vió desconsolada después de la sepultura de Jesús.

Cuando perdemos á un ser querido, nuestro desconsuelo es inmenso. Mientras ese ser permanece á nuestra vista, nos parece que le poseemos todavía, aun cuando sólo contemplemos su cadáver; pero desde el momento en que desaparece el todo, se llena nuestro corazón de vacío y reina en él una soledad inmensa. Aunque indebida, hagamos una comparación entre la pérdida que sufrió María y la que sufriríamos nosotros perdiendo á la persona que más querida nos fuese, y el dolor que sentiríamos nada sería comparado con el de Nuestra Santísima Madre. ¡Oh cruel separación! María fué separada de Jesús.

ARTÍCULO V

Extractos y pensamientos diversos

I Era, en fin, llegada la hora de dar sepultura á Jesús, y María, con serenidad y recogimiento, invitó á los discípulos allí presentes á formar la fúnebre comitiva: eran José de Arimathea y Nicodemus, con algunos de sus fieles criados; Juan y Magdalena, las santas mujeres que habían acudido al pie de la cruz, y junto con ellos el centurion convertido que, en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

momento de espirar Jesús, le había confesado Hijo de Dios. Quizás también, como lo han supuesto varios santos, habían concurrido al Calvario algunos apóstoles y discípulos de Nuestro Señor. Triste en verdad era el haber de poner fin á un tierno espectáculo de sublime dolor; pero había de cumplirse lo que estaba escrito, y la Santísima Virgen, con heróica serenidad, se desprendió del divino tesoro que yacía en su regazo. ¿Quién más que ella tenía derecho á tocar el cuerpo de Jesús? ¡Ah Madre amadísima! Tú sabes que hoy ya le tememos todos, que todos los pecadores, de quien tú eres refugio común y Madre amorosa, podemos hacer nuestro el Sacratísimo Cuerpo de tu Hijo, como herederos universales.—(*Faber, María al pie de la cruz, cap. VIII*).

II. Ya el fúnebre cortejo va camino del nuevo Edén, en donde ha de plantarse en la hoya de una piedra aquel árbol incomparablemente más precioso que todos los del Edén primitivo, más que el árbol de la vida, pues que á los tres días había de florecer con lozanía inconcebible. En aquel huerto plantado de viñedo y de ópimos olivares, iba á plantarse una vid de frutos que había de regocijar el corazón del hombre como jamás lo pudieran las más lozanas de Engaddi, y un renuevo de aceite singular que había de ser para el mundo, bálsamo inagotable de todos los dolores. Sobre la haz de la tierra no había flor alguna que, ni por sus preciados colores, ni por su graciosa contextura, ni por sus delicados perfumes pudiera compararse con aquella flor marchita que en aquellas andas iba para reanimarse en breve con al más refulgente sol de la más espléndida primavera. Caminando siguen al huerto, iluminados ya por los tibios rayos de la luna que á la sazón descendía por la bauda de Occidente, lentos y mudos como las nocturnas horas: la ciudad hubiera podido alborotarse oyéndoles cánticos, ¿mi cuáles pudieran cantar adecuados á solemnidad tan extraordinaria? El arpa misma de David hubiera sido trivial armonía para celebrar tan excelsa pompa. Tampoco hablaban, ¿qué hubieran podido decirse? qué palabras hubieran podido expresar sus pensamientos? «De la abundancia del corazón habla la boca,» es cierto; pero cuando el corazón está lleno le faltan palabras. Jamás entre los hombres se había visto aflicción tan honda como la que entonces anublaba el camino del Calvario al sepulcro: en sólo el corazón de María reinaba lo bastante para anublar el universo: limitada era, como de criatura al fin, mas tocaba los linderos de lo infinito. Sólo un sacrificio podía ya ofrecer, y le estaba consumando: aquel cuerpo helado era para Ella más que la vida, y se iba á apartar de él, y á dejarlo en el hueco de una piedra para que le guardasen allí con malévola vigilancia, los soldados romanos.—(*Faber, María al pie de la cruz, cap. VIII*).

III. Debemos contemplar á la gloriosa Virgen recibiendo entre sus brazos y sobre sus rodillas el cuerpo inanimado de su Hijo. ¡Cuán abismada está en el océano de su amargura, y cuán hondos son los suspiros que salen de su corazón! Venid, ángeles del cielo, ángeles de paz, venid a consolarla y á llorar con ella ¡Oh Madre infortunada! Vedla estrechando convulsivamente contra su corazón el desgarrado y amoratado cuerpo; ved cómo sin temer las aguzadas espinas que la rodean, besa la mustia cabeza

de su Hijo que inunda de lágrimas, cubriendo su propio rostro con la sangre que mana de las heridas inferidas á Jesús. ¡Oh tierna Madre! ¿Es este el Dios que se encarnó en tí? ¿Es este el que tan gloriosamente concebiste, el que diste tan alegremente á luz, el que amamantaste tan gozosa y tan cuidadosamente educaste? ¿Qué es de tu pasada alegría? ¿Dónde está el espejo de hermosura en que acostumbrabas contemplar el fruto bendito de tus entrañas? Si le contemplas ahora, verás que sus miradas no respoden á tus miradas. No puedes hablar ya con él en dulce coloquio, porque sus oídos están cerrados y mudos están sus labios.

¿Será posible que paséis tantos dolores sin quejaros? Nada dirá vuestra boca, pero en cambio mucho hablará vuestro corazón. ¡Oh vida muerta, oh luz apagada, oh hermosura ajada! ¿Qué manos ingratas y crueles os han desfigurado así, Hijo mío, cuando erais el más hermoso de los hijos de los hombres? ¿Qué corona es esa que rodea vuestra frente, santuario de tantos pensamientos divinos y de una doctrina tan sublime y con tanta dulzura enseñada? ¿Qué es lo que veo en vuestro seno sobre el que se reposó el amado discípulo y de donde sacó los secretos inefables que deberá comunicar á los hombres? ¿Son esos los ojos cuyo brillo ofuscaba la luz del sol? ¿Son esas las manos cuyo tacto trasformaba las sustancias, curaba á los enfermos y resucitaba á los muertos?—(*Santa Catalina de Sena, primera meditación para el Sábado*).

IV. Detengamos sobre esto nuestros pensamientos. No tratemos de figurarnos cuáles fueron los dolores de María, ni de comprender lo incomprensible. Meditemos sobre el exceso de su pesadumbre pero mas que comprenderla, procuremos imitarla. A imitación de la Virgen, llenemos de tal modo nuestro corazón con la pasión de su Hijo, que la abundancia de nuestro dolor deje cerrada para siempre la puerta á los goces del mundo. Insoportabe es la vida para María. Desde que murió su amado, nada puede serle ya grato. No será ella, oh Padre Eterno, la que vea eclipsado tu sol y apagados los fuegos del cielo. La luz de la Virgen no brilla ya. No necesitáis ya desquiciar los fundamentos del mundo, ni cubrir de horror la naturaleza toda, ni que amenacéis á los elementos todos con encerrarlos en el caos primitivo. Al morir Jesús, todo está para ella cubierto de tinieblas; la figura de este mundo ha pasado para ella y donde quiera que vuelva los ojos no halla sino las sombras de la muerte. *Quidquid aspiciebam, mors erat.* (San August., Conf., tít. IV, cap. IV).—(*Bossuet sermón sobre la Concep. de la Santísima Virgen*).

V. Cuantos acompañaban á María posternáronse también al pie del sepulcro, y adoraron profundamente el cuerpo de Jesús, retirándose después tristes y mudos. José, como nos dice San Mateo, «revolvió una grande losa á la entrada del sepulcro, y se fué.» María, Juan y Magdalena se volvieron con lento paso al Calvario. Bien necesitaba Nuestra Señora algún reposo, después de la terrible agonía que de pasar acababa; mas no hay tregua posible todavía para su corazón destrozado, pues agobiado y todo como estaba por el horrendo trance postrero, restábala otra prueba antes de irse á la vivienda de Juan en Jerusalén: hela aquí. Yacía tendida la cruz en el suelo cuando la Santísima Virgen y el discípulo amado lle-

garon al sacro monte, y á la escasa luz de la luna, cuyo disco agrandado, meciéndose en la extrema línea del horizonte, irradiaba sus trémulos fulgores á flor de tierra, divisaron el santo madero; María se detiene, y cae de rodillas para adorarle, y amorosa le besa; parte en señal de reconciliación con aquel instrumento de crueldades tan fecundas en misericordias, parte por venerar el objeto más precioso que ofrecérsela pudiera después de sepultado el cuerpo crucificado en él, parte por adorar con especial adoración la Preciosísima Sangre que le teñía. Es piadosa tradición, que al incorporarse tenía enrojecidos de aquella sangre los labios; terrible sello de amor, que el Hijo imprimía en la boca y mejillas de su madre. ¡Oh, Virgen Santísima! ya sabemos por qué dice de tí el cantar de los sagrados amores, que «tus mejillas son como la corteza del granado sin contar lo que dentro se esconde.» ¡Oh, boca teñida en sangre, órgano melodioso de tu alma celestial! ¡Cuántas cosas han pasado desde que cantó aquel *Magnificat* admirable! Y aun es más elocuente ahora tu silencio que lo fué tu cantico entonces.

Ya se aleja del Calvario. Allá abajo se divisa como gigantesco tumulto envuelto en la bruma de la noche, la ciudad deicida sembrada aquí y allá de luces entreveladas y de vagos rumores: María la mira sin rencor, y ni una palabra amarga la dirigen sus labios ni la envía su pensamiento; abrázola toda con su mirada, desde el templo hasta los postigos de sus muros, y ya con espíritu profético la ve cercada por las huestes de Tito, y á las madres hambrientas matar á sus propios pequeñuelos para devorarlos, ve, como nube dorada por el sol poniente, retirarse de la antigua Sion el aureola preciada con que Dios la ciñó un día como á la ciudad predilecta de su amor, y lloró por ella, como poco antes el Justo sacrificado por aquel pueblo escogido del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, había llorado también con lágrimas de compasiva ternura, llamándole á penitencia. ¡Oh, ciudad infeliz! ¡buen modo has tenido de responder á tan misericordioso llamamiento! ¡Crucificar al que por tí lloraba, Aquél á quien victoreaban con *Hosanna* clamoroso tus inocentes niños y tus mancebos aun no contaminados! ¡Desdichada Jerusalén! Bien sabe María la sentencia que inexorable tiene tuya, y sin embargo, su gran corazón te compadece y te ama, y diera toda su sangre por verte convertida.—(*Faber, María al pie de la cruz, cap. VIII*).

ARTÍCULO V

PLATICA XXV

NUESTRA SEÑORA DE LAS VIRTUDES

Si la tierra no nos ofrece, hermanos míos, sino desconsuelo y desengaños, como lo demostramos ayer, es porque fué maldita desde un principio, y sigue siéndolo todos los días más y más á causa de sus iniquidades. No sin razón se ha dicho que el hombre es el peor enemigo de sí mismo, y los sufrimientos que padece son hijos de sus propios vicios. Si suprimiéramos el vicio, suprimiríamos con él la mayor parte de los males que afligen á la humanidad. Si la virtud pudiera ocupar el lugar que ocupa el vicio, los sufrimientos serían llevaderos, porque los sentimientos de virtud que bebemos en las fuentes de la fe cristiana nos harían aceptables las pruebas de la vida y llevaderas como una expiación merecida y algunas veces necesarias. «*Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te.* (*Tob., XII, 13*).

Puesto que la virtud ejerce una influencia tan grande en nuestra suerte, pidamos á Nuestra Señora de las Virtudes que aumente las nuestras ó nos haga adquirir las que no poseemos. Cerca de París se levanta en la parroquia de Aubervilliers una capilla consagrada á Nuestra Señora de las virtudes, y muchas cosas nos dice de ella la historia. Luis XIII se dirigió allí después de la toma de la Rochela, para dar gracias á la Santísima Virgen por el triunfo que acababa de obtener, triunfo que era político en parte y en parte religioso. No podía faltar entre nosotros un templo dedicado á Nuestra Señora de las virtudes, á aquella de quien ha dicho el Espíritu Santo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Eres toda hermosa y no hay mancha alguna en tí.» *Tota pulchra es et macula non est in te.*

María poseyó todas las virtudes; y la que más le agradó y estimó fué la pureza.

Cuando se le presentó el arcángel Gabriel, portador del mensaje que le proponía la gloria de la maternidad divina, dice el evangelio que la vista del embajador celestial la llenó de turbación. ¿Por qué se turbó de ese modo? La flor que abre su hermoso capullo tiembla al primer soplo de la pasajera brisa; así también se alarmó el pudor de la Virgen al recibir aquella extraordinaria visita que no ofrecía ni la menor sombra del peligro; tal era el afán con que cuidaba de la pureza de su alma; tal era también el empeño con que conservaba semejante tesoro.

Concebida sin mancha original desde un principio, permaneció el resto de su vida inaccesible á la corrupción. La sagrada Escritura la compara con un lirio que crece entre las espinas. (*Sicut lilium inter spinas.*)

Nos cuenta la santa Iglesia que fué desde sus más tiernos años á depositar su alma á la sombra del santuario y que más tarde permaneció siempre pura en medio de la corrupción del mundo: *Virgo purísima.*

Así convenía, pues era necesario que ella, que debía inaugurar la nueva era del heroísmo cristiano, se presentase en el mundo con la aureola de una virtud superior á la naturaleza humana. Nadie ignora que la pureza es una virtud esencial y exclusivamente cristiana. El paganismo que había presentido su excelencia, hizo poderosos esfuerzos por crear una imagen de la virtud. La prodigó el oro y la rodeó de honores para sostenerla por medio del orgullo y del temor. ¡Inútil precaución! Lo más perfecto que bajo este respecto pudo crear el mundo pagano, fueron las vestales, que fué una asociación de vírgenes; la historia nos enseña lo que fueron las vestales.

Reservado estaba al cristianismo hacer florecer esta

flor de la pureza. Sólo él tenía el poder de crearla, y sólo esta creación bastaría para señalar su establecimiento en el mundo. Dios, fundador de la religión cristiana, estaba hasta cierto punto obligado á darle la pureza como una señal distintiva, puesto que tantas veces manifestó de una manera tan viva que era enemigo de la impureza.

¡Cuánto nos dice sobre esto la sagrada Escritura! Después que prevaricó Adán en el paraíso terrenal, después que Caín hubo manchado sus manos con la sangre del justo Abel, hizo oir el Señor su voz y pronunció severas penas contra los culpables; sin embargo, no pronunció contra ellos una sentencia de muerte inmediata. Mas cuando el hombre hubo corrompido sus caminos, como dice la Escritura, cuando se engolfó en las torpezas de la carne, Dios, no pudiendo contener ya su cólera, se arrepintió de haberle formado y resolvió exterminarle. Si no desapareció la humanidad entera sepultada bajo las aguas del diluvio, fué porque encontró una familia pura, que no merecía ser comprendida en el castigo general.

¿Por qué se dirigieron un día los ángeles á las ciudades de Pentapolis? ¿Por qué reuniendo sobre ellas montañas de fuego y de azufre las hicieron desaparecer bajo ese horrible diluvio? ¿Sabéis por qué? Porque todas ellas se habían hecho culpables de impureza.

Por un sólo crimen de esta naturaleza castigó Dios á David haciendo morir á setenta y cinco mil de sus súbditos.

La corrupción fué causa de la destrucción del imperio de Nínive; ella fué también la que abrió los sepulcros en que duermen los pueblos de la antigüedad. Así es cómo al resolverse Dios á cambiar la faz del mundo, pone la pureza como basa. Quiere que el hombre nuevo sea enteramente á semejanza suya, y Dios es esencialmente un espíritu puro. El reinado de los sentidos y de la materia ha pasado ya, y comienza el de la belleza moral.

He aquí porque los dos tipos, los dos jefes de la reli-

gión cristiana, Jesús y María, están exentos de las manchas de la carne, sin dejar de estar sujetos á las demás enfermedades del humano linaje. He aquí por qué después de ellos han podido tantas generaciones formadas en la escuela del cristianismo, contemplar los admirables ejemplos de pureza, ofrecidos por los discípulos de esta moral sublime. El último juicio nos mostrará los numerosos ejércitos de hombres y mujeres que, revestido su cuerpo de lodo, han sabido dominar sus instintos ardientes y conservar en su primera limpieza su ropa bautismal. ¡Gloria á ellos!

Si hay entre las virtudes una más difícil que las otras, si hay una victoria que exija más valor y más esfuerzos, es la que nos permite dominar las inclinaciones de nuestro corazón. El guerrero que derrama su sangre en los campos de batalla defendiendo á su patria, se cubre de gloria inmortal, y su país debe levantarle un monumento imperecedero. Nosotros somos los primeros que aplaudimos esos premios tributados al mérito.

Sin embargo, si tuviéramos en nuestras manos una corona y nos encontráramos junto á uno de esos héroes de las armas y de otro menos brillante, menos conocido; uno de esos héroes que luchan invencibles contra las pasiones ¡oh! no titubearíamos ni un instante, y en su frente depositaríamos la corona. Guerreros se han visto que han cruzado los campos de la gloria en medio de una atmósfera llena de proyectiles matadores, sin titubear; y una vez obtenida la paz han marchitado sus laureles ante los miserables ídolos de la voluptuosidad.

Los hombres de hoy carecen del valor necesario para luchar contra las pasiones y el flujo corruptor que cruza este mundo por medio de los teatros, los sentidos, los libros, los periódicos y nuestras depravadas costumbres. No nos hagamos ilusiones, hermanos míos, con el vicio no se hace nada que sea grande y bueno. Los pueblos mueren más

bien á causa de sus vicios que á causa de sus guerras. En cuanto á los individuos, los que se abandonan cobardemente á los impulsos de su naturaleza, acaban con sus bienes y con su salud.

Tengamos presente, hermanos míos, que si todo conspira contra la pureza de nuestras almas, que debe brillar siempre limpia como un espejo, Dios nos ha concedido fuerzas para luchar contra todo. María es nuestra reina y es la reina de las virtudes. Luchemos valientemente con ella y por ella, pongamos freno á nuestros sentidos, dominemos nuesta desarreglada imaginación, y confiando en la poderosa intercesión de la Virgen, digámosle: ¡Oh Madre purísima, ruega por nosotros!—Así sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MARIA EN LA RESURRECCION DE JESUS

DIA VEINTISEIS

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Revertere, dilecte mi, similis esto capreæ hinnuloque cervorum super montes Bethel.

Cant., II, 17

Osculetur me osculo oris tui.

Ibid., I, 1.

Surge, amica mea, speciosa mea, et veni.

Ibid., II, 10.

Ecce tu pulcher es, dilecte mi, et decorus.

Ibid., I, 16.

En dilectus meus loquitur mihi: Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea, et veni, jam enim hyems transiit, imber abiit el recessit.

Ibid., II, 9.

Secundum multitudinem dolorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt animam meam.

Psal., XCIII, 19.

Sub umbra illius quem desideraveram sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo.

Cant., II, 10.

Ego dilecto meo, et ad me conversio ejus.

Ibid., 7.

Adjuvabit eam Deus mane diluculo.

Psal., XIV.

Exue te stola luctus, et vexationis tuæ, et indue te decore, et honore ejus quæ a Deo tivi est sempiternæ gloriæ.

Baruch, V, 1.

Exuit se vestimento viduitates, et induit se vestimento lætinæ in exultatione.

Judith, XVI, 9.

Benedicto te, Domine Deus, quia tu castigasti me et tu salvasti me, et ecce ego video filium meum.

Tob., II, 17.

Ego autem et anima mea in eo lætabimur; benedicite Dominum omnes electi ejus, agite Dies lætitiæ et confitemini illi.

Tob., XIII, 9.

Et hæc vidua erat. Quam cum vidisset Dominus, misericordia motus super eam, dixit illi. Noli fiere....et dedit illum matri suæ.

Luc., VII, 12.

Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus; caput ejus aurum optimum: comæ ejus sicut elatæ palmarum, nigræ quasi corvus. Oculi ejus sicut columbæ. super rivulos aquarum quæ lacte sunt lotæ, et residen juxta fluenta plenissima. Labia ejus lilia distillantia myrrham puram, guttur illius dulcissimum, et totus desiderabilis: talis est dilectus meus.

Cant., V, 10.

Resplenduit facies ejus sicul sol; vestimenta autem ejus alba sicut nix. Domine, bonum est nos hic esse....Hic est Filius meus dilectus in quo bene mihi complacui.

Math, XVII. 2.

Anima mea desideravit te in nocte, sed et spiritu meo de mane vigilabo ad te.

Isa., XXVI, 9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ut mulierem derelictam et mœrentem spiritu vocavit te Dominus. Ad punctum, in modico dereliqui te, in miserationibus magnis congregabo te.

Isa., LIV, 6.

In momento abscondi faciem meam parumper a te et in misericordia sempiterna misertus sum tui. Paupercula, tempestate convulsa, absque ulla consolatione. Ecce ego fundabo te in Saphiris.

Isa., LIV, 8.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. No más llanto. El gozo ha vuelto ya; gozo inefable que trae consigo la resurrección del Salvador. Jesucristo ha resucitado, y el atribulado corazón de María se ha entregado de nuevo á la alegría. Verdad es que estaba como sepultada en la estrecha y sombría tumba en que descansaba el cuerpo de su Hijo, como si hubiese muerto con Él. Resucitó con Él, y saliendo como de un sueño profundo, vió repentinamente una mañana los rayos que proyectaba sobre ella el verdadero sol de Justicia. (*S. Amadeo Lausan, de Laud. B. M. V.*)

II. Si alguno nos pregunta por qué no han dicho los evangelistas una sola palabra acerca del entusiasmo con que debió presentarse el Señor á su dulce madre inmediatamente después de su resurrección para consolarla en su inmenso dolor; le responderemos lo que respondió un sabio á uno que le hizo la misma pregunta: Nadie ignora el cuidado con que evitaron los evangelistas hablar de todo lo que era inútil ó superfluo. (*S. Ansel. de Excellent. B. M. V.*)

III. Con efecto, si alguno hubiese contado en el evangelio que el Señor se había aparecido á su madre y la había confirmado en la fe de su resurrección, como lo han dicho, hablando de ciertos personajes á quienes concedió Jesucristo este favor, ¿podría evitarse que dijera alguno que esos detalles eran inútiles? Además, no se ve lo inconveniente que hubiera sido que se asimilase de este modo á la reina del cielo, de la tierra y de todas las criaturas, á ciertos hombres y á ciertas mujeres á quienes se dignó el Señor conceder el favor de aparecérseles? El espíritu de Dios que descansaba en ella en toda su plenitud y en toda su perfección, le descubrió mejor de lo que hubiera podido hacerlo la luz ordinaria; todo lo que concernía á su Hijo. (*Id. Ibid.*)

IV. Entregada la gloriosa Virgen á la más alta contemplación, guardaba en su alma el secreto de la resurrección, mientras que María Magdalena y las demás mujeres, ignorando lo que debía suceder á poco, compraron perfumes y los llevaron al sepulcro. La bienaventurada madre, que no lo sabía, permaneció en su casa, entregada á la contemplación de su Hijo y esperando la hora de la resurrección. Indudablemente se le apareció su Hijo, aunque nada de esto dice el Evangelista. (*Bernardin Senens. Serm. 46.*)

V. La Virgen fué la primera á quien favoreció Jesucristo con su aparición, pues quiso presentarse á su madre de un modo más hermoso y brillante que en el monte Thabor, que fué donde se dejó ver por Pedro del modo más brillante, así como de los otros discípulos, el día de la trasfiguración. (*Id. Ibid.*)

VI. La bienaventurada Virgen fué la primera á quien su Hijo mostró la gloria de su resurrección. Convenía efectivamente que esta divina madre fuese la primera que tuviese conocimiento de este acontecimiento maravilloso y la primera á quien honrase su Hijo con su visita. Justo era además, que siendo la única que se asoció á los dolores de Jesús, fuese así también la única distinguida de las demás,

y la primera que gozase de los dulces transportes de su divina resurrección. (*Georgii Nicomediens. in Sant. Mar. Orat. 9.*)

VII. Está fuera de duda que Jesucristo se dejó ver por su madre en toda la gloria de su cuerpo resucitado, como se dejó ver en el Thabor por sus discípulos. Quizá le enseñó entonces su divinidad. Lo que sí podemos asegurar es que cuando menos hizo el Señor por la Virgen lo que hacian los profetas con respecto á las madres cuyos hijos resucitaban. Todos saben que los depositaban en los brazos maternales llenos de vida y de salud. (*Thom. Valent. Conc de Resurrect.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

LAS DOS RESURRECCIONES.

Gozo de María en la resurrección de Jesús.
Gozo de María en la resurrección de los pecadores.

I. Gozo de María en la resurrección de Jesús.

María, dice un santo doctor, oraba llorando, cuando repentinamente se presentó el Señor delante de ella cubierto de un ropaje resplandeciente de blancura, y su hermoso rostro brillante de luz y de gloria. María reconoció á su Hijo. El hombre debe respetar los misterios de gozo y de amor que no puede comprender. En otro tiempo, para recompensar á la viuda de Sarepta y pagar su hospitalidad, le devolvió María á su hijo, próximo á morir. ¿Quién podrá pintar el gozo de esta Sunamita? Como María lloró á su Jesús más de lo que se llora ordinariamente á un Hijo, su alegría fué más grande que la alegría de la viuda, y su gozo fué tan grande como su dolor..... *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt animam meam.*

El Señor mismo resucitó en el camino de Naín al hijo único de una viuda. Esto no es sino una pálida imagen de lo que pasó entre Jesús y María.

Madre: He aquí á tu Hijo: *Ecce filius tuus.* Ya no es un discípulo el que ocupa en tu corazón el lugar de su maestro, sino que es el Hijo mismo que lloraste: *Ecce filius tuus.*

II. Gozo de María en la resurrección espiritual de los pecadores.

María es madre de Dios, pero también es madre de los hombres, y cuando estos hijos desdichados han perdido la gracia de Dios, sus méritos y el cielo.....todavía les queda una madre que ruega por ellos, que llora sobre ellos y les ama aún. .... ¡pobres pecadores! ¿Cuándo tendrá vuestra madre celestial la dicha de veros resplandecer con la luz de la inocencia recobrada, y os oirá exclamar en la efusión de vuestra alegría: Oh madre mía, no llores más, he aquí á tu hijo, al hijo de tu dolor: *Ecce filius tuus?.*

Yo te devuelvo al hijo que habías perdido y quiero amarte desde ahora: *Ecce filius tuus.*

ARTÍCULO V

Extractos y pensamientos diversos

I. ¡Cuán grande fué la dicha de la Santísima Virgen al ver á Jesús resucitado! Si la madre de Dios debió recibir una vez un consuelo en la tierra, ¿cuán pudo ser esa hora sino la de la resurrección? Efectivamente era para Jesús la hora del triunfo, así como para todos sus amigos que en el universo entero estaban sumergidos en la tristeza

¿No debía ser la Virgen la primera que disfrutase de este gran beneficio del cielo? Puesto que ella recibió en el instante de su concepción tantos y tan hermosos privilegios, ¿no era justo que recibiera también éste, y que fuese la primera que tuviera conocimiento de la victoria de su Hijo? ¡Oh madre gloriosa, cuántas gracias mereciste, tanto por tí misma cuanto por nosotros, desdichados esclavos del pecado! Ahora puedes decir con toda se-

guridad: Mi amado es para mí y para mi amado yo. Pero, oh Madre de misericordia, acuérdate de nosotros que somos unos pobres indigentes y fluctuamos peligrosamente en el mar tempestuoso del mundo. Levantaos, pues, señora del cielo y de la tierra, levantaos y sed nuestra mediadora y abogada. Venid á devolvernos la paz reconciliándonos con la sabiduría eterna, vuestro divino Hijo y Señor nuestro. (*Santa Catalina de Sena, tercera medit. para el Sábado*).

II. Elevada á la más alta contemplación llevaba la Virgen en su corazón el secreto de la resurrección, mientras que María Magdalena y las demas mujeres que no estaban iniciadas en el secrero divino se apresuraban á comprar perfumes para regarlos en el sepulcro de Jesús y cubrir con ellos su santo cuerpo. (*S. Bernardino, serm. 46, segunda parte*).

III. Según la opinión de los santos y el testimonio de los doctores, Jesús se apareció á María después de su resurrección; pero nada han dicho sobre esto los evangelistas, porque no han querido dar á María como testimonio de la aparición de su Hijo. ¿Podrá dudar alguno de que fuese María la primera á quien favoreciera su Hijo con su aparición? Repugna creer un sólo instante que un Hijo que fué tan bueno hubiese podido ultrajar á su madre dando la preferencia sobre ella á otras personas que le eran extrañas. Él más que nadie sabía cuánto había sufrido su Madre á consecuencia de las ignominias de que Él fué víctima. Apoyados en lo que inspira la razón natural, creemos que María fué la primera á quien favoreció Jesús con su visita. Este privilegio le pertenecía por muchos títulos, y principalmente por el consuelo que recibió después de los dolores que desgarraron su corazón. San Ambrosio, en su libro tercero sobre las vírgenes, nos asegura que es cierta la visita de Jesús á la Santísima Virgen. (*S. Petri Paschasi. Ep. de Dom. resurrect.*)

IV. Aunque los evangelistas han guardado un silencio absoluto acerca de la visita hecha por Jesús á su divina Madre inmediatamente después de su resurrección, no por esto debemos creer que el Salvador, que era la bondad misma, la fuente de todo consuelo y de toda gracia, que colmó de favores y de gracias á tantas personas en esos días benditos, olvidó á su Madre, que bebió sola al pie de la cruz, todo el cáliz de amargura. La Providencia de Dios no dispuso que se consignasen estas cosas misteriosas en el evangelio, por tres motivos poderosos: primeramente, porque era inútil, porque María sabía de una manera cierta que su Hijo debía resucitar, y no podía alimentar acerca de esto ni la más ligera sombra de duda. Le era tanto más grato entregarse á esta dulce esperanza cuanto que ella sabía mejor que nadie la gracia singular que había recibido siendo la escogida para ser la madre de Jesucristo, la reina de los ángeles y la soberana del universo. Yo sostengo que el silencio del evangelio prueba la aparición del Salvador mejor de lo que pudiera hacerlo el relato de la sagrada Escritura.

En segundo lugar debe tenerse presente que el evangelio no se ha escrito sino para convencer mejor á los que son capaces de dudar. Era efectivamente necesario convencer á los hombres carnales acerca de la resurrección de Jesucristo, y para esto se necesitaban testimonios irrecusables. Y el sólo testimonio nacido del corazón de una madre para confirmar una cosa

gloriosa para su hijo, hubiera producido más bien la duda. He aquí porqué no se hace mención alguna en el evangelio de las apariciones de Jesús después de su resurrección.

Ultimamente afirmamos que las apariciones de Jesús á su divina Madre son harto sublimes para que el evangelio se ocupe de ellas. Léase sino la sagrada Escritura, y se verá que nada nos dice sobre la Santísima Virgen después de la resurrección, pero tampoco nos dice nada antes de ella. Las visitas de Jesús á su divina Madre después de la resurrección, las dulces conversaciones que con ella tuvo y los testimonios que le dió de su amor; todas estas cosas tan dulces, elevadas y sublimes son inenarrables. ¡Cómo hubieran podido expresarse y que inteligencia hubiera podido comprenderlas! (*S. Bernardino de Sena, de Resurrect. Christ art. 1. cap 1*)

V. Tan pronto como resucitó Jesús, su corazón de Hijo le llevó junto á su divina Madre. Cierto es que en esta circunstancia obró el Salvador con su divina Madre como obraron los profetas con las madres cuyos hijos habían resucitado: se apresuraron á devolvérselos tan luego como los volvieron á la vida. Así obraron Elías y Eliseo, y lo mismo hizo el Cristo con respecto al hijo de la viuda de Naín.

María, aunque tenía desgarado el corazón á consecuencia de las escenas del Calvario y del sepulcro, conservaba en su alma la firme esperanza de la próxima resurrección de su Hijo. No pudo conciliar el sueño durante aquella terrible noche. Elevada á la contemplación más sublime, esperaba que brillasen los primeros rayos de la aurora diciendo como el profeta: Despierta, gloria mía, vibren mi arpa y mi salterio; elevaos, oh Hijo mío, mi Dios y mi amor.

Llena del Espíritu Santo é inundada de gozo al asomar la aurora, esperaba la visita de su Hijo, de su Señor. ¿Quién podrá explicar esos celestes ardores y estos abrasadores deseos? ¿Quién podrá medir la altura y la profundidad de estos pensamientos? (*S. Thomas, arch. Valent. Conc. 2. in Domin. Jesu.*)

VI. Es para muchos un motivo de asombro y escándalo, que el Evangelio no haga mención alguna de la Virgen Santísima, en las varias apariciones de Cristo después de resucitado.

Muchos intérpretes se han avergonzado de este silencio, y han creído que debían ser más cuidadosos que el Evangelio del honor de Jesucristo y su santa Madre, sosteniendo que se la había aparecido antes que á ningún otro, y que fué muchas veces favorecida con sus apariciones.

Respetamos estas opiniones; pero respetamos aún mas el evangelio, y no podemos admitir, no sólo que sea ofensivo el silencio que guarda en esta parte, sido aun que no sea glorioso para la Virgen Santísima, mucho más glorioso que esas pías suposiciones.

Con efecto, parécenos que no dicen bastante cuando nos presentan á Jesucristo apareciéndose á María primeramente y muchas veces. El silencio del Evangelista dice sobre ello mucho más: porque de él resulta, á nuestro juicio, que Jesucristo resucitado no cesó de estar presente á su santa Madre y que por esto nunca se la apareció como á los demás.

Para demostrar esta verdad no tendremos que hacer largos discursos; nos

qastará hacer una cosa que no se hace bastante, y que debiera ser la primera y la última: leer el evangelio, el evangelio que es también la *buena nueva* que deben saber muchos cristianos....

Pues bien, en todas estas narraciones tan claras y precisas, no hay el menor vestigio de la santa Virgen. Sin embargo, las mujeres tienen en ellas la primera parte, y estas mujeres son las que, con el discípulo á quien Jesús amaba, formaban la compañía de la madre de Jesús junto á su cruz. El Evangelista hasta se toma el cuidado de nombrarlas al referir la resurrección; eran, dice, *María Magdalena, Juana, María, madre de Santiago, y las demás que estaban con ellas.* De la Madre de Jesús, ni una palabra; siendo así que, donde quiera que figura en las narraciones anteriores, es nombrada siempre la primera.

Es por tanto indudable, que según el divino relato, la Virgen Santísima no tomó parte alguna en las apariciones de Cristo después de su resurrección.

¿Qué debe inferirse de ello?

Para responder á esta pregunta, basta buscar, en el evangelio, las causas de estas apariciones y su efecto en aquellos á quien se dirigieron.

Ahora pues, lo qué más resulta de esta investigación, es la falta de inteligencia, la incredulidad, la flaqueza, la grosería de los apóstoles y discípulos de Jesús, tan ignorantes, tan desconfiados, tan confusos del suceso de la reccsurreción, como si nunca su divino Maestro se lo hubiera anunciado ni les hubiera dado prendas de su verdad. Y ellos son los que dan contra sí mismos este humilde testimonio con sus propios relatos, é imprimen de este modo en ellos el sello de la más concienzuda é ingénua sinceridad.—(*Nicolás, la Vírgen, según el Evangelio cap. XX.*)

VII. No guardó el sepulcro mucho tiempo á su víctima. Predicho estaba que "El santo no vería la corrupcion," (Salmo XV, 10) y que "su sepulcro seria glorioso." (Id.) El tercer día, como el sol, que desde que asoma en Oriente, aleja las tinieblas en que estaba sumergido, Jesús, desde el alba matutina, sacudió el manto sepulcral y se levantó lleno de vida. ¿No fué su primer pensamiento regocijar los ojos y el corazón de su divina madre? Doblegada la encontrará bajo el peso de su dolor y de los supremos esfuerzos hechos en el Calvario. Abrid, abrid luego las hojas del evangelio para que pueda leerse en ellas la relación de esta interesante entrevista.... Mas nada nos dice acerca de esto.

He aquí lo que relata.

Acababa Jesús de resucitar cuando se apareció á Magdalena, á las santas mujeres, á los discípulos de Emmaus, y varias veces en Galilea á los apóstoles reunidos. No dice que se apareciera á su santa Madre. La tradición universal, por no hablar de las revelaciones particulares, inclusas las más respetables, (las revelaciones de santa Brígida dicen que María fué la que recibió la primera visita de Jesús) suple este silencio, que es de fácil explicación.

Estudiemos el carácter particular de las apariciones mencionadas en el evangelio: todas ellas tienen una relación directa con el apostolado. No tienen por objeto ni honrar á las personas ni recompensar su amor, ni consolar su dolor; y aunque el efecto sea el mismo, las apariciones tuvieron por objeto buscar intermediarios entre el Salvador y los apóstoles. El ángel se aparece á las santas mujeres y les dice: "Id luego y decid á los discípulos y á Pedro que Jesús ha resucitado, y que le verán en Galilea donde les precederá." (Math., XVI, 7.) "Ve á mis hermanos y dile á Magdalena que subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios." (Joan., XX, 17.)

¿No explican suficientemente estas palabras el silencio del evangelio? No quiso Jesús presentarse primeramente á los apósloles, porque le habían abandonado cobardemente, ó le renegaron en la tormenta de los últimos días. Juan también había huído, y aunque le llevó de nuevo al Calvario la santa Virgen, no convenía que, dándole una muestra de preferencia, humillase á Pedro, que, muerto Jesús, pasaba á ser el Jefe de la Iglesia. Tampoco quería aparecerse en Jerusalén, sino en Galilea, ora para hacerles expiar desde entonces el crimen de su abandono y las amargas quejas que debía dirigirles dejando para más tarde su visita, ora para evitarles hasta la completa formación de la Iglesia, las persecuciones de la Sinagoga. Para que se llevase á efecto este plan concebido por la sabiduría de un Dios, se necesitaban intermediarios entre Jesús y los apóstoles. ¿Hubiera sido digno de María tomar parte en esta misión enteramente secundaria, cuando la ante víspera había sido proclamada madre del género humano? El desempeño de esta misión se confió al zelo de las santas mujeres y al candor de los discípulos de Emmaus. El evangelio, que muy especialmente después de la resurrección, ni pone en escena las personas, ni expone los hechos sino cuando están en relación con Jesucristo, fundador de la Iglesia, no tiene porque hablar de los favores personales.

Esta simple exposición manifiesta que sería exagerado deducir del silencio del evangelio que Jesús después de resucitado, privó de su presencia á su divina Madre. La tradición cree unánimemente que la primera aparición del Hijo fué para María, y que la visitó muchas veces en los cuarenta días que precedieron á la Ascensión. Había pasado ya el tiempo del Thabor. Ya no vivía Jesús esa vida pública de la que quiso separar á su Madre. No debía pedirla ya otro sacrificio sino el que viviera. ¿No debía templar su dolor confirmando en estas visitas su fe y avivando su amor? Sería posible que el que permitió á Thomas, que cobarde é incrédulo pusiera la mano en sus llagas, se negare á enseñar su augusta faz á aquella cuyo valor y fe no desfallecieron jamás?

¿Quién se atrevería á decir lo que pasó entonces entre Jesús y María? Después de un abandono tan triste, de una pasión tan cruel, y de una muerte tan dolorosa; después de haber sido traspasado el corazón de Jesús por el hierro de una lanza; después de haber sido sepultado su cuerpo y sellado su sepulcro con una losa que cuidaba un grupo de soldados, encontrarle lleno de vida y resucitado por su virtud, ¿no era un acontecimiento capaz de hacer morir de gozo á la que no podo matar el dolor en el Calvarió? ¿Cómo diría, sois vos el que pocas horas ha veía yo en la cruz y me legabais un testamento tan desgarrador, pocos mementos antes de morir? ¿Sois vos ese mismo, á quien veo ahora glorioso y resucitado, querido y divino fruto de mi seno? Ya habéis vuelto á mi ternura. ¿Cómo se hizo un milagro semejante? ¿Por qué me dais en lugar vuestro á Juan para hijo mío? ¿Pensais dejarnos tan presto?

Ciérrense mis labios y no se atrevan á imitar unas palabras que sólo pudo pronunciar el Cristo y sólo Él pudo oir. En la eternidad sabré cuáles fueron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los dulces coloquios de mi Madre con mi Salvador resucitado. Por ahora, bástale á mi amor de Hijo entregarse á los arranques de alegría, guiado más bien por los sentimientos de mi corazón que por las indagaciones de mi espíritu. La Iglesia misma no ha pronunciado acerca de este alegre misterio más que una palabra de congratulación para María: *Regina cœli, lætare. alleluia!*

Regocijaos, oh reina del cielo, porque ha resucitado, como lo predijo, Aquel á quien merecisteis llevar en vuestras sagradas entrañas. La dicha de aquellos á quienes amamos nos hace dichosos, y yo gozo en vuestra alegría.

Mas no se ha de limitar el gozo de María á la resurrección de Jesucristo; su corazón maternal lo ha de llenar de alegría el que salga de la tumba del pecado. Si tanto se regocijan en el cielo los ángeles, á quienes no tenemos el derecho de llamar hermanos nuestros, por la conversión de un sólo pecador; ¿cuál no será el gozo que sentirá la que es verdaderamente madre de todos ellos? No ha podido contribuir María á la resurrección de su Hijo, pero toma una parte inmensa en la resurrección espiritual de tantos prevaricadores que manchan el cristianismo. Regocíjate, María, por este nuevo misterio de gracia, y nosotros, hermanos míos, procuremos no pasar de su seno al seno de la muerte del pecado, y levantémonos de nuestra tumba espiritual para gozar de nuevo en sus brazos.—(*Monseñor Pavy obispo de Argel, Mes de María.*

ARTÍCULO V

PLATICA XXVI

NUESTRA SEÑORA DE LORETO.

La pureza de que hablamos ayer, es la compañera, ó más bien el fruto de otra virtud que sirve de base á todo el edificio de la santidad cristiana. Hablo de la humildad. No la conocieron los antiguos y por esta razon jamás pudieron hacer florecer la castidad virginal.

El evangelio lanza palabras muy terribles contra los orgullosos. «El que se ensalza será humillado,» dice: *Qui se exaltat humiliabitur*. Esta amenaza no sólo se cumple en la otra vida, sino que en esta la vemos cumplirse muchas veces. Cuando el hombre se complace en el pedestal que él mismo se construyó, Dios destruye el ridículo monumento de su fingida grandeza y lo hace caer en el fango. El

orgulloso cae generalmente en el fango de la impureza. Se ha dicho de algunas personas célebres que eran puras como los ángeles y orgullosas como los demonios. No disputaremos la exactitud de este aserto por respeto á la historia y á las personas á quienes se refiere: diremos simplemente que no es la regla general. La pureza no puede, sino por excepciones desconocidas, ser hija más que de la humildad. Hoy vamos á meditar, pues, sobre la humildad, y para ello nos transportaremos al Santuario de Nuestra Señora de Loreto, tan particularmente distinguido, que contiene la *Casa Santa*, donde pronunció la Santa Virgen ante el ángel Gabriel la sublime fórmula de la humildad: «He aquí la esclava del Señor.»

Si el hombre se deja dominar tan fácilmente por el orgullo, es porque su propia ligereza no le deja verse y conocerse tal como es. No necesitamos contemplar á los demás y conocer la humildad. Con sólo reflexionar acerca de lo que somos, comprenderemos que nada hay más insensato que pretender la estimación de los demás y estimarnos nosotros mismos.

¿Qué es la inteligencia, esa pequeña luz que brilla en el centro del universo sin alumbrarle? Esa luz se llama la razón; mas donde quiera que dirija sus investigaciones, ya hacia el cielo, ya hacia la tierra, no encuentra más que misterios. En cuanto comenzamos á saber algo, sólo sabemos que somos una miseria. Se admira y celebra á algunos hombres de ingenio que penetraron más allá que el resto de los hombres en las regiones de la verdad; pero al llegar al término de sus conocimientos exclamaron desalentados: «¡Nada sabe el hombre!» Y ¿qué somos nosotros, que nos confundimos con la muchedumbre de los ignorantes, comparados con ellos? ¿Qué somos ante lo infinito? ¿Qué es lo que sabemos comparado con lo que ignoramos? Sentar estas proposiciones es reducir á la nada nuestras pretensiones de saber.

los dulces coloquios de mi Madre con mi Salvador resucitado. Por ahora, bástale á mi amor de Hijo entregarse á los arranques de alegría, guiado más bien por los sentimientos de mi corazón que por las indagaciones de mi espíritu. La Iglesia misma no ha pronunciado acerca de este alegre misterio más que una palabra de congratulación para María: *Regina cœli, lætare. alleluia!*

Regocijaos, oh reina del cielo, porque ha resucitado, como lo predijo, Aquel á quien merecisteis llevar en vuestras sagradas entrañas. La dicha de aquellos á quienes amamos nos hace dichosos, y yo gozo en vuestra alegría.

Mas no se ha de limitar el gozo de María á la resurrección de Jesucristo; su corazón maternal lo ha de llenar de alegría el que salga de la tumba del pecado. Si tanto se regocijan en el cielo los ángeles, á quienes no tenemos el derecho de llamar hermanos nuestros, por la conversión de un sólo pecador; ¿cuál no será el gozo que sentirá la que es verdaderamente madre de todos ellos? No ha podido contribuir María á la resurrección de su Hijo, pero toma una parte inmensa en la resurrección espiritual de tantos prevaricadores que manchan el cristianismo. Regocíjate, María, por este nuevo misterio de gracia, y nosotros, hermanos míos, procuremos no pasar de su seno al seno de la muerte del pecado, y levantémonos de nuestra tumba espiritual para gozar de nuevo en sus brazos.—(*Monseñor Pavy obispo de Argel, Mes de María.*

ARTÍCULO V

PLATICA XXVI

NUESTRA SEÑORA DE LORETO.

La pureza de que hablamos ayer, es la compañera, ó más bien el fruto de otra virtud que sirve de base á todo el edificio de la santidad cristiana. Hablo de la humildad. No la conocieron los antiguos y por esta razon jamás pudieron hacer florecer la castidad virginal.

El evangelio lanza palabras muy terribles contra los orgullosos. «El que se ensalza será humillado,» dice: *Qui se exaltat humiliabitur*. Esta amenaza no sólo se cumple en la otra vida, sino que en esta la vemos cumplirse muchas veces. Cuando el hombre se complace en el pedestal que él mismo se construyó, Dios destruye el ridículo monumento de su fingida grandeza y lo hace caer en el fango. El

orgulloso cae generalmente en el fango de la impureza. Se ha dicho de algunas personas célebres que eran puras como los ángeles y orgullosas como los demonios. No disputaremos la exactitud de este aserto por respeto á la historia y á las personas á quienes se refiere: diremos simplemente que no es la regla general. La pureza no puede, sino por excepciones desconocidas, ser hija más que de la humildad. Hoy vamos á meditar, pues, sobre la humildad, y para ello nos transportaremos al Santuario de Nuestra Señora de Loreto, tan particularmente distinguido, que contiene la *Casa Santa*, donde pronunció la Santa Virgen ante el ángel Gabriel la sublime fórmula de la humildad: «He aquí la esclava del Señor.»

Si el hombre se deja dominar tan fácilmente por el orgullo, es porque su propia ligereza no le deja verse y conocerse tal como es. No necesitamos contemplar á los demás y conocer la humildad. Con sólo reflexionar acerca de lo que somos, comprenderemos que nada hay más insensato que pretender la estimación de los demás y estimarnos nosotros mismos.

¿Qué es la inteligencia, esa pequeña luz que brilla en el centro del universo sin alumbrarle? Esa luz se llama la razón; mas donde quiera que dirija sus investigaciones, ya hacia el cielo, ya hacia la tierra, no encuentra más que misterios. En cuanto comenzamos á saber algo, sólo sabemos que somos una miseria. Se admira y celebra á algunos hombres de ingenio que penetraron más allá que el resto de los hombres en las regiones de la verdad; pero al llegar al término de sus conocimientos exclamaron desalentados: «¡Nada sabe el hombre!» Y ¿qué somos nosotros, que nos confundimos con la muchedumbre de los ignorantes, comparados con ellos? ¿Qué somos ante lo infinito? ¿Qué es lo que sabemos comparado con lo que ignoramos? Sentar estas proposiciones es reducir á la nada nuestras pretensiones de saber.

Echemos un velo sobre estos deseos y pretensiones. Nos avergonzaría conocer todos los desórdenes y vergüenzas á que han dado lugar tales pretensiones. El corazón del hombre es depravado é inescrutable, dice Jeremías: «*Pravum est cor hominis et inescrutabile.*» Tantos rencores y maldades, tantas perfidias y voluptuosidad, deben su origen á ese lugar en el que no nos atrevemos á penetrar. Y si tal es el espectáculo que nos ofrece lo más notable que hay en el compuesto del hombre, ¿qué deberemos pensar de su cuerpo, de esa masa de fango que envuelve nuestra inteligencia y nuestro corazón? Lástima dan ciertos mundanos que se envanecen de algunas ventajas exteriores y pasajeras de que han sido dotados, como una bonita mano, un pie pequeño y un rostro más ó menos bien delineado. Los que de esto se envanecen, se parecen á un mendigo que se pavonea entre los harapos que le dieron de limosna.

Véase lo que les dice la Escritura: ¿Qué tenéis que no hayáis recibido? Y si habéis recibido todo lo que tenéis, ¿de qué os envanecéis? «*Quid habes quod non accepisti, et si accepisti unde tu glorians?* Acordaos, oh soberbios, que sois polvo y que en polvo os habéis de convertir.

Yo he dicho á la podedumbre, dice Job, tú eres mi padre, y á los gusanos: Sois mi madre y mis hermanas. *Putredini dixi pater meus es, mater mea et soror mea vermibus.* ¿Deben enorgullecerse el polvo y la ceniza?—*Quid superbit terra et cinis?* Comprended, pues, que os engañáis los que creeis ser algo. *Si quis existimant se aliquid esse, cum nihil sit, ipse se seducit. (Gal., V, 3.)*

Añádase á esto, que el hombre, tan pequeño y miserable por sí, se ha colocado por sus pecados más abajo de la nada. Y lo que todavía es peor que no ser nada, es ser malo y pecador, y tener la audacia de levantarse contra Dios desde el fondo de su pequeñez. Este es el colmo del mal y por esta razón no sólo somos despreciables, sino dignos de odio. Mejor hubiera sido para nosotros no haber nacido. (*Bonum erat ei, si natus non fuisset* (*Matth., XXVI, 24.*)

Esto explica el odio que tiene Dios á los orgullosos. *Odibilis Deo superbia.* (*Eccli., X, 7.*) Les detesta sin piedad. *Superbis resistit.* En odio á este pecado precipitó en los infiernos á los ángeles malos, y durante toda su vida no cesó Jesús de combatir á los fariseos, á esos hipócritas orgullosos cuya raza se perpetuó en todos los siglos. En cambio fija sus miradas en los humildes. *Deus humilia respicit.* Para ellos son sus gracias y sus consuelos. *Humilibus dat gratiam,* (*1 Petr., V.*) *consolatur humilis.* Y cuando se complace en hacer algo grande entre los hombres, nunca busca á los grandes y á los fuertes, sino á los pequeños y á los débiles que escoge como instrumentos de su acción.

Por esta razón escogió á la Virgen María para que le ayudase en la obra que es por excelencia de su amor, la Encarnación de su Hijo. No busquemos en otra parte la causa de esta elección. San Bernardo nos dice que á pesar de lo agradable que le fué María por su pureza, no la hubiera adoptado por Madre sin su humildad perfecta.

Realmente nadie ha igualado ni podrá igualar jamás la humildad de la Santísima Virgen. Vástago de familia real, nació, sin embargo, en la oscuridad, y en vez de permanecer en el mundo para recoger los aplausos que sus encantos personales hubieran provocado, se encerró en la soledad del templo, lejos del ruido y de las alabanzas. Cuando el ángel Gabriel la saludó llena de gracia y le ofreció la maternidad divina, no le contestó sino estas palabras: He aquí á la esclava del Señor; yo no soy más que su sierva.

Algún tiempo después de su matrimonio comprendió que el corazón de su esposo abrigaba las sospechas más humillantes contra su virginidad. Una sola palabra se lo hubiera explicado todo á José; pero no hubiera sido dig-

na de su grandeza y no la pronunció, porque prefirió pasar por este sacrificio que no ha tenido igual.

Llegó el día en que las mujeres judías iban al templo á purificarse. Dejar de hacer lo que hacían todas hubiera sido singularizarse, y María, prefirió someterse á la costumbre de todas. Durante toda su vida permaneció fiel á la misma ley, viviendo en el retiro y desempeñando los trabajos domésticos más humildes y sin hablar jamás de su gloria. Sin embargo, no le era desconocida. Si en una sola circunstancia se vió como obligada á confesar las maravillas que Dios había obrado en ella, no lo hizo sino para que resaltara su humildad.

Tened presente que la humildad es tanto más admirable cuanto más elevada es la persona que se humilla, y cuanto más humilde es el lugar en que voluntariamente se coloca. ¿Cuáles no serían, pues, los méritos que bajo este concepto adquirió la Virgen? Nunca sabremos comprenderlos. ¡Ojalá que su ejemplo nos fuera siquiera provechoso! Nosotros, que carecemos de grandeza; nosotros que estamos llenos de vicios y defectos, creemos que valemos mucho y procuramos ostentar nuestros supuestos méritos. Dichosos los que aparapetados en la verdadera humildad, ocultan en la oscuridad de la familia y en la soledad los méritos que tienen á los ojos de Dios.

Si así lo hiciéramos, si apreciásemos debidamente los hombres y las cosas, seríamos verdaderos amigos de Dios, que es nuestro único amigo en la tierra.—Así sea.

MARIA EN LA ASCENSION DE JESUS

DIA VEINTISIETE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Quo abiit dilectus tuus, o pulcherrima mulierum, quo declinavit dilectus tuus?

Cant., V, 17.

Ipse est qui ascendit super omnes cœlos ut impleret omnia.

Ephes., IV, 10.

Nunc magnificabitur Christus in corpore meo, sive per vitam sive per mortem. Quod si vivere in carne hic mihi fructus operis est, et quid eligam ignoro. Coarctor enim e duobus, desiderium enim habens dissolvi et esse cum Christo, multo magis melius: permanere autem in carne, necessarium propter vos.

Philip., I, 22.

Et hoc confidens, scio quia manebo et permanebo omnibus vobis ad profectum vestrum, et gaudium fidei, ut gratulatio vestra abundet in Christo Jesu in me, per meum adventum iterum ad vos.

Id., Ibid.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

na de su grandeza y no la pronunció, porque prefirió pasar por este sacrificio que no ha tenido igual.

Llegó el día en que las mujeres judías iban al templo á purificarse. Dejar de hacer lo que hacían todas hubiera sido singularizarse, y María, prefirió someterse á la costumbre de todas. Durante toda su vida permaneció fiel á la misma ley, viviendo en el retiro y desempeñando los trabajos domésticos más humildes y sin hablar jamás de su gloria. Sin embargo, no le era desconocida. Si en una sola circunstancia se vió como obligada á confesar las maravillas que Dios había obrado en ella, no lo hizo sino para que resaltara su humildad.

Tened presente que la humildad es tanto más admirable cuanto más elevada es la persona que se humilla, y cuanto más humilde es el lugar en que voluntariamente se coloca. ¿Cuáles no serían, pues, los méritos que bajo este concepto adquirió la Virgen? Nunca sabremos comprenderlos. ¡Ojalá que su ejemplo nos fuera siquiera provechoso! Nosotros, que carecemos de grandeza; nosotros que estamos llenos de vicios y defectos, creemos que valemos mucho y procuramos ostentar nuestros supuestos méritos. Dichosos los que aparapetados en la verdadera humildad, ocultan en la oscuridad de la familia y en la soledad los méritos que tienen á los ojos de Dios.

Si así lo hiciéramos, si apreciásemos debidamente los hombres y las cosas, seríamos verdaderos amigos de Dios, que es nuestro único amigo en la tierra.—Así sea.

MARIA EN LA ASCENSION DE JESUS

DIA VEINTISIETE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Quo abiit dilectus tuus, o pulcherrima mulierum, quo declinavit dilectus tuus?

Cant., V, 17.

Ipse est qui ascendit super omnes cœlos ut impleret omnia.

Ephes., IV, 10.

Nunc magnificabitur Christus in corpore meo, sive per vitam sive per mortem. Quod si vivere in carne hic mihi fructus operis est, et quid eligam ignoro. Coarctor enim e duobus, desiderium enim habens dissolvi et esse cum Christo, multo magis melius: permanere autem in carne, necessarium propter vos.

Philip., I, 22.

Et hoc confidens, scio quia manebo et permanebo omnibus vobis ad profectum vestrum, et gaudium fidei, ut gratulatio vestra abundet in Christo Jesu in me, per meum adventum iterum ad vos.

Id., Ibid.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ubi est thessaurus tuus ibi est et cor tuum.

Math., VI, 21.

Ad punctum in modico derelique te, et in miserationibus magnis congregabo te.

Isa., LIV, 6.

Et cum hæc dixisset, videntibus illis, elevatus est, et nubes suscepit eum ab oculis eorum: cumque intuerentur euntem illum, ecce duo viri astiterunt juxta illos in vestibus albis, qui et dixerunt: Viri Galilæi quid statis aspicientes in cœlum? Hic Jesus qui assumptus est a vobis in cœlum, sic veniet quemadmodum vidistis eum euntem in cœlum.

Act., I, 9.

Nonne Deo subjecta erit anima mea? ab ipso enim salutare meum.

Psal., LXI, 5.

Obmutui et non aperui os meum, quia tu fecisti.

Id., XXXVIII, 10,

Dominus dedit, Dominus abstulit sicut Domino placuit ita factum est; sit nomen Domini benedictum.

Job., I, 25.

In patientia vestra possidebitis animas vestras.

Luc., XXI, 19.

Expecta Dominum et custodi viam ejus.

Psal., XXXVI, 34.

Qui replet in bonis desiderium tuum.

Id., CII, 5.

Satiabor cum apparuerit gloria tua.

Id., XVI, 17.

Quis nos separabit a charitate Christi.

Rom., VIII, 35.

Bonus est Dominus sperantibus in eum, animæ quærenti illum.

Thren., III. 25.

Noli timere, ego protector tuus sum, et merces tua magna nimis.

Genes., XV, 1.

Ego ostendam omne bonum tibi.

Exod., XXXIII, 19.

Certus sum quia neque mors, neque vita, neque angeli, neque principatus, neque virtutes, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit nos separare charitate Dei quæ est in Christo

Rom., VIII, 38.

Nonne cor nostrum ardens erat in nobis dum loqueretur in via, et aperiret nobis Scripturas?

Luc., XXXIV, 32.

Et ipsi adorantes regressi sunt in Jerusalem, cum gaudio magno.

Id., Ibid.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Volviéndose Jesús hacia su madre le dijo: La paz sea contigo. Bendita seas, madre mía. No te entristezcas al verme subir al cielo. Yo no te abandonaré, porque eres la luz del mundo; no te abandonaré á tí, que eres el tabernáculo sin mancha y el templo de la divinidad: no te abandonaré á tí, que has sido hallada más pura que todas las criaturas de la tierra; no te abandonaré á tí, que eres mi santuario incorruptible; no te abandonaré á tí que eres mi madre y has permanecido virgen. *(Chrisost' hom. in Ascens. Christ.)*

II. Estando próximo Jesús á subirse á los cielos, los apóstoles se le acercaron y fueron besándole cada uno la mano. Jesús les abrazó á todos con ternura. ¿Véis á ese

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

venerable anciano? Es Pedro. Ved cómo se acerca á su maestro. Ved cómo el amado discípulo se arroja á sus pies para besarle con respeto. La Virgen Madre fué la última que se acercó y se arrojó en brazos de su Hijo. ¿Por qué no podrá permanecer allí y volar con el amado de su corazón? ¡Cuánta alegría y cuánto gozo, pero también cuántas lágrimas y cuántos suspiros! ¿Qué le habréis dicho á vuestra madre, oh Dios mío, al separaros de ella? ¿Por qué no nos habrán hablado de esto los evangelistas? Bien nos pesa á todos ignorar lo que pasó en esta última entrevista. (*S. Thom. Valent. conc. 4. in Ascens. Domini.*)

III. Las madres que tienen buen corazón, acostumbran regocijarse cuando ven á sus hijos colmados de honores y de dignidades. ¿Sería posible, por lo tanto, que esta madre divina, que fué la mejor de las madres en la tierra, hubiese permanecido insensible al ver que subía su Hijo á lo más alto de los cielos para ocupar su asiento en el trono que le preparó su Padre al lado suyo? Su corazón se estremeció de un gozo indecible. ¿Quién podría explicar lo que pasó en su alma en ese afortunado momento? (*Id. Ibid*).

IV. Si queréis saber lo que hizo María después de la Ascensión del Salvador, tened entendido que la Virgen conservó su alma y su cuerpo exento de toda mancha. El arcángel Gabriel, fué como un paraninfo destinado para que velase por ella. Juan, el apóstol y evangelista á quien la confió Jesús desde lo alto de la cruz, la recibió en su casa, y el discípulo virgen prodigó á la madre virgen también los cuidados más asiduos y delicados. Como sabía además que serían útiles los ejemplos que ella nos diese, conversó muchas veces con los apóstoles antes de su dispersión. Claramente nos lo dice San Lucas cuando cuenta en su Evangelio que los discípulos al regresar del monte de los Olivos, fueron á Jerusalén y

subieron al cenáculo, donde los apóstoles se hallaban reunidos. Allí, dice, juntaban sus oraciones de común acuerdo con la Madre de Jesús y con sus hermanos. (*Hieron. Epist. ad. Paul. et Eustoch*).

ARTICULO III

PLAN Y ASUNTO

Tres sentimientos ocupaban ese día solemne el corazón de María.

I. Un sentimiento de tristeza.

Todavía debía separarse de su Hijo, y ¡es tan triste separarse de aquellos á quienes se ama! Todavía deberá vivir sin Él, y arrastrar en la tierra la penosa existencia de una madre que ha perdido á su Hijo. ¿Por qué no me es dado volar con vos al través de esa nube que os oculta á mis ojos? ¿Acaso, Hijo mío, no soy ya vuestra madre? ¿Será posible que este día, que es el en que comienza la dicha eterna de vuestros santos, sea para mí el primero de un eterno destierro?..... Así exclamaba María cuando la consoló una idea bajada del cielo. Algo le decía en su corazón que este destierro debía durar poco, que no sería larga su separación, y que á ella, más todavía que á sus discípulos, dirigió Jesús estas palabras: *Vado parare vobis locum.*

II. Un sentimiento de alegría.

Este día es de triunfo para su Hijo, y ella toma parte en su alegría. Por esto se une con los coros de los ángeles que iban delante de Jesús, tomó parte en sus transportes y contó con ellos sus grandezas. ¿En qué parte hallarán mejor eco las alabanzas de un hijo que en el corazón de una madre?

III. Un sentimiento de deseo.

Estos dos sentimientos, el de tristeza por la separación de su Hijo, y el de alegría por los triunfos que obtuvo, dieron nacimiento en el corazón de la Santa Virgen á un tercer sentimiento que dominaba y absorvía los demás: era el deseo de reunirse prontamente con el que acababa de dejarla. ¡Cuán ardiente es este deseo, cuán vivo el fuego que interiormente la abrasa y consume! María alzaba los ojos y las manos hacia el cielo y sentía verse de nuevo separada de su Hijo.

Cuando hubo subido el Salvador al cielo, sus discípulos, privados de su divina presencia y de sus santas palabras, recurrieron á María y reconocieron entonces la verdad de estas palabras de Jesús, en las que no habían fijado hasta entonces su atención: *Non relinquam vos orphanos.*

ARTÍCULO V

Extractos y pensamientos diversos

I El acontecimiento de la Ascensión del Salvador, grande como es en sí, en nada menoscaba el carácter de sus apariciones precedentes. ni el mérito correspondiente á la dignidad de María. En aquellas, "hubo efectivamente quien dudara;" todavía en ellas echó en cara Jesús á sus discípulos su incredulidad y la dureza de su corazón; en ellas, en fin, les abrió una vez más las Escrituras, y les mandó llevar al mundo la antorcha de la fe que no tenían ellos aun por completo, y que debía ser el don del Espíritu Santo de esta virtud del cielo que prometió mandarles cuando ascendió.

María tenía este don y esta virtud. Desde su concepción estaba llena de ellos, sobre todo cuando vino á ella el Espíritu Santo, cuando el Altísimo la cubrió con su sombra para hacerle concebir y dar á luz al Verbo de Dios. De modo que diferentemente de todos los apóstoles, había profesado y profetizado ya la fe cristiana en el cántico de su gratitud; lo había manifestado en el martirio de su compasión y de su dolor. No era, pues, necesario que María estuviese presente en las demás apariciones de su divino Hijo después de la resurrección y en la Ascención, puesto que, como acabamos de demostrarlo por el texto de los evangelios, esas apariciones no tuvieron más objeto que convencer la incredulidad de los apóstoles, y de prepararles para recibir los dones que María poseía ya.

Es, pues, notable que después de presentarnos á la Santísima Virgen al pie de la cruz, en su actitud heróica de madre de Dios y de los hombres, y de haberla hecho desaparecer completamente en la resurección y en la Ascensión, la hacen aparecer de nuevo las relaciones divinas después de la desaparición de su Hijo, para presentárnosla en el Cenáculo "perseverando en la oración" con los apóstoles y con las santas mujeres.

Siempre vemos así á María en las situaciones de fe y de prueba, y nunca en las de manifestación y alegría. No se la ve en Thabor pero sí en el Calvario; no se presenta en la resurrección y en la Ascensión, pero sí en el Cenáculo. ¿Quién podrá dejar de ver en esta economía el testimonio más glorioso de la fe, de la fortaleza y de la fidelidad de María? —(*Nicolás, la Virgen, según el Evangelio, cap. XX*).

II. Al ir á comenzar su reino glorioso, el Hijo bendito de la Virgen quiso dejarla en este mundo para que fuese el sostén de los buenos y el recurso de los pecadores. Con efecto, ella era la maestra de los apóstoles, el apoyo de los mártires, la gracia de los confesores, el espejo brillante de las vírgenes, el consuelo de las viudas, el censor saludable de los casados y el más firme sostén de todos los fieles. —(*Santa Brígida, sermón angélico, capítulo XIX*).

III. ¡Oh evangelista! ¿Por qué habéis guardado el silencio en lo que respecta á la divina María? ¿Qué dijisteis á vuestra madre Santísima, oh Dios mío! Queremos saber qué bellísimas palabras salieron de vuestros labios divinos cuando os despedisteis de vuestra madre amorosa. Tal vez, cuando María le apremiaba para que la llevase consigo, le dijo Jesús: Todavía necesito en la tierra de vuestra presencia, oh madre mía. Vos seréis el consuelo de las familias y de los fieles que han creído en mí y forman la cuna de mi naciente Iglesia Yo que he vivido nueve meses en vuestro seno estaré siempre en vuestro corazón; y aunque separado de vos, no me alejaré de vos. El cuerpo que me disteis, descansará en el cielo, pero allí os prepararé un trono junto á mí. Dicho esto levantó las manos y bendijo á todos los que le habían acompañado. —(*Thomas, arch. Valent. Conc. 4 in Ascens Dom*).

IV. Jesucristo dejó á su divina madre en la tierra y no la hizo subir con Él, para que hiciera pasar al espíritu y al corazón de los apóstoles todo lo que Él le había enseñado en los treinta y tres años de su vida en la tierra. Era preciso que, la que según la antigua profecía, fué destinada para quebrantar la cabeza de la serpiente infernal, acabase su obra haciendo pasar al corazón de los primeros fieles la fe y el amor hacia el Redentor; preciso era, en fin, que á esa Iglesia naciente, de la que fué proclamada soberana y señora en la Ascensión de Jesús, la hiciera crecer y desarrollarse con sus cuidados para presentarla después á su Hijo sin mancha ni vacío.—(*S. Petrus Blesens. Serm. de Assumpt. 33*).

V. Cuando Jesucristo dejó de hablar en el Cenáculo de la santa montaña de Sión, después de haber terminado sus recomendaciones y dado con amor sus últimas instrucciones á sus apóstoles y discípulos, salió con ellos y se dirigió al lado de Bethania, como lo relata San Lucas. No está fuera

de lo natural el suponer que les precedió para enseñarles el camino y que recorrió á pie todo el espacio que separa la montaña de Sión del monte de los Olivos, que escogió como punto de su Ascensión. Nada se opone á la creencia de que Jesús, que era la bondad misma, para consolar al pequeño rebaño á quien iba á dejar, quiso favorecer con su presencia á los que había amado, pero de modo que sólo lo vieran su santa madre, los apóstoles y los discípulos que estaban con Él en el Cenáculo, sin que le viera la muchedumbre de judíos que les habían seguido al monte de los Olivos.

Nadie pone, por lo tanto, en duda que la divina madre, los apóstoles y los discípulos se hallaban reunidos con los demás discípulos en el Cenáculo, lleno el corazón de emoción y de santo ardor, y que de allí se dirigieron á presenciar la Ascensión de su amado Salvador.—(*S. Bernardin. Senens. Serm. de Ascens. Dom. art. 1, cap. 3*).

VI. ¿Cuál será el genio, por poderoso que sea, que se atreverá á sondear la inmensidad del gozo de la divina madre en la Ascensión de su Hijo y que no se vea al intentarlo, presa de un inexplicable vértigo? Si tan grande es este motivo de gozo, ¿qué no será el gozo mismo? Oh dulce Jesús, tierno Hijo de una madre tan amable ¿cómo soportasteis, al remontaros al reino de vuestra gloria, que una madre tan buena permaneciera en la tierra privada de su Hijo? ¿Por qué no la llevásteis con vos al cielo? Sin duda obrásteis así, oh Dios mío, para no dar lugar á las dudas ni á la menor vacilación en el corazón de vuestras falanges celestes que se preparaban para celebrar triunfalmente vuestra entrada en el cielo. Tal vez vuestra corte celestial hubiera titubeado sin saber á quien de los dos debía tributar sus homenajes. Os hubieran visto á vos, Señor, y rey de los ángeles, volviendo como un conquistador entre sus cortesanos, después de haber tomado el cuerpo, instrumento de vuestro regreso. Pero también hubieran visto á esta reina soberana, á esta madre á vuestro lado y ostentando noblemente en ese reino sus derechos maternales. Ahora comprendo que no convenía que las legiones celestiales se dividieran, y que en esa solemne entrada, unos os ensalzaran y otros á vuestra madre, porque esa corte soberana os pertenece por entero, oh Jesús, y por vos pertenece también toda entera á María

Bendito seais, pues, por haber subido solo á vuestro reino; quisisteis precederla para prepararle en vuestra gloria el trono de la inmortalidad, y con el fin también de salir vos mismo á su encuentro con toda vuestra corte el día de su elevación y preparar á vuestra tierna madre un triunfo digno de ella.

Creo que estos son los plausibles motivos que decidieron al Salvador á preceder á su santa madre en el cielo. ¿Podremos dudar de ello cuando leemos en el evangelio que Jesús dijo á sus discípulos: "Voy á mi Padre, pero voy para prepararos un lugar en su reino?" Y puesto que les prometió á sus discípulos que les prepararía un lugar de honor y de gloria en su reino, ¿no es evidente que al preceder á su madre en el cielo, debía ocuparse en preparar un trono magnífico á la que debía ser la soberana del cielo y la reina de los ángeles?—(*S. Anselmo, De Excellet. B. M. V., cap. VII*).

VII. Después de la Ascensión de Jesús, nada dice el evangelio de María, sino que encerrada en su soledad, repasaba en su espíritu todos los misterios en que tomó parte. Meditaba en la Encarnación divina de su Hijo, en su nacimiento, en las palabras que le dirigió el viejo Simeón en el templo, en la huída á Egipto, en sus palabras, en sus milagros, en su doctrina, en su vida, en su muerte, en su resurrección y en su Ascensión. Llena de luz divina, conversaba con los apóstoles y les hablaba de mil cosas admirables que debían saber para que ellos á su vez instruyeran á los pueblos —(*S. Thomas, arch. Valent Conc. 4. in Assumpt. B M. V.*)

VIII ¿Dónde estabais, oh María, cuando Jesús dejó la tierra? En el mismo capítulo de las *Actas*, relatando San Lucas la Ascensión y el cenáculo, nombra á María en el segundo caso, y á los apóstoles; pero no la nombra en el primero. Debemos, por lo tanto, deducir de esto que no se juntó con los discípulos para recibir en el monte de los Olivos la despedida de Jesús al subir al cielo. ¿Quién podrá creer, sin embargo, que no se despidiera Jesús de su madre?

Su vida pública había terminado en el Calvario y no existía ya ninguna razón para estar separado de ella. Por grande que fuese la severidad de las pruebas y del aislamiento á que la sujetó para elevar su virtud por el sacrificio, nadie podrá creer que al dejar definitivamente la tierra, se negara á mostrarse por última vez á la que tanto había sufrido con Él y por Él. También comprendo por qué no se reunió con la muchedumbre de discípulos que acompañaron á Jesús hasta la montaña. No había llegado todavía el momento de que tan dulce paloma levantara su vuelo al cielo. Pero vos, oh buen Jesús, no la abandonásteis sin verla por última vez y sin consolarla, porque no la llevábais con vos y dejábais que se prolongase su destierro aquí abajo. Vos mismo quisisteis que permaneciera retirada, dejando que los demás gozaran de un triunfo que ella contemplaba en su fe, para que se recogiera en la tristeza que desgarraba su corazón.

Tal es, efectivamente, el carácter de las emociones á las que la vemos continuamente entregada y que más que nunca inundaban entonces su alma. Dichosa y desgraciada á un tiempo mismo, no sabía á cuál de estos sentimientos entregarse. ¿Era posible que ella, que estaba entregada por completo á los intereses de su Hijo y de su naciente Iglesia, dejara de regocijarse de un acontecimiento que colmaba la gloria de Jesús, que ponía de un modo brillante el sello á su divinidad, que exaltaba su humanidad hasta colocarla á la derecha de su Padre celestial, que era el término de sus trabajos y la corona de sus oprobios y sufrimientos, que colocaba en sus manos el gobierno del universo y que presagiaba su venida solemne el día del último juicio? Mas ¿cómo por otra parte podía dejar de entristecerse al pensar que su triunfo le robaba á su amado Hijo? Había pasado á su lado treinta años y si debió vivir alejada de Él en los últimos tres años, le había encontrado siquiera en el Calvario y visto resucitado. Y sin embargo, ¡había llegado el momento en que dejaría de gozar de su presencia mientras se prolongasen los días que de vida le destinaba la misteriosa sabiduría de Dios

¿Debía, por lo tanto, alegrarse ó estar triste? ¡Alegrarse cuando sufre tanto, y entristecerse cuando está radiante de alegría!

Regocijémonos y entristezcámonos también nosotros de su alegría y de su tristeza; y recogiéndonos en nosotros mismos, abandonémonos á los mayores transportes de esperanza recordando que el cielo es nuestra patria y que Jesús nos ha precedido para escogernos en Él un lugar. Hagamos que suban hasta allá nuestros suspiros y nuestros deseos. Tengamos lástima de todo lo de la tierra, de sus placeres, de sus honores, de sus diversiones, de sus afectos, de sus promesas vanas y de sus desengaños. Lejos de profundizar en ella nuestras raíces como si no debiésemos morir jamás, procuremos desprendernos de ella haciendo continuados esfuerzos, orando y aspirando á la santidad.

Mas ¡ay! ¿Quién piensa en el cielo y á él aspira? ¿Quién se desprende de lo terreno para ir en busca de lo celestial? ¿Quién dice como San Pablo: «Quisiera morirme para estar con Jesucristo?» Fuera del santuario y del claustro, hay algunos fieles y nada más. Las ilusiones del mundo y los placeres hacen olvidar á la mayoría que no tiene el hombre una vida permanente en este mundo, que su barca no debe navegar mucho tiempo y que naufragará más ó menos tarde en un mar lleno de calma y de prosperidad, si no se hace pedazos contra los escollos de las enfermedades ó de las desgracias. Sólo un océano existe en el que se navega siempre con bonanza: este océano es la eternidad.

Día llegará también para nosotros, oh divina María, en que nos reuniremos con vuestro divino Hijo en la gloria como vos os asociasteis con Él en el oprobio. ¡Ojalá que al sonar nuestra última hora podamos ser recibidos en vuestros brazos para que merezcamos que nos coloquéis á los pies de su trono y del vuestro!—AMÉN.—(*Mr. Pavy, Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLATICA XXVII

NUESTRA SEÑORA DE LA MISERICORDIA.

No sólo la humildad, de que hablamos ayer, nos hace estar bien con Dios, sino que nos abre el camino para que cumplamos mejor con nuestros deberes para con el prójimo.

La causa principal de nuestra frialdad y de nuestros choques con el prójimo, es sin duda alguna el orgullo, como nos lo enseña el Espíritu Santo. *Inter superbos semper jurgia sunt.* (*Prov. XIII*).

La impaciencia, la cólera, los celos, la maledicencia y la calumnia son indudablemente hijas del orgullo. Una persona humilde que realmente se estima en lo que vale y tiene en mucho á los demás, halla natural que se tengan pocos miramientos con ella, mientras se cree obligada á guardar consideraciones á todos. Así es como se evitan las susceptibilidades, que son las que dan á la sociedad el carácter frío y reservado que ordinariamente manifiesta. Donde reina la humildad brilla la caridad, y si esta virtud se extinguiera, la tierra perdería sus encantos más poderosos y más puros y se convertiría en un desierto.

Es tan noble bajo mil títulos la caridad, que queremos dedicarle nuestra plática de hoy. Para hacerlo debidamente pondremos nuestras palabras bajo la protección de Nuestra Señora de la Misericordia: en Nápoles, es donde celebran más su culto. ¿Qué es la caridad, es decir, la caridad para con el prójimo? Tal como la entiende y la exige el cristianismo, debe tener tres condiciones: 1ª No puede ser negativa. 2ª Debe ser activa. 3ª Es sobrenatural. Lo que se entiende por ser caritativo es, no solamente abstenerse de hacer el mal ó desear el bien del prójimo sino que es preciso desearle y hacerle el bien, y hacerlo siempre con la mira de agradar á Dios.

Muchos son los que se equivocan con respecto á la caridad. Creen que obran según ella, no haciendo mal á nadie. El no hacer perjuicio á los demás, dejar que vivan como puedan ó como quieran sin interesarse por ellos ni prestarles apoyo alguno, y no ocuparse para nada de sus hermanos ni para el bien ni para el mal, y vivir como se vive generalmente hoy, se cree como regla general, que es vivir como se debe, es decir, en la perfección. Una perfección semejante no tiene más que un nombre, y es el egoísmo.

¿Debía, por lo tanto, alegrarse ó estar triste? ¡Alegrarse cuando sufre tanto, y entristecerse cuando está radiante de alegría!

Regocijémonos y entristezcámonos también nosotros de su alegría y de su tristeza; y recogiéndonos en nosotros mismos, abandonémonos á los mayores transportes de esperanza recordando que el cielo es nuestra patria y que Jesús nos ha precedido para escogernos en Él un lugar. Hagamos que suban hasta allá nuestros suspiros y nuestros deseos. Tengamos lástima de todo lo de la tierra, de sus placeres, de sus honores, de sus diversiones, de sus afectos, de sus promesas vanas y de sus desengaños. Lejos de profundizar en ella nuestras raíces como si no debiésemos morir jamás, procuremos desprendernos de ella haciendo continuados esfuerzos, orando y aspirando á la santidad.

Mas ¡ay! ¿Quién piensa en el cielo y á él aspira? ¿Quién se desprende de lo terreno para ir en busca de lo celestial? ¿Quién dice como San Pablo: «Quisiera morirme para estar con Jesucristo?» Fuera del santuario y del claustro, hay algunos fieles y nada más. Las ilusiones del mundo y los placeres hacen olvidar á la mayoría que no tiene el hombre una vida permanente en este mundo, que su barca no debe navegar mucho tiempo y que naufragará más ó menos tarde en un mar lleno de calma y de prosperidad, si no se hace pedazos contra los escollos de las enfermedades ó de las desgracias. Sólo un océano existe en el que se navega siempre con bonanza: este océano es la eternidad.

Día llegará también para nosotros, oh divina María, en que nos reuniremos con vuestro divino Hijo en la gloria como vos os asociasteis con Él en el oprobio. ¡Ojalá que al sonar nuestra última hora podamos ser recibidos en vuestros brazos para que merezcamos que nos coloquéis á los pies de su trono y del vuestro!—AMÉN.—(*Mr. Pavy, Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLATICA XXVII

NUESTRA SEÑORA DE LA MISERICORDIA.

No sólo la humildad, de que hablamos ayer, nos hace estar bien con Dios, sino que nos abre el camino para que cumplamos mejor con nuestros deberes para con el prójimo.

La causa principal de nuestra frialdad y de nuestros choques con el prójimo, es sin duda alguna el orgullo, como nos lo enseña el Espíritu Santo. *Inter superbos semper jurgia sunt.* (*Prov. XIII*).

La impaciencia, la cólera, los celos, la maledicencia y la calumnia son indudablemente hijas del orgullo. Una persona humilde que realmente se estima en lo que vale y tiene en mucho á los demás, halla natural que se tengan pocos miramientos con ella, mientras se cree obligada á guardar consideraciones á todos. Así es como se evitan las susceptibilidades, que son las que dan á la sociedad el carácter frío y reservado que ordinariamente manifiesta. Donde reina la humildad brilla la caridad, y si esta virtud se extinguiera, la tierra perdería sus encantos más poderosos y más puros y se convertiría en un desierto.

Es tan noble bajo mil títulos la caridad, que queremos dedicarle nuestra plática de hoy. Para hacerlo debidamente pondremos nuestras palabras bajo la protección de Nuestra Señora de la Misericordia: en Nápoles, es donde celebran más su culto. ¿Qué es la caridad, es decir, la caridad para con el prójimo? Tal como la entiende y la exige el cristianismo, debe tener tres condiciones: 1ª No puede ser negativa. 2ª Debe ser activa. 3ª Es sobrenatural. Lo que se entiende por ser caritativo es, no solamente abstenerse de hacer el mal ó desear el bien del prójimo sino que es preciso desearle y hacerle el bien, y hacerlo siempre con la mira de agradar á Dios.

Muchos son los que se equivocan con respecto á la caridad. Creen que obran según ella, no haciendo mal á nadie. El no hacer perjuicio á los demás, dejar que vivan como puedan ó como quieran sin interesarse por ellos ni prestarles apoyo alguno, y no ocuparse para nada de sus hermanos ni para el bien ni para el mal, y vivir como se vive generalmente hoy, se cree como regla general, que es vivir como se debe, es decir, en la perfección. Una perfección semejante no tiene más que un nombre, y es el egoísmo.

No, hermanos míos, no debe el hombre vivir por sí y para sí; es preciso que vivamos por los otros y para los otros; no basta con no hacer mal á los demás, sino que debemos amarles y servirles.

Hay en el fondo de nuestra conciencia una ley eterna que no se conforma con gritarnos que no debemos hacer á los demás, lo que no queremos que nos hagan, sino que añade á este mandato este otro: *Haced á los demás lo que queréis que os hagan: Omnia quaecumque vultis ut faciant vobis hominem et vos faciste illis.*

Todos deseamos que cuando el mal pesa sobre nosotros aligere el peso de nuestro mal la simpatía de los demás. Si somos pobres, deseamos que nos socorran; si estamos enfermos, que nos asistan y consuelen; y si somos felices, queremos que tomen parte en nuestra alegría. El amor es por su naturaleza activo. No sé quien dijo el primero que el amor se manifiesta con hechos: *Probatio amoris, exhibitio operis.* Cuando un corazón ama verdaderamente, da de ello pruebas positivas, es decir, hace bien al objeto amado.

Además, y debéis fijar en ello vuestra atención, al prójimo le debemos un amor sobrenatural. Esto quiere decir que no debe inspirarse nuestro amor en motivos del orden natural, ó sea en la ventajosa posición social ó en prendas físicas de la persona que nos lo inspira. Querer así, es un querer fácil, cómodo y pequeño. Si sólo amamos á los que nos aman, á los que nos atañen de cerca, ¿dónde está nuestro mérito? Lo mismo hacen los paganos. *Nonne et Ethrici hoc faciunt.*

Debemos amar á nuestro prójimo porque Dios quiere que le amemos; porque nuestros hermanos son hijos de Dios, y amarles es amar á Dios; porque son miembros de Jesucristo, y no hacemos más que un solo cuerpo con el divino Salvador, como lo proclama Él mismo diciendo: Lo que se hace con el mas pequeño de los míos es como

si se me hiciera á mí mismo. Y puesto que debemos ver á Dios en nuestro prójimo, preciso es también que nuestro amor abrace el cielo y la tierra, el Criador y la criatura sin separarles; entonces nuestro amor será universal.

En esto consiste la caridad, que así definida y entendida, se nos impone como el primero de nuestros deberes. Claramente nos lo dijo nuestro Señor en el santo evangelio: Mi primer *mandamiento* os dice que améis á Dios sobre todas las cosas; el segundo es parecido al primero: y al prójimo como á tí mismo.—*Secum autem simile est huic: Diliges proximum tuum sicut teipsum.* (*Math. 22*). Este es mi gran precepto: *Hoc est præceptum meum* sobre el que descansa toda la ley: *Universa lex pendet.*

El distintivo con que os ha de reconocer por discípulos míos, será el de que os amaréis los unos á los otros.—*In hoc cognoscunt omnes quia discipuli mei estis si dilectionem habueritis ad invicem.* (*Joan. 13*).

No ha quedado sin efecto esta imperiosa recomendación de Nuestro Señor. Al cristianismo pertenece la gloria de haber traído al mundo este nuevo mandamiento y haberle implantado en las costumbres transformadas por su acción fecunda y saludable. Los cristianos han probado al través de todos los siglos que son discípulos de Nuestro Señor queriéndose mutuamente y conservando el distintivo que les dió.

Tenían además, como la tenemos nosotros, otra razón para practicar la caridad fraternal: y es el ejemplo que nos ha dado la Santísima Virgen.

María amó á su prójimo durante su vida mortal, y estamos seguros de ello á pesar de que nada dice sobre esto el evangelio. Su amor se confundió con el amor de su Hijo, y ¿quién como su Hijo ha amado á los hombres?

Yo os aseguro que el amor de María ha traspasado todos los límites relativos á esta clase de sacrificio.

La prueba más grande de amor, dice el evangelio, es morir por aquél á quien se ama.—*Majorem hac dilectionem nemo habet ut animam suam ponat quis pro amicis suis.* (*Joan. XV*).

Estas palabras deben aplicarse enteras á la Santísima Virgen. Si no se tratara del santo evangelio me atrevería á decir que con respecto á María no dice toda la verdad, porque María ha hecho más que si hubiese dado su vida por nosotros, puesto que nos dió la vida de su Hijo, que le era más querida que su propia vida. Esta donación la hizo, no una vez, sino muchas veces; la repitió tantas veces cuantos fueron los latidos de su corazón. «¡Muera mi Hijo para que se salven los hombres!» Tal es el ofrecimiento que hizo durante toda su vida; ved hasta qué punto nos amó. Cuando en la solemne investidura del Calvario, le dió Dios el cargo de la maternidad humana, ¿rehusó acaso los deberes inherentes á esta cualidad de Madre de los hombres? No por cierto. Los siglos, los pueblos y los individuos nos declaran que María tiene un corazón de Madre y que nos ama á todos como á sus hijos. Cuando se habla de María nunca se habla de su insensibilidad, ni de su severidad ni de su justicia. En toda la tierra no se levanta más que esta sola voz: María es la Madre de la Misericordia; María es la Madre del Amor.

Esto es lo que todos creemos, lo que todos sentimos y nos llena de confianza. Mientras podemos cantar su ternura infinita, digámosle en coro:

«Oh María, deja caer en nuestro corazón una llama del amor que consume el tuyo. La tierra se cubre por desgracia de indiferencia, de egoísmo, de odio y de maldad. Haz que á pesar de todos estos males amemos á los hombres como á nuestros hermanos, que les amemos sin medida para que con este signo nos reconozcan como hijos de Jesús é hijos tuyos.—ASÍ SEA.

MARIA EN EL CENACULO EL DIA DE PENTECOSTES

DIA VEINTIOCHO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Et erit post hæc: effundam spiritum meum super omnem carnem. Sed et super servos meos et ancillas, in diebus illis effundam spiritum meum.

Joel, II, 28.

Spiritus Domini super me eo quod unxerit Deux me; ad annuntiandum mansuetis misit me, ut mederer contritis corde, et prædicarem captivis indulgentiam, et clausis apertionem: ut consolarer omnes lugentes, ut ponerem lugentibus Sion, et darem eis coronam pro cinere, oleum gaudii pro luctu, pallium laudis pro spiritu mœroris, et vocabuntur in ea fortes justitiæ, plantatio Domini ad glorificandum.

Isa, LXI, 1.

Vos autem sacerdotes Domini vocabimini, ministri Dei nostri, dicetur vobis. Pro confusione vestra duplici et rubore laudabunt partem suam, propter hoc in terra sua duplicia possidebunt, lætitia sempiterna erit eis, et dabo opus eorum, in veritate, et fœdus perpetuum feriam eis, et scient, in gentibus semen eorum, et germen eorum in medio populorum. Omnes qui viderint eos, cognoscent illos, quia isti sunt semen cui benedixit Dominus. Gaudens gaudebo in Domino, et exultabit anima mea in Deo meo,

La prueba más grande de amor, dice el evangelio, es morir por aquél á quien se ama.—*Majorem hac dilectionem nemo habet ut animam suam ponat quis pro amicis suis.* (*Joan. XV*).

Estas palabras deben aplicarse enteras á la Santísima Virgen. Si no se tratara del santo evangelio me atrevería á decir que con respecto á María no dice toda la verdad, porque María ha hecho más que si hubiese dado su vida por nosotros, puesto que nos dió la vida de su Hijo, que le era más querida que su propia vida. Esta donación la hizo, no una vez, sino muchas veces; la repitió tantas veces cuantos fueron los latidos de su corazón. «¡Muera mi Hijo para que se salven los hombres!» Tal es el ofrecimiento que hizo durante toda su vida; ved hasta qué punto nos amó. Cuando en la solemne investidura del Calvario, le dió Dios el cargo de la maternidad humana, ¿rehusó acaso los deberes inherentes á esta cualidad de Madre de los hombres? No por cierto. Los siglos, los pueblos y los individuos nos declaran que María tiene un corazón de Madre y que nos ama á todos como á sus hijos. Cuando se habla de María nunca se habla de su insensibilidad, ni de su severidad ni de su justicia. En toda la tierra no se levanta más que esta sola voz: María es la Madre de la Misericordia; María es la Madre del Amor.

Esto es lo que todos creemos, lo que todos sentimos y nos llena de confianza. Mientras podemos cantar su ternura infinita, digámosle en coro:

«Oh María, deja caer en nuestro corazón una llama del amor que consume el tuyo. La tierra se cubre por desgracia de indiferencia, de egoísmo, de odio y de maldad. Haz que á pesar de todos estos males amemos á los hombres como á nuestros hermanos, que les amemos sin medida para que con este signo nos reconozcan como hijos de Jesús é hijos tuyos.—ASÍ SEA.

MARIA EN EL CENACULO EL DIA DE PENTECOSTES

DIA VEINTIOCHO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Et erit post hæc: effundam spiritum meum super omnem carnem. Sed et super servos meos et ancillas, in diebus illis effundam spiritum meum.

Joel, II, 28.

Spiritus Domini super me eo quod unxerit Deux me; ad annuntiandum mansuetis misit me, ut mederer contritis corde, et prædicarem captivis indulgentiam, et clausis apertionem: ut consolarer omnes lugentes, ut ponerem lugentibus Sion, et darem eis coronam pro cinere, oleum gaudii pro luctu, pallium laudis pro spiritu mœroris, et vocabuntur in ea fortes justitiæ, plantatio Domini ad glorificandum.

Isa, LXI, 1.

Vos autem sacerdotes Domini vocabimini, ministri Dei nostri, dicetur vobis. Pro confusione vestra duplici et rubore laudabunt partem suam, propter hoc in terra sua duplicia possidebunt, lætitia sempiterna erit eis, et dabo opus eorum, in veritate, et fœdus perpetuum feriam eis, et scient, in gentibus semen eorum, et germen eorum in medio populorum. Omnes qui viderint eos, cognoscent illos, quia isti sunt semen cui benedixit Dominus. Gaudens gaudebo in Domino, et exultabit anima mea in Deo meo,

quia induit me vestimentis salutis, et indumento justitiæ circumdedit me, quasi sponsam ornatam monilibus suis. Sicut enim terra profert germen suum et sicut hortus semen suum germinat, sic Dominus Deus germinabit justi iam, et laudem coram universis gentibus.

Ibid.

Videbunt gentes justum tuum, et cuncti reges inclytum tuum, et vocabitur tibi nomen novum quod os Domini nominavit et eris corona gloriæ in manu Domini, et diadema regni in manu Dei tui Gaudebit super te Deus tuus, Constitui custodes: tota die et tota nocte in perpetuum non tacebunt, qui meminiscimini Domini, ne taceatis et ne detis silentium, donec stabiliat, et ponet laudem in terra. Transite, transite per portas, præparate viam populo, planum facite iter, relevate signum ad populos.

Ibid.

Ecce Dominus auditum fecit in extremis terræ, dicite filiæ Sion: Ecce Salvator tuus venit, ecce merces ejus cum eo et opus ejus coram illo. Et vocabunt eos populus sanctus, redempti a Domino.

Id., LXII, 2.

Ego quasi terebinthus extendi ramos meos, et rami mei honoris et gratiæ: ego mater pulchræ dilectionis et timoris, et agnitionis et sanctæ spei: in me gratia omnis vitæ et virtutis. Spiritus meus super mel dulcis. Videte quoniam non soli mihi laboravi, sed omnibus exquirentibus veritatem.

Eccli., XXIV, 22.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Entonces bajaron del monte de los Olivos para dirigirse á Jerusalén. Desde el día de la Ascensión hasta el momento en que recibieron el Espíritu Santo el día de Pentecostés, el colegio apostólico empleó todo este tiempo preparándose para la venida del Espíritu Santo por medio de la oración, del ayuno, de los ejercicios espirituales y del recogimiento. Cuando bajó el Espíritu divino, cada uno de ellos recibió la gracia con tanta más abundancia cuanto fueron mayores los méritos de dignidad y

amor que había obtenido. Y como María les excedía á todos por las disposiciones interiores que tenía en su corazón, no es de admirar que recibiera para sí una sobreabundancia de bienes celestiales más considerable que la que penetró en el alma de todos los apóstoles juntamente. (*B. Dionysi. Chartusiani. hom. de Laud. B. M. V. 1. 2*).

II. El día de Pentecostés bajó el Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego, como lo dice el evangelio: «Y se les aparecieron unas lenguas repartidas como de fuego y reposó sobre cada uno de ellos.» Sin duda para demostrar que los apóstoles recibieron el don de lenguas, es decir, la facultad de hablar cuando quisieran todos los idiomas conocidos. Y como la Santísima Virgen estaba con los apóstoles, orando con ellos cuando el Espíritu Santo vino del cielo, es de creerse que tuvo un gran participio en este admirable favor. (*S. Antonini. arch. Florentin. in. adr. B. M. V*).

III. Aunque no estaba destinada por Dios para correr el mundo y predicar el evangelio como los apóstoles, convenía, á título de gracia y de sobreabundancia de favores espirituales que no careciera de este privilegio. Así es como el Hijo de Dios, sin haber recibido ostensiblemente el don de lenguas, puesto que sólo predicó en la Judea, como lo dice Él mismo: «Sólo soy enviado para reunir las ovejas descarriadas de Israel» las poseyó á pesar de todo, según Santo Tomás nos dice en su Suma; y esto no fué inútil, aunque no tuvo necesidad de ello, porque sirvió para dar mayor realce á su mérito. (*Id. Ibid.*)

IV. Había otros motivos para que María no careciese de este privilegio. Aunque no estaba destinada para la predicación, es muy verosímil, ó por lo menos así lo suponemos, que varios de los numerosos prosélitos que abrazaron en diversos países la nueva fe, no hablarían la lengua de los judíos. En masa se presentaban, sobre todo, después de la Ascensión de Jesucristo, para visitar,

oir y honrar á la que era muy conocida como madre del Mesías. Como María estaba llena de caridad y no podía engañarse en sus palabras, tenía con ellos dulces coloquios, les consolaba, respondía á sus preguntas y les prodigaba la enseñanza de varios idiomas según el país que habitaban ó aquel en que se habían criado. Dios te salve á tí, que estás llena de esta nueva gracia. (*Id. Ibid.*)

V. Considerad, amados míos, que María tenía el don de lenguas de que nos habla el Salmista cuando dice: «Repartida está la gracia en tus labios;» y el libro de Judith que dice: No hay en la tierra una mujer como vos, ni por la mirada, ni por la hermosura, ni por la inteligencia del sentido oculto de sus palabras. (*S. Bonav. in Specul. B. M. V*).

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

I. María consuela en el cenáculo á los apóstoles.

Después de la Ascensión de Nuestro Señor, dice el evangelio, María, los apóstoles y las santas mujeres se retiraron en el cenáculo y allí perseveraron en la oración. Estaban tristes por la pérdida que acababan de sufrir. Poco iluminados aún, se veían privados de nuevo del que cautivaba todas las potencias de su alma. María les consolaba y preparaba su alma para la visita del Espíritu Santo. Oraban juntos y hallaban en la oración el consuelo de su amargura; la oración les fortalecía. María era como la madre de todos. Les hablaba de Jesús, á quien tanto había amado, y les predijo muchas cosas que sucedieron más tarde.

II. María instruye en el cenáculo á los apóstoles.

Cuando vino el Espíritu Santo á los apóstoles les enseñó sin duda muchas cosas, porque, pobres pescadores

de un lago de Judea, fueron la luz de las naciones. Pero por vasta que fuere la ciencia que les infundió, no les desnudó de los medios naturales que tenían de instruirse ni tampoco les dispensó de ellos. ¿Qué conocimientos tenían de los treinta primeros años de la vida de Jesucristo? Casi ningunos. Sólo María sobrevivió á los pastores, á los magos, á Simeón, á Isabel y al mismo José, y ella era el único testigo, no sólo de la Encarnación del Verbo, sino de la Natividad, de la Adoración de los magos, de la Presentación en el templo, de la huida á Egipto y de la sabiduría de Jesús entre los doctores.

Acerca de todas estas cosas, instruía María á los apóstoles en el cenáculo y después de Pentecostés. Por ella han llegado todas estas cosas á nosotros, de modo que María es el verdadero fundamento de nuestra fe.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. Después de la Ascensión de mi Hijo, he vivido largos años en este mundo, y Dios lo quiso así para que en vista de mi paciencia y de mi conducta le llevase multitud de almas y fortaleciese el valor de los apóstoles y de los demás elegidos. La disposición natural de mi cuerpo exigía también que viviese yo muchos años para que fuese así más gloriosa mi corona. Con efecto, en todo el tiempo que viví después de la Ascensión de mi divino Hijo, visité los lugares en donde sufrió y obró sus maravillas. Su pasión estaba de tal modo fija en mi corazón, que, ya fuera que me entregara al descanso, ya que me ocupara en mis faenas caseras, su recuerdo estaba siempre fijo en mi memoria. Estaban además de tal manera desprendidos mis sentidos de la tierra, que me sentía constantemente inflamada de nuevos deseos y me ejercitaba así para nuevos dolores. Pero de tal modo templaba mi sufrimiento y mi alegría, que nada omitía con respecto al servicio del Señor. Vivía por último de tal modo entre los hombres, que excepto un módico alimento, jamás fijé mi atención en lo que ellos buscan más, ni lo empleé en mi persona. (*Santa Brígida, Revelaciones, lib. VI, cap. XLI*).

II. Todos perseveraban en la oración, dice San Lucas, con las santas mujeres y María madre de Jesús, y sus hermanos. Tales son las personas

con quienes vivió María en la escuela de la virtud después de la Ascensión del Salvador. Entre ellos medita la ley de los mandamientos de Dios, para ser ella misma la regla de la disciplina de Jesucristo y un ejemplo de edificación para las vírgenes. María se complace en vivir acompañada de los testigos de la resurrección, de la que fué ella misma el principal testigo. Vive con los senadores del cielo, en la corte del paraíso, bajo la dirección del Espíritu Santo y formada para toda ciencia por la Trinidad entera.—(*J. Hieron, presbyt. Epist. ad Paul et Eustoch. cap. IV*).

III. Perseveraban todos en la oración con María, madre de Jesús. Trátase de los apóstoles que, después de la Ascensión del Señor, se reunieron en un mismo lugar para esperar la visita del Espíritu Santo que el Señor les había prometido. Os enviaré de parte de mi Padre el espíritu de verdad, les dijo: María es la primera á quien encontramos en el primer rango de estas falanges del gran rey de esta tropa bendita, cuya vida no era ya de esta tierra. Allí estaban reunidos como en familia; era como un festín de boda y María dijo á Jesús: No tienen vino. Con efecto, eran unas bodas solemnes que se celebraban entre Jesucristo y su Iglesia y los apóstoles debían publicarlas más tarde. Allí estaban con esta santa Madre, y carecían de este vino de la perfecta caridad, porque no les había visitado todavía el Espíritu Santo. He aquí porque levantando los ojos al cielo, pidió á Jesús que completase su obra. No tienen vino, dijo, éstos que están convidados al festín de las bodas. Y se prosternó delante de ellos, é hizo que subiera hasta el cielo esta ardiente plegaria: "Enviad vuestro Espíritu y se formará una nueva creación, es decir, se transformarán el corazón y el espíritu de los hombres y renovaréis la faz de la tierra."—(*S. Antonino, arch. Florent de B. V. M*).

IV. ¿No creeis que era útil y hasta necesario para nuestra fe, que después de la Ascensión pasara María algún tiempo entre los apóstoles y conversara con ellos muchas veces? Sin duda que al visitarles el Espíritu Santo les reveló toda verdad; pero esta verdad no sólo la poseía María por obra común de la revelación hecha en el cenáculo, sino que le había sido comunicada, como más digna, de una manera más abundante. Añádase á esto que ella podía enseñar á los apóstoles muchas cosas que sabía, no sólo por la ciencia que se le había concedido, sino por la experiencia y por las circunstancias de su vida, mezclada con la de su divino Hijo.—(*S. Anselm. de Excellent B. M. V. cap. VII*).

V. Hay tiempos para hablar y tiempos para callar, dice Salomón. No ignoraba esto la Virgen, sabia y prudente por excelencia. He aquí por qué queriendo el Esposo místico hacer en el cántico de los cánticos el elogio de su silencio y reserva, dice: "Mi hermana, mi esposa es un jardín cerrado; un jardín cerrado y una fuente sellada."

Mientras debió vivir el Hijo del hombre en la tierra en una condición inferior á la de los ángeles, comprendió la bienaventurada Virgen que para ella reinaba el tiempo en que debía guardar silencio. Sus labios fueron como un jardín cerrado y como una fuente sellada. Pero después que el Hijo del hombre se coronó de gloria por su Resurrección y Ascensión, después que hubo ocupado su lugar á la diestra del Padre, comprendió María que había llegado para ella el momento de hablar. Habló luego á sus amigos, es decir, á los apóstoles y les dijo cosas que antes no hubieran comprendido. Cuando llegó el Espíritu de verdad, Él fué el primero que les habló y les enseñó toda verdad. Es innegable que El fué el primero y principal maestro de sus espíritus; pero la bienaventura Virgen á todas estas enseñanzas añadió el testimonio de su palabra, y lo que dijo á sus dóciles oidos era tan admirable y verdadero, que Dios, su muy amado, aprobando sus palabras y su doctrina, le mandó este elogio verdadero: "Las palabras que brotan de tus labios son como un rayo de miel; porque tu lengua destila leche y miel."—(*V. Rupperti Abb. in cap. II. sus Matth.*)

VI. María no quedó en vano sobre la tierra después de la Ascensión de su Hijo. Tenía que hacer en ella una obra capital, una obra que debía abrir el camino á la de Dios: la obra de la fe cristiana.....

Y ahora ¿quién habrá en la compañía de los apóstoles, que dé testimonio de los treinta años anteriores de la vida del Salvador, de los misterios proféticos de su infancia, del misterio glorioso de su nacimiento, y en fin y principalmente del grande y fundamental misterio de su concepción divina, de la *Encarnación!* ¡Qué feliz tesorero de esta riqueza vendrá á echarla en la masa apostólica?

Evidentemente, esta es la parte de la Virgen Santísima, de *María, Madre de Jesús* que el historiador sagrado os muestra en el cenáculo, *unida á los apóstoles en un mismo espíritu;* mención tanto más significativa en este sentido, cuanto ese historiador es San Lucas, el evangelista de estos misterios, queriendo expresar con ella que de María había provenido su testimonio; de María, que según él dice en su evangelio, *los había guardado en su corazón.* San Anselmo no lo duda "No obstante el descendi-"miento del Espíritu Santo, dice, muchos grandes misterios fueron reve-"lados á los apóstoles por María." *Plura tamen incomparabiliter per Mariam revelabantur.*

Con efecto, Dios que, según hemos dicho, utiliza cuanto hay bueno en los medios humanos; que empleaba, purificándolo, el testimonio grosero de los apóstoles; que les había inspirado reemplazaran el testimonio del apóstata eligiendo un testigo del mismo orden, no habría ciertamente omitido el testimonio de la más santa de las criaturas, la mejor informada y la más fiel. No hubiera desdeñado darse para testigo á la que se había dado por Madre.

Antes bien, la inducción más lógica y luminosa nos lleva á considerar el testimonio de María como una extensión de su divina maternidad.

En el retrete de Nazareth, la vemos cooperar con el Espíritu Santo á la Encarnación del Hijo de Dios: en el cenáculo de Jerusalén, la vemos cooperar con el mismo Espíritu de verdad, á la manifestación de este gran misterio. En Nazareth, ofrece á Dios su casto seno, y el Espíritu Santo obra en él la Encarnación del Verbo: en Jerusalén, suministra á la Iglesia el testimonio de este misterio, y el Espíritu Santo obra su inteligencia en los apóstoles. En Nazareth, viene sobre ella el Espíritu Santo, y por medio de su consentimiento hácese Madre de nuestro Dios: en Jerusalén,

viene sobre ella el mismo Espíritu, y mediante su testimonio hácese Madre de nuestra fe.—(*Faber, María al pie de la cruz, cap. XXI*).

VII. El silencio de María, que puede llamarse la virtud favorita de la más sensata de las criaturas, se refleja en la historia de su vida. No parece sino que en el espacio que media entre el cenáculo y su muerte no estaba en el mundo. Sólo se sabe que vive constantemente con Juan, su Hijo adoptivo ¿A qué edad murió? Todos admiten que fué en edad muy avanzada. Al aceptar, como generalmente se acepta, que murió de sesenta años, resultaría que habría sobrevivido á su Hijo de catorce á quince años. ¡Qué luto tan largo! Una vida semejante fué una muerte no interrumpida. Por esto nos la pintan los historiadores sagrados como nutriéndose con los recuerdos del Calvario, y no consolándose de su dolor sino en la comunión, en la oración y en el ejercicio de su maternidad espiritual. Unas veces en Epheso y otras en Jerusalén, no apartaba de esos lugares sus miradas, y sólo se apartaban de allí para fijarse en el Calvario, donde acontecieron tantos misterios de amor y consagración, donde vió morir á su Hijo por la salud de los hombres y donde fué proclamada madre de todos ellos.

Cuando dejaba momentáneamente su retiro, rodeábala la más profunda veneración. Apacible y silenciosa, sólo pronunciaba el nombre de Jesús, y palabras de paz y ternura maternal. En el lugar santo, y sobre todo, en la mesa Eucarística, sólo por milagro dejaba de sucumbir á los transportes de la oración y á la embriaguez de su amor. ¡Dichosos los pobres que recibían la limosna de sus manos! ¡Dichosos los niños que la bendijeron! ¡Dichosos los afligidos á quienes consoló! ¡Dichoso sobre todo, mil veces, el discípulo amado que no perdió de vista ni un instante el ejemplo de sus virtudes y que pudo consolar á tan noble afligida! ¡Cuántos ardientes deseos, cuántos suspiros inflamados debió escuchar el hijo edoptivo de María! La resignación más sublime no está exenta de desear que se apure el cáliz de prueba, sobre todo cuando, no el sufrimiento, sino el amor de ver á Dios, es el que sostiene la languidez del alma No provenía la languidez de María del sentimiento de su dolor, sino del ardor de sus deseos. Los que amais con pasión comprendéis las agonías de la ausencia; pero no comprendéis bastante cuán amargas eran las que sentía María por la ausencia de Jesús. Bien pudo con toda verdad exclamar como exclamó: "¿Así me separa una muerte amarga?" (I. Reg., XV., 32). ¿Cómo pudo agradar á Dios prolongar por tanto tiempo la existencia de María?

Nadie en la tierra puede resolver esta cuestión. Acatemos humildemente la voluntad del Altísimo. No parece sino que un rayo de la sabiduría divina alumbra un rincón del cuadro que acabamos de bosquejar. María sobrevivió largos años á su Hijo, para llegar á la consumación de la virtud por medio de la paciencia más heróica. Sobrevivió á su Hijo para tener el tiempo necesario para ejercer en la tierra la maternidad que debía ejercer en el cielo. Sobrevivió á su Hijo para aconsejar, animar y consolar á los apóstoles, perseguidos tan luego como los conocían, y para servir de ejemplo á los fieles, nuevos en las prácticas del evangelio.

Parécenos además que las necesidades de la Iglesia naciente son la causa principal de la prolongación de los días de María. Sangriento aun con

la víctima del Calvario, fué atacado el cristianismo por los judíos; la Sinagoga le abrió las cárceles, descargó su látigo sobre las personas de los apóstoles y quiso cortarle la cabeza en la persona de Estéban. El pueblo deicida odiaba la cualidad de Mesías que autoritativamente había tomado Jesucristo, y también su divinidad. Efectivamente, atacaba de este modo el punto capital y la basa del cristianismo. ¿No era mucho agregar á la palabra de los apóstoles que la afirmaban, la afirmación de María, que era su primero y el más esencial de los testigos? Todos podían afirmar la relación de los apóstoles y de los evangelistas sobre la vida pública de Jesús; pero la perpetua virginidad de su madre, la anunciación, las inquietudes pasajeras de José calmadas por un ángel, la visita hecha á Isabel y las proféticas expresiones cambiadas en esta entrevista, los pormenores del nacimiento de Jesús, el cántico celestial, la adoración de los pastores, los presentes de los magos, el oráculo del viejo Simeón, la huída á Egipto y el regreso del destierro por mandato de un ángel, el carácter elevado de la sumisión del Niño á María y José, ¿quién podía asegurar todo esto como testigo ocular, tantos hechos maravillosos, algunos de los cuales sirven de base al edificio de la religión y forman todos ellos la gloria del Redentor y sirven para nuestra edificación? ¿Quién podía hacerlo? Sólo María. No convenía que ella afirmara por su propia boca lo que sobre todo esto decían los apóstoles, y que confundiera en presencia de los judíos á los primeros herejes cuya infernal tarea consistía en negar la divinidad de Jesucristo? ¿Podían dejar de creerla? ¿Quién podía dudar de las palabras de San Juan, cuyo evangelio parece no tener más objeto que establecer este dogma sagrado, de San Juan que supo de su boca lo que no había visto con sus propios ojos, oído con sus orejas ó comprendido en su corazón, cuando reposó en el pecho de su maestro? La vida prolongada de María daba á la Iglesia naciente un apoyo tanto más sólido cuanto que la sinceridad de su testimonio hacía resaltar con más brillo el heroísmo de su vida.

Otro testimonio dado por María era de mucha fuerza. Este testimonio era la obediencia que prestaba á la Iglesia, de la que, siendo la reina, era su hija más sumisa. Esta obediencia servía maravillosamente para formar la inteligencia de los neófitos, que desconocían la disciplina del espíritu y del corazón. ¿Quién hubiera podido resistir de buena fe á la autoridad eclesiástica, viendo la sumisión absoluta del Hombre Dios? ¿Quién hubiera podido dejar de creer en la Eucaristía, por ejemplo, cuando veía á la Virgen comulgar, y resistir al sacerdocio apostólico cuando ella obedecía dócilmente la voz de los apóstoles?

Todo esto, sin hablar de las inspiraciones que sugirió y ha de sugerir siempre á los doctores de la Iglesia, no es lo que ha hecho que la gratitud de todos los siglos la proclame reina de los apóstoles, así como por su admirable paciencia se la considera reina de los mártires? ¿No es verdad que todo esto justifica estas alabanzas de la Iglesia: "¡Oh María! ¡Vos sola habéis destruido todas las herejías?" (Of. de la S. V.) Asegurar la divinidad del Verbo encarnado y dar el ejemplo de sumisión á la Iglesia docente era destruir todos los errores.—(*Monseñor Pavy, obispo de Argel, Mes de María*).

ARTICULO V

PLATICA XXVIII

NUESTRA SEÑORA DE LA SALETA

No quise ser muy largo al hablar en mi plática anterior del amor que ha manifestado la Santísima Virgen á los hombres desde su Asunción. Esta es una tesis probada de antemano en todo corazón católico. Puede decirse que María ha atravesado todos los siglos haciendo bien. *Pertransivit benefaciendo.* La tierra toda con su animación, su devoción y sus fiestas, proclama en todos los puntos del orbe las maravillosas complacencias con que los ha favorecido en todas las épocas, pero tal vez en ninguna de ellas tanto como en la nuestra.

Efectivamente, en nuestros días hemos visto repetidos milagros. Acabamos de ver lo que pasa en Lourdes, y lo mismo podemos decir de la Saleta, donde se ha visto la aparición de la Reina del cielo, donde todos son testigos de millares de prodigios efectuados por su incesante amor. Esas manifestaciones sucesivas de la Santísima Virgen, acaecidas en los momentos en que nuestra patria corría grandes peligros, son una prueba grande de la tierna solicitud con que nos ve María y de los bienes inmensos que le debemos. La fe católica despierta y se afirma, como diría un militar, con tambor batiente y bandera desplegada.

Donde quiera que se levantan capillas, por todas partes resucita lo que dieron en llamar «costumbres de la Edad Media,» es decir, las romerías ó peregrinaciones. Los pueblos del Norte y del Mediodía se cruzan en las vías férreas, y algunas veces hacen parada en un mismo

punto; allí se saludan fraternalmente y sin conocerse se abrazan, porque se aman, y sus corazones laten unísonos en un común sentimiento de fe y de caridad.

Además, tan importantes demostraciones de hombres y mujeres, ostentando al aire libre sus creencias, han dado al enemigo un golpe de muerte, y hablo del enemigo que más víctimas ha causado tal vez en este siglo: me refiero al respeto humano.

Este cáncer fatal que corroe tantas almas débiles, sale de los antros de Satanás, que le considera el más poderoso de sus auxiliares. No habiendo conseguido el logro de sus deseos, el enemigo mortal de nuestra fe le reemplazó con la mofa y el sarcasmo. Y lo singular es, que los que jamás hubieran flaqueado tratándose de una lucha franca y abierta, retroceden y cejan ante un enemigo que no cuenta, para inspirar tanto terror, sino con la impotente malicia de una palabra ó de una simple mirada muchas veces más bien necia que maliciosa.

Avergonzarse de confesar la fe de Jesucristo; negarse á defenderla cuando más necesario es; renunciar á las prácticas religiosas; esconder sus sentimientos religiosos y sus creencias, simplemente por no desagradar, por temor de comprometerse y provocar la risa de los incrédulos; en una palabra, hacer que se desprecie la voluntad de Dios y someterse al capricho humano, poner el mundo antes que Dios, he aquí lo que se entiende por respeto humano.

Esto basta á mi modo de entender para conocer cuán odioso es un vicio que es á la vez contrario al honor y á la razón.

La historia presenta un hecho memorable que nos da muestra hasta dónde puede conducirnos este vicio; este hecho es la condenación de Jesús por Pilatos. Sabe éste que Jesús es inocente; él mismo lo declara públicamente y en alta voz, y sin embargo, se deja arrastrar hasta el

punto de condenar á Jesús á muerte. ¿Quién le ha dictado esta sentencia? ¿Quién le ha obligado á cometer una infamia semejante? El miedo y sólo el miedo. Los acusadores de Jesús no hicieron otra cosa sino hablar á Pilatos del disgusto del César; esto bastó para que triunfaran. Al considerar que podía el César estar enojado, Pilatos, en vez de erguirse en su ultrajada dignidad, tiembla en su tribunal, y hollando con sus propios pies la honra y la justicia, da una sentencia de muerte contra el inocente. Tal es con todo su horror el respeto humano puesto en acción. Al oír la sentencia, la muchedumbre que rodea al juez deja estallar su sanguinaria satisfacción por medio de estrepitosos aplausos. Mas la embriaguez del delirio dura sólo unos cuantos momentos, y la conciencia humana pronuncia á su vez la sentencia de Pilatos, sin perdonarle y sin que le perdone jamás. Tal es el crimen del cobarde á quien el miedo hizo obrar tan vilmente; los siglos pasarán y la humanidad seguirá maldiciendo su nombre.

¡Cuántos hombres cometen en nuestros días el mismo crimen sin apercibirse de ello! lo hacen sin saberlo, pero ¿son por eso menos culpables? Hacer traición á la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, hacer traición á la verdad, á la moral y á las leyes que ella nos impone, es hacer traición al mismo Jesucristo, es posponerle al mundo, es ser peor que Barrabás. Los soldados del pretorio le escupieron la cara; y no hacen por cierto otra cosa los que se hacen cómplices del respeto humano.

¿Somos hijos de Dios y nos avergonzamos de El? ¿Somos cristianos y nos da miedo confesarlo? Llevamos en la frente desde nuestro bautismo el signo de la honra y de la gloria, ese signo inmortal, ese signo sagrado, y quisiéramos borrarlo de ella y pisotearlo, parecidos al soldado, que en vez de enarbolar el pendón confiado á su valor lo arrastra en el lodo.

Cuidado, hermanos míos; no olvidemos que el que de este modo desconoce su origen, su nobleza y sus deberes; el que teniendo la fe en el alma trata de ocultarla exteriormente, podrá ciertamente esquivar algunas frases irónicas y desagradables y quedar bien ante algunos, pero nunca podrá ser tenido por hombre de honor. El honor es el patrimonio de los hombres de principios, de los valerosos, de los que son fieles y de los que saben confesar altamente y con orgullo que tienen temor de Dios.

El mundo sabe muy bien todo esto y nunca estimará á los que semejantes á las veletas giran según el viento que sopla; al contrario, despreciará siempre á los que cobardemente se ocultan cuando llega el tiempo de presentarse. Este es el juicio que en esta vida les espera.

Respecto del que en la otra les espera si no se convierten, será espantoso. Nuestro Señor nos prueba en el Evangelio cómo tratará á los que se avergüencen de Él. «El que se afrentase de mí y de mis palabras, se afrentará de él el Hijo del hombre, cuando viniere con su majestad y con la del Padre.» *Qui me erubuerit et meos sermones, hunc filius hominis erubescet cum venerit, in majestate sua.* (Luc., IX, 26).

Hermanos míos, no titubeemos por más tiempo. Pertenecemos á la raza de los mártires y de los santos, es decir, que estamos en las filas de los valientes y jamás tendremos miedo. El día de nuestra confirmación, el obispo trazó en nuestras frentes el signo glorioso de la cruz, no lo olvidemos y guardemos con orgullo nuestra fe.

Lo que nos pierde hoy, es que ya no hay fuerza moral y cada día desaparece más y más la energía que la sostenía. Es preciso que luchemos contra esta decadencia. Así lo exigen de nosotros la religión y la patria. Pongámonos, no del lado de los que se contentan con adorar á Dios en el santuario de su corazón ó en el de su familia, sino

de aquellos que rinden á Dios los homenajes públicos que le son debidos.

Lo he dicho ya, las almas católicas han recibido un soplo de vida y de valor que les viene directamente de nuestra buena Madre de la Misericordia. Los primeros grupos que se dirigían á los santuarios de María llevando la cruz en su pecho y en sus manos el santo rosario, provocaban la hilaridad de muchos; pero las oleadas de pasajeros que sin intimidarse á causa de las risas iban y venían sin cesar, pusieron coto á las injurias, que cesaron ya y no comenzarán de nuevo.

Los libre-pensadores no se ríen ya, sino que nos respetan, aun cuando sea mordiéndose los labios. Los católicos han acabado por preguntarse cuántos eran, y han visto que son millones; han arrastrado tras de sí á los vacilantes; los que eran ya fuertes han cobrado nuevo vigor, y hoy forman un ejército perfectamente organizado, compuesto de soldados decididos que creen y confiesan donde quieran lo que son y lo que valen. Unámonos con ellos.

No temamos, hermanos míos, porque con nosotros van la verdad, el derecho y la honra. Sólo el Evangelio puede salvar el mundo y las almas: pero confesándolo y proclamándolo. Esto será lo que hagamos todos nosotros con el favor de María. Así sea.

MUERTE DE LA SANTISIMA VIRGEN

DIA VEINTINUEVE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Cum acceperit Deus animam meam, honorem habebis matri tuæ omnibus diebus vitæ ejus.

Tob., IV, 3.

Tibi dixit cor meum: Exquisivit te facies mea; faciem tuam, Domine, requiram.

Psal., XXVI, 13.

Laus mea tua es, Domine; diem hominis non desideravi.

Jerem., XVII, 16.

Nomen tuum et memoriale tuum in desiderio animæ. Anima mea desideravit te.

Isa., XXVI, 8.

Attenuati sunt oculi mei suspicientes in excelsum, Domine.

Isa, XXXVIII, 14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de aquellos que rinden á Dios los homenajes públicos que le son debidos.

Lo he dicho ya, las almas católicas han recibido un soplo de vida y de valor que les viene directamente de nuestra buena Madre de la Misericordia. Los primeros grupos que se dirigían á los santuarios de María llevando la cruz en su pecho y en sus manos el santo rosario, provocaban la hilaridad de muchos; pero las oleadas de pasajeros que sin intimidarse á causa de las risas iban y venían sin cesar, pusieron coto á las injurias, que cesaron ya y no comenzarán de nuevo.

Los libre-pensadores no se ríen ya, sino que nos respetan, aun cuando sea mordiéndose los labios. Los católicos han acabado por preguntarse cuántos eran, y han visto que son millones; han arrastrado tras de sí á los vacilantes; los que eran ya fuertes han cobrado nuevo vigor, y hoy forman un ejército perfectamente organizado, compuesto de soldados decididos que creen y confiesan donde quieran lo que son y lo que valen. Unámonos con ellos.

No temamos, hermanos míos, porque con nosotros van la verdad, el derecho y la honra. Sólo el Evangelio puede salvar el mundo y las almas: pero confesándolo y proclamándolo. Esto será lo que hagamos todos nosotros con el favor de María. Así sea.

MUERTE DE LA SANTISIMA VIRGEN

DIA VEINTINUEVE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Cum acceperit Deus animam meam, honorem habebis matri tuæ omnibus diebus vitæ ejus.

Tob., IV, 3.

Tibi dixit cor meum: Exquisivit te facies mea; faciem tuam, Domine, requiram.

Psal., XXVI, 13.

Laus mea tua es, Domine; diem hominis non desideravi.

Jerem., XVII, 16.

Nomen tuum et memoriale tuum in desiderio animæ. Anima mea desideravit te.

Isa., XXVI, 8.

Attenuati sunt oculi mei suspicientes in excelsum, Domine.

Isa, XXXVIII, 14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cunctis diebus quibus nunc milito, expecto donec veniat commutatio mea.

Job., XIV, 14.

Quis mihi det te, ut inveniam te foris, et jam me nemo despiciat?

Cant, VIII, 1.

Spes quæ differtur affligit animam; lignum vitæ, desiderium veniens.

Prov. XIII, 12.

Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est! multum incola fuit anima mea.

Psal., CXIX, 5.

Sitivit anima mea; quam multipliciter caro mea!

Id., XLI, 2.

Oculus meus afflictus est, nec tacuit, eo quod non esset requies, donec respiceret et videret Dominus de cœlis.

Thren., III, 49.

Defecit anima mea in salutare tuum; et in verbum tuum supersperavi.

Psal., CXVIII, 81.

Defecerunt oculi mei in eloquium tuum dicentes: Quando consolaveris me?

Ibid., 82.

Nunc, Domine, secundum voluntatem tuam fac mecum, et præcipe in pace recipi spiritum meum; expedit enim mihi magis mori quan vivere.

Tob., III, 6.

Educ de custodia animam meam, ad confitendum nomini tuo; me expectant justi donec retribuas mihi.

Psal., CXLI, 8.

Melior est misericordia tua super vitas; labia mea laudabunt te.

Id., LXII, 3.

Fortis est ut mors dilectio; aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem.

Cant., VIII, 6.

Adjuro vos filiæ Jerusalem, ut nuntietis dilecto meo quia amore langueo.

Id., V., 8.

Ego dormio et cor meum vigilat: vox dilecti mei pulsantis. Surrexi ut aperirent dilecto meo.

Ibid, 2.

Unam petii, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitæ meæ.

Psal., XXVI, 6.

Concupiscit et deficit anima mea in atria Domini. Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum.

Id., LXXXIII, 1

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Hijo mío, en tus manos encomiendo mi espíritu. Dale buena acojida, porque si te es grata mi alma y no tiene mancha alguna, á tí te lo debo. A tí entrego mi cuerpo y no á la tierra. Preserva de la corrupción esta morada que tú mismo te dignaste elegir y á la que comunicaste con tu nacimiento un principio eterno de incorruptibilidad. Sé tú mismo, Hijo mío, el consolador de mis amados hijos á quienes te complaces en llamar hermanos tuyos; y á la bendición que yo les doy imponiéndoles las manos, dígnate añadir nuevas y abundantes bendiciones. (*J. Damasc. in Dormit B. M. V.*)

II. Levantando las manos, como tenemos el derecho de creerlo, hizo bajar del cielo sobre los apóstoles reunidos alrededor de su lecho, las gracias más abundantes. Terminada su última oración, murmuró una voz misteriosa: «Ven á tu eterno descanso, oh Madre bendita; levántate y ven, oh tú que eres la amiga de mi corazón, la más hermosa de las mujeres. El invierno pasó ya y comienza

la primavera, Ven, oh hermosa mía y amada mía. No hay en tí mancha alguna. Los olores que tú esparces, más gratos me son que todos los perfumes.» Y al oir estas palabras, María depositó su alma en las manos de su Hijo. (*Id. Ibid.*)

III. Los ángeles cantaban los himnos que para esta circunstancia compusieron; los apóstoles y los Padres á quien Dios inspiró, entonaban cánticos de acción de gracias que el cielo aplaudía..... Entonces el area del Señor bajó de la montaña de Sión en hombros de los apóstoles más venerables, como si fuese á tomar posesión de un templo ó á recibir homenajes. Y pasó por enmedio de Jerusalén como una nueva esposa adornada para el esposo á quien va á recibir. Así fué como llegó al valle de Gethsemaní precedida por legiones invisibles de ángeles y de todos los miembros de la Iglesia naciente. (*Id. Ibid.*)

IV. Y así como el rey Salomón para hacer colocar el arca en el templo del Señor, que él mismo había hecho construir, reunió á todos los sacerdotes en la montaña de Sión para quitar el arca del testamento de la ciudad de David que estaba en la misma montaña de Sión; así también en esta circunstancia, para transportar el nuevo tabernáculo, animado poco antes, en el que había habitado el Verbo de Dios, el nuevo Salomón, que es el verdadero príncipe de la paz y el criador de todas las cosas, llamó á todas las almas escogidas á las primicias del Nuevo Testamento, es decir, á los apóstoles, que se presentaron con todos los discípulos que estaban en Jerusalén. El santo cuerpo fué transladado por los apóstoles al sepulcro prepardo en Gethsemaní, donde comenzaron los cánticos y los himnos sagrados y los testimonios de amor y veneración, y donde se derramaron abundantes lágrimas. De este modo fueron depositados en el sepulcro los santos despojos de nuestra Madre. (*Id. Ibid.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

De ninguna manera y por ningún motivo lleguemos á creer que al sufrir la ley común de la muerte la sufrió María como los demás mortales. Todo en María fué sobrenatural. Un milagro le dió á Jesús y otro milagro debió devolvérselo; así también su vida, que estuvo llena de maravillas, terminar debía de una manera divina. ¿Cuál será el principio de esta muerte admirable y sobrenatural? El amor divino. Estudiemos este amor extraordinario y veamos su naturaleza, su causa, sus trasportes y los sufrimientos que ocasiona.

I. La muerte, que es para los hombres una causa de terror, fué para María un motivo de alegría.

El desterrado que suspira lejos de la patria y el prisionero que desea romper las cadenas que le sujetan, ó en una palabra, todos los que desean, todos los que suspiran por algo que esperan con afán, no hacen sino presentarnos una débil imagen de lo que pasaba en el corazón de María al acercarse el último instante de su destierro.

II. La muerte, que es para el hombre un dolor, fué un consuelo para María.

Lo que hace odiosa la muerte para el hombre, es el cúmulo de enfermedades y padecimientos que generalmente la acompañan. No sucedió lo mismo con María. De su cuerpo salió sin dolor la vida por excelencia, y la muerte debió entrar en él sin dolor también. María se apagó como una llama sagrada, arrastrada por un ímpetu del amor divino que la consumía.

III. La muerte es para el hombre una separación; para María fué una unión.

Morir es separarse de cuanto se ha amado en la tierra, parientes, amigos, riquezas, placeres y honores.

Para María, fué el último lazo que la separaba de su Hijo amado; era el velo que la ocultaba á sus ojos. Rompióse el lazo, y el velo se rasgó. Cuántas veces exclamó; *Cupio dissolvi et esse cum Christo!*

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. Llegó por fin este día hermoso y deseado, día en que le plugo al Señor llamarla de este destierro, día en que según se cuenta, se le apareció el Arcángel Gabriel cuando ella estaba en oración y arrasados los ojos de lágrimas, y le dijo: "Regocijaos, porque vuestra oración ha sido oída y se satisfarán vuestros deseos. Pronto vais á ser coronada según vuestros méritos y os glorificarán todas las glorias del paraíso." ¡Cuán grande fué su alegría al oir esta noticia, y cómo debió regocijarse por segunda vez su espíritu en Dios su Salvador!

Los apóstoles se juntaron de todas partes, y la rodearon juntamente con los otros santos que se hallaban en Jerusalén con el fin de asistirla; y mientras ellos estaban en oración, como nos lo relata San Dionisio, María, de rodillas y con los ojos fijos en el cielo, sin calentura, sin agitación, sin pesadumbre, sin dolor, ¡qué digo! con una alegría santa é inexplicables trasportes, entregó su alma hermosa y santísima en manos de su Hijo. La tumba recibió sólo por muy corto tiempo su cuerpo, porque no era digna la tierra de poseer un tesoro semejante. No era conveniente que el santuario en que había nacido un Dios, se viese reducido á cenizas, y que se corrompiese una carne sin mancha.—(*Santo Tomás de Villanueva, sermón cuarto de la Asunción de la Santísima Virgen*).

II. Si el grande apóstol San Pedro deseó romper las ataduras de su cuerpo para ir en busca de su Maestro que estaba á la derecha de su Padre, ¿cuál no sería la emoción de la sangre maternal? La ausencia del joven Tobías, que no duró más que un año, llenó de amargura el corazón de su madre. ¡Qué diferencia entre Jesús y Tobías! Y ¡qué sentimiento tan inmenso debía ser el de la Virgen viéndose separada por tanto tiempo de su Hijo único! Cuando veía morir á alguno de los fieles de este mundo, como por ejemplo á San Esteban y otros, exclamaba: Oh Hijo mío, ¿qué es lo que me reservas para lo futuro y por qué dejas que sea yo la última? El viejo Simeón, después de haberte abrazado no deseó otra cosa sino dejar esta vida; tan grato así es gozar de tu presencia aun cuando sea por un sólo momento. ¿No me será permitido por lo tanto el deseo de morir pronto para abrazarte en el santo trono de tu gloria? Deja que obre mi amor, que separará desde luego mi alma de este cuerpo mortal para llevarme junto á tí, para quien sólo vivo.

Si queréis creerme, almas piadosas, no os fatiguéis en indagar las causas de su muerte, que son las que acabo de explicaros. Este amor tan ardiente, tan fuerte y tan inflamado no la hizo exhalar ni un suspiro que no rompiera los lazos de su cuerpo mortal, ni dirigir un solo voto al cielo que no debiese llevar consigo el alma de María. Dije antes que la muerte de María fué milagrosa, pero ahora os digo que no fué su muerte un milagro, sino que fué más bien la cesación de él: el gran milagro estriba en que hubiese podido vivir María separada de su amado.—(*Bossuet, sermón primero sobre la Asunción de la Santísima Virgen*).

III. Escucha, hija mía: después que mi Hijo subió al cielo, viví en el mundo quince años, y además el tiempo que cuenta desde el día de la Ascensión al de mi muerte.

Un día que mis deseos de llegar donde está mi Hijo, eran más grandes que de costumbre; ví un ángel brillante como los que había visto antes y me dijo: "Vuestro Hijo que es nuestro Dios y Señor nuestro, me envía para anunciaros que ha llegado el momento de que os juntéis con él en cuerpo y alma, para que recibáis la corona que os ha sido preparada." Yo le respondí: ¿Conocéis el día y la hora de mi próxima salida de este mundo? Y el ángel me dijo: Los amigos de vuestro Hijo vendrán á sepultar vuestro cuerpo. Dicho esto, el ángel desapareció. Y me preparé para dejar esta tierra, visitando, según mi costumbre, todos los lugares en que mi Hijo padeció.

Un día que mi espíritu estaba arrobado en la contemplación de la caridad divina, mi alma se sintió repentinamente inundada de un gozo tan inefable que no podía dominarse, y ese éxtasis rompió sus lazos corporales. No puedes comprender las maravillas que ví y los honores que recibí del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ni las legiones de ángeles que acompañaron mi alma en su triunfo. No es posible que te formes una justa idea de todo esto, ni quiero explicártelo antes de que tu alma se haya separado de tu cuerpo, aunque algo te he dicho ya en la oración cotidiana que mi Hijo te ha inspirado. Los que me rodeaban cuando entregué mi espíritu, comprendieron por la luz extraordinaria que inundaba la casa, las cosas maravillosas que por mí se obraban. Los amigos de mi Hijo, milagrosamente enviados á mi lado, sepultaron mi cuerpo en el valle de Josafat, y se les unieron multitud de espíritus celestes, y los demonios no se atrevieron á acercarse. Mi cuerpo permaneció sepultado quince días y luego subió al cielo acompañado de muchos ángeles.—(*Santa Brígida, Revel., lib. VI, cap. LXII*).

IV. San Juan Damasceno cuenta que el mismo Jesús dió la comunión en Viático á María, diciéndole: "Tomad, madre mía, recibid de mis manos el mismo cuerpo que me disteis." María después de recibir con más amor que nunca esta última comunión, le dijo exhalando el último suspiro: "Hijo mío, en vuestras manos encomiendo mi espíritu. Os recomiendo esta alma que por vuestra bondad infinita creásteis y llenásteis de gra-

cias desde el principio y preservásteis de todo pecado por un privilegio único. Os recomiendo mi cuerpo, en el que os dignásteis tomar vuestro cuerpo y vuestra sangre. Os recomiendo también á mis queridos hijos, agregó señalando á los discípulos que estaban allí presentes. Mi separación les aflige: consoladles vos que les amais más de lo que yo les he amado todavía; bendecidles y dadles fuerzas para que obren grandes cosas para vuestra gloria.—(*San Ligorio, sermón sobre la Asunción*).

V. Jamás ha habido una muerte tan preciosa á los ojos de Dios como la de la Virgen, porque nunca hubo una vida tan llena de méritos como la suya. Saquemos la consecuencia de este principio. Puesto que convenimos en que una muerte sabiamente precedida de una vida buena, es el camino más recto y más seguro para llegar al puerto de salud; concluyamos de aquí que todos nuestros esfuerzos han de dirigirse á atesorar méritos que han de santificar según Dios nuestra muerte y hacerla dichosa

No sólo fué la muerte de la Santísima Virgen preciosa ante Dios por los méritos que la precedieron, sino por las gracias y los favores divinos que la acompañaron Una de las gracias fué que la Virgen no sintió al morir los dolores de la muerte, que los componen el temor y la pesadumbre que sentimos al acercarse la muerte. En ella se cumplieron las palabras de la Escritura: "Las almas justas están en las manos de Dios y no les tocará tormento de muerte.„ Esta gracia fué concedida á María porque era justa por excelencia y porque estaba enteramente desprendida de las cosas de la tierra.

Pero lo que sobre todo hizo preciosa la muerte de María ante Dios, fué la disposición de espíritu y de cuerpo con que la recibió. Disposición de espíritu: vió la muerte con los ojos puros de la fe, es decir, como el cumplimiento de sus deseos, como el medio para reunirse con su Hijo y con su Dios, cuya separación lloraba tanto tiempo hacía. Considerando así la muerte, la deseó con todos los ardores de la caridad más ferviente, y deseó más vehementemente que San Pablo "desprenderse de los lazos del cuerpo para vivir con Jesucristo,„ porque estas palabras del Apóstol jamás convinieron á nadie como á María.

Así deberían morir todos los cristianos; pero con vergüenza de la verdadera religión, la mayor parte mueren como paganos que no tienen ni fe ni esperanza, ó como hombres en quienes la esperanza de los bienes eternos se ha debilitado de tal modo, que la ha sofocado completamente el amor de los bienes visibles y presentes. Desórden es éste que deploramos todos los días, y del cual tal vez nosotros mismos no sabemos salvarnos. Hagámonos el ánimo desde ahora de disponernos con frecuentes deseos para esa santa muerte por la que suspiraron los justos y los amigos de Dios, y no con los labios, sino con el corazón, digamos todos los días á Dios: "Véanganos tu reino,„ porque sólo la muerte puede llevarnos al reino de Dios. Mas seremos incapaces de dirigir á Dios esta súplica si no vemos la muerte como la vió la madre de Dios.—(*Bourdalone, octava de la Asunción*).

VI. Sea cual fuere la muerte que nos toca, lleva siempre consigo un largo cortejo de pesares y luto: y sin embargo, ninguna ha sido tan dolorosa como la de Jesucristo. ¿Sucedió lo mismo con la de su madre? Todos los autores están de acuerdo en la creencia de que María sobrevivió á Jesús por milagro, porque al parecer era natural que expirara de dolor al pie de la cruz: y en que su muerte fué más bien la suspensión de este milagro de conservación que la continuación de una enfermedad ó de la disolución producida por la debilidad de los años. Aceptemos sin titubear esta interpretación de un hecho que es bajo todos los títulos digno de nuestras piadosas meditaciones.

Muchas veces se preguntan los fieles por qué moriría María puesto que estaba exenta del pecado original, que fué la causa de nuestra condenación. ¿No hubiera sido más digno de Jesús evitar á su madre la muerte y llevársela viva y en triunfo en presencia de sus discípulos, para coronarla inmediatamente en su cuerpo y en su alma? Los que así raciocinan, ni han comprendido á Dios, ni al Calvario, ni los tiernos designios que abriga la Providencia en favor de los hombres. María debía pagar su tributo á la muerte como todos. Debía pagarlo por Dios, por ella y por nosotros.

María ofreció en holocausto en el Calvario al Padre celestial, no sólo á su divino Hijo, sino á sí misma. En el holocausto nada se conservaba de la víctima; todo lo consumía el fuego en honor del Altísimo. Habiendo aceptado Dios el sacrificio de Jesús, preciso era que Jesús muriera para salvar el mundo, aunque hubiera podido rescatarle á un precio infinitamente menor: así como también María, habiéndose ofrecido en su amor por los hombres en holocausto con su Hijo, y habiendo aceptado Dios esta generosa disposición de su corazón, debía morir para contraer todo el mérito del sacrificio. Hubo pues, una exacta justicia por parte del Creador al querer que pagase María una deuda contraída voluntariamente, deuda de sangre, no derramada en la cruz ó bajo el filo de la espada, sino de una sangre que, helándose en sus venas, detuvo el curso de la vida corporal. Pudo, por lo tanto, decir con el Apóstol y con más razón que el Apóstol: "Suplo en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo.„ (Coloss., I, 24).

Para María y para el complemento de su virtud, era conveniente que muriese. La muerte es generalmente la más cruel de todas las pruebas de esta tierra, no sólo por los dolores que la preparan, sino muy especialmente por las renuncias que debemos hacer. La muerte nos separa de todo, rompe todos los lazos de la vida, es decir, los del corazón y los del cuerpo. Por esto la sumisa aceptación de la muerte, ya obligada por la naturaleza, ya aceptada por el martirio, es, en grados diversos, la prueba más grande de amor que puede dar la criatura á su Criador. "Puesto que agrada á Dios, consiento voluntariamente en que se apaguen mis ojos, en que se seque mi lengua, en que se paralicen mis pies y mis manos, en que mi corazón deje de latir, y en que se destruya mi cuerpo y echen sus restos en el sepulcro, para que hechos insensibles sean pasto de los gusanos. Consiento en dejarlo todo y en que todo me abandone. Adiós, oh bella naturaleza que tanto amé, muero contento de Dios.„ Esta es la abnegación más sublime y elevada, hasta cuando se esté en la flor de la edad,

¿Cómo hubiera podido el cielo privar á la Santísima Virgen de la oportunidad de ejercer un acto semejante de verdad? Después de haber apurado el cáliz de la amargura, ¿por qué no debió beber el bálsamo que quedaba en el fondo del vaso?

Cierto es que el amor era su única pasión y que su más ardiente anhelo era reunirse con Jesucristo. No veía en la muerte más que el cumplimiento de sus más gratos deseos. Cierto es también que no debía renunciar ni á los honores ni á los goces del bienestar que procura la fortuna. Cierto es también que, satisfecho de los profundos dolores de su alma, no la visitó en esa hora suprema con los sufrimientos que preparan de antemano y acompañan la agonía. Pero preciso era que se separase de Juan, el tierno hijo de su vejez, y que se perdiese para el amor de toda esa familia cristiana, deshaciéndose en lágrimas todos ellos al considerar que la perdían para siempre. Esta era la última herida que se dirigía al corazón de las más tiernas de las madres: tal fué el último dolor de esta vida cuya grandeza sobrenatural hubiera quedado sin esto sin terminar grandes cosas. La muerte fué su última victoria y su corona postrera.

Convenianos que muriese María El Calvario nos da motivos poderosísimos para que meditemos su muerte y la imitemos en nuestros últimos instantes. ¡Qué muerte tan gloriosa, y cuánta calma en medio de tantos sufrimientos! ¡Cuán serena murió en medio del oprobio y de las humillaciones! Rogó tiernamente por sus perseguidores y verdugos. Su muerte fué sin igual, pues fué como la de un Dios que era dueño de sí mismo y que entregó la vida como una carga que aceptó libremente y cuyo peso soportó con voluntad, rodeando su cruz con todas las grandezas y todos los prodigios que atestiguan su divinidad. Necesitábamos un modelo que se aproximara más á nosotros y que se hallase en las condiciones de nuestra naturaleza y de las necesidades que sufrió María no escogió ni el día ni el lugar de su muerte, ni las circunstancias que debían acompañarla. Oscura y sin brillo fué de modo que se ignoran los pormenores de ella. La Iglesia se conforma con decir, y lo mismo debemos decir nosotros, que María nos enseñó con su bienaventurada muerte, el difícil arte de morir, no sólo con resignación, sino con alegría. No preguntemos, pues, por qué á pesar de su absoluta inocencia murió María. Pidamos más bien á Dios que nos enseñe á morir como ella en la paz del Señor.—(*Monseñor Pavy, obispo de Argel, Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLATICA XXIX

NUESTRA SEÑORA DEL PUERTO

¿Sabéis, hermanos míos, por qué luchamos los católicos contra las influencias enemigas de nuestra fe y particularmente contra el respeto humano de que hablamos ayer? Porque somos amigos de la verdad, porque amamos la verdad y deseamos verla triunfar sobre todo, porque sólo ella puede llevar las almas á su verdadero fin, que es la inmortalidad bienaventurada. Claro es que si nuestros destinos debieran encerrarse en los estrechos límites de la vida presente, ningún objeto tendrían nuestros combates contra las pasiones. La razón, la cordura y la naturaleza, todo nos aconsejaría que viviésemos bien y siguiésemos la senda que nos trazara el mundo, en cuyos placeres y recreos deberíamos tomar parte. No cabe duda que es cómodo hacer lo que hacen los demás, ó cuando menos aprobar todo lo que hacen, porque esto no da nunca lugar á disputas.

Pero ¿será verdad que el hombre, criatura tan grande que ve perderse sus pensamientos y aspiraciones en las profundidades del infinito, está encerrado en los estrechos límites de su mísera existencia de unos cuantos años? Su historia, que comienza el día en que nace, ¿terminará al llenar la última página del libro de su vida, es decir, al dar el último suspiro? Sólo los orgullosos y enfermos del espíritu podrán sentar un problema semejante. Luengos años hace que nosotros los católicos hemos resuelto esta cuestión. Vergüenza nos daría terminar nuestras pláticas sin hablaros de nuestra inmortalidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Cómo hubiera podido el cielo privar á la Santísima Virgen de la oportunidad de ejercer un acto semejante de verdad? Después de haber apurado el cáliz de la amargura, ¿por qué no debió beber el bálsamo que quedaba en el fondo del vaso?

Cierto es que el amor era su única pasión y que su más ardiente anhelo era reunirse con Jesucristo. No veía en la muerte más que el cumplimiento de sus más gratos deseos. Cierto es también que no debía renunciar ni á los honores ni á los goces del bienestar que procura la fortuna. Cierto es también que, satisfecho de los profundos dolores de su alma, no la visitó en esa hora suprema con los sufrimientos que preparan de antemano y acompañan la agonía. Pero preciso era que se separase de Juan, el tierno hijo de su vejez, y que se perdiese para el amor de toda esa familia cristiana, deshaciéndose en lágrimas todos ellos al considerar que la perdían para siempre. Esta era la última herida que se dirigía al corazón de las más tiernas de las madres: tal fué el último dolor de esta vida cuya grandeza sobrenatural hubiera quedado sin esto sin terminar grandes cosas. La muerte fué su última victoria y su corona postrera.

Convenianos que muriese María El Calvario nos da motivos poderosísimos para que meditemos su muerte y la imitemos en nuestros últimos instantes. ¡Qué muerte tan gloriosa, y cuánta calma en medio de tantos sufrimientos! ¡Cuán serena murió en medio del oprobio y de las humillaciones! Rogó tiernamente por sus perseguidores y verdugos. Su muerte fué sin igual, pues fué como la de un Dios que era dueño de sí mismo y que entregó la vida como una carga que aceptó libremente y cuyo peso soportó con voluntad, rodeando su cruz con todas las grandezas y todos los prodigios que atestiguan su divinidad. Necesitábamos un modelo que se aproximara más á nosotros y que se hallase en las condiciones de nuestra naturaleza y de las necesidades que sufrió María no escogió ni el día ni el lugar de su muerte, ni las circunstancias que debían acompañarla. Oscura y sin brillo fué de modo que se ignoran los pormenores de ella. La Iglesia se conforma con decir, y lo mismo debemos decir nosotros, que María nos enseñó con su bienaventurada muerte, el difícil arte de morir, no sólo con resignación, sino con alegría. No preguntemos, pues, por qué á pesar de su absoluta inocencia murió María. Pidamos más bien á Dios que nos enseñe á morir como ella en la paz del Señor.—(*Monseñor Pavy, obispo de Argel, Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLATICA XXIX

NUESTRA SEÑORA DEL PUERTO

¿Sabéis, hermanos míos, por qué luchamos los católicos contra las influencias enemigas de nuestra fe y particularmente contra el respeto humano de que hablamos ayer? Porque somos amigos de la verdad, porque amamos la verdad y deseamos verla triunfar sobre todo, porque sólo ella puede llevar las almas á su verdadero fin, que es la inmortalidad bienaventurada. Claro es que si nuestros destinos debieran encerrarse en los estrechos límites de la vida presente, ningún objeto tendrían nuestros combates contra las pasiones. La razón, la cordura y la naturaleza, todo nos aconsejaría que viviésemos bien y siguiésemos la senda que nos trazara el mundo, en cuyos placeres y recreos deberíamos tomar parte. No cabe duda que es cómodo hacer lo que hacen los demás, ó cuando menos aprobar todo lo que hacen, porque esto no da nunca lugar á disputas.

Pero ¿será verdad que el hombre, criatura tan grande que ve perderse sus pensamientos y aspiraciones en las profundidades del infinito, está encerrado en los estrechos límites de su mísera existencia de unos cuantos años? Su historia, que comienza el día en que nace, ¿terminará al llenar la última página del libro de su vida, es decir, al dar el último suspiro? Sólo los orgullosos y enfermos del espíritu podrán sentar un problema semejante. Luengos años hace que nosotros los católicos hemos resuelto esta cuestión. Vergüenza nos daría terminar nuestras pláticas sin hablaros de nuestra inmortalidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El hombre ha nacido para la vida futura y tiene la eternidad por herencia. La tierra no es para él sino un lugar de paso: su patria es el cielo. No debemos por lo tanto fijar nuestra principal atención en las cosas de este mundo. Nuestros pensamientos, nuestras miradas y deseos, todo lo que forma nuestra vida debe dirigirse al cielo, punto supremo á que debe llegar.

Gozar del mundo, de sus placeres, de sus halagos y de sus lisonjas, no sería sino entregarse á unos gustos que pasan como una sombra, nos llevan sin sentirlo al dintel de la eternidad, y nos abandonan allí sin remedio y sin esperanza. Por el contrario, despreciar los humanos juicios, despreciar las vanidades de la tierra, huir las seducciones que nos tientan é imponer silencio á las pasiones desarregladas que nos llaman, y hacer todo esto por nuestra alma, he aquí lo que debemos practicar. La fe y la razón nos lo aconsejan con igual fuerza.

El negocio más importante para nosotros es, según la Sagrada Escritura, nuestra salvación. Todo lo demás es á su lado pequeño, y el mundo es como si no existiese.— *Quid prodest homini si mundum universum lucretur animæ autem suæ detrimentum patiatur?* No separemos nuestros ojos de este asunto, dirijamos á él nuestros pasos, aun cuando debamos perder en el camino nuestra vida terrestre.

No temáis á los que puedan molestar vuestro cuerpo y sólo á los que pueden dar la muerte á vuestra alma, dice Nuestro Señor Jesucristo. Tal es, según la Escritura, la importancia de nuestra salud. La razón nos aconseja por su parte que dirijamos á este fin nuestros esfuerzos, porque es el que más importa. Esto lo indica el buen sentido. Los intereses esenciales son antes que los secundarios.

Tratándose de la vida ordinaria y de la fortuna presente, nadie deja de buscarla sino los que carecen de razón. Pero se le da una importancia sobre nuestra alma que

pesa de una manera terrible en la balanza de la eternidad. Todo se acaba una vez que el sepulcro se cierra; el bien y el mal son irrevocables y lo es también el castigo eterno.

Ante esta suerte que ahora se entrevé y mañana será una realidad ¿qué es lo que más debe llamar nuestra atención, la increíble indiferencia de los que dicen, más tarde pensaré en esto, ó los que dicen ligeramente que les falta tiempo para pensar en ello?

Admira, dice Massillón, ver el tiempo que se emplea en el tocador, en las visitas, en los placeres y en la conversación, y sin embargo, nos parece corto. Para todo nos falta tiempo menos para una cosa, y es la más importante: la salud del alma. Si se trata de probar al hombre que le sobra tiempo para pensar en esto, puesto que cada uno de nosotros dispone del suyo como quiere, cuando menos se aparapeta detrás de este vano pretexto: «Dejo este asunto para más tarde.» Pero ¿quién nos asegura que éste más allá del día de hoy nos pertenece? ¿Somos acaso dueños de prolongar nuestra vida según nuestro antojo?

Decir mañana es perder el hoy; mañana significa una gracia menos y un pecado más. El mañana no nos pertenece; es un paso más que ha dado la muerte hacia nosotros. Insensato el que dice ¡mañana! El hoy abre nuestra tumba y el mañana la eternidad.

No recurramos á pretextos fútiles para encubrir inútilmente nuestras faltas. El negocio es harto serio y no podemos verlo con indiferencia sino exponiéndonos á arrepentirnos cuando sea ya tarde. Pensémoslo seriamente y obremos en bien de nuestra alma.

Dios nos ha colocado entre dos extremos opuestos; tanto dista de uno como de otro. El infierno está bajo nuestras plantas y sobre nuestras cabezas está el cielo. La elección nos pertenece.

El demonio, el mundo y nuestras propias inclinaciones nos arrastran hacia abajo y se presenta á nuestra vista un camino espacioso, alegre y sembrado de flores; todo nos convida á seguirlo sin decirnos jamás que nos lleva al abismo.

Mas si dirigimos los ojos al cielo vislumbraremos la grandeza celestial que se desarrolla en la inmensidad y oiremos los coros de los ángeles que suspenden su canto para decirnos: Hermanos á quienes Jesucristo ha rescatado con su sangre y dotado de una alma inmortal hecha á imagen de Dios, no olvidéis que habéis sido creados para la dicha y que la dicha está con nosotros.

Por desgracia no es el deseo el que nos falta, y comprendemos que la dicha está en el cielo. Pero ¡es tan penoso el camino! ¡Cuántas veces han flaqueado nuestras fuerzas! Cansados de luchar hemos retrocedido muchas veces al subir la espinosa senda, y en vez de adelantar, hemos vuelto hacia atrás fatigados y desesperados casi, y anegados en llanto.

Es cierto que la subida á la montaña que conduce al cielo es larga y difícil, pero debe guiarnos un pensamiento para infundirnos valor: recordemos que no subimos solos la escarpada senda; si nos lleva la buena voluntad, María nos ayudará á subirla.

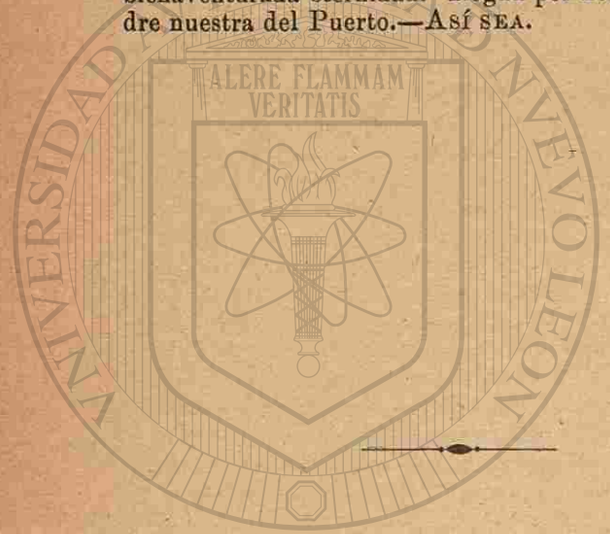
De María habla el libro de los Proverbios cuando dice: «El que la invoque recibirá del Señor la salud.» Ved lo que dice San Bernardo para que tengamos confianza en nuestra Madre del cielo: «Vosotros que flotáis en el océano tempestuoso del mundo, fijad vuestras miradas en la estrella saludable que brilla en el cielo; invocad á María. No le faltan ni la voluntad ni el poder de socorrernos. No le falta poder, porque es la Madre del Todopoderoso; ni voluntad, porque es la madre de la misericordia.» Estos dos títulos son los que deben persuadirnos de que María se interesa por nuestra salud. Dios la ha constituído el

canal de todas sus gracias, y ella es sin duda, la que nos concede todas las que nos llevan al cielo. «Algunas veces, dice San Anselmo, invocando el nombre de María se obtiene más fácilmente la salud que invocando el nombre de Jesús. No es porque ella sea más poderosa, puesto que el poder le viene de Jesús, sino porque el Hijo quiere honrar de este modo á su Madre. *Velotior nonnunquam est salus invocato nomine Mariæ quam invocato nomine Jesu. Non quod illa potentior sit, nam per illum ipsa potens est sed quia Matrem vult Filius sic honorare.* Permitidme, para terminar, que os presente un caso práctico que reasume cuanto acabo de deciros. Un anciano más que octogenario, impío y volteriano, estaba próximo al sepulcro y caminaba á él con la blasfemia en la boca. Velaba á la cabecera de su cama su piadosa hija, que era un ángel de oración y de amor. Pegada al lecho del dolor, seguía ansiosa los espantosos progresos de la enfermedad y pedía con fervor la conversión de su padre. Mas no se atrevía á pronunciar ni una sola palabra religiosa, ni mucho menos á hablar de la confesión, porque con sólo hacer mención de un sacerdote se le hacía dar vueltas en la cama desatándose en imprecaciones. La pobre hija lloraba sin consuelo.

De repente dijo: Preciso es que ponga la salud de mi padre en manos de la Santísima Virgen. Encomendóse con fervor á María, é hizo al mismo tiempo que sus amigas oyeran nueve misas en honor de María. El enfermo fué empeorando, pero al acabar de decirse la última misa, el moribundo anciano exclamó repentinamente y como despertando de un profundo sueño: «Hija mía mándame un sacerdote, porque quiero confesarme.» Efectivamente, se confesó y murió cristianamente.

Ocurramos nosotros también á María para el negocio principal de nuestra alma. Los pueblos reconocidos le levantaron en Mesina, en Italia, un templo bajo la advo-

cación de Nuestra Señora del Puerto. Dirijamos nuestro espíritu á ese templo para pedir á María que nos preserve de los escollos de esta vida y nos lleve al puerto de la bienaventurada eternidad. Rogad por nosotros, oh Madre nuestra del Puerto.—Así sea.



ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN

DIA TREINTA

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Quis dabit mihi pennas sicut columbæ, et volabo, et requiescam.

Psalm., LIV, 7.

Ecce tu pulchra es, amica mea, ecce tu pulchra es, oculi tui columbarum.

Cant., I, 15.

Multæ filiæ congregaverunt divitias, tu supergressa es universas.

Prov., XXXI, 29.

Concupiscit rex decorem tuum, quoniam ipse est Dominus Deus tuus et adorabunt eum. Vultum tuum deprecabuntur omnes divites plebis.

Psal., XLIV, 10.

Benedicta tu in mulieribus: invenisti enim gratiam apud Deum.

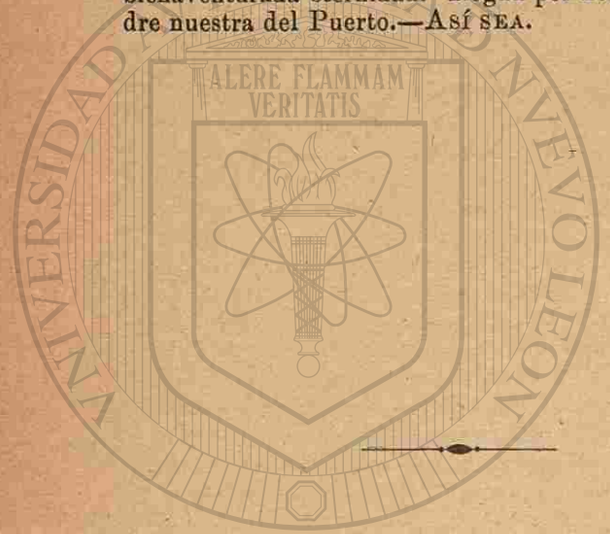
Luc., I, 28.

In plenitudine sancta admirabitur, et in multitudine electorum habebit laudem, et inter benedictos benedicetur.

Eccli., XXIV, 3.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cación de Nuestra Señora del Puerto. Dirijamos nuestro espíritu á ese templo para pedir á María que nos preserve de los escollos de esta vida y nos lleve al puerto de la bienaventurada eternidad. Rogad por nosotros, oh Madre nuestra del Puerto.—Así sea.



ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN

DIA TREINTA

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Quis dabit mihi pennas sicut columbæ, et volabo, et requiescam.

Psalm., LIV, 7.

Ecce tu pulchra es, amica mea, ecce tu pulchra es, oculi tui columbarum.

Cant., I, 15.

Multæ filiæ congregaverunt divitias, tu supergressa es universas.

Prov., XXXI, 29.

Concupiscit rex decorem tuum, quoniam ipse est Dominus Deus tuus et adorabunt eum. Vultum tuum deprecabuntur omnes divites plebis.

Psal., XLIV, 10.

Benedicta tu in mulieribus: invenisti enim gratiam apud Deum.

Luc., I, 28.

In plenitudine sancta admirabitur, et in multitudine electorum habebit laudem, et inter benedictos benedicetur.

Eccli., XXIV, 3.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quid mihi est in cœlo, et a te quid volui super terram? Defecit caro mea et cor meum: Deus cordis mei, et pars mea in æternum.

Psal., LXXII, 24.

Mihi vivere Christus est, et mori lucrum.

Philipp., I, 21.

Scio quia secundum expectationem et spem meam in nullo confundar.

Ibid.

Desiderat anima mea ad te Deus. Sitivit anima mea ad Deum fortem, vivum. Quando veniam et apparebo ante faciem Dei?

Psal., XLI, 23.

Veni in hortum meum, soror mea sponsa; messui myrrham cum aromatibus meis.

Cant., V, 1.

Jam hiems transiit: surge amica mea, speciosa mea et veni: ostende mihi faciem tuam, facies enim tua decora.

Id., II, 11.

Gloria filiæ regis ab intus. In fimbriis aureis circumamicta varietatibus.

Psal., XLIV, 10.

Tota pulchra es amica mea, et macula non est in te: odor vestimentorum tuorum sicut odor thuris.

Cant., IV, 7.

Qui non inquinaverunt vestimenta sua ambulabunt mecum in albis, quia digni sunt.

Apoc., III, 4.

Qui creavit me requievit in tabernaculo meo et dixit mihi: Inter electos meos hæreditare; et sic in Sion formata sum.

Eccli., XXIV, 12.

Respexit humilitatem ancillæ suæ: ecce ex hoc beatam me dicent omnes generationes: quia fecit mihi magna qui potens est.

Luc., I, 47.

Convertisti placitum meum in gaudium mihi, conscidisti saccum meum, et circumdedisti me lætitia.

Psal., XXIX, 14.

Propter innocentiam suscepisti me, et confirmasti me in conspectu tuo in æternum.

Psal., XL, 13.

In plenitudine sanctorum detentio mea: quasi cedrus exaltata sum in Libano, et quasi cypressus in monte Sion.

Eccli, XXIV, 17.

Tu, Domine, susceptor meus es; gloria mea et exaltans caput meum.

Psal., III, 3.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Hoy, al subir la gloriosa Virgen al cielo, colma la dicha de los bienaventurados; porque es la misma que un día con una simple palabra de salutación hizo estremecer de gozo á una criatura que estaba encerrada aun en el seno de su Madre. Si el alma de un niño que no nace aun salta de alegría al oír la voz de María, ¿qué no harían los habitantes del cielo al oír la voz de María, al contemplar su hermosura y gozar de su presencia? ¡Cuántas razones nos obligan, hijos míos, á celebrar con amor esta fiesta de la Asunción de María y festejarla con manifestaciones de contento! La nueva gloria de María inunda de gozo al mundo entero de modo que el paraíso recibe un nuevo brillo por los rayos que sobre él proyecta esta lámpara virginal. No sin razón se oyen resonar en el cielo los cánticos de alabanza y los himnos de acción de gracias. (*Bernard, in Asumpt. B. M. V. serm. 1*).

II. Creo que más que arranques de alegría debe sentir nuestro corazón sentimientos de tristeza, porque la que se recibe en el cielo con tanto contento es precisamente la que ha perdido la tierra. Sin embargo, no nos dejemos abatir por la tristeza, porque tampoco es permanente nuestra morada en la tierra y caminamos hacia la mansión en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

donde ha penetrado hoy María. Si merecemos ser admitidos como habitantes de esa nueva patria, se nos permitirá que desde el fondo de nuestro destierro, aun cuando sea en las orillas del río de Babilonia, pensemos en ella, y tomemos parte en sus goces y en su dicha, hoy sobre todo que la ciudad de Dios se ve inundada por un río de alegría con la presencia de María, para que caigan sobre nosotros algunas gotas de esas aguas que regocijan el corazón de los ángeles. Nuestra reina nos ha precedido, y ha sido tan hermosa la acogida que le han hecho, que sus humildes servidores la siguen exclamando entusiasmados: «Vuestros perfumes nos arrastran y corremos á vuestro encuentro.» *(Id. Ibid.)*

III. Los pobres desterrados de la tierra han enviado por delante una abogada que en su cualidad de Madre del juez y de Madre de la misericordia, hallará en sus súplicas bastante fuerza para defender con eficacia el negocio de nuestra salud. La tierra ha enviado al cielo un embajador extraordinario que, encargado de negociar un asunto importante, llevará á buen término un tratado de alianza que unirá al hombre con Dios, al cielo con la tierra, las más elevadas alturas con las más profundas sinuosidades de la tierra. Al subir al cielo hará la bienaventurada Virgen donativos preciosos á los hombres. ¿Por qué no ha de ser generosa? No le faltan para ello ni el poder ni la voluntad. Es reina de los cielos y madre de misericordia; es, en fin, Madre del Hijo único de Dios. Nada puede darnos una idea más exacta de su poder y amor por nosotros que este último título, á menos que nos neguemos á creer que el Hijo de Dios ha preparado grandes cosas para su Madre. ¿Quién podrá dudar, pues, del amor de María, cuando recordamos que el Dios de amor vivió nueve meses en su seno? *(Id. Ibid.)*

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

I. El cuerpo sagrado de María, el trono de la caridad, el templo sagrado de la sabiduría encarnada, el órgano del Espíritu Santo y silla de la virtud del Altísimo, no pudo permanecer en su sepulcro. El triunfo de María hubiera sido incompleto, si se realizara sin la carne que fué la cuna de su gloria.

La santa virginidad obró tres maravillas en el cuerpo virginal de María.

I. La santa virginidad preservó el cuerpo de María de la corrupción del sepulcro, y conservó su ser.

El cuerpo del hombre es carne del pecado: *Caro peccati*, como dice San Pablo. Por esto debe ser destruida, inclusa la de los elegidos, porque en su condición de carne del pecado, no merece unirse con una alma bienaventurada ni entrar en el reino de Dios. Preciso es, por lo tanto, que cambie su primera forma para recibir otra de manos del mismo Dios. Pero la carne de María era pura toda ella y por lo mismo debió conservar su primer ser y permanecer incorruptible.

II. La santa virginidad atrae sobre María una influencia celeste que la hace resucitar antes del tiempo, volviéndole así la vida.

Aunque Dios señaló un término común para la resurrección de todos los muertos, tuvo razones particulares que le obligaron á adelantar el tiempo en favor de la Santísima Virgen. Jesús amó esa carne hasta el grado de encerrarse en ella durante nueve meses, hasta el grado de incorporarse con ella. No la dejará por lo tanto, en el sepulcro, sino que la trasportará al cielo coronada de gloria inmortal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III. La santa virginidad derrama sobre María una luz divina y le da la gloria.

Dos cosas forman parte de su triunfo: la gloria de su alma, por el amor; la gloria de su cuerpo, por el reflejo de la de su alma. La sagrada Escritura escoge las frases más extraordinarias para darnos una idea de esto de una manera brillante. No halla que el mundo tenga bastante luz y ha recurrido á cuanto tiene la naturaleza de más luminoso. La pinta con la luna á sus pies y coronada de estrellas; el sol le sirve de manto y todo esto ha sido necesario para describir su cuerpo virginal.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. Contemplad con los ojos del Espíritu al Hijo de Dios haciendo su Ascensión y á la Virgen su Madre en su Asunción. En la Ascensión del Hijo se descubre más excelencia y majestad; pero casi puede decirse que hay en la Asunción más gloria. Con efecto, el Salvador se remontó á los cielos con su propio poder, como Rey, Criador y Soberano de los ángeles; ofreciéronle éstos su adoración, mas no su auxilio. Cuando María ascendió, fué por gracia y voluntad de Dios, sobre las alas de los ángeles, en medio de sus gloriosas falanges, y no obró este triunfo la naturaleza, sino la gracia. Por esto se da á este día el nombre de Asunción y al otro el de Ascensión, porque uno es el poder y otro la misericordia, y sólo el Criador á quien obedece la naturaleza toda, pudo conceder á su madre un privilegio tan admirable. – (*S. Pedro Damas., serm. sobre la Asunción*).

II. El mismo día de la muerte de la bienaventurada Virgen María, ó según algunos autores, el tercer día después, vino su Hijo con toda la corte celestial, reunió su alma santa con su cuerpo, la llamó con esa voz dulce y majestuosa que no puede imitar ninguna voz humana, y le dijo: Venid del Líbano para que seais coronada. *Veni de Libano, veni, coronaberis.* Despertada como de un sueño apacible por las palabras de su amado, se levantó de su sepulcro más brillante que el sol, más hermosa que la luna y semejante á una reina gloriosa saliendo de su lecho nupcial, adornada de todas sus joyas y piedras preciosas y engalada con sus más ricas vestiduras para ser presentada á su esposo. Se elevó en los aires gloriosa é inmortal, en medio de los trasportes de gozo de los ángeles y de los conciertos de la corte celestial, y fué colocada por su divino Hijo en un trono sobre todos los coros de los ángeles.—(*Santo Thomas de Villanueva, serm. 4 sobre la Asunción*).

III. La santa virginidad fué como un bálsamo divino que preservó de la corrupción el cuerpo de María. Os convenceréis de esto si meditáis detenidamente acerca de la perfección de su pureza virginal. Para formarnos de ello una idea, sentemos como principio que estando Jesucristo Nuestro Salvador tan estrechamente unido según la carne con la Virgen, esta unión particular debía ir necesariamente acompañada de una conformidad completa. Jesús buscó á un semejante suyo; he aquí porque quiso este esposo de las vírgenes tener por madre á una virgen, para establecer esta semejanza con el fundamento de esta unión. De esto debemos deducir que siendo pura la carne de la Virgen, era por lo mismo incorruptible. Por lo mismo debió recibir una resurrección anticipada; porque aunque Dios ha señalado un término común para la resurrección de todos los muertos, hay causas particulares que pudieron obligarle á adelantar el tiempo en favor de la Santísima Virgen. El sol no produce los frutos sino en su debida estación; pero vemos algunos terrenos tan perfectamente cultivados, que la vegetación se precipita en ellos. También hay árboles exuberantes en el jardín del Esposo, y la santa carne de María estaba harto bien preparada para que debiese esperar el tiempo ordinario para producir fruto de inmortalidad. Su pureza virginal le atrajo una particular influencia. Su conformidad con la voluntad de Jesucristo la dispuso para recibir un efecto más pronto de su virtud vivificante, y ciertamente podría atraerse su virtud, puesto que se lo atrajo á él mismo. Vino en esta carne, encantado de su pureza; le ha amado hasta el grado de encerrarse en ella nueve meses, é incorporarse en ella, como dice Tertuliano: *In utero radicem egit.* No podía, pues, dejar en el sepulcro una carne que tanto amó, sino que la trasportó al cielo, adornada de una gloria inmortal —(*Bossuet, serm. 1 de la Asunción*).

IV. La santa virginidad servirá para dar á María este traje de gloria. Veamos la razón: Jesucristo nos presenta en su Evangelio la gloria de los cuerpos resucitados en estas palabras: "Serán como los ángeles de Dios." *Erunt sicut angeli Dei;* por esto hablando Tertuliano de la carne resucitada, la llama angelizada: *Angelificata caro.* La que puede entre todas las virtudes cristianas producir mejor efecto, es la virginidad; ella es la que forma ángeles en la tierra: de ella es de quien ha dicho San Agustín estas hermosas frases: *Habet aliquid jam non carnis in carne.* Tiene en la carne algo que no es carne, y que participa más bien del ángel que del hombre. La que forma ángeles en esta vida podrá bien formarlos en la otra. Tengo, pues, razón al aseguraros que tiene una virtud particular para contribuir en el último tiempo á la gloria de los cuerpos resucitados. Júzguese cuál será el brillo y esplendor que rodeará á María, que es superior en pureza á los mismos serafines. Por esto busca la Sagrada Escritura las palabras más escogidas para presentarnos este gran modelo. Apenas halla en las cosas del mundo algo que pueda darnos la idea que quiere presentarnos; ha debido recurrir á cuanto contiene la naturaleza de más luminoso.

Ha puesto la luna á sus pies, sobre su cabeza las estrellas y al sol inundándola con sus rayos: *Mulier amicta sole.* Toda esta gloria ha sido necesaria para adornar su cuerpo virginal.—(*Id. Ibid*).

V. Venerable es el día de hoy, hermanos míos, y es al mismo tiempo la más bella de las solemnidades de los santos. Este es un día célebre, día brillante, día en el que según nuestras creencias, dejó María este mundo para subir á gozar de su gloria. Cante el mundo entero alabanzas, y alégrese la tierra que se ilumina al pasar la Santísima Virgen. ¿No sería indigno de los cristianos que lo dejáramos pasar sin celebrar la fiesta de la que nos dió al Autor de la vida? Y puesto que celebramos las fiestas de las víctimas y de los mártires, ¿no debemos preferir sobre todos á la que nos dió al primero de los mártires? Hoy es el día memorable en que la bienaventurada Virgen dijo á su esposo estas palabras del Salmista: Me llevasteis de la mano y me condujisteis según vuestros deseos y vais á recibirme en vuestra gloria. También es hoy el día en que su Esposo divino, su Hijo y su Señor, le dijo: "El invierno ha pasado ya y se ha disipado la lluvia; levántate, amada mía, esposa mía, paloma mia y vente conmigo.—(*S. Agustín, Serm. in Asump. B. M. V.*)

VI. Después de su Ascensión no se consideraba Jesucristo completo en su gloria, mientras no estaba con Él en el cielo aquella de quien había sacado su cuerpo y su sangre. Sentía en su corazón un ardiente deseo de tener á su lado y colmar de gloria este vaso de elección, es decir, el cuerpo de esta Virgen incomparable, que fué el objeto de sus complacencias y en el que estableció la divinidad su santuario; santuario adornado de todas las virtudes, lleno de todas las gracias y embalsamado con todos los perfumes celestiales.

En su seno virginal fué, en efecto, donde hizo el Espíritu Santo esta composición de incienso, este inefable y misterioso *Tymiama* que el Cristo, pontífice de los bienes venideros, presentó á su padre en la cruz en el sacrificio de la tarde. Por este incienso de agradable olor respira la santa madre de Dios los celestiales perfumes y goza de inefables delicias.—(*V. Petr. Blesem., serm. de Assupt. XXXIII*).

VII. Esta tradición nos enseña que la Virgen María vivió mucho tiempo sobre la tierra, después de la Ascensión de su divino Hijo, unos veintitres años, edificando á la Iglesia de Jerusalén, y acabando, en la vida más humilde y resignada, de allegar aquel tesoro de méritos cuyo galardón debía recibir. Llegada á la edad de setenta y dos años estalló súbito el rumor de su fin en el silencio de su vida, y reunió, junto á su lecho, á los apóstoles dispersos ya para la conversión del Universo. Allí se les mostró una visión angélica, y una celestial melodía de estas potestades superiores acompañó al seno de Dios el alma de la Virgen Santísima. Entretanto su cuerpo, aquel cuerpo purísimo, que había recibido, para dárnoslo, al mismo Dios, conducido entre los cánticos de los ángeles y de los apóstoles, fué depositado en Getsemaní. Tres días después, como los apóstoles no hubiesen aun dejado el virginal sepulcro, el apóstol Tomás, que volvía de más lejos que los otros y no había podido asistir á la muerte y

á la traslación del cuerpo de María, pidió que se le permitiera contemplar y honrar por última vez aquel templo de Dios. Abrióse el sepulcro, pero ya no estaba allí el cuerpo: sólo se encontraron los lienzos en que había sido envuelto, de los cuales se exhalaba á lo lejos celestial fragancia. Sobrecogidos de admiración á vista de aquel misterio, los apóstoles, asistidos del Espíritu Santo, lo interpretaron de esta manera: Que Aquel á quien plugo encarnarse en el inmaculado seno de María, el Verbo de Dios, el Señor de gloria, que ni aun por su nacimiento había querido sufriera lesión la original entereza de aquel cuerpo, habíase complacido, después de su propia Ascensión, en trasladarlo, incorruptible é inmaculado á la gloria, sin hacerle esperar la común y universal resurrección de los escogidos.—Junto con los apóstoles se hallaban presentes á este gran acontecimiento el primer obispo de Efeso Timoteo, y Dionisio el Areopagita, quien habla de ello en sus escritos.—(*Nicolás, la Virgen, según el evangelio, cap. XXII*).

VIII Había sido predicho que el sepulcro del Salvador, sería glorioso y que el Santo de Dios no vería la corrupción. ¿Nada dijeron los oráculos divinos acerca del sepulcro de María? Su virginal maternal fué predicha de una manera formal, explícita y solemne, porque tal debía ser el carácter particular de un nacimiento divino. ¿Anunció, empero, el Espíritu Santo, valiéndose de figuras, el triunfo que debía coronar las largas pruebas porque debía pasar la Virgen madre?

Si sólo meditamos sobre la suerte de su alma, no puede dudarse de que una vez desprendida del cuerpo, recibió una recompensa inmediata. No era, sin embargo, difícil hallar en las santas Escrituras un rayo precursor de su gloria corporal. "Toda la gloria de la hija del rey está en su interior." (Salm., XLIV, 14). El cántico hizo oír las dulces invitaciones del esposo á la esposa sin mancha, á la amiga, á la única, á la paloma oculta en las concavidades de la peña (Cant., II. 14), á la que vió llena de delicias apoyada sobre su amado. (Cant. VIII, 5). Pero nada indica sobre la fecha de esta muerte. Era preciso que este suceso abriese los ojos de los neófitos del evangelio, y que les enseñase también que la madre de Dios no vería la corrupción del sepulcro.

Pocos días habían pasado de los funerales de María, cuando su entreabierto sepulcro no presentaba á las miradas de todos más que un paño mortuorio, así como el día de la resurrección no presentaba el sepulcro de Jesucristo á los ojos de Pedro y de Juan, más que un sudario. ¿Había sido robado el cuerpo? ¿Pero con qué fin? ¿Quiénes podían ser los autores de semejante acción? ¿Sería la Sinagoga? Ningún interés podía tener en ello. ¿Sería el gobernador romano? Este ignoraba su muerte como ignoró su vida. ¿Sería cosa de la política? Otras cuestiones distintas y rebeliones amenazadoras la distraían de pensar en el cadáver de una pobre mujer enterrada sin pompa. ¿Lo habían hecho los cristianos? A ser ellos hubieran guardado con celoso afán y venerado tan preciosas reliquias, puesto que con tanto amor han legado á la posteridad uno de sus vestidos y su velo. Al recordar el celo audaz con que recogían los primeros cristianos á

precio de oro y disputaban á la matadora espada los restos ensangrentados de los mártires, el religioso respeto con que los llevaban á los sepulcros, abiertos muchas veces bajo el altar mismo del sacrificio, el culto sincero y pomposo con que los honraban; y los elocuentes discursos que se pronunciaban en el aniversario de su muerte, ó mas bien de su nacimiento para la gloria, como decían ellos, ¿no es evidente que en la hipótesis del robo del cuerpo de María, hubieran expuesto á la veneración de los fieles ese glorioso trofeo, y que todavía tendríamos hoy la dicha de conservar de él millares de particulas, así como poseemos los huesos de los apóstoles y de los primeros mártires? Si el cielo ha privado á la tierra de un tesoro semejante, ¿no es evidente que ha sido porque estaba celoso de que lo poseyera?

Al contemplar el sepulcro vacío, no dudaron los cristianos en creer que Dios tuvo cuenta por segunda vez de la humildad de su sierva y quiso preservar de los últimos ultrajes de la muerte las entrañas que encerraron á Jesucristo, el seno virginal que le amamantó, el brazo que le llevó, los pies que se fatigaron acompañándole al Calvario, el corazón cuyo flujo y reflujo de amor divino, no sintió más palpitaciones que las que Él le inspiró, y por último, todos sus delicados miembros, marcados con el sello de una pureza incomparable. ¿Era posible que todo esto fuese presa de los gusanos? ¿No era digno del honor del Padre que glorificase á su Hija por medio de un milagro que la distinguiese de todas las demás criaturas? ¿No exigía el honor del Hijo que se le uniese en su triunfo la que se le había unido en su sacrificio? ¿No era digno del Espíritu Santo que no abandonase á la corrupción del sepulcro á la que había convertido en su propio santuario?

Una razón más poderosa que todo esto, si posible es, debía llamar en alto grado la atención de todos, como llama la de todo el que ha comprendido á María y el plan divino de sus destinos. Los apóstoles y los santos, sean quienes fuesen, nunca serán, mientras duren los siglos, más que instrumentos en manos de Dios. Sólo María fué la asociada de la Trinidad en la obra de la redención y, téngase cuidado en la palabra, asociada por un privilegio de gracia, no hay duda, pero por su libre elección. En la Asunción fué la asociada del Padre y del Espíritu Santo; pero lo fué por su propio consentimiento, y por lo tanto, no lo dió sino despnés de haber meditado las cláusulas de la acta de sociedad

¿Cómo será esto? Con una condición: hágase en mí según tu palabra: yo soy la sierva del Señor. En la encarnación pasa á ser la asociada del Verbo, concibiéndole con su propia sangre bajo la forma humana, y no formando sino uno con Él, puesto que se forma y reposa en sus entrañas, le nutre con su propia leche, y contrae con Él, por amor, lazos más elevados qué los que rasga el Niño al nacer no teniendo más vida que la suya, ni más voluntad que su voluntad, ni más deseo que su gloria. En la redención se le unió adhiriéndose libremente á su muerte, y cooperando con toda la plenitud de sus dolores á su sacrificio y al nacimiento de la Iglesia.

¿No era, pues, justo que después de esta sociedad en la tierra, entrase María á participar de los beneficios de este admirable comercio en la medida de una cooperación finita en la obra infinita de un Dios? ¿No debía ser el primer fruto de esta sociedad de su cuerpo virginal, como el primer fruto para Jesucristo la Resurrección y la Ascensión de su divino cuerpo?

Había proporción entre el Hijo del Hombre-Dios y la madre, simple criatura, porque Jesucristo resucitó por sí mismo, y María fué resucitada por Jesús. Ella podía decir en sentido literal como el Profeta rey: "Mi Asunción es obra del Señor." (Salm., LXXXVIII, 19). Jesús subió al cielo con el esplendor del triunfo y en presencia de todos sus discípulos, llevando tras de sí todas las almas justas que esperaban en los limbos el día de su libertad. María subió sola y silenciosamente al lado de su Hijo y apoyada en Él, como convenía á la glorificación de una criatura y á la modestia de su vida.

Esta creencia no fué en su principio más que un presentimiento, pero no tardó la revelación en convertirla en certidumbre: "He visto, dice en su Apocalipsis el discípulo amado de Jesús y de María, he visto á la mujer (mulier) he visto á la mujer (todavía repite la mujer) vestida del sol, teniendo la luna á sus pies, y sobre su cabeza, una corona de doce estrellas. (Apoc., I, 1). No se preguntará si la mujer era María ¿A qué otra mujer pudo rendir el cielo un homenaje semejante? Por esto los doctores, y particularmente San Agustín, los pueblos y la Iglesia que os aplica estas palabras, os reconocen y saludan en esta gloria, oh madre mía. Todos os han proclamado unánimemente reina del cielo y reina de la tierra. Todos nos complacemos también en consideraros allá en el cielo junto á vuestro divino Hijo, en un trono superior de brillo y esplendor á todos los tronos, excepto el trono del mismo Dios. ¡Cuánto se dilata mi corazón al contemplar vuestra exaltación, en cambio de lo que gimió viendo vuestras humillaciones! Sed glorificada por toda la corte celestial, bendita por todas las generaciones de la tierra y celebrada por todos los siglos de los siglos.

¿Pero reserva una madre toda su gloria para sí y queda su corazón satisfecho al ver cumplidos sus deseos? Jesús, á quien vió tan niño, envuelto en pañales y reclinado en un pesebre, resplandece ahora con toda la gloria divina y está sentado á la derecha de su Padre. María le amamantó, le llevó al destierro, y le enseñó á trabajar en el taller de un artesano. Hoy saluda en Él al Soberano del cielo y de la tierra. Se separó de Él durante su vida pública y después de su muerte Hoy le posee de nuevo sin temor de perderle. Le vió espirar en el Calvario entre dos ladrones, cubierto de oprobio. Hoy le contempla entre *los hosanna* de la corte celestial, delante de todos los ángeles y de todos los santos que forman su corona. Muchas veces se quejó de sus aparentes rigores. Desde hoy mas sólo recibirá brillantes testimonios de su ternura infinita.

El corazón de María es sumergido en un océano de delicias, adora á Jesús, le ama y puede repetírselo sin cesar, sin cansarse de expresarle su amor eterno. Contesten á mi pregunta todas las madres: ¿No es ésta para una madre una verdadera dicha? Pues esta es la dicha de que goza hoy María.—(*Monseñor Pavy, Obispo de Argel, Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLATICA XXX

NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

Del cielo hemos recibido, hermanos míos, la existencia, y al cielo deben dirigirse todas las tendencias de nuestra alma para que lleguemos así al deseado término de nuestra vida terrestre apoyados en la protección de la Santísima Virgen.

Llegaremos sin duda á él si procuramos imitar la resignación admirable que puso en práctica María en medio de las pruebas porque pasó, y si como ella, ó más bien junto á ella, sabemos someter nuestra vida á la fe fundamental de la penitencia.

He dicho la fe fundamental, y creo que este calificativo será considerado exacto por todo el que conozca un poco el evangelio. Este libro santo predica la penitencia desde la primera á la última página. Toda la economía cristiana descansa en este dogma, que no debe ser puramente especulativo, sino que debemos observarlo. «En verdad, en verdad os digo, que si no hacéis penitencia todos pereceréis.»

Siendo, por decirlo así, la piedra angular de la Iglesia, María se sujetó á esta rigurosa obligación, aunque no estaba obligada á ello. Su vida no fué sino una serie de sufrimientos; sufrimientos que no sólo soportó con paciencia, sino que quiso pasarlos y los aceptó libremente con gozo. Desde el momento en que comenzó su vida de madre de Dios, entrevió el doloroso camino que debía recorrer; y en vez de dudar y retroceder, entró voluntariamente en él, de modo que destruyó de antemano la falsa idea de que los dolores de María no serían otra cosa más que una consecuencia del privilegio de su maternidad, consecuencia necesaria, inevitable, de la que no hubiera podido librarse nunca.

Para animarnos á caminar á nuestra vez en la vía de la penitencia, penosa siempre para la naturaleza, meditemos sobre las huellas que ha dejado impresas en ella María.

En la diversidad de sufrimientos voluntarios ó forzosos que el mundo nos proporciona, los pasamos de todas clases y condiciones; pero los sufrimientos más profundos son sin disputa los de las madres. Todos los demás se calman más ó menos aprisa; los de las madres no se curan nunca y no tienen consuelo. El corazón maternal no se cura jamás de las heridas abiertas en él por el dolor. «No me llames *Noemi*, sino amarga, decía una vez una de ellas, que acababa de perder á sus hijas. No tratéis de consolarme, porque el Señor me ha llenado de amarguras.

Al cantar un día el profeta Jeremías los dolores maternales, sintió inspirada su alma por imágenes brillantísimas: Un día resonó una voz en Rama: *Vox in Rama audita est.* Eran unos llantos y gemidos como nunca se habían oído. *Ploratus et ululatus inauditus.* Era Rachel que lloraba y no quería ser consolada: *et noluit consolari.* ¿Por qué así? Porque sus hijos no existían ya: *quia non sunt.*

Si tal es el corazón de las madres ordinarias; si el dolor abre en él heridas que no se cierran; si viene á ser un santuario misterioso y casi impenetrable, ¿qué no sería,

El corazón de María es sumergido en un océano de delicias, adora á Jesús, le ama y puede repetírselo sin cesar, sin cansarse de expresarle su amor eterno. Contesten á mi pregunta todas las madres: ¿No es ésta para una madre una verdadera dicha? Pues esta es la dicha de que goza hoy María.—(*Monseñor Pavy, Obispo de Argel, Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLATICA XXX

NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

Del cielo hemos recibido, hermanos míos, la existencia, y al cielo deben dirigirse todas las tendencias de nuestra alma para que lleguemos así al deseado término de nuestra vida terrestre apoyados en la protección de la Santísima Virgen.

Llegaremos sin duda á él si procuramos imitar la resignación admirable que puso en práctica María en medio de las pruebas porque pasó, y si como ella, ó más bien junto á ella, sabemos someter nuestra vida á la fe fundamental de la penitencia.

He dicho la fe fundamental, y creo que este calificativo será considerado exacto por todo el que conozca un poco el evangelio. Este libro santo predica la penitencia desde la primera á la última página. Toda la economía cristiana descansa en este dogma, que no debe ser puramente especulativo, sino que debemos observarlo. «En verdad, en verdad os digo, que si no hacéis penitencia todos pereceréis.»

Siendo, por decirlo así, la piedra angular de la Iglesia, María se sujetó á esta rigurosa obligación, aunque no estaba obligada á ello. Su vida no fué sino una serie de sufrimientos; sufrimientos que no sólo soportó con paciencia, sino que quiso pasarlos y los aceptó libremente con gozo. Desde el momento en que comenzó su vida de madre de Dios, entrevió el doloroso camino que debía recorrer; y en vez de dudar y retroceder, entró voluntariamente en él, de modo que destruyó de antemano la falsa idea de que los dolores de María no serían otra cosa más que una consecuencia del privilegio de su maternidad, consecuencia necesaria, inevitable, de la que no hubiera podido librarse nunca.

Para animarnos á caminar á nuestra vez en la vía de la penitencia, penosa siempre para la naturaleza, meditemos sobre las huellas que ha dejado impresas en ella María.

En la diversidad de sufrimientos voluntarios ó forzosos que el mundo nos proporciona, los pasamos de todas clases y condiciones; pero los sufrimientos más profundos son sin disputa los de las madres. Todos los demás se calman más ó menos aprisa; los de las madres no se curan nunca y no tienen consuelo. El corazón maternal no se cura jamás de las heridas abiertas en él por el dolor. «No me llames *Noemi*, sino amarga, decía una vez una de ellas, que acababa de perder á sus hijas. No tratéis de consolarme, porque el Señor me ha llenado de amarguras.

Al cantar un día el profeta Jeremías los dolores maternales, sintió inspirada su alma por imágenes brillantísimas: Un día resonó una voz en Rama: *Vox in Rama audita est.* Eran unos llantos y gemidos como nunca se habían oído. *Ploratus et ululatus inauditus.* Era Rachel que lloraba y no quería ser consolada: *et noluit consolari.* ¿Por qué así? Porque sus hijos no existían ya: *quia non sunt.*

Si tal es el corazón de las madres ordinarias; si el dolor abre en él heridas que no se cierran; si viene á ser un santuario misterioso y casi impenetrable, ¿qué no sería,

os pregunto yo, el corazón de María, ese corazón adornado desde un principio de todas las gracias y perfecciones? ¿Cuál no debió ser para un corazón tan delicado y sensible, la inmensidad del dolor que sintió, no sólo al ver, sino al recordar, pues este recuerdo no se borró jamás de su imaginación, los padecimientos de su divino Hijo? Parco es el evangelio hablando de esto y no debe admirarnos su reserva.

Dícese generalmente que los dolores pequeños son los que más ruido hacen, y que los grandes pasan en silencio. Por esto no nos habla el evangelio de los grandes dolores de María. Sólo dos palabras que brotaron de las plumas de los escritores sagrados nos dejan comprender lo que ellos no dijeron.

Si el corazón de María hubiese sido accesible al brillo de la gloria y á la satisfacción del amor propio maternal, si se hubiese complacido en considerar sus grandezas y el porvenir que la esperaba, hubiera sido la más dichosa de las criaturas.

¿No oyó desde un principio los magníficos elogios que le dirigió el embajador celeste? ¿No vió que el cielo se inclinaba ante su humildad, y que le daba en la obra divina de la Redención una parte importante, además de que le reservaba un lugar muy distinguido en los cielos y en la tierra durante la eternidad?

Al venir á ser el Hijo de Dios su propio Hijo, los ángeles hicieron resonar á sus oídos el himno alegre de la libertad: *Gloria in excelsis.* Los pastores fueron á rendirle homenaje y los reyes del Oriente depositaron á los pies de su recién nacido los presentes de su adoración. Cada vez que con la curiosidad propia de las madres levantaba el velo que cubría el rostro radiante de su divino Hijo y se reclinaba sobre su cuna, podía decir: «¡Cuán hermoso es mi hijo, cuán amable es, y cuán grande será en la tierra y en el cielo! Y debió alegrarse mucho más el día que, al entrar en el templo, Ana la profetisa la felicitó por sus privilegios y el anciano Simeón, tomando en sus brazos á Jesús, le levantó hacia el cielo entonando en su alegría un cántico de acción de gracias.

Tales fueron los gozos de María. Mas esperad un poco, y os persuadiréis de que la aurora de su vida no debía tardar en cubrirse de negros nubarrones. El horizonte se cubría y debía estallar la tempestad.

En el mismo templo, el día de la Presentación y después de los primeros cantos de gratitud, pronunciόse una palabra lúgubre que hirió directamente el corazón de María.

El anciano Simeón de quien acabamos de hablar, descubriendo el porvenir de María, dejó escapar de sus labios esta profecía cruel: «Este es puesto para caída y para levantamiento de muchos de Israel; y en cuanto á ti, mujer, una espada traspasará tu alma.»

¡Qué terribles fueron estas palabras para María! ¡No pudo estar contenta desde ese momento! Clavada está la espada en su corazón y la atormentará, y las heridas que ha recibido son incurables. Al contemplar el hermoso rostro de su Jesús, se le presenta desde luego el porvenir lleno de sangre y de tormentos. Al acariciar con sus manos las tiernas manos del Niño, se le presentan desde luego los clavos que las han de traspasar. Al besar con sus maternales labios la frente virginal y divina de su Hijo, mira á pesar suyo la coronación de espinas, y las gotas de sangre que hacen brotar envenena la ternura de sus besos.

¡Cuán sombríos son los días que pasa María!

No se ha apurado aun el cáliz de amargura. La espada del anciano Simeón ha permanecido durante treinta años clavada en el corazón de María, y ha llegado el mo-

mento en que profundizará todavía más en su corazón, que acabará por traspasar.

Ya no gime bajo el peso de los temores y presentimientos. Ha sonado ya la hora de los hechos. El evangelio, que guardó tanta reserva con respecto á la Santísima Virgen, no la guarda ya. Nos la presenta, pero en el Calvario. No la vimos ni el Thabor, teatro de la trasformación gloriosa, ni en las calles de Jerusalén cuando el pueblo aclamaba á su Hijo cantando: *Hosanna, filio David.* Mas subamos al Calvario y allí la hallaremos en pie junto á la Cruz de su Hijo. Se hizo presente en el lugar horrible de la inmolación de su Hijo, exponiéndose á todos los ultrajes y recibiendo ella también en su corazón los golpes que enclavaban á su Hijo en la cruz. Cuando tendida estaba ya la víctima en el árbol santo, pudo muy bien decir María á todas las generaciones presentes y futuras desde el pie de la misma cruz: ¡Oh vosotros los que pasáis y véis, decid si habéis visto un dolor igual á mi dolor! *Vos omnes qui transitis, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.*

Jamás igualará otro dolor el dolor de María. Los mártires han sufrido mucho más de lo que podemos imaginarnos; pero María fué la reina de los mártires. La Iglesia le ha dado este título, y los pueblos católicos han tributado homenaje á los sufrimientos de María dándole el de Nuestra Señora de los Dolores y levantando magníficos templos que bajo esta advocación le han dedicado.

La vida de la Santísima Virgen no fué más que un prolongado martirio; y sin que hagamos mérito de que vivió en la pobreza, que la acompañó en su viaje á Egipto, ni de los sufrimientos que pasó cuando perdió á su Hijo, ni del trabajo vulgar que desempeñó siempre personalmente en el cuidado de su Hijo divino. Esto debe servirnos de ejemplo para que los que aspiramos á ser hijos de María no nos afanemos tanto por las riquezas, las comodidades, los placeres y los goces de este mundo. Amemos las privaciones, recibamos con resignación la miseria y los sufrimientos y aceptemos las pruebas que Dios nos mande. La penitencia en la tierra es lo que más nos asegura la felicidad eterna.

Roguemos á la Virgen que nos haga conocer esta verdad y nos dé voluntad para practicarlas.

Oh Santísima Virgen de los Dolores, ruega por nosotros.—Así sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CORONACION DE MARIA EN EL CIELO

DIA TREINTA Y UNO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Induere decore, et honore ejus quæ a Deo tibi est, sempiternæ gloriæ.

Baruch., V, 2.

Circumdabit te Deus diploide justitiæ, et imponet mitram capiti honoris æterni.

Ibid.

Eris corona gloriæ in manu Domini, et diadema regni in manu Dei tui; quia complacuit Domino in te.

Isa., LXII, 3.

Magna est gloria ejus in salutari tuo, Domine.

Psal., XX, 5.

Veni de Libano, sponsa mea: veni, coronaberis: odor unguentorum tuorum super omnia aromata.

Cant., IV, 8.

Coronam justitiæ quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex.

II Timoth., IV, 8.

Anteibit faciem tuam justitia tua, et gloria Domini colliget te, et Dominus implebit splendoribus animam tuam.

Isa., LVIII, 8.

Abundanter ministrabitur introitus in æternum regnum.

II Petr., I, 2.

In justitia apparebo conspectui tuo; satiabor cum apparuerit gloria tua.

Psal., XV, 17.

Regina ingressa Jerusalem multo cum comitatu et divitiis, venit ad regem.

III Reg., X, 2.

Surrexit rex in occursum ejus, positusque est thronus matri regis quæ sedit ad dexteram ejus.

Id., II, 19.

Habuit gratiam et misericordiam super omnes mulieres, fecitque eam regnare.

Esther, II, 17.

Rex dedit reginæ omnia quæ voluit et petivit ab eo.

III Reg., X, 13.

Benedixerunt eam omnes una voce dicentes: Tu gloria Jerusalem, tu honorificencia populi nostri.

Judith, XV, 10.

Posuisti, Domine, in capite ejus coronam de lapide pretioso.

Psal., XX, 3.

Posuit rex diadema regni in capite ejus.

Esther, II, 17.

Inmortalis est memoria illius; quoniam apud Deum nota est et apud homines. Cum præsens est imitantur illam, et desiderant eam cum se eduxerit, et in perpetuum coronata triumphat.

Sap., IV, 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ecce Dominus asportari te faciet, et sublevabit te, coronabit te, ibi erit currus gloriæ tuæ.

Isa., XXII, 17.

Indumento justitiæ circumdedit me Deus meus, quasi sponsum decoratum corona, et quasi sponsam ornatam monilibus suis.

Isa. LXI, 10.

In voluntate tua deduxisti me, Domine, et cum gloria suscepisti me.

Psal., LXXII, 24.

Benedictus Dominus quia hodie nomen tuum ita magnificavit, ut non recedat laus tua de ore hominum qui memores fuerint virtutis Domini in æternum.

Judith, XIII, 24.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Recibid nuestros homenajes, oh María madre de Dios, gloria del universo, faro inextinguible, cetro de la verdadera doctrina, templo siempre vivo, centro de Aquel que está en todas partes, virgen y madre á un mismo tiempo. Yo os saludo, á vos que llevasteis en vuestras entrañas al que no cabe en el universo, que sois la gloria del cielo, la dicha de los ángeles y de los arcángeles, que ponéis en fuga al demonio, que devolvéis al hombre caído los derechos que había perdido en la herencia del cielo, que hacéis florecer el culto de Dios en toda la superficie de la tierra y lleváis á los pueblos á la práctica de la virtud. Todavía habéis hecho más, puesto que nos habéis dado al Hijo único de Dios, verdadero sol de justicia, cuyos rayos penetran hasta los que estaban sentados en la sombra de la noche. (*Cyrill, Alexandrin. hom. contr. Nestor*).

II. ¿Quién podrá formarse una idea siquiera de la gloria que rodea hoy á la reina del mundo al entrar en el cielo, de la alegría que inunda hoy el corazón de las legiones celestiales, y de los cánticos armoniosos que la acompañan hasta el trono de la gloria? ¡Cuán dulce es la sonrisa que brota de sus labios, cuán pura es la serenidad de su frente, cuán afectuosos los brazos que le da su Hijo!

Está elevada sobre todas las criaturas, colmada de todos los honores que merece la madre de Dios, y de toda la gloria que puede dar semejante Hijo. ¡Cuán tiernos eran los besos que imprimía en la frente de Jesús la que le nutrió con su leche y le había reclinado sobre sus rodillas! Lo que más conmueve mi corazón es ver que el Hijo de Dios desciende de su trono, que está al lado de su Padre, para salir al encuentro de su madre y llevarla al lugar de honor que Él le tiene reservado á su lado, diciendo: Bésame con el beso de tu boca. ¿Quién podrá decir jamás lo que fué la generación del Cristo y la Asunción de María? (*Bernard. in Asumpt. B. M. V. serm. 1*).

III. En su Asunción, la bienaventurada Virgen recibió una corana de gloria inefable cuando el verdadero Assueror, es decir, Jesucristo, dirigiéndose á la reina Esther, que quiere decir elevada sobre los pueblos, y que es una figura de María dominando el coro de los ángeles y el conjunto de todos los santos del cielo, le dijo: Acércate y toca mi cetro y recibe la dignidad real para que el cielo y la tierra obedezcan tus órdenes. Sé la reina de los ángeles y de los hombres, adornada por la eternidad con las vestiduras de oro, es decir, glorificada en tu cuerpo inmaculado. (*B. Albert. Magn. de laud. B. M. V. I. 3*).

IV. Los santos no tienen sino una gloria relativa y restringida; María la ha recibido en toda su plenitud. Cuanto esplendor existe, la gracia y gloria de todos los ángeles, patriarcas, profetas, mártires, confesores y vír-

genes, todo lo reune María. Su diadema supera en magnificencia todas las coronas de las diversas hermosuras; porque todas se hallan reunidas en la corona de María. (*Thom. Valent. in f. Annunt. B. M. V. conc. 5*).

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

Qui se humiliat exaltabitur.

Puesto que la humildad constituyó el triunfo de Jesucristo, preciso era también que la humildad formara el triunfo de María. No le hubiera agradado su gloria si no hubiese entrado en ella por el camino escogido por su Hijo. Se elevó, pues, por la humildad y véase de qué manera.

Cualidad es de la humildad rebajarse y desnudarse de todas las ventajas que posee. Pero por disposición maravillosa se enriquece al despojarse de lo que tiene, porque en realidad gana todo aquello de que parece que se desprende. *Tanquam nihil habentes et omnia possidentes.*

María poseía tres bienes preciosos.

I. Una grande dignidad.

Era Madre de Dios: pero se desnudó de este título precioso para llamarse sierva del Señor. Mas hoy la sierva se convierte en reina, sube á su trono y recibe el imperio absoluto sobre todas las criaturas.

II. Poseía una admirable pureza.

Su pureza la distinguía de todas las criaturas. Era Virgen inmaculada; pero se desnudó de esta prerrogativa eminente y se mezcló entre los pecadores y se purificó con los demás. Hoy es la abogada de todos, el refugio y la más dulce esperanza de los pecadores.

III. María poseía un Hijo Dios.

De acuerdo con el Padre Eterno le inmoló en el Calvario; y este Hijo moribundo le niega el título de madre y le da por hijo á Juan el amado discípulo. Mas hoy toma de nuevo el título de Madre y sube á su trono apoyada en su amado: *Innixa super dilectum tuum.*

Veni, coronaberis.

I. El Padre Eterno corona á su hija.

El fué quien la escogió para que fuese la Madre de su Hijo, porque ella satistace todos sus deseos.

II. Jesús corona á su Madre.

Ya no hay Belén, ni destierro, ni Egipto, ni Nazareth, ni Calvario.....no hay para ella más que la gloria.

III. El Espíritu Santo corona á su esposa.

Veni soror mea, sponsa, veni, coronaberis.

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. Puesto que la humildad fué la que hizo triunfar á Jesús, debía también hacer triunfar á María. No le hubiera agradado su gloria si no hubiese entrado en ella por el mismo camino escogido por su Hijo. Se elevó, pues, por la humildad y véase de qué manera. Cualidad es de la humildad rebajarse y desnudarse de todas las ventajas que posee. Pero por disposición maravillosa se enriquece al despojarse de lo que tiene, porque en realidad gana todo aquello de que parece que se desprende. *Tanquam nihil habentes et omnia possidentes.*

Oh Madre de Jesucristo, por haberos dado el título de sierva, hoy la humildad os prepara un trono. Subid á ese lugar eminente y recibid el dominio absoluto sobre todas las criaturas.

Oh Virgen santa é inocente, más pura que los rayos del sol, habéis querido purificaros y confundiros con los pecadores; vuestra humildad os ensalzará. Seréis la abogada de todos los pecadores; seréis su segundo refugio y principal esperanza después de Jesucristo: *Refugium peccatorum.* Perdísteis á vuestro Hijo, que al parecer os había abandonado, dejandoos gemir por tanto tiempo en esta tierra extranjera. Por haber sufrido con paciencia semejante humillación, quiere este Hijo volver á entrar en posesión

de sus derechos, derechos que sólo por algún tiempo cedió á Juan. Yo le veo tendiéndoos los brazos, y toda la corte celestial os admira, oh Virgen Santísima, al veros subir al cielo llena de delicias y apoyada en vuestro amado: *Innixa super dilectum suum.*—(*Bossuet, sermón primero sobre la Asunción de la Santísima Virgen*).

II. *Ven del Líbano, amada mía, ven del Líbano, ven.* Se le ha dicho á María: *ven*, porque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo la llaman para coronarla. El Padre, que representa el poder, para recompensar su humildad; el Hijo, que es la sabiduría misma, y jamás mora donde está el pecado, para coronar su virginidad; el Espíritu Santo, que es todo amor, para premiar su caridad. Ciertamente la palabra *Ven*, repetida tres veces, indica las tres personas divinas dirigiéndose á María y convidándola á recibir la triple corona que le hicieron merecer sus virtudes.—(*Albert, Magn., lib. II, de Laud. B. M. V. cap. VII*).

III. Por su humildad se remontó la augusta Virgen sobre todos los mundos, á una esfera de gloria que habita sola con su Hijo, donde las tres personas divinas la coronaron Reina del Universo.—*Combalot., Conf. sobre las grandezas de la Santísima Virgen*).

IV. La frente de María lleva tres coronas.

La primera es la de los mártires. Los órdenes superiores poseen en grado eminente los órdenes inferiores. La bienaventurada Virgen está muy elevada sobre todos los órdenes. Por esto posee la aureola de los mártires, que tienen los órdenes inferiores. Nótese esto. Todo el mundo sabe que después de las tres personas divinas, nada hay en el cielo que le sea superior: pero tendría quien la superara si no tuviera la aureola de los mártires. Por esto la vemos brillar en su frente. Además, la bendita Virgen, colmada de los dones sobrenaturales, que fué preservada de los dolores del parto al dar á luz á nuestro Salvador, consintió en sufrirlos al pie de la cruz durante la pasión. Allí fueron desgarradas cruelmente sus maternales entrañas; su alma se sintió atravesada por la espada del dolor cuando vió tratar como á un malhechor y dar muerte como á un malvado al que ella adoró como á su Dios desde el momento en que vino al mundo. Estaba escrito que una espada atravesaría su corazón. Mil circunstancias conocidas de su vida nos prueban abundantemente que María tuvo el heroísmo del martirio. Justo es, por lo tanto, que brille en su frente la aureola de los mártires.

Mereció también la corona de los predicadores. El que predica con sus acciones es muy superior al que solamente predica con su palabra. La vida de la Virgen fué una predicación no interrumpida. Hay una diferencia muy notable entre los que predican con su virtud y los que predican con la palabra. La Santísima Virgen predicó siempre con sus virtudes. En pocas palabras dijo siempre aquello para lo que empleaban los ministros muchas frases y se les dificulta enseñar. ¿Sabéis cuál es la ciencia que contiene todas las demás? María lo dijo á sus servidores en las bodas de Caná: Haced cuanto os dijere el Hijo de Dios. ¿No es verdad que el que obsequie con exactitud las órdenes de Dios cumplirá con todo lo que el

ministerio apostólico pueda inventar en materia de exhortación y de doctrina? La Santísima Virgen predicó en pocas palabras toda ciencia y toda doctrina.

En la frente de María brilla la aureola de las vírgenes. Grato no es llamarla con la Iglesia la Virgen de las vírgenes. Este modo de expresarse supone una excelencia muy superior á las vírgenes comunes.—(*B. Albert., Magn. serm. super Miss. 9. 78 et 79*).

V. No nos conformemos con decir que es el día de su coronación y de su triunfo; digamos más bien que es la coronación y el triunfo de su humildad. De este modo expresaremos mejor el interior misterio que celebramos, y responderemos mejor á la pregunta que pudieran hacernos, no sólo los hombres toscos y terrestres, sino los mismos espíritus celestes para quienes fué la Asunción de María motivo de admiración y de sorpresa. Los ángeles, dice San Bernardo, se extasiaron al ver á María subir al cielo con tanta pompa; y encantados al contemplar este espectáculo inusitado, exclamaron entusiasmados como las compañeras de la esposa: *Quæ est ista quæ ascendit de deserto deliciis affluens?* ¿Quién es ésta que se eleva desde la tierra con tanta afluencia de delicias y esta magnificencia de gloria que la rodea? Bien se les pudo responder lo que en un caso semejante respondió San Pablo hablando de la Ascensión del Hijo de Dios: "Os afanáis por saber quién es y por qué se remonta. Recordad que como es la más santa y perfecta de todas las criaturas, no ha sido considerada como la última de las siervas de Dios; y que no se eleva sobre todos los demás seres sino porque descendió por su humildad hasta lo más profundo del abatimiento. *Quod autem ascendit, quid est nisi quia et descendit.* (Eph. 1).—(*Bourdaloue, Asunc. de la Sma. Virg.*)

VI. Cielos, si es verdad que con vuestra armonía inmutable mantenéis el equilibrio del universo, entonad un cántico nuevo, un cántico de alabanzas. Las virtudes celestiales que dirigen vuestros movimientos os invitan á dar alguna señal de alegría. Si permitido me fuera mezclar mis conceptos con tan augustos decretos, diría que Moisés no pudo prescindir, al ver á esta reina, de repetir esta hermosa profecía que nos dejó en sus libros: "Saldrá una estrella de Jacob y un tronco brotará de Israel." Isaías, embriagado del Espíritu de Dios, cantó en un incomprensible entusiasmo: "Esta es la Virgen que debía concebir un Hijo." Ezequiel reconoció esta puerta cerrada por la que nadie podía entrar ni salir, porque por ella entró el Señor de los ejércitos; y en medio de ellos el real profeta David animaba su lira celestial con este cántico admirable. Asistió la reina á tu derecha, con vestidura dorada, rodeada de variedad. Toda la gloria de la hija del rey de dentro en franjas de oro. Vestida en variedades á la redonda. Serán llevadas al rey vírgenes en pos de ella; serán traídas con alegría y con respeto; serán llevadas al templo del rey. (Psal., XLIV).

La Santísima Virgen hacía guardar un respetuoso silencio á los mismos espíritus bienaventurados, sacando del fondo de su corazón estas palabras escogidas: "Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se llena de gozo en Dios mi Salvador, porque miró la bajeza de su esclava, pues ya desde

ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.» (Luc., I, 46.)

Terminó la ceremonia y la sagrada pompa, y María fué colocada sobre un trono en brazos de su Hijo, en el medio día eterno, como dice San Bernardo, y la santa humildad acabó su obra.—(*Bossuet, sermón sobre la Asunción de la Santísima Virgen*).

ARTÍCULO V

PLATICA XXXI

DEVOCIÓN Á MARÍA.

Hemos llegado ya al término de nuestras cotidianas reuniones. Han pasado como todo pasa en este mundo, y muy velozmente para mí, porque vuestra presencia me rodea de bienestar. Junto á vosotros y atraído por la atención con que habéis escuchado mis pobres discursos, me siento como rodeado de mi familia; al separarme de vosotros no lo hago sin un verdadero pesar. Ojalá llevéis con vosotros un vivo recuerdo de las convicciones que he procurado inculcaros y continuéis siendo verdaderos devotos de María. Esto mitigará un tanto la pena que me causa vuestra separación, porque os veré con frecuencia junto á este altar, puesto que los amigos de la Madre no pueden vivir indiferentes á la voluntad de su Hijo.

¿Por qué no he de abrigar en mi corazón tan halagüeña esperanza? Sí, todos vosotros tributáis culto á María. No ha caído sobre vosotros, durante todo un mes, la gracia de Dios, sin producir el deseado fruto. Pondré, pues, el sello á nuestros trabajos Marianos hablando hoy sobre la naturaleza y cualidades de la devoción que debemos tributar en lo futuro á aquella de quien nos envanecemos con llamarla nuestra Madre.

El primer devoto de María fué su propio Hijo, Nuestro Señor Jesucristo. No es, pues, tan reciente esta devoción como quieren suponer los que se llaman en nuestros días hombres despreocupados, aun cuando proclamen que leen el evangelio que pretenden seguir. ¿Cómo, si lo entienden, han dejado de ver unas frases que son tan significativas? Estas frases dicen: «Yo estaba sujeto á ellos.»

Esta sumisión duró treinta años. Treinta años vivió Jesús con María, amándola, sirviéndola y sujeto á su voluntad. ¡Cuánto dicen estas frases! El Hijo de Dios solo vivió en la tierra treinta y tres años, de los que consagró treinta á María. ¿No es esto honrarla y adorarla? En los últimos tres años se apartó algo de ella, es verdad; pero él mismo nos explica la causa de esto al decirnos que era «el médico de los enfermos» «la luz de Dios.» María no estaba enferma, y la compañera de la Trinidad no necesitaba de la luz.

Además, en este tiempo el Hijo trabajó para su Padre; buscó las ovejas descarriadas; reunió los elementos de su Iglesia; instruyó á sus discípulos, y preparó la expiación del Calvario. Estos trabajos absorvían todo su tiempo; y así se comprende. No podía distraerse de estas atenciones para vivir al lado de su Madre como hasta entonces había vivido. No se ofende María por esto, ni podía correr tras él para participar de sus triunfos. Fiel á su misión de Madre, se mantuvo en el retiro para que más brillara su hijo. Semejábase á la aurora, que desaparece desde el momento en que el sol deja asomar sus rayos. Mas no siguió ocultándose hasta el fin.

En los últimos instantes de su vida se acerca de nuevo Jesús á su divina Madre y redobla sus caricias filiales; enclavado ya en la cruz, se acuerda de ella tanto como de su Iglesia y le busca un protector, un nuevo Hijo en la persona del discípulo amado, de San Juan, y sus últi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

mas miradas se posan sin duda en la Madre del dolor.

Dirase tal vez que en esto no hizo Jesús sino seguir el instinto natural de todos los hijos; pero no es así como debe juzgarse. Jesucristo es Dios. Sus actos todos son *de religión*. El honor que tributa á la Virgen bajo el techo de Nazareth y en la cruz, es un honor religioso. Con él exalta á la *naturaleza humana* en la que quiso engastarse *la persona del Hijo de Dios*.

No de otro modo comprendieron los apóstoles el pensamiento de Jesucristo, y viviendo ella todavía, pedían á Dios por intercesión de Nuestra Señora.

No insistiremos más sobre esto, porque no sería más que repetir la historia del culto de María, que todos conocéis ya. No haré, por lo tanto, sino hablaros de esta devoción y de los frutos que produce. Cuando esta devoción es *perfecta*, no hay duda que produce la salud; y cuando los pecadores la practican, no cabe duda que el demonio ha de soltar su presa.

El apóstol San Juan lo insinúa en la visión que nos describe por medio de una mujer que se parece á María y padece los dolores atroces de un parto misterioso. Los doctores ven en ella á la Virgen que da á luz con sus dolores á los pecadores en la gracia.

Según el cardenal Pedro Damiano, la acción de esta Madre de la gracia es casi todopoderosa en los corazones endurecidos, pero que no desconfían de obtener su socorro. ¿Por qué, pregunta, no se convirtió el buen ladrón cuando caminaba al lado de Jesús en camino para el Calvario? ¿Por qué no pidió entonces perdón? Porque María no había intercedido todavía por él. María la Egipciaca nos ofrece otro ejemplo no menos palpable de la bondad de María para con los pecadores. Desde el momento en que exclamó en medio de su angustia: Oh Virgen Santísima ¿no sois vos el refugio de los pecadores? pues si vos me rechazáis, ¿á quién podré ocurrir? Desde

ese momento se sintió trasformada y fué un prodigio tal de penitencia y santidad, que nada le supera en la vida de los santos. «Si debemos creer á santa Brígida, ella asegura que María dijo: «que nadie está tan alejado de Dios, si no ha recibido la última maldición, que invocándola á ella no vuelva á Dios y deje de obtener misericordia.»

No se crea, sin embargo, que con sólo llevar un escapulario, una medalla ó un rosario, ó practicar algún acto de devoción exterior, se puede vivir impunemente en el pecado. Hablo de los pecadores, no de los cómicos ni de los hipócritas. Hay personas que á pesar de sus esfuerzos sucumben al peso de sus costumbres ó de las ocasiones que no saben evitar.

A estos me refiero. No desesperen. Tengan presente que un triunfo obtenido, aunque sea á grandes intervalos, puede ser el preludio de un triunfo completo, porque María nunca deja de tender la mano en los momentos supremos á los atletas de buena voluntad. La verdadera devoción, hermanos míos, es exterior é interior. La *interior* consiste en reprimir nuestros defectos, no sólo los que se consideran vergonzosos, y que son las serpientes que abundan aun en los jardines del catolicismo; sino la falta de caridad en sus distintas formas, como el falso celo que nos hace prejuzgar de las acciones de los demás y derramar fingidas lágrimas que sólo encubren el placer interior que nos proporcionan las ajenas culpas.

La devoción *exterior* es la que enarbola sin miedo la bandera de nuestras convicciones y es un símbolo. Pero fuerza es que este símbolo sea una realidad, que su desarrollo sea hijo de la savia interior. Solo así se le podrán perdonar sus excesos. El que en público ostenta en sus manos un rosario, debe conservar en su hogar una conducta más arreglada que los otros y ser más caritativo. Así será como se hagan respetar y produzcan el bien. Harán tanto

bien cuanto es el mal que hacen los avaros, los murmuradores y los egoístas que cubriéndose bajo la capa de la religión la arrastran consigo en el fango. No les imitemos, hermanos míos. Vivamos exteriormente como interiormente vivimos. Devotos de María, seamos devotos de Dios y tengamos amor al prójimo. Así será como merezcamos las recompensas que reparte la Madre querida que nos coronará un día en el cielo. —Así sea.

EL SAGRADO CORAZON DE MARIA

DIA PRIMERO DE JUNIO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Feriam eis pactum sempiternum, et non desinam eis benefacere.

Jerem., XXXII, 40.

Lætabor super eis cum bene eis fecero in todo corde meo, et in tota anima mea.

Ibid.

Erit mihi in nomen, et in gaudium,et in laudem et in exultationem cunctis gentibus terræ quæ audierunt omnia bona quæ facturus sum eis.

Jerem, XXXIII, 9.

In funiculis Adam traham eos, in vinculis charitatis.

Os, II, 4.

Ecce ego declinabo super Jerusalem quasi fluvium pacis, et quasi torrentem inundatem. Ad ubera portabimini et super genua blandientur vobis. Quomodo si cui mater blandiatur, ita ego consolabor vos; videbitis, et gaudebit cor vestrum.

Isa., LXVI, 12.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bien cuanto es el mal que hacen los avaros, los murmuradores y los egoístas que cubriéndose bajo la capa de la religión la arrastran consigo en el fango. No les imitemos, hermanos míos. Vivamos exteriormente como interiormente vivimos. Devotos de María, seamos devotos de Dios y tengamos amor al prójimo. Así será como merezcamos las recompensas que reparte la Madre querida que nos coronará un día en el cielo. —Así sea.

EL SAGRADO CORAZON DE MARIA

DIA PRIMERO DE JUNIO

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Feriam eis pactum sempiternum, et non desinam eis benefacere.

Jerem., XXXII, 40.

Lætabor super eis cum bene eis fecero in todo corde meo, et in tota anima mea.

Ibid.

Erit mihi in nomen, et in gaudium,et in laudem et in exultationem cunctis gentibus terræ quæ audierunt omnia bona quæ facturus sum eis.

Jerem, XXXIII, 9.

In funiculis Adam traham eos, in vinculis charitatis.

Os, II, 4.

Ecce ego declinabo super Jerusalem quasi fluvium pacis, et quasi torrentem inundatem. Ad ubera portabimini et super genua blandientur vobis. Quomodo si cui mater blandiatur, ita ego consolabor vos; videbitis, et gaudebit cor vestrum.

Isa., LXVI, 12.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Transite ad me omnes qui concupiscitis me et a generationibus meis implemini. Spiritus enim meus super mel dulcis, et hæreditas mea super mel et favum.

Eccl., XXIV, 26,

Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.

Matth, II, 28.

Exultabit spiritus meus in Deo salutari meo, quia fecit mihi magna qui potens est.

Luc., I, 47.

Et si discedat unusquisque, non faciemus sicut omnes: non est nobis utile ut eamus altera via.

I, Mach., II, 19.

Et nunc sequimur te in toto corde, ne confundas nos, sed fac nobiscum juxta mansuetudinem tuam.

Dan., III, 42.

Vos qui permansistis mecum in tentationibus meis, non turbetur cor vestrum. Quodcumque volueritis, petetis et fiet vobis: ego dilexi vos.

Luc., XXII; Joan., XIV, 1.

Ego dormio, et cor meum vigilat.

Cant., V, 2.

Hortus conclusus, soror mea, sponsa, hortus conclusus fons signatus.

Cant., IV.

Pone me ut signaculum super cor tuum ut signaculum super brachium tuum quia fortis est ut mors dilectio. Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem, nec flumina obruent illam: si dederit homo omnem substantiam domus suæ præ dilectione, quasi nihil despiciet eam.

Cant., VIII, 6.

Si sapiens fuerit animus tuus, gaudebit tecum cor meum, et exultabunt renes mei cum locuta fuerint recta labia tua.

Prov., XXIII, 15.

Desiderium cordis ejus tribuisti ei, et voluntate labiorum ejus non fraudasti eum.

Psal., XX, 2.

Exultavit cor meum in Domino, et exaltatum est cornu meum in Deo meo quia lætata sum in salutari tuo.

I Reg., II, 2.

Testis mihi est Deus quomodo cupiam vos omnes in visceribus Jesu Christi, eo quod habeam vos in corde, socios gaudii mei.

Philipp., I, 8.

ARTICULO II

LOS PADRES

I. ¿Cómo podrá mi insuficiencia alabar la magnificencia del corazón virginal de María, cuando la veo exaltada por la boca más pura y más santa? Ni los ángeles ni los hombres podrán alabarla jamás como es debido. El Señor ha dicho: «El hombre bueno saca el bien del tesoro de su corazón.» ¿Qué criatura podrían imaginar los hombres que fuese más perfecta que la que mereció ser Madre de Dios y le llevó en su seno y en su corazón? ¿Puede hallarse más rico tesoro que este amor divino en que se hallaba abrasado el corazón de esta Virgen incomparable? (*Bernardin. Senens. serm. 9. de Visit.*)

II. De este corazón brotaron como de un horno de amor divino las palabras más bellas, es decir, las palabras que respiran la caridad más ardiente. Porque así como de un vaso lleno de licor precioso no puede salir sino un licor excelente, así también de un horno lleno de carbones incandescentes no puede salir más que fuego; y del corazón de la Madre del Salvador no brotan sino ardores puramente divinos. (*Id. Ibid.*)

III. Los pastores hallaron á María, á José y al niño

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acostado en un pesebre. Le hallaron porque le buscaron con empeño. Le hallaron con la Virgen María y con José el hombre justo, y le hallaron en el pesebre, porque el que quiere poseer á Jesucristo debe ser de intención recta y ha de buscar con grande humildad y respeto tan grande tesoro. El ejemplo de los pastores nos enseña que si queremos encontrar á Jesucristo, debemos acercarnos primeramente á María, porque á ella es á quien se ha dicho: «Habéis hallado gracia ante Dios.»

IV. María conservaba todas estas cosas repasándolas en su corazón, demostrando así su prudencia y su sabiduría según estas palabras: Que la misericordia y la verdad estén siempre en ti, que nunca se aparten de tus labios é imprímelas en el fondo de tu corazón. El Eclesiástico dice: «El que las guarde fielmente en su corazón, nunca carecerá de sabiduría. El corazón de un insensato es como un vaso roto que no puede contener la sabiduría.» (*Id. Ibid.*)

V. No sucedía esto con el corazón de la Santísima Virgen, que fué un santuario cerrado donde estaban preciosamente guardados los tesoros de las palabras divinas. Por esto se compara con el arca de Moisés, de la que se escribió que contenía la tabla de la ley divina. Mas como esta era una arca viva, no solamente conservaba la enseñanza divina, sino que la meditaba con elevada inteligencia. Agrégase que la repasaba en su corazón, de modo que se puede poner en sus labios este otro oráculo divino: «He conservado preciosamente en el fondo de mi corazón todas vuestras palabras.» (*Id. Ibid.*)

VI. Está hecha toda para todos. Movida por su inmensa caridad, se ha consagrado al servicio de los sabios y de los insensatos. A todos abre el seno de su misericordia para que en este océano de favores pueda cada uno sacar la gracia que le es necesaria: el cautivo la libertad; el enfermo la salud; el afligido el consuelo; el pecador el perdón; el justo el aumento de la gracia; el angel nuevo gozo; la Trinidad entera un nuevo rayo de gloria y el Verbo de Dios la sustancia que debe formar su cuerpo. No podrá decirse que uno sólo ha escapado á la influencia divina de este corazón incomparable. (*Bernard. in sign. magn.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON PANEGIRICO
DEL
SAGRADO CORAZON DE MARIA

Candor est enim lucis æternæ, et speculum sine macula Deì majestatis, et imago bonitatis illius.
Es resplandor de la luz eterna y espejo sin mancilla de la mi jestad de Dios é imagen de su bondad.

(Sab., cap. VII, v. 26).

Momentos hay de entusiasmo religioso en que el alma fuera de sí misma, no sabe darse cuenta de las impresiones que experimenta. Escenas tan tiernas, tan arrebatadoras, nos ofrece el cristianismo, que ni pueden copiarse, sino de una manera imperfecta, ni trasladarse al lienzo más que en oscuro y mal trazado boceto. Tal es, sin duda, la que hoy exhibe esta santa iglesia al concluir el hermoso mes de las flores, consagrado á celebrar las glorias del Candor de la luz eterna, Espejo sin mancha de la majestad de Dios é Imagen de su bondad; más claro, del Purísimo é Inmaculado Corazón de María.

No extrañéis, señores, que el orador de sus grandezas, no siendo más que un puro mortal y como extranjero en la ciencia de Dios se sienta desorientado, abrumado con el peso enorme de asunto tan vasto, cuando el mismo Espítu Santo, foco de luz y centro de la Increada Sabiduría, se muestra tan absorto á vista de las bellezas y magnificencias de este Corazón virginal, que parece como vacilar al proponerse darnos una idea exacta de tan singular fenómeno. Tan pronto busca en el cielo las imágenes más

grandiosas y sublimes, como toma prestados de la tierra los colores más graciosos y encantadores: ya le compara á la alborada de una risueña aurora, ya á la claridad de una luna despejada en el día de su plenitud, ya al sol radiante cuando asoma sus cabellos de oro á través de un azulado horizonte: aquí es la blanca azucena que derrama sus perfumes en las laderas del torrente, allí la rosa purpurina que embellece las campiñas de Jericó, ó el jazmín embalsamado con un perfume divino; más allá la vid frondosa, cuyos racimos encantan los ojos del viajero que cruza las viñas de Engadi: ora la titula hermosa entre las hijas de Sion: ora la llama Esposa idolatrada del Rey de la gloria: ora canta su epitalamio como á la sin par Sulamitis que ha herido el corazón del Salomón divino con una mirada de sus ojos, con una sola trenza de su cuello: ó bien la criatura sin semejante, en quien se han reunido las galas del Líbano, las glorias del Carmelo y los atractivos de Saraón; porque ha salido de los labios del Altísimo, cual soplo divino en calidad de corredentora, primogénita ante toda criatura, con el principado sobre toda gente y sobre todo pueblo. *Et in omni populo, et in omni gente primatum habuit.* (1) El Sagrado Corazón de María, dice el padre San Bernardo, tiene todas las prerrogativas del Cielo, todos los dones de la carne, todos los carismas del amor: el corazón de María es el gran milagro de la naturaleza, el inefable prodigio de la gracia, la hermosa perspectiva de Dios, y para decirlo en una palabra que todo lo comprenda, la obra por excelencia de la Trinidad beatísima. Ved aquí, señores, los graves fundamentos en que me he apoyado para hacer aplicación en sus encomios de las palabras del sagrado Libro de la Sabiduría. *Candor est enim lucis æternæ, et speculum sine macula Dei majestatis, et imago bonitatis illius.*

(1) Eccli., cap. 24, v. 10.

De aquí brota naturalmente y sin violencia alguna, esta sencilla reflexión, única en que voy á fundar sus alabanzas. El dulcísimo corazón de María es digno de nuestros homenajes, porque es el compendio de las perfecciones divinas.

Aceptad, oh Reina celestial, esta perla con que me propongo embellecer vuestra diadema, recibid la humilde florecita que mi cariño viene á presentaros: pobre es el don, muy pobre quien le ofrece; pero en cambio, Señora, mi amor es cordial y con él para alabaros dignamente os saludo llena de gracia.—AVE MARÍA.

Los cielos publican la gloria de Dios y la obra de sus manos la anuncia el firmamento, *Cœli enarrant gloriam Dei et opera manum ejus anuntiat firmamentum* (1). Esta verdad, que con entusiasmo poético publicaba David entre el ruido del torrente y las soledades del desierto, véla realizada el hombre juicioso, cuando se dedica á contemplar el sorprendente panorama que ofrece la naturaleza; preciosas alfombras de flores; astros que matizan los cielos: relámpagos y tempestades: nubes de nácar recamadas de oro: bramidos de las ondas del mar: ruidos de la cascada: el sol, ese astro luminoso, que á semejanza de un esposo todos los días parece levantarse del lecho de las ondas como de un tálamo nupcial que sale á caminar con pasos de gigante, desde el Oriente al Occidente, é iluminar en su carrera toda la redondez del universo: ¡qué cosa tan brillante! pero aun ha podido hacer más el poder de Dios. Estudiad al hombre, á ese gran Señor de la naturaleza, ¡qué alma, qué cuerpo, qué unión de dos sustancias, al parecer tan insociables, qué agilidad de pensamientos, qué valentía de imaginación, qué fuerza de talento! Su corazón goza una especie de inmensidad que no puede llamar sino la inmensidad de Dios: y digo, ¿apu-

(1) Psalm., 18.

raría el Criador su sabiduría para formarle? ¿pudo hacerle más hermoso? Pasemos al orden de la gracia: Veamos esos seres extraordinarios que aparecen á los ojos del mundo, semejantes en su esplendor á aquellos astros de primera magnitud, que no se ven sino de tiempo en tiempo. Abraham, David, Job, Daniel, Jeremías, el Bautista. El espíritu del Señor se derramó á favor de estos hombres de Dios, de tal modo, que parece no pudo hacerse más con una pura criatura; y sin embargo, y á pesar de las brillantes cualidades que caracterizaban á seres tan raros, ¿quién osará decir, estas obras son el último esfuerzo del poder divino? A sola la Reina de los Angeles, cuya magnificencia se eleva sobre los cielos, estaba reservada tanta inmensidad de gloria, según los padres de la Iglesia. El angélico Maestro, hablando del augusto corazón de María, nos ha dejado escrita esta proposición, tan valiente cuanto sublime: Dios pudo hacer un mundo mayor que este, un cielo más vasto, un fuego más puro, una tierra más fértil, unos ángeles más perfectos, unos santos más fervorosos; pero no pudo hacer un corazón más noble, más respetable, más excelente: no pudo crear una alma, ni más pura ni más santa que la que crió para María. Aquí entra toda la fuerza de su raciocinio. María, continúa diciendo, es elevada en santidad sobre el Serafín. María por la afinidad espiritual que tiene con Dios, haciéndose Madre de Jesucristo, confina con la Divinidad. *Sua operatione fines Divinitatis propinquius. atingit.*

Ni podía ser de otra manera, si contemplamos á Dios recogido en sí mismo por el espacio de cuatro mil años para la creación del inmaculado corazón de María, durante los cuales no cesó de anunciar este gran prodigio de su gracia y de preludiarlo con figuras y con bosquejos que son como los estudios de este gran dibujo: y no porque no hubiera podido formarle de un solo rasgo, sino porque quiso con este retardo, darnos á conocer su alta

importancia. ¿Qué santo ha sido objeto de semejantes preparativos, ni se ha presentado desde el origen del mundo ocupando con la Trinidad Beatísima el punto culminante de todas las invenciones de la sabiduría eterna? De aquí, que veamos el inmaculado corazón de María como un paraíso plantado por la mano de Dios, donde nacieron y se criaron todas las yerbas aromáticas, el líbano con sus galas y amenidades, los cedros, los olivos, los lirios y los plátanos. Es decir, todas las virtudes en el más alto grado de perfección. El sagrado corazón de María es la zarza incombustible en medio de las llamas voraces que abrasan la cumbre del Oreb, el Vellocino de Gedeon cubierto de un rocío celestial, el trono de Salomón, el altar de los perfumes, la mesa de proposición, el huerto del esposo, la puerta cerrada de los cánticos, el *Sancta Sanctorum*, lugar sagrado que reservó Dios para sí, y que llenó de su gloria la Augusta Trinidad. Así se lo mostró á Santa Gertrudis en un misterioso éxtasis: vió tres ríos caudalosos que nacían, uno del Padre, otro del Hijo y otro del Espíritu Santo; los que penetrando é inundando el corazón de María, volvían con ímpetu al lugar de donde salieran. Significando esta visión que la Santísima Trinidad había escogido este corazón purísimo para objeto de sus más gratas complacencias. Jamás se ha visto en el mundo después del de Jesucristo, un corazón tan inocente, tan rico de gracia, tan colmado de merecimientos. En él se veían como en un cristal trasparente reproducirse las bellezas del mundo de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. Jamás el Altísimo había contemplado su Imagen soberana en toda su magnificencia, sino cuando tiernamente enamorado, se miró en aquel santuario destinado á ser el depositario de la divinidad encarnada.

Si allá en el génesis del mundo, para dar á Adán un lugar de delicias, crió Dios el paraíso con tanto cuidado que para darnos alguna idea de su hermosura, la Escritura santa le llama lugar de deleite por excelencia: por aquí la palma, por allí la rosa, el cinamomo y el aloe, el estoraque, el terebinto y el bálsamo: y como presidiendo á tan bizarras plantas, el árbol de la vida. *Plantaverat Dominus Paradisum voluptatis* (1). Siendo María escogida por el Padre desde la eternidad, para el lugar de sus inefables encantos, como dice San Bernardo: ¡qué prodigios no obraría el Todopoderoso en aquel corazón virginal, lecho florido donde debían realizarse las bodas del Cordero! Si para edificar un templo, el Dios de Abraham en Jerusalén puso en movimiento á los mayores reyes que empuñaron el cetro de Judá y de Israel y aun toda el Asia, el ciudadano y el extranjero concurrieron á este glorioso designio, no siendo bastantes diez años con dos mil trabajadores para concluir tan suntuoso edificio; y todo esto sólo porque se preparaba una habitación para Dios: ¿qué riquezas no derramaría el Espíritu Santo en la hora de sus munificencias sobre el corazón de María, templo sagrado donde el Dios de las eternidades quería ser honrado con los más puros sacrificios? Si para dar á Salomón un corazón digno de la majestad de un gran rey se lo dió tan dilatado como los espaciosos límites del mar. *Dedit Deus Salomoni latitudinem cordis quasi arenam quæ est in litore maris* (2). ¿Qué corazón no dispondría en la Santísima Virgen? Corazón digno de la Madre de Dios, corazón de cuya preciosa sangre, en sentir de los teólogos, había de formarse el cuerpo del Redentor del mundo.

Cuando se trató de la formación del cuerpo de Adán, dice Santo Tomás, los ángeles ministraron á Dios el agua y el polvo. Para la formación de Isaac, un ángel preparó las entrañas de la estéril Sara. Mil y mil ángeles, según un sabio expositor, concurrieron á la formación del cora-

(1) Génesis, c. 2, v. 8.
(2) III Reyes, IV, 29.

zón de María Santísima uniendo en las entrañas de la venerable Ana, la sangre más pura, eligiendo la más excelente porción de los cuatro elementos, convocando las influencias más benignas del cielo; en una palabra, organizaron el corazón de María según una idea tan perfecta, que en nada se le asemeja la que recibió Beceleel para la formación del tabernáculo, Moisés para las medidas de la arca, David para la construcción del templo. ¡Oh abismo inconmensurable de la bondad de Dios! ¿quién podrá comprender lo que tu diestra soberana ha obrado en favor del corazón de nuestra Augusta Princesa, habiendo observado en su formación unos caminos tan privilegiados, unos juicios más adorables que inteligibles? Cuanto puede esconderse en los senos de la naturaleza, cuanto pueda comprender el abismo insondable de la creación, animado por la virtud omnipotente, todo nace, todo brota, todo luce en el corazón de María, como emanaciones de un paraíso celestial. *Emitiones tuæ Paradisus.* Inocencia privilegiada, perfecto uso de razón, libertad anticipada, corazón sin concupiscencia, íntima é inseparablemente unido á Dios. Direlo mejor con los términos del sabio cardenal de Berula: Este amor era para el corazón de María, el alma de su alma, el espíritu de su espíritu, el corazón de su corazón. Estaba el Padre celestial tan bien hallado en este seno hermosísimo, que allí se complacía mirando en aquel santuario como en un espejo diáfano los rayos característicos de su semejanza, tan perfectamente trazados, que hubiera podido confundirse la copia con el original.

Sólo un rasgo del amor divino comunicado á los santos, produjo en ellos efectos prodigiosos. A San Felipe Neri le rompe dos costillas. A San Pedro de Alcántara le abrasa con tanto ardor, que á sólo su contacto hierve el agua helada. En Santa Teresa de Jesús da lugar el amor á que un Angel le traspase el corazón con un dardo. En Santa Catalina de Sena, á que el Señor le trueque el corazón por el suyo. Siguiendo un orden rigorosamente lógico ¿qué diremos de los efectos admirables que produciría en el corazón de María, no un rasgo del amor divino, sino torrentes inefables de la caridad de Dios? Diremos con San Ildefonso que así como el fuego penetra el hierro por todas partes, así el amor de Dios penetró con tanto exceso en el corazón de María, que nada sentía, sino sus dulces deliquios. Diremos con San Pedro Damiano, que aquel Dios de Majestad tremenda, que con su inmensidad llena todas las cosas por esencia y potencia, inundó el corazón de esta virgen encantadora con su amor de un modo incomprensible.

Así salió de las manos del Supremo Artífice esta hermosísima entraña de la más pura de todas las vírgenes, como el vaso de los divinos libros, esmaltado de piedras preciosas, del que rebosan exquisitos perfumes; como un cielo hermoso en el que millares de soles proyectan unos sobre otros una luz deslumbradora: como una efusión de claridad del Todopoderoso: como un rayo de su eterna luz. Corazón cerrado á la culpa como el jardín de la Esposa: Corazón fuerte como la torre de David: Corazón tan amable y tan dulce, que según una virgen contemplativa, Jesucristo aplicaba sus labios á este panal de delicias para gustar sus dulzuras. Diósela á entender en esta revelación, que así como la humanidad de Jesucristo se alimentaba de la leche virginal, así la Divinidad descansaba en este corazón inocente y se alegraba de poseerle. Corazón digno de que el Espíritu Santo celebrara en él sus desposorios con María. Tan grande idea la explicaremos con una alegoría bíblica: Envió el anciano Noé un cuervo y una paloma, para explorar si estaba la tierra capaz de ser habitada: no halló la paloma lugar donde poder fijar el pie y se volvió á la Arca: el cuervo en tanto se quedó divertido con los cadáveres fétidos y

corrompidos. Esa paloma, clama San Vicente Ferrer, es el Espíritu Santo que no quiso como el cuervo descansar en el corazón corrompido de las criaturas, y dilató sus desposorios hasta que halló un corazón digno de sí. Tal fué el de María, florido lecho de pudor inmarcesible.

Bien sabido es, señores, el olvido á que fueron condenadas famosas mujeres de la antigua ley, sólo por haberse encontrado en su corazón algunas imperfecciones. Así el Señor despreció á Sara, porque negó la verdad á un ángel: despreció á Rebeca, porque usó de fraude con el viejo Isaac, para robarle su bendición á favor de Jacob: despreció á Raquel, porque robó los idolillos de su padre Laván: y Jael y Dévorab, y Susana y Abigail fueron despreciadas también por algunas ligeras manchas. Sólo el corazón de la Madre de Dios, muy distante de merecer el desprecio, lleno de flores de justicia, de honor y de honestidad, embalsama la santidad de Dios, mereciendo la única que el Esposo celestial la dijera estas inmortales palabras: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te* (1). Tu corazón es todo hermoso amiga mía y mancha alguna no se encuentra en él. Sólo en este corazón se derramaron aquellas gracias, que después de la humanidad de Jesucristo unida con el Verbo ocupan la primera clase. Sólo este corazón es el que entre las obras del Excelso no puede comprenderse sino hasta llegar al Trono del mismo Dios. Pensamiento es de un devoto Mariano que saluda á este corazón con las siguientes palabras tomadas de Ricardo: «*O digna digni pulchra formosi munda incorrupti, Excelsa excelsi.*» Para medir su heroísmo es preciso elevarse hasta la grandeza de Dios: *Digna digni.* Para medir su belleza es preciso comprender la hermosura de Dios: *Pulchra formosi.* Para medir su santidad hemos de subir hasta la santidad de Dios: *Excelsa*

(1) Cant., c. 4, v. 7.

excelsi. Para medir su pureza no hay otra medida más que la pureza de Dios: *Munda incorrupti.* ¡Qué corazón tan admirable y tan digno de nuestros homenajes! ¡Oh cuán feliz fuera si pudiera inspiraros la tierna devoción que le profesan tantas almas justas! Estudiadlo con amor filial, porque es el candor de la luz eterna, el espejo sin mancha de la Majestad de Dios, la imagen de la bondad divina.

Acordaos, mis hermanos, de los sitiadores de Betulia, cuando al ver la hermosura de la viuda amazona se animaban unos á otros á la toma de la ciudad, diciendo, ¿quién no conquistará un pueblo donde hay mujeres tan hermosas? ¿Quién, pues, mirando el corazón de esa Madre del amor hermoso como un compendio de las perfecciones divinas no le tributará sus obsequios? Felices pueblos donde es honrado y venerado el dulcísimo corazón de María: ¿qué beneficios sin cuento no les dispensará esa gran Señora del mundo, de los ángeles y de los hombres? Imposible es de todo punto que yo pueda enumerarlos: basta aseguraros que la historia de la Iglesia en diez y ocho siglos no es otra cosa sino la historia prodigiosa de la beneficencia maternal del corazón de María. Mediante las influencias de este corazón deífico, ha aparecido en el mundo la verdadera edad de oro y la positiva virtud en la civilización del Evangelio. Por el corazón de María se ha obrado en el Universo, esa trasformación moral en las creencias, en las costumbres, en las leyes y aun en su constitución social; ¿qué parte tan interesante no ha tomado en que hayan desaparecido avergonzados el despotismo y la tiranía, cesado la sangrienta luchad el circo y el envilecimiento de unos pueblos que se arrastraban en la miseria y morían en la infancia? Debido al amor ardiente de este corazón limpísimo, la fraternidad cristiana ha sucedido al criminal egoísmo, y la humanidad, antes degradada, ha dejado de ser un enjambre de miserables manci-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pios arrojados en fétidas viviendas, encorvados siempre bajo el látigo de bárbaros verdugos, y dispuestos á morir á su capricho ó á pelear con las fieras en los juegos olímpicos para solaz de los césares y recreo de las matronas romanas. Por eso el cristianismo saluda al corazón de María, como la aurora de la redención: por eso este corazón santísimo ha encontrado un altar en cada corazón católico.

Y ¿qué diremos si descendemos á contemplar beneficios particulares para descifrar algo de los bellos encantos de su amor maternal? Decir corazón de la Madre de Dios, es reasumir en cuatro palabras cuanto el alma puede apetecer de más embelesador, es cuanto más dulcemente vibra en el corazón humano: que el genio agote todos sus recursos, que la poesía desarrolle toda la valentía de las inspiraciones, que la música reuna la más exquisita melodía de sus cánticos; nada se encontrará como esta palabra tan propia para producir el arrobamiente y el éxtasis. ¡Madre! ¿No es esta la palabra única que en ningún idioma tiene semejante, así por los efectos que causa como por las sensaciones que instantáneamente inspira? ¡Corazón! ¡amor! ¿Hay un solo ser á quien estas palabras no conmuevan, no entusiasmen, no saquen fuera de su centro? ¿No es el amor el alimento del corazón, la gran necesidad de nuestro espíritu, la pasión innata de nuestra alma, la condición esencial de nuestra existencia y el bello ideal por quien sin cesar suspiramos? Quien no ama es un ser inútil en el mundo, incapaz de obras heróicas. Ahora bien, personificad en María estos dos títulos tan suaves como las sonrisas de los ángeles, tan consoladores como el pensamiento de los cielos, y luego veréis como por encanto aparecer en el seno de la Iglesia católica el corazón de María como un gran volcán de amor cuyas llamas más impetuosas que las que despidiera el horno de Babilonia, inflaman prodigiosamente á los moradores del

cielo y á todos los habitantes de la tierra. Veréis brotar con sorpresa de ese candor de la luz eterna, espejo sin mancha de la majestad de Dios é imagen de la bondad divina, para verterse sobre la inmensa ciudad del tiempo, beneficios á millares que cubren el universo, recorren las edades, pasan más allá del horizonte que admiramos para sepultarse con gloria en los abismos insondables de la eternidad. ¡Oh! cantémosle al corazón de María un cántico nuevo: resuenen sus alabanzas en la Iglesia de los santos. Basta, señores: ¡cuánto más pudiera decirse en su elogio! pero cedamos á la prudencia, dejando probada la verdad de mi proposición. El corazón de María es el compendio de las perfecciones divinas, el dignísimo objeto de los homenajes del cristianismo.

Para concluir, señores, saludemos á nuestra augusta Madre con las mismas frases de que se valieron los padres y doctores de la Iglesia, cuando poseídos de un fuego sagrado procuraban radicar en el corazón del pueblo cristiano el amor y la devoción á la más pura de las Vírgenes, á la más tierna de las Madres. Unamos nuestras oraciones á las de la Iglesia, simbolizadas en las flores que niñas inocentes y delicadas le han ofrecido en todo este mes, en que la primavera ha ostentado sus riquezas y sus galas: las frases que en honor de María han pronunciado los escritores de sus grandezas ¿qué son sino flores cortadas en el jardín del Espíritu Santo? Hélas aquí: «Dios te salve, Señora, más sublime que todo cuanto existe, estrella fulgentísima de quien nació Cristo, archivo opulento de divinos dones, arca afluentísima de inefables consuelos. Dios te salve, tesorera de Jesucristo, plenipotenciaria del Monarca supremo, dispensadora de sus dones. Dios te salve, perla preciosa del reino celestial, tabernáculo brillante del Sol de la gloria, palacio consagrado del Rey. Dios te salve, aliento y respiración de los cristianos, vida divina, vida sin senectud, vida que nutre de alimentos vi-

tales. Dios te salve, alegría y dulzura del linaje humano, esperanza de los desesperados, salud de los perdidos, puerto seguro de los náufragos. Dios te salve, hermosura de los mártires, gloria de los fieles, corona de la virginidad.» ¿Cuándo llegará el día en que todos los que nos hemos reunido en este sagrado recinto para celebrar tus glorias, te hagamos compañía allá en la eternidad? Juro que te amo y deseo verte. ¡Cuándo será! Cuándo será!

PROTESTA

AL

SANTISIMO CORAZON DE MARIA.

¡Oh amabilísima Señora, Reina de los Angeles y de los hombres, dulce refugio de los pecadores, Madre especialísima de los discípulos de Nuestro Señor Jesucristo! Atraídos por el olor de ungüentos y por el suave aroma de tu nombre, hemos venido en pos de ti, hemos buscado con afán tus huellas, y por fin te hemos encontrado, ¡oh Madre siempre amante y siempre buena!

¡Oh tierna tortolilla gemidora, que inquieta revolabas por todas partes mientras no recogías á tus polluelos bajo la sombra de tus alas! ¡Oh blanda y delicada Raquel, que has dado tan grandes gemidos y derramado tan abundantes lágrimas, porque no parecían tus hijos! ¡Aquí los tienes humillados en derredor de tu altar!

Descanse ya tu dolorido pecho y cese el llanto de tus divinos ojos; y si gemidos ha de haber, y ha de haber llanto, exhalan nuestros pechos gemidos de ternura, y lloran nuestros ojos lágrimas de gozo, porque tus hijos habían muerto y ya resucitaron, se habían perdido y ya parecieron!

Si quieres una prenda de nuestro amor filial, aquí están estos pobres corazones, cubiertos todavía de cicatrices. Como objeto de tu dulce compasión, recíbelos piadosa y no los dejes de tus benditas manos; que nosotros, en cambio, oh tierna Madre, antes de abandonar este retiro, antes de decirte el último adiós, *te proclamamos y juramos por nuestra especialísima Patrona y Abogada, y nos llevamos en prenda de tu amor materno, tu Corazón Inmaculado y Santo*, que será para nosotros donde quiera, el lugar del refugio, la fuente de nuestro consuelo y el signo de nuestra victoria, y en fe de nuestra protesta, cada uno de nosotros te repite las sentidas palabras que la piadosa Rut, dijo á la madre:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"No me obligues, Señora, á que me vaya y te deje. Donde quiera que fueres, allí te seguiré, y donde tu vivieres, allí haré mi morada y escogeré el lugar para mi sepultura: y ten por cierto, y así te lo juro, que sólo la muerte podrá separarnos!—Asi sea.

CANTOS A MARIA

PARA

LOS MISTERIOS DEL ROSARIO EN TODO EL MES

VOZ DEL PUEBLO.

Llenad el templo santo de grata melodía;
Y llenas vuestras almas de plácido fervor,
Cantad, humildes niños, en gloria de María,
Dulcísimas canciones de júbilo y de amor.

I

CORO DE NIÑOS.

Dulcísimas canciones ¡oh cándida paloma!
En gloria de tu nombre venimos á cantar:
En gloria de tu nombre, más grato que el aroma
Del bálsamo esparcido delante de tu altar.

CORO DE VÍRGENES.

Vuelve tu dulce rostro ¡oh Sulamita hermosa!
Amantes ceñiremos tu frente virginal,
Con flores perfumadas de nardos y de rosas
Que se abren al impulso del aura matinal.

II

CORO DE NIÑOS.

El astro que derrama del cielo cristalino
En noche silenciosa su cándido fulgor,
Se apaga cuando luce tu corazón divino
Iluminando el alma del pobre pecador.

CORO DE VÍRGENES.

El pozo de aguas vivas que brota en las alturas
Del Líbano, saltando del cóncavo peñón,
Se olvida contemplando la fuente de dulzuras
Que brota de tu hermoso y amante corazón.

TODOS.

Alzando nuestras voces en grata melodía,
Y llenas nuestras almas de plácido fervor,
Cantemos reverentes, en gloria de María,
Dulcísimas canciones de júbilo y de amor.

Al Inmaculado Corazón de María

El alma humilde que á ti se acoje,
Frutos recoje de bendición:
Dichosa el alma ¡Santa Señora!
Que humilde adora tu corazón.

Cuando agobiado de mis pesares
En tus altares hallo el perdón,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Oh dulce Madre de la esperanza!
En ti descansa mi corazón.

Cuando te invoco ¡luz de mis ojos!
En vez de abrojos miro brotar
Hermosas flores de olor divino,
Que de continuo llevo á tu altar.

Tú das al prado lluvias serenas,
El campo llenas de rica miés;
Y das aromas al lirio hermoso
Que yo amoroso pongo á tus pies.

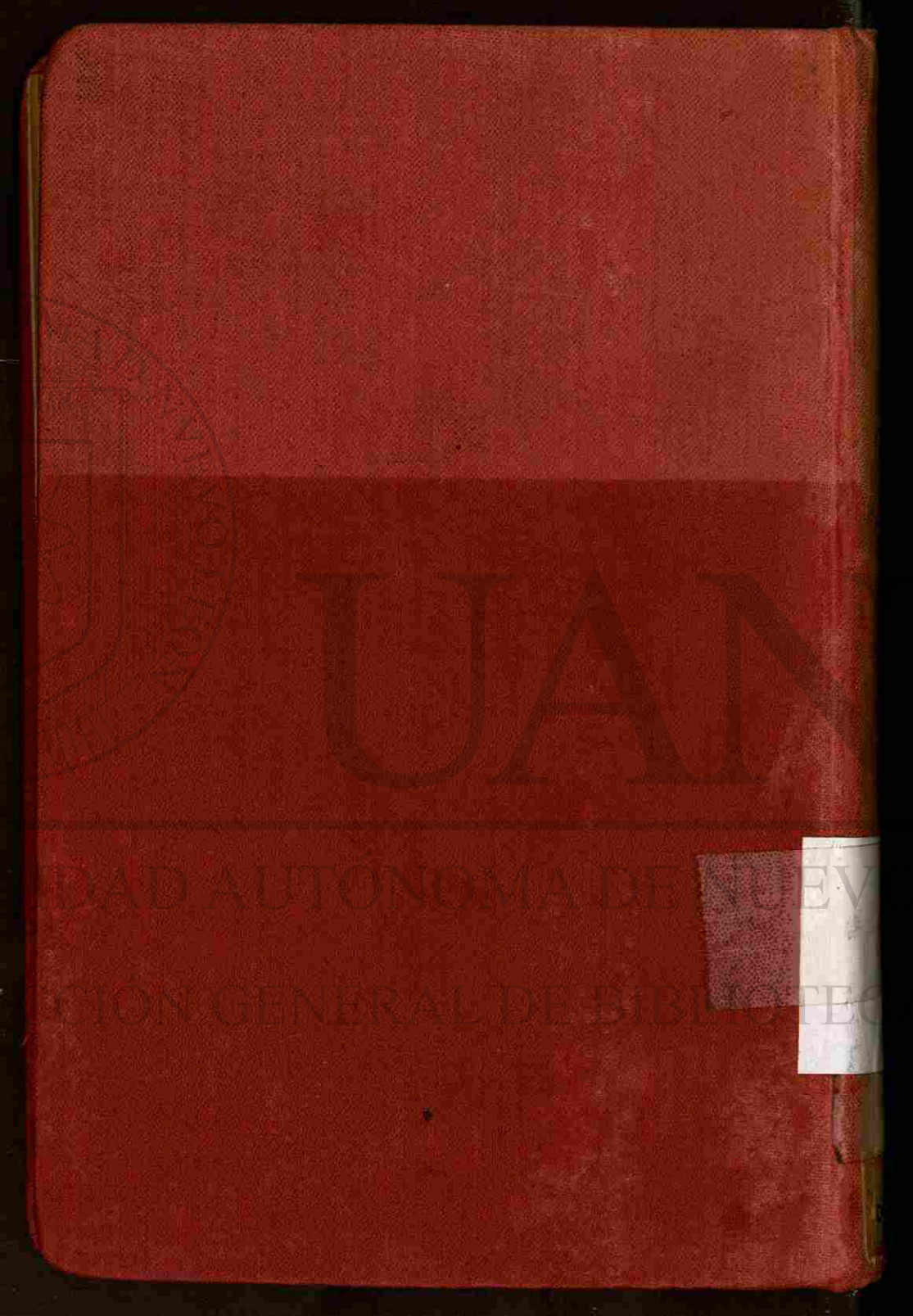
Siguiendo alegre tu santa huella
Va la doncella fuera de sí:
Y embelesado con tu cariño,
Se encuentra el niño pensando en ti.

Mi alma enajena tu Nombre Santo:
Por ti mi llanto derramo yo;
Amor mi pecho por ti respira,
Por ti suspira mi corazón.

MIGUEL JERÓNIMO MARTÍNEZ.

FIN DE LA OBRA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS


UANL
DAD AUTÓNOMA DE NUEV
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC